REINADO DE CARLOS IV
1788-1808

CAPITULO PRIMERO

MINISTERIO DEL CONDE DE FLORIDABLANCA (1788-1792)

Exaltación de Carlos IV al trono.—Prendas de Carlos III y su legado.—Las de Carlos IV.—Preludios de la Revolución francesa.—Continuación de Floridablanca en el gobierno.—Primeras providencias.—Buen efecto que producen.—Expediciones marítimas.—La proclamación.—Convocatoria de Cortes.—Anulación del auto acordado de Felipe V.—Por qué se mantuvo secreta.—Progresos de la Revolución en Francia.—La Asamblea nacional.—El gobierno y las Cortes en España.—Floridablanca.—Excesos de los revolucionarios y fin de la Asamblea.—La alianza de España y Francia.—Lo de la bahía de Nootka.—Orán y Ceuta.—El atentado contra Floridablanca.—Se acentúa su política de intervención en Francia.—Misión de M. de Bourgoing en Madrid.—Caida de Floridablanca.—Causas á que se atribuyó.—Su elogio.

L domingo 14 por la mañana (Diciembre de 1788 en que murió Carlos III), el nuevo rey Carlos IV empezó á mandar.»

Así aparece en una nota autógrafa de Jovellanos que posee el autor de esta historia y en la cual continúa así el insigne asturiano: «En este día primero ambos (Carlos IV y María Luisa) recibieron á los embaxadores de familia y ambos despacharon juntos con los ministros de Marina y Estado, quedando desde la primera hora establecida la participación

del mando en favor de la reina como naturalmente y sin solicitud ni esfuerzo alguno.»

Si á eso se añade que al despachar por primera vez también con el ministro de la Guerra, y al hacer el rey mariscal de campo al príncipe de Maserano y brigadier á Don Francisco Barradas, sus favoritos, influyó la reina para que se promoviera al empleo de cadete garzón de Guardias de Corps á D. Manuel Godoy, se comprenderá cuán pronto iba á derrumbarse la ingente fábrica del imperio español, tan feliz como laboriosamente restaurada por la dinastía borbónica.

Prendas de Carlos III y su legado.

Las altas prendas del rey difunto; su entereza de carácter y los instintos autoritarios que inspiraron su conducta, lo mismo en la administración interior del Estado que en la política y militar con las demás naciones; la rigidez de sus costumbres, mejor aun, la intolerancia de que dió tantas pruebas respecto á las de sus más próximos servidores y allegados; el espíritu de orden, sobre todo, que informaban todas sus resoluciones, armas vendrían á ser que la falta de ejercicio, el abandono y hasta el olvido dejarían enmohecer y caerse en pedazos con ruina general y afrentosa de la nación.

La de Carlos III era, sin embargo, una doble naturaleza; de bondad, por un lado, quizás exagerada, y de energía por otro, rayando á veces en rigor extremo y hasta injusto, según se tocaban las cuerdas de su corazón ó se iban á resistir sus propósitos ó cálculos políticos; de amor grande y ternura para con su familia, en la que adoraba, pero de severidad al mismo tiempo, sostenida, y esa era su condición dominante, por una pertinacia indomable. Al amor á los suyos lo sacrificaba todo; y á ese sentimiento se deben la mayor parte de los reveses militares sufridos por España en la primera época, particularmente, de su reinado, como las variaciones introducidas en el recinto del palacio real para que no se rompiesen los lazos con que, no las le-

yes escritas sino las de la naturaleza sujetaban á la dinastía en su existencia y en su porvenir social y político. El *Pacto de Familia*, embozado en una cuestión de dignidad, condujo á España á la guerra con la Gran Bretaña, lucha ruinosa que, además amenazaba con hacerse interminable por no consentir el carácter inflexible de Carlos III el olvido ni el perdón de la injuria, como inglesa, provocativa é injusta que se le había inferido en Nápoles. Es verdad que esa injuria había revestido tales caracteres de tiránica y ultrajante, que no era para desentenderse de su recuerdo el día en que pudiera ser vengada, mucho más estando al frente de un pueblo como el español, ganoso de, á la primera circunstancia favorable, reaparecer en el gran teatro de Europa con las excelentes condiciones que tanto le habían hecho brillar en las dos centurias anteriores. El reinado pacífico de Fernando VI, si ventajoso para el acrecentamiento de la prosperidad interior, mantenía á los Españoles en una inacción militar opuesta al espíritu belicoso de que siempre han hecho alarde: nada de extraño, pues, que sus deseos de una era nueva de acción y de influjo en ellos, coincidiera con los del rey Carlos en su anhelo de demostrar, á la vez que sus afecciones de familia, el que tanto tiempo hacía le devoraba de responder al insulto de los Ingleses en Nápoles con las represalias á que parecía convidarle su nueva posición en el trono de las Españas.

Con esas condiciones y el tacto y la experiencia que había adquirido en Nápoles para los negocios de Estado, Carlos III se hizo amar de los Españoles desde el momento de su llegada á la Península; acrecentándose después más y más ese afecto con la buena elección que tuvo para sus ministros, los últimos particularmente, y con las mejoras que introdujo en la administración y en el ornato, sobre todo, de la capital. Viniendo de un país como el italiano, heredero del sentimiento eminentemente estético de los Griegos, donde se había acrecentado su pasión desde la in-

fancia á lo bello y grandioso en cuanto á los edificios públicos y los monumentos que pudieran recordar las glorias de la patria. Madrid se vió crecer y hermosearse al poco tiempo de haber vuelto Carlos III á pisar su triste y árido suelo; y los Madrileños, para mostrarle su agradecimiento, le prodigaron en vida, y siguen prodigando después á su memoria, las manifestaciones más calurosas de afecto.

Al morir Carlos III aun conservaba España no poco del gran prestigio que la habían hecho ejercer en Europa la política de nuestros más hábiles estadistas y las armas de aquellos soldados incomparables que lo habían elevado á la categoría de supremo é indiscutible con los primeros soberanos de la casa de Austria. Si, entretanto, se había, puede decirse que transformado la Europa, fortificándose poderes antes medianos y creándose otros nuevos; si en el tratado de Utrecht se mostraba Inglaterra preponderante en el mar y con una influencia en las contiendas campales que ya debía preocupar á los hombres de Estado, y si el talento extraordinario de un soberano, político astuto y general el más insigne de su tiempo, había preparado el Imperio, hoy reciente, de Alemania, cuyo carácter étnico se le negaba entonces; si se había roto la unidad ibérica, tan sabia como gallardamente realizada por el genio político de Felipe II y el militar del gran duque de Alba; si en el mundo todo se descubrían así como tendencias á fundir en nuevos moldes la manera de ser de las naciones y sus gobiernos, de las colonias y sus leyes, de la sociedad misma amenazada ya de todo género de mutaciones, en la vecina Francia particularmente, todavía le era dado á España ostentar un poderío que pesaba mucho en la balanza de los destinos del orbe que con orgullo podía recorrer su gloriosa bandera.

Había crecido la población en proporciones considerables, llegando al de más de 11.000.000 el número de los habitantes en la Península; y las rentas, aunque abultadas por nuestros estadistas de entonces, habían recibido un

aumento extraordinario, extinguiéndose parte, aunque no mucha, de la deuda pública. Progresó el ejército con organizaciones que mejoraron, sobre todo la educación de los oficiales, estableciéndose excelentes academias y colegios, entre éstos el de Artillería en Segovia, donde explicaban los principios fundamentales del arma profesores como D. Vicente de los Ríos y D. Tomás de Morla, brillantes lumbreras de la ciencia militar, lo mismo que aquí, en toda Europa; y la marina contaba en la época á que nos venimos refiriendo con cerca de 70 navíos y mas de 30 fragatas, la mayor parte en el mejor estado. Y todo esto, como el aspecto de cultura y hasta de suntuosidad que iban ofreciendo las grandes ciudades de la Península, y la creación de establecimientos comerciales y de crédito, como el Banco de San Carlos en Madrid, y las Compañías de Filipinas y de Caracas para las colonias; cuanto en las esferas de la justicia, de la Administración y de la moral podía representar un verdadero progreso, pero real y práctico, para la gobernación de un Estado, se debió á esas cualidades que, con razón en nuestro sentir, hemos atribuído al rey Carlos III [1].

Las de Carlos IV.

No carecía su hijo y sucesor de alguna de esas prendas; pero son tales las que exige el arte de gobernar, que no con la de varias, como entonces aconte-

1 Excesivamente sucintas parecerán á muchos las precedentes observaciones sobre el estado en que Carlos III dejó á España el día de su muerte; pero hay que tomar en cuenta, si ha de hacerse justicia al autor, las condiciones en que aparece la publicación de la obra de que forma parte esta historia. Empezando simultáneamente á ver la luz los diferentes tratados que la componen, nadie podría emprender su lectura sin un esbozo siquiera, brevísimo cuanto sea posible en cada caso, del que hubiera de precederle, bajo puntos de vista, diferentes acaso, pero que el historiador necesita revelar para que no se le acuse después de incongruente en sus apreciaciones y conceptos. Cual sea el juicio que forme quien describe el reinado de aquél, de todos modos insigne soberano, ya nos lo dirá él mismo al terminar su trabajo; pero, entretanto, no podríamos dejar sin explicación el nuestro, aun cuando no sea más que para mostrarnos lógicos y consecuentes en la comparación que nos toque hacer de uno y otro gobierno, el del padre y el de su hijo y discípulo.

cía, sino que con la falta de una de las más esenciales se resienten los organismos de la Administración pública, por robustos y activos que parezcan los poderes que los emplean y dirigen. No carecía de algunas Carlos IV, repetimos, ya que á un corazón recto y exuberante de bondad, á un juicio no común, á una moral rígida y hasta severa para consigo mismo, y á un espíritu de justicia, casi extraordinario, unía los caracteres más significativos de la dignidad real, que ningún pueblo estima mejor y agradece más que el español en sus soberanos. Decía después el célebre arzobispo de Malinas, M. de Pradt: «El Rey de España no era más poderoso que los otros, pero idealmente parecía más Rey que ellos.» Y ese, que confirmaron más tarde conceptos bien elocuentes de Napoleón, aun cuándo mezclados con ironías sugeridas por el reconocimiento de su condición de advenedizo, era uno de los rasgos característicos de Carlos IV, heredado, es verdad, de sus antecesores en el trono y del *Gran Rey*, prototipo de aquel realce en majestad y decoro, que la lisonja le hacía pretendiera elevarse á las alturas del sol. Pero con esas prendas personales, por cuantos le conocían admiradas, mezclábanse otras que, reconociendo el mismo origen, como consecuencia, que en parte eran, de ellas, de la bondad de su carácter y la rigidez de sus costumbres, harían de Carlos IV instrumento y en ocasiones juguete de las pasiones, á veces las más ruines y hasta vergonzosas, de los que acabaron, influyendo con él, por dominarle y perderle. Y es que, sometido tantos años, hasta alcanzar los cuarenta de su edad, al predominio paterno, ejercido por quien no consentía nunca la menor resistencia á sus voluntades ni aun la observación más deferente á sus pensamientos, podía considerarse como saliendo apenas de su minoría oficial, sin el ejercicio, por consiguiente, de su albedrío y sin la experiencia de la vida, en lo que iba á necesitar más para imponerse, ó hacerse por lo menos, respetar. Falta es la de carácter, que se hace inmediatamente

notable, si de lamentar siempre y en todos, mucho más en las personas constituídas en autoridad, pero, sobre todo, en los destinados á regir las grandes colectividades humanas. La severidad, si raya en excesiva, si se convierte en rigor, puede llevar á la tiranía y producir el odio y hasta la desesperación en los individuos y los pueblos; la debilidad conduce al desprecio y, con él, á la pérdida de todo respeto, al entronizamiento de las rebeldías más procaces, á la anarquía, por lo menos, que se ha dado en llamar *mansa* de las naciones.

Sujeto, como se ha dicho, á la autoridad paterna Carlos IV, y sin gran participación en los negocios de Estado, se había decidido por disfrutar de la que ampliamente le otorgaba su padre, la de la caza, nunca negada á los hijos en la casa de Borbón; siendo rara la batida en que no se viese á Carlos III dando lecciones del arte venatorio á los infantes y acompañado, casi siempre, del príncipe su heredero. Con eso, su complexión, ya robusta, se había hecho extraordinariamente vigorosa, hasta el punto de alardear de fuerzas, de que en él y en los demás consideraba como dotes muy apreciables, cuando lo que España apetecía en su soberano eran talentos y aficiones y perseverancia para cultivarlos. Ni la fortaleza corporal, ni el ejercicio, asaz violento, á que tan asiduamente se dedicaba, ni su inclinación, también desmedida, á las artes mecánicas, habrían de sacarle airoso en la grave crisis que amenazaba á la Europa toda, vista venir por las inteligencias claras de tiempo atrás, y por las más torpes desde el día en que se cerraban para siempre los ojos de su padre á la luz de la vida.

Preludios de la Revolucion francesa.

Porque, no de entonces, sino de mucho antes se dibujaba en los horizontes políticos del viejo mundo la nube que, preñada de sangre y fuego, descargaría del otro lado de los Pirineos, en pueblo que, como el francés, necesita poco para inflamarse, y capaz, por las condiciones suyas y las de aquel tiempo, de llevar á

todas partes el germen de sus males y los huracanes que pudieran producir. Los preludios de la Revolución francesa se sienten, con efecto, en época muy remota de la en que sus terroríficos efectos: las causas proceden del carácter mismo y la constitución de las huestes conquistadoras, últimas en llegar á la morada de la gente gala para en ella establecerse, haciéndose su perpetua dominadora, dándola su nombre é inspirándola sus preeminencias aristocráticas y su genio emprendedor. El feudalismo franco, armado del derecho del sable, dominante en aquellas edades, se apodera de la tierra y, no satisfecho con eso, ejerce su despótico influjo hasta sobre la misma propiedad mueble y, perturbando las ideas todas de la moral y la conciencia, llega á imponer en el hogar de sus vasallos la opresión más abominable y deshonrosa. La desesperación arma á su vez á la justicia y á la razón contra la arbitrariedad; y viéndose, aun así, vencida, busca el contrapeso en las alianzas, hallándolo en la realeza, si no desconocida por ser objeto de su vanidad, no muy respetada y hasta en ocasiones desobedecida por unos señores que, en compensación de su feudo, la exigen una casi completa independencia para sus tiránicos procedimientos. Y la coalición, después de mil vaivenes de la fortuna, llega á verse coronada por la victoria; pero, como tan desigual para unos tiempos en que se ha perdido hasta la memoria de toda noción de igualdad y de las libertades que tanto avaloraron á pueblos cuya historia se desatiende del mismo modo, redunda más que nada en provecho de su primero y más brillante factor. La autoridad real concentra, efectivamente, en sí su propia fuerza y la de sus aliados, de quienes, al sujetar á sus antes rebeldes conmilitones de la conquista, hace, mejor que auxiliares, vasallos y servidores. Del feudalismo pasaron, pues, los pueblos de la Francia al despotismo, no tan denigrante, en verdad, y vejatorio, como no tan próximo tampoco ni de tantos, pero despotismo al fin, desconocedor de toda ley que ga-

rantice la independencia del individuo y el ejercicio de los derechos que le señala su carácter de hombre, igual, en ese concepto, á los demás en dignidad y suficiencia. La inclinación inevitable á sus antiguos hermanos, aun se llaman primos, y á sus hábitos de siempre, hizo á los reyes olvidar muy pronto los servicios, si interesados también, de los que, al prestarlos, á la vez que por sus personas miraban por la idea que, al fin, llevaría á la propia emancipación y, con ella, al triunfo de la general de la humanidad en el mundo.

Quedó, pues, la nobleza, si subordinada al trono, como vencida en tan recia y larga batalla, con el señorío de los mismos que la habían humillado, con fuerza, de consiguiente, para vengar su ultrajante derrota. Y se vengó cruelmente; porque, manteniendo muchas de sus exenciones, ya que no su antigua independencia, siguió ejerciendo la más cruel tiranía allí, sobre todo, donde la vista del monarca ó la de sus más altos delegados no pudiera templarla ó dulcificarla. Pero no en vano, y aunque muy lentamente, pasaba el tiempo, sucediéndose en él enseñanzas y enseñanzas que, ya por un camino, ya por otro, iban conduciendo á la ilustración de las clases desheredadas y al conocimiento de la fuerza que habría de garantir sus legítimos derechos. Comenzando por el clero, privado de las grandes prerrogativas que antiguamente se extendían hasta la de elegir sus reyes, y que no se había corrompido poco al hacerse cortesano y al dividirse en escuelas más ó menos apartadas de la rigorosamente ortodoxa de Roma; siguiendo por la pequeña nobleza, envidiosa y rival de la antigua, como nueva que era, aunque sacada de las clases más ilustradas ó más ricas del pueblo, y acabando por los que con una educación escogida buscaban el modo de erigirse en guías de las muchedumbres, se fué creando poco á poco una atmósfera de ideas, vagas al principio, de libertad, que favorecería á la aspiración general de un estado de

equilibrio social, honroso para todos. Con la decadencia de la raza conquistadora coincidió la elevación de las clases; y á los *Parlamentos* á que aquélla concurría con los tan celebrados *Pares* para aconsejar al rey, asistieron luego los jurisconsultos formando un tribunal desconocido hasta entonces y se instituyeron más tarde los *Estados generales*, en que votaba con la nobleza y el clero uno llamado tercer estado, compuesto del común del pueblo, pero que proporcionaba mejor y más generosamente los medios y recursos necesarios á la corona para hacerse respetar dentro del país é imponerse á sus enemigos de fuera.

Ya, pues, se ve un principio de representación nacional en Francia durante los siglos XIV y XV; pero tan limitada por la voluntad incontrastable de los reyes como humillante para el *tercer estado*, que ni se atreve á revolverse contra la soberbia de los otros dos, refractarios á toda idea de confraternidad entre los tres. Si alguna vez lo intentó ó si quiso intervenir, y eso era lo único á que le ayudaban los otros en cuestiones legislativas de alguna importancia, pronto fueron despedidos los Estados generales, por el recelo de que pretendieran una soberanía que sólo tocaba al trono, ayudado, eso á lo más, por los Parlamentos, convocados y reunidos á la antigua usanza. Ya estos cuerpos se hicieron políticos, en cuanto cabía, después de haber proclamado el poder sin límite alguno de la corona, y llegaron á considerarse estables á favor de una magistratura comprada en los apuros de discordias interiores ó de guerras con el extranjero, con lo que no pocas veces trataron de imponerse, aunque la mayor parte de ellas sin fortuna, pues que no llegaron á formar nunca un cuerpo verdaderamente constitucional, árbitro como el inglés, su más ambicionado objetivo, de conceder ó negar los subsidios al rey.

En tal estado de cosas y en el peor ya posible para el pueblo francés, abrazaron su causa los filósofos que, al trabajar y con fruto por su emancipación política y social,

acabaron, por desgracia, con toda noción de moral cristiana y de respeto á los poderes constituídos. Minando los fundamentos de la Iglesia, fuente la más saludable de todo principio orgánico de la sociedad, que estableció, desde sus orígenes, sobre sus bases más sólidas de la familia y del Estado, creyeron y con razón los filósofos, y lo mismo los enciclopedistas que siguieron y fomentaron sus doctrinas, que no sólo nivelarían todas las clases, fuese la que quisiera su condición, sino que, al arrancar á las más elevadas los privilegios adquiridos, llegarían á rebajarlas hasta las más perseguidas por la fortuna, en venganza siquiera de las humillaciones que las habían hecho sufrir hasta entonces. Sembraban en tierra bien preparada, como que, en desacuerdo los Parlamentos, el clero y el rey en cuanto á sus privilegios y autoridad, estaban conformes en cuanto á la exclusión del pueblo de los empleos públicos, en el reparto injusto de los impuestos, cargados casi exclusivamente sobre él, los indirectos con especialidad, y en el más costoso aun de sangre, sólo redimible á fuerza de sacrificios pecuniarios que no á todos era posible hacer. La industria y el comercio, cuyo ejercicio era peculiar de otras clases que la de la nobleza, eran los únicos agentes igualitarios en aquella sociedad en que el lujo que empobrecía á la más alta era para ellos la fuente de riqueza, capaz de ser solicitada y, por lo tanto, no pocas veces relativamente enaltecida. Pero de Voltaire, desafiando á los fieles que creían indestructible la religión, á Rouseau, proclamando el estado salvaje como el único de libertad é igualdad en la raza humana; de Montesquieu, no viéndolo sino en las sociedades antiguas, en la romana sobre todo, cuyas excelencias y vicios tan magistralmente recordaba, á D'Alembert, Diderot, fundadores de la Enciclopedia, y D'Agueseau, Mably, Condorcet y otros muchos, filósofos también, matemáticos, economistas y maestros en artes y literatura, todos parecían conspirar con sus obras á hacer ver en el

trabajo y el talento, si caminos de perturbación para las conciencias, el del triunfo también de las ideas sobre la fuerza, los privilegios con ella sostenidos, y las antiguas costumbres de sumisión y respeto á las jerarquías y á la autoridad. Los tres primeros fueron, sin embargo, los que señalaron los principales rumbos para la obra de demolición á que dirigían sus esfuerzos; Voltaire, el del impulso hacia la primera etapa de la Revolución con el establecimiento de sus principios fundamentales de 1789; Montesquieu hacia la segunda, señalada por los constitucionales en la Asamblea nacional; y el autor del *Contrato Social,* en cuyas primeras frases se lee la de «El hombre ha nacido libre» y donde se mantiene la soberanía del pueblo, hacia el pensamiento, ya que no los actos repugnantes y feroces, de los representantes de la Convención, manchados con la sangre del *hijo de San Luis.*

Las glorias militares, tan influyentes en el espíritu público, mantenían más que nada el monárquico en el pueblo francés, apasionadísimo como ningún otro de ellas; y así se elevó el despotismo en los días de Luis XIV hasta el punto de llegar aquel fastuoso monarca á considerarse como el Estado mismo. Pero al torcerse la fortuna, al declinar astro tan deslumbrador como el que parecía inmutable sobre la cabeza del Gran Rey, al cambiarse en tristes y abrumadores los prósperos y brillantes años de su larga soberanía, el sentimiento monárquico principió también á debilitarse. Los reveses de Hochstedt y Malplaquet sumieron á la Francia en un abatimiento tan hondo como embriagador y presentuoso se había hecho el entusiasmo producido por sus victorias en Flandes, Holanda, el Franco Condado é Italia, en cuantas partes visitaban sus banderas y recorrían sus mariscales. Después, la invasión del reino, los huracanes del cielo, la miseria y el hambre, su cortejo inseparable, la suspensión de pagos y cuantas calamidades afligen por lo regular á los vencidos, fueron fuente que pa-

recía inagotable de desórdenes en París y en las ciudades más importantes y de ataques á la corona en pasquines, libros y folletos, tanto más leídos cuanto más perseguidos eran y hasta quemados en las plazas y la picota. Sólo un éxito podía contarse entre tantos reveses, el entronizamiento del nieto de Luis XIV en España, debido, mejor que á la influencia y á la acción suyas, á la lealtad castellana, triunfante después de tan rudas pruebas como las de Almenara y Zaragoza; y ese éxito había estado para fracasar, sacrificándolo el monarca francés á sus intereses particulares. Resultó en desventaja de los vencedores de la Península la misma paz de Utrecht, cuyas consecuencias se tocan todavía; de modo que, como antes hemos dicho, el esplendoroso cometa que había brillado en el cielo de Europa por espacio de casi un siglo que lleva el nombre que le dió Voltaire en sus raptos de adulación, declinó hasta dejar á la Francia en una penumbra que, á pesar de la incomparable jornada de Fontenoy, no llegó á disiparse hasta haber transcurrido otra centuria de fracasos y desgracias para su política y sus armas.

Resultado; que la Francia comenzó á perder las ilusiones que la habían hecho olvidar el estado siempre humillante y precario de las clases que con su sangre y su dinero la elevaron á tal grado de gloria y de grandeza; y, al morir Luis XV, los tres Estados que constituían la *gran nación* se conservaban en situación casi igual á la anterior de la Edad Media. La primera nobleza se mantenía influyendo poderosamente en la corte; la segunda, bien llamada pequeña (petite), vivía en provincias de sus rentas ó de las exacciones que no pocas veces se le consentían; el alto clero nadaba en la abundancia y el bajo se consumía en la pobreza; la industria y el comercio buscaban con su dinero el modo de ennoblecerse para obtener el desprecio de sus nuevos iguales y el rencor envidioso de los que quedaban debajo; y el que ahora llamamos impropiamente *bur-*

gués, el aldeano, el agricultor, el pueblo, en fin, seguía sufriendo *el peso de una sociedad que*, como dice un historiador, *lo aplastaba*. Al villano jamás le era permitido esgrimir una espada contra el pecho de un noble; y para alcanzar un empleo ó el grado de oficial en el ejército, se necesitaban tantos de nobleza como pudiera ostentar el Franco más linajudo de la conquista.

Luis XVI, lleno de bondad y aspirando á mejorar en lo posible la condición de su pueblo, encontró la opinión ya soliviantada en contra suya. La Regencia había rebajado tanto el concepto de la monarquía, que después no era fácil lo volviese á elevar el reinado, harto vergonzoso, de Luis XV, y desde el advenimiento de su nieto al trono se vieron ya signos muy próximos de una conflagración general en el país. Para alejarla, serían necesarias gran previsión política y una energía excepcional; y, desgraciadamente, Luis XVI carecía de una y otra. «La realeza, ha dicho un historiador anónimo, se degradaba sin pena entre los placeres; los nobles, según el antirrevolucionario Rivarol, parecían á lo sumo los manes de sus antepasados; ni siquiera sabían darnos generales...» «Ante semejante monarquía, de tal y tan degenerada nobleza, y de un clero donde ya no se veían Bossuets ni Fenelones, se buscaban los derechos y se estudiaban los títulos de aquellos poderes antes tan respetados. Había una enorme desproporción entre la cultura, entre el progreso de los espíritus que venían transformándose hacía un siglo, y la organización de la sociedad que en nada había cambiado y se encontraba, de consiguiente, muy atrasada.»

Tal era la separación existente entre la raza conquistadora y la antigua solariega de Francia que, ya entrado el siglo XIX, afeaba Napoleón á Carlos IV el no saber distinguir un Montmorency de un noble de fecha reciente. ¿Cómo, pues, evitar el orgullo de los unos, representantes todavía genuinos de los vencedores en cuantos rasgos ca-

racterizan á una raza privilegiada, ni el odio, así inextinguible, de los vencidos por su derrota anterior y su rebajamiento presente en la escala social?

Los primeros pasos de Luis XVI en el camino, que tan mal había de terminar, de su reinado, fueron los que debían esperarse de su carácter bondadoso. Rebajó ciertos impuestos cambiándoles, además, su índole hasta entonces humillante; y, como para dar una muestra de consideración á la opinión pública, convocó al Parlamento, cerrado no mucho antes, y se rodeó de ministros que, como Turgot y Necker, trabajaron por detener y, cuando menos, quitar pretextos á la revolución. Pero su amor á la reina María Antonieta, su esposa, y la debilidad de su carácter le hicieron desprenderse de tan eficaces auxiliares para entregarse á vanos é ignorantes arbitristas que, destruyendo la obra de sus hábiles predecesores en el gobierno, causaron la reproducción de las quejas y las innovaciones que de dentro y de fuera de la Francia llegaban, cada vez más lamentables aquéllas, y más subversivas éstas y temibles. Luis XV, al pronunciar su célebre frase de «Après Nous le déluge»; Voltaire, principalmente en su carta del 2 de Abril al marqués de Chauvelin, y Rousseau en 1760, habían profetizado la revolución, los dos últimos proclamándola en mil de sus escritos; y Luis XVI, al desterrar al Parlamento á Troyes en 1787, abrió, puede decirse, el período de aquella era funesta que habría de trastornar hasta en sus más sólidos fundamentos la antigua sociedad francesa. Porque el Parlamento volvió luego á París, y las escenas que en él se produjeron, más tenían el carácter de independencia que el de protesta contra la intervención de María Antonieta en los asuntos del gobierno, contra las torpezas autoritarias del arzobispo de Tolouse, llevado por ella al Ministerio, y las ineficaces imposiciones del débil Luis XVI. Por fin se hizo preciso convocar los *Estados generales*, que se reunieron el 5 de Mayo de 1789; recono-

ciéndose primero la participación, y después la supremacía en ellos de aquel tercer estado, á quien antes se negaba *todo* y que Sieyes y sus amigos decían *debía ser todo.*

Continuación de Floridablanca en el gobierno.

Poco antes de acontecimiento de tal magnitud para la suerte, no de Francia sólo, sino del mundo entero, subió Carlos IV al trono español. Si se temió por unos días que en circunstancias tan críticas al sentir de los hombres pensadores de nuestra patria, llegara á desprenderse de los servicios del eminente estadista conde de Floridablanca, no se tardó á ver que el nuevo rey había respetuosamente seguido los consejos que le diera su antecesor y padre en el lecho de la muerte. Decimos que se temía la destitución de Floridablanca, porque se susurró en aquellos primeros momentos, y Jovellanos lo confirmaba poco después, que á consecuencia del despacho del domingo 28 de Diciembre, esto es, á los catorce días de la muerte de Carlos III, se había visto á su experto ministro abatido y escribiendo tres horas seguidas, y que el martes siguiente hasta había hecho á sus soberanos alguna indicación de retirarse [1]. Parece, sin embargo, que la reina le contestó que *aun no era tiempo*; con lo que Floridablanca pudo continuar al frente del Ministerio, aunque, como se desprende de esas palabras, más tolerado que acogido con la gratitud y entusiasmo que merecía.

Ya conoce el lector la *Representación*, memoria de los servicios prestados por Floridablanca en el tiempo de su gobierno, leída á Carlos III en Octubre de 1788 á presencia del que pocos días después iba á sucederle en el trono. Si en su largo contesto no aparece alusión alguna á los suce-

1 En el manuscrito ya citado de Jovellanos se lee lo siguiente: «Actualmente se dice que F. B. piensa en hacer dimisión. De resultas del despacho del domingo 28 de Diciembre (esto se escribía tres días después) estuvo tres horas escribiendo, y se le advirtió muy abatido. El martes hizo alguna insinuación acerca de retiro; la reina le dijo, que aun no era tiempo: Éste corre, veremos. Acaso trabajará por traer á Azara al Ministerio de Gracia y Justicia, y abrirá un hueco en Roma como su antecesor Grimaldi.»

sos interiores de Francia, refiriéndose más bien á la parte tomada por aquel celoso ministro en la resolución de los graves problemas planteados sobre la política de familia iniciada por Carlos III desde su llegada á España, aun puede observarse que en varias de las disposiciones que allí se recuerdan y los comentarios que provocan, se descubren tendencias á impedir que aquellos sucesos y las ideas que los habían producido, tuvieran imitación ni siquiera resonancia en nuestro país. En la administración que ha hecho la gloria de aquel insigne hombre de Estado, se notan un cambio marcadísimo que en otras circunstancias revelaría poca fijeza en sus pensamientos políticos, contradicciones inexplicables, y una debilidad de carácter impropia del consejero de uno de los soberanos que más se picaban de no sentirla jamás. Y, sin embargo, bien estudiada esa administración, se la ve ejercida en razón, aunque opuesta, de la fuerza que empuja á la Francia por el resbaladizo camino en que acabamos de dejarla. No nos toca volver los ojos al reinado de Carlos III en que otros más perspicaces habrán hecho á nuestros lectores descubrir los resortes más delicados de un oportunismo, como ahora se dice, que explica, así los orígenes de la revolución que ya se iniciaba en el vecino reino como la política seguida para apartar de España los peligros que eran de temer. No era el mismo el estado social en ambas naciones, como tampoco se podían confundir las causas que produjeron el de nuestra limítrofe de los Pirineos con las muy distintas de una monarquía en que su constitución, desde los Reyes Católicos sobre todo, la unidad religiosa, con tan escrupulosa vigilancia y severos modos conservada, y la extraña circunstancia de haberse, con rara excepción, asimilado siempre á los vencidos los conquistadores, quitaban á la aristocracia los medios de imponerse y al pueblo motivos de quejarse por las preeminencias y las tiranías de un feudalismo, si ensayado aquí por algunos advenedizos en época remota, reprimido por la co-

rona y rechazado por todos. El clero, por otra parte, lo mismo el alto que el bajo, no debía su influencia al nacimiento de sus miembros, arrancando en su casi totalidad del pueblo; y apoyado como estaba por los reyes, constituía uno de los elementos más democráticos de la nación. Pero, aun sin esos peligros, graves y manifiestos en Francia, se hacía necesario en España ejercer tanta energía como cuidado para evitar el contagio de ideas que los ignorantes y los desgraciados habrían naturalmente de acoger con simpatía; y Floridablanca había sido la palanca más poderosa para resistirlas con una fortuna que no tardó en ponerse de manifiesto en cuantas ocasiones se presentaron.

Era, pues, una garantía y sólida para las esperanzas que pudiera abrigar el pueblo español en el nuevo reinado, un hombre de la capacidad y la experiencia de Floridablanca; y de habérsele aceptado la dimisión que, bien á pesar suyo se conoce, presentaba á los 14 días de la muerte de Carlos III, hubiérase producido una gran perturbación que, de seguro, se atribuiría á exigencias de la reina y á debilidad del rey [1]. El soberano difunto, que conocía, como es de suponer, perfectamente á su hijo, le recomendó no deshacerse de estadista tan hábil; y á ese consejo se deben, sin disputa, la tranquilidad y el bienestar de que España continuó disfrutando algunos años.

Con Floriblanca siguió el Ministerio todo que había presidido hasta entonces. Eran cinco las secretarías del Despacho para los asuntos de España é islas adyacentes, las de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Ha-

1 Decimos que á su pesar, porque tantas veces repite la solicitud de retiro en su «Representación», y eso después de hacer ver sus eminentes servicios, que más parece temerlo que desearlo. En otro caso no se pediría al demostrar que nunca son más necesarios esos servicios, y menos cuando ni los años ni las enfermedades se lo exigían, puesto que murió 20 después de Presidente de la Junta central y en lo más recio de una lucha, cual pocas de enérgica y asoladora.

cienda, y otras dos para los de Indias. Desempeñaban las primeras Floridablanca, que reunía las de Estado y Gracia y Justicia, aunque ésta interinamente, D. Jerónimo Caballero, D. Antonio Valdés y D. Pedro Lerena respectivamente, y las dos de Ultramar, D. Antonio Porlier y el mismo Valdés la de Marina.

Era la organización que Carlos III había dado al Ministerio en Julio de 1787, y se conservó hasta el 25 de Abril de 1790 en que se refundieron en las de la Península las secretarías de Ultramar, aunque con negociados diferentes para sus asuntos respectivos; creándose, además, tres direcciones, de Rentas, Real Hacienda y Comercio de Indias, cuyos jefes darían cuenta al Ministro de los asuntos que cada uno ó formando junta creyesen deberle presentar para su resolución. El general conde de Campo Alange se encargó entonces de la secretaría de Guerra, y D. Antonio Porlier pasó á la de Gracia y Justicia para descargar de su peso á Floridablanca.

Primeras providencias.

Inauguróse el reinado de Carlos IV con providencias que le proporcionaron el aplauso universal, si anuncio siempre, aquéllas, de toda era nueva, consecuencia éste de ese espíritu de lisonja á que obedece la humanidad, descontenta por punto general de lo presente y esperando siempre de lo desconocido para lo por venir. Porque no de otro modo puede explicarse que el pueblo español confiara en el sucesor, cualquiera que fuese, de monarca tan excelente como Carlos III, á quien se debían mejoras que han hecho época en todos los ramos de la Administración pública, en el esplendor, sobre todo, de las grandes poblaciones y el fomento de la riqueza, que es lo que de más cerca se toca y más promueve el amor y el entusiasmo de las muchedumbres. Algo habría en eso de lo que dice Rosseeuw Saint-Hilaire: «Y sin embargo, tiene el pueblo español tal necesidad de apasionarse por sus reyes que, concediendo á su soberano todas las cualidades que debiera haber poseído,

se apresuró á saludar con ánimo rebosando de risueñas esperanzas el advenimiento del nuevo reinado.»

Al ocupar el trono Carlos IV, y el día mismo de la muerte de su padre, se publicó el Real decreto anunciando uno y otro suceso á los tribunales y Consejos, de los que el de Estado expidió, á su vez, la carta, de costumbre en tales casos, mandando dar y hacer dar las providencias convenientes para que en nada se interrumpiese la administración de justicia y se impusiera en el papel sellado la nota correspondiente al nuevo período, manteniéndose subsistentes los sellos reales hasta que se construyeran y formalizaran los que hubieran de sustituirlos. Pocos días después, al darse á luz tan prematuramente en la *Gaceta* la promoción á general y brigadier de dos favoritos del rey, ya que se ocultaba la del que, según pública voz y fama, lo era de la reina, se hacía saber que S. M. mandaba se supliese por cuenta de la real Hacienda el importe de la baja de un cuarto en el precio del pan de segunda y tercera clase, que era el que solían comer los pobres, recientemente encarecido. Á esos decretos, acompañaba otro de igual fecha, la del 18 del mismo Diciembre, en que se concedía «el perdón de los atrasos que los primeros contribuyentes, se decía, debieran hasta fin de 1787 por razón de las contribuciones de alcabalas, cientos, millones, servicio ordinario y extraordinario, derecho de fiel medidor y frutos civiles en las provincias de Castilla, y en Aragón, Valencia, Cataluña y Mallorca por la contribución equivalente, catastro y talla, reservando ampliar esta gracia, en todo ó parte, respecto al año de 1788 si fuese posible», etc., etc. Y no satisfecho todavía el rey de los resultados que pudieran dar tales disposiciones para aliviar á sus vasallos, suspendía, en la segunda de ellas, por un año y desde 1.º de Enero del de 1789, el pago de lo que se adeudare por razón de alcabala en el trigo y cebada, reservándose también el prorrogar la concesión, si las fuerzas del Erario lo permi-

tiesen con presencia de las cosechas futuras. Las anteriores habían sido escasísimas y causado con la elevación de precios en sus productos gran miseria en las provincias mencionadas en aquellos decretos que, por lo mismo, fueron recibidos con el aplauso, sin duda, de que antes nos hemos hecho eco, fundamento de lisonjeras esperanzas y nuncio, en la opinión del pueblo, de grandes y duraderas prosperidades.

Con la misma fecha, pero en distinta *Gaceta*, la del 26, se expidió otro Real decreto reconociéndose las deudas contraídas por Carlos III y disponiendo su pago, que se hizo extensivo á las de los reyes Felipe V y Fernando el VI; abonándose éstas según su importe, ya consignando un tanto por ciento al año, ya admitiéndose como parte de censos que se constituirían, redimibles en cada caso al rédito de 3 por 100.

Buen efecto que producen.

Estas disposiciones y la de que se proveyesen por turno las plazas del Consejo de la Inquisición entre doctores teólogos, lectores ó maestros de las órdenes de San Francisco, San Agustín, el Carmen, la Merced, Trinidad, San Benito, San Bernardo, San Jerónimo, San Basilio, San Norberto, Escuelas Pías y otros institutos escolares, adjudicándose á la orden de Santo Domingo la vacante que dejaba, por su fallecimiento el 3 de aquel mes de Diciembre, el confesor del rey Fr. Joaquín de Eleta, arzobispo, obispo de Osma, fueron dictadas al día siguiente é inmediatos del en que recibió sepultura en el Escorial el cadáver de Carlos III, con todas las ceremonias, por supuesto, de costumbre, más solemnes é imponentes en aquella ocasión por la importancia y la fama, á todas luces merecida, de tan gran rey, uno de los de memoria más gloriosa en los fastos españoles [1]. Estas disposiciones, repetimos, y

1 La *Gaceta* del 6 de Enero de 1789, al dar noticia de la muerte del P. Eleta, encomia extraordinariamente sus servicios y merecimientos. Debían, sin embargo, observársele algunos lunares, por cuanto se le consideraba con más

decretos poco posteriores en favor de las clases militares, en que, como en todos, se revelaba el pensamiento de procurar, no sólo la prosperidad del Estado, sino el bienestar de los Españoles en general, produjeron excelente efecto dentro y fuera del país, haciéndose esperar un reinado aun más próspero que el anterior. Bien lo demostró Madrid en la proclamación real los días 17, 18 y 19 de Enero, asistiendo el pueblo todo á las ceremonias con que se verificó en las plazas de Palacio, de las Descalzas y de la Villa por el conde de Altamira, alférez mayor, que, años después, había también de levantar pendones por Fernando VII, aunque en circunstancias bien diferentes y extremadamente críticas. Así en la corte como en varias capitales de provincia, donde se celebró igual acto con inusitada pompa, los festejos fueron brillantes, preparados, es verdad, con una promoción numerosísima á toisones de oro, grandes cruces, cargos civiles ó eclesiásticos y empleos militares, que bien se veía ir dirigida á influir poderosamente en la opinión de las clases altas, como en las demás con el indulto para los desertores del ejército, una protección bien entendida á la

astucia que talento y con mañas más palaciegas que evangélicas, no diestro en política, pero mucho en saber atraerse el afecto del rey que apoyaba todas sus propuestas para la provisión de cargos eclesiásticos, desde los inferiores hasta los más elevados. Fraile gilito, había sustituído al P. Bolaños, que le llevó á Nápoles, en el confesonario del rey, aun careciendo de talentos, según ya hemos indicado, y de instrucción alguna. «Fué parte, dice un manuscrito del tiempo, para la extinción de los jesuítas y para la profanación que, con título de reforma, se hizo en los colegios mayores: estorbó la de la Inquisición, proyectada por el Consejo extraordinario en el gobierno del conde de Aranda y á instancia de Campomanes, cuyo designio descubrió el ministro del Consejo Valle Salazar (a) *Chafarote,* á su pariente el consejero de la Inquisición Mollinedo, quien lo sopló al confesor, y éste previno el ánimo del rey, que rechazó las propuestas del ministro Roda, cuando lo llevó al despacho. En fin, hizo el bien y el mal sin saber lo que hacía.»

Influyó en la fundación del convento de San Pascual de Aranjuez, en la mala terminación del de San Francisco el Grande y en el proyecto del de San Gil, que Sabatini tuvo la habilidad de construirlo para dos usos, el de convento y, por si antes morían su fundador y el rey, el de cuartel para Guardias españolas y walonas.

En los últimos tiempos de su vida tenía declarada la guerra á Floridablanca.

industria y á la marina mercante en Indias, con una infinidad, por último, de provisiones, á cual más beneficiosas, sobre los ramos todos de la administración en España y sus colonias. Una, entre las demás de esas providencias, todas beneficiosas, tendía á producir resultados que revelaban un verdadero progreso, evitando para en adelante la exagerada concentración de los bienes inmuebles en la Iglesia y la nobleza, causa, en no pequeña parte, de la miseria general y, á la vez, del abandono á que se entregaban familias en que la desigualdad de fortuna entre sus miembros estimulaba á la vagancia mejor que al estudio y al trabajo. En efecto; consecuente con las ideas que abrigaba y había procurado desarrollar en el anterior gobierno de Carlos III, Floridablanca, observador experto de las causas que entorpecían el fomento de la riqueza pública, especialmente de la agrícola, tan importante en España, se propuso contener en lo posible el abuso, denunciado de tiempos atrás por los arbitristas más distinguidos, de la acumulación de bienes en manos muertas, así de los legados á la Iglesia como de los que iban acumulándose en los mayorazgos, fundados hasta entonces sin tasa alguna. Para eso fué expedido un Real decreto, el de 28 de Abril de 1789, en que, después de censurar la libertad ilimitada existente de las vinculaciones en toda clase de bienes raíces, destinándolos á fundaciones ó dotaciones perpetuas que impedían su circulación y los progresos de la agricultura y aumento de la población, se extendía á todo el reino la provisión del Consejo de 20 de Octubre sobre edificaciones de solares yermos en Madrid, y se consultaba á aquel mismo cuerpo lo que debiera hacerse respecto á las tierras abandonadas, causa, en no pequeña parte, de la carestía y aun de la penuria de aquellos años. Á ese decreto iba unido otro de igual fecha prohibiendo la fundación de mayorazgos de menor renta que la de 3.000 ducados ni aun por vía de agregación ó de mejora de tercio y quinto ó por los

que no tuviesen herederos forzosos, y disponiendo, entre otras varias medidas á cual más prudentes, que las dotaciones perpetuas se hicieran y situasen principalmente sobre efectos de rédito fijo, como censos, juros, efectos de Villa, acciones del Banco ú otros parecidos. Así se creía impedir la ociosidad y la soberbia de los poseedores de pequeños vínculos y la necesidad cada día más sentida de brazos para el ejército, la marina, la agricultura y todo género de industrias, artes y oficios. En cambio de la supresión de los pequeños mayorazgos, se impuso á los de mayor cuantía la prohibición de dividirse á no ser que en los de Grandes de España ó sus primogénitos excedieran las rentas de 80 á 100.000 ducados, en los títulos de 40 á 50.000, y en los particulares de 20.000. Iban acabándose aquellas casas, y con ellas la memoria de sus fundadores, ilustres en la historia patria y ornamento de una monarquía creada y fortalecida en la lucha de ocho siglos contra el Islam, en que el personalísimo ibérico, al mantenerla con la abnegación que lo caracteriza, había logrado, no sólo la victoria más completa, sino la creación de fortunas que las colectividades no pueden adquirir ni conservar.

Se conoce que, vistas las intenciones del rey desde el momento mismo de su elevación al trono y la benevolencia en que las informaba á favor del pueblo, afligido aquellos años por la penuria, Floridablanca ponía el mayor esmero en secundarlas con sus consejos y acción, haciendo brillar más y más la aureola con que la imaginación, siempre ardiente, de los Españoles y sus esperanzas rodeaban al monarca, y procurando, á la vez, asegurarse en la ya vacilante posición que se le veía mantener en la nueva corte. No se dejaba nada por hacer en ese camino tan glorioso para el rey como para el ministro; y no acabaríamos de recordar medidas de esa misma índole administrativa, siempre dirigidas á la investigación y fomento de las fuentes de riqueza, perdidas ó agotadas de mucho tiempo atrás. Y

ya que así se procuraba hacerlo en el suelo peninsular sacando á nueva luz sus frutos más preciados, no se olvidó tampoco, según ya hemos dicho, que existía una marina mercante necesitada del desarrollo á que convidaban las colonias, como ningunas otras del mundo de espléndidas y feraces. Tampoco ofrecía su posesión todas las ventajas á que tan próvida naturaleza provocaba, por lo que en el reinado de Carlos III se había ya puesto en práctica el pensamiento de acabar el reconocimiento de las tierras descubiertas y conquistadas por los bravos y felices navegantes que tanta gloria proporcionaron á nuestra patria en los siglos xv y xvi. El 30 de Julio de 1789, abandonaban, pues, la bahía de Cádiz las corbetas de la marina real *Descubierta y Atrevida* con destino á dar la vuelta al mundo.

Expediciones marítimas.

Dirigía la expedición, con el mando también de la primera de aquellas naves, el capitán de fragata D. Alejandro Málaspina, cuyas persecuciones y desgracia hemos de recordar más tarde, y le secundaría en sus trabajos científicos el de su misma graduación D. José Bustamante y Guerra, que montaba la *Atrevida*, provistos uno y otro de cuantos útiles é instrumentos se hacían necesarios para desempeñar comisión tan delicada é importante. «Se han construído, decía la correspondencia de Cádiz en que se anunciaba la salida de la expedición al mar, expresamente los dos buques con todas las qualidades convenientes; se han dotado con una oficialidad hábil y escogida, y con naturalistas, botánicos y pintores de perspectiva y botánica, y va surtida de reloxes de longitud, chronómetros, muestras marinas, y unas preciosas colecciones de los mejores instrumentos de astronomía, matemática y física: de todos los libros de estas ciencias y de historia natural que se han considerado del caso; y, en fin, de quanto puede conducir al más cabal logro de esta importante empresa, pues lleva hasta lo necesario para formar un hospital en qualquiera parte.»

El personal era, como debe suponerse, escogido: además de los capitanes, que habían alcanzado alta fama por sus profundos conocimientos en el arte náutica, iban en la expedición oficiales como D. Cayetano Valdés, Galiano, Gutiérrez de la Concha y Novales, que tanto ilustraron después la historia de la marina española, D. Felipe Bauzá, en fin, que luego se ha acreditado de uno de los geógrafos más distinguidos de la Europa moderna. Debían por el pronto seguir los rumbos de Magallanes, descubridor del estrecho á que se dió su nombre, y de Sebastián del Cano, el primero que dió la vuelta al mundo, como es sabido y atestigua el glorioso lema de su escudo de armas. Cuando se haga memoria del estado de las ciencias todas durante el reinado, que estamos historiando, de Carlos IV, daremos á conocer la marcha de aquellas naves y los reconocimientos que verificó en las costas de la América meridional, relatados con cuantos detalles pueden ambicionarse en un escrito que, facilitado por los hijos de Concha, publicó, como uno de sus primeros y más apreciables trabajos, la Sociedad Geográfica de Madrid.

Y no es que se hubiera antes olvidado de reconocer costa tan bravía como la de aquel helado promontorio, tan tormentoso ó más que el opuesto de África, que había cambiado de nombre por el de Buena Esperanza en vista de sus condiciones, muy otras de las que le atribuían los antiguos periplos y la fama por tantas generaciones divulgada. En 1786 había regresado á España el brigadier D. Antonio de Córdova Laso, que no había podido completar el reconocimiento de aquellos lugares por los malos tiempos que habían azotado á la fragata *Santa María de la Cabeza*, que montaba; y en Octubre de 1788 había zarpado el mismo é ilustre marino de Cádiz con los paquebotes *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*, tenidos por su calado y condiciones marineras como más propios para ese género de comisiones. Á los 72 días habían avistado la costa de Patagonia, recono-

ciéndola luego y rectificando no pocos de los errores estampados en las cartas náuticas del tiempo. El estrecho de Magallanes hubo de revelar todos sus puertos y ensenadas á los botes que, enviados por Córdova, desembarcaron sus tripulaciones regidas por sabios oficiales y cosmógrafos que, á pesar de trabajos penosísimos y calamidades sin cuento, lograron fijar la posición astronómica de los puntos más importantes de aquel célebre paso, con tanto anhelo buscado por Cristóbal Colón. Á estas operaciones siguieron otras en la parte Sur del estrecho; pero las muchas aguas y los recios temporales, como decía su jefe, obligaron á las naves de Córdova á regresar á Cádiz, donde fondeaban el 13 de Mayo de 1789 con sus tripulantes devorados por el escorbuto, aunque afortunadamente con bajas muy contadas.

Aun siendo feliz en resultados la segunda de estas expediciones, habían quedado sin ultimarse algunos trabajos, los étnicos principalmente, no descubriéndose en la costa grupo alguno considerable de la tribu patagónica que tanta curiosidad inspiraba por el carácter físico y moral que el vulgo la atribuía. Los Patagones se habían alejado de su costa por el afán en ellos innato de pelear, haciéndolo en aquella ocasión por entre las pampas, aliados con los Indios de San Julián en su lucha con los del interior.

La *Descubierta* y la *Atrevida* debían acabar la tarea de sus predecesores en tan importantes trabajos que, comenzados por Carlos III en su afán de no dejar punto de la Administración pública sin la huella siquiera de su constante y enérgica iniciativa, se quería ahora terminar para que no se dijese que su hijo y sucesor inmediato los abandonaba cuando, por lo reciente de los descubrimientos anteriores, podrían dar más prontos y provechosos resultados.

Se ve, pues, que nada se olvidaba para inaugurar un gobierno con el aparato más espléndido de mejoras, verdaderamente prácticas, de las que, siendo

La proclamación.

útiles sobre todo á las clases más numerosas y necesitadas, ofreciesen ocasión también de aplauso á las en que la vida intelectual y el anhelo de los progresos por el camino de la civilización hacían envidiar los que se alcanzaban en otros países, sin condiciones, acaso, para obtenerlos tan satisfactorios. Convenía ese aparato para excitar el entusiasmo nacional, y particularmente el de los Madrileños, el día en que, con motivo de la exaltación de D. Carlos al trono, hiciese su entrada en la capital, á la cual sucedería la jura del príncipe de Asturias en la iglesia de San Jerónimo del Prado. Todo se verificó, efectivamente, con esa pompa tan grata, aun sin aquellos alicientes, á los pueblos meridionales, en que, sobreponiéndose el sentimiento al cálculo, aparecen el lujo y la ostentación como signos de una grandeza que, no por ser en ocasiones más ficticia que real y positiva, deja de tenerse por envidiada y aun temida.

La carrera, que desde la entrada principal de Palacio se extendía por la calle Mayor, la de Alcalá, el Prado, el Museo y el Jardín Botánico, la calle de Atocha, la Plaza Mayor y otra vez la calle de este nombre y el arco de la Armería, se hallaba toda colgada y cubierta de un gentío inmenso, haciendo la ilusión de una vía triunfal según las demostraciones con que el pueblo de Madrid obsequió á sus soberanos. La ceremonia, celebrada en la parroquia de Santa María con un *Te Deum* que entonó el cardenal arzobispo de Toledo, fué más que suntuosa, imponente, ya que la pequeñez del templo impedía desarrollar bajo sus bóvedas la grandiosidad que se deseaba para tal acto. La mayor parte de la multitud de altos empleados, de Grandes de España y dignatarios de Palacio, que formaban el cortejo real, tuvo que mantenerse fuera, pero la oración de los reyes de la tierra ante el altar del de los cielos, lo armónico de la sagrada música que ejecutaba la real capilla, y el acto de la bendición impresionaron más por lo mismo á

cuantos tuvieron la fortuna de escucharla y recibirla. La ocasión más grandiosa, ya que no la más solemne, fué, sin embargo, la del paso del Museo al Jardín Botánico, aprovechada por todo Madrid puede decirse, y en que todos los niños y niñas pobres, educandos de las escuelas gratuitas de la Villa, sorprendieron á los reyes y su comitiva con la actitud teatral que ofrecían y los cantos tan dulces como tiernos y conmovedores que entonaron al paso de los reyes.

Esto era el día 21 de Septiembre de 1789; el 22 se celebró la corrida de costumbre en toda fiesta real española, con sus caballeros en plaza, picadores de vara larga y espadas, dirigida por el caballerizo mayor del rey y con los alabarderos al pie del balcón de la Panadería; y el 23 tuvo lugar la jura del príncipe, según ya hemos indicado, en la gran fábrica de San Jerónimo, vestida y adornada con sedas y muebles del mayor lujo, donde con todos los requisitos de las antiguas leyes, una pompa acaso desconocida hasta entonces y, como ante el Crucifijo para jurar, arrodillado también á los pies de sus padres, les hizo pleito homenaje D. Fernando, aquel soberano sin ventura á quien años después habría de acusársele de tan ingrato y pérfido hacia ellos. No es posible leer tan solemne ceremonial sin adelantarse á los tiempos con la memoria de sucesos que, al iniciar un nuevo reinado, fueron los determinantes de una era extraordinariamente accidentada y, en ella, de una conducta á que predisponían carácter, educación y motivos que no dejan ciertamente de explicarla.

Por supuesto que aquellas fiestas, como españolas, fueron motivo de nuevas promociones en todas las clases oficiales y aun particulares del Estado, sobre todo en el ejército y la marina, á las que algo más tarde, si bien buscando la excusa en el cumpleaños del rey, se añadieron grandezas, títulos y toisones, grandes cruces, llaves, plazas en el Consejo y empleos de todas categorías con una

profusión que se hizo característica de aquel reinado y ha sido cien y cien veces recordada y reprendida en nuestros tiempos como ejemplo de malas costumbres para tales ocasiones.

Convocatoria de Cortes.

Á esas solemnidades, si obligadas por el ineludible ceremonial de la coronación del nuevo rey y de la jura de su hijo primogénito como príncipe de Asturias, siempre gratas al pueblo, al que no parece sino que se le dedican para que dé al olvido las excelencias del soberano difunto y los beneficios que de él recibiera, sucedió un acto de los más trascendentales que se registran en la historia moderna. En cumplimiento del Real decreto de 22 de Mayo, había la Cámara de Castilla expedido el 31 del mismo mes la cédula en que se convocaba á los procuradores diputados de las ciudades y villas de voto en Cortes á jurar, como lo hicieron el 23 de Septiembre, al príncipe, «con poderes amplios además, según aquella extraordinaria disposición, *para tratar, entender, practicar, conferir, otorgar, y concluir por Cortes otros negocios, si se propusiesen, y pareciese conveniente resolver, acordar y convenir*». Y, con efecto, el 30, y ya jurado D. Fernando, se celebraban Cortes en el histórico salón llamado de los Reinos, todavía subsistente en los restos del Palacio del Buen Retiro, hoy Museo del arma de artillería. Presidíalas el célebre conde de Campomanes, jurisconsulto el más distinguido de su tiempo, acabado de nombrar gobernador del Consejo, del que antes era decano, y una de las glorias más puras de la magistratura española. «Bastárame á mí, dice el académico D. Pedro Sabau en un erudito estudio que publicó en 1833 sobre el asunto de que aquí va á tratarse, encontrar estos dos nombres inmortales (los de Campomanes y Floridablanca), al frente de las Cortes de 1789, para que sin penetrar más adelante quedara ya satisfecho de que allí nada pudo hacerse ni tratarse que no tuviera por objeto la justicia y el bien de los pueblos, porque sé cuánto se afanaban estos dos hombres por la

felicidad de su patria» [1]. Garantía y grande ofrecían realmente aquellos personajes; el uno, presidiendo á las discusiones que provocaran las proposiciones que el otro, como jefe del gobierno, iba á presentar á las Cortes; garantía, repetimos, más que suficiente de que éstas darían resultados dignos de un cuerpo que por lo mismo de no haber sido llamado desde 1760, necesitaba acreditarse mostrándose tan acertado como independiente en sus acuerdos.

Eran 76 los procuradores sin el que habría de presidirlos, y cuatro los ministros del Consejo y Cámara que debían concurrir á las sesiones en concepto de asistentes, con su secretario, por supuesto, y los escribanos mayores de Cortes, nombrados, como de costumbre, para dar validez á los instrumentos y acuerdos que se autorizasen. Su reunión y asiento en el gran salón de los Reinos, no ofrecieron otra peripecia que la ineludible de la protesta de los diputados de Toledo contra la preferencia que, desde tiempos remotísimos, se daba á los de Burgos en su colocación y para las arengas con que debía contestarse á las proposiciones del soberano. Los había entre ellos que pertenecían á la aristocracia del país en sus diferentes provincias como los marqueses de Villacampo, de Villandangos, de Villafranca, de Santa Cruz de Aguirre y de Zafra, representantes de Toledo, León, Zaragoza, Plasencia y Soria, el conde de Ibangrande y el vizconde de Palazuelos, que lo

1 No necesitamos traer á estas páginas el estudio de una personalidad que en la época á que nos vamos refiriendo había ya obtenido una reputación tan legítima que, al promoverle á las primeras jerarquías del orden civil, no se hacía sino corresponder al alto concepto que sus obras y sus trabajos en el foro le habían proporcionado dentro y fuera de España. Ese estudio lo hallará el lector en la historia del tiempo en que más resplandecieron las virtudes cívicas de Campomanes y sus talentos, que es el de Carlos III, á quien ya había sorprendido en Nápoles la lectura de *El Periplo de Hannon*, como después á Kaunitz y al duque de Aiguillón la de *El Juicio Imparcial* que influyó no poco en sus ideas de gobierno. Pero entre los autógrafos inéditos de Jovellanos que poseemos, existe uno curiosísimo, juicio verdaderamente imparcial, aunque sumario, de Campomanes, y con el deseo de que no continúe como hasta aquí desconocido, lo insertaremos en los apéndices de este libro (número 1).

eran de Ávila y Guadalajara, y de Madrid, por fin, los marqueses de Astorga y de Bélgida, alférez mayor aquél de la villa imperial, y grande de España, también, el segundo, y gentilhombre de Su Majestad. Los demás no podían ostentar títulos tan pomposos y conocidos, pero disfrutaban en las localidades que les habían dado sus poderes de gran crédito por la independencia de su carácter y por suponérseles que sentían todo el peso de las responsabilidades que echaban sobre sus conciencias, crédito que ciertamente no desmintieron, como luego se verá, en el curso de las sesiones á que hubo de darse término por resultas, precisamente de esas mismas, sus altas y recomendables prendas.

Las palabras que hemos subrayado al copiar la cédula de la convocatoria revelaban proyectos, más que de ordinario trascendentales para la suerte de la nación. Y, con efecto, si no hacían presentir alguno determinado por permanecer completamente secreto entre el rey y sus ministros, provocaban la curiosidad general de un público no hecho á tal espectáculo ni á ver en gobierno tan autoritorio deseos ni necesidades de consultas á la opinión en ninguna de sus determinaciones, por graves que fueran. No quedó, sin embargo, satisfecha esa curiosidad, bien natural en tales circunstancias; porque, exigido á los diputados juramento sobre los santos Evangelios «de que tuvieran y guardasen secreto de cuanto se tratara en aquellas Cortes tocante al servicio de Dios, el de S. M., bien y procomún de estos reinos», se dió el caso raro, extraordinariamente raro, de que ni siquiera trasluciese el público hasta mucho tiempo después el objeto más interesante y el resultado definitivo de la grave y, más que grave, trascendental resolución que se tomó en la sesión celebrada el 30 de Septiembre de 1789, primera de la que hoy llamaríamos legislatura de aquel Parlamento.

Ese objeto no era otro que el de anular el auto acordado

de 1713 en que Felipe V hizo quedasen sin efecto en adelante las antiguas leyes y la costumbre puede decirse que inmemorial, para que, por el orden impuesto en las Partidas de Alfonso X, fuesen admitidas á la sucesión de la corona las hembras de la mejor línea y grado, sin postergarlas á los varones más remotos.

Anulación del auto acordado de Felipe V.

Nada más justo y conveniente para los Españoles, ni nada podía ofrecérseles más grato según la historia que podía recordarles los sucesos de mayor trascendencia para la unidad de la Península, fin el más alto á que nuestros antepasados habían dirigido sus esfuerzos en una lucha ocho veces secular y en las intestinas que, no pocas, la interrumpieron. La unión de León, primeramente, y la de Aragón á Castilla se debían á esa costumbre y á la ley consignada por el sabio rey don Alonso en sus inmortales *Partidas;* y por ellas se había precipitado la decadencia de la morisma y terminado, luego, su imperio en España. Por el mismo derecho, más ó menos modificado por las Cortes de Lamego pero subsistente en Portugal, se había logrado en 1580 la unidad completa de la patria ibérica, tal cual parecía impuesta por la naturaleza, la conveniencia y el más glorioso porvenir de sus hijos. Pero ¿qué más?; el mismo soberano que, llevado de intereses que en nada afectaban al de los Españoles, había dejado sin efecto aquella ley salvadora, debía á ella la corona que en tal concepto, inmensamente popular, supo mantener en sus sienes la lealtad castellana, nunca como entonces puesta de manifiesto con abnegación tan sublime en los campos de batalla. Sólo á intereses momentáneos ó circunstanciales, á aquella nostalgia también, que afligía á D. Felipe, de la tierra y de las costumbres y leyes francesas, puede atribuirse tal ex abrupto como el del auto acordado, que tuvo que arrancar de unos Consejos influídos por el miedo y de unas Cortes ilegítimas no convocadas conforme á las fórmulas establecidas, sin haber sido

elegidos los diputados por las ciudades con voto ni observarse por fin procedimiento alguno de los señalados en nuestras leyes.

El paso, pues, dado por Carlos IV al poco tiempo de su advenimiento al trono, era altamente político y, sobre todo grato para los Españoles, según ya hemos dicho. ¿Obedecía, empero, á otros intereses además que el de la conveniencia general, á oportunidad alguna ó á causas que pudieran perturbar la tranquila ocupación de un solio por nadie disputado desde la guerra de sucesión? Si, porque, una vez abolido el auto, cabía realizarse el patriótico deseo de unir las dos coronas peninsulares en una cabeza, ya que estaba casada con el heredero del trono de Portugal la infanta Carlota, á quien veremos más tarde pretender la regencia durante la cautividad de su hermano Fernando VII en Valençay [1]; si porque establecido, de otro lado, en aquella imperfecta *Ley sálica* que el heredero del trono fuese nacido en estos reinos, cabía también se le negara á él un derecho á ocupar el español que con habilidad tan cruel le había sabido defender Carlos III al inutilizar á su hermano D. Luis con la célebre pragmática sobre los casamientos desiguales, Carlos IV había nacido en Nápoles, y aun cuando, como

1 Carlos IV, que había oído leer en presencia de su padre y aprobado luego el tan conocido escrito de Floridablanca, tenía que inspirarse en las ideas del célebre ministro. Se dice en su *Representación:* «Asegurada la paz externa pensó V. M. en darla, si es posible, mayor seguridad con los enlaces que adoptó entre su real familia y la de Portugal. Los matrimonios de la señora infanta doña Carlota, nieta de V. M., hoy princesa del Brasil, como el del señor infante D. Gabriel con la señora infanta de Portugal doña María Victoria, han sido tan envidiados de todas las naciones, las cuales por desgracia nuestra conocen más bien que muchos Españoles, los verdaderos y sólidos intereses de la España y de Portugal. Los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, el Emperador Carlos V y su hijo Felipe II comprehendieron quánto importaba á las dos coronas la íntima union y amistades de sus soberanos y la cultivaron con la estrechez y buen suceso que todos saben. La España había llegado en los reinados de aquellos príncipes al más alto grado de poder y de gloria que puede imaginarse, y esto debería bastar para que los genios y políticos superficiales conociesen los aciertos de V. M. y de su gobierno en imitar y seguir el exemplo de los tiempos más felices de la Nacion.»

acabamos de indicar, nadie había hecho valer aquella cláusula del auto acordado, tan impopular era y hasta tenido por ilegítimo, creía él ó le habían hecho creer que pudiera muy bien disputársele el trono según se comunicaran ó no á España las perturbaciones, que luego relataremos, de Francia y con ellas se despertase el ansia de ocuparlo en algún príncipe, no comprendido en una excepción tan extraordinaria y hasta ridícula en quien su más vehemente deseo era el de reinar en Francia.

Las Cortes de 1789 recibieron como era de esperar, la *Proposición* de la corona, contestándola con una *Petición* en que suplicaban á S. M., así se dice en ella, «que sin embargo de la novedad hecha en el auto acordado V, tit. VII, libro V, se sirva mandar se observe y guarde perpétuamente en la sucesion de la monarquía dicha costumbre inmemorial, atestiguada en la citada ley II, tít XV, partida 2.ª, como siempre se observó y guardó y como fué jurada por los reyes antecesores de V. M. publicándose ley y pragmática hecha y formada en Cortes por la cual conste esta resolucion y la derogacion de dicho auto acordado». La *Arenga* con que el diputado por Burgos contestó al presidente fué todo lo breve que era de costumbre en nuestras antiguas asambleas, no tan pródigas de discursos como las actuales; y, acordes en su sentido como en todo y á propuesta del conde de Campomanes, procedieron las Cortes á votar, haciéndolo nominalmente y por unanimidad con las mismas palabras de la *Petición*, vuelta á leer antes por los escribanos mayores, asistentes al acto.

No satisfecho aún el rey, ó por mejor decir el gobierno, con declaración tan explícita de las Cortes, y como si se quisiera darla fuerza con un voto de la mayor importancia en otros tiempos para casos tales y siempre de peso en un país tan católico como el nuestro, el de los prelados, se consultó por separado á los que acababan de oir el de aquella augusta asamblea. Por cierto que al confirmarlo, y plena-

mente, en su escrito, alarde elocuentísimo de los sentimientos más patrióticos y digno de un episcopado á cuya cabeza se veía al cardenal presidente del cabildo de Toledo, se hacía notar alguna frase así como de reivindicación de los privilegios del sacerdocio para la elección y el alzamiento al pavés de los monarcas españoles. «Ni estorba en modo alguno, se lee en aquel importante documento, el auto acordado V, tít. VII, lib. V, pues aunque estamos los prelados más cerciorados y seguros de que no se pidió dictamen para tan considerable alteracion, y que sólo se promulgó en las Cortes sin el necesario examen, con todo hacemos á V. M. esta evidente demostracion: ó puede ó no el señor Felipe V con las Cortes y *sin los prelados* alterar la costumbre inmemorial de España en el orden de sucesion tan sólidamente establecido en la citada ley de Partida; si pudo destruir todo el derecho antiguo, y aun el orden regular de la naturaleza, mucho mejor puede V. M. con las Cortes *y prelados* restituir las cosas y sucesion á su primitivo ser natural y civil, regular, antiguo establecimiento é inmemorial costumbre, y si no pudo, debe V. M. en conciencia y justicia acceder á la solicitud de sus reinos.»

Por qué se mantuvo secreta.

Así quedó anulado aquel auto arbitrario é injusto que, á pesar de tan rotunda y legal determinación, había de traer las más funestas consecuencias, sembrando entonces discordias á montón en la tierra española para después regarla con torrentes de la sangre generosa de sus hijos. Es verdad que Carlos IV, obedeciendo á consideraciones á que su debilidad de carácter, por un lado, y las circunstancias, críticas en aquel momento, le inclinaban, por otro, á no dejarlas desatendidas, mantuvo secretos el acuerdo de las Cortes y su resolución de elevarlo á la categoría de ley para publicarla en tiempos menos difíciles; pero, aun así, ya llegarían, para dicha de España, los en que produciría todo su efecto, acabando para siempre un sistema de gobierno

verdaderamente anacrónico en el presente siglo para razas tan apasionadas é inteligentes como la latina nuestra [1].

Progresos de la revolución en Francia.

Que los tiempos eran difíciles y las circunstancias críticas, no hay para qué dudarlo. Con el llamamiento de las Cortes había coincidido la reunión de los Estados generales en Versalles; y éstos, al establecer los principios constitutivos que todavía se aclaman como fundamentales de la moderna sociedad política en todo Estado libre y tomando muy luego el nombre y las atribuciones de Asamblea nacional y hasta constituyente, acabarían por derrocar el trono, el altar, la base toda en que se apoyaba una monarquía tantas veces secular y gloriosa. De los tres *estados* que componían aquella primera asamblea, arrancada á Luis XVI por el luminismo de Necker, el de la nobleza contaba 285 miembros, 308 el del clero, de los que 49 obispos, y 621 el tercero, 153 magistrados, 192 abogados, 76 propietarios, pobres y algunos literatos, demostración elocuentísima del triunfo de la junta de Vizille, prólogo, según el más universal y profundo de los historiadores modernos, de la gran revolución que iba muy pronto á operarse en Francia. Por más que el general La Fayette, aristócrata, entregado por su escepticismo y vehemencia á contrariar á la corte y adular á las muchedumbres, pero honrado y franco, un Sieyes, el hombre más pensador de la Francia, y Mirabeau el más elocuente, aunque corrompido y venal, creyesen poder asentar los fundamentos de un gobierno libre, pero conservador de los principios de orden que caracterizan á los monárquicos en la constitución inglesa que se habían propuesto por modelo, pronto se verían arrollados con todas sus teorías, más ó menos abstractas en unos que en

1 D. Modesto Lafuente, al manifestar que no era urgente la necesidad de publicar la pragmática sanción de aquel acuerdo, comete la equivocación de decir que Carlos IV tenía tres hijos, D. Fernando, D. Carlos y D. Francisco de Paula. No; este último nació el 10 de Marzo de 1794.

otros, por la ola revolucionaria que levantarían la ignorancia y las pasiones de la mayor parte de los representantes, muchos de ellos francmasones, dirigidos por el tan ambicioso como ingrato Felipe de Orléans, su grande Oriente, banqueros arruinados, otros, ó especuladores, abogados y literatos, que buscaban su encumbramiento en la tribuna ó la prensa periódica, hasta clérigos de la clase inferior, envidiosos de las para ellos inconquistables posiciones, fortunas y privilegios de las más altas. De los abogados, decía César Cantú, el historiador acabado de citar, «los unos habían tomado de Mably el no admirar más que las antiguas repúblicas; los otros de Reynal el desacreditar todas las instituciones; éstos, de Diderot, el odiar á la religión y á los sacerdotes; la mayor parte eran entusiastas del *Contrato social* de Rousseau, que fué en la Revolución francesa lo que había sido la Biblia en la de Inglaterra. No se trataba, pues, de la revolución de los literatos; los intereses y las pasiones eran las que iban á agitarse».

¿Quién, así, por optimista que fuera y por más que confiase en sus propias fuerzas y en las conservadoras que moviesen á los dos primeros *estados* á mantener incólumes, en lo posible ya, sus propios intereses y los más elevados aún del trono, en cuyo sostenimiento y prestigio se fundaban; quién, repetimos, no se había de preocupar de ellos ante el espectáculo de elementos tan diversos, corriendo á encontrarse y chocar con estrago parecido al de los huracanes de la atmósfera?

La Asamblea nacional.

Una cuestión, al primer golpe de vista sin importancia, la de la verificación de los poderes de los diputados, entrañaba, no sólo la de la igualdad de los tres *estados* en la junta, sino la manera de deliberar después en ella, sobre todo la de votar colectiva, esto es, según las clases, ó individualmente sin atender á jerarquías ni procedencias. En su resolución estaba la del arduo problema, por nadie hasta entonces planteado más que por los filóso-

fos, de la igualdad y de la libertad en el nuevo Parlamento, para después extenderla fuera de él al orden político y á la sociedad civil. En ella, en el espíritu de esa resolución que se disputó con la insistencia que era de esperar tratándose, por una parte, del mantenimiento de privilegios no discutidos hasta entonces, y de la adquisición, por otra, de derechos ardientemente ambicionados, justos además y atendibles, estaba la revolución toda. Porque, de votarse *por estados*, los dos primeros obtendrían el triunfo y continuarían el despotismo, los privilegios, la servidumbre, en fin, del pueblo, y, de votarse por cabeza, sin distinción alguna entre todos los representantes, se rompía la gran valla de separación de razas y los vencidos y vencedores, los señores y los siervos, acabarían por constituir patria común, una sociedad sola, la nación de todos, aquella Francia á cuyas glorias y engrandecimiento habían todos también contribuído en la medida de sus fuerzas. Duró la lucha semanas y semanas sin ceder parte alguna de los contendientes en sus interesadas opiniones; intervino en ella la Corona poniéndose de parte de sus afines los privilegiados, hasta que el juramento del Juego de Pelota, el fracaso de una sesión regia, más amenazante que conciliadora, y las sucesivas deserciones de los dos primeros estados, las del clero inferior especialmente, llevaron el 27 de Junio á todos al salón de sesiones en que, como dijo Bailly, que las presidía, *se completó la familia*. Sieyes y Mirabeau abrieron entonces el período de la oposición al rey con aquellas frases elocuentísimas que, si han sido discutidas en su forma, no en su sentido altamente revolucionario, pero que dan lugar á confirmar aquellas otras que el democratizado aristócrata decía después con su filosófico y á la vez chispeante verbo: «por qué funesto encadenamiento de circunstancias los espíritus más moderados se echan fuera de los límites de la prudencia y por qué terrible impulso un pueblo, arrebatado de júbilo y entusiasmo, se pre-

cipita en los excesos, cuya sola idea le hubiera hecho temblar el día antes!» Los Estados generales se convirtieron, así, en *Asamblea* que, en son de amenaza, se llamó *nacional* á propuesta de Sieyes, y luego completó sus títulos como hemos dicho antes, con el de *Constituyente*. El triunfo se había hecho decisivo, y hubiera sido glorioso sin los excesos á que se entregaron los vencedores, manchándolo con todo género de ingratitudes, opresiones y crímenes.

El primero de éstos fué el que se ha celebrado á punto de constituir hoy su memoria una fiesta nacional en Francia. La toma de La Bastilla que, como los calabozos de la Inquisición, merecía á las muchedumbres la fama de encerrar los misterios más tenebrosos de la tiranía monárquica, es, con efecto, el prólogo del sangriento drama que, inundando aquel desventurado país de todo género de calamidades iba á turbar la paz, ya poco estable, de que se disfrutaba en Europa. No pasarían muchos días hasta el en que Lafayette, ya á la cabeza de la Guardia nacional y al ofrecer al rey la nueva cucarda en que se combinaron los colores de París y de la casa de Francia, le dirigiese estas tan arrogantes como proféticas palabras: «Tomadla, Señor; es una escarapela que dará la vuelta al mundo.»

Esto sucedía el 17 de Julio en que Luis XVI hizo su primera visita á París después de haber asistido á la Asamblea que, si le recibió con el silencio que el obispo de Chartres calificaba de *lección de los reyes*, hubo al fin de romper en estrepitosos aplausos al oirle declararse *uno* con la nación y su representante más entusiasta. Su recepción en las puertas al entregarle Bailly las llaves de la ciudad que así *hacía la conquista* de su soberano; su paso por las calles y su presentación al pueblo desde las ventanas del *Hotel de Ville;* su regreso, por fin, á Versalles, más que la ovación de un monarca querido y respetado por sus vasallos, aparecieron como un triunfo popular y, más que la vía Sacra de los emperadores romanos, pudo aquel harto amar-

go paseo recordar la dolorosísima de los mártires cristianos, según que las muestras de amor y veneración de los Parisienses se hicieron burlescas y hasta insultantes á la soberanía, desde tal jornada puesta á los pies de la Asamblea nacional y del pueblo francés. ¿Cómo gozarse ante las ridículas ceremonias de la entrega de las llaves en que el rey quedaba tan malparado en su comparación con Enrique IV, la de la recepción en la escalera del palacio municipal haciéndole pasar bajo la *bóveda de acero*, la de su salutación al pueblo con la cucarda tricolor en el sombrero, y hasta la de rendirle las armas aquellas masas de hombres harapientos y manchados con la sangre de De Launay, el valiente gobernador de la Bastilla y de sus mejores oficiales, de Frenselles y tantos otros víctimas de su deber? [1].

Ya no cabía dudar del triunfo de la revolución; y aquellos sucesos, los posteriores en que fueron asesinados Foulon y Berthier, su yerno, á la voz de *¡pendu, pendu!*, y las muertes también en las provincias, el incendio de los conventos y archivos, los desórdenes en todos los ámbitos de la Francia, revelaron que esa revolución no se satisfaría con la de las ideas, ya hecha en la Asamblea. Ésta había decretado la abolición de la servidumbre, la facultad de redimir los derechos señoriales, la abolición también de la jurisdicción feudal y del derecho de caza, el rescate del diezmo, la igualdad en los impuestos, la admisión de todos los ciudadanos á los empleos civiles y militares, el término de los privilegios, lo mismo en los particulares que en los municipios, el de cuantos abusos, en fin, se habían creado desde la conquista y por la acción de la realeza y del feudalismo, incontrastables en la Edad Media y aun mucho

1 Don Modesto Lafuente dice que, al llegar al Hotel de Ville, pasó el rey por debajo de una bóveda de espadas cruzadas sobre su cabeza *en señal de honor*; pero se olvida de añadir que aquel honor era el que hacían los francmasones á sus *venerables* al recibirlos en las logias para las grandes fiestas y ceremonias.

después. Pero esas leyes y la declaración de los *derechos del hombre*, en que no se supo siquiera definir el derecho, leyes y declaración que, más que de la experiencia y la observación demostraban ser fruto de la doctrina y de la filosofía de sus más sabios autores, no las entendía como ellos el pueblo francés. Vehemente como ningún otro, sumido en la abyección entonces y entendiendo sólo en hechos, que él traducía en los más violentos y atroces, los consideraba como los únicos verdaderamente prácticos para demostrar sus nuevos derechos, los de la libertad y la igualdad humanas. Estos derechos debían subordinarse en parte á los políticos; y la Asamblea, al concordarlos, pensó en establecer el gobierno monárquico hereditario, un poder ejecutivo, el del rey, el concurso de la nación para hacer las leyes en una ó dos Cámaras, la ley, sobre todo, de presupuestos, clave de todas las que se refieren á la Administración pública y al ejercicio de aquella igualdad tan halagadora y preconizada. Sieyes exclamaba en uno de sus más brillantes y lógicos discursos: «¡Un solo Dios, una sola nación, un solo rey y una sola Cámara!» No podía darse definición más clara de un gobierno constitucional, con la soberanía nacional y una Cámara, principios eminentemente democráticos, templados por los conservadores de la unidad religiosa y de la monarquía.

La aristocracia se puso á temblar con innovaciones que así la rebajaban de su antigua preponderancia y de sus aspiraciones de siempre; el pueblo, el verdadero pueblo, esto es, su parte más sana y honrada, abrió el pecho á esperanzas que, no por ser muy halagüeñas, dejaban de ser justas; la plebe, decimos mal, el populacho ignorante y soez se rió de aquellas que llamó teorías ridículas de un poder que debía parar en ser exclusivo suyo, y las tradujo en lo que antes dijimos, en ingratitudes, opresiones y crímenes. Había gustado la sangre, y ni los tigres ni los lobos le igualarían en derramarla á torrentes en sus cacerías, que se han he-

cho horriblemente históricas, de hombres, compatriotas, allegados, hasta hermanos y padres suyos. El rey, al querer reformar en alguna parte aquellas leyes, que en su concepto lesionaban derechos muy dignos de respeto, puso á discusión el del *veto real* que resultó desconocido, reduciéndose su papel legislativo al único de promulgarlas, sanción más denigrante que eficaz de un poder que, de otro modo, resulta verdaderamente moderador. Peor aun; á esa lucha entre el poder real y el de la Asamblea que así resultó soberano de la nación, sucedieron imprudencias de la corte consintiendo y, al parecer, alentando protestas que un entusiasmo indiscreto y las muestras de adhesión, aunque legítimas en los que las daban de la lealtad que su posición les imponía, aparecieron intempestivas y no poco provocadoras. Nos referimos al banquete de los Guardias de Corps y de los oficiales del regimiento de Flandes, animado con la presencia del rey, la de la reina y el Delfín en sus brazos, la de la corte entera que vió sin ponerle correctivo alguno el reparto entre los invitados de la escarapela blanca sustituyendo á la tricolor, ya oficial y hecha nacional en toda la Francia.

El ruido que el 1.º de Octubre retumbaba en el palacio de Versalles con los vivas al rey y los brindis, menos prudentes de lo que la ocasión aconsejaba, no fué sino sordo y flébil acento comparado con el aturdidor, tempestuoso y horrísono que sucedió en París á la noticia de aquel festín, precursor de los atentados más atroces contra los que lo habían celebrado y sus ilusos y mal aconsejados patrocinadores. Al grito de *¡pan* y *pan!* se reune el día 5 de aquel mismo mes una multitud de mujeres en manifestación nada pacífica frente al Hotel de Ville; y no dándosele lo que puede acaso satisfacerla en tiempo, como aquél, de penuria, se decide á marchar á Versalles, donde dice, aludiendo al banquete de los Guardias, reinan la abundancia y el despilfarro, en su concepto, más escandalosos para los pobres

y los hambrientos. De presentarse en la residencia de la corte aquella muchedumbre á la que ya iban reunidos muchos hombres disfrazados de mujeres para hacerla más inmune y que dirigía ó mandaba un M. Maillard desconocido hasta aquel día: de presentarse, repetimos, tan abigarrada multitud á introducirse en la Asamblea y después en Palacio siempre pidiendo pan, pasaron pocas horas y, á pesar de una lluvia torrencial que, dispersándolas por la población, dió tiempo á que llegara Lafayette con su Guardia nacional, establecía al amanecer del 6 el sitio, que así puede decirse, de aquel mal llamado castillo, el palacio encantado y encantador del gran Luis XIV. Á las siete de la mañana ocupaba los patios y poco después varias de las habitaciones, donde encontrando por fin algunos de los Guardias de Corps, objeto de su odio, se cebó en los dos primeros que se ofrecieron á su vista, cuyas cabezas eran momentos después paseadas por las calles y plazas de Versalles. Sin la abnegación de los Guardias hubieran sido atropellados el rey y la reina, que á medio vestir se refugió á su lado, y que, aun así, se salvaron, merced á la llegada de Lafayette, pero aviniéndose á marchar á París entre aquellas bandas de mujeres, tan procaces y desenfrenadas como los bandidos que las acompañaban. Así gritaban aquellas furias al entrar en París: «Ya no moriremos de hambre puesto que vienen con nosotras el panadero, la panadera y el mozo de la tahona.»

¡Á eso había venido á parar aquella soberanía, que pocos años antes se consideraba el Estado mismo, tenida por la más gloriosa y respetada del mundo!

El gobierno y las Cortes en España.

Tal era la situación política de Francia cuando en Madrid se celebraban las Cortes que acabamos de ver aboliendo la ley sálica, quinta esencia contenida en el fatal auto acordado de Felipe V. Ahora bien: esa situación que con tal rapidez se había creado en el reino vecino, vista venir, aunque nunca en las terroríficas propor-

ciones que ya iba alcanzando, por el perspicaz ministro de Carlos IV, exigía una cautela extraordinaria si había de combatirse para impedir la propagación de las ideas que la informaban á España, y evitar los peligros con que amenazaba intereses sumamente respetables de clase y aun de familia. La de Francia era la que pudiéramos llamar la casa matriz de la dinastía borbónica, tronco de un árbol, cuyas ramas, extendidas á España é Italia, habían crecido con la savia que les comunicara al brotar de él y con un vigor, al parecer, inextinguible, aun cuando hubiesen después logrado vida propia, independiente y gloriosa. Y cuando ese tronco, robusto ya al descubrirse á la luz del mundo político, adquiere el cuerpo y la solidez de la monarquía de Enrique IV á los pocos años de verse regida por un Luis XIV; se hace, así como el núcleo de la familia, el punto á que convergen los recuerdos, las afecciones y los intereses de sus miembros, por dispersos que anden y, si se quiere, hasta reñidos entre sí. Que la rama española abrigaba ese concepto, lo demuestran elocuentemente su origen, las luchas tenacísimas que la afirmaron é hicieron arraigar en nuestra patria, su esparcimiento por la península italiana á pesar de la ruda oposición que le ofreciera la mayor parte de la Europa coaligada, el pacto de familia, fruto, si de un espíritu de venganza más ó menos apasionado, de un afecto también que nunca se desmintió en el corazón de Carlos III, el último rey, acabado de abismarse en las sombras de la muerte. Nada más natural, pues, que el interés que despertaban en la corte de Madrid los sucesos de Francia, ni que la acción que el gobierno español ejerciera, tanto, repetimos, para satisfacerlo en cuanto pudiese permitirlo la prudencia, cuanto para que no cruzaran el Pirineo, á ejercer su pernicioso influjo, las ideas que los provocaban, ni aun el ruido, si fuese dable, que viniera á propagarlas. Floridablanca, reformador, como habrá podido notarse, por la conducta que observó en el primer período de su ministe-

rio con el rey difunto, comenzó á impresionarse desfavorablemente con las variaciones que, predicadas por los filósofos y la Enciclopedia, iban abriéndose paso en la sociedad francesa, si admitidas en un principio por la moda, tirana en aquel país hasta en los círculos más interesados en combatirlas, aceptadas y requeridas para su más inmediata práctica por las clases que mayor provecho habrían de sacar de ellas. La impresión fué adquiriendo intensidad en el ánimo del ministro español, y se elevó á la categoría de susto al ver que aquellas variaciones tomaban la rápida carrera, el vuelo, mejor dicho, que había emprendido la Asamblea desde su primera sesión, y el vertiginoso con que se remontaba el pueblo francés desde las jornadas de la Bastilla y de Versalles. En las mismas Cortes reunidas en el salón de Reinos del Retiro se notaban conatos de rebasar los límites que se las había impuesto al convocarlas. Sus sesiones de los días 3, 10, 12, 17, 20 y 25 de Octubre, aunque celebradas para tratar, como se dice en la *Nota* de los escribanos que á ellas asistieron, «de diferentes asuntos: sobre evitar los perjuicios de la reunión de pingües mayorazgos; sobre las reglas á que debían sujetarse los que en adelante se fundasen; sobre los medios de promover el cultivo de las tierras vinculadas, el cerramiento de las heredades» y otros referentes al fomento de la agricultura, dieron lugar á peticiones, por parte de los diputados, sobre puntos del gobierno interior de la monarquía, que demostraban un espíritu influído por las ideas que ya corrían respecto á la intervención de ese género de asambleas en la gestión pública y más aun por el ejemplo de lo que pasaba en Francia. El gobierno, en vista de esa iniciativa política que revelaban los asistentes á las Cortes, creyó que lo mejor sería el cerrar sus sesiones; y después de hacerles saber que el rey había tomado la resolución correspondiente á su súplica sobre la anulación del auto, y encargaba se guardase por entonces el mayor secreto so-

bre ello, como lo juraron todos en la sesión del 30 de Octubre, fueron despedidos en la regia del 5 de Noviembre, manifestándoseles, según el acta oficial, «que no podía ser mayor la consideración que el reino había recibido de su soberano, quien había tenido la real benignidad de confirmar á los pueblos sus fueros y derechos; y que él mismo había recibido la mayor complacencia en presenciar el acierto con que habían tratado los procuradores del reino el objeto de la sucesión legal de la corona de España, conforme á nuestras costumbres y leyes, y las otras materias que habían ocupado sus sesiones» [1].

La medida era prudentísima y urgía ya por las noticias que correo tras correo traían á España de París. Pero hay que reconocer también que la Asamblea española estuvo muy lejos de observar la rebelde conducta de la francesa, puesta como quien dice en armas contra la Corona aun antes de su constitución definitiva. Ni existían, afortunadamente, en nuestra patria los motivos que en el reino vecino para sublevarse de ese modo un cuerpo deliberante y el pueblo entero en pos, ni en los gobiernos respectivos brillaban con luz igual el talento y la energía de sus ministros. Si al comenzar el reinado de Carlos IV, se cree estar viendo los principios también del de Luis XVI, tan pare-

1 Actas de las Cortes de 1789, unidas á la pragmática sanción decretada por Carlos IV, que hizo publicar Fernando VII en 1830.

La despedida de los diputados no pudo ser, como se ve, más cortés, diga lo que quiera algún historiador disgustado de que no tomaran resoluciones de resistencia como las de la Asamblea francesa; pero, á fin de dar á muchos de ellos pruebas de la bondad del rey y del aprecio de su gobierno, se les concedieron cruces y títulos de Castilla que, al menos á ésos, les dejaría satisfechos del resultado de su misión en las Cortes. Además de la cruz de Carlos III con pensión en un fondo que se destinó *ad hoc* para varios de los diputados, se concedieron á otros los títulos de marqués de Coto Real, de Casa Villa Real y de la Roca; los de conde de Casablanca, Berberana, de la Concepción, de Fuente Nueva de Arenzana, y los de barón de Torre de Arias, Cuatro Torres y de la Real Jura, estos últimos naturales todos de la antigua corona de Aragón, que suelen preferir ese título á los castellanos de marqués ó conde.

cidos se muestran los dos monarcas en índole excelente, intenciones rectísimas y amor á sus pueblos, y tan semejantes las medidas tomadas y los procedimientos seguidos para procurar su felicidad, el gobierno español no encuentra en su país los gérmenes de miseria, de servidumbre y rencor que, ahogados por la tiranía y el feudalismo, han hecho en Francia descubrirse y salir á la superficie la lectura, imposible de evitar en los últimos años, y dejado crecer y desarrollarse la debilidad de carácter del rey y los desaciertos de sus ministros y delegados. Los motivos, repetimos, no existían en España. La realeza aquí, volvemos á decirlo, se había mostrado siempre, al menos hacía muchos años y hasta siglos, afecta al pueblo, y se había apoyado también en él para contrarrestar el poderío de los grandes, no del feudalismo, si importado de Francia, ni general ni con hondas raíces por consiguiente; pero, desde la época de los Reyes Católicos, sobre todo, eran manifiestos la decadencia política de la nobleza y el influjo de la clase media en la gobernación del Estado, si no del todo como tal clase, aun cuando la representaran perfectamente las Cortes en parte considerable y el orden municipal en la mayor, como base de la Administración pública, y raíz de que brotaban los hombres más distinguidos de la nación en virtud, talentos y energía. Dábales virtud su origen, que exigía las más sublimes abnegaciones para elevarse; desarrollaba sus talentos la educación que se recibía en los claustros, centro entonces de la sabiduría; y encontraban en su lucha con el trabajo y la soberbia y la concupiscencias de sus superiores en rango social la energía necesaria para combatirlos primero y dominarlos al cabo. Estúdiese bien la historia española, y se observará que, desde el cardenal Cisneros, hijo del pueblo y educado por la pobreza y el trabajo, hasta Floridablanca, si de familia ilustre, más distinguido aún por el estudio y el ejercicio de la jurisprudencia, que la alta nobleza daba al desprecio, fué rarísimo

el gobernante, esto es, el hábil estadista, el consejero prudente y acertado, que no saliese de una clase social que está hoy ejerciendo la mayor y más legítima influencia en los destinos de la patria. Reinaba Carlos III, y no se dirá que citamos un período ruinoso de nuestra historia, y exclamaba Jovellanos, en un momento, sin duda, de mal humor: «parece que el reino está entregado á las gentes más ruines de todos los países.»

¿Cómo, pues, había de hallar en España la revolución motivos para germinar en los ánimos, y menos para llevarlos al desorden, la licencia y los escándalos que en Francia?

Floridablanca.

Pero á Floridablanca es á quien se debe en gran parte la tranquilidad de que se disfrutó en nuestro país en los años de su ministerio, impidiendo el contagio que parece imposible no lograra la activa é inteligente propaganda que hacía tiempo estaba ejerciendo la Francia con las ideas y, en aquellos días, con el ejemplo de los sucesos que no podían elegir mejor teatro que París para difundir sus éxitos por el mundo. Ni los ecos que Rosseeuw Saint-Hilaire dice repetirían la palabra que la Francia había dirigido á los pueblos proclamando sus derechos; ni aun esos ecos lograron hacerse oir en España ó por lo menos se apagaron en los oídos de sus hijos, y no tardaremos en demostrarlo con la elocuencia irrebatible de los hechos en una de las ocasiones más solemnes de nuestra historia nacional. Hasta entonces, sin embargo, Floridablanca no había hecho más que detenerse en su camino de las reformas y vigilar á los que tan radicales las iban introduciendo en Francia, para incomunicarlos con nuestros compatriotas en sus ya intencionadas relaciones: más adelante, habría de aumentar su rigor y hasta extremarlo, quizás, al ver cómo crecia la ola revolucionaria y amenazaba destruir intereses que tanto debían afectar á la suerte de la monarquía, á cuyo mantenimiento y brillo había siempre dedicado sus esfuerzos de hombre de ley y de estadista.

Excesos de los revolucionarios y fin de la Asamblea.

Y no veía mal; porque, en efecto, faltaba ya muy poco para que zozobrase la nave de la monarquía de los Capetos en el huracán deshecho que la combatía desde que Luis XVI puso los pies en París escoltado por aquella muchedumbre de mujeres y bandidos que al dejarle en el palacio de las Tullerías, parecían depositar en él, mejor que un soberano, un prisionero, abandonado además de sus parientes más próximos, que huyeron al extranjero el día después de la toma de la Bastilla, y de sus más íntimos amigos, que á bandadas desertaban también de su lado. En situación casi igual se encontraba la Asamblea que había acompañado al rey comprendiendo sería ya inútil su permanencia en Versalles. Aún funcionaría cerca de dos años, hasta Septiembre de 1791; pero ¡en qué condiciones! Combatida, de una parte, por los tribunos que parecían brotar en todos los barrios de la ciudad para exhibirse en los cafés del *Palais-Royal* y obtener el favor del pueblo y el del duque de Orléans, que podía oirlos desde sus ventanas con la complacencia de quien creía á la vez poderlos dirigir fácilmente por su camino, tan peligroso como torcido, tenía, de otra, que precaverse de las asechanzas, bien disculpables en su caso, de la corte, que no dejaba de tener en la Asamblea partidarios, como elegida en días en que la preponderancia del poder real habría de servir necesariamente para llevar el mayor número á un cuerpo cuyas deliberaciones la interesaban tanto.

Esas fuerzas eran, bien se ve, muy desiguales una vez en París la corte y la Asamblea, subordinadas á los *clubs* que cada día se mostraban más levantiscos, y todavía más á las turbas del populacho, cada día también más desenfrenadas, y exigiendo de uno y otro poder los imposibles de su inconsciente y bárbaro capricho. Habilidad se necesitaba para resistir más que fuerza, aunque, para desplegarlas con éxito, se prodigase la artillería en las plazas y calles de

París y hasta se creasen talleres, como el de Montmartre, que daba trabajo á 20.000 hombres de los más desocupados, y contra los que se habían establecido baterías con sus piezas cargadas á metralla y las mechas encendidas. La Asamblea, con todo, en lucha siempre con ambas tendencias, supo mantenerse dictando y expidiendo decretos, algunos de los que la han inmortalizado. Luchó con la corte dejando al monarca reducido al papel del primero de los funcionarios públicos, sin el derecho de hacer leyes, imponer contribuciones ni declarar la guerra por sus antes propias atribuciones, y acabó con el clero al declarar libres y sin traba alguna los cultos disidentes, confundiendo ministerio tan respetable y hasta entonces respetado con la industria y el comercio, si variables con las ideas económicas, más fáciles de volver á su anterior ó á su conveniente equilibrio que los movimientos y arranques de la conciencia humana y su espíritu religioso. Combatió á las turbas con esas para ellas tan halagadoras medidas, que rebajaban á los antes dominantes *estados*, y con la conquista del tercero por medio de las grandes transformaciones que realizó en la Administración. La venta de los bienes del clero; el matrimonio civil; la admisión de los protestantes y judíos á los derechos cívicos; la de todo francés, sin distinguir de clases, á los empleos públicos, civiles ó militares; la igualdad en las contribuciones según las facultades de cada uno; la división territorial hasta en las más pequeñas subdivisiones administrativas y judiciales; en fin, las mil providencias que dictó la Asamblea hasta las de la creación y subasta de los bienes nacionales, considerados por alguno como el *dote de la Constitución*, y la de los *asignados*, que después correrían la misma triste suerte de nuestros *vales reales*, la sirvieron para conservarse en la soberanía que se había atribuído por su propia voluntad y contando con la de toda la Francia. Disputábansela, ya lo hemos indicado, por su parte los *clubs*, donde la corte, el clero y la Asam-

blea misma eran tratados con la mayor violencia, el de los Jacobinos principalmente, y muy luego el de los Franciscanos dirigido por Dantón, á cuyas exageraciones superaban á su vez las de un periódico, *El Amigo del Pueblo*, en que Marat vomitaba aquella repugnante hiel que le hacía ya pedir 800 cabezas, que al fin resultarían el menor de los sumandos en la horrible hecatombe revolucionaria. Ante esos *clubs* y ante las bandas del más soez populacho y de los asesinos y facciosos que formaban su asqueroso núcleo, resultaba nula y hasta irrisoria la soberanía de la Asamblea, que ellos ejercían realmente en París; y ni la fiesta de la Federación presidida por el rey con la reina y el Delfín, ni el baile en el emplazamiento de la ya allanada Bastilla, lograron establecer la concordia necesaria para dar fuerza á un gobierno y hacerlo fecundo. Por el contrario, las agitaciones del pueblo de París se extendieron á las provincias; y en Nancy, Tolón y Cambrai se inició la guerra civil que, aun sofocada por el momento en aquellas localidades, había de brotar larga, obstinada y cruentísima en otras.

La Constitución decretada por la Asamblea y admitida y jurada prematuramente por el rey en pleno Campo de Marte, ni era la monárquica que parece debía ser subsistiendo un rey para hacerla respetar, ni la democrática que exigía un estado de cosas más propio de una república, que era lo que en puridad resultaba el de Francia entonces. Mirabeau, enamorado siempre de la Constitución inglesa, abogaba por otra igual con Luis XVI en el trono; pero, aun obteniendo los más calurosos aplausos en una improvisación elocuentísima para defenderse de la acusación de estar vendido á la corte, aunque nombrado jefe de un batallón de la Guardia nacional, lo cual representaba una como protesta popular de su lealtad, y aun elevado á la presidencia de la Asamblea que tanto podía contribuir á la realización de sus proyectos, hubiera necesitado, para obte-

nerla completa, una vida mucho más larga que la que le concedió la Providencia. Nadie la ha definido como él cuando decía á Cabanís en su lecho de muerte: «Eres un gran médico, pero hay otro mucho mayor que tú: el autor del viento, que todo lo derriba; del agua, que todo lo penetra y fecunda; del fuego, que vivifica y descompone todo.»

Muerto Mirabeau, llevándose consigo las esperanzas de la monarquía, *cuyos restos*, decía también proféticamente en sus últimos momentos, *serían luego presa de las facciones* que se agitaban en derredor de ella, nadie ya podría sujetarlas. Para colmo de desdichas, desesperando el rey de mantener así el decoro del trono y hasta de su salvación personal y la de su familia, apeló á la fuga que, descubierta é impedida cuando estaba á punto de terminar con el equivocado éxito que se buscaba, no hizo sino agravar la triste situación en que se veían intereses tan caros al emprenderla. El rey había dejado de serlo, puesto que quedaron en suspenso sus poderes; pero su caída, que exigían los *clubs* á la Asamblea y pedían en el altar de la patria del Campo de Marte al pueblo, pudo ser evitada por el ejército y la Guardia nacional, insultados en la cabeza de sus jefes, Lafayette y Bailly, al proclamar la ley marcial. Aun pareció con aquel acto de energía, que fué el primero en favor del orden é impuso por el momento á los facciosos, de los que algunos habían mordido el suelo, revivir la monarquía' al celebrarse, sobre todo, la jura solemne y definitiva de la Constitución en la Asamblea nacional; pero ésa, que pudiéramos calificar de llamarada por lo efímera, acabó pronto con aquel mismo cuerpo que, de consultivo, había pasado á hacerse legislativo y por fin ejecutivo y soberano. Mirabeau había muerto el 2 de Abril de 1791; la fuga del rey se verificaba el 20 de Junio y su vuelta á París á los pocos días; el 17 de Julio se vencía el tumulto del Campo de Marte; el 14 de Septiembre se celebraba la jura de la Constitución, y el 30 entregaba la Asamblea sus poderes á

la legislativa, que un año después los depondría á los pies de la *Convención*.

La constituyente había cometido errores; ¿cómo no en las condiciones de su origen y de su vida, luchando, primero, con una corte que se consideraba inconmovible en sus antiguos y nunca socavados fundamentos, y después, con unas masas populares á quienes nada satisfacía, una vez libres de la anterior sujeción y esperando emanciparse inmediata y completamente? Compuesta de los hombres más eminentes de la Francia, carecían, es verdad, de la experiencia que da el ejercicio de las funciones legislativas, privativas entonces de la Corona, y no contaron, al emprenderlas, con el tiempo, el gran maestro, según dice un historiador, de las cosas humanas; pero, aun así, hay que reconocer como de buena fe, en mucha parte, su obra de fundar la nueva sociedad francesa en principios de libertad y gobierno, que todavía hoy, como entonces, se consideran allí esenciales para cuantos aspiren á tomar entre las más adelantadas un asiento fijo y durable. El Sr. Alcalá Galiano dice en su refundición de la obra del inglés Dunham: «Siguieron ó acompañaron á estos hechos darse una infinidad de decretos por el cuerpo popular, muchos de ellos justos en sí; otros que lo eran atendiendo á las circunstancias; varios por esta última razón perniciosos; no pocos nada cuerdos en general; demasiado numerosos para dados á un tiempo, é hijos de una violencia excesiva; nacidos, en su mayor parte, de afectos nobles y pensamientos levantados y sanos, y promovidos alguna vez por un lícito deseo de vencer obstáculos que impedían grandes bienes, y en bastantes ocasiones por una inquietud irreflexiva, por un necio prurito de innovar ó por un espíritu de sedición, ya ambicioso, ya vengativo.» De todo podía haber en un cuerpo admirado, como no podía menos de estarlo, de una elevación de facultades y soberanía que, como de sorprenderle y llenarle de orgullo, habría precisamente de extra-

viarle en su marcha reformadora. Porque si contaba con la lógica irrebatible de un Sieyes y la elocuencia arrebatadora de un Mirabeau; con el talento y la energía de los Malouet, Mounier, Barnave, los Lameth y otros varios que tanto se distinguieron en aquella borrascosa legislatura, también tenía que luchar con una minoría, si exigua, violenta por lo mismo y capaz de agitar las masas de un pueblo, siempre amenazador en sus manifestaciones é imponente y cruel en sus hechos.

Pero el mayor error que cometió la Asamblea constituyente, el que causó quizás en Francia los horrores que muy luego se comenzaron á sentir, fué el de haber decretado la no reelección de sus miembros para las legislaturas sucesivas, privándolas así de la experiencia por ellos adquirida en dos años de continuo trabajo y de constante lucha, y llenándolas de gente nueva y joven, irreflexiva, por ende, y llevada al santuario de las leyes, por sus ambiciones toda, y, no poca, por sus discursos exagerados y sus violencias y crímenes en alas de una popularidad harto callejera.

La alianza de España y Francia.

Eran bien extrañas las relaciones que el gobierno español mantenía con el de Francia durante los acontecimientos que, siquier á vuelapluma, acabamos de reseñar. Floridablanca no descansaba un momento para impedir la propaganda de los revolucionarios franceses, siempre atentos á ejercerla al otro lado de sus fronteras, ni perdía ocasión que se le ofreciera para poner de manifiesto sus sentimientos de hostilidad á la situación que la Asamblea nacional y más aun el pueblo francés iban creando al infeliz Luis XVI. Ese espíritu de oposición le había llevado á no pocas exageraciones en su conducta para con el gobierno francés, considerándolo ilegal y atentatorio á las prerrogativas y á la dignidad de la Corona, que para él estaban por encima de todo, según sus ideales políticos y sus convicciones y lealtad monárquicas. Pero, hombre de gobierno y celoso naturalmente de atender á los intereses

de su nación, tan en contacto con la Francia y ligada por los que no podían dejar de ser similares en ambas, como tan unidas geográficamente y por los estrechos vínculos de parentesco en los soberanos que las regían, esa conducta del ministro español tenía que resentirse de contradicciones, al parecer inexplicables y que, sin embargo, no hubiera sido á nadie fácil evitar. Los excesos de los revolucionarios habían sublevado la opinión en España, siempre firme en la fe de sus mayores y en la adhesión á sus soberanos; enardeciéndose esa tan irreflexiva como antigua antipatía, ese antagonismo que no han podido aplacar los mil motivos de concordia que existen para no rechazarse dos pueblos, de los que ha dicho un escritor moderno que no puede el uno poner el pie en el continente sin permiso del otro. Era muy difícil que Floridablanca ni otro ministro cualquiera se desentendiesen de esa opinión, cada día más y más exacerbada según llegaban las noticias de París, si tristes por sus efectos alarmantes, también por el porvenir de calamidades que hacían augurar para la religión y para la monarquía, los objetos predilectos del amor y de la veneración de nuestros compatriotas de aquel tiempo. Pero alguna vez el sentimiento de la patria, vivo también en todo pecho español, debía, sobreponiéndose á todo género de preocupaciones, buscar en esa amistad geográfica tan preconizada después por Napoleón, y en la de las dos casas soberanas, si descuidada desde los fracasos del reinado anterior, no rota todavía, los medios de mantener incólumes los derechos mutuos á cuyo sostenimiento se había dirigido la alianza de las dos naciones, pocas veces interrumpida desde el advenimiento de la casa de Borbón al trono de España. He ahí la explicación, lógica por demás, de las contradicciones que algunos han creído ver en la conducta de Floridablanca al invocar el *Pacto de Familia* cuando la Inglaterra intentó vengar el que consideraba ultraje inferídola por España al apoderarse de algunos buques de su na-

ción en la bahía de Nootka ó San Lorenzo en América. La algazara de los comerciantes ingleses, ofendidos en sus intereses tan respetados en el Reino Unido, produjo una serie de reclamaciones y de notas que no tardaron en convertir el suceso en un *casus belli* que, sin llegar á causar sus terroríficos efectos, costó inmensos sacrificios á ambos países.

Lo de la bahía de Nootka.

La Inglaterra hizo preparativos que costaron más de tres millones de libras esterlinas; puso en el mar, con destino á las Antillas, una gran escuadra á las órdenes del almirante Howe, compuesta de 49 navíos de línea, 24 fragatas y varios buques menores, y otra de 13 navíos y algunas fragatas que mandaría el también almirante Hood, asistido como Howe de una nube de oficiales de su mismo grado, contraalmirantes y jefes, de que se hizo una numerosísima promoción; ejecutó levas hasta el número de 30.000 marineros que dejaron sin tripulaciones á los buques mercantes surtos en los puertos de Europa; armó un ejército de más de 10.000 hombres de lo más florido del que tenía en la metrópoli y 100 compañías de voluntarios, á cada uno de los cuales se dieron cinco guineas por su enganche, y dotó las escuadras de municiones y víveres por más de cuatro meses. Jamás, ni aun ante el temor á la Invencible, se había dado más movimiento á los arsenales de la Gran Bretaña, mayor impulso á sus armamentos de mar y tierra, ni hecho sacrificios más costosos, ya que llevaron consigo una baja considerable en los fondos públicos y produjeron determinaciones muy severas del Banco, hasta la de no descontar los *vales de la marina*, especie de *asignados* que corrían por cuenta del gobierno y con que se pagaron muchos de los gastos del material de la armada.

Las escuadras, sin embargo, que en Agosto de 1790 abandonaban los puertos de Plimouth y Spithead, se satisficieron con recorrer el canal de la Mancha, haciendo allí evoluciones, sin duda para adiestrar sus fuerzas, y ensayando un sistema de señales ideado por su almirante. Dos ve-

ces, la segunda en Octubre ya, salieron á la mar, no poco alborotada por aquellos días; y después de haber tenido que permanecer en fuego casi constante para evitar los peligros que les ofrecían las continuadas nieblas del estrecho entre Ouessant y cabo Lizard, volvieron en Noviembre á la costa inglesa, donde las órdenes del Almirantazgo hacían comprender que ya no eran necesarias en su anterior destino. Lo frecuente de las comunicaciones diplomáticas entre los gobiernos de España, Francia y Holanda, que se había puesto del lado de Inglaterra con un número respetable de sus buques; los no menos Consejos de ministros inmediatamente después de la llegada de aquellos despachos; las órdenes de desarme de algunos de los navíos y la disminución en número de los que habrían de escoltar los convoyes destinados á las Indias occidentales, así como las de volver á sus cantones las tropas ya próximas á embarcarse, revelaron á los Ingleses que se había desvanecido el nublado, cuyo origen, formación y curso no habían podido conocer ni aun adivinar. [1]

Tampoco el gobierno español se descuidaba en sus preparativos para resistir la agresión que era de esperar de parte de los Ingleses. Puso á las órdenes del marqués del Socorro una escuadra de 26 navíos de línea, 11 fragatas y algunos bergantines, no teniendo para hacerlo que entregarse á

1 Se decía en una correspondencia de Londres el 21 de Septiembre: «Apenas hay memoria de haberse visto aquí escuadras tan numerosas en medio de la guerra. Sigue con grande ahinco la leva de gente de mar; los últimos buques recién venidos de las Indias occidentales han suministrado mucha. El público ignora el motivo de tan crecidos, continuados y costosos armamentos, de que no tenemos exemplo en tiempo de paz, y probablemente no se sabrá sino después que se abra el Parlamento británico; pero se presume que no se junte hasta muy entrado el invierno.»

El Parlamento estuvo abierto bastante tiempo cuando ya habían comenzado á organizarse las escuadras, hecho gran parte de las levas y andaba organizándose el cuerpo de tropas veteranas que debían ir en la expedición; pero en las Cámaras inglesas no trascienden al público esas impaciencias que en Francia y España punzan á nuestros oradores á hacer gala de su oposición ó de su elocuencia.

aquellas levas y formación de cuerpos de tropas que hemos recordado de Inglaterra, ni consumido, por consiguiente, los tesoros que tal perturbación llevaron á la Hacienda de su enemiga. Acudió, eso sí, como ya hemos dicho, al rey de Francia invocando el Pacto de Familia, y con tal éxito que la Asamblea nacional, á la que Luis XVI transmitió la petición del gobierno español, reducida á la de una escuadra de 30 navíos, mandó armar hasta 45 con el número correspondiente de fragatas y buques menores.

Tan secreta como en Inglaterra se mantuvo en España una cuestión que podía llegar á tomar las proporciones de un conflicto internacional de los más graves y turbar la paz de Europa, ya amenazada en el Norte, por las ambiciones de sus principales potencias sobre Polonia y Turquía y aun entre ellas mismas, no satisfechas unas y descontentas otras de los resultados de la guerra que había dado á la Prusia tal preponderancia que, de la exigüidad de una orden militar más noble que poderosa, se había alzado al rango de una de las naciones más influyentes en los destinos de este viejo continente.

Es verdad que, según ya hemos dicho, Carlos III había dejado grandes fuerzas marítimas, y tan sólidamente organizadas que, sin esfuerzos extraordinarios ni ruido podían, en caso como aquel, darse á la mar y combatir; pero, aun así y con el auxilio prestado por la Asamblea francesa cuando menos debía esperarse, necesitó Floridablanca habilidad suma para, reconociendo la improcedencia del secuestro de los buques ingleses en Nootka, sacar á salvo el derecho de España para establecerse y mantener su bandera y autoridad en aquel puerto y la costa inmediata del NO. de América [1].

1 Como el lector tendrá curiosidad por conocer el fin de aquellas negociaciones, estamparemos en el apéndice II, con el estado de nuestra armada, la declaración del gobierno español y la contradeclaración del inglés en que se transigieron las diferencias que habían surgido entre ellos.

Orán y Ceuta.

Durante los preparativos, de todos lados formidables, que se hicieron para rechazar la agresión, que se temía, del de Inglaterra por lo de Nootka y las negociaciones que lo llevaron al término conciliador que acabamos de recordar, tuvo España que resistir otro género de choques, militares también, pero en que tomó su parte la naturaleza y aun fué su causa en alguno de ellos. Nos referimos al ataque de los Berberiscos á la plaza, entonces española, de Orán, aprovechando los repetidos y violentos terremotos de Octubre de 1790, y al más aparatoso que formal asedio que un allegado y lugarteniente del emperador de Marruecos puso á la de Ceuta, tantas veces embestida en aquel siglo y los precedentes desde el XVI, en que la recuperamos.

El terremoto de la noche del 8 al 9 del referido mes alcanzó tal grado de acción que, conmovida la ciudad, acabó por caer toda ella en ruinas al impulso de otros 19 que le sucedieron con cortos, aunque frecuentes intervalos. Los Moros habían naturalmente de aprovechar tan, para ellos, feliz ocasión, en que la multitud de muertos y heridos, sepultados todavía en las casas y edificios públicos y en que se contaban muchos militares, el brigadier, gobernador de la plaza, entre los de más elevada graduación, había de infundir el pavor no fácil de dominar en tales y tan angustiosos momentos. Y, efectivamente, el día 15 atacaron en tropel todos los fuertes de la plaza, confiando en su número muy considerable, en su valor de siempre y en la fortuna que parecía entonces más que nunca brindarles con sus favores. No contaban con que eran Españoles los á que iban á combatir, no escasos, además, de fuerza y con la vigilancia de quienes, conocedores de la perfidia, ya de antiguo acreditada, de los Númidas, esperaban su ataque de un instante á otro.

Guarnecían la plaza y sus fuertes exteriores los regimientos de Asturias, Lisboa, Navarra y Fijo de Orán, con al-

gunas compañías también de fusileros, muy conocedores del terreno inmediato, y gruesos destacamentos de Córdoba y Mallorca, este último mandado por su coronel conde de la Unión, célebre ya por su entusiasta ardimiento y más, cuatro años después, por su desgraciado fin. Aquellos cuerpos tenían fuerza muy inferior á la reglamentaria; y si á eso se añade que el terremoto la había diminuído en número tan considerable como el de 225 muertos y 184 heridos, y en que carecía, no sólo de víveres, sino hasta de medicamentos, por no haber llegado todavía los que el gobierno mandó se le enviaran desde Cartagena, se comprenderá que no era esa fuerza material sino la moral de nuestros soldados y oficiales la que en aquella ocasión rechazaría con el éxito con que lo hizo los fieros y repetidos asaltos de los Moros. Aumentado su campo con muchos peones y jinetes que sin cesar acudían á él desde tierras ya bastante distantes, los Moros repitieron el ataque el día 21, dirigiéndolo principalmente contra la torre llamada del Nacimiento desde un barranco inmediato que parecía estar á cubierto del fuego de los defensores. Pero el conde de Cumbre Hermosa, que gobernaba la plaza desde la muerte del brigadier Gascón, envió contra ellos al conde de la Unión que, con tropa de su regimiento, del de Córdoba y las partidas de fusileros, despejó en menos de media hora el barranco y puso fuera de todo peligro la torre, que también protegían los cañones de San Felipe y San Gregorio, dos fuertes próximos á ella y que flanqueaban sus aproches.

No se dieron, aun así, por vencidos los Moros, tenacísimos en sus propósitos; y el 25 volvieron á presentarse, pero ya armados de artillería, con la que establecieron una batería de cinco piezas en una altura, llamada la Meseta, que domina una gran parte del terreno exterior de la plaza, otra, de varias piezas también, atalayando el fuerte de San Fernando y el barranco ya mencionado del Nacimiento, y otra en el sitio conocido por la Celada de Gámez,

que, con los otros dos, cubre todo el frente de tierra. Ayudóles en su empresa un nuevo terremoto tan violento como el primero, présago, en su concepto y en el del rey de Máscara que ya los mandaba con no corto número de Turcos de los de su bajalato, de un suceso afortunado y decisivo; pero nuestra artillería de los fuertes y la fusilería de la guarnición, de tal modo los azotaron en sus ataques y especialmente en el de la torre del Nacimiento, que después de sufrir gravísimas pérdidas en las cuatro horas de fuego que duró el de la mañana del 26, desaparecieron el 29 de la vista de Orán, el rey, sus Turcos y los Moros todos que con tan tenaz empeño la habían acometido.

La acción no pudo ser más ejecutiva ni gloriosa; demostrando los Españoles que, unidos en un solo pensamiento, el que sintetizan la Religión, la Patria y la Monarquía, ni los huracanes del cielo ni los de hierro y plomo que se desencadenan en la guerra logran abatir sus ánimos ó doblegar sus brazos.

Lo de Ceuta no alcanzó las mismas proporciones, aun ofreciendo en los primeros momentos el aspecto de un sitio más pensado y con los caracteres de arte polémica de que careció el de Orán, reducido, como el lector ha visto, á un ataque á viva fuerza. El de Ceuta obedecía al pensamiento de inaugurar un reinado con la mayor gloria posible, que indudablemente sería en Marruecos la de la conquista del punto más importante del Estrecho en la costa tingitana. Habían los Moros reunido en Tetuán y Tánger un tren considerable de artillería y hecho un llamamiento como el de la guerra santa en todo el Algarbe, allegando municiones y víveres con que emprender las operaciones y sustentarlas largo tiempo. El movimiento harto extenso que esto suponía y el ruido que necesariamente había de producir, alarmaron á nuestro gobierno, que no se descuidó tampoco en reforzar la guarnición de Ceuta, haciéndolo con tres regimientos de infantería, con tropas suficientemente

numerosas de artillería é ingenieros, armas, municiones y alguna fuerza marítima que, como gran parte del material, salieron de la bahía próxima de Algeciras. Á tal punto fué provista Ceuta de medios de defensa, que se creyó deber enviar, para con mayor autoridad usarlos, un teniente general, que lo fué D. Luis Urbina, en vez del mariscal de campo que hasta entonces había desempeñado, y hábilmente, el gobierno de la plaza.

El 24 de Septiembre (1790) asomaron los Moros por el camino de Tetuán con el material de campamento cargado en acémilas; y, aumentando el número por días, el 5 de Octubre siguiente descubríase desde el Hacho de Ceuta un campo en el Serrallo como de unos 20.000 hombres que ya el 4 anunció su presencia con algún fuego que fué inmediata y victoriosamente contestado por los Españoles. Ni tal golpe de la morisma ni aun su aspecto hostil y el fuego que hacía impidieron que su jefe Muley Alí, pariente cercano del emperador, parlamentase frecuentemente con el gobernador de la fortaleza, dándole todo género de seguridades sobre el espíritu pacífico de su Amo y los deseos que animaban á éste de conservar las mismas amistosas relaciones que su antecesor y padre había mantenido con el rey de España. Pero los caminos abiertos para el transporte de la artillería desde Tánger continuaban hechos un hormiguero de tropas regladas y kabilas del interior, de bagajes y carros cargados de material de sitio, de la *impedimenta*, por fin, que revelaba un plan tan vasto como meditado para la conquista de Ceuta. El fuego, sin embargo, aunque varias veces interrumpido por los consabidos parlamentos, continuaba creciendo de día en día; y el 16 apareció en el Topo una fuerte trinchera, de que la artillería de la plaza y de las cañoneras desalojaron á los Moros, así como de los apostaderos que habían establecido á vanguardia de su campo y en la orilla del mar. La noche, por último, del 3 al 4 de Noviembre, hizo Muley Alí un esfuerzo, que él creería su-

premo, bombardeando á Ceuta; pero al ver el poco efecto de sus proyectiles y el estrago que en sus filas hacían nuestros cañones, y después de un parlamento en que se dió por satisfecho, no sabemos por qué, de las contestaciones que el gobierno español había dado á las cartas del emperador, se despidió del general Urbina, obsequiándole con un regalo y dando la orden, que inmediatamente se ejecutó, para levantar el campo y volverse los elementos que lo formaban á los lugares y sitios de donde con tanto entusiasmo y algaradas habían salido.

Por mar y por tierra había quedado airoso el pabellón español; desvaneciéndose el oscuro nublado que amenazaba turbar la paz y la situación próspera con que podían lisonjearse los Españoles al comenzar el reinado del hijo de Carlos III.

El atentado contra Floridablanca.

Parece que con eso y con la conducta de la Asamblea francesa en lo de la bahía de Nootka deberíanse haber suavizado los rozamientos que pudieran producirse en dos gobiernos en tan encontradas condiciones constituídos desde los primeros pasos de la revolución que se operaba del otro lado de nuestros Pirineos. Y, con efecto, el gobierno español se detuvo, aunque por corto tiempo, en la marcha de oposición emprendida, hasta el punto de considerarse como subsistente la antigua alianza de las dos naciones [1]. Mas, para eso, era necesario que Francia se detuviera, por su parte, en el camino de las reformas que bien se veía iban dirigidas contra la monarquía; y, no haciéndolo, era imposible las aceptara por buenas quien, como Floridablanca, no consentía en España se cercenasen por nada ni por nadie las

1 Por lo que dice Godoy en sus Memorias, «Floridablanca estaba inclinado entonces á continuar en la alianza con la nación francesa; pero una entrevista personal del embajador inglés con Carlos IV impidió el compromiso de que España se viese, dice, inclinada á favor de la Francia en las guerras que la amenazaban con las principales potencias de la Europa».

prerrogativas de la Corona, sacratísimas para él é indiscutibles. Lo que más temor le imponía por el pronto era la propaganda que los revolucionarios pudieran hacer de sus ideas en nuestro país con los mil papeles que en toda Francia se publicaban para exaltarlas y hacerlas adoptar. Era necesario cerrarles el paso por las fronteras y vigilar también á los Franceses que, cruzándolas con ese objeto ó con el de fomentar sus intereses particulares, recorrían nuestros campos y poblados predicando las excelencias de una revolución que, bajo la apariencia de reivindicar los derechos innatos del hombre, le empujaba á desconocer todo género de autoridad política ni religiosa en los llamados á dirigirle por los senderos de la virtud y de la vida social en sus más sublimes y ordenadas manifestaciones. Floridablanca había, pues, establecido uno como cordón sanitario en la frontera pirenaica, si con tropas en algunos puntos de paso preciso ó que acostumbraban á visitar nuestros vecinos en su tráfico más ó menos lícito, con agentes que desde las poblaciones francesas más próximas le enterasen de cuanto en ellas pasaba y de los proyectos é intentos de propaganda que sus vecinos se proponían poner en ejecución. El odio de los Franceses al ministro español, si ya difundido de la Asamblea á todos sus partidarios, crecía con eso por momentos en los de la frontera, exacerbado también con que los escritos y las gestiones de los emigrados en las de Italia y Alemania hallaran eco en los Españoles, ya tenidos por los más intransigentes y apegados á cuanto ellos procuraban desacreditar y aun destruir. Aumentó ese estado de desconfianza y aun de susto en nuestro gobierno el atentado de 18 de Junio de 1790 contra la persona del Conde, quien, al entrar en el palacio real de Aranjuez, fué asaltado villanamente por la espalda y herido por un Francés que le asestó dos terribles puñaladas. Y hubiera acabado con él, según se le vió dispuesto á repetir sus golpes, sin la presencia de un criado de Flori-

dablanca que derribó al asesino, el cual ni aun en el patíbulo denunció á nadie como instigador ni cómplice suyo en tan salvaje hazaña. No resultaron, por fortuna, muy graves las heridas, de las que se recobró pronto; pero en el Conde afirmaron sus ideas de represión contra la propaganda revolucionaria, y en los Españoles produjeron la repugnancia y el rencor que era de esperar en ánimos tan levantados como los de nuestros compatriotas, entusiastas en su casi totalidad del esclarecido ministro.

Se acentúa su política de intervención en Francia.

Aquel atentado tuvo resonancia en toda Europa, considerándolo como una venganza de las providencias tomadas por el gobierno español para impedir la propaganda revolucionaria, y dió á Floridablanca, no sólo un alto renombre de ministro de acendradas ideas monárquicas, sino que motivo también y hasta autoridad para intentar la reconciliación de otras naciones, divididas entre sí, para dirigirlas al grande objeto de, imponiéndose á la Francia, salvar á su rey, ni libre, al sentir del Conde, en su persona, ni menos en el ejercicio de su soberanía. Seguro de las intenciones del emperador de Austria y del rey de Prusia, el ministro español se creyó en el caso de poder trabajar por la paz de Turquía con Rusia, de cuya soberana esperaba la intervención acaso más decisiva en favor de Luis XVI. El emperador Leopoldo andaba algo remiso y vacilante en su unión con Prusia, ni creía el de las armas mejor camino aún para salvar al rey de Francia, mientras la emperatriz Catalina, en paz con los Turcos y segura de la inmediata sujeción de los Polacos, tenía meditado para más adelante confiar el mando de una gran expedicion restauradora al rey de Suecia, el enemigo más resuelto y declarado de la revolución francesa. De esta manera y entre las vacilaciones de los demás soberanos, el de España aparecía el más decidido en favor de Luis XVI, y su ministro Floridablanca era en la Asamblea nacional objeto de las más terribles diatribas, mezcladas con el desprecio petulante,

peculiar de los Franceses, en sus frases ó discursos. Eso que el tan odiado Conde habíase resistido á tomar parte en una conspiración tramada contra la Asamblea en el Mediodía de Francia, temeroso de que pudiera agravarse la situación de Luis XVI y de su familia, privado, como estaba, de libertad después de su fracasada fuga. Creía Floridablanca que, mejor que el de la violencia, fácil de interceptar en el estado de los ánimos de los Parisienses y de una parte, la más considerable, de los Franceses, sería el camino de las negociaciones, eso sí, apoyadas con una energía que hiciese temer á los revolucionarios, en vez de un motín, una coalición de las más poderosas potencias, á las que no les sería fácil resistir en sus desguarnecidas fronteras. La conducta del Conde no carecía, pues, de prudencia, obligado, como se veía en su posición de ministro del rey católico, á no abandonar al cristianísimo, su pariente mayor, en la ruda borrasca de que estaba amenazado y cuya restauración se iba haciendo cada vez más difícil según él cedía de sus atribuciones soberanas y procuraban sus rebeldes súbditos apropiárselas. Los apasionados por las ideas de la Asamblea francesa, ya que no por los que proclamándolas paladinamente y apoyándola contra el rey, dirigían sus miras á reformas mucho más radicales aún que las que andaba operando aquel cuerpo que se veía morir de un momento á otro; ésos, podrán creer imprudente la conducta del ministro español; pero que mediten sobre el peligro que corría el rey de Francia, los sentimientos que inspiraría á Carlos IV y el estado de la opinión en la España toda y, poniéndose en su lugar, discurran el medio de conciliarlos con la salud de intereses tan caros como los que, y con razón, se quería salvar. Es muy cómodo eso de dirigirle censuras, más ó menos acres, desde la poltrona de un gabinete de estudio y después de saber que nada le podía suceder al rey de Francia peor de lo que al fin le aconteció: pero los que presumen de filósofos ó de hombres de Estado deben

retrotraer su discurso á la época, aun al día en que, significándose el movimiento revolucionario en Francia con excesos depresivos de la dignidad real y hasta abominables, social y humanitariamente considerados, hay que buscar medios apropiados y por necesidad enérgicos ya, para que vuelva á su asiento ó al menos tome uno regular y con esperanza de estable una sociedad tan trastornada ya y á punto de disolverse.

La nota pasada por Floridablanca á la Asamblea francesa era fuerte en su espíritu, pero templada en la forma; y aún la suavizó más el embajador español por cuyas manos fué naturalmente transmitida. Pero es forjarse ilusiones el creer que, modificada ó no por el conde de Fernán Nuñez, que entonces ejercía aquellas funciones diplomáticas, fuera á ser recibida de un modo ú otro, favorable ó adverso. Había avanzado demasiado la Asamblea en su marcha revolucionaria: más todavía; se hallaba demasiado supeditada á los mandatos y hasta á los caprichos de las muchedumbres populares, para que una frase, más ó menos equívoca, ó un concepto, más ó menos imperioso, fueran á hacerla variar sus determinaciones, ni libres, ni aun con la apariencia siquiera de espontáneas. La frase más enérgica de la nota decía así: «Vivan persuadidos de que si la nación francesa cumple fielmente sus obligaciones, como el rey espera que las cumplirá, hallará en S. M. católica los mismos sentimientos de amistad y conciliación que siempre le ha manifestado, *los cuales le convienen mejor bajo todos aspectos que cualquier otra determinación.*»

¿Es que las palabras subrayadas entrañan advertencia tan apremiante que más encubierta todavía pudiera inclinar á los constituyentes franceses á escucharla con benevolencia y atenderla? Porque todo el mundo comprenderá que el ruego, por humilde que apareciese, sería perfectamente inútil, y que si la nota produjo indignación en la Asamblea, *haciéndola pasar á otro asunto,* la súplica hubiera

provocado el desprecio y hasta la risa en aquellos hombres más empedernidos por el miedo que por sus convicciones, incapaces ya de transigir con nadie ante las turbas que los dominaban [1].

Es de suponer que, aun contando con la influencia moral de las naciones del Norte, ya que no con la material todavía por la parsimonia que ya hemos hecho notar en sus soberanos, ni con la de Inglaterra, espectadora egoísta de un drama que ningún perjuicio, así lo pensaban entonces sus prohombres, había de traerle para su influencia política ni en sus más preciados intereses; es de suponer, repetimos, que Floridablanca buscara en su nota el pretexto para medidas de represión que, de otro modo, no se atrevería á tomar. Una de ellas, justificada de sobra, pero que en Francia sería recibida como represalia insultante de los desdenes de la Asamblea, fué el empadronamiento que se decretó de todos los extranjeros en España por naciones, clases y condición de tránsito ó domicilio, obligándoles, además, á jurar fidelidad á la religión, al rey y á las leyes de nuestro país, renunciando así á todo lazo con el de su naturaleza. El tiro bien se veía á quién iba dirigido, y no habían de darse por engañados los Franceses que, no pudiendo discutir su legalidad ni evitarlo, echaron sobre Floridablanca todo el peso de sus recriminaciones, de su odio y sus insultos. El Conde, sin embargo, firme en su antes bien meditada resolución, la reforzó con las reales cédulas de 1.º y 3 de Agosto de 1791 sobre varios puntos en que pudiera caber duda para la ejecución de la de 20 de Julio anterior, completándola con la de 10 de Septiembre en que se prohibía la introducción de papeles sedicio-

1 Don Modesto Lafuente dice que Floridablanca se condujo en aquella ocasión, «no con el disimulo y la sagacidad del antiguo y experto hombre de Estado, sino á la manera de un diplomático novel...» Lo que hubiera convenido á sus lectores es que el distinguido historiador les dijese cuál habría sido la manera disimulada y sagaz con que debió conducirse el ministro español.

sos y hasta la de las cartas dirigidas á los matriculados [1].

No era esa medida un desquite que se tomara por el desaire recibido en la Asamblea al leerse en ella la nota del gobierno español; la verdadera represalia se puso de manifiesto en la contestación dada por Carlos IV al embajador francés al presentarle éste la carta en que Luis XVI le anunciaba haber aceptado libre y espontáneamente la Constitución política que se le había hecho jurar en la tan triste como célebre sesión del 14 de Septiembre, entre los más ruidosos aplausos, eso sí, como para disfrazarle la humillación que se le obligaba á sufrir ante la Europa entera y su propia conciencia de rey y de hombre [2]. Lo lógico de la respuesta del rey Carlos al negarse á reconocer que su desgraciado pariente gozara de la libertad necesaria para expresarse como lo hacía en su carta oficial, corría parejas

1 De aquel censo resultó haber en España 27.502 extranjeros, hombres todos, pues que no se incluyó en él á las mujeres ni á los niños. De ellos el mayor número correspondía á los Franceses, que eran 13.332; á los Italianos, 4.790; á los Portugueses, 3.518, y á los Genoveses, Alemanes y Malteses, 1.970, 1.577 y 1.229 respectivamente. Los demás reunían cifras relativamente pequeñas y hasta insignificantes.

También se hizo división entre transeuntes y domiciliados, resultando 6.512 de aquéllos, de los que 4.435 eran Franceses.

De tales disposiciones se hizo una gran tirada, de que aun corren por España muchos ejemplares que no hay para qué reproducir.

2 Los simpatizadores de la Revolución francesa quisieran que Luis XVI siguiese las corrientes de la Asamblea y de las turbas de París sin resistencia alguna, que siempre consideran imprudente y contraria á una política que pudiera sacar á salvo sus atributos, su propia salud y la de su familia. Acúsanle, por consiguiente, de torpe por esa su conducta, y de mala fe por las correspondencias, que suponen, con los demás soberanos contradiciendo á las cartas que, por conducto del gobierno, les dirigía sobre la espontaneidad de su juramento á la Constitución. Pero ¿es posible que haya quien crea que con otra política se hubiera salvado Luis XVI? Pues ¿qué más pudo hacer aún manifestando la repugnancia que habrían de producirle tanta debilidad como reveló y tantas humillaciones como se le hicieron sufrir? Á todo se atemperó, mejor dicho, se sometió á cuanto la arrogancia de la Asamblea y las violencias de un populacho desenfrenado le impusieron. Una vez en la rápida pendiente en que desde los primeros momentos se vió la revolución, no había de detenerse hasta tocar el fondo del abismo; y no son los consejos de los críticos de la conducta del rey de Francia los que le hubieran salvado. Es verdad que de lo que tratan no es de salvarle sino de disculpar á sus enemigos.

con el despacho que Floridablanca pasó al embajador, encargado de entregársela, escrito irrebatible en cuantos conceptos abrazaba. «La sanción, ó sea la aceptación regia, le decía entre otras cosas, se ha verificado en París en medio de la Asamblea, rodeado el soberano de gentes sospechosas y de un pueblo familiarizado con los alborotos y atrocidades contra su rey.» Y continuaba en otro párrafo: «En las aclamaciones y recíprocos testimonios de confianza que se han seguido á la aceptación, no es posible ver más que otras tantas pruebas de la victoria alcanzada por los vasallos contra el rey, forzándole, no tan solamente á aceptar la ley que le han impuesto, sino también á mostrarse contento, y aun agradecido por ello, á la manera que el esclavo no siéndole posible romper sus cadenas, besa los hierros que le aprisionan, y procura ganar y apaciguar á su dueño para lograr de él trato menos duro y opresivo...» «Ni la Asamblea misma se puede tampoco tener por libre en París, en medio de una población numerosa, inconstante, ilusa, y á veces pervertida por los amaños de hombres perversos, que han de avasallar por necesidad á los miembros de la representación nacional, porque los atemorizará y expondrá á cometer errores ó injusticias á trueque de preservarse de la furia de algunos enemigos del orden.» El despacho concluía pidiendo, como muestra de la libertad del rey, el que se le permitiera trasladarse con su familia á lugar neutral de donde y con la obediencia á sus órdenes pudiera demostrar que, con efecto, le era dable dictarlas sin los obstáculos que en París. Y aquí sí que aparecían claras y terminantes las amenazas que tan amarga como infundadamente se han censurado en la nota anterior; apelándose en esta última al juicio de los soberanos de las demás potencias, todos quejosos de las resoluciones de la Asamblea y de la triste situación de Luis XVI, incluso el Papa, á quien se habían usurpado sus Estados de Aviñón además de negarle la autoridad de que estaba revestido en

la Iglesia católica, escarnecida y atropellada en Francia de un modo inconcebible. Santificábase, por fin, la guerra á que estaba provocando el pueblo francés, entregado á una anarquía que podía hacerla considerar como «de piratas, se decía, malhechores y rebeldes, que usurpan la autoridad y se apoderan de la propiedad de los particulares, y de poderes que son legítimos en toda suerte de gobiernos».

No hay para qué decir cómo sería recibido aquel despacho en París, ni cómo se explicarían sobre él los diputados de la Asamblea legislativa, que había, según ya hemos expuesto, sustituído á la constituyente. Les había tanto más herido cuanto que comprendieron que las amenazas de Floridablanca no serían las solas que les llegaran al, inaugurando sus sesiones, negar al rey los títulos de *Señor* y *Majestad* que sus predecesores no se habían atrevido á quitarle, tratándole, además, con un desprecio, présago de todo género de humillaciones y aun de peligros. Muy pronto les llegó la *declaración de Pilnitz* en que el emperador de Austria y el rey de Prusia daban fe de la razón con que Floridablanca contaba sobre el asentimiento de aquellas potencias á sus ideas y con el apoyo que le prestarían al emitirlas tan paladinamente en sus despachos. Si á esa declaración tan terminante de los derechos de soberanía del rey de Francia y de la necesidad de restablecerlos inmediatamente en sus manos, se añade el conocimiento del peligro, en aquellos días inminente, de una guerra civil provocada en provincias por el clero no juramentado al publicarse su nueva constitución, y el continente que ofrecían los emigrados reunidos entonces en Bruselas, Worms y Coblenza, se comprenderá el estado de irritación en que se hallaría la Asamblea francesa al recibir despachos tan altaneros y noticias tan alarmantes. Gente joven toda, sin los compromisos de los constituyentes y ambiciosos de superarlos en el camino de la revolución, en el que creían no poderse retroceder ni aun detenerse en la etapa consti-

tucional donde aquéllos habían hecho alto, los Girondinos estaban dispuestos á atropellar cuantos obstáculos se les presentaran, desde el trono, que era lo que tenían más cerca y veían, más que vacilante, hundido, hasta el de la guerra con el mundo entero para la que se sentían con alientos. Al rey, para mejor demostrarle su impotencia, le mandaban, que no otra cosa era, el 29 de Noviembre dijese á las potencias: «Allí donde se consienten preparativos contra la Francia, la Francia no ve sino enemigos»: añadiéndoles que no se pensaba en conquistas pues que se les ofrecía, por el contrario, la amistad inviolable de un pueblo libre y generoso pronto á respetar sus leyes, usos y constituciones como deseaba él respetaran la suya. Y terminaban así en su mensaje: «Decidles, en fin, que si los príncipes de Alemania continúan favoreciendo los preparativos dirigidos contra los Franceses, los Franceses les llevarán, no el hierro y el fuego, sino la libertad. ¡Á ellos toca el calcular las consecuencias de ese despertamiento de las naciones!» Y el Rey, con el empeño de mantener el *veto*, de que aun gozaba pero nominalmente á lo visto, á otras pretensiones de la Asamblea, tenía que pedir á esos príncipes alemanes retirasen sus tropas de la frontera y nombrar, por un contrasentido que sólo el estudio de su posición hace explicable, un ministro de la Guerra, M. de Narbonne, que se puso inmediatamente á organizar la defensa del territorio francés. Esto es; que se pretendía que los enemigos se alejasen de la frontera agolpando los Franceses tropas y material de guerra en ella.

En España eran, en verdad, muy escasas las precauciones militares que podían observarse en los pasos del Pirineo; reduciéndose á vigilar mejor que á guardar los de Cataluña y las Provincias Vascongadas, por donde, desde el Rosellón y la Gascuña, procuraban los revolucionarios hacer lo que pudiera llamarse un contrabando harto peligroso de confidencias, libros y todo género de papeles sub-

versivos. Los agentes secretos de Floridablanca y, entre ellos, un señor D. Francisco Zamora, á quien luego veremos en el país vasco-navarro ejerciendo en el ejército el oficio de comisario de Godoy, enemigo declarado de los fueros más aun que de la República francesa, denunciaban todos los días las gestiones de los espías y repartidores de proclamas en nuestro país. Perpiñán estaba lleno de ellos, dirigidos por emisarios del gobierno francés, bastante caracterizados algunos y con dinero abundante y gran copia de papeles con que sobornar á otros Españoles poco escrupulosos y seducir á los más incautos ó partidarios hipócritas de las nuevas ideas reinantes en Francia. Y no sin fruto se hacía la represión de tal contrabando, porque varios de los espías fueron detenidos y muchos de los papeles, cuya enumeración se haría aquí enojosa, cayeron en poder de los Españoles para concluir en la hoguera ó en los archivos secretos del gobierno.

Misión de M. de Bourgoing.

Para esa guerra oculta y aun subterránea no le valían á Francia las armas que sus ministros y la Asamblea andaban reuniendo á toda prisa, y echaron mano de otras, si no las más nobles, sí las más eficaces y cortantes en aquella ocasión y en el estado de las mutuas relaciones que aún se conservaban entre ambos países. Un emisario que conociese nuestra corte, hábil y no escrupuloso, lograría mañosamente y con la ayuda del embajador, que entonces lo era M. D'Urtubize, halagar á los simpatizadores de la Revolución, introducir desconfianzas en los tibios partidarios del sistema de represión hasta entonces seguido por el gobierno español y, acumulando sobre la cabeza de su primer ministro todas las responsabilidades de los graves peligros que se ponderaba amenazar al país, convencer al soberano que sólo podían conjurarse cambiando de política y entregando su dirección á hombres más prudentes. Para desempeñar esa misión, más rastrera que diplomática, el gobierno francés envió á Ma-

drid á M. de Bourgoing, autor de una obra apreciable en que, con el título de *Tableau de l'Espagne moderne*, además de describir hábilmente nuestro país en su concepto general geográfico, da noticias muy interesantes en el político de cuanto de mayor interés observó durante su misión, primero oficiosa y más tarde oficial.

Bajo su inspiración M. D'Urtubize hizo observar á Carlos IV los riesgos en que la conducta de Floridablanca ponía, no sólo la paz de Europa, sino la suerte de la monarquía en Francia, que en aquellos momentos dependía del proceder de las principales potencias que siendo de prudencia y conciliación podría salvarla, é irritando, por el contrario, á los partidarios de la democracia, mejor dicho, á los revolucionarios franceses, exasperados ya con las amenazas de los emigrados y los conatos de guerra civil que se observaban en algunas provincias, los llevarían á los mayores excesos y hasta la ruina del trono. Ya se sabe además la atmósfera que se crea en las cortes en circunstancias tan difíciles: los apocados difunden su desánimo por todos los ámbitos de los palacios queriendo hacer ver peligros de todos lados, y los envidiosos van inmediatamente en pos para sacar el provecho posible en su favor. No faltaron, pues, en Madrid cortesanos que, aun disimulando su miedo ó sus celos, aconsejaron al rey oyese á otras personas que las de los ministros y las que formaban parte de los cuerpos oficiales en asunto de tal trascendencia para la salvación de Luis XVI y la de su propia causa ya que se hallaba al frente de nación tan próxima á la francesa, de su misma raza y unida á ella de tanto tiempo atrás y hasta entonces con los más apretados lazos de la política. De que no podía contar con las luces de la Junta de Estado, instituída en los últimos años del reinado de su padre, le convencieron muy pronto, pintándola como devota incondicionalmente al ministerio, en que prepondera ba en absoluto por su constitución, ni con las del Conse-

jo de Estado, sin independencia alguna y sin crédito ya por consiguiente; lo que convendría era oir á hombres de autoridad reconocida en los asuntos políticos, ni apasionados ni indiferentes, que á la moderación de sus ideas juntasen el carácter necesario para hacer rostro á situación tan preñada de dificultades y obstáculos. Y como entre los que se citaban adornados de estas cualidades, se hallaban no pocos enemigos de Floridablanca ó cansados de aquel aire de autoridad con que solía revestir sus ademanes y palabras, sabían Bourgoing y D'Urtubize que, de oirlos, desistiría el rey de conservarle á su lado para llamar á otros que no provocaran á la Francia á una lucha en cuyo éxito no podía tener mucha confianza entonces. De entre ellos contaban también con un hombre cuyo orgullo de noble, de general y diplomático creían herido, y cuyas ideas se consideraban, además, inspirándose en las de los filósofos franceses, adquiridas en Berlín y París y cultivadas con una afición propia de persona más firme que diestra, como dice el Sr. Alcalá Galiano, y más arrojada que prudente. Ese hombre era nada menos que el conde de Aranda, de quien tanto hay que decir en el reinado de Carlos III, en el que prestó servicios que le dieron grande influencia en el ejército y en la corte, donde se le estimaba por rival de Floridablanca y el más indicado para sustituirle en el gobierno de la nación.

Caída de Floridablanca.

¿Fué consultado por el Rey? Nunca lo dijo él; pero es más que probable, calculadas su importancia personal, la de los cargos que había desempeñado y las excepcionales condiciones en que se hallaba, así en la corte como respecto al ministro que se pretendía derribar. El Príncipe de la Paz en sus Memorias, al asegurarlo, dice: «Una de las personas con quien consultó (el Rey) fué el conde de Aranda, el cual con toda la acritud de su carácter marcó de impolítica, de inepta y temeraria la conducta de Floridablanca. Los amigos de este ministro eran raros: la

grandeza, á quien tenía humillada, ansiaba su caída: los altos funcionarios, reducidos por él á una entera nulidad en materias de Estado, participaban del mismo descontento. Del clero estaba aborrecido. Todos los informes que tomó el Rey desaprobaban la conducta del ministro. Tal fué el motivo y la ocasión de su caída» [1].

Causas á que se atribuyó.

De lo que cuida Godoy principalmente es de no citarnos otra persona que nadie mejor que él sabe la parte que tomó en la desgracia de Floridablanca; la reina María Luisa. Se conoce que había llegado ya *el tiempo* que aun hacía prematura la dimisión del Conde el 16 de Diciembre de 1788. Al menos lo creería así la célebre soberana, investida, según ya dijimos, dos días antes, en el mismo de la muerte de su ilustre suegro, con la participación á la par del rey en el gobierno de España. Así como vulgarmente se dice que *no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios*, así no se resolvía en el despacho de Carlos IV asunto alguno de importancia sin la intervención de María Luisa. Y engolfado su corazón en el borrascoso piélago de las pasiones ardentísimas que la asaltaban sin cesar, creería aproximarse al objeto de sus torcidas intenciones, harto caras para España, con dar ese paso, el de lo que entonces se llamaba impropiamente la exoneración del primer ministro, del que podría por el pronto ser un estorbo para el logro de sus aspiraciones.

Repugna el pintar con sus verdaderos colores el cuadro que en aquellos días ofrecían la corte de España y el palacio mismo de nuestros reyes. La regia cámara se hallaba invadida por un insolente explotador de los favores de la reina, abusando con el mayor escándalo de la bondad, de

1 Aranda en su Representación de 1794 con motivo de su destierro por sus opiniones respecto á la guerra con la República francesa, se refiere á una carta en que Godoy le citaba en Aranjuez cuatro días antes de la caída de Floridablanca para que se presentara al rey, quien, al oir los consejos del Conde, le anunció su próximo nombramiento de primer ministro.

la inocencia, podríamos decir, de un soberano que calculaba las virtudes de los demás por las suyas propias. Carlos III había procurado impedir que cayese sobre la real familia mancha como la que sus vigilantes ojos y los de su ministro veían con harto dolor y no poca vergüenza. Pero ¿cómo dominar pasiones de quien reunía á los títulos de esposa del Príncipe de Asturias, y de consiguiente, á su posición en palacio la excepcional de ser hija de un hermano querido, causa, por su engrandecimiento, de tan larga y pertinaz lucha como la inacabable de nuestras guerras en Italia en busca de tronos para los hijos de la ambiciosa y dominante Isabel de Farnesio? Y esas pasiones, si distraídas por un momento, más que por la energía de Carlos III, con la variedad de los objetos que pudieran provocarlas, llegaron fatalmente á fijarse en quien, sin mérito alguno más que el de su figura pero aguijoneado por una ambición sin límites, habría, para satisfacerla con las concupiscencias todas que avasallaban sus torpes sentidos, de explotarlas hasta en sus más fatales consecuencias. Se hace imposible dominar la honda pena que produce el recuerdo de estado tan degradante é indigno de la historia como el que comenzó por entonces á ponerse de manifiesto en la corte de España; y sólo la ineludible obligación de consignar las causas todas de una decadencia como no ha tenido otra nuestro país de humillante, nos puede constreñir á revelar, entre ellas, ésta tan triste y aflictiva. Luego la veremos ejercer toda su letal influencia en el gobierno, cuando, arrojada la máscara, se lancen sus desatentados autores á satisfacer sus apetitos de dominación en tal consorcio de ideas y de esfuerzos que llegó á inutilizar los de los servidores más leales del rey y á corromper como nunca se había visto ni sentido una sociedad, modelo antes de cordura en sus costumbres. Y Godoy imperaba despótico en la corte entre los halagos y las adulaciones de los que la formaban, despertándose así sus ambiciones y con la presunción, que

siempre le distinguió, de su persona y talentos, hasta entonces ignorados por él mismo, andaba, aunque pareciese muy pronto, buscando la manera de satisfacerlas. Era, con efecto, muy pronto para tan exorbitantes resultados, y no podían desconocerlo, en medio de su obcecación, ni Godoy ni su desacordada protectora; por lo que les era necesaria una etapa más, que ellos alargarían ó acortarían según las circunstancias más ó menos propicias al cumplimiento de sus locos propósitos.

Achacaban á Floridablanca sus enemigos, y aun hízose eco de ellos la opinión de no pocos de los Españoles, siempre exagerados, si en eso cabe exceso, en sus sentimientos patrióticos, un acto que, por más que en tales momentos pudiera creerse prudente, entrañaba una gran falta de previsión para los futuros destinos de España en la costa africana del Mediterráneo. Nos referimos al abandono de Orán y Mazalquivir, con tanta gloria adquiridas y con no menor conservadas desde la época de su segunda ocupación en 1732 hasta la ya recordada en este escrito, de los terremotos de 1790. Error fué aquel, con efecto, de los que no pueden disculparse en un hombre de Estado y menos en Floridablanca, que en su «Representación» tanto tronaba contra los atropellos cometidos en toda la costa española del Mediterráneo por las Regencias berberiscas y especialmente la de Argel. No había bastado una negociación hábilmente llevada para obtener del Sultán que no se hostilizase más á España con las frecuentes piraterías de que eran nidos los puertos y calas del litoral africano; los Argelinos continuaban exigiendo los rescates de los cautivos que debieron devolvernos y aumentaron cuanto podían su número en sus cada día más frecuentes expediciones. Se había hecho necesario recurrir, ya que no á otras empresas como la fatal de O'Reylli, á bombardeos con que se pudiera recabar por el miedo lo que no habían logrado las órdenes de Constantinopla. Y era que Argel y Túnez no

sólo contaban con la impotencia del Sultán para castigarlos, sino con el apoyo, aunque sordo, vigoroso de algunos gobiernos europeos que así creían debilitar la acción del nuestro para sus presentes ó futuras combinaciones políticas ó militares. Se habían hecho periódicos y calculados política y hasta económicamente aquellos bombardeos, dirigiéndolos, además de para hacer desear la paz al Dey y y que se impusiera á los piratas sus feroces súbditos, á «aprovechar, ¡qué absurdo!, se decía en la «Representación», «la gran cantidad de bombas y municiones de guerra *que se habían de perder ó desperdiciar*, y estaban prevenidas para la última formidable expedición preparada en Cádiz que no tuvo efecto por la paz hecha en Inglaterra».

Habíase conseguido esa paz que por medios tan violentos se perseguía; extendiéndola, por otros diplomáticos que puso en juego el conde de Cifuentes, á las Regencias de Trípoli y de Túnez; pero ¿de qué sirvieron los tratados que para obtenerla se celebraron, el día de los terremotos de Orán? Ya lo hemos visto; de nada absolutamente.

Una disculpa cabía tan sólo dar para el abandono de plaza tan importante como la de Orán, y era la frecuencia con que aún se sucedían los terremotos en ella y lo frecuente también de los ataques con que los Moros trataban de aprovecharlos para lograr su conquista. Desde Junio de 1791 habían reanudado los súbditos del Bey de Máscara las hostilidades que la tranquilidad del suelo había hecho cesar, según ya dijimos, frente á los fuertes de la plaza, tan brillante y felizmente defendidos por nuestras tropas. Desde aquella fecha hasta las ocho de la mañana del 30 de Julio no había transcurrido un solo día en que la presencia y los ataques de los Moros dieran un punto de reposo á la guarnición española que, aumentada convenientemente hasta con fuerzas navales al mando del después tan celebrado general Gravina, los rechazó siempre con la mayor energía y completa fortuna. Ni el cansancio de servicio

tan continuo, ni los cuidados en que debía poner al presidio de Orán el tampoco interrumpido fenómeno que parecía haber tomado por solo objetivo de su acción el emplazamiento de la desgraciada fortaleza, lograron rendir el ánimo y las fuerzas de sus, como Españoles, tenacísimos y hábiles defensores. Así, el mencionado día 30 de Julio la guarnición de Orán se mostraba tan entera y entusiasta como el primero de las hostilidades, viendo en aquel montón de ruinas, azotado por los huracanes de la tierra y de los hombres, el asiento más honroso que podía darse á la bandera española entre tantos y tan terribles enemigos. Bien conocían los de Máscara la inutilidad de sus esfuerzos; y, viéndolos burlados uno y otro día, debieron recurrir á los de la astucia característica de su raza, apoyados en la inteligencia que por entonces reinaba entre el dey de Argel y nuestro soberano. Á las ocho y media, repetimos, de la mañana del 30, se presentaron cuatro moros parlamentarios con una carta del bey de Máscara y otra de nuestro vicecónsul en Argel solicitando la suspensión de la lucha por 15 días, preliminar del tratado con que habría de concluir la ocupación española de aquella costa. Si los cuerpos consultivos más respetables del Estado habían conseguido mantener allí nuestra dominación, aun á costa de tanta sangre y tesoros como se habían derramado para sostenerla con honor, la habilidad del nuevo dey de Argel, elevado en aquel mismo mes al poder de la Regencia y que logró cohonestar con la docilidad del bey de Máscara para el levantamiento del sitio la torpe flaqueza de nuestro gobierno, hizo á éste ver motivos para entrar en las negociaciones que dieron al fin tan fatal resultado. Tan bochornosas debieron parecer á sus mismos autores que, aun debiéndose hacer públicas con el gran movimiento militar y naval que exigía la evacuación de plaza tan bien presidiada, quisieron mantenerlas en la mayor reserva, no dándose á luz en documento ninguno

oficial de los de la *Gaceta de Madrid* que había publicado los detalles todos de aquel sitio y del anterior [1].

Coincidía con la suspensión de hostilidades, á que acabamos de referirnos, en Orán una nueva guerra con el Imperio de Marruecos, cuyos principales hechos se representaron en Tánger y Ceuta, bombardeada aquella plaza por una escuadra española el día 24 de Agosto de aquel mismo año y sitiada la otra por un ejército poderoso regido por el mismo soberano de Marruecos que después de varios ataques perfectamente inútiles, gran derramamiento de sangre por parte de sus feroces vasallos y pérdida de toda esperanza de éxito en su empresa, hubo de retirarse, con el dolor, además, de ver destruídas á su misma presencia por los Españoles las grandes obras ofensivas que sus antecesores habían ido levantando contra la plaza en 60 años, que puede decirse llevaban de tenerla sitiada con cortos intervalos de paz y concordia.

La debilidad, por consiguiente, de nuestro gobierno al abandonar la plaza de Orán se hacía más y más manifiesta cuando su ocupación le daba mayor fuerza para sustentar sus derechos sobre toda aquella tierra bárbara que no cesaba de amenazarnos con las expediciones piráticas que todos los días arrancaban de su inhospitalaria costa.

Ni los terremotos ni la ferocidad de los indomables habitantes del África septentrional serían obstáculo, cuaren-

1 Sólo el «Mercurio histórico y político», de Enero de 1792, citaba el abandono de Orán diciendo: «Así se ha visto que lejos de haber ocasionado los desastres de aquél Bey un rompimiento con la Regencia (la de Argel) han dado motivo á una negociación amigable con ella, de que ha resultado haberse convenido con la España la demolición voluntaria, y el abandono de aquella plaza, arruinada ya por los terremotos, y de la Mazarquivir; reservándose España el comercio exclusivo por ambas, y estipulándose otras varias ventajas á favor de ella no sólo en aquellas plazas, sino tambien en el comercio de los otros puertos de la Regencia, además de las muchas que se siguen á la España en dicho abandono, y se indican en el Real decreto de 16 de Diciembre de 91.»

El convenio es de 9 del mismo mes y año que se acaban de citar, igual sustancialmente á la nota del «Mercurio», y lo hemos obtenido en copia del Archivo de Alcalá, donde consta entre los papeles de Estado, legajo núm. 3.970.

ta años después, para que la Francia, que entonces criticaba acerbamente nuestra legítima ocupación, la hiciese suya, sustentándola hoy particularmente en el territorio oranés con la savia, allí más que en parte alguna fecunda, de la enérgía española, no utilizada en tiempos en que hubiera dado sus frutos exclusivamente para nuestra patria.

El abandono, pues, de Orán y de Mazalquivir, su puerto, vino á demostrar la impotencia de España para vengar la mala fe de sus enemigos, así como el olvido de los grandes intereses revelados en el feliz pensamiento de la Reina Católica y el esfuerzo heroico de Cisneros, Carlos V y su hijo, el de tantos y tantos egregios capitanes que, en holocausto á la patria y honor de la civilización, regaron con su sangre los abrasados arenales de la costa líbica, considerada como prenda valiosísima de nuestra grandeza por todos los hombres de Estado de tan gloriosos tiempos. Los terremotos no eran motivo suficiente para abandonar una posición de las mas privilegiadas hoy del África francesa en el mar, bien llamado de la civilización desde la más remota antigüedad, laboreada por una gran parte de emigrantes de las provincias españolas opuestas, según acabamos de indicar, azotadas por el hambre, y que, en nuestras manos, habría servido para resolver no pocos de los arduos problemas planteados últimamente en nuestras diferencias con el Imperio de Marruecos. Ya vendrá la ocasión en que hayamos de extendernos en consideraciones sobre punto tan interesante y trascendental para la política de España en el Mediterráneo y, sobre todo, en el estrecho que sirve para la comunicación de sus aguas con las del Atlántico.

Nada hay, por tanto, que extrañar en la opinión que el abandono de Orán hizo formar á una gran parte de los Españoles, desfavorable al conde de Floridablanca, á pesar del aura popular de que con justicia gozaba entre ellos.

Carlos IV no había de desmentir su condición débil al

verse empujado por tantas y tan poderosas fuerzas á un acto político que, al hacérsele creer en constante tutela de carácter tan enérgico como el de Floridablanca, tampoco le repugnaría por más que deseara mostrarse deferente á la última recomendación de su padre, la de conservar á su lado al ministro que con tanta lealtad le había á él servido. Le pintaban con los más negros colores la situación á que vendría á parar España de seguirse por el camino de intransigencias emprendido por el Conde, é hicieron vez de previsión en el ánimo del Rey las murmuraciones de los cortesanos enojados, las instancias de los políticos impacientes y los caprichos de la reina [1].

No era posible luchar con las dificultades de un gobierno sometido á tales influencias en las condiciones en que acabó por encontrarse Floridablanca, á pesar de valer sus providencias á Carlos IV el favor de que gozó en el pueblo español al principiar su reinado. En cambio el ministro que con tanto acierto se las aconsejó, obtuvo por recompensa la en aquellos tiempos acostumbrada para los caídos en desgracia, la de un destierro que, si en un principio se redujo á la del alejamiento de la corte, no tardó en hacerse tan dura como injusta. Porque desde Murcia, adonde había sido relegado, fué luego preso á la ciudadela de Pamplona, de donde debía responder á una causa que se le mandó formar por abusos de autoridad, que se le imputaban, malversación de caudales públicos é intervención interesada en las obras del canal imperial de Aragón, de la que decían sus envidiosos se había aprovechado en beneficio de su fortuna privada y daño de las sumas destinadas á servicio tan importante. Trabajaba en su perjuicio el en-

1 «Baste decir, exclamaba después D. Alberto Lista, que pocos meses de seducción sobraron para borrar del corazón de Carlos IV la memoria de los servicios de Floridablanca, los últimos consejos de su padre y el voto universal de los pueblos.»

(«Elogio histórico del Serenísimo Señor D. José Moñino, conde de Floridablanca.» Sevilla, 1809.

cargado del sumario, conde de la Cañada, unido á Godoy con lazos de amistad estrechos y que, al manifestarse tan hostil á Floridablanca, puso de manifiesto una vez más la parte que el valido había tomado en la desgracia del Conde [1]. Hasta pudo temerse por la vida del célebre ministro, habiendo fiscal en el consejo que pidiera en su dictamen tal sentencia. Afortunadamente estaba allí D. Felipe Ignacio Canga Argüelles, desempeñando igual oficio, pero con muy diferente espíritu de justicia é independencia, que demostró lo ilegal de las actuaciones del de la Cañada y la irresponsabilidad de Floridablanca en los varios cargos que sus enemigos, viéndole caído, se habían arrojado á hacerle.

Otra causa le fué también abierta, consecuencia del proceso mandado formar por él contra el marqués de Manca, don Juan Salucci, D. Juan del Turco y D. Luis Timoni, acusados de autores de un libelo injurioso contra el Conde, obra, sin embargo, que se creía de Aranda [2]. Si lo era,

1 El párrafo mismo que en sus Memorias dedica Godoy á justificarse de la caída de Floridablanca viene á demostrar todo lo contrario. Dice así en él: «Lejos de haber tenido en ella parte alguna, para mí fué un gran motivo de sentimiento, porque además del respeto y estimación que yo le profesaba, le era deudor de un aprecio particular que me mostró más de una vez en presencia de Carlos IV.» Y añade luego: «Sabidos fueron los verdaderos motivos de su caída; sabidas las viejas enemistades que le tenían el clero y la nobleza, y el fuerte empuje que le dió para su desgracia su enemigo capital el conde de Aranda, que recogió el fruto de ella sucediéndole en el ministerio. Público fué en fin, que llegado ya al mando, uno de mis primeros actos fué el de levantar su destierro al conde de Floridablanca, y volverle al pleno goce de sus rentas y honores.»

Es así que Godoy obtuvo el ministerio en Noviembre de 1792 y el decreto indultando á Floridablanca, restituyéndole sus honores y bienes y permitiéndole vivir donde quisiera, menos en Madrid y los sitios reales, es del 25 de Septiembre de 1795 y con motivo de la paz de Basilea, luego Godoy falta á la verdad en ese párrafo de su escrito, y no logra ni puede convencer á nadie ni menos exculparse.

2 Floridablanca debió ser muy susceptible y dado á vengarse de los que le criticaban secreta ó públicamente. Una fábula inserta en el «Diario de Madrid» en 1789 y en que se creía aludido y censurado le llevó á indagaciones poco dignas de su posición sobre su autor, que supuso sería Samaniego, si no Iriarte, de quienes no era amigo, indagaciones de que resultó serlo un Sr. Rentería, que no había pensado en el Conde al escribirla. También corrió por Madrid un

con efecto, no pudo probarse al menos, aun cuando lo soez del escrito y lo tosco del lenguaje, como dice un historiador distinguido, hagan inverosímil tal suposición contra el ilustre general, si acre y violento en sus palabras, incapaz de medios tan ruines en daño de sus émulos. Trabajo costó á Floridablanca desenredarse de los lazos que le tenía tendidos el rencor, apoyado en la mala voluntad del ministro que le sucedió en la gestión del gobierno; y era el año de 1795 cuando, al indultársele, según acabamos de decir, en la causa anterior ya citada, se le aconsejaba un arreglo con los demandantes, ya que á la Corona no le incumbía resolver «un negocio entre partes, en que no se podía prescindir de su conclusión en términos jurídicos». ¡Á tal grado de ensañamiento se trataba de elevar la venganza que los enemigos de Floridablanca pretendían tomar de sus actos en el largo tiempo en que había ejercido el poder! [1].

Su elogio. Así cayó de las alturas del poder que había ejercido por espacio de 15 años el conde de Floridablanca,

Diálogo que dió mucho que hablar por las censuras que contenía contra el Conde ministro quien sospechó primero de Campomanes, á pesar de ser tan su amigo, y después de O'Reylli ó alguno de los de su partido en la corte, Borghese ó principalmente Ricardos, del que se supo había hecho sacar 17 copias del diálogo, y parecía el más á propósito para escribir *una producción tan graciosa*, dice Jovellanos en uno de sus autógrafos inéditos, *tan sangrienta* y *tan atrevida*. No son de este lugar los cabildeos que esto produjo y en los que tomaron parte el confesor del rey, los príncipes y varios otros hasta pensar en la dispersión de los partidarios de O'Reylli y en que el rey se enterase de todo y tomara una severa determinación.

¡Flaquezas humanas, si siempre censurables, mucho más en hombre de condiciones tan eminentes como Floridablanca!

1 Podríamos dar cuantos detalles cupiera apetecer de los varios incidentes de esta causa, que constan en un grueso manuscrito que tenemos á la vista con otros que también se refieren á reclamaciones contra la administración de Floridablanca; pero, personales en su mayor parte, parece como que huelgan en una historia general donde hay que remontarse á esferas más elevadas y filosóficas, como son las en que se descubren las causas de cada acontecimiento importante sin detenerse en particularidades, que si distraen á los curiosos, nunca á los que mejor que incentivo á sus pasiones, buscan grandes y útiles enseñanzas en el estudio de la historia.

tan diversamente juzgado entonces y por la posteridad luego, según las pasiones ó las ideas políticas de sus enemigos ó de sus admiradores. Aún le veremos representar un brillante papel en el gran teatro del mundo, sacado de su retiro en alas de la opinión general del país en momentos supremos en que se revela sincera y potente buscando en el mérito y los servicios la fuerza salvadora, que la intriga, la ambición y las aficiones más ruines llegaran á inutilizar en otro tiempo.

Reformador en los principios de su ministerio, según indicamos antes y puede verse en la precedente historia del reinado de Carlos III, sus mismas contradicciones después revelan al hombre de Estado que sabe girar con la esfera siempre movible de la política, en consonancia de los varios intereses que la informan y en favor de los más importantes de la patria. Si allá, en los más lejanos horizontes de la política europea, se traslucía el tenue fulgor del rojo meteoro que habían anunciado los más esclarecidos filósofos y se preparaba á encender el corazón de los pueblos, aun podía contarse con tiempo para proporcionarles beneficios y mejoras de estado que debilitaran la acción letal que le fuera dable ejercer en su vertiginoso curso.

En los años que duró la confianza puesta en el cumplimiento de tan generoso propósito, nada se hizo que no fuese dirigido á él, ni por el rey ni por el ministro, que así creía corresponder á los sentimientos en que siempre se inspiró su conducta, siempre también encaminada á hacer el nuevo reinado tan feliz para los pueblos como glorioso para su soberano. Los estudios recibieron el impulso y la dirección que ya reclamaba el progreso de las ciencias, difundiéndose por todas partes, como para desterrar las envejecidas rutinas que aún mantenían la superstición y la ignorancia. Con eso y la creación de las sociedades patrióticas que lo mismo que en la corte fueron estableciéndose por las provincias, se extendió el conocimiento de las letras,

de las artes liberales y, lo que aun ofrece mayor utilidad, el de las verdaderamente prácticas de la industria, la agricultura y el comercio que entrañan los problemas de mayor amplitud de la mecánica y los procedimientos más fructuosos de la física y la química. Abogado ilustre cuando tomó las riendas del gobierno, conocía perfectamente los defectos de nuestra legislación; y, asociándose á Campomanes, el más distinguido de nuestros magistrados de aquel tiempo, comenzó á reformarla, con la vista, sin embargo, fija en lo que pasaba ya en Francia para no exaltar los ánimos, tan propensos siempre á adelantarse á los más previsores en la marcha de las reformas. Decía D. Alberto Lista: «Y si Floridablanca limitó su solicitud paternal por la España á la legislación civil, sin extenderla á la política, fué porque conocía la necesidad de hacer sabia la nación antes de hacerla libre; y que la libertad, bien como los manjares delicados, no debe darse sino á los estómagos robustos» [1]. No era fácil que tocara la legislación política quien no reconocía otra constitución que la que declara, afirma y tiende á dar cada vez más fuerza á la autoridad real, fuente que se consideraba entonces como de la prosperidad de las naciones. El choque con las ideas que se iniciaban en Francia confirmaría al Conde en las suyas, llevándole quizás á exagerarlas en la larga lucha que le hemos visto sostener en los últimos años de su ministerio y que, delatadas por sus enemigos como las más peligrosas en tales momentos, causaron su desgracia. Pero esos beneficios, en que, aun cuando representando el papel de ejecutor y sabio y hábil, debía tener la mejor parte por su índole administrativa, se completaron con los de carácter internacional, más gloriosos todavía, si no tangibles del mismo modo en los pueblos,

1 Cesar Cantú define la libertad con una frase mucho más elegante pero que no encierra un sentido muy diferente del de Lista. «¡La libertad, dice el célebre historiador italiano, cuyo nombre es tan dulce, cuyo uso tan difícil, cuyo abuso tan amargo!»

atribuídos generalmente al rey sobre quien, como absoluto, recaerían la gloria ó la responsabilidad de ellos. Nos referimos á su intervención en los asuntos de América, tan detalladamente recordados en su varias veces citada «Representación» de 10 de Octubre de 1788. Si puede y debe atribuirse la resolución á Carlos III, y aun cupiera concedérsele el pensamiento, brilló tanto en su ministro el mérito de la ejecución que no hay para qué arrebatársele su gloria. Y con la misma actividad y energía que para los asuntos del Paraguay, se condujo Floridablanca en los de la piratería de los Berberiscos, que después habría de destruir, como en Oceania, el vapor, enemigo el más poderoso que la han opuesto las ciencias modernas. Las guerras provocadas ó mantenidas por el Pacto de Familia dieron á Floridablanca ocasión sobrada para ejercitar su incansable perseverancia dotando á nuestras escuadras y ejércitos de los recursos necesarios para sostenerlas con decoro, ya que no siempre con fortuna. Así no es de extrañar que llegara Carlos III á aparecer como uno de los soberanos más influyentes de Europa, y su ministro el más hábil y más considerado por los Gabinetes extranjeros. Llenas están las historias de su tiempo de los elogios con que le obsequió la opinión general y la de los Españoles sobre todo, que mal puede atribuirse á la lisonja puesto que la mayor parte de sus admiradores se los dirigieron después de su desgracia en 1792 ó de su muerte en 1808. Ninguno, empero, merece mayor autoridad que D. Alberto Lista, uno de los hombres de entendimiento más poderoso de nuestra patria en este siglo, y al que se debe este último tributo de justicia al esclarecido conde de Floridablanca. Después de recordar sus servicios y apelando al juicio de la nación, dice de su caída del ministerio: «¡Su nacion! ¿Y quién podrá expresar el grito de dolor y de indignacion, que al saber su desgracia y la causa de ella, se exhaló de los corazones españoles? ¿Qué patriota hubo que no derrama-

se tantas lágrimas por los males que amenazaban á su patria, como por la desventura de un ministro adorado? Todos gemían, todos maldecían el doloroso destino de la España, condenada á ser casi siempre la víctima de indignos validos. ¡Y en qué ocasion, gran Dios! Quando la revolucion de Francia, el mayor de todos los acontecimientos políticos de la edad moderna, anunciaba los horrores de una guerra universal, larga y devastadora; quando la lucha de todas las pasiones públicas y particulares iba á empezarse sobre la infeliz Europa, entonces es quando á la España, apenas restaurada, se le arranca el ministro de su gloria.»

CAPÍTULO II

MINISTERIO DEL CONDE DE ARANDA

El general conde de Aranda.—Su conducta política en el gobierno.—Muerte de los soberanos de Austria y Suecia.—Reconocimiento de Bourgoing.—Equivocaciones de Aranda.—Nuevos sucesos en Francia.—Resolución de Aranda.—Consulta al Consejo.—Su acuerdo.—Preparativos militares.—Plan de campaña.—Exigencias de la Convención.—Caída de Aranda.—Observaciones sobre su administración.

Pocos meses duró el ministerio á cuyo frente, aunque con el carácter de interino, que él mismo solicitó y obtuvo, se vió al célebre capitán general, conde de Aranda, en quien tantas esperanzas se cifraban por sus eminentes servicios de antes y las ideas que ahora se le suponían, disconformes de las de Floridablanca en muchos y muy importantes puntos de la política española que pudiera creerse más conveniente en las críticas circunstancias que estaba la Europa atravesando.

Porque el de Aranda era objeto de las más encontradas opiniones, si duro de carácter y altanero y acre en la ex-

presión de sus ideas y de sus órdenes, conciliador en materia de política y dejándose llevar de las corrientes de la Revolución francesa en su origen, cuando parecían dirigirla los filósofos y aquellos, que ya hemos citado, como puestos á la cabeza de la oposición constitucional en la Asamblea, no pocos conocidos y aun amigos de nuestro ilustre compatriota desde que, desempeñando importantísimas misiones militares y diplomáticas, había podido relacionarse con ellos en varios puntos de Europa y particularmente en París. Era monárquico, é intransigente en ese punto, incapaz de intentar el menoscabo de ninguna de las prerrogativas de la Corona, procurando siempre sostenerlas con el mismo calor con que defendía las de las clases militares en el servicio y en sus escritos que tanto disgustaron en ocasiones á las más elevadas de la nobleza y del estado civil. Vehemente por razón de raza y por la de su carrera, en que tanto se había distinguido; lleno de cualidades que le valieron el alto crédito de que gozaba, y, entre ellas, las que parecen á algunos incompatibles con oficio tan borrascoso como el del soldado, hasta presumía de los conocimientos y de la habilidad política que exigen la diplomacia y el gobierno en el de las naciones. En tal concepto, de que participaban muchos en Europa, había el Conde, repetimos, cultivado la amistad de los hombres más eminentes del extranjero; y si los soberanos le prodigaban las muestras más elocuentes de consideración como militar y como representante del nuestro en sus cortes, los sabios, los filósofos por antonomasia de su tiempo, en Francia sobre todo, le halagaban con preferencias que no habrían seguramente de producir en él desencanto alguno de ese mismo concepto que en tanto estimaba. Su trato, pues, con tales y tan conspicuas personalidades; la correspondencia que con ellas seguía, y los alardes que las gentes le escuchaban de trato tan envidiado por entonces, cuando no se podían sentir aún los venenos que encerraba, le dieron

una gran popularidad en el mundo que pudiéramos llamar sabio, principalmente entre los que, aspirando á ver realizados en su patria los ideales sacados á luz en los mil escritos que hemos dicho circulaban más ó menos públicamente, creían al conde de Aranda capaz de introducir su ejercicio y hasta arraigarlos en esta nuestra tierra, clásica, en todos sentidos, de la costumbre y del quietismo.

Fomentaba, sobre todo, esas esperanzas su historia política en el reinado anterior en que había ejercido grandísima influencia, en las épocas precisamente elegidas por Carlos III, para mostrarse más celoso de su independencia con cuantos trataran de oponérsele en el camino de las reformas que meditaba ó le eran inspiradas por sus consejeros. «Aranda, ha dicho un historiador francés, es el tipo de cuanto hay de noble, enérgico é incompleto á la vez en el genio español. Oriundo de una de las más ilustres familias de Aragón, aragonés de corazón y tradiciones, echando todavía de menos los privilegios arrancados á su provincia, la más enérgica quizás de los diez ó doce pueblos distintos que encierra la Península, Aranda, aun en el poder se mostró, más que Español, Aragonés. Cosmopolita por sus viajes, estudió en Prusia la táctica militar por haber consagrado á la carrera de las armas los primeros años de su vida, y de allí fué á Francia para formarse en las buenas maneras y el libre pensamiento. Apasionado por sus sueños de reformas que entonces se sentían flotar hasta en el aire que se respiraba, é imbuído en las lecciones de sus maestros de la *Enciclopedia*, había vuelto á España para implantar aquellas sus queridas teorías, sin darse cuenta de si el suelo natal de la Inquisición y del absolutismo era propio para hacerlas cultivar y desarrollarlas.»

Con ese temperamento y tales disposiciones fácil es comprender que tan pronto como fué llamado por Carlos III, Aranda se propuso llevar á ejecución los proyectos que con tanto calor había acariciado en su estancia, voluntaria ó

forzosa, de Berlín y París [1]. Hizo muy pronto objetivo de sus iras filosóficas á la Inquisición, esforzándose por pri-

1 Decimos *voluntaria ó forzosa* porque Godoy en sus Memorias dice que Carlos III, «apurada su paciencia por el dominio inmoderado y exclusivo que Aranda pretendía ejercer sobre su espíritu» le dió por destierro la embajada de Francia.

Cuéntase, para pintar el carácter de Aranda, y Rosseeuw Saint Hilaire se hace eco de la anécdota, que discutiendo un día con el rey le había éste dicho: «Aranda, eres más terco que una mula aragonesa», á lo que inmediatamente contestó el Conde: «Perdone, Señor, pero conozco á algún otro más terco que yo». «¿Y quién?» dijo su interlocutor: «La augusta y sacra Majestad del Rey de España y sus Indias». La réplica produjo por el pronto una sonrisa, pero se cree que no quedó olvidada y causaría quizás más tarde la desgracia del Conde.

Godoy le trata con injusticia manifiesta, atribuyéndole además de dureza de carácter y tenacidad de espíritu, infatuación de amor propio y engreimiento de filósofo, instrucción incompleta, resultado de estudios no digeridos ni razonados, y envidia, sobre todo, cuantos defectos le conviene amontonar en él para disculpar sus acres discusiones en el gobierno y en el Consejo de Estado, de que más adelante daremos cuenta en este escrito. No era sabio, como dice Thiers; pero de eso al concepto de Godoy hay una distancia que no es dado medir á los apasionados por uno ú otro de los dos ministros españoles.

Su escrito sobre la nueva faz que muy luego presentaría la política americana después del tratado de París en que se reconoció la independencia de los Estados Unidos, es así como el anuncio verdaderamente profético de los tristes resultados que iba á dar la intervención de España y Francia en favor de la nueva república que, olvidándose de los beneficios recibidos, pasaría de protegida á invasora de las provincias vecinas de sus aliados y aspirando al más absoluto exclusivismo en aquel continente. Nuestros lectores habrán visto también en tan notable representación las ideas de Aranda sobre la creación de tres grandes monarquías americanas en Méjico, el Perú y Costa firme como partes de un Imperio español, pensamiento tan encomiado después y que luego veremos acariciado por Carlos IV, prueba más que suficiente de no ser ajenas al conde de Aranda las ideas más brillantes de la política conveniente á la nación española. Si aquel escrito revela al hombre de Estado, el que dirigió igualmente á Carlos III en Mayo de 1788, en representación del agravio que creía haberse inferido á las clases militares con los Reales decretos de 16 del mismo mes sobre los honores que en ellos se señalaban á otras distintas, demostró el interés con que defendía al ejército y el altivo espíritu de independencia que le distinguió hasta en los últimos años de su vida.

Para dar á conocer el estilo, más militar que retórico, enérgico é ingenuo de Aranda, trasladamos aquí un párrafo de su memorial de Enero de 1758 presentando la dimisión del cargo de director general de artillería é ingenieros, creado precisamente para él dos años antes.

Dice así: «Conque puesto en el caso de no subsistir en la carrera me liberto previamente de semejantes accidentes que tal vez ocurrirían quando yo tubiere menos razon que ahora, para otra explicacion como esta: Y que por repe-

varla del derecho de juzgar los delitos de imprenta y de censurar las obras nuevas dadas á luz por su medio, empresa, como la del pase de los *breves* pontificios, en que antes habían fracasado la princesa de los Ursinos, Orry y Macanaz, y en que salió vencedor, gracias al apoyo que encontró en una junta de magistrados y obispos y al espíritu regalista en que, también entonces y á pesar de los consejos de su confesor, supo inspirarse el rey. Aún emprendió otras reformas en las atribuciones de aquel célebre tribunal; pero sus disputas con Grimaldi y con cuantos se atrevieran á impugnarle, acabaron por, debilitando su influencia y hasta causando su ruina, ofrecer motivo para que, aun cuando no con las proporciones y resultados de otro tiempo, se diese el espectáculo del *autillo de fe* de que fué víctima D. Pablo Olavide, el famoso intendente de las nuevas colonias de Sierra Morena, autor obligado de *El Evangelio en triunfo*.

La lucha era muy desigual para aquellos tiempos en el país clásico, según ya hemos dicho, de la costumbre y del quietismo, desde la época, sobre todo, en que habían cesado la guerra religiosa de la reconquista cristiana y las interiores determinantes de su decadencia. De ahí el enconado empeño con que los consejeros de Carlos IV habían trabajado en su real ánimo por la exoneración de Floridablanca; y si es verdad que Aranda, al ser consultado, se resistió á sucederle, no sólo dió pruebas de una

tida se combertiría, como muestra de jenialidad, de intolerable condicion, de ambicion de absoluto mando, de mal hallado con todo govierno, de presunpcion propia, y de cuanta aplicacion le quisieren dar mis émulos en desconcepto mio, que tomaria mas cuerpo entonces como mas aparentadas las acusaciones, de lo que ahora me veré guarecido: porque es un testimonio de mi paciencia, de mi humildad, de mi subordinacion, de mi respeto al ministerio y de mi desvelo por el acierto, quanto se contiene en las causas que produzco; y siendo requisito precisso para servir bien á V. M. como individuo del exército, el tener espíritu; confieso que si lo tube lo he perdido con tanto cúmulo de opresiones; y en este conocimiento, lo menos malo que puedo practicar en tan extremado lanze, es el no aventurar el luzimiento de las Reales armas, y conserbación de mi honor, ya que hasta aquí uno y otro he sostenido.»

honradez política que desmiente la fama de sus ambiciones, sino de haber previsto su suerte en el ministerio, causa, quizás, de no haberlo querido aceptar más que en concepto de interino.

Su conducta política en el gobierno.

Porque si hay quien culpe á Floridablanca de las contradicciones que pudieran observarse en su conducta política desde la primera época de su gobierno en tiempo de Carlos III, hasta la segunda, que hemos descrito, del de Carlos IV, ¿qué se dirá de las en que tuvo que caer el de Aranda durante el corto tiempo de su ministerio? Y es que se atropellaban los sucesos en Francia, cada vez más variados y cada día más y más tremendos y decisivos, hacia un desenlace tan inmediato ya como funesto; y si era difícil preverlos en toda su eficacia, más lo era el impedirlos. Así, le veremos luchar sin fortuna con esa corriente arrebatadora de los acontecimientos, teniendo á la vez que combatir con igual y triste éxito otro género de obstáculos, si no desconocidos, pues que se habían puesto en acción para su encumbramiento al poder, bastardos siempre como ocultos en la sombra, tanto más tenebrosa cuanto que era la de un trono sumido en la de las más negras intrigas.

Muerte de los soberanos de Austria y Suecia.

Aranda, de acuerdo con sus ideas, según las había ya revelado, y conforme á lo que de él esperaba la opinión de los más transigentes con las imperantes en Francia, comenzó su gestión política procurando calmar la excitación producida allí y en España por el estado de tirantez en que halló las relaciones entre sí de ambos países. Daba la circunstancia de haber muerto el 1.º de Marzo de aquel mismo año de 1792 el emperador Leopoldo que, como hermano de María Antonieta, habría de ser siempre un obstáculo á trato alguno medianamente conciliador con los revolucionarios, tan injustamente crueles con ella, é ignorábase cómo pensaría su sobrino y sucesor, Francisco, ya que en su juventud é in-

experiencia necesitaría tiempo para tomar el rumbo que creyera más propio en sus resoluciones. Y aun cuando era de esperar serían enérgicas para dejar á salvo en sus manos el buen nombre de la familia y el honor de monarquía tan ilustre y poderosa como la que iba á regir, érale necesario tomar, cual suele decirse, aliento antes de dar un paso de que penderían, quizás, el éxito ó malogro de sus, como primeras, halagüeñas esperanzas. Por extraña coincidencia, había también muerto hacia aquellos días Gustavo III de Suecia, el paladín elegido por la emperatriz Catalina para con un grueso ejército invadir la Francia en favor de Luis XVI. Asesinado en un baile entre la más florida nobleza de su reino, á la que, considerándola humillada, se atribuyó el crimen, su tragedia desvaneció muchas ilusiones, fundadas, acaso, en muy erróneas apariencias de la importancia que pudieran dar á aquel príncipe las potencias del Norte [1]. De Francisco, rey todavía de Bohemia y Hungría, y de Federico Guillermo de Prusia, dependía la resolución que hubiera de tomar el gobierno español que, por mucho que pesara en la balanza de los destinos europeos, no había de lanzarse solo á palestra tan llena de escollos y por intereses en lucha desgraciadamente tan opuestos.

Reconocimiento de Bourgoing.

Aranda, repetimos, tomó los rumbos de la templanza para con la Revolución, sin, por eso, renunciar á la inteligencia con las demás naciones, entablada y seguida con perseverante energía por su antecesor Floridablanca. Su primera providencia en la política internacional que se proponía adoptar, fué la de reconocer en M. de Bourgoing el carácter de ministro representante

1 El bey de Túnez, muy querido de los Españoles, estuvo también en peligro de morir días antes, el 8 de Febrero, á manos de tres Georgianos renegados que lograron penetrar hasta el dormitorio en que descansaba. Su serenidad, sin embargo, y el auxilio de su guardasellos y de algunos de sus guardias, le valieron para desasirse, primero, de sus asesinos y obligarlos luego á matarse en la habitación á que se habían acogido en su fuga.

de la Asamblea francesa en nuestra corte, que se le había negado hasta entonces. En el interés de Francia estaba el no acumular enemigos que, siendo muchos, no presumiría vencer; y conviniéndole tanto mantener neutral, por lo menos, la vasta frontera de los Pirineos, no escaseó la Asamblea muestras de amistad que el nuevo plenipotenciario hizo más y más expresivas, ya de conformidad con su gobierno, ya dejándose llevar de la afición que desde un principio reveló hacia España y sus habitantes. Con esto parecieron calmarse los odios despertados en España por los excesos de la revolución y en Francia con las medidas represivas de Floridablanca; llegándose á tal estado de relaciones entre los gobiernos de una y otra parte que ya no se puso obstáculo á la entrada de los Franceses en la Península, cuyas fronteras se abrieron á la escarapela tricolor, que días antes hubiera escandalizado al más tibio de los monárquicos españoles.

M. de Bourgoing no cesaba en la tarea que se había impuesto de estrechar esas relaciones, pensando que lograría, al fin, de Carlos IV y, en primer lugar, de Aranda el olvido de cuanto se había hecho sufrir al rey de Francia, y establecer los dos gobiernos de mancomún los principios de una paz que impondría á las demás potencias, conteniéndolas en sus proyectos de intervención ú hostilidad, vagos, según ya hemos indicado, desde la muerte del emperador Leopoldo. Para mejor conseguirlo, Bourgoing, no recibido antes en la corte de España con carácter oficial, volvió de París, al reconocérsele, armado de una carta de Luis XVI en que, repitiéndole las seguridades que antes le había dado de su espontánea adhesión al código constitucional que juró ante la Asamblea nacional, ya disuelta, rogaba á Carlos contribuyera por su parte al mantenimiento de la paz, que daría seguramente el fruto, por todos apetecido, de «que la Francia pudiera sin violencia y con tranquilidad, marchar, se decía, hacia sus nuevos destinos.»

Aranda, sin embargo, no había logrado sino engañarse á sí mismo al forjar en su mente tan lisonjeras ilusiones. El monstruo de la revolución no iba á detenerse en la arrebatada marcha que había emprendido ni á dejar en su camino rastro siquiera de las instituciones que poco antes odiaba, pero sin atreverse á combatirlas. «Si se hubieran respetado en el rey y la aristocracia, dice Thiers, cuantos poderes se le quitaron, no por eso habría dejado de verificarse la revolución con todos sus últimos excesos», y el no creerlo así, que fué uno de los graves errores de la Asamblea constituyente, se hizo extensivo á cuantos en la legislativa suponían poder dar asiento sólido á la obra de sus antecesores de Versalles y París. Pues si los constituyentes, entre los que brillaron inteligencias tan superiores al fundar los principios que todavía proclaman gobiernos tan antagónicos como el imperio, la monarquía generalmente llamada de Julio, y la República; pues si los Mirabeau y Sieyes, y luego los Girardin, Lafayette, Dumouriez, Dumas y tantos otros, se equivocaron al poner diques á la explosión popular, inconsciente y todo en un principio, ¿cómo acertar quienes no la presenciaban en todos sus detalles ni podían, por consiguiente, sentir sus ardientes y fuertes pulsaciones? Aranda, pues, se mentía ideas, fuerza y estado que no eran en Francia lo que él había visto en sus peregrinaciones, y voluntad, resolución y entereza en España, que secundaran sus propósitos conciliadores para con ellos salvar la soberanía de Luis XVI y conservar y aun enaltecer la de su rey Carlos IV con la gloria de su hábil intervención. Si por unos días pudo abrigar tales y tan gratas esperanzas, aun comprendiendo la situación de la Asamblea francesa, dividida en partidos, tan separados en ideas como en la altura de las posiciones que habían tomado en ella, y si no le arredró el ver huídos de Francia á la nobleza y el clero, los sostenes más robustos de la monarquía y

Equivocaciones de Aranda.

con quienes había que contar para restablecer su autoridad ya que no su antiguo brillo, la caída de los Girondinos debió convencerle inmediatamente de que la tarea que se había impuesto era, más que difícil, irrealizable. El gobierno con quien debía entenderse no tenía fuerza, no decimos en la opinión de las muchedumbres revolucionarias, ni siquiera en la Asamblea misma, en la que, hasta uno de los hombres más importantes, Condorcet, el Sieyes de los Girondinos, antes preocupándose tan sólo de sus matemáticas y sus críticas literarias, se había hecho republicano al entrar en la era política de su vida. Si faltaba algo para acabar con toda esperanza de éxito en la conducta de Aranda, la declaración de las potencias del Norte por el órgano de Kaunitz, legitimando la liga de sus soberanos *para la seguridad y el honor de las coronas*, y luego la nota de M. de Cobentzel pidiendo en nombre del emperador Francisco el restablecimiento de la monarquía *sobre las bases acordadas en* 23 *de Junio de* 1789, que era pedir la anulación de la Constitución, la restitución de Aviñon y el reintegro de los bienes al clero, vinieron á darla por fracasada para en adelante. Porque Luis XVI se vió en la precisión de declarar la guerra al Austria, guerra que, siendo desgraciada en sus primeros trances para las armas francesas, dió lugar á las resoluciones más violentas, una de ellas la proposición declarando la patria en peligro, y á los sucesos del 20 de Junio y del 10 de Agosto que acabaron con el trono de los Capetos. Porque si aun con los reveses de Quiévrain y Lille, pudo Lafayette, más afortunado que sus colegas Biron y Dillon, amenazar á la Asamblea, á punto de suponérsele otro Cromwell, ni él ni Dumouriez, que hasta llegó á *darla lecciones*, como decía Guadet, después de imponer silencio á los más alborotados y hacerse escuchar en medio de una tempestad de silbidos y gritos, el héroe de la independencia americana tuvo que huir al campo de sus enemigos, y Dumouriez, único apoyo ya de

Nuevos sucesos en Francia.

la corte, con la que parecía entenderse, se vió desautorizado por ella en la sola ocasión en que todavía le era dable salvarla. Luis XVI recordaba la suerte de Carlos I de Inglaterra, cuya historia leía en circunstancias de tan triste augurio, y ya que no en un cadalso que esperaría no ver alzado para él, sabido es que hizo tomar las más severas precauciones para no morir envenenado con todos los suyos.

El 20 de Junio el palacio real fué invadido de las turbas, acaloradas por los mismos Girondinos, más aún por los Jacobinos, pero, sobre todo, por los Marselleses que dirigía el brutal Santerre quien, contando, además, con algunos batallones de la Guardia nacional y la apatía del que custodiaba las Tullerías, penetró en las estancias de Luis XVI, al que como al Delfín, en brazos de su madre, hizo encasquetarse el gorro frigio. El rey, ultrajado así y escarnecido, mantuvo sin embargo su resolución de no sancionar los decretos, que se le habían presentado, declarando la patria en peligro y la formación de un campamento de 20.000 hombres destinados á la defensa de la Asamblea en la capital.

Pero si aquella triste jornada había acabado con el resto de prestigio que aún le quedara á la Corona, la del 10 de Agosto, después de ceder en la cuestión de su *veto* respecto de aquellas disposiciones proclamando en el campo de Marte que la patria peligraba con efecto y jurando su salvación, fantasma de soberanía más irrisoria que respetable, la del 10 de Agosto, repetimos, anunció al mundo el próximo derrumbamiento del trono de Francia y la sentencia del desgraciado monarca que lo ocupaba. Todo caía en ruinas ante aquellas bandas de asesinos que degollaban sin piedad á los más leales servidores de la monarquía, profanando el nombre de libertad que un testigo de su bárbara hazaña, oficial de artillería, apenas salido entonces de la academia del arma, se encargaría pocos años después de ahogar con

todos sus secuaces en el mar de sangre que produjeron sus victorias [1].

Si por el momento la Asamblea no accedió á la petición de las turbas para el establecimiento de la república, avergonzada acaso con la presencia de Luis XVI en el salón de sus sesiones, adonde se había refugiado, se avino á convocar la *Convención*, que también pidieron, á la que dejó la responsabilidad de tamaño acuerdo y la suerte del rey que de allí fué, con efecto, trasladado al Temple.

Resolución de Aranda.

Y véase cómo el conde de Aranda hubo de cambiar de conducta para volver á la que tan duramente había calificado en su predecesor, no previendo, como él, la serie de desgracias que habrían de acarrear á Francia las primeras debilidades del soberano y las torpezas de sus ministros, ni los peligros que pudiera traer á España la propaganda que naturalmente habían de cultivar los partidarios de la revolución. Tal sobresalto produjeron en Aranda los acontecimientos de París, acabados de recordar, que, al recibir la noticia del de 10 de Agosto, convocó inmediatamente al Consejo de Estado; queriendo no perder un momento para descargarse de la responsabilidad que se le pudiera después exigir, tanto más grave cuanto que, conocidas sus ideas de antes, cupiera suponérsele, por lo menos, indolente para ahora desmentirlas y rechazarlas. Sus simpatías hacia las proclamadas por los filósofos, primero, y, más tarde, en la Asamblea nacional, no pasaban de ahí, y abominaba y condenaría con la mayor dureza los excesos cometidos contra la majestad del trono,

1 Napoleón contaba en Santa Elena que ningún campo de batalla le había dado la idea de tantos cadáveres amontonados en tan corto espacio como los de los Suizos muertos en el Jardín de las Tullerías. El ensañamiento de los asesinos y particularmente el de las mujeres entregándose á los actos más repugnantes, *indecentes* dice, fué la primera impresión de tal género que recibió en su carrera; y él mismo por su traje, la serenidad de su semblante, mejor dicho, su impasibilidad característica, se hizo allí sospechoso á los *héroes* de la tal jornada.

al que nunca había cesado de rendir culto entusiasta y leal.

Y he aquí las proposiciones que planteó en el Consejo el 24 de Agosto de 1792: las transcribimos íntegras, así por la importancia que entrañan, como por la trascendencia que habrían de tener en la política de España por aquellos días. Consulta al Consejo.

1.ª «¿Estamos ya en el caso de tomar un partido contra la revolución francesa para reponer á aquel soberano en los justos derechos de su soberanía, y libertar á su familia de las vejaciones que está sufriendo?»

2.ª «¿No deberíamos unir nuestras armas con las de los soberanos de Austria, Prusia y Cerdeña, presentándose una ocasión tan favorable para acosar á la nación francesa y reducirla á la razón, oprimiéndola como merece, y haciéndola conocer que la destrucción de su país es inevitable, siendo acometido á la vez por todas partes con ejércitos numerosos?»

3.ª «¿Sería de temer por ventura que la Inglaterra, que hasta ahora se mantiene neutral, se aprovechase de nuestra declaración de guerra contra Francia, y que viéndonos ocupados en este grave empeño acometiese alguna de las posesiones de Ultramar?»

4.ª «¿En el caso que se restableciese el gobierno francés en tal manera que fuese posible amistad y alianza recíprocamente defensiva entre Francia y España, ¿no sería más conveniente entregarnos á esta esperanza y ganarnos la voluntad de un pueblo que fuese en lo sucesivo nuestro apoyo?»

5.ª «Por el contrario, ¿no sería indecoroso que España se mostrase indiferente al riesgo en que está de verse privada del derecho de sucesión á la herencia de aquella monarquía, y no fuera del todo inexcusable su apatía, cuando las principales potencias de Europa hacen, aunque por otros motivos, lo que no practicarían en ninguna ocasión por dicho objeto, por más que nuestro gobierno se lo rogase?»

6.ª «¿No será posible presentarnos armados en la contienda ofreciendo nuestra mediación?»

7.ª «En el caso de resolvernos á tomar las armas, ¿no será muy conducente comunicarlo á las cortes de Viena, Berlín, Petersburgo y Stockolmo, que tienen hechas gestiones con España para que se resuelva á entrar en guerra contra la Francia, á fin de animarlas en su empeño, persuadiéndoles de que la inacción que nos echaban en cara provenía únicamente de no haberse presentado todavía ocasión favorable para declararnos? ¿No deberíamos también dar parte al rey de Inglaterra de nuestra resolución, solicitando al mismo tiempo nuestro soberano la protección de las armas inglesas para defender á Luis XVI, que no puede pedirla, pues toca á S. M. Católica, como pariente tan inmediato del rey cristianísimo, mover el ánimo de S. M. Británica en favor de aquel desventurado monarca?»

8.ª «Resuelta la guerra, queda aún por resolver otro punto, es á saber; si convendría anunciarla públicamente ó si valdría más ir tomando las medidas necesarias para ella, dándoles el nombre de *precauciones* que exige el estado de la nación vecina. Lo segundo parece más acertado que lo primero, porque las tropas han de estar en la frontera antes de que se publique la declaración, lo cual pide tiempo. Además quedaría al punto interrumpido el comercio y comunicación entre los dos reinos, habrían también de retirarse los agentes diplomáticos y consulares, y quedaríamos por consiguiente sin medios de saber los acontecimientos y accidentes que pudiesen sobrevenir. Mejor sería, pues, aguardar algun tiempo á declararnos, sin perjuicio de ir tomando todas las disposiciones para la guerra, pues ¿quién sabe lo que puede sobrevenir de un instante á otro, visto los excesos cometidos últimamente? Aparentando con estudio que nuestros armamentos no son otra cosa que medidas de prudencia, se contendrán quizá aquellos espíritus, y no romperían los primeros.»

Á muchas consideraciones provoca el estudio de esta consulta por parte del conde de Aranda. Resalta en ella el convencimiento de hacerse por más tiempo imposible el disimulo de lo que pasaba en Francia, de la situación, sobre todo, de Luis XVI, cuyo desdoro de tal manera se reflejaba sobre el rey de España que, de tolerarlo, habría de imprimir negro borrón en su nombre y demostraría la impotencia también de la nación que Dios le diera á regir para lavarlo según parecían ser su deber y su voluntad. Ese convencimiento tenía que producir las vacilaciones puestas de manifiesto en el escrito de Aranda, contestación la más elocuente á los juicios asaz aventurados de los enemigos de Floridablanca que, acusándole de intratable y de comprometer la paz tan necesaria á España, dejaban ahora descubrir que sus aspiraciones ó al menos sus críticas quedarían satisfechas con ver derribado de las alturas del gobierno al objeto de su envidia y sus rencores. Con razón se resistía Aranda á dirigir la política en tales circunstancias; pero entonces, ¿por qué criticaba la de su rival y por qué aconsejaba su sustitución por una de prudencia y conciliación que á los cuatro meses había de tener por ineficaz y hasta imposible?

De modo que del pensamiento de la neutralidad, como político, y de la persuasión para salvar los intereses monárquicos permitiendo la propaganda revolucionaria, puesto que había de traerla aquella escarapela multicolor que se dejaba penetrar orgullosa en nuestros dominios, iba á pasarse á la coalición armada con las potencias que más hostiles se habían manifestado á los nuevos tiranos de la Francia. No se sentía otro recelo, para hacerla, que el de que Inglaterra, valiéndose de nuestro compromiso con Austria, Prusia y Cerdeña, se apoderase de alguna de nuestras vastas y florecientes colonias; alternando, así, en el gobierno español las ideas de decoro en tan grave conflicto con las del temor de que ese decoro y el tan preconizado orgullo

castellano pudieran costar algún florón de la corona á cuya gloria podría resultar sacrificado. ¡Y aún se pretendía disculpar la inacción hasta entonces observada con no haberse presentado momento favorable, cuando los que ahora se buscaban para aliados andaban ya á las manos con los revolucionarios en las fronteras orientales de la Francia! Pero resuelta la guerra, esto es, llegada la ocasión, todavía se intentaba disimular, dando á las operaciones preparatorias un nombre que no hiriese los oídos de los suspicaces enemigos de la monarquía, con lo que, disponiéndose á emprenderla, se ponía de manifiesto el no lisonjero estado de un ejército cuya presencia en el teatro de la lucha se decía que iba á animar á las potencias coligadas en su generoso empeño. La arrogancia ha disfrazado no pocas veces á la impotencia; pero en España han ido frecuentemente unidas, creyendo que la memoria de nuestros hechos, simbolizados en los nombres más gloriosos, supliría á la flaqueza de que ya se podía observar adolecía la nación. La proposición 8.ª es en ese punto mucho más elocuente que cuantas observaciones pudiéramos fundar en la estadística de nuestras fuerzas militares y de nuestros recursos financieros. Se temía, no sólo herir la susceptibilidad de los Franceses, sino el que nuestras tropas no llegaran á las posiciones que debían tomar demasiado tarde, y hasta se careciese de noticias de lo que se hacía al otro lado de la frontera, como si se tratara de acontecimientos sucedidos en país salvaje, sin comunicación alguna con los demás cultos de Europa, cuando tanto se pecaba en París de pregonarlos á voz en grito para mejor ejercer la propaganda de sus ideas y de sus actos los corifeos de la revolución. Aparentar, según se decía, que los armamentos que se hiciesen no iban á ser otra cosa que medidas de prudencia, era, no solamente mostrar miedo, sino que también desconocer el carácter del movimiento que se operaba en Francia, imposible de contenerse y menos con recursos de habilidad, apoyados, más que-

en la fuerza, en un aparato de ella hipócrita y meticuloso. ¡Por desgracia se sumaban entonces tan triste impresión y la ignorancia del espíritu dominante en nuestros vecinos!

Su acuerdo.

Todas estas observaciones y muchas más que provocaría la discusión, debieron hacérselas los vocales del Consejo de Estado á quienes se sometieron las anteriores propuestas del conde de Aranda; pero, aun así y presentadas como fueron, entrañaban motivos de honra de que la nación española no debía desentenderse. Así es que el Consejo, por más que comprendiera que los escrúpulos del primer ministro iban dirigidos á no agravar la situación, harto difícil ya, de Luis XVI, no irritando á sus carceleros más de lo que estaban con la invasión de los Austriacos y Prusianos en Francia, se decidió por la guerra, como parte España de la coalición formada en el Norte de Europa á favor de los tronos y de sus representantes.

Guerra en el Norte de Francia.

Porque para aquella fecha tronaba ya el cañón en las márgenes del Rhin y, más cerca todavía, en la frontera de Flandes, provincia entonces del Imperio austriaco, guarnecida de antemano de numerosas tropas y gobernada por sus más hábiles generales. Ya en Febrero y Marzo se observaban preparativos militares en Austria, Hungría y Bohemia, coincidiendo con los que por su lado hacía la Prusia, puesta de acuerdo con el Imperio en un consejo celebrado en Viena el 13 del segundo de aquellos meses para una acción común, en la que también debería tomar parte la Rusia, representada allí por el príncipe Gallitzin. Aquellos preparativos fueron tomando cuerpo y no tardaron en sentirse por la frontera imponentes y amenazadores combinándose las posiciones con las del pequeño ejército de los emigrados franceses, reunidos en Coblenza y sin cesar en sus alardes jactanciosos. La alarma, con eso, se hizo general en los pueblos franceses inmediatos; cundió luego al interior y, por fin, llegó al gobierno y á la Asamblea que en vista, más tarde, de la nota de Cobentzel,

provocaron, el 20 de Abril, la declaración de guerra al Austria, seguida, eso sí, como antes dijimos, de los reveses de Quiévrain y Lille, y, con el manifiesto del duque de Brunswik, ya en Julio, la de la patria en peligro y la lucha á sangre y fuego con la Prusia, á la que se añadiría muy pronto la de cuantas naciones tuvieran contacto geográfico ó político con la Francia.

Luckner, que mandaba en jefe los ejércitos franceses, había tenido que retirarse de la Alsacia amenazado en sus posiciones por la marcha de los enemigos sobre la Lorena; Lafayette, negándose á respetar los actos de la Asamblea después del 10 de Agosto, abandonaba la Francia para, tras de una penosa odisea de puesto en puesto de los ocupados por los Austriacos en Flandes, parar en la ciudadela de Olmütz hasta 1797; Longwy y Verdun caían en poder de los Alemanes, revelando sus guarniciones, como muchos de los destacamentos de la línea de vanguardia, un espíritu muy ajeno del marcial y levantado que caracteriza al ejército francés; en la frontera, por último, aparecían los soberanos coligados para con más vigor dirigir la guerra, con la que, á principios también de Agosto, amenazaba oficialmente la emperatriz de Rusia si no se reintegraba á Luis XVI en todas sus anteriores prerrogativas. Ni el Piamonte ni la Suiza querían quedarse atrás en tan generosa cruzada y se preparaban á unir su acción á la de las grandes potencias del Norte. La Francia se hallaba invadida y el bloqueo se iba estrechando de día en día, tan apretado, en aquéllos, y amenazador, que hasta en la misma Asamblea se proponía la retirada á la izquierda del Loire, impedida por Danton recomendando *la audacia*, *la audacia y siempre la audacia*. Sólo faltaba que España cubriese militarmente su frontera pirenaica para que se completara el cerco, que no sabemos cómo hubiera podido romper la Francia, de hacerse simultánea y enérgicamente por todos sus enemigos.

Preparativos militares en España.

Pero la política de Aranda, inspirada desde los primeros días en motivos de conciliación que no era fácil desatendiese quien la anteponía á los recelos é intransigencias de Floridablanca, vagaba y se perdía en las vacilaciones que, por su parte, se imponían en la corte de sus soberanos, movidos por varios y muy diferentes resortes en sus afecciones generosas, de una parte, y sus cábalas é intrigas de otra. Y no es que el Conde, una vez resuelta la guerra como primer acuerdo en el Consejo de Estado, descuidara sus preparativos á fin de emprenderla en las mejores condiciones, porque á los once días de tomado aquél, esto es, el 4 de Septiembre, dirigía á nuestros agentes diplomáticos en las naciones extranjeras una circular dándoles conocimiento de lo resuelto y motivando las lenidades á que obligaban la circunspección necesaria en las relaciones existentes con Francia y el temor de aumentar los peligros que corrían allí la institución real y el soberano que la había representado y ejercido hasta entonces. Á esa declaración acompañaba en la circular la noticia de que iba á llevar tropas, todas las necesarias, á la frontera, aun cuando sin plan todavía determinado de operaciones, así por no haberse concertado por el momento como porque dependería naturalmente del que siguieran en Francia las demás naciones coligadas que ya la habían invadido, al que, por punto general, sería fácil conformarse en sus fines más importantes, aunque por diferentes rumbos y por los procedimientos que mejor aconsejaran la ocasión y las eventualidades, tan frecuentes y varias en tales casos. Á pesar de esas manifestaciones, tan explícitas en su misma vaguedad, tres días después, nada más que tres días, Aranda presentaba al rey un plan de campaña, todo lo detallado y metódico que pudiera desearse y que, por ser el único que cabe ejecutar desde nuestra línea de los Pirineos, parece que no exigía para determinarlo el tiempo ni las facilidades que se echaban de menos en la circular.

Plan de campaña.

Después de declarar que la guerra no tenía por objeto el de conquista alguna de las plazas y provincias francesas limítrofes para España, sino el de obligar á los revolucionarios á someterse á su soberano legítimo, aconsejábase en el escrito de Aranda una enérgica iniciativa, *una acometida activa y rápida*, como se decía en él, con fuerzas, además, respetables que dejasen á salvo el decoro del país, no comprometiendo el éxito que debía esperarse, tan completo como breve y económico. Señalaba luego las dos únicas entradas que ofrece el Pirineo para una invasión en Francia, dando la preferencia á la del Portus en Cataluña, así por la mayor rapidez con que podrían hacerse los aprestos en el Principado, como porque en aquella dirección cabría herir mejor á la Francia en *las más señaladas cabezas de sus provincias*. Otro grueso ejército podría penetrar en el reino vecino por Navarra y Guipúzcoa para darse la mano con el de Cataluña *hacia la parte septentrional de Bayona y todo el Garona*, con lo que se pondría en cuidado á la Asamblea si pensara, como ya hemos dicho que hubo quien lo propuso, en retirarse con el Rey al Mediodía, y se ayudaría también á los ejércitos aliados del Norte y al de Cerdeña especialmente, si asomaba con su soberano al condado de Niza amenazando á la próxima é importante ciudad de Marsella.

El plan, repetimos, no ofrecía novedad por ser el único que es dable seguir y el que un año después llegó á ejecutarse, aunque con variantes en que la habilidad del pensamiento competía con la prudencia necesaria ante enemigos, como los Franceses, tan activos y emprendedores. Porque, con efecto, era difícil formar dos ejércitos con fuerza, los dos, suficiente para tal ofensiva que pudiera llevarlos á reunirse en la región central del Pirineo, sin desatender, por eso, el darse la mano con los Piamonteses por el lado del Mediterráneo y vigilar á la vez la importantísima vía de Bayona á Burdeos por la costa del Océano. Que no existía

esa fuerza, es evidente y, más todavía, el que no era posible organizarla en el término perentorio que exigían las circunstancias del momento; por lo que Aranda se limitaría por lo pronto á aproximar á las fronteras toda la que cupiera reunir; dándola aquel carácter *precaucional*, que él decía, para no infundir sospechas en los Franceses y mantenerlos cuanto más tiempo mejor en la confianza de no verse por fin hostilizados como en el Norte y el Este de su territorio. Para conseguir tal y tan grosero engaño, deberían ocultarse los nombramientos que exigiera la organización de los dos ejércitos, aparentando dejar las tropas bajo el mando de las autoridades de cada provincia de las en que fueran estableciéndose, privándolas así del conocimiento y la dirección de los generales que habrían de gobernarlas en los campos de batalla. Todo se sacrificaba al disimulo de resoluciones que, sólo siendo ejecutivas, cabría produjesen el resultado á que principalmente se aspiraba, al de, imponiéndose á la Revolución, obligarla á retroceder en su camino de violencias y despojos contra el trono.

Exigencias de la Convención.

Era desconocer en absoluto la índole de aquel movimiento y á los que con más furor lo impulsaban; era forjarse las ilusiones más absurdas respecto á la vigilancia que ejercían en toda Europa sus agentes, oficiales ó no, el creer que, no ya los preparativos militares, siempre ruidosos, sino hasta las intenciones de la autoridad pudieran escapar á la perspicacia de quienes, además del deber, tenían por aguijón de sus gestiones diplomáticas el miedo á sus irritables é irritados jefes de la Asamblea ó de la Convención en París. Á M. Bourgoing no se le escapó, efectivamente, ninguno de los pasos dados por Aranda para recabar del Consejo de Estado la declaración de guerra y de Carlos IV la aprobación de su plan de campaña y de su reserva para no darles la publicidad conveniente. El plenipotenciario francés lo supo todo y dió naturalmente á su gobierno la voz de alarma que, por desgracia, coin-

cidió en París con las matanzas de Septiembre, reto dirigido por el partido más exaltado de la Revolución á los soberanos coaligados para refrenarla en sus excesos, haciéndoles con ellas temer, no ya por la corona del de Francia sino hasta por la vida de éste también y la de toda su familia. Pero la victoria de Valmy por Dumouriez, la conquista de Spira, Worms y Maguncia por Custine y la de Saboya y Niza por Montesquiou y Anselme, coronadas después con la heroica, á la par que afortunada, defensa de Lille, elevaron el orgullo y las pretensiones de los Franceses á tal punto que el ministro Lebrun y la Convención, que abría sus sesiones con la del 21 de Septiembre, si se avenían á tratar con el gobierno español, preocupado con la suerte de Luis XVI, era á condición de que reconociese abierta y paladinamente la República, proclamada el día siguiente al del triunfo de Valmy. Eso no podía hacerlo Carlos IV, cuyo ministro procuró convencer á Bourgoing de la inutilidad de sus esfuerzos para lograrlo, á pesar de valerse, en su conferencia con Aranda, de los mismos argumentos de sus mandatarios, los de la amenaza, ponderando las fuerzas de la Francia y sus recientes victorias. Á tal punto esforzó sus razones, si así pueden llamarse, del número de los soldados que la Revolución podía presentar en la lucha y del entusiasmo que reinaba en las provincias todas de la República, que el veterano español, herido en su patriotismo y en su orgullo militar, hubo de replicarle duramente y amenazarle á su vez con el espectáculo de un capitán general tocando llamada con un tambor, á cuyo sonido se vería que una nación generosa tiene siempre soldados bastantes para oponerse á la violación de su territorio aun contra el enemigo más formidable [1].

Caída de Aranda.

Este arranque nobilísimo de indignación, último acto de su gestión política en el gobierno, fué, sin embargo, el que reveló con más elocuencia el error

1 Esto lo contaba el mismo Aranda á Ocariz en una de sus cartas.

en que había vivido desde años antes, creyendo que los revolucionarios de Francia eran los filósofos que él había conocido y tratado, bastante influyentes en la opinión para contener el movimiento que habían provocado dentro de los límites que señalaron sus escritos y arengas.

Mas para colmo de sus ya expuestas contradicciones en el gobierno, todavía pensó en retroceder de su reciente determinación de hacer á Francia la guerra, según el acuerdo del Consejo aprobado por el Rey. Y mientras parte de las tropas disponibles se dirigía á las posiciones que se les había señalado en la frontera, él continuaba en sus conferencias con Bourgoing para el tratado de neutralidad, acariciado en su imaginación desde los primeros días de su ministerio. No era él, sin embargo, quien podía llevar á ejecución tal empresa con la autoridad necesaria, perdida la que le dieran sus servicios y experiencia en el dédalo intrincadísimo de sus anteriores y contradictorios actos y de los varios é insuperables obstáculos que por todos lados se le oponían.

El conde de Aranda tenía enemigos poderosos en la corte y el pueblo; considerándolo aquélla tibio en sus ideas monárquicas, lo cual era una injusticia, y las masas populares más frío aún en su fe religiosa por la parte que había tomado en la expulsión de los jesuítas y los alardes que, en su carácter vehemente, hacía con frecuencia de su amistad con los filósofos franceses, proclamados desde el púlpito y en los círculos españoles por los mayores enemigos del catolicismo. Y como ante ese doble culto del altar y el trono, si en algunos hipócrita, ferviente y sincero en la casi totalidad de nuestros compatriotas, se hacía sospechosa la política de conciliación que Aranda se propuso observar desde los primeros días de su ministerio, claro es y evidente que el fracaso de esa conducta iría, en el que la observaba, acompañado de su caída de las esferas del gobierno. Aún hubiera podido hacer frente á esa opinión, repre-

sentada en aquellos tiempos por quienes influían muy poco en las decisiones de la Corona, sola árbitra de los destinos del país; pero también le faltó en ella el apoyo que le hubiera sido necesario para rechazar los embates de tanto y tanto enemigo como en tales ocasiones parecían salir de la oscuridad y de los antros de la adulación para combatirle. No se mostraba satisfecho el Rey de un ministro que, por su carácter excesivamente altanero y hasta rudo, no podía agradar á monarca de condiciones como las que hemos atribuído á Carlos IV, y menos aún por las ideas que se le achacaban en materias políticas y religiosas, adoptadas en sus relaciones con los dogmatizadores de la revolución. La reina creía haber llegado, no ya la época hecha presentir á Floridablanca, sino la plenitud de los tiempos con tal ansia esperados en sus arrebatos de la innoble pasión que de ella se había enseñoreado, y de la desapoderada codicia de mando y de riquezas á que, en su debilidad de mujer extraviada, ofrecía ocasión y medios más que suficientes, ya que el Rey la dejaba intervenir en los asuntos públicos y, confiado como en sí mismo, la olvidaba en su vida casi nómada y en el hogar y seno de su familia. Y un hombre, envanecido con el favor de que era objeto y con una elevación social que ni soñar podía en sus más delirantes fantasías, de moral ninguna y guiado tan sólo por la lumbre de sus ambiciones, infundadas y todo, sin la excusa siquiera de una pasión que bien se demostró no haber abrigado nunca; Godoy, en fin, se suponía ya con talento, experiencia y prestigio, con cuantas dotes pueden exigirse para la gobernación de un Estado, aun en las, más que difíciles, terroríficas circunstancias que por aquellos días atravesaba España. Mejor, pues, que los errores que hubiera podido cometer en los pocos meses que presidió el ministerio, derrocaron del poder á Aranda esas mismas circunstancias que ni á él ni á nadie le era dado vencer, traídas por la acción arrebatadora de la revolución que no

sabían contrarrestar la diplomática de los soberanos más poderosos ni sus innumerables soldados y cañones, y, sobre ellas y sobre todo, las intrigas de una corte, ayudada de esa turba de aduladores que, ávida de favor, vaga siempre en la corrompida atmósfera de los palacios en que no se albergan la virtud y el decoro.

Una noche, la del 14 de Noviembre de 1792, fué Aranda llamado al palacio del Escorial, donde, disfrazando Carlos IV la expresión de sus intenciones con la de su afecto al Conde y la de su gratitud por los servicios que le hapía prestado, y con frases de que, según dice un historiador extranjero, nunca se muestra avaro un monarca al despedir á sus ministros, le notificó la pena, harto profunda en él, de que hubieran de privarle de los que aún le pudiera ofrecer su edad avanzada y la necesidad, que ya debía experimentar, de sacudir el grave peso del gobierno, sólo soportable en su concepto, como luego se verá, para hombros más jóvenes y robustos. Preparado así y con la visita, poco posterior, del ministro de Marina, el bailío don Antonio Valdés, que le llevó la noticia, ya oficial, de su exoneración, conservándosele, sin embargo y contra la costumbre de entonces, cuantos honores poseía y el puesto también de decano del Consejo de Estado que se le había conferido al reformar aquel alto cuerpo con la supresión de la Junta suprema, creada, según dijimos, en los últimos años de Carlos III, Aranda pudo ver en la *Gaceta* del 20 de Noviembre el Real decreto, expedido con fecha del 15, en que aparecieron su cesación en el cargo interino de primer secretario de Estado y su relevo por el duque de Alcudia, aunque con las frases, también, más lisonjeras que pueden tributarse á un caído para dulcificarle su desgracia [1].

1 Decía así aquella soberana disposición: «Por mi Real Decreto de 28 de Febrero del corriente año tuve á bien nombrar al conde de Aranda para que sirviese interinamente el encargo de mi primer secretario de Estado y del Despacho; y en consideración á su avanzada edad, y á que conviene á mi servicio

Observaciones sobre su administración.

La conducta política internacional del conde de Aranda, adoleció, ya lo hemos visto, de una vaguedad incomprensible en hombre como él, tan enérgico siempre en la manifestación de su carácter, y de las contradicciones que ilógicamente, si así puede decirse, achacaba á su predecesor que, de reformista, había pasado á hacerse intransigente conservador de cuanto pudiera ser atributo y emblema de la monarquía tradicional en España. Y no sólo apareció vaga y débil por la índole de las concesiones que hizo el célebre ministro al espíritu que informaba la Revolución en sus primeros días, que bien podía tomarse por justa aspiración á un estado de libertad y de igualdad dictado por cristiana y hasta universal filosofía, sino por revelar también una gran falta de fijeza en los principios que proclamaba, con su secuela forzosa de contradicciones y perplejidades sin fin. Porque si al inaugurar su política de conciliación para con la Francia, podía descubrirse en los primeros actos de Aranda un pensamiento elevado y prudente, el de aplacar las iras revolucionarias con la esperanza de la paz que asegurase las conquistas ya hechas en la Asamblea constituyente, *summum* de las que cupiera ambicionar á un país sumido un año antes en la servidumbre y hasta en la ignorancia de mejores destinos, debió fundarlo en base más sólida que la fuerza de los medios con que se propusiera sustentar la que, después de todo, resultaría intervención más que oficiosa en la política general de Europa. ¿Dónde esa fuerza que tanto hubiera de pesar en la balanza de las naciones para im-

que este empleo esté servido en propiedad: he venido en relevarle de la interinidad que exerce, conservándole todo los honores que le corresponderían como propietario, y el empleo que obtiene de Decano de mi Consejo de Estado, para poder emplearle en otras comisiones no menos importantes á mi Real servicio, por la satisfación que tengo de su persona, y del zelo y amor con que siempre me ha servido. Y para sucederle en el referido encargo de mi primer Secretario de Estado y del Despacho, he nombrado al duque de Alcudia, por la confianza que me merece, conservándole el empleo de Sargento mayor de mis Reales Guardias de Corps.»

poner la paz entre las armadas para el mantenimiento de sus nuevos principios, en reparación, por el otro lado, de los atropellos cometidos en Francia y en venganza de los agravios y ultrajes que no se cesaba de inferir al trono y á su más alto representante? No vamos á dar cuenta de esa fuerza, dejándolo para ocasión próxima en que debe aparecer puesta en acción; pero ¿no están revelando cuál era las proposiciones presentadas al Consejo de Estado y el plan de campaña propuesto al Rey con todas sus salvedades y misterioso desarrollo?

La misión del gobierno español en tan críticas circunstancias, era muy otra de como la entendía el conde de Aranda. Para mantener el trono en Francia, como para después salvar la persona de Luis XVI, se coligaban los soberanos del Norte; y aunque en un principio recurrieron á vías conciliadoras, no tardaron en comprender que sería inútil cuanto revelara prudencia y circunspección para con un pueblo que, envalentonado con sus primeros triunfos, se consideraba como único dueño de sus destinos. Bastaba además que ese pueblo, herido en su orgullo y, como francés, altivo y jactancioso, observara que, abandonado el camino de las negociaciones, se iba á tomar el de las armas, para que, desatadas sus pasiones, extremara las violencias que ya había ejercido contra los objetos y los intereses, causa de la imposición con que se le amenazaba. Y ya en tal caso, ¿cabe pensar que la intervención de España diera resultados beneficiosos, y mucho menos efectuándola en favor de los enemigos de aquello mismo que se quería defender y amparar? Porque el reconocimiento del plenipotenciario francés y la libre entrada de sus compatriotas en España, escudados y todo con la escarapela, emblema de la Revolución y vehículo escandaloso de la propaganda que se pretendía ejercer en Europa, significaban la aprobación de los actos de la Asamblea constituyente, el olvido de los atropellos cometidos á su sombra, el respeto, mejor,

á los depredadores de los fueros todos que constituyen la realeza y son la salvaguardia de la inviolabilidad de los monarcas. Ni se habían detenido ahí los corifeos de aquel movimiento con que se amenazaba á los demás pueblos, mejor que con las armas, con los atributos que lo representaban, sino que la religión era blanco, quizás el predilecto, de sus tiros, escarneciéndola ó negándola, despojando á la Iglesia de sus inmunidades y atropellando á sus ministros en sus personas y haberes, sagradas ellas y tan respetables éstos como los del primer ciudadano de la nación.

Y España, la monárquica España, católica por excelencia, ¿reconocería aquellos atentados frente á naciones que mantenían sus mismos principios en general y algunas los particulares intereses de familia que en tan alto grado afectaban á las de España y Austria, igual en ambas?

La conducta, pues, del conde de Aranda, más que vacilante por las varias contrariedades que la iba oponiendo la Revolución francesa, resultaba débil en las encontradas resoluciones á que le provocaban el interés de la monarquía y la acción ya resuelta de los soberanos del Norte, que se habían impuesto el deber de mantenerla incólume en la persona de su pariente y aliado el rey de Francia. Pero esa debilidad, más que del carácter y de las opiniones de Aranda, por muy simpáticas que le fueran las de sus antiguos amigos los filósofos de Francia, nacía de su situación especial en el gobierno, tan conocida para él como que nunca la había considerado ni querido definitiva. ¿Cómo habría de creerse en condiciones de emprender una política fija y consecuente con sus propias ideas y con los intereses que estaba llamado á defender cuando, elevado á las esferas del gobierno por una intriga que más tenía de cortesana que de política, se podía mirar en todos momentos amenazado de sucumbir ante otra igual, tan vergonzosa y depresiva como la de que había sido víctima su

antecesor el conde de Floridablanca? Su ministerio, de consiguiente, era lo que ahora se acostumbra á llamar de transición; pero no para abrir paso á otra política, nueve meses antes inconveniente, sino para darlo á personas que se creían bastante ilustradas con el ejemplo de las dos administraciones anteriores y con fuerza y prestigio suficientes para arrostrar la terrible situación en que muy pronto se verían comprometidas.

Al conde de Aranda le sucedió lo que no podía menos de acontecer á quien, como él, se viera batallando con ideas imposibles de conciliar con los intereses que le estaban encomendados, en pugna constante, como inalienables, que eran, en quien, por encima de todo, tenía que mantenerlos, aún combatido sordamente por los que, proclamándolos, veían fácil la ruina del veterano general, hecho, hay que reconocerlo, juguete de sus torpes manejos.

Engolfado en ese mar de dificultades internacionales, mal pudo el conde de Aranda dedicarse á la administración interior del país. Es verdad que Floridablanca, tan activo y experto en ese género de gestiones gubernamentales, le había dejado poco que hacer según las ideas y los intereses de aquel tiempo. El ministro Lerena, adoleciendo de grave enfermedad, había sido por Octubre de 1791 sustituído, aunque interinamente, en la gestión de la Hacienda por D. Diego de Gardoqui, consejero de Indias y director de Comercio, quien, al morir en Enero del 92 aquel célebre arbitrista, hecho recientemente conde con su colega Porlier, continuó, aunque siempre provisionalmente, en tan espinoso cargo. No era por lo tanto fácil introducir grandes variaciones en un ramo de la Administración pública tan delicado como vario, aun cuando Lerena tuviera las excepcionales aptitudes que no pocos le atribuían [1]. Algunos decretos variando, aunque en detalles

1 No se las concedía Jovellanos, quien en una nota autógrafa que tenemos á la vista emite sobre el famoso ministro el siguiente concepto, como prueba de

casi insignificantes, la legislación sobre minas ó completando, en cuanto cabía, el sistema de protección á la agricultura y el comercio, iniciado en los primeros días del reinado de Cárlos IV, fué cuanto pudo hacerse notar en la administración peninsular y ultramarina del ministerio del conde de Aranda. Los sucesos de Francia, de día en día más y más amenazadores para la tranquilidad de Europa; los trabajos de zapa que sentía estarse ejecutando bajo sus mismos pies; la atmósfera de que se veía rodeado, sobre todo en la corte, de desconsideración, si no de hostilidad abierta, por los que mejor que él sentían las pulsaciones de un estado tan crítico como el que parecía deberle abrumar, quitábanle toda fuerza para resistir tan grave pesadumbre y amortiguaban cuantas energías hubiera podido desplegar en circunstancias diferentes quien había demostrado, durante su dilatadísima carrera, que no le faltaban cuando esas circunstancias no iban envueltas en las tinieblas de los manejos subterráneos de sus enemigos allí donde habría de forjarse el rayo que las condensara aún más ó las desvaneciese.

lo apasionado é injusto que, por punto general, se mostró Floridablanca en la elección de toda clase de auxiliares suyos: «Hizo ministro de Hacienda, dice, á D. Pedro López de Lerena, hombre sin cuna, sin talento, sin servicios y sin virtudes, de que acaso hablaremos después.» No lo hace; pero continúa sobre el mismo tema: «elevó á Fiscal del Consejo á Cano Manuel, sin letras, sin aplicación y sin dote alguna de las que requiere tal empleo. Hizo intendente del Buen Suº (Suceso ?) á Manuel Alcocer, su criado y tan necio y estúpido que ni el lado de su hábil amo, ni la residencia de Roma, ni la secretaría privada de su ministro de Estado, ni en fin el nuevo decoroso empleo, han bastado para quitarle la ruin corteza con que nació y fué criado.» No trata mejor en esa nota el célebre Asturiano á Archimbaut, Cordón, á Dávalos y otras varias criaturas de Floridablanca, de quienes aparecen en sus apuntes inéditos juicios los más severos y detalles biográficos los más peregrinos.

CAPITULO III

GODOY Y SU ESTRENO EN LA POLITICA

Godoy.—María Luisa.—Concepto de Godoy sobre la situación de España.—Dirección que da á la política.—Proceso de Luis XVI.—Proyecto de mediación para salvarle.—Lo rechaza la Convención.—Moción al gobierno inglés.—Se apela al soborno de los Convencionales.—Defensa del Rey.—La sentencia y su ejecución.—Situación difícil del Gobierno español.—Conferencia de Godoy con Bourgoing.—Deliberación sobre la guerra.—Se opone á ella el conde de Aranda.—La decide el Rey.—Su declaración.—Preparativos para hacerla.

Hemos llegado en esta narración á la época donde comienza la decadencia más que nunca aflictiva de nuestra patria. La que experimentó España en el último reinado de la casa de Austria, podía considerarse como el letargo ó la postración de un gigante á quien cualquier sacudimiento llega á devolver sus antiguas fuerzas para mostrarse de nuevo robusto y con la preponderancia que nadie hasta entonces había negado á España en las luchas que tanta fama y respeto la proporcionaran en los dos siglos anteriores. No así por los días que nos toca recordar en el presente escrito, días en que, con una rapidez muy difícil de medir por lo sorprendente y violenta, vemos caer á nuestra

patria en tal abismo de desgracias, que ni los sacudimientos más fuertes logran, honrosos y todo en grado eminente, sacarla de nuevo á la luz deslumbradora de sus antiguas glorias y hacerla reconquistar el rango, ni disputado ni aun discutido antes en los congresos de la política.

Y es que con dolor, sólo comparable con la sorpresa que produjo en España la elevación á las esferas del gobierno de D. Manuel Godoy, todo hombre pensador comprendió el cambio que iba á verificarse en los destinos de la patria. Mozo todavía aquél, sin experiencia de la vida, mucho menos del gobierno de las naciones, y, sobre todo, en circunstancias como nunca difíciles, se hacía inconcebible que de repente, así como por impulso de un genio extraordinario pocas veces hecho manifiesto en la humanidad, sin educación por fin para darlo á conocer, se elevase en tan pocos años como los de su ejercicio en carrera, por otro lado, tan ajena á la gestión de los asuntos públicos, hasta cambiar con acierto los rumbos encontrados en que se habían perdido sus antecesores.

Con efecto; nacido Godoy en Badajoz el 12 de Mayo de 1767, de padres, si nobles, reducidos á tan modesta fortuna que mal podría subvenir al dispendio de una educación de carácter tan elevado como el necesario para la existencia política que ya iba á ser por muchos años la única suya, entró á servir á los 17 años en el cuerpo de Guardias de Corps, á que en aquel tiempo iban á parar los jóvenes de buen nacimiento, pobres, empero, y aspirando á entrar en el gran mundo, cuyo centro naturalmente era el palacio de nuestros reyes. Ni la ocasión podía ser más propicia para un mozo de sus cualidades personales y de sus ambiciones, muy pronto reveladas en él, ni más favorables tampoco las circunstancias con que, sin pensarlo quizás, llegó á encontrarse en su nueva posición. Habíale precedido en el servicio de aquel mismo cuerpo militar un hermano, D. Luis, si no lo atrevido que él, con la fortuna mis-

ma con que le iba á brindar la suya, pero mucho más duradera luego y risueña de la á que aquél se atreviera á aspirar, ni él pensara obtener en sus más fuertes accesos de ambición. Y, sin embargo, á los ocho años de haber abrazado la carrera militar y sin ejercer en ella otro servicio que el pacífico y cortesano de Guardia de Corps, había recorrido todos los empleos intermedios hasta el de teniente general, y alcanzado las condecoraciones tenidas entonces por las más consideradas de España y el rango social con que, y el título de duque de Alcudia, se presentaba en 1792 al frente de la nación que pasaba por una de las más severas y dignas de Europa.

Sus encomiadores y los crédulos ó deferentes con la historia que en su destierro se forjó é hizo pública para disculpa de sus extraordinarios medros y gloria de su acción política en el largo período que le cupo ejercerla, le han dotado de prendas sobresalientes de talento y educación, cultivadas, no ya sólo en los principios de su vida, sino cuando su ambición y su fortuna le animaban á esperar el encumbramiento en que muy pronto le contemplaría escandalizado el mundo. No es en una historia, como esta, general y dedicada á reseñar sus fastos á grandes rasgos y en síntesis necesariamente lacónicas, donde quepa el distraer al lector con la narración minuciosa de los primeros pasos y rápidos progresos de Godoy en la carrera militar y en la nueva que inmediatamente emprendió, asaltando, como hemos indicado, las gradas más altas de la escala social, todo por el favor, más que en su mérito, fundado en los caprichos de que ya la reina de España había dado tan irregulares como sorprendentes muestras.

María Luisa, casada con Carlos IV en 1765, cuando éste era príncipe de Asturias, y á la edad de 14 años, tres menos que su marido, había nacido en Parma, de cuyo soberano, tío del de España, era hija. Tenía hermoso cuerpo: y aun cuando no pudiera decirse lo mismo de su

María Luisa.

rostro, sus ojos, llenos de vida y animación, si de mirada audaz y hasta provocativa, dábanla un atractivo, pudiéramos decir un encanto que aún ponen de manifiesto los cuadros y esculturas existentes en nuestro Museo y el Palacio Real. Había recibido educación esmeradísima y cristiana «y al lado, como dice el prusiano Schépeler, de un monarca enérgico y de talento, hubiera llegado á ser ornamento del trono» [1]. Pero su imaginación sobradamente exaltada, superior á su talento y mucho más á su juicio, así como la especie de abandono en que Carlos IV, aun amándola tanto, la dejaba por satisfacer su desmesurada afición á la caza, debieron provocar en ella la explosión de unas pasiones que, como de española é italiana, se desbordaron hasta inficionar la atmósfera toda que la rodeaba, haciendo de la corte de Madrid el lodazal que tan gráficamente nos dan á conocer los cuadros de costumbres de aquel tiempo. No tardó mucho, desde el día en que llegó á la corte de España, en demostrar la ligereza de su carácter y la movilidad de sus sentimientos que, sobreponiéndose á su talento, más superficial, según ya hemos dicho, que sólido, la hicieron entregarse á la satisfacción de todos sus caprichos, si vigilados, con la intención de contenerlos, por Carlos III, no así, ni menos contenidos por Carlos IV, efecto de su cariño ciego y de su ingénita debilidad. Cuando Carlos IV empuñó el cetro de España, ya hemos dicho que dió á su desacordada consorte una participación en el gobierno, más ajena del carácter de ella que del de su sexo, apareciendo puestas en las manos, tan débiles como inexpertas, de aquella mujer la dirección de todos los asuntos públicos del país, y, con ellos, la salud quizás de la patria. Y como eso no era posible por las mismas condi-

1 Poseemos un libro de horas, todo él escrito de su puño y letra, en italiano por supuesto, al poco tiempo de haber llegado á la corte de su suegro, con todas las señales, por cierto, de haberse hecho bastante uso de él. Pertenecía á la biblioteca del infante D. Francisco de Paula.

ciones de la reina María Luisa y lo crítico y aun tremebundo de las circunstancias que atravesaba la Europa, se vió desde los primeros días del reinado, cómo hacía que fuera asociándose á los consejos y á las determinaciones del gobierno el hombre en que había fijado su afecto y cuya ambición, animándole á conceptuarse digno de los destinos á que le llamaba la fortuna, le había así como dictado el deber de prepararse á ellos por medio de una educación que pretendió adquirir cuando ya tomaban vuelo y forma sus aspiraciones. Todo Madrid pudo observar la aplicación que dedicó á estudios que le hicieran brillar en las más altas esferas de la sociedad; secundando de ese modo y con los dirigidos al conocimiento y al ejercicio de la administración pública, la gestión secreta de la reina, preparatoria del encumbramiento á que le hemos visto llegar. Aquello era así como una alianza de quienes, aun apoyándola en las bases más reprobadas, se dirigía al monopolio de un gobierno, pocos días antes ejercido por personalidades tan eminentes como Floridablanca y Aranda, arrojados del poder sin la conciencia, acaso, de tamaño error, pero sí con la del triunfo de los más arteros y funestos éxitos.

Á pesar de esta opinión nuestra, no disconforme de la del mayor número de los historiadores de aquel reinado, y á pesar también de las deducciones que pueden sacarse de ese mismo concepto, no hemos de negar á Godoy el deseo, mejor dicho, la ambición de justificar sus medros personales y el origen harto irregular y hasta vergonzoso de ellos, con el ánimo, que nunca decayó en él, de hacerlos olvidar á favor de un trabajo asiduo y el anhelo de mantener el trono y la nación á la altura en que los había encontrado.

Concepto de Godoy sobre la situación de España.

Porque no es exacto cuanto en sus Memorias expone del estado en que halló á España al entrar en Noviembre de 1792 en el ministerio de que tan sin motivo se lanzaba al conde de Aranda. Ni ha-

bia descendido el concepto de la nación al punto que él calcula, puesto que Francia misma andaba sin cesar trabajando por no separarse, ya que no de la alianza, de la neutralidad á que veía inclinado á Aranda en los últimos días de su ministerio; ni la fortuna pública de nuestra patria se hallaba en la aniquilación en que él la supone, puesto que ya hemos dicho que se había procedido á la disminución de cargas, al alivio de las calamidades públicas y hasta al pago de deudas que los reyes anteriores no se habían atrevido á satisfacer; ni el ejército se hallaba en la tristísima situación que lo describe, ya que un año después, plazo muy corto para una reorganización en grandes proporciones, se le vería iniciar la guerra con triunfos que sólo una moral sólida y una fuerza efectiva podrían obtener; ni las deficiencias, por fin, á que él se refiere en la administración de la propiedad y de la industria, habían quedado sin remedio, puesto que los decretos que pusimos de manifiesto al principio de este escrito sobre los bienes tenidos en manos muertas, las vinculaciones y el comercio, llevaban cuatro años de ejercicio, si no suficientes para hacer ver sus resultados, sí para que no los echara de menos el que de ese modo pretende alucinar á sus lectores, haciéndoles ver que el gobierno de la nación obtuvo ventajas, y aun prosperidades desde que fué puesto en sus manos [1].

1 En cuanto á lo de las fuerzas del ejército, que Godoy dice que iban poco más allá de 36.000 hombres de todas armas en servicio activo, cifra que han copiado casi todos los historiadores del reinado de Carlos IV, se puede oponer por el pronto, ya que luego lo haremos detalladamente, un cálculo no fácil de rebatir. En 1792 había en la península y las Baleares, además del Cuerpo de Alabarderos y los regimientos de Guardias españolas y walonas, 38 regimientos de infantería de línea y ligera, 4 suizos y 6 batallones de artillería; y como según el reglamento de 2 de Septiembre de aquel año, la mayor parte de esos regimientos reunían muy cerca de 2.000 plazas de prest, que en general se completaron al decidirse por la guerra el Consejo de Estado y el Rey, no hay para qué demostrar de otro modo la falsedad del aserto de Godoy. La caballería constaba de 12 regimientos de á 3 escuadrones, 2 de á 4 y 8 de dragones; pero como además, al recordar la fuerza de que podía disponer la nación, es necesario tener presentes todas las orgánicas y regulares que existían para un

«¡Mis destinos, dice al referirse á este punto, me condenaron á navegar á palo seco en la más dura de las épocas que ofrecieron los tastos de la Europa!»

Ya hemos visto que no era tan triste la situación de España como hace presumir esa frase de *á palo seco* que el duque de Alcudia creería tan gráfica; en lo que sí tiene razón es en lo de ser aquella época de las más duras en que pueda ningún hombre de Estado hallarse para resistir ni menos superar los terribles accidentes que la constituyen. Viene, sin embargo, á decirnos que, «á un ministro perplejo y tímido hasta el exceso (Floridablanca) había sucedido un anciano (Aranda), por el otro extremo, que de nada se alarmaba», causando uno y otro espanto al Rey; y él, joven, careciendo de todo género de experiencia, encumbrado al poder sin servicios ni méritos, sin la confianza, por consiguiente, de los pueblos que iba á gobernar, se atrevía á poner su mano en el timón de nave, como la española, tan azotada de los vientos que con ímpetu, al parecer, incontrastable y con fragor para todos horrísono, venían de un país tan próximo á ella, agitado además hasta en sus senos más profundos. ¡Y todavía llega á elevar á Dios mismo sus lamentos por haberle puesto á ese timón «en hora de tanto peligro, cuando no había bienes, sino males, y terrores y asombros, y hundimientos, y torbellinos, y humareda y volcanes reventando!» Pues ¿quién sino su ambición desmesurada y su vanidad de hombre de Estado le movieron á aceptar un cargo que le entregaba, no la opinión pública, ni la fama de sus anteriores éxitos, sino la pasión de una mujer sin juicio, apoyada en la debilidad del Rey su marido?

Y ¿para qué?

caso de guerra, debió Godoy sumar con las anteriores las de 43 regimientos de milicias provinciales, reserva activa, la mejor de Europa en aquel tiempo. Aun así, nuestro estado militar no era, como hemos dicho, lisonjero; pero es muy otro del que nos describe Godoy en sus Memorias.

Dirección que da á la política.

Entre la política de resistencia que caracterizó el último período del ministerio de Floridablanca, y la de conciliación que con las indecisiones que hemos echado de ver ejercitaba el de Aranda, era ciertamente difícil elegir rumbos que salvaran los obstáculos que al éxito de una y otra se habían opuesto. ¿Cuál iría á elegir el nuevo ministro si se hacía necesario justificar el descrédito de aquéllos y la elevación propia? No es fácil adivinarlo; pero el que tomó Godoy demuestra que no tenía opinión determinada y fija sobre cuál sería el más conveniente, y que sólo aspiraba á ocupar la poltrona ministerial, seguro de que cualesquiera que fueran, felices ó adversos, los resultados que obtuviera, nadie podría ya disputársela, disponiendo, como disponía, de la voluntad incontrastable de la Reina, su cada día más decidida protectora. Halló entablado el proyecto de neutralidad que, medio convenido entre Aranda y Bourgoing, había quedado en suspenso por las exigencias del diplomático francés sobre el reconocimiento previo de la recién proclamada república. Hemos visto que el tono que, contra su carácter y sus aficiones á los Españoles, había tomado Bourgoing en su conferencia con Aranda, provocando la explosión de los sentimientos, siempre patrióticos, del veterano general, no había sido obstáculo para que prosiguiera la negociación sobre la neutralidad de nuestra patria en el grave conflicto en que se veía la Francia comprometida con las demás naciones del Norte de Europa. El cambio de ministerio podría producir, y parece en este caso lo lógico, el de la disposición de ánimo, así en el Rey como en su nuevo ministro, que no es regular fuera llamado al gobierno para seguir la misma línea de conducta que su antecesor. Y, sin embargo, vamos á ver á Godoy, juez tan severo en sus Memorias de la política de Aranda, no separarse de ella en sus más esenciales caracteres, el de la benevolencia para con el gobierno francés y el de la neutralidad en el cho-

que, cada vez más rudo, de éste con las demás potencias.

Es verdad que la revolución francesa caminaba á pasos de gigante á la meta que habían tomado por objetivo los más intransigentes y furiosos de sus partidarios y secuaces. Por aquellos días ya no se trataba sólo de la consolidación de su obra por medio de leyes constitutivas que dieran seguridad completa á la República de no verse discutida en adelante, ni asaltada por sus enemigos del exterior. Para los revolucionarios franceses se hacía preciso abrir un abismo entre su obra y la restauradora que pudiera emprenderse con el arte ó con la fuerza; y ese abismo habría de inundarse con sangre, por inocente que fuera, para hacerlo del todo infranqueable. Ínterin, pues, se verificaba en España el cambio de personas, ya que no habría de serlo de la política, adelantaba rápidamente el proceso que se había dispuesto formar á Luis XVI en las borrascosas sesiones de los primeros días de Diciembre. Se había comenzado á mediados del mes anterior por discutir su inviolabilidad, resolviéndose su proceso por la Convención, único tribunal que podría sustanciarlo y juzgarlo como representante de la nación, *que no puede errar,* según la frase de alguno de los más exaltados de aquella sanguinaria asamblea. Ni era preciso atenerse á procedimientos consignados en ley alguna más que en la de gentes al combatir en vez de juzgar á los enemigos, porque, *sólo el hecho*, decía Saint Just, *de reinar es un atentado, una usurpación que un pueblo no puede sufrir sin culpa.*

Proceso de Luis XVI.

NO SE PUEDE REINAR INOCENTEMENTE, exclamaba en el paroxismo de sus iras regicidas el célebre tribuno, que sólo veía procedimientos verdaderamente viriles en un pueblo que acabase con los tiranos como el de Roma con César. No valieron para salvar á Luis XVI ni las habilidades de Faure y de Tronchet, ni los encontrados discursos de Marat y Robespièrre, próximo este último á verse arrojado de la Convención; todo lo que pudo conseguirse por

los más transigentes fué el proceso del Rey con algunas, si no todas las formalidades requeribles; y el 11 de Diciembre se presentaba á la barra, llamado con el nombre de Capeto, al que, aun protestando de él por impropio, respondía el ilustre preso del Temple.

No es de este lugar la narración de las privaciones, atropellos y vejámenes de que fueron víctimas en aquella prisión célebre Luis XVI y toda su familia. Quien lea la interesante obra de Madame Staël, las comprenderá en todo su horror, invocando la justicia del cielo para aquellos mártires, ya que la de la tierra no haya vengado en toda su extensión la perversidad de sus verdugos.

Ínterin se sustanciaba la causa con un interrogatorio indigno en que se hacían cargos á Luis XVI por actos ejecutados en su defensa personal, que, después de todo, habían resultado debilidades y sólo aprovecharon á la Revolución dejando desarmadas la monarquía y sus más fundamentales atribuciones; y después de nombrados aquellos insignes defensores, cortesanos de la desgracia, arrostrando con su abnegación generosa y su elocuente palabra los filos de la guillotina, en que el más célebre de ellos, el anciano Malesherbes, habría de sucumbir, entretuvo la Convención los que pudiéramos llamar sus sanguinarios ocios en la encarnizada lucha con que los Girondinos y Jacobinos se disputaban la supremacía en la Asamblea, achacándose recíprocamente el malogro de las operaciones militares que por entonces tenían lugar en las márgenes del Rhin, los efectos de la miseria en el pueblo, y hasta los de la propaganda que se suponía andaba ejerciendo en París y la Francia toda el duque de Orleans, aun reducido á la humilde condición del ciudadano Felipe Igualdad.

Proyecto de mediación para salvarle.

No estaba entretanto ocioso el gobierno español, inclinado como en los primeros días de la revolución á buscar, por cualquier camino que fuese, la salvación de la monarquía, al principio, y la de la

vida, después, para todos preciosa, del rey de Francia. Si no podían aceptarse las condiciones impuestas por la Convención para el tratado de neutralidad entablado por Aranda, la del reconocimiento principalmente de la República, andaba Godoy gestionando un convenio, en que, sin herir las susceptibilidades de los revolucionarios franceses y ofreciéndoles su mediación para con las potencias del Norte á fin de acabar una lucha no ventajosa en aquellos momenlos para la Francia, se consiguiera el objeto tan deseado por Carlos IV que, al leer las Memorias de su favorito, hay que creer lo buscaba con lágrimas en los ojos y la gratitud más profunda hacia su iniciador.

Y preguntamos nosotros, aun respetando aquellas lágrimas y admirando tal efusión de sentimientos, «¿qué diferencia puede existir entre el camino seguido por el conde de Aranda y el que ahora emprendía su sucesor, el duque de Alcudia?» La de las palabras con que pudiera expresarse un mismo proyecto, dictadas por dos rivales disputándose su invención y los procedimientos para apropiárselo.

Uno, sin embargo, de estos procedimientos, aparece verdaderamente original en la gestión de Godoy para salvar á Luis XVI. No había cesado de dirigir á D. José Ocáriz, á quien por la retirada de Fernán-Núñez, como embajador de España después del 10 de Agosto, y la ausencia de su primer secretario se había dado el encargo de entenderse aunque extraoficialmente con los ministros franceses, cartas y despachos que les hicieran saber las intenciones del gobierno español cediendo en su resistencia al reconocimiento de la República hasta aceptarla como gobierno de hecho, sin más condición que la de la vida de Luis XVI y garantizando la absoluta renuncia de éste al ejercicio, prerrogativas y aun derechos para volver á ocupar el trono. La Convención consintió el 28 de Diciembre en oir la lectura de la carta que Ocáriz, siguiendo las instrucciones de Godoy, había dirigido al ministro de Negocios extranjeros

Lebrun, todo lo comedida y hasta humilde que pudiera imaginarse en el representante de una nación que, á su importancia como de las de primer orden en aquellos días, reunía la circunstancia de un interés manifiesto por parte de los Franceses de no malquistarse con ella en momentos en que andaban á las manos con otras varias, más poderosas é influyentes todavía en los destinos de la Europa que entonces se controvertían.

En aquella carta, acompañada de dos notas oficiales de nuestro gobierno que la autorizaban, se ofrecía, como sancionada por la Corona, la neutralidad de España y el convenio para retirar de las fronteras de una y otra nación las tropas que la nuestra había establecido para impedir la propaganda revolucionaria y la Francia preparándose á rechazar cualquiera intervención que pudiera intentarse en sus asuntos interiores. Todo quería disculparse, aunque tácitamente, en aquel escrito, las precauciones tomadas por el conde de Floridablanca y los preparativos militares hechos por Aranda después de su consulta al Consejo de Estado. Hacíanse las protestas más calurosas de la sinceridad de las intenciones del gobierno español y de su soberano, dirigidas á estrechar los vínculos tan antiguos de amistad entre las dos naciones y á fomentar sus comunes intereses y mutuo aprecio. Para alejar hasta la sospecha de que España quisiera romper aquellos convenios, procuraría su gobierno fortalecer con todo género de pruebas la intimidad antigua y la actual que se trataría también de conservar entre ambas naciones. Y una de esas pruebas era la retirada que se había impuesto á las tropas destinadas á los Pirineos anteriormente, sin siquiera pedir en aquellos momentos la de los Franceses al interior de su país; todo eso sin prestar valor á la diferencia entre los dos gobiernos y á la facilidad con que las fuerzas francesas podrían volver á sus actuales posiciones. En cambio, sólo se solicitaba la libertad del Rey y de su familia, esperándola de la generosidad de la

Francia y de la moderación de su política. El rey de España nunca podría mantenerse indiferente en cuestión que tanto afectaba á su decoro y á sus sentimientos, sin, por eso, querer mostrarse entrometiéndose en el gobierno interior de un Estado independiente.

Sin entrar después en discusión alguna de principios, que creía Ocáriz pudiera parecer intempestiva, se extendía en consideraciones para demostrar lo natural de la solicitud de Carlos IV en favor de su pariente, así bajo el punto de vista de la justicia como de la conveniencia general.« El mundo entero, decía, no puede dejar de estremecerse al ver las violencias hechas á un príncipe que, cuando menos, es conocido por ser de carácter dulce y bondadoso; y que por su misma dulzura y bondad ha caído en un precipicio, adonde no habían podido quizás ser sumidos los tiranos más perezosos y crueles.» Y apelando á la generosidad de la Francia y á su interés en mostrarse magnánima y justa para acreditar á las demás naciones su buena fe en los tratados que con ellas pudiera celebrar, mostraba la conveniencia de hacer renacer la confianza en todas con «la presencia de Luis XVI y de toda su familia en un país en que tuviera asilo á favor de tratados convenidos al intento». Expuestos así los deseos del rey de España y los votos de la nación española, era de esperar que ambos pueblos, español y francés, se mirarían con amistad franca y duradera, uniéndose en noble alianza y garantizando de ese modo la tranquilidad del mundo.

Lo rechaza la Convención.

Aun escuchada hasta su fin por la Convención la lectura de aquella carta, algunos se mostraron después «indignados, dijeron, de la osadía del gobierno español, que, negándose á reconocer la República, tenía la pretensión de imponerla leyes», con lo que, y entre los gritos de los más exaltados, se decidió pasar á la orden del día. «De aquí en adelante, exclamó uno de los Convencionales, no trataremos con los reyes sino con los pueblos»;

concepto que parecía una repetición del ya expresado en la Asamblea constituyente el de que á los reyes no se les combatiría con las armas sino con la libertad.

Moción al gobierno inglés.

Al tiempo mismo en que se intentaba de ese modo la salvación de Luis XVI, se dirigía á Londres un despacho para que nuestro embajador en el Reino-Unido lo noticiase á Mr. Pitt, moviéndole á tomar parte en tan generosa empresa, que podría tener éxito al ver la Francia el interés que en ello tomaban las dos únicas grandes potencias que todavía se le mostraban neutrales. Hasta se quiso promover la misma idea entre los miembros más influyentes de las dos Cámaras inglesas. Pero desgraciadamente era muy difícil, y lo ha sido siempre, impulsar al gobierno británico hacia intereses que no respondan á esa moral utilitaria de que su política, al decir de un distinguido historiador, es el tipo más acabado [1].

Se apela al soborno de los Convencionales.

No debía Godoy abrigar grandes esperanzas en la eficacia del despacho de Ocáriz al ministerio francés, cuando á la vez emprendió por medio de aquel mismo, su agente diplomático, el soborno de algunos de los más influyentes Jacobinos, de quienes era de esperar el mayor encarnizamiento contra el infeliz rey de los Franceses. No se escatimó, para conseguirlo, medio ni recurso alguno, abriendo un crédito ilimitado y autorizando á Ocáriz para gastar largamente y cuanto fuera necesario con tal de obtener sufragios para la votación, ya inminente, sobre el proceso del Rey. No faltaron, con efecto, personas, como dice el abate Muriel, que abriesen las manos para recibir los dones de Ocáriz, prometien-

1 Véase cuán equivocados andaban los Convencionales que suponían al gobierno español empujado por el inglés y por su oro hacia la mediación que acabamos de ver había intentado. No vencía, pues, Pitt, como dice Thiers, por más que pudiera convenirle para los preparativos que exigiera el estado de las fuerzas navales y terrestres de su nación y para las ideas que se le atribuían de halagar con ellos y la expectativa de la lucha á su enemiga política la aristocracia inglesa.

do, en recompensa, trabajar por la salvación de Luis XVI. El ex capuchino Chabot, Jacobino furibundo, fué uno de los que se comprometieron á obra tan humanitaria, entregando nuestro agente sumas respetables como garantía de hasta cerca de 2.000.000 de francos que se le exigían; con la promesa, además y para mejor disimular su interesada intervención, de que España reconocería el gobierno francés sin mezclarse para nada en sus asuntos interiores, interpondría su mediación con las potencias del Norte en favor de la paz con Francia, y hasta consentiría en garantizar la abdicación de Luis XVI, dando rehenes que respondiesen de la buena fe con que la haría aquel desgraciado príncipe [1].

Defensa del Rey ante la Asamblea.

Difícil, si no imposible, se haría á los venales miembros de la Convención, sobornados por el oro de Ocáriz, el aconsejar en aquella Asamblea la declaración de la inocencia del Rey; y ya que no á eso, se ofrecieron á ayudar á los Girondinos en su propuesta de la apelación al pueblo, que ya se sabía iba á ser presentada al tener lugar el juicio y la defensa del Rey. Ese acto se celebró, con efecto, el 26 de Diciembre por la mañana. Luis XVI fué llevado del Temple en un coche con miembros del ayuntamiento de París para, inmediatamente después, mostrarse en la barra al lado de sus defensores, de entre los que M. Desèze, en nombre de los demás, tomó la palabra que la Asamblea oyó en el más profundo silencio. La defensa se apoyó principalmente en los principios del derecho, que clamaban por el del Rey en su conducta política, toda ella fundada en la Constitución de 1791, nunca infringida por él; pasando después á la discusión de los hechos, de los que se le habían atribuído como crimi-

1 Al llegar á este punto, dice Godoy en sus Memorias: «Yo tenía amigos y tenía hermanos, y la España ofrecía almas heroicas á millares.» ¡Buenos estarían los amigos de Godoy que respondiesen á interés tan alto para la Francia como el de garantizar la buena fe de Luis XVI, como si no fuera prenda mucho más segura de ella la palabra, tan sólo, de tan honrado soberano!

nales muchos de que no podía presentarse una prueba terminante como la de su inteligencia con los soberanos extranjeros y la del derramamiento de la sangre francesa en la fatal jornada del 10 de Agosto, provocada, como todo el mundo sabía, por los revolucionarios al emprender el ataque de las Tullerías. Solamente al final de su meditada y exacta peroración dedicó la defensa un sentido apóstrofe al carácter, conducta y virtudes de su augusto cliente. «Este pueblo, dijo M. Desèze, quiso libertad y Luis se la dió. Anticipóse á él en sacrificios y, sin embargo, á nombre de ese mismo pueblo se pide hoy... Ciudadanos, no concluyo... Me paro delante de la Historia: pensad en que ella sentenciará vuestra sentencia, y la suya será la de los siglos...!»

El Rey añadió muy pocas palabras á las pronunciadas por su defensor. «Os declaro, dijo, que mi conciencia no me arguye de nada, y que mis defensores os han dicho la verdad. Nunca temí que se examinase públicamente mi conducta, pero me ha partido el corazón oir en boca del fiscal el cargo de haber querido derramar la sangre del pueblo, imputándome las desgracias del 10 de Agosto.»

Pero no había acabado de abandonar la Convención para volver á su tenebrosa morada del Temple, cuando los mismos que habían oído la defensa en silencio, rompieron en uno de los tumultos más ruidosos y violentos que se hubieran promovido en aquella turbulenta Asamblea. Sobre si había de abrirse discusión ó, dejándose de dilaciones, procederse inmediatamente á votar sobre la suerte del Rey, se entabló una lucha entre los Convencionales, que tardó más de una hora en calmarse. Venció, en fin, el primero de aquellos procedimientos, desatándose los más intransigentes en denuestos contra el Rey, aun conmovidos algunos con el espectáculo de un monarca que, vencido y humillado, se mostraba á ellos, sin embargo, tan sereno, modesto y esperando con la conformidad más cristiana el fallo con que le amenazaban. Los más humanos, entre los que se distinguían

los Girondinos, buscaban la salvación del Rey, la dilación, al menos, de su sentencia, y de todos modos su propia irresponsabilidad en la apelación al pueblo, de la que resultaría en último término el cargo de barbarie sobre toda la nación, si condenaba al Rey, ó, si no, la prueba de su amor al trono, la más elocuente con que se demostraría la repugnancia que le causaba aquella Asamblea que ya se había lanzado á los caminos del terror. Robespièrre, mostrándose también, aunque hipócritamente, conmovido, «sintiendo, como decía, vacilar en su corazón la virtud republicana al aspecto del reo, humillado ante el poder soberano», logra, por fin, hacer romper el silencio de los Girondinos, de los que Vergniaud, increpando duramente á la Montaña y sosteniendo con los ejemplos más elocuentes de la historia el atropello á las leyes, la injusticia y el error sobre todo que se cometería condenando al Rey sin la participación del pueblo en la sentencia, consigue á su vez aterrar á su sombrío rival aunque no convencer á la Asamblea hasta arrastrarla á su opinión.

La sentencia y su ejecucion.

Todo lo que la elocuencia de los Girondinos pudo alcanzar, fué tiempo, hasta el 15 de Enero de 1793 en que se fijó un interrogatorio preliminar, ya calculado, de la sentencia que habría de dictarse por la Convención al día siguiente. «Luis Capeto, se preguntaba, ¿es reo de conspiración contra la libertad nacional y de atentados contra la seguridad general del Estado?»

«La sentencia, sea cual fuere, ¿debe remitirse á la sanción del pueblo?»

«¿Qué pena debe imponérsele?»

La Convención respondió afirmativamente por 683 votos contra 66 á la primera de aquellas preguntas; negativamente á la segunda por 423 contra 281; y el día 17 publicaba Vergniaud desde la presidencia, y con las muestras más patentes de dolor, que *la pena pronunciada contra Luis Capeto, era la de muerte.*

Momentos antes pedía la palabra el ministro de Negocios extranjeros para comunicar una nueva nota de Ocáriz, repitiendo el ofrecimiento de la neutralidad de España y su mediación con las demás potencias si se concedía la vida á Luis XVI. ¡Gestión inútil, aunque generosa, que sólo produjo la amenaza de declarar la guerra á España y, como la otra vez, el pase á la orden del día!

Ni se dejó hablar á los defensores del Rey, ni se tomó en cuenta la inexactitud en el número de los votos que se habían emitido, ni se admitió, por último, en la sesión del 20, el sobreseimiento de la ejecución; y el 21 de aquel mismo mes de Enero, día tristemente memorable, *subía al cielo el hijo de San Luis* entre los gritos dados por la más furibunda y repugnante plebe, de *¡Viva la República! ¡Viva la Nación!*

Situación difícil del gobierno español.

La Revolución había arrojado el guante á la Europa monárquica, y si no necesitaba hacerlo á las potencias del Norte, en lucha ya armada con los soldados de la Convención, las dos únicas que todavía no se habían alzado contra ella, habían forzosamente de recogerlo. España, sobre todo, no podía ya dejar desatendidos deberes tan legítimos como los que le imponían el parentesco de su soberano con el acabado de inmolar por la furia revolucionaria en Francia, el decoro de la institución que representaba y el interés social de una nación en que tan vivo aparecía el odio provocado por los regicidas. Si el interés político, mal entendido en nuestro concepto, podía retraer al gobierno español de un rompimiento inmediato y rudo desde que se manifestaron en París las intenciones de los revolucionarios contra la monarquía y su representante, no cabían, después de tan horrible atentado, ni la contemplación conciliadora hasta entonces observada por los gobiernos anteriores, ni el disimulo, siquiera, para ejercer la venganza que se hacía ineludible en la persona del Rey, en la dignidad de su gobierno y en el sentimien-

to, tan generoso como patriótico, que á porfía revelaban los pueblos todos de la Península.

Y, sin embargo, todavía se dió lugar á explicaciones entre el primer ministro de España y el plenipotenciario francés, sea por falta de preparación para la guerra en aquél, sea por el recelo que se abrigara respecto á la suerte de la familia de Luis XVI, presa también en el Temple, objeto de las vejaciones y tratamientos más brutales por parte de sus carceleros y verdugos y amenazada con igual destino al de su desgraciado jefe, sea, finalmente, por miedo á que, propropagadas las ideas revolucionarias con la libertad que durante un año habían tenido para cruzar la frontera y esparcirse por todo el país, fueran á, enfriando los ánimos de los Españoles, debilitar la acción que de otro modo cupiera esperar de ellos.

Conferencia de Godoy con Bourgoing.

Y he aquí el motivo de la nueva conferencia celebrada entre Godoy y M. Bourgoing, pasados algunos días de los en que se recibió la fatal nueva de la ejecución de Luis XVI, y cuando el plenipotenciario francés, obligado por el ministerio de la Convención á, en lugar de dar explicaciones sobre sus bárbaros procedimientos, pedirlas á nuestro gobierno sobre sus proyectos futuros, creyó suficiente el tiempo pasado para reanudar sus anteriores relaciones. Así y con la arrogancia, aunque impropia de su carácter, que le imponía el de su representación, pasó á nuestro primer ministro una nota, en que, con el pretexto del convenio de neutralidad interrumpido antes, se venía á entablar la cuestión de la paz ó de la guerra entre ambas naciones. ¡Como si no estuviera ya resuelta con el atentado que acababa de cometer la Convención ante el mundo entero!

La respuesta á tan audaz pretensión, ni podía retardarse, ni dejar de ser explícita. «El infrascripto primer ministro de Estado de S. M. C., se decía en ella, en contestación á la nota que el Sr. Bourgoing le ha dirigido por

encargo del gobierno francés, tiene orden de su augusto soberano para declarar, que en la situación actual S. M. no estima conveniente que se dé más curso á los negocios que fueron comenzados, y que midiendo su conducta, cuanto á paz ó guerra con la Francia, por la que ésta tuviese con la España, su real ánimo es de tomar todas las medidas preventivas que requiere el honor de su corona y la seguridad de sus reinos» [1].

Á pesar de eso, M. Bourgoing fué citado á Aranjuez y recibido por Godoy, si reservadamente, con deseos, al parecer, entre los dos, de no dar mayores proporciones á la irritación que habría de producir en España la altanera nota que provocaba aquella conferencia, si llegase á ser conocida del público.

Innecesario se hace el transcribir aquí los conceptos de ambos conferenciantes, según Godoy los estampa en su obra de vindicación. No debe ser exacto el valido en ellos por el interés que tiene en mostrarse tan hábil como enérgico: entre las exigencias de Bourgoing aparece, como para cerrar un diálogo que no se concibe pudiera celebrarse con tranquilidad, la del desarme recíproco de las dos naciones, pero con la reserva de mantener Francia en la frontera tropas que la garantizasen de cualquiera agresión por parte de los Españoles. Y si faltaba algo para inferir una ofensa más al honor y á la dignidad de nuestra patria, concluyó diciendo el plenipotenciario francés: «Mis instrucciones son precisas, terminantes, no dejan lugar á otro partido. En los riesgos que amenazan á la Francia, su gobierno no se fía en palabras: la guerra es infalible, si España no desarma.»

Deliberación sobre la guerra.

Pero si había, con todo eso, motivos más que sobrados para declarar la guerra á Francia, tales eran las vacilaciones en nuestro gobierno y la demora por ellas producida, que la Convención francesa, después

1 Así la estampa Godoy en sus Memorias.

de actos que pudieran tomarse como de piratería contra nuestros buques en sus puertos y la mar, hubo de hacerlo el 7 de Marzo con el pretexto, en el preámbulo de su declaración, de las intrigas de la Inglaterra y del Papa, y el de la aspiración, al final, de que los Borbones desapareciesen del trono español, «llevando la libertad, se decía, al clima más benigno y al pueblo más magnánimo de Europa» [1].

Era necesario, en tal situación, y urgente el tomar un partido; y Carlos IV se puso á deliberar con sus ministros sobre cuál sería el más propio de la dignidad del trono español y de los sentimientos que pudieran provocar en la nación los últimos é incalificables sucesos de Francia. Parecía, si hubiera de darse satisfacción á tan altos y hasta sagrados intereses, deberse imponer el partido de la guerra, único que aceptaba la opinión en España según las manifestaciones, por todos conceptos elocuentes, de que se hacía eco, lo mismo en las provincias que en la corte. También es de creer que en los consejos de la Corona prevaleciese y hasta fuera unánime ese voto, ya por la tendencia que se revelaba hacia él en Carlos IV, ya en la á que debía suponerse adherido el primer ministro desde su conferencia con Bourgoing, y, sobre todo, por las palabras que se le atribuían y él mismo se atribuyó después, al co-

1 El decreto de la Convención resumía el número y la calidad de los agravios que manifestaba habérsele inferido por España, en varios capítulos que comprendían desde la aquiescencia al título y autoridad de soberano que Luis XVI habia conservado y ejercido desde 1789 y su negativa á reconocer á M. Bourgoing su carácter diplomático después de retirar á su propio embajador de París por consecuencia de la jornada del 10 de Agosto, á la concentración de tropas en la frontera. La Convención se quejaba, á lo último, hasta de que el rey de España hubiese mostrado su adhesión al de Francia, su pariente mayor, y dejado traslucir, y es mucho ver, el designio formal de sostenerle. Por fin, le era negado á Carlos IV el derecho á expresar la pena que pudiera producirle la ejecución de Luis XVI, lo cual provocaba, en concepto de Danton, un *casus belli*, así como el de suspender sus comunicaciones con Bourgoing y mostrar inclinación alguna hacia una inteligencia con el gobierno de la Gran Bretaña.

nocer la desgraciada suerte de Luis XVI. «No, había dicho; un tratado pacífico en tales circunstancias con la República francesa, sería mengua, deshonor, connivencia con el crimen, grande escándalo de la España y de todas las naciones.»

Había otra razón más para decidirse por la guerra, y era la de que la Convención, al anticiparse á declararla por su lado, la hacía, puede decirse que inevitable. Aun tratando de hacer caso omiso de la determinación de una asamblea que tantos enemigos se había concitado, para que, sin motivo alguno extraordinario y no hostilizada, sino, por el contrario, objeto de una política la más conciliadora por parte del gobierno español, fuera á buscárselos nuevos en frontera tan importante como la de los Pirineos, era de temer que, envalentonada con la apatía nuestra, emprendería una campaña, por lo menos, de propaganda, tan funesta como vergonzosa para la nación española y su soberano. El decoro, pues, de éste y el orgullo nacional quedarían heridos, y á un punto en que, visto el estado de los ánimos en toda la monarquía, podría hacerse más que probable una explosión del sentimiento patrio que, de haberse afortunadamente revelado contra los provocadores de la guerra, pudiera revolverse sobre los que, medrosos, ó indiferentes, no se decidieran á rechazarlos con todas sus fuerzas.

Se opone á ella el conde de Aranda.

Pero, aun así y sin dar á la declaración de la Asamblea francesa y á los efectos que habría forzosamente de producir en España la importancia que de seguro merecían, un hombre en quien el genio característico de la provincia en que había nacido, inclinaciones adquiridas en sus estudios y viajes, el ejercicio de una carrera para la que se suponen generalmente indispensables el carácter y la fijeza de ideas, y hasta su edad, ya muy provecta, inspiraban una tenacidad que hacía en él vez de religión, insistió en sostener de nuevo las que, sin

más que un corto intervalo, había mantenido siempre [1]. El conde de Aranda, con efecto, al saber la catástrofe de Luis XVI, redactó y dirigió á Carlos IV el 27 de Febrero uno como memorandum, recopilación de cuantos argumentos le habían servido de norma para la conducta política observada por él durante el ministerio que acababa de ejercer en sus relaciones con todas las potencias y especialmente con Francia. En su concepto, la neutralidad seguía imponiéndose á pesar del efecto que hubieran podido producir en el Rey la suerte del de Francia y la que era de esperar para su familia, presa todavía en el Temple, y contra lo que á otros aconsejara la excitación, bien manifiesta en el pueblo español.

Esa neutralidad, con todo, tendría el carácter de observación á fin de aprovechar las disidencias que pudieran ocurrir en Francia con la muerte de Luis XVI. Pasar de ahí por el pronto, no sería prudente, pues que España, aun saliendo triunfante la coalición, no recogería otro fruto de los inmensos gastos que la esperaban que el de la satisfacción de volver á ver á la familia de su soberano reco-

1 Nuestro distinguido compañero, D. Vicente de la Fuente, cuya muerte ha dejado en la Academia de la Historia un vacío muy difícil de llenar, planteó en su *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la franc-masonería*, la cuestión de si Aranda pertenecía ó no á esta secta. No se atrevió, sin embargo, á resolverla aunque no sería por tratarse de un paisano suyo, aragonés como él y muerto en la vecindad de su pueblo natal; pero el P. Deschamps en *Les Sociétés secrètes et la société;* M. Leo Taxil después, y la medalla acuñada en 1880 por los franc-masones para celebrar el centenario del establecimiento del cargo de Grande Oriente en nuestra patria, quitan todo género de duda respecto á la participación de Aranda en las ceremonias y resoluciones de las logias masónicas.

Por algo Voltaire le llamaba *Le favori de l'Être des êtres* y le dedicaba aquel notable alejandrino:

Aranda, dans l'Espagne éclairant les fidèles.

M. Delbrèll en artículos dedicados á la memoria del conde de la Unión en una Revista religiosa á que luego nos referiremos, atribuye á su carácter de masón la tenacidad de Aranda en oponerse, lo mismo en 1793 que en 1794, á la guerra con Francia.

brando el trono de la Francia, al contrario que la Inglaterra, el Austria y la Prusia, obtendrían grandes compensaciones territoriales por recompensa de sus sacrificios. El conde de Aranda no esperaba gran cosa de la alianza inglesa, por la manera de ser de su gobierno, cambiando de ideas como de personas en los vaivenes de su política. No era eso decir que se apoyase á la Francia después de los horribles atropellamientos cometidos contra la familia real, pero se creía conveniente la neutralidad, aun cuando bien armada «para que los Franceses reflexionasen si estando resueltos á mantener su idea, aun logrando buenos efectos de ella, les traería cuenta ninguna tener en España un enemigo más que distrajese su atención por las fronteras meridionales».

Esa neutralidad, se añadía en aquel escrito, estallando la guerra entre Inglaterra y Francia, cuyo poderío se enflaquecería con ella, daba á España autoridad y fuerza para *obrar*, *mediar y negociar* con aquellas potencias en los momentos oportunos.

Y he aquí la parte que pudiéramos llamar maquiavélica del memorandum del conde de Aranda, si no resultara poco digna de nuestro soberano en su situación privada y de la nación española, demasiado leal y arrogante para entregarse á tales desquites. «Si pudiéramos mantener, según el veterano general y diplomático, una neutralidad armada, las resultas serían infaliblemente las siguientes: los Franceses habrían de ser ó felices ó desgraciados en la contienda. Si eran felices no se habrían agriado con nosotros, y siéndoles necesario el descanso después de tanta agitación, ó cuando menos, vivir en lo sucesivo en buena inteligencia con algunos Estados, fuera muy natural que, teniendo interés tan verdadero en vivir con nosotros, lo hiciese. España, por su parte, no ha de perder de vista, que si hay algún medio de evitar el contagio del espíritu de libertad sería ciertamente estar en paz con su vecino, pero

de manera que *cada uno viviese en su casa y se gobernase en ella como tuviese por conveniente.* No poniéndose sobre este pie, el mal espíritu de libertad se removería y haría tentativas continuas por hallarse las dos naciones tan vecinas; sería menester estar siempre en defensa para precaverse contra sus frecuentes agresiones. Si los Franceses eran *desgraciados,* entonces sí que la inacción armada sería ventajosa porque desplegaríamos nuestras fuerzas y cargando sobre los Franceses ya flacos y turbados con sus reveses por otras partes, daríamos un golpe decisivo y seríamos vencedores sin mucho riesgo. Entonces podría V. M. como tan interesado en restablecer los derechos de su familia presentarse á reclamar la reposición de ella en el trono de Francia» [1].

Y después de ofrecer á la consideración del Rey los peligros que correrían nuestros Estados de América de despertarse, como era de esperar, en ellos el espíritu de independencia con el triunfo conseguido por los del Norte en su lucha de emancipación de la Inglaterra, con las grandes fortunas creadas recientemente y la instrucción que se difundía por todos, acababa poniendo de manifiesto la necesidad de atender á la conservación de la propia casa antes que mezclarse en los asuntos de las de los otros.

1 El escrito á que nos estamos referiendo se encuentra citado en los de Muriel, así en el inédito de la historia de Carlos IV como en las notas al de la obra de Coxe que tradujo al francés. Y por cierto que Godoy lo confunde en sus Memorias con el leído en el Consejo del 14 de Marzo de 1794 á presencia del Rey, haciendo de los dos uno, con lo que hasta llega á dar por inventado el que Muriel estampa en el libro del historiador inglés acabado de citar. No es que debamos extrañarlo, escribiendo de memoria ó haciendo escribir, si es que le ayudó en su trabajo el canónigo Sr. Sicilia, sobre tantos asuntos y sucesos como los en que tomó parte ó dirigió en los 16 años en que ejerció el poder. Lo extraño y censurable en este caso es que, inculpando, aunque tácitamente, á Muriel de inventor del tal escrito, sea Godoy quien, dejándose llevar de su fantasía para sincerarse de los cargos que tantos le han dirigido por su conducta en aquella sesión del Consejo y los atropellos que posteriormente cometió con el conde de Aranda, se lance en sus Memorias á lucubraciones ciceronianas á que nadie da fe, no concediéndole, sino muy pocos de sus antiguos aduladores, las dotes de orador y de político eminente con que se quiere revestir en su libro.

La decide el Rey.

No debió hacer efecto la representación de Aranda en el ánimo de Carlos IV, afectado de una manera extraordinaria por la muerte de su pariente el rey de Francia. Días después de haber llegado á España la noticia de acontecimiento tan funesto, el 5 de Febrero, aparecía en la *Gaceta* un Real Decreto prescribiendo el luto de la corte durante tres meses «con motivo de la muerte de Luis XVI, Rey Christianísimo de Francia, que terminó su carrera el día 21 de Enero próximo pasado con una heroicidad igual á sus anteriores infortunios y á la inhumanidad del horrendo é inaudito atentado cometido contra su augusta persona». Teníanse, además, noticias de que Inglaterra andaba armando sus escuadras con objeto, indudablemente, de una acción militar contra la Francia, puesto que su gobierno, no sólo se negaba á recibir al nuevo embajador francés, M. Chauvelin, sino que el 25 de Enero lord Grenville le notificaba la orden de salir del Reino Unido en el término de ocho días; disponiendo, pocos después, un aumento de fuerzas terrestres «con que socorrer á sus aliados, oponerse á las miras ambiciosas de la Francia y particularmente á la propagación de unos principios que sólo se dirigían al total trastorno de la paz y del orden de toda sociedad civil».

De modo que la conducta política que aconsejaba el conde de Aranda, aun siendo la hoy admitida en las relaciones mutuas de las potencias de Europa con el fin de no atentar á la independencia de cada una y á sus derechos de gobernarse según su voluntad y manera de ser, no era la entonces observada por ninguna de ellas, puesto que todas, las del Norte primero, la Saboya después, y por fin la Gran Bretaña, entendían deberla atemperar á los intereses particulares de sus soberanos y á la salvaguardia de los morales más importantes de sus pueblos. Hoy podría calificarse de política de sentimentalismo la que practicaba la Europa entera ante los excesos de la Francia re-

volucionaria y con el temor de la propaganda que pudiera ejercer, política condenada por el conde de Aranda en su escrito de 27 de Febrero, pero de que es muy difícil se resolviera á separarse el rey de España, que reunía en su persona y en sus pueblos cuantas causas pudieran influir separadamente en la conducta de todos los demás.

No era, pues, de esperar en Carlos IV otra resolución que la de la guerra, ansioso de vengar la muerte de su pariente y dar satisfacción á sus vasallos, entre los que era raro quien, como Aranda, pusiera de manifiesto su oposición á una lucha, después de todo y según ya hemos dicho, provocada por la Convención, cuyo guante hubiera parecido vergonzoso y cobarde no recoger inmediatamente [1]. Aun antes de conocerse la resolución del Rey, llovían en la corte representaciones y ofrecimientos cuantiosísimos para mantener la guerra y hasta para llevarla al país vecino; revelándose la opinión por modo tan elocuente, que era de temer cualquier acuerdo que no llegara á satisfacerla.

¿Podría Carlos IV desentenderse de ella? Su declaración.

El 23 de Marzo expedía, por consiguiente, un decreto declarando la guerra á Francia, fundado en lo inútil de sus gestiones en favor de la paz por medio de notas en que llegaba á conceder hasta la neutralidad y la retirada recíproca en las fronteras de las tropas de una y otra nación; notas rechazadas en su segunda parte, acabada de recordar, y en nombre de una república que mal podía

1 El general Foy, en su magistral obra, desgraciadamente no terminada, *Histoire de la guerre de la Péninsule sous Napoléon*, dice á propósito de esto: «Érale necesario (á Carlos IV) tomar las armas; porque, si no lo hubiese querido, su nación habría hecho sin él la guerra. La condenación de un rey por los que antes eran súbditos suyos había llenado de horror á un pueblo religioso y sensible.»

Y pocos extranjeros hay que pudieran mejor que Foy aquilatar esos sentimientos del pueblo español, actor, que fué, tan infatigable como inteligente, en una lucha en que, quince años después y trece de paz con la Francia, se revelaron de nuevo con aquel fuego que fué el primero y más poderoso agente para la destrucción del Imperio napoleónico.

reconocer el rey de España. El cruel é inaudito asesinato, como se decía en aquel documento, del soberano de Francia, y finalmente la declaración de guerra publicada por la Convención el 7 del mismo mes de Marzo, y eso después de haberse cometido no pocos atropellos contra nuestras naves de guerra y comercio á efecto de las patentes de corso que había expedido aquel gobierno, obligaban al español á declararla solemnemente y á expedir las órdenes necesarias para *detener y rechazar ó acometer al enemigo, por mar ó por tierra, según las ocasiones que se presentaran* [1].

Preparativos para hacerla.

Ya para entonces y con fecha de 4 de aquel mismo mes, se había dispuesto salieran de los dominios españoles y en el término de tres días todos los Franceses no domiciliados en ellos, prohibiéndoseles viajar juntos en número de más de ocho y ocupándoles temporalmente sus bienes y efectos por las justicias de los pueblos de su residencia, á fin de entregárselos después de la guerra. Se exceptuaba en aquella orden á los eclesiásticos, que eran muchos, y á los demás emigrados que, como ellos, hubiesen huído de Francia para acogerse á la hospitalidad española.

Con alguna anterioridad, esto es, con fecha del 4 de Febrero, se expidió una Real Orden al Consejo, circulada luego el 6, convocando á los pueblos para el enganche voluntario de los mozos que, no creyéndose necesarios en las localidades de su vecindad para los trabajos de la agricultura ó de la industria, se ofreciesen para el servicio de las armas, eximiéndolos de la condición, en otros casos precisa, de la talla reglamentaria. No tardaron en presentarse á las autoridades respectivas, y á centenares, mozos de todos los pueblos de España, cubriéndose las *Gacetas* con la lista numérica de los que en cada uno iban á solicitar

1 Aquel Decreto, inspirado en una moderación que contrasta de una manera muy honrosa para España con el francés de 7 del mismo mes, se halla íntegro en el apéndice núm. 3.

su ingreso en los cuerpos del ejército. Pero si eso era importante, y luego se verá, para elevar el personal de los regimientos al pie de guerra, más lo fué aún el resultado de las ofertas hechas al Estado para las necesidades de la gran lucha que iba á iniciarse por todas las clases de la sociedad española en cuantos recursos se pudieran adivinar como indispensables para emprenderla con el mayor vigor y llevarla á feliz éxito. No vamos á enumerar esos donativos en personal, dinero, equipos y armas: se haría interminable su enunciación tan sólo, y nos basta resumir en pocas cifras sus más importantes datos para facilitar á nuestros lectores una idea aproximada de cómo se reveló en España aquel arranque patriótico hasta causar la admiración general de Europa, al compararlo, especialmente, con los exhibidos para ocasiones iguales en otros pueblos, siquier fueran esos la Francia y la Inglaterra, tan poderosas y presumiendo de la mayor abnegación en gloria y provecho de la patria.

El general Foy dice: «Llegaron de todas partes los donativos. Cataluña solicitó el levantamiento en masa, y Vizcaya y Navarra hicieron un llamamiento general á sus pueblos. La grandeza acudió presurosa á la cabeza de sus vasallos, y los frailes llegaban por regimientos, tomando aquella causa por suya. Bandas enteras de contrabandistas, olvidando su habitual conducta para con el gobierno, pidieron ir á pelear con los enemigos del trono y de la Iglesia. Todas las clases y todos los estados querían vencer ó morir por la patria.» Y añade en una nota correspondiente á este párrafo de su escrito: «Los donativos gratuitos de Francia, ofrecidos á la Asamblea nacional en 1790, ascendieron á 5.000.000 de francos; los de Inglaterra en 1793, á 45; los de España á 73.»

Aún pasaron de esa cifra las sumas ofrecidas al gobierno, si se cuentan entre ellas los donativos llegados de América, entre cuyas provincias las hubo que prometieron

construir y equipar buques de guerra de todos portes. La grandeza, con efecto, como dice Foy, se ofreció con sus personas y haciendas para la guerra; habiendo quienes como los duques de Arión, Medinaceli, de Osuna, Frias y Uceda, los marqueses de Campo Real y Cerralbo y los condes de Balazote, Guadiana y muchos otros títulos del reino, levantaron regimientos y compañías de infantería y caballería perfectamente armadas y equipadas, á cuya cabeza se presentaron algunos en los campos de batalla ú ofrecieron sus personas y haciendas. Las corporaciones ofrecieron también sus servicios; y, entre ellas, el Consejo de las Órdenes Militares levantó un batallón, al que después fueron á reunirse los 1.000 hombres presentados por el duque de Arión para organizar el regimiento llamado de las Órdenes Militares que tanto había de distinguirse en aquella guerra y después en la de la Independencia.

Aquel arranque patriótico, como acabamos de llamarlo, servirá de perpetuo ejemplo á todas las naciones, aun recordando el que quince años después iba á dar nuestra misma patria en lucha más memorable todavía; desde el general Foy á M. de Capefigue y de R. Saint-Hilaire á cuantos historiadores han tomado por tema de su trabajo la guerra de la República, se esmeran en hacer resaltar aquella muestra del espíritu patriótico, monárquico y religioso que tan gallardamente se reveló en tal ocasión para gloria imperecedera de la nacionalidad española.

El gobierno, entretanto, no había demostrado la actividad y la energía que debiera hacer esperar el espectáculo que ofrecía nuestro pueblo. Con decir que el mismo Godoy, su primer ministro, se vanagloria de no haber resuelto la guerra hasta dos meses después de la muerte de Luis XVI y bastante más tarde de habérnosla declarado la Francia, se comprende perfectamente la inacción á que estaba entregado. Y nada más fácil, con efecto, de comprender si se observa que, durante las negociaciones que aún mantuvo con

M. Bourgoing, ni podía proceder á armamento ó preparativo alguno, ni siquiera á reforzar las guarniciones y puestos de la frontera francesa, ya que la primera condición que imponía el plenipotenciario francés para acceder á la neutralidad era la de retirar la mayor parte de las fuerzas que desde el tiempo del conde de Aranda cubrían los pasos del Pirineo en observación de las francesas.

Que después de declarada la guerra, Godoy trataría de apresurar los armamentos y la reorganización de los cuerpos poniéndolos al pie de guerra, es lo que debía esperarse, porque el no hacerlo entrañaría un abandono por todos conceptos punible. Así es que, al dirigirse las tropas, su material y provisiones á la frontera, se habían nombrado ya los generales que debían mandarlas, aunque con el carácter todavía de gobernadores de los distritos limítrofes con la Francia; siendo destinado al mando del de Cataluña el general D. Antonio Ricardos, cuyas condiciones militares, como las de los demás, expondremos muy luego; el príncipe de Castel-Franco para el de Aragón, y D. Ventura Caro para el de Navarra y Provincias Vascongadas.

Pero si se quiere formar una idea de lo perezoso que se mostró el ministerio español en la concentración de aquellas tropas para entrar en campaña, bastará traer á la memoria un solo dato, y es el de que, al invadir Ricardos la Francia, lo hacía ya el 17 de Abril y al frente tan sólo de 3.500 hombres, sin otros recursos, por el pronto, que sus fusiles y su valor.

CAPÍTULO IV

CAMPAÑA DE 1793 EN LOS PIRINEOS ORIENTALES

Situación militar de España al declararse la guerra. — Plan de Godoy. — Plan acordado. — Agresiones de los Franceses. — El general Ricardos. — Invade el Rosellón.—Combates de Saint-Laurent, Arles y Ceret.—Batalla de Mas-Deu.—Prudencia de Ricardos.—Toma de Bellegarde.—Operaciones delante de Perpiñán. — Paso del Tet y reveses de Peyrestortes y Vernet. — Batalla de Trouillas. — Campo del Boulou. — Operaciones en la Cerdaña.—Ataques á Montesquiou y la Batería de la Sangre. — Expedición de los Franceses á Rosas.— Llegada de la división portuguesa.— Combates del puente de Ceret.— De Saint-Ferreol.— De Villalonga.— Del Coll de Banyuls.— Toma de Port-Vendres, Saint-Elme y Collioure. — Retirada de los Franceses. — Fin de la campaña. — Resumen y observaciones.

AMOS á emprender el estudio de uno de los períodos históricos que ha dado lugar á conceptos más variados sobre la situación de nuestra patria en cuanto se refiere á las fuerzas y recursos con que podía contar para intervenir en la política europea; esto es, sobre la solidez de un poderío que pocos años antes aparecía de los más robustos, discutido, empero, desde que, separados de su dirección los dos célebres estadistas que aún lo sostenían después de la muerte de Carlos III, caía en la del inepto tercer ministro de su hijo. Porque es necesario reconocer que en los principios del reinado de Carlos IV aún no se descubrían señales manifiestas de de-

cadencia en el imperio español, siguiendo considerado por las demás potencias y los pueblos todos, como si la continuación del conde de Floridablanca en el gobierno lo representara cubierto del mismo ropaje de importancia y gloria con que lo había mantenido en su primera época. ¿Qué había, pues, sucedido en la segunda y en la de la interinidad del conde de Aranda para que cayese en tan humillante olvido la influencia española entre las naciones más interesadas en la contienda que acababa de inaugurarse contra la Francia, y hasta en desprecio por el gobierno de una nación que tantos años llevaba de amistad y alianza con la nuestra? Es un fenómeno no fácil de explicar el de la mudanza que se observa en el espacio de muy pocos años de un reinado que, sin ofrecer síntoma ni motivo alguno de decadencia, puesto que transcurrieron perfectamente pacíficos en todos los ámbitos de sus vastos dominios, se la ve llegar próxima y amenazante para los espíritus previsores, aun ante arranques de entusiasmo y virilidad de nuestro pueblo, que parece debieran contenerla, ya que no conjurarla completamente. Y es que esos espíritus, preocupados con las vacilaciones que presentaba nuestra política ante la marcha, cada vez más rápida, de la revolución francesa hacia el que desde sus primeros momentos se veía ser único objetivo de las aspiraciones que habían despertado en ella las doctrinas anteriormente difundidas y las debilidades de su gobierno y su ineptitud para contrarrestarlas; esos espíritus, repetimos, comprendían que no era con la indiferencia con la que cabía mantener todo el influjo que España había ejercido hasta entonces en los destinos de Europa. Los primeros días del gobierno del duque de Alcudia no habían sido, por otra parte, tan fecundos en previsión y energía que inspirasen confianza de más próspero porvenir que el que se dibujaba en los horizontes de una interinidad como la de Aranda, cuyo secreto, como el de su establecimiento y condiciones,

no podía serlo sino en la fantasía y la temeridad de los que la habían forjado para hacer más fácil la ejecución de sus proyectos, tan desacordados como su ambición y las pasiones que los inspiraban. Godoy había sustituído á Aranda, pero no para ejercitar política diferente, lo cual hubiera justificado quizás su encumbramiento á las esferas del poder. No; sus primeros pasos se habían dirigido por las mismas huellas que había dejado su antecesor hacia la neutralidad y el desarme en que aquél convenía con la condición de salvar los grandes intereses de la monarquía y dar satisfacción á los sentimientos de nuestro soberano. Ya le hemos visto no interrumpir las relaciones del gobierno que representaba como su primer ministro y romperlas tan sólo, no como Aranda al recibir las que pudiéramos llamar imposiciones de la Convención después de las jornadas del 20 de Junio y 10 de Agosto en París, sino cuando un desenlace como el de la ejecución de Luis XVI, irreparable en todos conceptos, dejaba sólo lugar á las represalias, mejor dicho, á la venganza que el decoro del trono y el sentimiento despertado en la nación española exigían imperiosamente. De modo que el cambio de política que pudiera justificar el del ministerio, no procedía de cálculos ni previsión alguna para un porvenir, tan probable en Noviembre de 1792 como en Enero del año siguiente, sino de la conducta incalificable, pero esperada, de la Convención francesa.

Pero ahora iba á verse si cabía justificación en aquella mudanza con las medidas que el nuevo ministro tomara para dejar bien puesto el honor de nuestras armas en el campo de acción que se le ofrecía.

Ya hemos dicho cómo pinta Godoy en sus Memorias el estado en que halló á la nación española al tomar él las riendas de su gobierno. No era, repetimos, lo lisonjero que debía esperarse, cuando de nubes tan oscuras aparecía cubierto el horizonte político de Europa; pero ni Florida-

blanca ni mucho menos Aranda habían olvidado al ejército. El ministro de la Guerra del primero de aquellos estadistas había empezado sus trabajos por aumentar la fuerza de los cuerpos de infantería; y al pronunciarse en Francia los síntomas, ya alarmantes, de la Revolución, aparecía en España el reglamento de 21 de Junio de 1791 reorganizando el arma de infantería, lo mismo en los cuerpos de línea que en los de la ligera, mediante disposiciones que hoy pasan por muy sabias, aunque no ofrezcan novedad alguna, para, sin aumentos excesivos del presupuesto, mantener el ejército en estado de pasar de uno á otro, del de paz al de guerra, en corto tiempo y sin perturbación alguna [1]. En los últimos días del ministerio de Aranda, aquel hombre, todo patriotismo y experiencia, había ido reduciendo los cuerpos extranjeros que nuestra antigua y vasta dominación había hecho crear, y reemplazándolos con otros nacionales en cuyo espíritu se entrañase, sobre todo, el de nuestra vieja madre la España; cambiando á la vez el modo de ser de la infantería ligera con organizarla en batallones sueltos, como se ha continuado después, por adaptarse mejor esa forma al servicio que siempre han desempeñado en campaña.

Al marchar, pues, las tropas españolas á la frontera francesa, llevaban, si no la fuerza necesaria para emprender operaciones decisivas, sí los medios de aumentarla y una constitución para el mantenimiento de su moral como la mejor de que pudieran alardear los ejércitos del Norte de Europa, que pasaban, el prusiano sobre todo, por maestros indiscutibles del arte militar en cuanto á organización y táctica.

1 La creación de los terceros batallones que habrían de servir de depósito en tiempo de guerra; el de las asambleas anuales para la instrucción de todo el personal de tropa, y el del pase de los reclutas á sus casas con licencia ilimitada después de haber servido el primer año en sus cuerpos, se hallan establecidos en el Decreto ya citado de 1791 con un criterio todo lo más acertado que hoy pudiera desearse.

¿Qué le quedaba, de consiguiente, por hacer á Godoy para que el ejército español entrase en campaña con todas las ventajas posibles después de la declaración de guerra del 23 de Marzo de 1793, sino aumentar la fuerza de los cuerpos hasta ponerlos al pie de guerra? Y eso es lo único que hizo Godoy, por más que en sus Memorias se esfuerce, como ya hemos dicho, en pintarnos el ejército con los colores más sombríos. Para eso también le sirvió aquel arranque de patriotismo que produjo lo que él mismo tiene que confesar, «afluencia prodigiosa de los Españoles de todas clases y que de su propia voluntad marcharon á las filas» [1]. Sólo puede señalarse alguna que otra excepción en su labor orgánica de los cuerpos que iban á hacer la guerra, la de la formación de los batallones voluntarios de Barcelona, Barbastro y Aragón, y la del regimiento de Órdenes Militares formado, según ya hemos dicho, por la asamblea de las mismas y el duque de Arión.

De ese modo se logró organizar tres ejércitos; uno llamado de Cataluña, que, como luego veremos, llevó á sus filas hasta 32.000 infantes (en el papel, por supuesto); otro

1 Véase cómo describe Godoy aquel arranque: «Los dones patrióticos, dice, prodigados durante dos años, ofrecen un ejemplo que la historia moderna no halla comparación. Se ven figurar en los gastos oficiales, en donde se hallan mencionados los donativos, simples obreros, oscuros manufactureros, mujeres aisladas y mendigos. Los ciegos de Madrid y de otras ciudades, cuyo único recurso era el producto de sus romances y canciones populares que vendían por las calles y plazas, no cesaban de pregonar, *gratis*, la guerra contra la Francia, y de ofrecer sus cortos bolsillos. Los modestos artesanos que carecían de dinero, facilitaban efectos y objetos de su mercancía y trabajo: los que nada poseían, solicitaban ir de soldados. Los ayuntamientos rivalizaban en donativos y actividad; crearon medios extraordinarios para equipar y armar los voluntarios de sus partidos. Muchos dieron á la vez sus bienes y sus personas. Las viudas no retenían sus hijos: en fin, el entusiasmo y el instinto de conservación nacional fueron tales, que el gobierno no tuvo necesidad de ordenar el llamamiento de las milicias ni ninguna medida para el reclutamiento.» ¿Para qué quiere Godoy mayor acusación de lo poco previsor de sus medidas á fin de que nuestros ejércitos entraran en campaña con las mejores condiciones? Lo de no haberse llamado á las milicias es inexacto; pero daría, de ser cierto, más y más gravedad á la acusación de que se hace merecedor.

en Navarra y Guipúzcoa con 18.000, y el tercero en Aragón con 5.000; fuerza, como supondrá el lector, muy corta para la ardua tarea que les estaba encomendada. Porque, además, esa misma fuerza fué llegando, puede decirse que por destacamentos á los puntos que se eligieron para bases de las operaciones: de modo que la previsión de Godoy apareció corriendo parejas con las ideas que pudiera abrigar respecto á la magnitud de la empresa para obtener los resultados que debían buscarse, el de vengar los agravios inferidos á España y á su soberano, y el de prestar la cooperación que habrían de apetecer nuestros aliados del Norte, á las manos todos los días y de mucho tiempo atrás con el grueso de los ejércitos franceses.

Plan de Godoy.

Parece que Godoy abrigó el pensamiento de una irrupción por Normandía, haciendo desembarcar en aquellas costas un ejército de 36.000 hombres que marchara inmediatamente sobre París. Si la idea no era nueva, atribuyéndose al rey de Suecia cuando, por inspiración y con fuerzas que le prestaría la emperatriz Catalina, se propuso, según ya hemos indicado, invadir la Francia, no es menos cierto que era absurda y á todas luces temeraria. No sin razón le pareció descabellada al conde de Aranda, á quien debió Godoy confiársela en una conferencia de que después daba cuenta el célebre veterano en su representación de 1794. Y aquí se revela una vez más la ligereza que caracterizaba al duque de Alcudia, lo mismo en su conducta política y en sus pretensiones de general, que en la redacción de sus famosas Memorias. ¡Bonito papel hubiera representado un ejército que, aun desembarcando felizmente y al apoyo de un buen puerto, que es mucho conceder, se internara en Francia ante las muchedumbres militares que estaban organizándose en toda ella y que á la segunda marcha lo dejarían aislado del mar y de su patria, privada para mayor vergüenza de poderle enviar socorro alguno bastante eficaz en tamaño aprieto!

Ni ¿cómo puede decirse que, al encargarse Godoy del ministerio, España no tenía más de 36.000 hombres escasos para á los tres meses y sin nuevas organizaciones ir á emplearlos en expedición tan arriesgada y remota del suelo patrio? ¿De qué fuerzas dispondría después para defender una frontera tan vasta como la de los Pirineos, amenazada desde antes de declararse la guerra por los ejércitos franceses organizándose ó en vías de formación en toda la línea desde Perpiñán á Burdeos? Esto no exige demostración alguna ni comentario para que se comprenda cómo el primer ministro del gobierno español podría dirigir una campaña en que iban á verse comprometidos intereses tan altos como el honor de la patria y el de su soberano.

Plan acordado.

Afortunadamente deberían asistirle con sus consejos generales cuyos talentos y experiencia, adquiridos por un largo ejercicio en la carrera de las armas, le pondrían ante los ojos otro plan más meditado, más práctico, más hábil, por consiguiente, y eficaz para el importantísimo objeto á que iba encaminada aquella guerra.

La designación de los tres ejércitos á que nos venimos refiriendo revela por modo elocuentísimo el plan de la futura campaña.

No es de este lugar la descripción física del territorio que iba á ser teatro de la lucha. ¿Quién ignora su figura y su extensión, la cordillera que lo cruza, los grandes estribos de la misma que lo accidentan, los ríos que lo surcan, las poblaciones de que se halla salpicada y los caminos que las unen? En una historia como la presente no tiene cabida otra descripción que la esencialmente militar que dirija al lector en el estudio y esclarecimiento de las operaciones de que va á dársele cuenta.

Dos entradas únicamente ofrece la frontera pirenaica, y éstas en los extremos de la cordillera, si han de utilizarse con los medios indispensables para hacer eficaz la invasión de uno á otro lado de ella. Los Pirineos centrales, esto es,

la elevadísima y abrupta masa cubierta de rocas, sobre todo en su vertiente española azotada por el austro, no ofrece paso alguno por donde puedan operar los ejércitos con el material indispensable para los combates decisivos en el éxito de la guerra. En los Pirineos orientales no se halla más tránsito con tales condiciones que el del Portus, por donde la carretera general cruza la divisoria de aguas entre las dos naciones: los demás sólo ofrecen acceso á la infantería y á lo más á cuerpos no considerables de caballería, ni consienten operaciones que traspasen los límites de los de una sorpresa ó un flanqueo, de importancia, sin embargo, en alguna ocasión como la que vamos á recordar muy pronto. Desde la orilla del mar en los cabos de Creus y Cervera, hasta el pico de Corlitte, término de los Pirineos orientales, fuera de una, la principal de que luego trataremos extensamente, interceptada entonces, sólo existen comunicaciones de las á que acabamos de referirnos, si bien al pie de aquel encumbrado monte se hace observar una depresión que puede dar acceso y grande importancia á una empresa militar, la de la Cerdaña entre la fortaleza francesa de Mont-Louis y las españolas de Puigcerdá y la Séo de Urgel, por donde Españoles y Franceses pueden hostilizarse con resultados de no corta consideración en sus respectivos países. En Puigcerdá, desmantelada de antiguo, se ve el origen del Segre que desciende á Lérida, llave de todo el movimiento existente entre el Principado de Cataluña y el cuerpo de la nación; y en Mont-Louis el de las dos líneas del Tech y del Tet, primeras y las más importantes de la defensa del territorio francés en el Rosellón.

Por el otro extremo de la cordillera, esto es, en los Pirineos occidentales, si bien puede decirse que es una la entrada considerándola bajo un punto de vista general, divídese en dos, aptas para recibir el material de guerra, la de Roncesvalles, *carril usual* de los Pirineos que se le llamaba desde cuando servía para el camino romano de

León y Pamplona á Burdeos, y la de Irún, de fecha relativamente moderna, principalísima después para una invasión en España. Las dos están ligadas además entre sí por la que desde el collado de Maya facilita el ingreso en el valle del Baztán, por donde y por los Alduides pueden, aunque con gran dificultad, comunicar los ejércitos que por aquéllas emprendan sus operaciones, que siempre serán las más eficaces.

Estas circunstancias geográficas inspiraron á los generales españoles el plan de campaña al determinarse en los primeros días de Abril de 1793.

Ni el número de las fuerzas disponibles para aquella fecha, ni la consideración del estado de las fortificaciones de una y otra de las partes beligerantes en aquellas fronteras, permitían una acción ofensiva simultánea por ambos extremos de la cordillera. Y siendo tan diferentes las condiciones del territorio francés en ambos lados, se imponían, la ofensiva por uno de ellos y la defensa del otro, no exenta, eso sí, de reacciones enérgicas y que llamasen la atención del enemigo y lo distrajeran de acudir con todas sus fuerzas al apoyo de las demás. El Rosellón ofrecía varias é importantes ventajas para hacérsele objeto de la acción ofensiva por parte de los Españoles. Es tierra que fué española, arrebatada á nuestra dominación á favor del movimiento fatal de Cataluña en 1640; los habitantes en su mayor número hablan el mismo idioma que los de Cataluña, tienen sus mismas costumbres y, en parte, iguales aspiraciones. En el Rosellón, como en todo el Mediodía de la Francia, prevalecían las ideas monárquicas y religiosas; y si no como en Tolón, Lyón y Marsella, sublevadas entonces ó luego contra la Asamblea de París, era de esperar que por la poca importancia de sus poblaciones y por servir de teatro á la guerra que se suponía inmediata, el ejército español no hallaría á sus habitantes completamente refractarios á las ideas que iba á sustentar; ya que,

según veremos muy pronto, no se trataba de conquistarlos ni oprimirlos.

Una campaña, pues, en que, ocupando el Rosellón, pudiera nuestro ejército darse la mano con los insurrectos de las ciudades antes citadas y apoyarlos en su resistencia enarbolando su misma bandera y proclamando iguales ideas que las que se proponían sustentar, podría herir con tal acierto á la Convención y reanimar á tal punto el espíritu religioso y dinástico del resto de Francia, que provocara una reacción saludable en favor del hijo de Luis XVI, arrancándolo, como á toda su familia, de las garras de sus carceleros de París. Así, á lo menos, lo pensaron Carlos IV, su gobierno y sus generales.

La invasión por los Pirineos occidentales, si al primer golpe de vista aparecía más fácil por no encontrar, como en los orientales, la serie de fortalezas que cubren la frontera francesa, no hallándose más que la de Bayona para contener la marcha de un grande ejército hasta Burdeos, ofrece, sin embargo, un obstáculo no insignificante en la naturaleza del terreno, si llano en general, despejado y propio, por lo mismo, para internarse en él, fatalísimo para el caso, no improbable, de una retirada; con la desventaja, además, de no tener á su espalda otro orden de fortalezas, como en caso igual ofrece el Principado de Cataluña, para abrigo de los ejércitos batidos ó rechazados en Francia.

El plan, por lo tanto, ideado en Madrid para aquella campaña, no podía ser más hábil, ni más prudente.

Agresiones de los Franceses.

Antes, sin embargo, de señalarse el principio de su ejecución, habían los Franceses procedido á la del suyo, si indeterminado entre las declamaciones de los Convencionales y las vaguedades en que andaban envueltos para la formación de los ejércitos, la elección de los generales y la provisión de los recursos necesarios para emprenderlo, fijo en lo de ser ellos los primeros en

comenzar las operaciones como lo habían sido en la declaración de la guerra.

No es fácil determinar el número ni la organización de las fuerzas con que podrían contar en la frontera pirenaica, porque sus historiadores más distinguidos han tratado de reducirlas á la menor expresión, para así disculpar sus primeros reveses. El comandante de ingenieros Napoleón Fervel, el que con más datos y mayor espacio ha descrito aquella guerra, lleva á tal exageración el cálculo de las fuerzas francesas, que no la hace pasar en el Rosellón de 8.000 hombres, de los que encierra 6.000 en las doce plazas ó fuertes de la frontera; dejando, de ese modo, para guardarla desde Mont-Louis al Mediterráneo, de 1.700 á 1.800 infantes, 200 gendarmes mal montados por toda caballería, 40 artilleros, 3 oficiales de artillería é ingenieros, y, por fin, 4 carros y 60 mulas para el tren de equipajes. Compagine el lector esta rotunda aseveración con los discursos pronunciados en la Convención francesa y el informe, sobre todo, de Barrère, en que, al declararse la guerra el 7 de Marzo, se ordenaba al Consejo ejecutivo el envío de un grande ejército con que pudiera verificarse la invasión en España; diciendo que ya se organizaba bajo un pie formidable. Y si es cierto que ese ejército no sumaría los 100.000 hombres con que lo dotaba la Convención en la extensa línea del Mediterráneo al Océano, el mismo señor Fervel no puede desmentir el que, para una operación tan insignificante como la de ocupar el valle de Arán, de donde no sabemos adónde podrían dirigirse, se destinaron más de 4.000 hombres, fuerza que representa cifras muy considerables para la ocupación de los extremos de la frontera, únicos, en caso, amenazados por nuestras tropas. Porque, y esto tampoco puede negarse, entre los escrúpulos del conde de Aranda por no alarmar á los Franceses, y el empeño en Godoy de continuar las negociaciones sobre la neutralidad con Bourgoing, la frontera permanecía des-

guarnecida de las tropas necesarias para defenderla, y mucho más para emprender operación alguna ofensiva en el territorio de la República. Tan era así, que además de los actos, que hemos calificado de piratería, ejercidos por los Franceses sobre nuestros buques mercantes, y entre ellos contra el bergantín *La Virgen del Rosario* á la vista de Barcelona, fué la frontera insultada por varios de sus puntos más vulnerables [1].

Ya intentaron los Franceses una incursión desde el valle de Arán; pero, no bien pensada, fué contenida por algunas compañías sueltas de Aragón, que tomaron las alturas de la cordillera que forman aquella elevadísima cuenca donde nace el Garona, y por los batallones de guardias españolas y walonas que el príncipe de Castel-Franco envió para interceptar los pasos del Noguera Ribagorzana y el Cinca, por donde los Franceses pudieran descender á Barbastro y Monzón. También se vió amenazado el valle del Baztán por 500 ó 600 Franceses, que el 6 de Abril hubieron de retirarse ante nuestras tropas de observación, como otros tantos que aparecieron por el lado de Maya y á quienes obligó á retroceder el capitán de voluntarios de Aragón D. Vicente Jiménez, que salió herido en la refriega.

Todo esto y cuanto muy pronto vamos á relatar al iniciarse la narración de la campaña, demuestra que no eran tan cortas en número las fuerzas francesas que guarnecían su frontera [2].

1 Llegaron á armarse en Francia corsarios de hasta 30 y más cañones de porte.

2 Los mismos estados de fuerza que estampa Fervel en los apéndices de su libro contradicen al texto, puesto que en el de 1.º de Mayo da 10.800 hombres en las tropas activas y 10.289 para las *inmovilizadas*. ¿Cómo, pues, decir que entre Mont-Louis y el Mediterráneo no tenía la Francia sino de 1.700 á 1.800 infantes, cuando, por otra parte, á los tres días de la invasión iba á oponernos 3.000 en la acción de Ceret, y poco después, en Mas-Deu, más de 8.000, sin contar con la reserva de De Flers?

El general Ricardos.

Las españolas iban entretanto reuniéndose al frente de la línea francesa, si bien por destacamentos cuya marcha, excesivamente lenta, hacía temer tardasen todavía mucho en formar un cuerpo de ejército, suficiente para acometer la invasión del país vecino con todos los recursos necesarios de fuerza y material.

No era, con todo, el general Ricardos de los que, una vez en su posición de entonces, sufrieran resignadamente las dilaciones que parecían imponérsele. Su historia anterior, si no acreditaba el genio militar que desplegó en aquella campaña, última de su vida, lo hacía en gran parte presentir, y alguna de su gloria cabe al que, comprendiéndolo sin duda, lo eligió para el mando de empresa tan arriesgada é importante como la de la conquista del Rosellón. Ricardos había hecho sus primeras armas en Italia, y con tal brillo que, al terminar la campaña de ocho años que afirmó á nuestro infante D. Felipe en el trono de Parma, obtuvo el regimiento de caballería de Malta que su padre, ascendido á general, le dejó vacante. La guerra de Portugal, después, los trabajos de reorganización de nuestras tropas en Nueva España y la inspección del arma de caballería á su vuelta de Ultramar, desarrollaron en él un espíritu de orden y de disciplina que luego le haría más fáciles y eficaces los procedimientos de la guerra, no poco influyentes en los resultados á que se dirige. Pero alternando esas tareas, esencialmente militares, con las también arduas del estudio de los asuntos administrativos y políticos, entre los que llamaban la atención general la creación de la Compañía de Filipinas y la necesidad de fijar en los Pirineos los límites de las dos naciones que á ellos tocan, para evitar los frecuentes choques de los fronterizos de una y otra, hubo de ser buscado por los hombres de los partidos políticos que, aun en las monarquías absolutas, se disputan el disfrute y las responsabilidades del poder ministerial. Sus talentos, su verbo no común, el ati-

cismo de sus escritos y la independencia de su carácter, eran prendas muy solicitadas para oponerlas á un gobierno tan autoritario como el de Floridablanca, y no tardó Ricardos en hallarse frente al célebre ministro con Aranda, O'Reilly y otros varios que componían el partido aragonés, llamado así por la nacionalidad de su jefe, á la que también él pertenecía.

Ya hemos visto que la opinión achacaba á Ricardos alguno de los libelos que corrieron por Madrid, y no es de extrañar que se le comprendiera en la dispersión que, con O'Reilly el primero, se impuso á muchos de sus amigos. Ricardos entonces fué destinado al mando de Guipúzcoa, si exento de los cuidados de la administración de una provincia, como todas las Vascongadas, regida por sus peculiares fueros, llamado á una importancia no escasa desde que fueron acentuándose las pretensiones y luego los excesos de la revolución francesa. Muy lejos estaría, con todo, de pensar en el porvenir de gloria que de tan cerca le esperaba, cuando la muerte de Luis XVI y la declaración de la guerra fueron á arrancarle, nuevo Cincinato, del cuidado de un jardín, que cultivaba por sus manos, para el rudo y á la par sublime tráfago de las armas [1].

Á pesar de vida tan variada en accidentes y peripecias, Ricardos mostróse siempre «sereno y apacible, como dice uno de sus biógrafos, consolándose en el seno de la amistad y en la meditación de ideas útiles á la patria»; inspirándose en las de una filosofía verdaderamente estoica en cuantas ocasiones le ofrecieron su desgracia, á veces, y su fortuna en otras, pero en todas igual y gene-

1 No es pequeño el contraste que forma aquel género de vida con el de placeres y hasta de disipación que antes se le atribuía. Se disolvió el colegio, por él creado, de Ocaña, considerándolo centro de un refinamiento de maneras y traeres impropio de la carrera militar, y los gastos que hacía por decoro, según él, de su empleo y las deudas que contrajo, le dieron una fama de disipación que llegó hasta ser considerada como causa de su muerte.

rosa. Y, si no, hay está el juicio que de él emite el tantas veces citado Mr. Fervel, que, si erróneo en algunos de sus conceptos, acierta en el de su carácter, revelado en la conducta que observó y en los éxitos por él obtenidos en aquella campaña con su dulzura y humanidad.

Invade el Rosellón.

Ya hemos indicado á quién debió su nombramiento para el mando de las armas en Cataluña y el Rosellón, á Godoy, que en los dos días en que Ricardos estuvo en Madrid le dió sus instrucciones, conformes con los deseos del Rey, respecto á los procedimientos políticos que habría de observar para con los habitantes de aquella provincia francesa, no reñidos con la energía que le sería conveniente imprimir á las operaciones de la guerra. Así es que puesto en la frontera á mediados de Abril y sin dejar de hacer traslucir á los pueblos en ella situados sus conciliadores propósitos, se decidió á maniobrar inmediatamente, comprendiendo que en la presteza y el vigor estaría el secreto de sus primeros éxitos. Y como para penetrar en Francia por la carretera general se hacían imprescindibles el sitio y toma del castillo de Bellegarde, operación que requería grandes preparativos y mucho tiempo, resolvió practicar un movimiento de flanco que le permitiese envolver aquella fortaleza y facilitar por algún otro punto la entrada de todo su material de campaña en Francia. Existía, con efecto, uno fácil de habilitar para el tránsito de la artillería y los trenes de municiones y equipajes, el Portell ó Coll de Panisas, pero tan próximo á Bellegarde que sólo dista 96 metros de las baterías más avanzadas al Oeste de la célebre fortaleza. También podía hacerse practicable el Coll de Banyuls; pero mucho más distante, como abierto en la montaña de Albera á 24 kilómetros al E. de Bellegarde, y cubierto por los fuegos del fuerte de Saint-Elme, ofrecía, por otro lado, la desventaja de no conducir su camino á los objetivos más interesantes, presupuestos en el plan del general Ricardos.

Combates de Saint-Laurent, Arlés y Ceret.

Éste, pues, sin vacilar un momento, luego de bien reconocidos y estudiados los puestos de la frontera más ó menos próximos á Bellegarde, donde los enemigos esperarían detenerle todo el tiempo necesario para organizar y establecer los refuerzos que sin cesar les llegaban, se encumbró rápidamente por la cordillera, y el 17 de aquel mes de Abril, ya citado, aparecía una de sus columnas, mandada por el general Escoffet, sobre Saint-Laurent de Cerdá, por cuyas calles penetraba á las diez de la mañana, haciendo huir y con graves pérdidas á las dos compañías francesas. Los que acudían al relevo de la guarnición, á las órdenes del teniente coronel Laterrade, un ex constituyente muy enérgico al decir de los suyos, se encontraron ya á la vista de Saint-Laurent, envueltos en el pánico y la derrota de los que pretendían socorrer; y viendo á su frente y coronando las alturas de sus flancos á los Españoles, hubieron de acogerse, no sin dejar algunos de los suyos, dos banderas y otros efectos en el campo, á los muros de Arlés, que al día siguiente evacuaban también para retraerse á Céret con el general Gautier-Kervegen, jefe de Estado Mayor de La Houlière que mandaba el ejército francés en Perpiñán.

Allí debieron esperar los Franceses, pues había ya bastantes reunidos, dar una lección á nuestros soldados; porque, formando una línea de batalla, aunque muy defectuosa por lo extensa y mal sostenida, se prepararon á defender la ciudad y su comunicación con el puente del Tech, que se halla muy inmediato y á su espalda. La columna de Escoffet acababa de obtener el refuerzo de otra que, regida por el conde de la Unión, no había podido tomar parte en el combate de Saint-Laurent, extraviada en los bosques y barrancos inmediatos del Pirineo; pero en la mañana del 20, apoderada de las alturas que se alzan sobre lo que constituía el ala izquierda francesa, amenazó desde el primer momento combatirla y aun envolverla.

En vano los Franceses, que contaban con unos 3.000 hombres, número igual próximamente al de los nuestros, trataron de defender aquel lado de su línea cubriendo de metralla las cabezas de las columnas españolas; el conde de la Unión las lanzó á la bayoneta, arrollando con tal energía á sus enemigos, que todos se entregaron á la fuga más precipitada, que por fortuna para ellos pudo apoyar el teniente coronel Sauret con su batallón de Champagne. Aun así, el pánico de los Franceses introdujo en Perpiñán la mayor alarma que sólo pudo contener la presencia de algunos representantes del pueblo, entre cuyas enérgicas medidas fueron; una de ellas, la de enviar al general Willot á Toulouse á que diese cuenta de su conducta, y otra, la de suspender del mando al general La Houlière que, no pudiendo soportar tal afrenta, se levantó, como dice Fervel, la tapa de los sesos.

Los trofeos de aquel combate fueron cuatro piezas de artillería de campaña, de las con que trataron de contener el ímpetu de nuestros infantes, desprovistos de ella, y algunos prisioneros, á más de 200 enemigos que quedaron en el campo de batalla, muertos ó heridos, y muchos más que se ahogaron en el Tech al tratar de cruzarlo á nado, ya que el puente aparecía intransitable por la muchedumbre de los fugitivos que trataban de salvarse por él.

Allí debían contenerse los progresos de los Españoles, faltos de la artillería necesaria para continuarlos, y que habría de procurarse pasándola por el Portell, á cuya retaguardia se hallaban ya [1]. Aquella operación era todo lo delicada que hacen suponer lo escabroso del tránsito y la

1 Fervel dice que aquella detención debe atribuirse á la timidez de los Españoles que no supieron aprovecharse de su anterior osadía, pero es el caso, que páginas adelante, después de la batalla de Mas-Deu, vuelve á hablar de la parsimonia del general Ricardos con la que « allait perdre toul le fruit de sou audacieux début. » ¿En qué quedamos? ¿fue tímido ó audaz el comienzo de las operaciones de aquella campaña? Porque el combate de Céret fué tres días después del de San Lorenzo de Cerdá.

proximidad del castillo de Bellegarde. Fueron necesarios 2.000 hombres y tres días para poner el camino practicable, y ésto distrayendo á la guarnición de Bellegarde con una gran batería de morteros, establecida al frente de la Junquera, y otra de piezas de sitio que, desde las alturas próximas al Portell, inutilizaban el fuego que los Franceses de la fortaleza pudieran dirigir sobre aquel paso para estorbar los trabajos que en él verificaba nuestra tropa. Naturalmente transcurrieron varios días en tal faena, los días que los historiadores franceses toman por de excesiva circunspección de parte del general Ricardos, que inmediatamente les demostraría que no era sino la falta absoluta de medios y su bien entendida prudencia, las que le detenían en Céret para, con ímpetu después irresistible, acorralar á todos sus enemigos en Perpiñán. Porque pocos días después y pasados los primeros de Mayo, todos de muy mal tiempo, avanzaba el general español al frente de 12.000 hombres sobre Elne, Thuir y Mas-Deu, donde los Franceses habían establecido su campo con objeto de cubrir la plaza de Perpiñan que tenían muy inmediata á su retaguardia. Era un movimiento, el de Ricardos, tanto más hábil cuanto indispensable; el de buscar á sus enemigos reunidos en un punto desde el que, además de defender la capital del Rosellón, vigilaban y podían socorrer los varios fuertes que él no había podido aún ocupar, atento, por el pronto, á envolverlos en su rápida invasión hasta que, disuelto el grueso del ejército francés, pudiera desahogadamente proceder á su ataque y conquista. Y el día 18 de aquel mes de Mayo levantaba su campo Ricardos para el 20 presentarse al frente del general francés Dagobert, situado en la península del Rear, entre el Mas-Conte, el convento generalmente llamado Mas-Deu y las ruinas del castillo del Rear, donde formaba su extrema izquierda. El ejército español marchaba en tres columnas; la de la derecha mandada por el du-

Batalla de Mas-Deu.

que de Osuna, la de la izquierda por el general Courten y la central por el general Villalba que, amenazando al grueso del enemigo, servía también de reserva á las otras. El general Ricardos, á la cabeza de la caballería, apoyaba á Courten y á la vez se dirigía á cortar la derecha enemiga sobre las baterías allí establecidas, como lado el más débil de la posición francesa. Era, pues, una acción campal, una verdadera batalla la que iba á darse en aquel día, decisiva acaso para el resto de las operaciones que hubieran de poner toda la frontera en manos del ejército español.

Como el centro del francés aparecía inatacable por lo quebrado del terreno, toda la acción tenía que desarrollarse sobre los flancos, en que naturalmente uno y otro de los generales en jefe hicieron establecer la mayor fuerza de su artillería. Con esta arma, de consiguiente, se rompió el primer fuego por los Españoles, contestándolo los Francesés con uno tan violento que muy pronto se hizo superior al nuestro. Ya llevaba tres horas de duración, cuando Ricardos, impaciente y creyendo, sin duda, bastante quebrantada la derecha francesa, se lanzó á su asalto con la caballería, que hemos dicho, se propuso regir principalmente en aquella jornada. Sin embargo, la metralla enemiga logró obligar á retirarse á nuestros jinetes después de hacerles sufrir una pérdida considerable; pero la carga había hecho también su efecto, porque el general Dagobert, viendo el peligro que corría el flanco en que se daba, desguarneció su posición del izquierdo para acudir en auxilio de sus camaradas de aquél.

Dos errores, pues, había cometido el viejo y peritísimo general, que bien pudiéramos llamar el héroe francés de aquella campaña; primero, el de no haberse atrincherado en sus posiciones ante enemigo tan emprendedor como Ricardos, y segundo, el de no comprender con exactitud la ineficacia de la caballería ante la masa de piezas que había establecido sobre su derecha en posición que, además,

ofrecía no pocas dificultades para una carga en los accidentes del terreno que obligaban á combatir en orden, no todo lo compacto que en aquel caso se hacía necesario.

Aprovechando el segundo de esos errores, el duque de Osuna, que ya hemos dicho mandaba la derecha española, lanzó todas sus tropas sobre la posición enemiga, la disminución de cuyas fuerzas y su debilidad consiguiente observó desde el primer momento. Sus columnas de ataque acometieron con el ímpetu característico de nuestros compatriotas, y más encontrándose hábilmente dirigidos; y la izquierda francesa se vió, puede decirse que instantáneamente, arrojada del Mas-Deu, para acogerse al castillo del Rear, adonde no podría Osuna seguirla, atento á las peripecias que pudieran tener lugar en el otro lado de la línea que Dagobert se empeñaba todavía en sostener.

La acción estaba, sin embargo, decidida en favor de las armas españolas. La caballería, rechazada poco antes, volvió á la carga, y á su vista y á la de las columnas de Courten que, al apoyarla, se dirigían resueltamente á ellos, comprendiendo los Franceses la inutilidad de nuevos esfuerzos, cesaron en los ya hechos para entregarse á la fuga más vergonzosa, al grito, usual en sus derrotas, de *¡Sauve qui peut!* Ni la voz de su impertérrito general, ni una carga que en su ira caballeresca intentó con 300 gendarmes que tenía á la mano, lograron detener á los fugitivos; sus jinetes volvieron cara á los primeros pasos, y los pocos infantes que aún se mantenían á su lado fueron retirándose formados en cuadro hasta reunirse, muy á retaguardia de la posición, con los menos medrosos de sus camaradas.

No podría el ejército español proseguir la victoria alcanzada, obligado por la escasez de sus recursos y más aún por la de sus transportes á volver al campo del Boulou, de donde había partido para la batalla. Las fatigas del día, todo él empleado en batirse, la falta de raciones, según acabamos de indicar, y la seguridad de no

poder obtenerlas inmediatamente en país que ocupaba el enemigo, protegido por la inmediación de la plaza de Perpiñán y por los socorros que le llevaba el general De Flers puesto á retaguardia del ejército vencido, obligaban imperiosamente á retroceder al Boulou, á cuyo campamento volvieron, con efecto, los Españoles aquella misma noche arrastrando á brazo las piezas de artillería tomadas al enemigo en tan glorioso combate [1].

Prudencia de Ricardos.

El general Ricardos había conseguido el objeto principal que le llevó al campo enemigo de Mas-Deu. ¿Debería continuar su marcha invasora hasta los muros de Perpiñán? Aun suponiendo que no hallara obstáculo alguno hasta avistarlos y formalizar su sitio, para lo cual no llevaba medios suficientes, ni los tenía en su posición del Boulou; ¿iría á realizar pensamiento, tan grato por otra parte para su orgullo militar y sus ínfulas de vencedor, dejando á la espalda intactas y sólo en parte bloqueadas, las fortalezas francesas que cubrían la fronte-

1 Fervel no atribuye más bajas al ejército francés en aquella jornada que las de 20 muertos y 64 heridos, salvándose, dice, toda la artillería, excepto dos piezas, y los efectos de campamento que al día siguiente se encontraron en el campo de batalla. Y decimos nosotros: ¿« Qué clase de tropas eran las francesas de aquel día que, aun regidas por un hombre de tan eminentes cualidades militares y de tanto prestigio como el general Dagobert, desamparaban sus posiciones entregándose á fuga tan vergonzosa por pérdida como la insignificante que se les atribuye aún en un combate de tantas horas de duración »? Es verdad que el distinguido ingeniero dice á renglón seguido que si la pérdida material era insignificante, fué en cambio inmenso el efecto moral, desanimándose el ejército francés á punto de que un batallón de voluntarios, el 4.º del Gard, declaraba públicamente *que no quería batirse más contra los Españoles*. ¿Se quiere prueba más concluyente de lo decisivo de la batalla de Mas-Deu y del respeto, si no miedo, que imponía el ejército español, aun retirándose, como no podía menos, al Boulou? Pues bien, al recoger De Flers á los fugitivos, aún pensó en ir al socorro de Dagobert que, observando que los Españoles se preparaban á retirarse, quería recuperar su anterior posición del Mas-Deu; pero la voz de que Ricardos proseguía su victoria tras de los vencidos, introdujo en éstos tal pavor que todos, rompiendo las filas y dando al desprecio las órdenes de sus jefes, se precipitaron en la más espantosa confusión hacia Perpiñán, á punto de que la artillería de aquella plaza tuvo que tirar sobre ellos, tomándolos por Españoles que intentaran el asalto de sus muros.

El parte de Ricardos asegura que hubo botín y se repartió entre la tropa.

tera? Digan lo que quieran sus detractores no hay que olvidar el principio axiomático de no avanzar nunca un ejército sin la absoluta seguridad de su comunicación con la base de operaciones, y es preciso calcular cuál hubiera sido la suerte de las tropas españolas si, rechazadas en los fosos de Perpiñán, como era probable visto el número de sus defensores, que por lo menos serían los combatientes de Mas-Deu, el entusiasmo, siquier revolucionario, de sus habitantes y la fortaleza de sus murallas, tuvieran que retirarse por un país, todo él enemigo, y cruzar una línea erizada de fortificaciones, intactas como hemos dicho, hasta entonces. La iniciativa enérgica de Ricardos, si había de mostrarse eficaz, tenía que traducirse en prudencia consumada para dar resultados positivos, verdaderamente prácticos, en una campaña que por sus motivos tenía tanto de política como de militar.

Y ninguna mejor prueba de este nuestro último aserto, que la de la conducta de Ricardos en aquella campaña, si impuesta por un gobierno que renunciaba á todo género de conquistas en Francia para sustentar sólo una idea, y ésa generosa hasta la más exagerada abnegación, la de dejar á salvo el decoro del soberano y los fueros de la monarquía hollados por la Revolución, observada también con una escrupulosidad que los mismos enemigos de España se han visto obligados á confesar y hasta elogiar mil veces en sus escritos. En los pueblos invadidos no se hacía flotar otra bandera que la francesa, la antigua por supuesto; y el vencedor, en vez de exigir las contribuciones de costumbre á los vencidos, los aliviaba, por el contrario, en su desgracia, distribuyendo el pan gratis ó á vil precio á los pobres de aquel país [1]. Se ha dicho no hace mucho que Francia era la única nación que sabía batirse y aun sacrificarse por una idea; pero puede responderse que cuando lo proclama-

1 Fervel lo dice con esas mismas palabras, como para corroborar el concepto de *dulce y humano* que concede al general Ricardos.

ba así Napoleón III al despedir á las tropas expedicionarias de Siria, no recordaría rasgos como los nobilísimos que caracterizaron nuestra campaña de 1793 en el Rosellón que, después de todo, había sido provincia española y nada hubiera tenido de particular que se deseara recuperarla.

Toma de Bellegarde.

Ya en el Boulou, Ricardos, según expusimos, se propuso apoderarse de todos los puntos fuertes de la frontera para establecerse sólidamente en ella. Para conseguirlo, destacó desde aquel centro de sus nuevas operaciones, varias columnas que atacaran ó apretasen el sitio ó bloqueo que anteriormente se les había impuesto. Una de aquellas columnas ocupó la población y el fuerte de Argelés, punto importante por su proximidad á Collioure, Saint-Elme y Port-Vendres, grupo de fortalezas establecidas en la orilla del mar y del que podían partir socorros de toda clase para las demás de la frontera. Otra columna se apoderó de Elne y Corneilla, y como el general Crespo desde Argelés, el duque de Osuna desde aquellas poblaciones remitió al cuartel general, ganado y harinas con que abastecer los campamentos designados para el sitio de Bellegarde, comenzado por aquellos mismos días. Igual suerte corrieron Prats-de-Molló y Fort-les-Bains, que cayó en poder de los Españoles después de una defensa obstinada y de capitular con los honores de la guerra.

No eran estos ataques, sin embargo, más que preparativos para el de la gran fortaleza de Bellegarde, la más importante de la frontera cuyo paso principal cierra completamente, armada con más de 40 piezas de artillería y guarnecida de tropas, mejor que escogidas, inspirándose hasta el más alto grado en un gran espíritu de patriotismo y el honor de sus banderas. Así es que la fortaleza resistió cuanto era dable en las difíciles circunstancias en que se encontraba, hasta verse completamente abandonada del ejército que pudiera haber acudido á su socorro; cuando sus parapetos estaban hechos polvo, sus piezas desmontadas

y se hacía imposible la permanencia de su guarnición en los muros y el interior del fuerte bajo el fuego de una artillería que llegó á lanzar sobre él 23.073 balas de todos calibres, 4.021 bombas y 3.251 granadas. Este solo dato revela la resistencia notabilísima de los defensores de Bellegarde, que, de ese modo, obtuvieron de Ricardos, no sólo una capitulación honrosa, saliendo de la plaza tambor batiente y banderas desplegadas, sino además una orden general dirigida á los soldados españoles, que no sabemos decir á quién honra más, si á los defensores de Bellegarde ó al general español que la dictó. «El General, se decía en ella, no puede presumirse que nadie se atreva á insultar con acciones, palabras, ó en otra manera alguna á los prisioneros franceses, sea al salir de la fortaleza, ó sea en el camino, marchando al lugar á que serán destinados. Si el honor no es bastante á conteneros, reflexionad que los cambios de la guerra os pueden constituir en igual estado. Pero si contra toda esperanza hubiese soldados, paisanos, carreteros ó cualesquiera personas que cometiesen el menor insulto contra estos militares desgraciados, serán inmediatamente presos y castigados con seis carreras de baquetas.» Igual recomendación hacía á los oficiales, aunque en los términos diferentes á que obligaba su clase, y llegó la bizarría del general Ricardos á permitir á los oficiales franceses que se trasladasen á Perpiñán á ver á jefes suyos ó allegados, produciendo su presencia en aquella capital una de las escenas más conmovedoras que pueden ofrecer el patriotismo, el espíritu de hermandad y el anhelo en los más de vengar la suerte de sus camaradas y compatriotas.

Esto sueedía el 23 de Junio causando un efecto tal en todo el Rosellón y en sus autoridades, que el general De Flers creyó deber establecer en las inmediaciones de Perpiñán un campo atrincherado donde reunir los voluntarios y reclutas que de todas partes acudían y las tropas que el gobierno dirigiese desde los ejércitos inmediatos de la

frontera de Italia. Por más que apareciese el ejército francés del Rosellón abandonado á sus solas fuerzas porque el gobierno enviara á decirle *que pedía leche á una madre agotada*, no es esto suficiente para hacer creer á la posteridad que lo había olvidado tan por completo; porque en los cuadros de fuerza procedentes de su Estado Mayor, aparece un aumento sucesivo y considerable entre las fechas de Junio á Agosto á que nos estamos contrayendo. El campo de la Unión, á un kilómetro de Perpiñán, todo él atrincherado siguiendo la configuración variada del terreno y con fuertes destacados que evitasen su flanqueo, ofrecía para la organización de los cuerpos que en él se juntaban, su instrucción y práctica del servicio de campaña, ventajas que sólo el valor de los Españoles y el genio de su general podrían neutralizar. Ni faltó dinero á aquel ejército, ni dejaron de presentarse en el país agentes del poder con autoridad ilimitada para prestarle todo género de refuerzos; porque el convencional Cassanyes, echado á empujones de la Asamblea por Dantón, llevó 14.000.000 de francos y una actividad como de quien se creía destinado á salvar á su país; creándose así una situación tal en él, que los mismos Franceses, tan interesados en pintárnosla como deplorable, no se atreven á hacerlo elogiando al general De Flers de quien, después de todo, dicen *que había logrado crear un ejército con que vengar la afrenta de Mas-Deu y de Bellegarde.*

Operaciones delante de Perpiñán.

Ricardos, entretanto, resistiéndose á dejar á su espalda puntos de donde se le pudieran cortar las comunicaciones con España, se había decidido á acabar con el que hemos llamado grupo de Port-Vendres, Collioure y Saint-Elme, cuyo ataque comenzó por el del Puig-Oriol, que por circunstancias frecuentes en las luchas nocturnas y el valor de los presidiarios del fuerte, no produjo los resultados que eran de esperar, teniendo que retirarse los generales Crespo y Oquendo que mandaban nuestras fuerzas. La noticia, sin embargo, de las fuer-

zas que se iban reuniendo en el campo de la Unión y de los movimientos que emprendía su vanguardia, establecida en Canohes, inspirando á Ricardos la sospecha de que el general en jefe francés abrigara el pensamiento de establecerse sólidamente en posiciones que á él le impidiesen moverse del Boulou, le obligó á atender principalmente á tan importante objeto. El conde de la Unión recibió, por consecuencia de aquellas nuevas, la orden de trasladarse á Thuir con 6 batallones, 9 escuadrones y 30 piezas. Hubo, sin embargo, de mantenerse á la defensiva en aquel punto al ver al enemigo formando columnas con el ánimo, al parecer, de atacarle. Era el general De Flers que había salido del campo de la Unión con 6 ú 8.000 hombres dejando en él una fuerza mucho mayor, á la que volvía á reunirse la noche siguiente del 1.º de Julio, á pesar del empeño que manifestaba el general Dagobert, jefe siempre de la vanguardia francesa, por emprender el ataque contra los nuestros. La resolución de De Flers era, sin embargo, la prudente, porque Ricardos, al saber aquel movimiento de los enemigos, salió del Boulou con la mayor parte de sus fuerzas, estableciéndolas entre Mas-Deu y Thuir, dispuesto á flanquear las posiciones francesas amenazando á Perpiñán y el paso del Tet, con que quedarían envueltos aquella plaza, el campo de la Unión, la comarca toda en fin, en que hasta entonces habían operado aquellos ejércitos. Tal temor impuso la serie de movimientos que hizo Ricardos con ese objeto, que en Perpiñán se trató de abandonar la plaza que no se suponía defendible; y sin la energía de De Flers, aun llegando á hacerse sospechosa, hubiérase realizado la torpeza de, sin combatir, abandonarnos todo el Rosellón. Ya tuvo Ricardos el proyecto de contribuir con un ataque decisivo sobre el campo de la Unión á la fiesta del 14 de Julio que los Franceses, por su lado, querían celebrar con una gran victoria contra los Españoles; pero convencido de lo temerario del paso del Tet ante un ejército que, digan lo

que quieran los historiadores franceses, era tan numeroso como el español y se hallaba abrigado en posiciones tan cuidadosamente fortificadas, se satisfizo con inmovilizar, si así puede decirse, al enemigo, manteniéndolo en los mismos puestos de donde quería partir para la gran batalla presupuesta de aquel día [1]. Mantuviéronse, pues, todos en observación unos de otros hasta el 17 de Julio, en que, después de un vivo cañoneo por ambas partes y algunas escaramuzas, obstinándose De Flers en no salir al encuentro de los Españoles ni al frente siquiera de su campo, único punto en que creía poder mantenerse en apoyo de Perpiñán, hubo Ricardos de retroceder á los puntos de que había salido creyéndose provocado á una acción general y decisiva [2].

Para demostrar que no se retiraba vencido basta una prueba, y es la de que pocos días más tarde una columna del ejército de Ricardos se apoderaba de la fortaleza de Villefranche, posición dominante del alto Tet, cuyo paso amenazaba con eso nuestro ejército. Á pesar de que De Flers vió en la marcha del general Crespo, que mandaba aquella columna, una ocasión excelente de destruirla en los desfiladeros que á su vuelta tendría que recorrer, nuestros soldados rechazaron á todos los cuerpos franceses que se presentaron á combatirlos en Vinça y Col-Ternère, apoderándose á su vista de la citada fortaleza mientras otra columna

1 La prueba de las fuerzas que tenían los Franceses en su campo está en que el coronel Lamartillère estableció á su frente una batería compuesta, ella sola y sin contar con las demás del campo, de 50 piezas superabundantemente servidas por 325 artilleros.

2 Por más que Fervel dé á aquella acción el pomposo título de «batalla de Perpiñán», no puede negarla el carácter de un combate de vanguardia, en el que Dagobert, que la mandaba, estuvo á punto de caer prisionero cuando se creía victorioso. ¡Vaya una victoria que acaba así por confesión del mismo Fervel! «Entonces, dice, artilleros, granaderos, todos retroceden (al cargarlos nuestra caballería) y bien pronto con una precipitación que más parece una derrota que una retirada, abandonando una pieza de á 8 y arrastrando consigo á nuestros gendarmes que iban en su auxilio y á las mismas tropas de Poinçot que se habían mantenido al abrigo del Mas-Serre, corren á refugiarse bajo la protección de Barbantane.»

de Ricardos tomaba posesión de Millas, haciéndole árbitro de trasladarse ó no á la izquierda del Tet. ¿Se quiere, repetimos, muestra más elocuente de que la batalla de Perpiñán no fué tal batalla ni por el choque, que tampoco se verificó, ni por sus resultados que, en caso, sólo fueron favorables á los Españoles?

Paso del Tet y reveses de Peyrestortes y Vernet.

No nos podemos detener en la descripción del sinnúmero de combates que tuvieron lugar en la izquierda del Tet, el paso de cuyas aguas esparció la mayor alarma en el campo francés, en Perpiñán, particularmente, donde el general De Flers, objeto de las recriminaciones más severas, fué destituído del mando, relevándole el general Puget de Barbantane, que no tardaría tampoco en presentar su dimisión, abrumado por la opinión y, más que por la opinión, por el terror que impusieron sus torpezas en aquella plaza y su inmediato campamento. Pero el pasajero entusiasmo que produjo la fiesta del 10 de Agosto y, más bien, los refuerzos que á marchas forzadas les llegaban á los Franceses de la frontera de los Alpes y del interior de la República, demostraron que el ejército español carecía realmente de fuerzas con que mantener á su devoción todo el territorio de las descendencias de los montes Corbières, levantados casi en masa para su defensa. Las jornadas de Peyrestortes y Vernet, mantenidas por nuestros infantes con un valor sostenido por la obstinación que les es característica, á pesar de encontrarse abandonados de la caballería que principalmente debía sostener su retirada, ineludible ante masas tan numerosas como las que la atacaron el 17 de Septiembre, llevaron las divisiones de Courten á la derecha del Tet, siendo verdaderamente aquella infausta ocasión la primera en que pudieron los Franceses vanagloriarse de haber visto la espalda á nuestros batallones en aquella campaña [1].

1 La satisfacción de aquella victoria hace á Fervel concedernos lo que nunca antes, la superioridad numérica de las tropas francesas en el Rosellón; y en

En Peyrestortes, después de ganado el campo por el marqués de las Amarillas el 5 de Septiembre y de batir el 8 á los Franceses en Rivesaltes, se había concentrado el cuerpo de ejército puesto á las órdenes del general Courten para la conquista y ocupación del territorio de la izquierda del Tet, por donde se pensaba atacar á Perpiñán al mismo tiempo que se haría por la derecha, una vez dispersas ó inutilizadas al menos, las tropas que andaban organizándose en Salces. Tal confianza llegaron á inspirar los fáciles triunfos del paso del Tet y los acabados de citar, que se dió á Courten la orden de ocupar la posición atrincherada del Vernet, desde la que se podía hacer blanco en los principales edificios de Perpiñán y hasta barrer con la artillería algunas de sus calles. La ocupación del reducto de Vernet se efectuó con la mayor felicidad batiendo á sus defensores y cogiéndoles las piezas que lo defendían; pero, acudiendo tropas de la plaza y del campo inmediato de la Unión en gran número, rechazaron á las nuestras hasta su punto de partida, que también hubieron de evacuar ante la reunión de los Franceses de Perpiñán y Salces, abandonándoles una gran parte de la artillería que no supieron proteger nuestros jinetes, dispersos en la oscuridad por el pánico.

Para aquella fecha ya había sido llamado Dagobert al mando en jefe del ejército francés, como único, al parecer, que pudiese sustentar la guerra, si no con fortuna, con honra al menos para las armas de su nación. Y que debía suceder así iba á demostrarlo muy pronto una ocasión en que, como en varias otras, habían quedado defraudadas las esperanzas de nuestros tan confiados como valientes adversarios. Porque no habían pasado más de cuatro días desde el

el colmo de su entusiasmo exclama en su libro: «Al siguiente día de la batalla de Peyrestortes 20.000 combatientes, que en el ardor de aquella victoria bastaban algunas horas para que se reuniesen al pie de los muros de Perpiñán, podían sepultar la invasión en el campo de Ponteilla, donde nuestros adversarios, abatidos y consternados, contaban apenas con 16.000 hombres, restos en su mayor parte de los fugitivos de la orilla izquierda del Tet.»

de su victoria y del abandono de nuestras ilusiones respecto á la invasión en el interior de Francia, cuando, reforzado aún más el ejército francés con la división de la Cerdaña, en que únicamente tenía depositada su confianza el general Dagobert, se presentaba al frente del campo español de Ponteilla, más empujado que decidido á acometer su conquista. Y decimos empujado porque, nuevo Fabio, se resistía á atacar la línea española, sabiamente fortificada, en su concepto, como todo el campo de la espalda y las comunicaciones que le unían á España, ambicionando tan sólo aguerrir á sus soldados, entre los que se ofrecía á pelear como uno de tantos, porque, *como general, jamás se decidiría á ofrecer sus tropas á los sables de la caballería española.*

Batalla de Trouillas.

En esa disposición de ánimo apareció el general Dagobert al frente de Ponteilla el 22 de Septiembre, en que se verían confirmados sus tristes augurios en tal combate que representa una de las glorias más esplendorosas de nuestra patria.

La batalla de Trouillas, por las proporciones que tuvo, las grandes maniobras que ofreció al estudio de los aplicados al del arte de la guerra y los brillantes resultados que produjo, es, con efecto, digna de pasar á la posteridad como monumento perdurable de honor para el general que la dirigió y las tropas que la hicieron con su valor tan fructuosa como feliz.

Formaban el campo á su frente varias obras de campaña levantadas entre la aldea de Nils, junto al Reart, y la tantas veces citada *ville de Thuir*, población de bastante importancia en aquella comarca, toda salpicada de pueblecillos pintorescamente situados al pie ó en las estribaciones de los montes *Aspres* que limitan por el O. la gran llanura que entre ellos y el mar cruzan la carretera general de España á Perpiñán y el camino de la costa que une á aquella plaza los puntos ya marítimos de Argelés, Collioure y Port-Vendres. Entre los extremos de la línea se hacía notar

Ponteilla, que daba nombre al campo español, cubierta con una gran batería de piezas de grueso calibre, ligada á las obras avanzadas de Nils por una extensa y honda tala de árboles que cerraba el barranco que desde allí baja casi perpendicularmente al Reart. Aquella batería cruzaba sus fuegos también con otras destacadas á su izquierda en dirección á Trouillas, cuartel general de Ricardos, establecido un poco á retaguardia y en el centro de la posición, comunicando un poco más atrás y á su lado oriental con las ya famosas cumbres de Mas-Deu y del castillo arruinado de Reart, ya al otro lado de la carretera, y por el occidental con las aldeas de Torrats y Llupia que mediaban, especialmente la primera de ellas, con Thuir, extrema izquierda, según ya hemos dicho, del frente español en aquella jornada.

Para atacarlo, dictó Dagobert disposiciones, si no lo sabias que eran de esperar de general tan acreditado, tampoco lo faltas de habilidad y de prudencia que quisieron suponer después los torpes y vengativos tenientes suyos, cuya conducta fué una de las causas principales de su derrota. Llevaba dividido el ejército en tres grandes columnas; la de la derecha, que á las órdenes del general Goguet debía apoderarse de Thuir y, por Llupia y Terrats, envolver el cuartel general de Ricardos y su posición avanzada de Ponteilla; la de la izquierda, que mandaba D'Aoust, iría por la carretera hasta el castillo de Reart, de donde en un caso podría flanquear el Mas-Deu; y la central, por fin, que Dagobert lanzaría sobre la batería de Ponteilla y por el barranco para cortar la línea española y sorprender su cuartel general. Pero si tenía, aunque exacta, muy mala idea de la habilidad y el patriotismo de sus generales, á uno de los que públicamente llamaba *ese joven ayudante de campo* y al otro *ese médico general*, no debió tampoco contar con que á su adversario le sobraban aquellas condiciones, coronadas, si así puede decirse, por un genio militar, reve-

lado varias veces á su vista y con harto escarmiento suyo. No habían acabado de aparecer las columnas francesas á la vista del campamento español y, por las direcciones que tomaban, el número de las tropas que las componían y su calidad, que á ningún ojo experto se escapaba en los antiguos campos de batalla por su limitada extensión, comprendió Ricardos al momento el destino de cada una de ellas y el peligro que iba muy pronto á amenazarle por Thuir, punto el más endeble de su posición, más que por la que ocupa, por el campo que ofrecía á un enemigo emprendedor para más fácilmente herirle y acabarle. Amenazábanle por su derecha fuerzas colecticias y hasta un grueso escuadrón de picas que podían recordar los del siglo XVI, aunque acompañadas de la artillería á caballo, y en el centro tenía Ricardos posiciones y baterías las más fuertes de su línea, patentes á la vista del hombre de guerra menos experto; luego la izquierda iba á ser el objetivo del ataque de aquel día por parte de un general como Dagobert, envejecido en tanta y tanta lucha sostenida por la Francia desde la de Siete años inclusive.

Y Ricardos aumentó la guarnición de Thuir, haciendo, además, marchar en su apoyo al conde de la Unión para que con cuatro batallones y los dragones de Pavía sostuviese á todo trance aquel puesto, en cuyo mantenimiento se cifraría la suerte del ejército. En vez de reforzar su derecha, amenazada por la columna más numerosa de los Franceses, Ricardos que, como antes hemos dicho, comprendió que no era por aquel lado por el que podría venirle el peligro mayor; en vez, repetimos, de reforzar al general Crespo que mandaba allí unos 3.000 hombres, le quitó, aunque poca, alguna infantería, y toda la brigada de carabineros, á cuya cabeza pasó él rápidamente al flanco izquierdo de su línea [1].

1 «En este momento, decía en su parte, me avisaron de la vanguardia y de las alturas de Reart que se presentaba una columna de 5.000 hombres (Fervel

Pero no porque el general Dagobert acertase en su elección del punto de ataque, comprendida perfectamente por Ricardos, sino por la torpeza ó mala voluntad del general Goguet, Thuir y su campo eran teatro de un combate sólo de artillería, tan inútil como débil. Goguet se satisfizo con cañonear los muros de Thuir, reparados por los Españoles y sostenidos también con artillería capaz de resistirle, ya que la suya disparaba mal y de lejos, dejando así transcurrir el día; y su empeño de vengar los despreciativos epítetos de Dagobert y el espectáculo de las grandes masas españolas que veía al frente esperando su ataque, le dieron pretexto, ya que no causa, para mantenerse inactivo á alguna distancia y hasta ocultando su caballería en los olivares próximos.

Había cambiado, pues, la marcha toda de aquella jornada; y de un orden de batalla que debía ser oblicuo según las instrucciones de Dagobert, iba á resultar un ataque central, sin esperanza siquiera de cooperación alguna de parte de las alas, que no llegaron á tomar ninguna, absolutamente ninguna, en su funesto desenlace [1]. Pero Dagobert no era hombre que se presentara en un campo de batalla para retirarse sin probar fortuna; y, lleno de ira al ver desobedecidas sus órdenes y haciendo papel tan desairado al ejército de su mando, acometió la temeraria empresa de, con sola su columna, atacar las posiciones más formidables del frente español. Dividióla en tres, de las que la primera fué destinada á asaltar la gran batería

la hace subir á 7.000) por aquella parte; corrí al instante y por el ademán y disposiciones de los enemigos, así como por ser el paraje más fuerte de nuestra defensa, conocí que era una llamada para que no acudiese en fuerza á la izquierda y retaguardia. Lejos, pues, de recelar por aquella parte, saqué algunas tropas y la brigada de carabineros, y marché á la izquierda en que ya se había roto el fuego del cañón.»

No era fácil engañar á un general como Ricardos.

1 Comenzaban sus instrucciones con esta frase: «El orden de batalla será oblicuo, esto es, que sólo la derecha será la que avance y ataque.»

que se alzaba á la izquierda de Ponteilla; la segunda, con él á la cabeza, rompería la tala que hemos dicho cerraba la entrada del barranco, por el que penetraría después para romper el centro enemigo y ponerse á su espalda; la tercera permanecería de reserva, en espera de ocasión para ayudar ó recoger á las otras en su choque ó su retirada.

La primera en el avance fué la encargada de tomar la batería, toda ella, según ya hemos dicho, formada de piezas de grueso calibre y sostenida por el duque de Osuna y las fuerzas de su mando. El ataque fué todo lo enérgico que era de esperar de las tropas francesas, en cuya primera línea iba, además, el regimiento de Champagne, uno de los de reputación más sólida en aquel ejército y decidido á tomar la batería sin disparar un tiro, con la punta de sus bayonetas. Oigamos cómo describe Fervel aquella carga: «La primera columna avanza, dice, y enmudece el cañón; llega á medio tiro y continúa el silencio. Proseguía su marcha y tocaba ya la meta cuando de repente, azotadas por una metralla espantosa, caen las primeras filas y después golpe tras golpe el resto todo de aquellos valientes que en un abrir y cerrar de ojos van á cubrir con sus cadáveres el *glacis* del ancho foso abierto al pie de la terrible batería.»

El duque de Osuna se había vuelto á mostrar en aquellos lugares como en la gran función del Mas-Deu, tan previsor y hábil como heroico.

No esperó el general Dagobert el resultado de aquel ataque, en que los asaltantes de la batería que iban en segunda línea no quisieron exponerse á la misma y cruel suerte del regimiento de Champagne, retrocediendo al abrigo de la columna de reserva; sino que, precipitándose sobre la tala de árboles que se oponía á su entrada por el barranco y rompiéndola, arrollaba á cuantos la defendían y se hacía dueño de un pequeño reducto, levantado tam-

bién para cubrirla con sus fuegos [1]. Pero no sabía el bravo general en la que, como vulgarmente se dice, se había metido. El barranco estaba dominado, según es también de presumir, por sus dos lados; y tanto por el de Ponteilla, como por el de Nils, coronaban las alturas las tropas españolas, muy de antemano dispuestas para defenderlo. Mientras la artillería de uno de aquellos flancos cubría de metralla á la columna enemiga, un batallón de Guardias españolas, en el opuesto y esperándola hasta muy cerca, hacía sobre ella descargas cerradas; y al salir del barranco Dagobert, tan reciamente azotado por aquel huracán de hierro y plomo, se encontraba con una nueva barrera, de fuego también y muerte. El conde de la Unión, haciendo un movimiento oportuno, lanzó sobre él todo el regimiento de Pavía que, combinando su acción con la de los carabinerosy otros dragones que le llevaba el mismo Ricardos, introdujo un gran desorden en la columna francesa. Parecía imposible que pudiera cuerpo alguno de los que la componían salir de aquel torbellino que por todas partes la rodeaba; sólo un hombre del temple de Dagobert sería capaz de tomar en tal conflicto una resolución de esas extraordinarias que, por lo mismo y por la sorpresa que producen, se hacen á veces salvadoras, pues al encontrarse sin horizonte alguno despejado y libre, el veterano general halló en su rara energía y el prestigio de que gozaba en las tropas, el único camino que lo sacara de tal situación. Otro hubiera buscado ese camino en el de la retirada por los mismos lugares que acababa de recorrer con su temerario ataque; Dagobert comprendió que se le habrían ido cerrando á su paso por ellos, y emprendió el que, atravesando el campo enemigo, le condujera al flanco que él se

1 El general Ricardos atribuye la pérdida del reducto, no á que lo tomase por asalto la columna francesa, sino á que el sargento de guardias que lo mandaba «viéndose cortado, dice en su parte, tomó un partido verdaderamente militar abandonándole, y ocupando una altura inmediata de donde hacía fuego á los enemigos».

había propuesto atacar primero, donde, si se habían seguido sus instrucciones, hallaría la columna Goguet que le serviría de refugio. Pero como este general andaba, mejor que avanzando en la dirección que se le había señalado, abrigándose en las posiciones, según ya hemos dicho, que forman las descendencias de los Aspres ¡cuánto tiempo y qué de accidentes y peripecias tendría que sufrir Dagobert en tan largo trayecto! Uno de sus mejores regimientos, el que aún se conocía con el nombre de Vermandois, y alguna fuerza del de Gard, formando la izquierda de aquella columna medio dispersa, se vieron instantáneamente rodeados de una nube de jinetes españoles que Ricardos, que había ido á buscar á los de Santiago, Montesa, Calatrava y España, lanzó sobre ellos. Viéndose perdidos y al intimárseles la rendición, pidieron veinte minutos para consultar á su general, de quien recibieron por toda respuesta una descarga de metralla que les dirigió lleno de indignación por tan cobarde consulta. Y entre la vergüenza de tal castigo y el terror que les inspiraba la amenazadora actitud de los jinetes españoles, entregóse á ellos el regimiento francés, salvándose sólo unos pocos con una bandera del de Gard que presentó el capitán Bresson al general Dagobert [1].

1 Una vez por todas, vamos á hacer un cálculo que probará cómo rebaja Fervel la cifra de los Franceses en los campos de batalla de aquella guerra. Dice en su tantas veces citado libro que la columna central se componía de unos 6.000 hombres. Al atacar la línea española dividió la columna en tres, una que debía ser numerosa puesto que fué destinada á tomar la gran batería de nuestra posición más avanzada y que llevaba á su cabeza un regimiento entero que, como sabe el lector, aniquiló la metralla española; otra quedó en reserva y no sería pequeña si había de llenar tan importante objeto; y la que con Dagobert se abismó en aquel barranco de que iba á salir tan mal parada. Si el total era de 6.000 hombres, la última de las tres columnas podría llevar á lo sumo la mitad de aquella fuerza; esto es, 3.000 hombres. Ahora bien: ¿cabe creer que tan poca gente pudiera cruzar el vasto campo que recorrió, cercada de una gran parte, de la mayor, del ejército español que de todos lados acudía á combatirla? Más aún: Dagobert llevó reunidos suficientes elementos para castigar, como le fué dable en situación tan desesperada, cual la suya, la cobardía de todo un regimiento, ametrallándolo; lo cual representa en medio de aquel campo cu-

Ya no quedaban de toda la columna sino grupos informes que ninguna resistencia podían oponer, dejando el camino recorrido, más que sembrado, cubierto de muertos y heridos, á punto de dificultar las cargas que sin cesar les daba la caballería enemiga. Así es que muy pocos, y ésos formados en cuadro y siempre regidos y animados por el impertérrito Dagobert, lograron llegar á las alturas de Sainte-Colombe que ocupaban las tropas de Goguet y los que, no confiando salvarse antes, se habían acogido á ellas huyendo de aquel campo de devastación y de muerte.

Allí, juntos con sus camaradas de Goguet, trataron de resistir la persecución de que eran objeto; pero Ricardos envió contra ellos algunas fuerzas que les hicieron ceder el puesto é internarse en las montañas después de volar sus carros de municiones y despeñar otros objetos de su *impedimenta* [1].

Las pérdidas de los Franceses en aquella jornada fueron muy considerables en muertos, heridos y prisioneros; y aunque sus historiadores las hayan calculado en 3.000 hombres, fueron mucho más importantes, porque, además de dejar en manos de los Españoles piezas de artillería y trofeos de todo género, su deserción en la noche que siguió á la batalla ascendió á un número igual ó mayor del que habían

bierto de cadáveres, no sólo un acto de energía y un rasgo sublime de honor militar, sino fuerza material con que poderlos efectuar y ofrecer. Y si se restan, sin contar los que ya hubieran perecido, los 600 ó 700 hombres del Vermandois que rindieron las armas, ¿qué quedaba para los demás cuerpos de la columna? Sin embargo, aún quiere decirse, y eso sin mencionar las tropas de Goguet, que las acabadas de derrotar, cuando llegaron á Sainte-Colombe, rechazaron á sus perseguidores que, según Fervel le acometían con seis batallones que, aun cuando de lejos, iban todavía en su seguimiento.

1 Nunca se ha podido emplear mejor ese vocablo, latino y todo; porque Fervel dice que Dagobert hizo *précipiter dans les ravins tout ce qui l'embarrasse, moins son artillerie, toutefois, qu'il sauve.* Pero ¿qué puede llevar una columna de ataque y en las condiciones de la de Dagobert aquel día, que la embarace en su marcha además de sus piezas de artillería y sus armones? ¿Qué podía llevar, por otra parte, aquella fuerza que no lo fuera dejando en su temeraria y desastrosa retirada?

perdido en ella. En cambio las nuestras fueron muy cortas, obteniendo, por encima de todo, el resultado de que la caballería, que tanto había comprometido su honor en las acciones de la izquierda del Tet, se condujo en Trouillas de la manera más brillante á las órdenes del conde de la Unión y del mismo Ricardos. ¡Cuán cierto es que muchas veces la iniciativa de los jefes, y bien conocida es la de los dos generales que acabamos de citar, hace cambiar en los ejércitos su espíritu y que lo recobren, puede decirse que instantáneamente, los que una vez lo perdieron por causas accidentales, tan difíciles de evitar como de prever [1].

Á pesar de tan brillante victoria, se hizo insostenible la posición del general Ricardos en su campo de Ponteilla; y aun hubo de renunciar á todo pensamiento ulterior ofensivo. Al día siguiente recibían los Franceses un refuerzo de 15.000 hombres, muestra inequívoca de la torpe precipitación de los representantes y revolucionarios exaltados que pretendían dominar en Perpiñán, y de la prudencia con que Dagobert quiso oponerse, aunque en balde, á sus pretensiones de combatir á los Españoles antes de que llegaran aquellas fuerzas, cuyo choque no hubiese seguramente esperado el general Ricardos.

Campo del Boulou.

Ni un solo día aguardaron los Franceses recién llegados al teatro de las operaciones para tomar de nuevo la ofensiva, ya que no de frente por el escarmiento recibido en el ataque del campo español, ejecutando un movimiento de flanco que obligase al general Ricardos á evacuarlo. Hasta 12.000 hombres, no 8.000 como decían

1 Nos hemos extendido, quizás demasiado, en la relación de la batalla de Trouillas por haber sido la más importante de aquella campaña, no bien conocida además en nuestro país, cuyos historiadores, en su mayor parte, no la han dado la importancia que en nuestro concepto merece, dejando la memoria del general Ricardos, si no oscurecida, porque eso no podía ser, sin aquella aureola de gloria que debe rodear y hacer perdurable la de los capitanes ilustres entre los cuales hasta los mismos extranjeros empiezan á contar á nuestro eximio compatriota de la campaña del Rosellón.

los partes oficiales de nuestro general en jefe, y 15 piezas de artillería obtuvieron por destino el de remontarse á las alturas de Corbère, amenazar la izquierda del ejército español y aun el puente de Ceret, cuya conquista tanto comprometería sus comunicaciones con España. Pero tan alto estaba el espíritu de nuestros compatriotas y tan decaído el de sus adversarios, que una pequeña columna de 2.500 hombres que llevó contra ellos el brigadier Vives logró batir su vanguardia y ahuyentar á todos, arrebatándoles dos de sus piezas de artillería.

Aquel movimiento, sin embargo, de los Franceses hizo comprender á Ricardos los planes de sus enemigos y la necesidad de reconcentrar todas sus fuerzas en un campo desde el que, manteniendo el honor de las armas españolas, pudiera acabar la conquista de las plazas francesas que aún quedaban en el extremo oriental de aquella parte del Pirineo, y, sobre todo, mantener expeditas sus comunicaciones con la madre patria.

Para llenar tan importantes objetos, ineludibles también en su posición, era el del Boulou el único campo que satisficiese á todos. Establecido en la carretera general y rodeado de posiciones que el valor de los Españoles podría hacer inconquistables, ofrecía el Boulou la doble ventaja de tener á su frente terreno en que pudiera maniobrar su caballería amenazando á todas horas á los enemigos con nuevas invasiones como la pasada. La falta de refuerzos, á punto de aparecer ya aquel ejército como olvidado del gobierno y del pueblo entre las brumosas escabrosidades del Pirineo, exigía también un momento de espera para los proyectos que en sus sueños y ambiciones de gloria pudiera abrigar, y abrigaba sin duda, su general en jefe. Sin distraer á nuestros lectores con la descripción detallada de aquel campo, bástenos decirles que aun con todos sus defectos, cuyo origen, principalmente, estaba en los torrentes inmediatos que se hacían intransitables en las épocas de

lluvia y en lo accesible de alguna de sus avenidas, era el único desde el que se harían sumamente difíciles las incursiones del enemigo en España y se sostendría sin esfuerzo extraordinario la gran posición de Bellegarde, llave de nuestra ocupación en el territorio francés y llave de la defensa general del nuestro.

Pero el general Ricardos tenía que mantenerse en Trouillas el tiempo necesario para, sin precipitación alguna y cual al honor de sus armas vencedoras correspondía, retirar al Boulou cuanto material poseía hasta, como gráficamente dice en su parte y copia Marcillac, el cronista, puede así llamársele, de la guerra de la República, no dejar ni una estaca en aquel campo glorioso, tan hábil como valientemente mantenido por las armas españolas. Y aunque amenazado todos los días por su frente, sus flancos y retaguardia, y sosteniendo continuos combates con los destacamentos franceses que, viéndose reforzados, trataban á toda costa de vengar su anterior derrota, retiró sosegadamente toda la artillería gruesa de su campo, los equipajes y cuanto pudiera estorbarle en las operaciones que aún le faltaba ejecutar; y el día 30, esto es, 8 después de su jornada de Trouillas, se trasladó con todo su ejército y las piezas de campaña al Boulou, donde le esperaban todavía grandes emociones y trabajos. Pudo ser tanto más tranquila su retirada cuanto era de profundo el respeto que infundía á sus enemigos, quienes, en vez de estorbársela como hubieran podido, se acogieron á su campo de la Unión, á reponerse, sin duda, de las pasadas fatigas y de los desastres sufridos.

Operaciones en la Cerdaña.

Ínterin se realizaban los acontecimientos que hemos traído á la memoria de nuestros lectores en la parte del Rosellón, próxima y á veces contigua al mar, tenían lugar también otros, si no de igual importancia, no faltos de interés y no poco relacionados con ellos, en la alta cuenca del Tet, donde dijimos ofrecen los Pirineos una depresión que naturalmente convida á franquear

el paso de una á otra de sus vertientes. Para cerrar ese tránsito, que la naturaleza presenta como fácil y muy peligroso, de consiguiente, en las funciones de una guerra entre España y Francia, esta nación ha levantado á 20 kilómetros de la frontera una plaza de armas, Mont-Louis, obra de Vauban, que así defiende, cubriéndolas, las fuentes de aquel río francés y las del Ariège y l'Aude que se dirigen á los dos mares contrapuestos, como, y lo hemos dicho también, domina en nuestra Cerdaña las del Segre y su curso importantísimo por La Seo de Urgel y Lérida hasta su confluencia con el Ebro. Esa posición de Mont-Louis intercepta en la Cerdaña francesa el camino de Perpiñán é impide la invasión hasta después de entregada á las armas enemigas: las de Puigcerdá y Belver, despojadas de sus antiguas fortificaciones, no tienen para su defensa ni para la del acceso á La Seo otras que la índole del terreno que las rodea y la falta de comunicaciones con el interior de Cataluña, por donde poderla invadir. No se diga de la pequeña población de Llivia, tan citada en nuestras luchas con el pueblo Rey; porque, enclavada en el territorio francés, sería una temeridad indisculpable el pensar siquiera en defenderla.

La ventaja de poseer una plaza en sitio tan favorable, militarmente considerado, inspiró á los Franceses la idea de aprovecharla en los comienzos de aquella guerra para, estableciéndose en Puigcerdá, amenazarnos con la invasión del alto valle del Segre y hasta realizarla en cuanto pudieran contar con fuerzas suficientes. Pero allí, como en todos los puntos de la frontera pirenaica, menos en Arán, los Españoles, si perezosos para recoger el guante de la Convención, no se descuidaron en echárselo á la cara en su mismo campo, cerrado ó abierto, tal como lo hallaron en su ímpetu ó en la ira vengativa que los caracteriza. Mas para apagar el fuego no hay como la nieve; y nuestros soldados, al salir el 25 de Abril de Puigcerdá en dirección de Mont-

Louis, hallaron tanta en su camino que, á pesar de haber dedicado mucha gente á desembarazarlo de ella, tuvieron que volver al punto de partida, devorados por las enfermedades y el despecho.

Así hubieron de permanecer inactivos Españoles y Franceses; éstos, por falta de tropas teniéndolas todas ocupadas en defender las llanuras del Rosellón, y nuestros compatriotas, esperando la llegada de algunas piezas de artillería, arma indispensable para hacerse dueños de la fortaleza de Mont-Louis. Pero esa artillería tardó cerca de tres meses en llegar á Puigcerdá, tales eran los caminos que hubo de recorrer y las montañas que salvar, llevada á brazo por nuestros soldados y paisanos, cuando algunas de las piezas por sus calibres hubieran necesitado para su arrastre un ganado numerosísimo, imposible de hallar en las altas tierras de la montaña catalana. Por fin llegaron algunas de aquellas piezas; pero acontecimiento tan favorable influyó mucho menos para emprender de nuevo la entrada en la Cerdaña francesa que la toma de Bellegarde, punto de partida, como se ha visto antes, para las nuevas operaciones ofensivas que pensaba y realizó el general Ricardos.

El general D. Diego de la Peña se dirigió, con efecto, al ataque de Mont-Louis, comenzando por la construcción de algunos reductos en los pueblos próximos á un lado y otro del collado de la Perche en la divisoria de aguas del Tet y el Segre; todo con objeto de asegurarse posiciones que le sirvieran de base para el sitio que iba á emprender. Mas lo exiguo de sus fuerzas, la actitud de las que el enemigo reunía en derredor de la fortaleza y un ataque inopinado de las acantonadas en Bolquère, le hicieron mantenerse todavía en expectativa de sucesos que pudieran animarle á renovar sus proyectos anteriores. Y, con efecto, la toma de Villafranche, que anteriormente mencionamos, pudo poner á Mont-Louis en peligro mucho mayor que el con que le amenazaba Peña, si el general Crespo lograba

combinar con él sus esfuerzos desde la plaza recién conquistada y mejor desde Olette, que podía considerarse su punto avanzado. El camino, sin embargo, era muy escabroso y de un tránsito dificilísimo para la artillería; y en tanto que pudiera allanarse lo suficiente, el general Crespo permanecería separado de Ricardos más tiempo del que conviniera para las operaciones que éste ejecutaba en derredor de Perpiñán. Con eso, siguieron paralizadas las de la Cerdaña, y Mont-Louis tuvo tiempo sobrado para preparar sus comunicaciones para el interior por el valle de l'Aude, armar sus murallas y reunir las provisiones de boca y guerra necesarias con su guarnición de 2.000 hombres por espacio de cuatro meses. Pero, más todavía que todo eso, sirvió para salvar á Mont-Louis y despejar la Cerdaña francesa de sus enemigos los Españoles, la llegada en Agosto de una fuerte división que los representantes del gobierno en Perpiñán confiaron al general Dagobert, agregándole, según costumbre de la Convención, un diputado que á la vez le ayudara y vigilase; siéndolo entonces M. de Cassanyes que no tardó en unirse á su veterano colega con los lazos de la más estrecha amistad.

La situación había, pues, variado radicalmente en el campo de Mont-Louis. Aun cuando no hubiera llevado á él Dagobert más que los 3.000 hombres que le asignan sus cronistas, podía disponer de una parte de la numerosa guarnición de aquella fortaleza, de los voluntarios, miqueletes y paisanos franceses que pululaban en derredor de ella y de los dispersos y fugitivos de Villefranche que, según la dirección de Crespo en su ataque, no tenían otra que tomar en su derrota sino la de la Cerdaña. Resultaba, por tanto, á las órdenes de Dagobert una masa muy considerable de tropas, si se compara, sobre todo, con la de Peña que sólo operaba con tres batallones, y no completos, los de la Reina, Sevilla y Gerona, los dragones de Sagunto y unos pocos artilleros. Así es que Dagobert, vacilante,

al llegar, por las noticias que recibió del Rosellón, sobre si retrocedería ó no en auxilio de Perpiñán, se decidió, una vez resuelto á seguir el consejo de Cassanyes demorando su vuelta hasta hacer levantar el sitio de Mont-Louis, á no dejar transcurrir un día sin emprender el ataque del campo español y la destrucción de todas sus obras. Y después de expedir las órdenes más apremiantes para que aquella noche se concentrasen todas las tropas acantonadas en derredor de Mont-Louis y de reconocer las posiciones españolas, el 28 de Agosto al amanecer las atacaba, tratando hasta de sorprenderlas para así hacer más completo y decisivo su triunfo.

Los Franceses, tan maltratados en el Rosellón por la pericia de Ricardos y el valor de los Españoles, se gozan en conceder al combate del Coll de la Perche las proporciones de una gran batalla, sin darse por entendidos ni mucho menos de la inmensa superioridad de sus fuerzas. ¡Cuál no sería cuando Dagobert destacaba sobre Eyne dos compañías de miqueletes en guerrilla (en enfants perdus) con la misión de cortar la retirada de los Españoles *y, si era posible, apoderarse de la persona de su general!*

Á pesar de tamaña ventaja, todavía costó á los Franceses mucho tiempo y no poca sangre el hacerse dueños del campamento español. Porque su derecha, mandada por el general d'Arbonneau, necesitó detenerse ante la posición de Bolquère que se entretuvo en cañonear; en el centro, donde iba Dagobert, hubo su desbandada y fué necesaria toda la energía de tan heroico soldado para contenerla; y el mismo Poinçot, que mandaba la izquierda, vió uno de sus batallones huir todo él, batido por nuestra metralla y cargado luego por los dragones de Sagunto [1].

1 Y por cierto que, al decir Fervel que Poinçot llegó á verse *cerné lui-même et obligé de disputer sa vie aux cavaliers que les siens entouraient et taillaient en pièces*, comete una contradicción indisculpable en él, pues quince renglones después, al proclamar la victoria de los suyos entonando el *¡Ça*

Todo, sin embargo, hubo de ceder ante el número, y aun cuando la persecución, una vez conquistado el campamento español, no duró más espacio que el de media hora, las tropas del general Peña tuvieron que abandonar Puigcerdá y Bellver para acogerse al abrigo, entonces seguro, de la Seo de Urgel. Sus pérdidas habían sido de consideración, contándose en ellas 108 muertos, 78 heridos y 115 extraviados en la infantería, de los que 7 oficiales de los primeros y 2 de los segundos, y 26 muertos con 4 oficiales, 19 heridos con su coronel y 17 extraviados con su teniente coronel prisionero en la caballería; en total 363 bajas.

Los Franceses, que sufrieron muchas menos, 150 según ellos, continuaron la victoria ya muy tarde, vivaqueando al frente de Puigcerdá, temerosos de un ataque nocturno que dejaron para el día siguiente, en que aquella insigne villa vió á los generales republicanos asistir á un *Te-Deum* en su iglesia principal, *dando así*, dijeron, *á los catalanes una prenda de su respeto al culto católico.*

Pero cuando, avanzando á la Seo y después de dejar una guarnición en Bellver, establecía Dagobert un puesto de observación en el Coll de Tosas por donde, dicen sus admiradores, pensaba dirigirse nada menos que á destruir la fábrica de armas de Ripoll, sabe que Mont-Louis vuelve á estar amenazada por los Españoles y entonces con fuerzas considerables que avanzan desde Villefranche y Olette seguidas de un tren de artillería. Ricardos había destacado al general D. Rafael Vasco al frente de 5 batallones, 30 caballos y varias piezas para que, batiendo á los Franceses que custodiaban el camino del Tet, procurase unirse á Peña en su campo de Mont-Louis. Vasco había, efectiva-

ira!, añade: «Malheureusement, nous ne pûmes compléter notre victoire; *nous n'avions pas un seul cavalier.*»

Si como escribimos una historia general, nos ocupáramos en la particular de aquella guerra, ¡cuántos *lapsus* de estos podríamos echar en cara á los cronistas franceses que la han tomado por tema de sus patrióticas y apasionadas lucubraciones!

mente, derrotado á los Franceses que encontró en su expedición; pero, dividiéndose en busca de mantenimientos y envuelto en una niebla densísima la mañana del 3 de Septiembre, fué sorprendido por Dagobert que, con la mayor parte de sus fuerzas y los dispersos de los días anteriores, acudió con la velocidad del rayo, batiéndole completamente y apoderándose de toda su artillería. Los fugitivos no pararon hasta Villefranche, á cuyos muros se acogieron y adonde fué enviado el conde de la Unión con dos batallones, algunos jinetes y varias piezas de campaña, con los que pocos días después, el 19, tenía que acudir á Saint-Feliú á proteger la retirada de nuestras tropas de la izquierda del Tet, vencidas en Vernet. De ese modo pudieron aparecer en la jornada de Trouillas Crespo y Unión, que se habían reunido en Saint-Feliú, y Dagobert, cuya jornada de la Cerdaña le valió el mando en jefe del ejército francés del Rosellón.

Ataques á Montesquiou y la Batería de la Sangre.

No cansaremos la atención de nuestros lectores con los mil sucesos que hacen de la defensa del Boulou uno de los episodios más gloriosos de la historia militar para las armas españolas; bástenos fijarla en muy pocos de los reñidísimos combates que lo constituyen para apreciar en su justo valor, así el talento y la pericia del que las mandaba, como la extraordinaria constancia, la abnegación y el denuedo de los que las blandían en honor y holocausto á la patria. Es aquel un acontecimiento pocas veces repetido en la larga serie de guerras que han afligido á la humanidad y para cuyo elogio hay que adelantarse á los tiempos y pensar en los sitios de los campos atrincherados modernos, de los que el de Plewna no sufre la comparación con el del Boulou ni en lo dilatado ni en lo feliz de su defensa. Se ha querido, y con justicia, elevar un monumento á la memoria de Osmán Bajá; las generaciones coetáneas, sin buscar ejemplos ni establecer paralelos, han parecido proclamar su hazaña como única en los

tiempos modernos, y nadie ha levantado sus recuerdos, aun estando tan próximo, al de D. Antonio Ricardos para protestar de un olvido tan extraño como inmerecido. Toda la Europa aparecía vencida en las fronteras de la Francia, y España mostraba sus enseñas gloriosas en el territorio de una República cuyas legiones, aumentándose cada día, no lograron en seis meses de lucha arrancar de aquel pedazo del suelo patrio una dominación que tanto debía avergonzarlas.

Y no es que no emprendieran la obra de su rescate, aun habiendo sido el Rosellón tan injustamente arrebatado á su verdadera y legítima nacionalidad, con el empeño y el brío ingénitos en la francesa; porque si, como hemos dicho, rechazadosen la retirada de los Españoles, se volvieron los republicanos á su campo de la Unión, avanzaban de nuevo el 30 de Septiembre, ocho días después del de su derrota, sobre Elne, cuya reconquista no les costó más que media docena de cañonazos, insostenible como era su mantenimiento, y el 1.º de Octubre sobre Banyuls des Aspres, Pla del Rey y Mas de la Paille, situándose frente á la línea del Boulou y á tiro de fusil de ella.

Aquellas tres posiciones respondían á las que formaban el frente español; amenazando, la primera, al reducto levantado sobre nuestra derecha en el cerro de Montesquiou que domina el valle del Tech desde el Boulou á Mas-Agouillouse; la segunda ó del centro, el Puig Scingli que cruzan el arroyo de Valmagne y la carretera general; y la tercera, toda la masa de montañas que van luego á caer sobre el puente de Ceret, cuya ocupación pondría en peligro tan grave al campamento español. Véase, pues, bien claro cuál podía ser el proyecto de los Franceses, y no es de extrañar se ofreciera tan franco á Ricardos y descifrable cuando se piense que Dagobert había desaparecido de aquel teatro de la guerra, dimitiendo un mando que no cesaban de disputarle los representantes de la Convención para entregárselo de nuevo á su favorito D'Aoust. Y no fué poca fortuna; porque, pre-

ocupado este general con la idea de que la detención de los Españoles en el Boulou no era sino momentánea para establecerse con toda tranquilidad al pie y bajo la protección de Bellegarde, creyó que su acción por el momento debía reducirse á perseguirlos sin riesgo ni consecuencia alguna.

Desvanecida, empero, aquella ilusión al observar el 2 de Octubre la actitud de sus adversarios, D'Aoust emprendió una serie de ataques en que pudo convencerse una vez más de lo erróneo de sus suposiciones y de lo difícil y comprometido de su misión ante enemigos como Ricardos y sus valerosos y tenaces soldados. Un ataque frustrado al Scingli el 3 y otro á las Trompettes por el otro lado del Tech, en que se vieron los Franceses adelantados con la ocupación del pico de Saint-Christophe por los Españoles; el asalto, rechazado también, á Montesquiou, con pérdida de la batería que debía facilitarlo, y otros varios menos decididos á distintos puntos del campo español, hicieron ver al presuntuoso general francés en los primeros seis días de su nueva campaña, que no era tan fácil como suponía arrancar á sus enemigos de la posición que se habían propuesto conservar dentro del territorio, para él sagrado, de la República. Sorprendido de tal resistencia, esperó varios días, hasta el 14, en que, reforzado su ejército por tropas que continuamente le llegaban de las provincias más remotas, creyó poder dar al nuestro un golpe decisivo apoderándose de una batería que dominaba al Scingli y toda la parte avanzada, por consiguiente, del campo. Guarnecíanla unos 1.500 infantes de varios batallones, por hallarse éstos puede decirse que en cuadro, efecto de las enfermedades que desde el primer día se desarrollaron entre las tropas y más por el exceso del cansancio producido en 24 días que llevaban de no dejar las armas de la mano. Atacaron la batería unos 6.000 Franceses, y á media noche, para sorprender, en primer lugar, y á fin, en segundo, de que Ricardos no lograra calcular si aquel era el princi-

pal objetivo ó podían serlo otros puntos por donde se trató también de llamarle la atención. Alerta, sin embargo, el teniente coronel de Soria D. Francisco Taranco, que mandaba allí, resistió heroicamente las primeras embestidas de aquella multitud de enemigos que, valiéndose de la oscuridad y del número, lograron por fin hacerse dueños de la batería, después de recobrada tres veces ó más por sus legítimos y bravos presidiarios. No se alejaron éstos, sin embargo, de aquellos tan disputados parapetos esperando auxilio con que recuperarlos, el cual no tardó en llegarles aunque desproporcionado, pues consistía en un batallón de walones al que, faltándole la compañía de granaderos, no se le podían calcular más de 300 hombres. Pero, aun recibidos por una descarga general y á boca de jarro de los Franceses, abalánzanse los walones con su jefe D. Francisco Kraywinkel y con Taranco á la cabeza, seguidos de los acabados de expulsar de la batería, y la reconquistan á la bayoneta haciendo tal carnicería y poniendo tal pavor en sus enemigos que, á pesar de amanecer poco después y de observar la superioridad de sus fuerzas, se despeñaron de la montaña para cuanto antes reunirse á su campo. Los batallones de Kellerman y de la Moselle, recién llegados de Lorena, quedaron destruídos, tales fueron el número de sus muertos como el de los prisioneros que dejaron en la batería, la que, por la repetición de los ataques, la tenacidad de la lucha y el amontonamiento de los cadáveres que la cubrían, recibió el, á la vez que aterrador, glorioso nombre de BATERÍA DE LA SANGRE [1].

1 El número de los Franceses en aquella fecha ascendía ya al de 36.442 de tropas activas y 4.502 de las de guarnición. Esto, según los datos que se han querido hacer pasar por oficiales; que un escritor francés ha dicho, refiriéndose á esa época, que su victoria de Peyrestortes había electrizado á tal grado á los Franceses de los departamentos meridionales que, sin tomar en cuenta los sacrificios hechos ó por hacer, se levantaban en todas partes y el camino de Narbona se veía cubierto, así como por vía de encantamiento, de los reclutas que en menos de cinco días reemplazaron las bajas que había sufrido el ejército.

No había, entretanto, permanecido ocioso el infatigable general Dagobert. Mientras sus ingratos compatriotas se estrellaban contra las rocas de Montesquiou y la batería de la Sangre por arrojar á los nuestros al otro lado de la cordillera, él la cruzaba en demanda de Ripoll, cuya fábrica de armas se había propuesto destruir. Para conseguirlo necesitaba someter primero la villa de Campredón, desde donde, reunida su columna con otra que le llevaría el representante Cassanyes por Ribas, continuarían las dos su proyectada expedición. Pero el alcalde de Campredón le ofreció *balas por rehenes*, que Dagobert le pedía, *y cerrar los portillos del recinto con cadáveres de Franceses;* y aunque fué arrollado con los pocos habitantes que le secundaban en la defensa de la villa, y ésta padeció saqueo, incendios, profanación de sus templos y cuantos atropellos acostumbraban cometer sus enemigos, el veterano general hubo de volverse á Mont-Louis, recogiendo en el camino á sus camaradas de Ribas, cargados también de un botín que era, según sus jefes, la razón más poderosa para entrar de nuevo en Francia [1].

Igual resultado obtuvo Dagobert de su intentona contra la Seo de Urgel, teniendo que volverse desde Monteilla, donde cometieron excesos parecidos sus soldados que Cassanyes se empeñó en retirar de aquel país *para*, como él dice en las Memorias que después publicó, *restablecer su disciplina.* ¡Lo de la fábula tan conocida de «La zorra y las uvas» : *Estaban verdes!*

Afortunadamente para Dagobert, al regresar á Mont-Louis se encontró al general Turreau que, antes de tomar el mando en jefe del ejército del Rosellón, quitado por segunda vez á D'Aoust, quería consultarle y hasta se lo llevó consigo á Banyuls-les-Aspres al frente de nuestro campo del Boulou.

1 Dagobert escribía á Cassanyes que «ses soldats s'étaient chargés de butin à Campredon et *qu'ils voulaient rentrer pour le déposer*».

Y ¿para qué? Para, contra su opinión y la de Dagobert, consentir en una expedición á Cataluña, á duras penas limitada á *hacer una punta* sobre Rosas. Se trataba de la *reconquista de Tolón en España*, según la frase de Fabre, que los botafuegos del ejército francés y D'Aoust hicieron proverbial en aquellos días. Pero, después de forjar mil proyectos de que Turreau se declaró irresponsable, se decidió salir de Collioure con 6 ú 8.000 hombres divididos en tres columnas; una que á lo largo de la costa penetrara en España, otra que lo haría por el Coll de Banyuls, y la tercera por el de Fourcat para, unidas, atacar la posición de Espolla, donde los Españoles tenían un cuerpo avanzado con que vigilar la frontera desde Bellegarde al Mediterráneo. El brigadier D. Ildefonso Arias, que lo mandaba, resistió cuanto pudo en tan desigual combate; pero, amenazado por todas partes, abandonó Banyuls para retirarse á Espolla, donde también le atacaron el 28 Delatre, que regía las tropas francesas, y su admirador y patrono el representante Fabre. Rechazados allí, aún se mantuvieron cerca los republicanos esperando la columna de su derecha que había sufrido suerte peor, pues que, al descender del Fourcat, se vió, pasados Recasens y Cantallops, asaltada y dispersa por el paisanaje y somatenes, exasperados con el saqueo y las violencias que, entonces por orden de sus jefes, habían ejercido los Franceses en aquellos pueblos y las aldeas y caseríos próximos.

Expedición de los Franceses á Rosas.

Juntas ya, sin embargo, las dos columnas y reforzadas con nuevas tropas que se hicieron ir de Collioure hasta contar con más de 8.000 hombres, revolvió el belicoso Fabre sobre Espolla el 30, pero con fortuna todavía más adversa; porque, aun viéndose Arias apuradísimo y obligado á reconcentrarse más y más y á retirar algunas de sus piezas por temor de que cayesen en manos de sus enemigos, se mantuvo heroicamente en sus mejores posiciones hasta que, llegándole refuerzos que le enviaba Ricardos y con

ellos los generales Morla, Cagigal, Belvis y Vives, lógró cargar á los Franceses en varias direcciones y ponerlos en la más completa derrota. No los pudo seguir largo trecho la caballería por lo escabroso del terreno; que, de otro modo, no hubieran llegado á Banyuls, según iban dejando en su camino hombres, banderas y municiones.

No fué mucho mejor la suerte de la columna de la izquierda. Costeando el mar pudo llegar á Llansá, de donde esperaba muy luego presentarse ante el fuerte de la Trinidad que á la sola intimación de su jefe, el general Raimón, se rendiría, como inmediatamente después la plaza de Rosas que yace á su pie en la bahía del mismo nombre. Pero, como la de la derecha, encontró el país todo alzado en armas; y, viéndose impotente ante insurrección tan general y resuelta, é incomunicada con los demás cuerpos de la expedición, se resolvió también á retroceder hasta cerca de Francia, completando así el fracaso de aquella *punta* que, en concepto de los grandes estrategos civiles del consejo de guerra de Banyuls-les-Aspres, debía provocar en Ricardos la instantánea y definitiva evacuación del campo del Boulou.

Tal fué el resultado de la tan decantada expedición de Rosas; sin que tampoco lo tuviera más próspero el movimiento combinado de Dagobert y Solbeauclair que debían atacar la posición de Ceret, importantísima para la seguridad del Boulou, y con el que, de todos modos, conseguirían los Franceses distraer la atención de Ricardos de su marcha sobre Rosas. Las dilaciones de Solbeauclair y el despecho de Dagobert, manteniéndolos inactivos á uno y otro lado del Tech hasta el 1.º de Noviembre, dieron tiempo á Ricardos para enviar refuerzos á Ceret, y en la mañana de aquel día sus cañones despejaron aquel terreno de enemigos, obligándolos á retirarse respectivamente á Saint-Ferreol y Palalda dando por fracasados sus proyectos y por inútiles los sacrificios hechos por sus tropas.

Llegada de la división portuguesa.

Pocos días después y cuando iba á celebrarse un nuevo consejo de guerra en que, con la sola excepción de Dagobert, resolverían los Franceses repetir su jornada á Rosas, no escarmentados de la anterior, desembarcaba en la bahía de aquella plaza española una división portuguesa, compuesta de 6 regimientos de infantería con 4.912 plazas, 8 compañías de artillería con 416 y 22 piezas de campaña. Ante el espectáculo que ofrecía la revolución francesa y ya declarada la guerra, los gobiernos de España y Portugal convinieron por un tratado que lleva la fecha de 15 de Julio de aquel año de 1793, en que Portugal cooperaría en los Pirineos orientales con aquella división, regida por el teniente general D. Juan Forbes Skellater. El 20 de Septiembre abandonó el Tajo la escuadra que llevaba aquella fuerza; depositándola, según ya hemos dicho, en Rosas con varios personajes portugueses, ingleses y alemanes, agregados voluntariamente al Estado Mayor, deseosos de tomar parte en aquella cruzada restauradora de la monarquía en Francia [1]. No hubo de estar mucho tiempo inactiva la división auxiliar portuguesa, porque el día 18 del mismo mes de su desembarque salía para su destino en el ejército, llegando el 25 á Ceret cuatro de sus regimientos, esperando otro, el 1.º de Oporto, su embarque para operar sobre la izquierda de los Franceses, y pasando el de Peniche á Maureillas, posición intermedia entre Ceret y El Boulou y que domina la derecha del Tech.

No podían, pues, los Franceses haber elegido ocasión más propicia para su nueva expedición á Rosas, en la cual se hubieran hallado, no sólo con las fuerzas españolas que hicieron fracasar la primera, sino con una reserva de 5.000

1 Estos datos, como varios otros referentes á la división portuguesa, están sacados de la obra que, con el título de *Excerptos historicos e Collecçao de documentos relativos á guerra denominada da Peninsula*, publicó en 1863 el hoy general Claudio de Chavy, tan estimado en su país como en España por su vasta erudición y talentos literarios.

Portugueses deseosos de medir con ellos sus bríos, acreditándolos una vez más en tan generosa empresa. Afortunadamente para ellos, á pesar de lo convenido en el consejo de guerra y de la destitución sucesiva de los generales Dagobert, Poinçot y el mismo Turreau, por los representantes de la Convención en el ejército, que con eso llevaron á su colmo la anarquía que de tanto tiempo atrás le devoraba, hicieron que D'Aoust, que por tercera vez tomó el mando en jefe ínterin llegaba el general Doppet á quien había sido conferido, diese la orden de retirarse á todas las tropas que ya se disponían á tomar parte en tan descabellada intentona.

Combates del puente de Ceret

Entonces pensó Ricardos en completar su línea de vanguardia, cubriendo los dos flancos, tanto el izquierdo, apoderándose de las alturas que lo coronan, como el derecho, apoyándose en el mar, para arrebatar á los Franceses su posición de Villelongue que amenazaba la nuestra de Montesquiou. Pero una horrible tempestad de cinco días sin intermisión alguna, haciendo desbordarse los ríos á punto de romper el puente del Boulou, interrumpir todo género de comunicaciones con España y hasta entre los destacamentos del ejército, y de dispersar nuestra escuadra, algunos de cuyos buques se estrellaron en la costa, paralizó aquel proyecto. Y cuando podía, por calmar el temporal, emprenderse, ya los Franceses, avisados del peligro corrido por nuestras tropas, asaltaban el puente de Ceret, único que había quedado en el Tech.

Aquella resultó una de las jornadas más gloriosas y trascendentales de la campaña. El ejército español hizo con ella y la subsiguiente de Villelongue posibles y aseguró sus cuarteles de invierno, cuya tranquilidad, de otro modo, hubiera sido muy problemática en la situación en que se hallaba.

Andaban los Franceses espiando la ocasión de caer sobre el puente de Ceret, para cuya conquista tenían antes

que apoderarse de un reducto avanzado que lo cubría en la margen izquierda del Tech; y como la ermita de Saint-Ferreol, nudo de las comunicaciones principales de los Aspres, domina de cerca el reducto y el puente, teníanla muy fortificada, bien presidiada y guarnecida de abundante artillería. Para mayor seguridad de aquella posición, extrema derecha de su línea, habían construído un buen camino desde su campo; y para dar más en seguro el golpe que intentaban, habían también escalonado, entre la ermita y el reducto español, otros tres en puntos desde los que, además de asomar sus avanzadas, flanqueaban el camino del Boulou á Ceret. Á pesar de combatir en su propio país, y eso prueba las simpatías que allí inspiraban los Españoles, no tenían los Franceses noticia exacta de los movimientos del conde la Unión que, enviado por Ricardos, vigilaba todo el valle, temeroso de que se le pudiera interceptar el único camino que le quedaba en los días del recio temporal de que acabamos de hacer mención. Así es que no pudieron aprovechar oportunamente la circunstancia de haberse remontado el Conde por el Tech con el fin de envolver sus posiciones que no había atacado el día anterior, 25 de Noviembre, por impedíserlo la lluvia. El 26, sin embargo, reuniendo sus fuerzas, principalmente formadas de la antigua división Dagobert, la única, según ya hemos dicho, en que tenía confianza el experto veterano Solbeauclair, que ahora las mandaba, las desplegó frente al reducto español, ocupado durante la maniobra de Unión por parte de los regimientos portugueses recién llegados. Parece que el general francés observó esta circunstancia; y, no teniendo, acaso, gran concepto de nuestros aliados, hizo romper el fuego, al que ellos no pudieron ó no supieron contestar con la eficacia necesaria, perdiendo el reducto que fué inmediatamente ocupado por los enemigos [1]. Ya

1 Los escritores franceses no se muestran justos con los Portugueses en esta ocasión; pero ¿qué contestarán cuando se les pregunte por qué una hora des-

se precipitaban todos, fugitivos y vencedores, al puente, cuando apareció el conde de la Unión que, habiendo oído el fuego, acudía á él con sus tropas, aunque empapadas en agua y ateridas de frío. Llegó de las primeras la compañía de granaderos de Guardias españolas; y, sin detenerse para nada su capitán, D. Felipe Viana, acometió con ella y con los que de más cerca le seguían la reconquista del reducto que, á los pocos momentos y á pesar de la resistencia que opusieron los Franceses, poco antes tan orgullosos de su efímero triunfo, cayó en poder del valiente Viana, herido y todo en la refriega. Dado el impulso y con el calor de la victoria no era fácil contener á nuestros soldados; y el conde de la Unión, que no era hombre que tratara de templar las pasiones en tales trances, supo aprovecharlas para lanzar á Españoles, Portugueses y á cuantos con tanto entusiasmo se le ofrecían, sobre los reductos enemigos y el campo mismo de Saint-Ferreol que, una vez en sus manos, constituyó hasta la siguiente campaña la izquierda de la línea del Boulou y había de ser su mejor apoyo [1].

De Saint Ferreol.

Faltaba, con todo, dejar desembarazada de enemigos el ala derecha donde tenían, además del campo de Villelongue, los fuertes y plazas de la costa, peligro constante, pues con el ejército allí creado por hombres de la iniciativa del representante Fabre y el general

De Villelongue.

pués les tocaba á sus compatriotas huir ante los mismos que así denostan en sus relaciones de aquel combate? La reputación de los Portugueses sufre, sin embargo, un poco al saberse que uno solo de los suyos, un furriel del regimiento de Freire, quedó muerto en el reducto.

2 Véase lo que dice Fervel dejándose llevar de su sinceridad militar en ocasión tan solemne. «Los Españoles iban cansadísimos con el peso de las fatigas sufridas en una marcha de noche con un tiempo y por un terreno espantosos; pero el riesgo arrostrado y la emoción de su rápida victoria reaniman sus fuerzas, electrizan su valor y piden á gritos perseguir á los Franceses hasta sus últimos atrincheramientos. Unión se apodera de aquel arranque, se aprovecha del sentimiento (la honte) de los Portugueses y lanza juntas las dos divisiones que tenían, la una, que sostener un brillante principio, y la otra una gran afrenta que vengar.»

Delattre, se corría, y muy grande, de verse el campo español cortado en sus comunicaciones con España. Y el general Ricardos destacó sobre la primera de aquellas posiciones á Courten, que el 7 de Diciembre se hacía dueño de ella y de todas las baterías que la apoyaban. El combate duró cortos instantes, siendo la bayoneta la única arma con que lo emprendieron y ejecutaron nuestros compatriotas y algunos de los Portugueses de la legión auxiliar, en cuyo poder quedaron 34 piezas de artillería, 22 carros del tren, 2.000 fusiles, municiones de todas clases, de boca y guerra, así como objetos innumerables de campamento y hasta un hospital perfectamente montado en Saint-Genis. Nuestros muertos fueron 14, 46 los heridos, y 6 los contusos, mientras los Franceses perdieron, además de dos banderas, 300 muertos, 40 heridos y 312 prisioneros, de los que 26 eran oficiales. No pudo ser ni más completa ni más barata la victoria, además de lo trascendental para el resto de la campaña. Porque siete días después, el 14, tomaba el mismo Courten el Coll de Banyuls y horas después el pueblo del mismo nombre, guarida de los que más daño habían hecho en el Ampurdán con sus correrías, violencias y depredaciones, pero que entonces no supieron defenderla. Es verdad que la acción fué dispuesta con tal acierto y ejecutada con energía y rapidez tan singulares, que los enemigos, bien cubiertos con los pliegues del terreno y los atrincheramientos que habían construído y apoyados por artillería abundante, á los estragos de cuyo fuego costó mucho sobreponerse en un principio, hubieron luego de ceder en todas sus posiciones de la cordillera para huir, puede decirse que á la desbandada, dejándonos 23 piezas de artillería y algunos cientos de prisioneros. Pero, al huir de ese modo, llevaron la alarma y el terror de que iban poseídos á los puntos fuertes de la costa, que mal podrían así resistir el ímpetu de sus victoriosos enemigos.

Del Coll de Banyuls.

Toma de Port-Vendres, Saint-Elme y Collioure.

El día 20, con efecto, después de una breve batalla, hábilmente reñida por el general D. Gregorio de la Cuesta á las puertas de Port-Vendres, sucumbía la plaza y con ella luego el fuerte próximo de Saint-Elme, y al amanecer del día siguiente seguían la misma suerte Collioure, su castillo y el del Puig Oriol, cuyos defensores fueron unos tras otros embarcándose, menos el representante Fabre que supo rescatar con una muerte gloriosa la triste fama que le habían proporcionado sus exageraciones republicanas y su ignorante intrusión en las operaciones militares de aquella campaña.

Sólo un paréntesis había tenido aquella serie de triunfos alcanzados por los Españoles en un mes escaso, la reconquista momentánea del campo de Villelongue por los Franceses el día 18 de Diciembre. Los Portugueses, que el 6 habían tan valientemente arrojado á los republicanos de las crestas de los Alberes persiguiéndolos hasta cerca de aquel campo que después conquistó Courten, no lo supieron defender con su ingénita bravura, recibiendo por pago de su debilidad los tratamientos más crueles de sus enemigos [1].

Retirada de los Franceses.

La pérdida de Villelongue, en que 5.000 Españoles habían derrotado á más de 10.000 Franceses bien cubiertos detrás de fortificaciones que habían

1 El general Chabi relata esta derrota de sus compatriotas con una habilidad que corre parejas con su patriotismo. Dice que el destacamento avanzado del 2.º regimiento de Oporto se vió obligado á rendir las armas á los republicanos, y que el resto del cuerpo, aunque no sorprendido como aquél, tuvo que retirarse no pudiendo resistir, como tampoco dos batallones españoles que estaban con él, á la multitud de sus enemigos. Pero, añade, que desde la posición que tomaron á retaguardia y defendieron con energía, habiendo recibido un refuerzo que les envió el general Ricardos, volvieron á conquistar el campo y persiguieron hasta Saint-Genis á los Franceses, recobrando algunas de las piezas que habían perdido poco antes.

Fervel acusa á los Portugueses de haber depuesto las armas y recurrido á las súplicas más vergonzosas para salvar sus vidas, no habiéndolo alcanzado sino muy pocos. «Ceux-ci, dice (los Franceses), furent impitoyables: ils ne firent que 63 prisonniers et passèrent le reste, 500 hommes, dit-on, par les armes.» Hace bien en añadir el *dit-on*, porque los partes del general Forbes señalan la pérdida tan sólo de 21 muertos y 40 heridos.

estado más de dos meses levantando; la irreparable en mucho tiempo del sistema de plazas marítimas que acababan de caer bajo el dominio de Ricardos; la deserción que el desánimo, el cansancio y la penuria habían fomentado en el campo francés, y la afrenta que se imponía á sus generales con someterlos al vejatorio trato de los representantes de la Convención, llevaron á su colmo la indisciplina, por tantos y tantos motivos provocada, en el ejército republicano. La anarquía se enseñoreó de todas las clases; la obediencia se hizo rara y con condiciones siempre humillantes para la autoridad; y cual si fuera poco, como debería parecerlo, la marcha del general Doppet á Perpiñán, tan enfermo del espíritu como del cuerpo, recayó el mando en jefe por cuarta vez en aquel D'Aoust que sólo había asistido á los desastres más trascendentales de sus armas, tanto por resultado de su temeraria ignorancia como por sus humildes condescendencias para con los déspotas y brutales procónsules, sus protectores. Ya no era posible resistir más y se hizo preciso pensar en impedir una catástrofe que en tales circunstancias no tardaría en suceder, acogiéndose á punto en que pudiera contenerse el ímpetu de los Españoles, irresistible si se calculaba por los éxitos sorprendentes que acababan de obtener. Y tan lo pensaba así el mismo D'Aoust, que el día en que sucumbían las fortalezas de la costa, daba principio á la evacuación del campo francés, comenzando por la artillería de grueso calibre mientras se dirigían reconocimientos sobre la línea española, así para obtener noticias de Port-Vendres y Collioure como para impedir á los nuestros el paso del Tech. Las noticias hicieron conocer al día siguiente aquel cúmulo de reveses sufridos, vergonzosos, más que por otra cosa, por lo inesperados; y los húsares de Berchini, á la vuelta de espiar nuestras guardias avanzadas, hicieron saber que muy pronto serían atacados sus compañeros de Banyuls-les-Aspres y de Elne por los vencedores que ya se preparaban á salir

del Boulou en combinación con los de Collioure y Argelés.

Por mucha que fué la diligencia de los Franceses para abandonar del todo su campo, al hacerlo eran atacados de todas partes por los Españoles y sus auxiliares; por aquéllos, en su centro tomándoles las baterías más adelantadas y en la izquierda donde la caballería iba esparciendo el terror entre los enemigos temerosos de verse cortados; y por los Portugueses, acometiendo en la derecha, defendida, afortunadamente para los republicanos, por el general Pérignon que con su energía logró en Saint-Luc contener á sus soldados y rechazar el rudo ataque de que fué objeto aquella posición privilegiada. El acto de Pérignon proporcionó un respiro á D'Aoust, con el que pudo organizar la retirada, apoyándola además con reacciones, á veces ofensivas, que permitieron á las tropas francesas ganar al anochecer el campo de la Unión con la pérdida tan sólo de unos 800 á 1.000 hombres y 23 piezas de artillería.

Fin de la campaña.

Así acabó la por tantos conceptos memorable campaña de 1793 en el Rosellón. Las tropas españolas que la habían iniciado, si en muy corto número, sin artillería y por un terreno el más fácil de defender en frontera tan escabrosa, con la energía que les es propia cuando se ven dirigidas por el talento y la pericia, se mostraron después, y en toda la campaña, dotadas de un espíritu sólo comparable con el de aquellos famosos tercios que, por sus hazañas en Italia y Flandes, alcanzaron la fama de contener los primeros soldados de su tiempo. En una circunstancia desmerecieron del concepto que sus mismos enemigos les concedían; en la de la ocupación de la izquierda del Tet en que tuvieron que luchar con su aislamiento del grueso del ejército, la ausencia de su general en jefe y la inmensa superioridad numérica de los Franceses que parecía vomitar la tierra en su derredor. Ya lo hemos visto; cinco días después alcanzaban el lauro mayor de la campaña con aquel admirable combate de Trouillas, en que

no se sabe qué tomar más en cuenta, si la actitud serena de las tropas, si el genio militar de su general ó el respeto que, aun con los reveses del Vernet y Peyrestortes, imponían, evidenciado por la parsimonia de los jefes que gobernaban las dos alas enemigas y el resultado nefasto de la desesperada resolución de Dagobert en el centro. Y ¿qué diremos de la defensa del Boulou que en otro país que España hubiera ya logrado el honor de un poema tan encomiástico como merecido? Pocas veces se ha puesto á prueba la disciplina de un ejército y nunca el valor y la abnegación del soldado como en aquel vasto campamento, dominado de todas partes desde posiciones que parecían inexpugnables y con sola una y estrecha comunicación hábil para la retirada del ejército que el enemigo esperaba á cada momento desde el primer día de su ataque. Tres meses resistió el Español, y no sometido á una defensiva que pudieran hacer eficaz las condiciones militares que todo el mundo nos concede, sino acompañada de arranques ofensivos que dieron el magnífico resultado de rechazar siempre al enemigo en sus diarias embestidas, de arrebatarle ante sus mismos ojos toda una serie de plazas que, de seguro, no esperaba ver tan rápidamente conquistadas, y arrojarlo, por fin, á su antiguo abrigo de Perpiñán y el campo inmediato con tanto esmero fortificados, dejándonos expeditos el Pirineo y los llanos del Rosellón.

La campaña terminaba, así, en las partes orientales de la frontera franco-española, ya que no con las ventajas que, de tener nuestro ejército la fuerza conveniente, hubiera de seguro alcanzado, con gloria, sí, que nadie con justicia podrá negarle. Nuestros adversarios han tenido que confesar que de los 14 ejércitos que sostuvieron la lucha gigantesca emprendida por la Francia en aquel año, sólo el de los Pirineos orientales se retiró vencido. Ya les demostraremos que, si no fué tan decisivo el triunfo de los Españoles en el otro extremo de la frontera, resultó por lo menos tan glo-

rioso, ya que su misión era muy diferente y no dirigida á iguales términos; y, de todos modos, resultará que la nación despreciada, la que no amamantaba más *que esclavos abyectos de un tirano tan estúpido como ellos*, sabía imponerse á la suya tan regenerada de sus antiguas humillaciones, entusiasta ahora de sus nuevos y sublimes principios sociales y políticos y blasonando de amenazar á toda la Europa coaligada contra ella. Ni las miras de la corte de España iban encaminadas á una conquista, y bien pudo observarse en la conducta de sus ejércitos, ni desplegó las fuerzas necesarias para tal objeto; pero, aun así, vió su obra coronada con el único resultado á que podía aspirar cuando sus aliados eran vencidos en las demás fronteras, el de una victoria que sorprendió á todos, aun cuando sin razón alguna para ello.

Resumen y observaciones.

Y es en balde que se busquen en las condiciones del ejército francés de los Pirineos orientales y en la influencia perniciosa de los representantes de la Convención la causa de sus derrotas y de su final vencimiento. Es necesario que, para explicarla, concedan algo á las virtudes militares del español, y al talento y á la pericia, ya que le niegan el genio, de su general en jefe. La campaña se inauguró con un golpe de mano tan hábil como atrevido. Saliéndose de la rutina que le achacan sus émulos, no comenzó, como ellos esperarían, las operaciones con el sitio metódico, regular y detenido de la plaza de Bellegarde, primer obstáculo que se le ofrecía para la invasión del territorio francés; hizo lo que entonces aparecía nuevo, fuera de esa rutina, atacar por su flanco tan terrible posición y envolverla luego para inhabilitarla, sorprendiendo con tan ruda é inesperada maniobra á sus enemigos y llevándolos por delante vencidos y consternados hasta alejarlos de la frontera formidable á cuya defensa habían sido destinados. Las batallas, después, que ganó, todas en puridad, revelan al general táctico cuyo golpe de vista, abrazando todo

el campo de la acción, sabe distinguir el secreto del enemigo, esto es, sus proyectos, la clave de sus posiciones y el camino mejor para su ataque y ocupación. Y eso se vió ó pudo verse en la batalla de Mas-Deu, en que, además, hizo Ricardos uso tan oportuno de sus reservas, que le proporcionó el triunfo sobre un enemigo que había elegido y preparado su campo, rival tan valeroso y práctico como el general Dagobert. Por el contrario, en la de Trouillas, la defensa del campo español no dejaba nada que desear, y bien lo demostraron las dificultades que hubieron de hallar los Franceses en sus diferentes ataques y su completa derrota que, si no tuvo otras consecuencias, fué por los considerables refuerzos que les llegaron al día siguiente. La misma operación del paso del Tet, desgraciada y todo en sus resultados, hizo patentes las facultades estratégicas del general en jefe español; eso sin contar con que, de haber podido él trasladarse á la orilla izquierda, no hubieran tenido lugar los reveses del Vernet y Peyrestortes, ocasionados, de otra parte, por la desproporción de las fuerzas francesas acudiendo del interior de Francia, del campo de Salces y aún del de Perpiñán para abrumar con su número y su peso á nuestros compatriotas. Ricardos tenía que observar esa plaza y el campo de la Unión, que la cubría en la derecha del Tet; tenía que estar también á la mira de las tropas que había enviado á Villefranche, á las manos en aquellos momentos con las de Dagobert que volvía de la Cerdaña y Mont-Louis; y con atenciones tan de bulto, le era imposible dirigir por sí mismo el osado movimiento emprendido para aislar la capital del Rosellón y constreñirla á rendirse. ¿Qué clase, pues, de operaciones necesitaba ejercitar Ricardos para acreditarse de general en todos conceptos ilustre, cuando las terminaba con una victoria tan decisiva como la que le proporcionó la defensa del Boulou?

El ejército francés que en actitud tan jactanciosa se había agolpado sobre aquel campo, persuadido de que, al aso-

marse á él las cabezas de sus columnas, huirían los Españoles al otro lado de la frontera sin preocuparse de más que de la defensa de Bellegarde, único trofeo que les quedaría de su campaña en el Rosellón, se vió en la triste é imprescindible necesidad de retirarse á Perpiñán, abrumado por las enfermedades, la fatiga y el desencanto de sus ilusiones triunfadoras. Al hacerlo, seguido de cerca por los Españoles, sin otro propósito, con todo, que el de asegurar la victoria y confirmarla con el bochorno de sus enemigos, se abrió la época de los cuarteles de invierno de que, aun sin contar con las costumbres militares de aquel tiempo, se hallaban bien necesitados ambos ejércitos por la crudeza de la estación, la epidemia que los diezmaba y la conveniencia del descanso para en la primavera siguiente proseguir con nuevos bríos la lucha.

Los generales franceses se habían visto burlados, Dagobert el primero, por la perspicacia de Ricardos que supo descubrir sus proyectos para inmediatamente desbaratarlos y adelantarse con los suyos valiéndose, como de su talento, de la confianza que había sabido inspirar á sus soldados, tan entusiastas por la causa que proclamaban que, no hay para qué dudarlo, revestía todos los caracteres de nacional, como dirigida á mantener incólumes el honor de la patria, el decoro del trono y sus ideas religiosas.

Pero si cupiere la menor vacilación en aclamar á Ricardos como uno de los generales más notables de su época, reflexiónese sobre una circunstancia que lo eleva y engrandece de un modo incontestable. La Francia le opuso diez generales en jefe, Servan, de la Houlière, Champron, Grandpré, De Flers, Puget de Barbantane, d'Aoust, Dagobert, Turreau y Doppet, ayudados, dirigidos, impuestos, todo lo que se quiera, por una nube de representantes de la Convención, los ilustres procónsules tan encomiados por los revolucionarios, á quienes se pretende atribuir el fervor republicano de sus tropas y el ímpetu (l'elan) irre-

sistible que se las supone característico, su organización, los prodigios, en fin, que hicieron en el ciclo, para ellas tan glorioso, que comenzó en aquella campaña. Todos ellos fueron vencidos por Ricardos y con circunstancias tan humillantes para la *Gran Nación*, que uno hubo de suicidarse, dos fueron á parar á la guillotina, de la que libró á otro el 9 Thermidor, y los demás reemplazados voluntaria ó forzosamente en vista de lo infructuoso de sus esfuerzos, de la torpeza de sus operaciones ó de lo decisivo de sus reveses.

El gobierno español premió los servicios del general Ricardos con el empleo de capitán general de ejército por la batalla de Mas-Deu, y luego con el marquesado de Trouillas, cuyo título recayó en su esposa y que al poco tiempo desaparecía de la *Guía de Forasteros*. Lo que no morirá nunca entre los hombres celosos de las glorias españolas, es la memoria de las hazañas ejecutadas por aquel varón insigne en su última campaña, la de 1793 en los Pirineos orientales.

CAPITULO V

CAMPAÑA DE 1793

EN LOS PIRINEOS OCCIDENTALES Y DEL CENTRO

Don Ventura Caro.—Misión del ejército.—Primer ataque.—Toma del campo de Sarre.—Retirada del ejército francés.—Castel-Piñón y su conquista.—Ataque general á la línea española.—Nuevo sistema de ataque.—Defensa de Biriatu.—El campo des Sans-Culottes.—La Croix-des-Bouquets.—Acción del 5 de Febrero.—Terminan las operaciones en el Bidasoa.—La guerra en Aragón.—El príncipe de Castelfranco.—Acción de la Venta de Braset.—Irrupciones de los Franceses desde Arán.—Fin de la campaña.

A dijimos cuál era la fuerza del ejército que debía mantener la campaña en los Pirineos occidentales, esto es, en Navarra y Guipúzcoa, las dos provincias limítrofes de Francia en aquella zona eminentemente militar de la frontera. Expusimos también el papel que le tocaba representar á aquel ejército en el plan general resuelto en Madrid; el de una defensiva que, según la situación y las fuerzas del enemigo, pudiera tomar á veces un carácter ofensivo con el objeto de que aquél no pudiera socorrer ni reforzar á los demás de la frontera, particularmente á los del Rosellón. Sabemos, además, que iba á mandar el ejército español en

todo aquel territorio, comprendido entre los altos Pirineos y la costa del mar Cantábrico, el teniente general D. Ventura Caro, muy conocedor del país y militar de altas prendas, con reputación y prestigio que muy luego le veremos acreditar para gloria suya y de la patria.

Hijo cuarto del primer marqués de la Romana, había empezado á servir en 1747 á la edad de 10 años como cadete de Guardias Españolas; pero, hechos sus estudios, entró en los walonas con los que, desempeñando los primeros empleos, se halló en la campaña de Portugal y la expedición de Argel, donde vió morir á su hermano mayor, aun defendiéndolo con el mayor brío de los Moros.

Había asistido en 1776 á la expedición del río de la Plata y la colonia del Sacramento, desempeñando, además del mando de la caballería, el servicio de artillero é ingeniero que aprendió con el sabio Lucuce, su maestro en la escuela de Barcelona. Vuelto á España y hallándose en el campo de Gibraltar, fué destinado al sitio de Mahón, donde obtuvo el empleo de brigadier y el cargo de gobernador del castillo, acabado de conquistar, de San Felipe, aun cuando poco tiempo por venir á la Península con Crillón, que deseaba utilizar su valor y sus conocimientos en el sitio de Gibraltar. Tan meritorios fueron, con efecto, los que reveló Caro en aquella tan accidentada como funesta empresa, que, al hacerse la paz con la Gran Bretaña, fué ascendido á mariscal de campo.

Ejerció después cargos como el de inspector de las tropas de varias provincias, y comisiones del servicio de varia índole, una de ellas la de límites con Francia, tan conocida por los vastos estudios topográficos que se hicieron en su tiempo, en los que le sorprendió su ascenso á teniente general entre las gracias que Carlos IV otorgó al subir al trono; continuándola, sin embargo, hasta terminarla, á pesar de habérsele conferido la capitanía general de Cuba, que no quiso admitir. La de Galicia después le dió gran renom-

bre por las grandes obras que realizó en aquel antiguo reino, en las que andaba ocupado cuando se le llamó á Madrid para confiarle el cargo de general en jefe del ejército de Navarra y Guipúzcoa que le vamos á ver desempeñar.

Misión del ejército.

La misión de aquél ejército, ya lo hemos dicho, no era ni lo importante ni lo airosa que la del de Cataluña, y por las fuerzas con que contaba y la clase del terreno en que iba á operar se reduciría á la de una campaña de combates aislados y de puestos, sin consecuencia alguna decisiva, al menos en aquel año, para la suerte de la guerra. Ésa era, sin embargo, la que se le había impuesto; y, con llenarla, satisfaría á las exigencias del plan, que es lo que se esperaba y debía esperarse del valor de las tropas y de la pericia de general tan entendido y experto. La corta fuerza del ejército, pues que ya hemos dicho que debería constar de unos 16.000 hombres, bien que marchando, como en los Pirineos orientales, por cuerpos y destacamentos, tardaría mucho en reunirse en la frontera y recibir la organización que más conviniera, hacía imposible se pudiera concentrar en los pasos principales de la cordillera de donde partir combinada á una acción verdaderamente eficaz. Y como, según también anticipamos en el capítulo anterior, los Franceses se habían adelantado con la suya invadiendo nuestro territorio por el Baztán y era necesario, no sólo contenerlos en las irrupciones que aún pudieran intentar, sino escarmentarlos para que no volvieran á pensar en ellas, se hizo también necesario oponer á sus destacamentos otros tantos y arrebatarles sus posiciones ó dominarlas desde las que pudiéramos ocupar. Pero eran tantas á lo largo de la frontera, ya de suyo dilatada y ofreciendo tal número de pasos de uno á otro país, aun cuando dificilísimos si se exceptúan los de Roncesvalles é Irún, únicos propios para operaciones de alguna importancia, que forzosamente, contra la voluntad del general en jefe y todos sus planes, el ejército español se encontró

á principios de Abril tan diseminado como el francés, cuya organización le obligaba á atender á un territorio mucho mayor pues que abrazaba el comprendido entre el valle de Arán y el Océano. Es verdad que los fronterizos de uno y otro lado iban á tomar parte en la lucha como auxiliares de los ejércitos beligerantes. Los naturales de los valles del Roncal y Salazar ayudaron, con efecto, al nuestro por modo eficacísimo, ya sirviéndole en los puestos avanzados y como guías para sus operaciones, ya hostilizando á los de los valles franceses opuestos, que, con motivo de la guerra, olvidaban la deuda de los tributos que desde tiempo inmemorial tenían obligación de pagar á los nuestros. Los Franceses, de su parte, habían organizado hasta 10 compañías de cazadores Bascos que, emulando en actividad y energía con nuestros Guipuzcoanos y Navarros, se dedicaron á igual servicio; dándose, así, lugar á irrupciones, saqueos é incendios de uno á otro país que mantendrían cada vez más viva la lucha entre ellos [1].

Otra cosa, naturalmente, habría de suceder en Valcarlos, el Baztán y el Bidasoa guipuzcoano, donde la guerra iba á exigir operaciones en proporción de la naturaleza del terreno y del número y facilidad de los caminos. Ese era, por consiguiente, el espacio teatro principal de la lucha

1 Es curiosa la descripción que hace de aquellos montañeses el ciudadano B.*** (Beaulac) en sus «Memoires sur la dernière guerre entre la France et l'Espagne dans les Pyrénees occidentales» que habremos de citar muchas veces en esta narración. «Esas compañías, dice, estaban formadas casi del todo de hombres de gran talla, vigor y agilidad singulares; nacidos en las montañas, albergaban en sus pechos una pasión sin límites por la independencia, y sus diarias querellas con los habitantes de la parte española de la frontera habían encendido en ellos un rencor implacable contra esta nación; su porte altanero, su valor infatigable, su conocimiento perfecto de todas las sendas y pasos de las montañas, su lenguaje casi desconocido, sus gritos bárbaros y hasta su traje raro y sin uniformidad, todo contribuía á hacerlos el terror de los Españoles.»

¿Se nos querrá decir en qué se diferenciarían aquellos hombres de nuestros fronterizos con talla igual, el mismo lenguaje, el euskara, y traje parecido? En cuanto á lo de ser el terror de los Españoles, que se lo diga el ciudadano B.*** á los Roncaleses y Aezcoanos, de quienes por algo se reconocerían tributarios.

que iba á inaugurarse; y Roncesvalles, el puerto de Maya, Vera y Fuenterrabía constituían los puntos de observación y luego de partida sobre Saint-Jean-Pied-de-Port, los campamentos de Sarre, Jolimont y Hendaye, donde el ejército francés, mandado entonces por el general Duverger, había concentrado la mayor parte de sus fuerzas [1].

Así las cosas, los Franceses repetían sus anteriores irrupciones, penetrando el 20 de Abril, en número de unos 1.200, por Zugarramurdi, que saquearon y quemaron según su costumbre, sin que pudieran impedirlo 100 voluntarios de Aragón que estaban allí observando el campo próximo de Sarre. El general Caro, al saberlo, contestó á aquella agresión el 23 con el bombardeo de la fortaleza de Hendaye y el asalto de la montaña de Luis XIV, los cañones de cuya batería, contrapuesta á las nuestras de San Marcial, hizo clavar mientras se adelantaba á reconocer é insultar el campamento de Jolimont, establecido en el nudo de las comunicaciones de Vera y Biriatou con Urrugne y San Juan de Luz. Primer ataque.

Ese fué el primer trance de alguna importancia en aquella campaña; porque Hendaye quedó desierto con la fuga de sus habitantes, llenos de espanto, sobre todo cuando observaron el paso del Bidasoa por los Españoles que, después de rebasar la población, se extendieron por las alturas inmediatas en que fueron heridos el general Renier y varios oficiales franceses. El terreno de la derecha del río hasta cerca de dos leguas de la orilla, fué recorrido sin contra-

1 Aquí se abre una discusión semejante á la del capítulo anterior sobre el número de los combatientes de uno y otro lado de los beligerantes. Los Franceses nos atribuyen 30.000 hombres al principiar la campaña y se conceden para ellos unos 8.000. Pero, al romperse las hostilidades en Abril, ya confiesan la llegada de refuerzos á varios de sus campamentos desde Bayona y Toulouse, después la de los reclutas procedentes del llamamiento de 300.000, decretado el 21 de Febrero por la Convención, y poco á poco acaban por demostrar, *malgré eux*, que habían mentido en sus apreciaciones. Y, lo que antes dijimos: ¿para qué enviaron á Arán aquellos 4.000 hombres que, además, pertenecían á este ejército de los Pirineos occidentales?

rresto por nuestras tropas que, cinco horas después y ya quemado el inmediato campo de Biriatou, repasaban al suyo con la sola pérdida de 6 heridos; tal fué la consternación en que pusieron al enemigo [1].

Á esta acción, que no puede decirse empeñada pues que los Franceses no opusieron la resistencia que debía esperarse de ellos, siguió pocos días después la brillante del campamento de Sarre, que daría muy otros é importantes resultados. Y era necesaria; porque los republicanos habían dado á su jornada de Zugarramurdi tales proporciones cuando la notició á la Convención el representante Dartigoeyte, que los hubo que la tomaron por una hazaña extraordinaria. El desencanto, por lo mismo, resultó después más pronunciado y desconsolador.

Toma del campo de Sarre

Era el 1.º de Mayo y las columnas, preparadas la noche anterior á las órdenes de los generales Gil, Moreo y Escalante, debían desde Lesaca y Vera dirigirse sobre el campo francés, mientras el general Horcasitas, pasando el Bidasoa con 6 batallones, se establecería en las alturas que dominan los caminos de Hendaye, Urrugne y San Juan de Luz con el objeto de impedir á los Franceses su uso en favor de los de Sarre. El golpe no podía estar mejor pensado y el éxito correspondió completamente á su objeto.

La columna de Lesaca tenía que superar grandes obstáculos en su marcha por las condiciones del terreno que iba á recorrer sobre la izquierda francesa; así es que Caro, á fin de que la de Vera no se viese sola á las manos con el enemigo, se adelantó con algunas compañías que seguían el mismo rumbo, mandadas por su sobrino, el marqués

1 No la disimula Beaulac; pero haciendo luego eficaces las exhortaciones y las severidades del comandante Willot, quiere así como describir una reacción por parte de los Franceses que obligara á los Españoles á repasar el Bidasoa. No oculta, sin embargo, que al día siguiente sus compatriotas creyeron deber retirar su campo á la Croix des Bouquets, cerca de una legua de Hendaye en la carretera general.

de la Romana, y D. Jerónimo Cifuentes, y echando por delante 50 voluntarios de Echalar, con oficio de guías y exploradores, fué á dar con los Franceses en una borda ocupada por alguno de sus cuerpos avanzados. Aun dominado aquel puesto, que los Franceses defendieron bizarramente, no era dable sorprender el campamento, porque el coronel Lachapelette, que acababa de llegar con algunos refuerzos y tenía noticia de los proyectos de Caro, le salió al encuentro en la unión de los desfiladeros por donde los caminos de Echalar y Vera cruzan la montaña divisoria de aguas entre las del Bidasoa y La Nivelle. El paso estaba, además, interceptado por un pequeño reducto, que aquel jefe reforzó con dos piezas de artillería conducidas la misma noche del 30 de Abril en que recibió la noticia. Ni esas precauciones ni el ruido del asalto de la borda impidieron que los soldados de Romana, que avanzaban siempre, se apoderaran del reducto y de los violentos, no cesando por eso en la persecución de los que, no sin resistencia, los abandonaron. Lachapelette acudió naturalmente al socorro de los suyos, haciéndose preceder de un destacamento de su cuerpo, el 80 de línea, á cuya cabeza iba el heroico y legendario Latour d'Auvergne que tomó posición en el alto de Santa Bárbara que domina el camino de Sarre. Amanecía entonces, pero era tan densa la niebla que cubría aquellas montañas, que no se lograba distinguir los objetos ni aun á corta distancia; así es que hasta se llegó á creer que eran Españoles y no enemigos los que se oía moverse en la altura opuesta para formar su línea y establecer las varias piezas de artillería que llevaban [1]. Pero durante esas vacilaciones y reconocimientos, llegaron las columnas españolas y con ellas 8 piezas de

1 En esa duda, una parte de la caballería española anduvo reconociendo la posición enemiga; y sus movimientos, rechazados á veces por los granaderos de Latour d'Auvergne, les hicieron creer que eran otros tantos ataques en que la habían vencido y maltratado.

artillería, con 2 de las cuales, las primeras que se pusieron en batería, se contestó al fuego que ya habían roto los republicanos. El general Caro, comprendiendo que era preciso desalojarlos inmediatamente de la posición para no diferir el ataque del campamento de Sarre, destacó al marqués de Ferreras con un batallón de granaderos sobre el flanco izquierdo de los Franceses, que no tuvo tiempo para envolver porque, al observar su movimiento, se apresuraron á retirarse para defender de más cerca su campo. Hubieron, sin embargo, de abandonarlo también cuando, siguiéndolos nuestras tropas, lo cañonearon, introduciendo en las filas de sus defensores un desaliento, que ni el valor de Latour d'Auvergne ni la energía de Lachapelette lograron desterrar de sus tropas que, no por el número, igual al de las españolas, sino por su desorganización y anarquía, estaban incapaces de medirse con ellas. Su retirada á Ainhoué fué desastrosa, dejando en el camino piezas de artillería y heridos en número considerable; y sin la necesidad de ocupar el campo de Sarre y de destruirlo después, Caro hubiera podido hacerla más aún, aun cuando sus jefes trabajaron cuanto era dable por contenerla.

El campo, después de saqueado, se incendió por completo á fin de que no pudieran los enemigos utilizarlo en adelante; y las columnas españolas volvieron á sus anteriores posiciones sin haber sufrido sino muy ligeras pérdidas, las de 4 muertos y 20 heridos, tal había sido el desánimo y la impericia de las tropas francesas. Acorde Caro con la conducta seguida por Ricardos en el Rosellón y obedeciendo las instrucciones, como ya hemos dicho, generosas del gobierno, los vecinos de Sarre no tuvieron nada que sufrir, á pesar de las tropelías que los Franceses habían cometido pocos días antes en Urdax y Zugarramurdi.

Retirada del ejército francés.

Por poco que se estudien estas primeras operaciones del ejército español en los Pirineos occidentales, se comprende el plan de campaña que se le ha-

bía impuesto, defectuoso en otras circunstancias militar y políticamente considerado. El general Caro no debía ejecutarlo en el sentido altamente restrictivo que algunos han creído ver en las instrucciones que se le habían dado para la defensa de nuestro territorio. Aquellos ataques que, aun siendo eficacísimos y felices, acababan por la retirada de nuestro ejército al Bidasoa, daban tiempo con ella á los vencidos para reponerse bastante de sus pérdidas y organizarse de nuevo mientras que en los vencedores cabía, por lo mismo, entrase la duda de su propia y verdadera fuerza y del porvenir de gloria que pudiera esperarles, primero y más punzante estímulo de los ejércitos en campaña. El plan, según tantas veces hemos dicho, era hábil en cuanto á que España no tenía fuerzas suficientes para una ofensiva resuelta en los dos extremos de la cordillera pirenaica; pero es necesario estudiar de lejos aquella guerra para no suponer, como los que la hicieron, que el ejército de Caro estaba representando un papel que podría más adelante exponerle á perder el excelente espíritu con que empezó las operaciones que se le habían encomendado.

Porque en tanto que volvía á sus cantones de la frontera, los Franceses que, llenos de terror, la habían abandonado, se iban reorganizando, según ya hemos dicho, en Ainhoué y en San Juan de Luz, pero sobre todo en un nuevo campamento que el general Serván, al relevar á Duverger, estableció en Bidart con los refuerzos que á cada momento iban llegando á Bayona y la evacuación de Hendaye y Jolimont, ésta, es verdad, con todo el carácter de la derrota más tumultuosa. Los Españoles, con eso, lograron enseñorearse del fuerte de Hendaye, en que existían 12 piezas de artillería de grueso calibre; pudieron recorrer impunemente una vasta zona de la frontera hasta el curso todo de La Nivelle; y sin las nuevas instrucciones que su general en jefe acababa de recibir, habría logrado llegar á las mismas puertas de Bayona, donde sólo

reinaban el desorden más espantoso y la consternación [1].

El campamento de Bidart fué luego tomando cuerpo; y, entrando en orden las tropas, no sólo por la influencia personal del general Serván sino mejor aún por la que ejercía el aumento de las que diariamente llegaban de Toulouse y del interior de la República, no tardaron en establecer puestos en la margen derecha de La Nivelle y aun en adelantarse desde San Juan de Luz y de posición en posición hasta formar á fines de Mayo en Ciboure un nuevo campo con fuertes avanzados sobre la línea de montes, limitada al O. por el mar y al E. por la carretera general de Irún á Bayona.

Castel-Piñón y su conquista

Entretanto no andaban ociosas las armas en el otro extremo de la línea española, esto es, por la parte de Alduides y Roncesvalles. Los Franceses habían formado otro campo en una posición verdaderamente privilegiada que, además de dominar todo Valcarlos hasta la plaza de Saint-Jean-Pied-de-Port, base de sus operaciones por aquella parte, amenazaba de cerca todos los puestos de la frontera española y el del collado histórico de Ibañeta, entre ellos, paso de la cordillera entre Roncesvalles y Arnegui donde acaba nuestro territorio por aquel rumbo. Castel-Piñón era, con efecto, más que una posición, una fortaleza que, bien guarnecida, debía poner en cuidado á nuestra línea en su extrema derecha; y comprendiéndolo así los Franceses, habían añadido á las excelencias naturales de tal puesto, cuantas artificiales pudieron imaginar, bien con hondas cortaduras, bien con altos y espesos para-

1 Dice Beaulac: «La noticia de aquel suceso (el de Sarre) se extendió al instante á Bayona. La consternación se apoderó de todos los ánimos; el abandono en que se hallaba hacía temer con razón que el ejército español, cuya fuerza se exageraba, fuese á intentar el asalto de la plaza; soldados y habitantes, todos se pusieron en movimiento, ya para establecer la artillería en las murallas, ya para explorar las inmediaciones de la ciudad... No volvió la tranquilidad á los ánimos hasta que se obtuvieron noticias positivas de la retirada de los Españoles.»

petos en los varios escalones que van formando la montaña coronada por el castillo, bien presidiado entonces y provisto de artillería. Aumentaba la fuerza del sitio la circunstancia de su corta distancia á los Alduides, desde cuyo extremo oriental, el Lindus, ejercían y, si no, podían ejercer los Franceses una vigilante observación y un dominio difíciles de evitar sobre la cordillera y Valcarlos, amenazando siempre á los cuerpos españoles que se dirigieran al ataque de Castel-Piñon ó á Arnegui por el mismo hondo y áspero camino en que pereció la flor de la caballería de Carlomagno.

Pero si los Franceses tenían interés en conservar aquellas posiciones que les proporcionaban el pleno dominio de paso tan importante, mayor era en los Españoles, ya que desde ellas podría ser invadido el territorio en que se hallaban dos establecimientos militares como los de Eugui y Orbaiceta y pòner en peligro los puestos de Roncesvalles y Burguete en la carretera, siquier difícil pero siempre practicable, de Pamplona.

Viendo, pues, Caro despejado su flanco izquierdo con la retirada de los Franceses al campo de Bidart, se decidió á maniobrar por la derecha á fin de tener completamente expedita la zona toda comprendida entre las fortalezas de Saint-Jean-Pied-de-Port y Bayona, ya que no le era dado acometer la conquista de ellas, así por falta de medios como por las instrucciones que no cesaba de comunicarle la corte. Y, trasladándose á Burguete y haciéndose llevar en litera al sitio de la acción, aquejado por un ataque de gota de los que con frecuencia le asaltaban, el general Caro, puesto á caballo, se dirigió el 6 de Junio á la conquista de Castel-Piñón al frente, según acostumbraba, de sus tropas [1].

1 Muriel apùnta en su manuscrito una nota que no deja de ser curiosa, aun cuando hay que referirla á las acciones reñidas en las márgenes del Bidasoa cerca de Irún.

Dice así: «Se cuenta que el general en jefe Caro asistía en persona á todos cuantos combates se empeñaban en los Pirineos y que su esposa, no queriendo

Si en muchos días antes las nieves y las nieblas no habían permitido operar, aquél apareció algo despejado en las alturas de cuyas primeras posiciones y el camino particularmente lograron apartar la nieve los naturales, deseosos de que una acción victoriosa les permitiera utilizar sus viviendas, saqueadas á cada momento por los republicanos. La niebla apareció baja y cubriendo los valles inmediatos; pero, móvil como el viento, no dejó de elevarse á veces y con grave daño para los Españoles. Porque una de sus baterías, la primera y más avanzada que se estableció para combatir la posición de Urdenharria, un peñasco, según dice su nombre, que cubría la de Castel-Piñón, se vió, no sólo en la imposibilidad de hacer un fuego certero por impedírselo la niebla que la cubría enteramente, sino que permitió al activo y valeroso capitán Moncey, general tan conocido después en España, el acercarse impunemente con los cazadores fronterizos, cuyo mando se le había confiado, y acometer á nuestros artilleros con tal energía que muchos de ellos, con su brigadier D. Jorge Guillelmi y varios oficiales, resultaron heridos, aquél de gravedad, y aún fué ocupado alguno de los seis violentos que conducían. Afortunadamente se hallaba cerca el marqués de la Romana con sus compañías, llamadas de alternación, y atacando á los Franceses los hizo huir y dejó libre la batería [1].

perderle de vista durante la pelea, se situaba en la batería de San Carlos, que servía de puesto de señales para el ala izquierda del ejército. Con el telescopio en la mano seguía desde allí á su marido, expuesto á cada instante á morir como el último soldado, sin que la distrajese de su ocupación ni el fuego de 24 cañones que estaban al rededor de ella, ni las bombas que caían en la batería; el telescopio jamás tembló en su mano. Cuando cesaban las hostilidades, corría á los hospitales á aliviar la suerte de los militares enfermos y heridos.»

En la toma de Castel-Piñón, acompañó á caballo á su marido en varias de las peripecias de aquel reñido combate.

1 Los historiadores franceses dicen que Moncey clavó las seis piezas después de derrotar á los sirvientes y su escolta. Caro en su parte asegura que los Franceses intentaron llevarse una pieza y que Romana se lo impidió; pero después añade que ya no hizo uso de aquella artillería para el ataque de Castel-Piñón por falta de oficiales y artilleros. ¿Será exacta la versión francesa?

Pero huyeron también las nubes, volviendo á lucir el sol en la montaña; y los Españoles, haciendo avanzar nuevas piezas de su no escasa artillería, se apoderaron de Urdenharria y de cuantas posiciones encontraron, escalándolas intrépidamente hasta ponerse al frente del castillo, con cuyo fuego trataban sus presidiarios de proteger la retirada, mejor dicho, la fuga de sus compatriotas, presa del mayor pánico con los efectos de nuestras granadas, arma, dice uno, desconocida para ellos. Aquel debía ser el ataque de mayor empeño y el decisivo, puesto que todas las tropas francesas, sobre 4.000 hombres, se habían concentrado en los flancos y retaguardia de la fortaleza con su jefe, el general Lagenetière, resuelto á defenderla. Seis piezas, entre las que dos obuses, rompieron el fuego desde la segunda posición acabada de tomar; y con su apoyo acometieron la subida á Castel-Piñón nuestras tropas ligeras y las compañías de Romana que, secundadas después por algunos batallones que el general Gil situó en una altura próxima, fueron *palmo á palmo y dedo á dedo*, según dice el parte, *y ocupando los vivos el lugar que dejaban los muertos*, ganando terreno hasta el pie del fuerte, donde una carga de los dragones de la Reina dió término glorioso á la acción, dispersando las tropas de socorro, cuyo general rindió la espada á uno de nuestros oficiales.

Así, cayó en poder de los Españoles una fortaleza que, por su situación, el número de las tropas que la guarnecían y el de las de socorro establecidas ante la plaza inmediata de Saint-Jean-Pied-de-Port, pasaba por inexpugnable. Nuestros batallones, muy poco superiores en fuerza á los Franceses, la conquistaron en poco más de cuatro horas, con gran trabajo, es verdad, y pérdidas considerables; pero confirmando una vez más la reputación que desde el principio de la campaña adquirieron, así por el valor y la disciplina de sus soldados como por la pericia de su general.

Éste comprendió á los pocos días no deber conservar Castel-Piñón, cuya guarda, poco importante para las operaciones futuras de la guerra, era muy costosa para su presidio que empezaron á diezmar las enfermedades; y el 18 de Junio lo abandonó, inutilizando sus defensas y llevándose la artillería, las tiendas de campaña y hasta la tablazón de los barracones allí levantados, para con ella establecer los necesarios en Burguete, donde quedó un grueso destacamento en observación de aquella parte de la frontera. Aparecían hacia el Baztán nuevos enemigos, y era necesario salir á su encuentro, ya que los recién vencidos no quedaban en estado de reponerse, en condiciones, al menos, de repetir sus amenazas á Orbaiceta y Eugui en mucho tiempo. Habíanse acogido al recinto de Saint-Jean en tumulto y confusión que no hubo medio de calmar hasta la llegada de la noticia positiva de que los Españoles cesaban de perseguirlos desde la venta de Orisón, muy lejos todavía de aquella plaza. Sólo bastaron para tranquilizar á aquellos desdichados nueva tan feliz y la entrada de cinco batallones que se les envió desde el campo de Bidart; y, aun cuando, como sucede generalmente y con particularidad á los Franceses, á tal pánico siguió la esperanza de un desquite inmediato, pedido entonces con la más imprudente altanería, su nuevo general Dubouquet los contuvo por el pronto, y luego se dedicó á restablecer en sus filas el verdadero espíritu militar, el orden y la disciplina, único medio de poder aspirar más adelante á la victoria. Saint-Jean-Pied-de-Port recibió grandes mejoras en sus fortificaciones, que la excesiva confianza tenía descuidadas; alzáronse reductos en su derredor formando un sistema polémico bien meditado y robusto, y al poco tiempo se puso en estado tan respetable de defensa que hubiera sido una temeridad el atacarla.

Nunca pensó Caro en tal cosa, sino que, allanando, por el contrario, los muros de Castel-Piñón, se trasladó al

Baztán, donde, con efecto, había aparecido un cuerpo francés en són de invadir aquel valle, tan importante en los momentos en que por él se podía cortar la comunicación entre las dos alas del ejército español. Pero no fué necesaria la intervención de Caro en la defensa del Baztán; porque, al saber los Franceses en Errazu el desastre de sus camaradas de Valcarlos, se retiraron por detrás de los Alduides, temerosos de hallar interceptada su comunicación con la plaza á que aquéllos se habían acogido [1].

Ataque general á la línea española.

El general Serván, en tan tristes circunstancias para sus tropas, necesitaba un golpe de fortuna que le devolviera la opinión de que antes gozaba y le ofreciese alguna seguridad en unos tiempos en que del mando de los ejércitos á la plaza de la Revolución había la misma distancia que del Capitolio á la roca Tarpeya. Había reunido en Bidart y en las posiciones de Ciboure una masa muy considerable de tropas, sólo inferior á la de las españolas en su espíritu militar y su disciplina; calculaba que cuando el general Caro se mantenía siempre en el Bidasoa sin sacar fruto de sus victorias pasadas y recientes, debía ser por no contar con medios bastantes para una campaña ofensiva á que aquellos mismos triunfos parecían convidarle; y resolvió emprenderla él asaltando los puestos que sus enemigos ocupaban en la margen derecha de aquel río internacional. Así, á fines de Junio salieron de la línea francesa varias columnas que, dividiéndose después en otras más, acometieron la entrada en el Roncal, en el Baztán y en el terreno todo que dominaba la izquierda de nuestro ejército. Si al pronto, por efecto de su fuerza ó la sorpresa, lograron alguna ventaja, luego se vieron en la precisión de retirarse, tal fué la resistencia que se les opuso en todas partes. La montaña de Luis XIV

1 Tan desastrosa fué la retirada que su jefe, Mr. Désolimes, cayó muerto de fatiga y abrumado por el calor al pie de un árbol, sin que ninguno de sus subordinados le prestara socorro ni se cuidase de recoger después su cadáver.

cayó en su poder y costó mucho resistirlos en la extrema izquierda cerca de Hendaye; los Roncaleses, amenazados desde la Guimbalette, que domina su valle, tuvieron que llamar en su auxilio á los de Salazar, Lumbier, Hecho y Ansó, y á las tropas de línea más inmediatas; pero acabaron por penetrar en el territorio francés y saquearlo; y en Alduides, aun sorprendidas nuestras avanzadas de Izpegui y perdidos los atrincheramientos que cubrían aquel collado á favor de las nieblas que, densas como nunca, permitieron apoderarse de ellos á los Franceses guiados por los paisanos de Baigorri, el teniente coronel Cagigal, saliendo de Errazu con fuerzas de su regimiento de Asturias y haciéndose incorporar en el camino los fugitivos, recobró Izpegui y los puestos inmediatos de la cordillera, volviendo á dominar aquel alto valle tan conocido en España, su antigua dueña, con el nombre de *Quinto Real*.

Todos esos combates y otros poco posteriores cuya ninguna importancia revela el número insignificante de las bajas de uno y otro campo, son la mejor prueba de lo fielmente que se seguía el sistema defensivo, impuesto por el gobierno español para la guerra en los Pirineos occidentales. Allí no se hacía sino de puesto á puesto, entre los pequeños campamentos establecidos en la frontera y por grupos de tropas de los que no podía esperarse un choque bastante serio para representar lo que en el tecnicismo militar se llama una batalla.

Nuevo sistema de ataque.

Ese plan debía acomodar á los Franceses, pues que así hacían á la guerra á sus reclutas que, aumentando en número de día en día, formaban la mayor parte de aquel ejército. Esas frecuentes acciones sin resultado alguno decisivo y la seguridad que iban adquiriendo de que los Españoles, sujetos á un plan que ya parecía invariable, no se internarían en el país, lo mismo que la conducta de su general en jefe, atento á reunir en el campo de Bidart un núcleo de fuerzas disciplinadas, devolvieron al

ejército francés una parte de la moral que le habían hecho perder sus anteriores reveses. El general Serván, Delbecq, al sucederle, y el comandante Villot por su lado y como jefe de la vanguardia, fueron, al tiempo que reorganizando sus tropas con el fuego, haciéndolas avanzar de puesto en puesto y de colina en colina hasta llevarlas á la proximidad del Bidasoa, con el objeto, principalmente, de entablar en circunstancias favorables una acción general que las hiciese dueñas de toda la orilla derecha. Caro, tanto para hacer ineficaz aquel proyecto de los Franceses como para tener siempre expedito el paso, dependiente unas veces de las mareas y otras de haber de remontar el río á una distancia considerable en busca de los puentes, estableció uno de barcas cerca de Irún, que los enemigos trataron de inutilizar, pero con tan desgraciado éxito que, al intentarlo unas compañías de las famosas de cazadores bascos se vieron envueltas por los nuestros y hechas prisioneras después de haber experimentado bajas proporcionalmente enormes. Aquella lucha, incesante pero sin resultados, podría muy bien compararse con la de las olas del mar en su movimiento, continuo también, del flujo y el reflujo. Ya asomaban los Franceses al Bidasoa y á los altos valles del Roncal, Alduides y el Baztán reduciendo sus correrías al saqueo y al incendio de las aldeas y caseríos, todo lo más á la toma de algún puesto ó atrincheramiento encumbrado á las nubes; ya se adelantaban los Españoles á Sarre, Urrugne ó San Juan de Luz con fines no muy dispares de los de sus enemigos. Y como, al llegar unos y otros á los campos de concentración del enemigo, tenían que retirarse ante las masas, siempre imponentes, que se hacía salir de ellos, de ahí el ir y venir, el flujo y reflujo, el chocar diario y el ineficaz é inútil derramamiento de sangre en aquella campaña, reducida á no permitir que los beligerantes pudieran llevar sus respectivas fuerzas á otro teatro más importante de la guerra. Pero los Fran-

ceses, como luego haremos ver, comenzaban á iniciar en las demás fronteras de la República una serie de ventajas que les permitía atender á la de los Pirineos con refuerzos más necesarios, en su concepto, hasta entonces donde el peligro aparecía mayor, pues que amenazaba puede decirse que directa y hasta inmediatamente al corazón del territorio nacional. Y no terminaba el mes de Julio cuando el ejército francés, contando con 28.000 hombres ya enregimentados é instruídos, cerca de 2.000 caballos y otros tantos artilleros, con un material abundante y bien acondicionado para aquella campaña, se decidían á emprender una operación de que esperaban los mejores resultados [1].

Defensa de Biriatou.

Cuando más engolfados andaban los Franceses en sus trabajos de la línea de Ciboure á Hendaye abriendo caminos y levantando reductos bajo la inteligente dirección de Villot, el ataque de los Españoles á las posiciones de Urrugne dió á aquéllos ocasión de un desquite que hubiera podido resultar muy trascendental en la nueva situación de fuerzas y de ánimo en que principiaban á verse. Los granaderos de Latour d'Auvergne, después de rechazar el 13 de Julio á los nuestros, los habían seguido en su retirada hasta Biriatou, de que procuraron apoderarse atacando la iglesia en que se metieron

1 Si se quiere una prueba concluyente de la fuerza que el ejército francés de los Pirineos occidentales poseía ya en aquella fecha y en condiciones que no dejan lugar á duda sobre su buena organización, léase lo que escribía poco después un representante de la Convención, al señalar esas cifras, disminuídas, como es de suponer, para elevar el mérito de sus compatriotas. «Cuatro mil caballos ó mulas, dice, estaban empleados en los varios servicios del ejército. Formábanse buenos oficiales, aun cuando en silencio, en aquella guerra continua de puestos y con el ejemplo de los Moncey, Latour d'Auvergne, Willot, etc. La organización administrativa, creada por el comisario-ordenador Dubreton, había tomado una forma respetable y á pesar de la inexperiencia de sus primeros agentes, en ninguna parte sufrió la República menos pérdidas en sus provisiones, menos filtraciones (dissipations) en sus fondos y menos profusión en sus gastos.»

No nos vengan, pues, los Franceses hablando de la inferioridad de sus fuerzas, porque eran muy superiores á las nuestras, que no recibían ya en hombres y recursos sino aumentos insignificantes.

los Españoles. Varios fueron los asaltos dados por los Franceses con un valor y una obstinación que verdaderamente merecían otro éxito; Latour d'Auvergne, con un hacha en la mano, iba siempre delante dándoles ejemplo, y hasta llegó á la puerta misma de la iglesia esperando abrir en ella la brecha por donde penetrar y rendir á los defensores. ¡Trabajo inútil! Los Españoles resistieron felizmente á todos los ataques y el *primer granadero francés* hubo de retroceder, dejando al pie de la iglesia no pocos de sus valientes camaradas [1].

Esta acción y otra del día siguiente, más general, puesto que los Españoles dejaron sus puestos del Bidasoa para escarmentar á los enemigos en su propio territorio, mostraron á Caro la necesidad de cubrir la posición de Biriatou con fortificaciones que, bien guarnecidas, impidiesen á los Franceses establecerse sobre la margen del Bidasoa, en punto de donde podrían coger de revés toda la zona española de la derecha de aquel río en el Baztán. Así es que, á los pocos días, Biriatou se hallaba convertido en un pequeño campo atrincherado, con baterías bien entendidas y artilladas y con una guarnición suficientemente numerosa que, para mayor abundamiento, se puso á las órdenes del marqués de la Romana. Tan oportunamente se tomaron aquellas disposiciones, que al poco tiempo un nuevo general francés, Despréz-Crassièr, acometía la empresa de atacar la posición de Biriatou, esperando, si lograba ocuparla, cruzar el Bidasoa tras los fugitivos y destruir todas las baterías de nuestra orilla izquierda. Aquel plan llenó de entusiasmo á las tropas francesas, teniéndolo por de éxito seguro y decisivo, tanto más halagüeño cuanto

1 Distinguióse en la defensa de la iglesia de Biriatou la compañía de Úbeda, compuesta en su mayor parte de los contrabandistas de aquella tierra que, dejando su criminal oficio, obtuvieron el honor de ir á pelear en Navarra con los enemigos de la patria. En esa defensa murieron dos de ellos y salió herido de gravedad otro, á cuya mujer le fué señalada una pensión vitalicia por el valor que demostró y los servicios que hizo en tan brillante jornada.

que, si no estaba inspirado por los representantes de la Convención, había obtenido su completo acuerdo. Todo respiraba la atmósfera del triunfo en el campo francés, y no parece sino que iba ya á celebrarse con las hogueras que los Españoles distinguieron la noche del 29 de Agosto en todas las alturas al frente de su línea. Un cañonazo dió al enemigo la señal de su ataque, que fué todo lo enérgico que era de esperar en el entusiasmo que le dominaba. El general Caro, avisado por las fogatas y por el estampido del cañón, prematuro en concepto de los Franceses después de su derrota, comprendió al momento que Biriatou era el punto verdaderamente amenazado y lo reforzó en seguida con varias compañías de granaderos, así de linea como provinciales, cuyo fuego impidió el ataque y hasta la aproximación de los Franceses. No satisfecho, sin embargo, Caro de aquellas precauciones y de la de haber establecido en el puente próximo de Boga varios cuerpos de infantería y alguno de caballería para que hicieran frente á cualquiera invasión que intentase el enemigo por la parte de Vera, decidió hacer un movimiento de avance contra toda la línea de fuego francesa, á fin de terminar un combate cuyo éxito comprendía ya como feliz é inmediato. Y haciendo cargar á las tropas que tenía en reserva espiando las peripecias del combate frente á Biriatou, con tal ardor lo hicieron nuestros soldados, que á los pocos momentos se ponían los Franceses en completa retirada, que llegó á hacerse tan ignominiosa que costó la destitución y el arresto del general Despréz-Crassièr, de Willot y de varios otros oficiales, los que más confianza habían inspirado á los republicanos en su tan cacareada empresa. La magnífica posición de la Croix des Bouquets fué asaltada por nuestras tropas; y aun cuando los Franceses en una de sus reacciones y á favor del fuego de cuatro piezas de campaña lograron recuperarla, pronto se vieron obligados á retirarse, seguidos de cerca por nuestros valientes com-

patriotas que, en combinación con el general Urrutia y el marqués de la Romana, que se apoderaron de todas las posiciones de los Franceses, se extendieron hasta cerca de Urrugne, quemando cuantas casas encontraron en su marcha á fin de que después no sirvieran de abrigo á sus enemigos.

Esta victoria dejó al general Caro en disposición de reforzar sus posiciones de la derecha, logrando así rechazar otros ataques que los Franceses dirigieron contra Urdax y Zugarramurdi, persiguiéndolos después ejecutivamente los generales Urrutia y Horcasitas que habían salido de Vera y el puerto de Maya para hacerles frente y envolverlos.

Así, y á fines de Septiembre, la guerra no ofrecía en aquellos lugares otro carácter que el del pillaje y el incendio en los pueblos y caseríos de la frontera; tales eran los estímulos á que obedecían los revolucionarios de Bayona y el espíritu de venganza en que, contra tales atropellos, se inspiraban nuestros paisanos de la raya y los soldados que los protegían.

Campo des Sans-Culottes.

La consecuencia más inmediata de la acción del 30 de Agosto y de los reveses que acabamos de recordar, sufridos por los republicanos, fué la de siempre, lo mismo en los Pirineos occidentales que en los orientales, el cambio de general en jefe y de los representantes de la Convención; siendo nombrado para aquel mando el general Müller, y Monestier, Pinet y Cavaignac para ejercer, mejor que aquél, la autoridad suprema en el ejército poniendo en práctica los terribles medios que sólo podía consagrar el código revolucionario. Y vuelta al antiguo sistema de ir los Franceses avanzando de posición en posición hasta colocarse en las alturas que dominan el Bidasoa en la última parte de su curso, entre Hendaye y y el mar. Allí y en la colina donde se elevaba la ermita de Santa Ana formaron un campamento, á que en sus entu-

siasmos y extravagancias, naturales de aquella época en Francia, pusieron el nombre de campo *des Sans-Culottes;* todo él rodeado de fortificaciones hasta distancias muy considerables para, no sólo darle seguridad por su frente y flancos, sino tener siempre expedita su comunicación á retaguardia con lo que en su jerga revolucionaria llamaban irreligiosamente *Jean de Luz.* Las tiendas de campaña que alzaron el primer día, fueron muy pocos después relevadas por grandes y sólidos barracones, y las trincheras, en un principio abiertas para proporcionar abrigo momentáneo contra un ataque de los Españoles, fueron sustituídas por trabajos de fortificación, que los mismos Franceses no se recatan de llamar inmensos, para consolidar aquel nuevo establecimiento de que el célebre Latour d'Auvergne hizo centro de sus operaciones de guerrillero que tanta fama le dieron en su patria. Al ejército francés llegaban cada día refuerzos importantes en tropas y material, hasta el punto de considerarse, y con fundamento, de que con los reclutas que incesantemente venían de los departamentos franceses y los veteranos que enviaban los ejércitos de Bélgica y el Rhin podía contarse en el campo francés con cerca de 50.000 hombres [1]. En el español, por el contrario, no aumentaba la fuerza, según llevamos dicho, sino en muy corta medida, á punto de que la incorporación de un par de batallones y algún cuerpo de caballería y el alistamiento de unos cuantos voluntarios que enviaba al Baztán ó Alduides el conde de Colomera, capitán general de Navarra, se tomara por un refuerzo capaz de cubrir

1 Tan considerable era ya el número de las tropas francesas, que Beaulac confiesa en la página 68 de su obra que era muy inferior el de las españolas y que éstas cometieron el error de no fortificar el puerto de Maya ante *la gran superioridad* de los enemigos. Esto lo dice en la misma página citada; y poco más adelante, en la 71, menciona la marcha de 8.000 hombres al ejército de los Pirineos orientales, lo cual, así como la situación de su división del centro, compuesta de más de 6.000, demuestran que no era fuerza sino talento y genio emprendedor lo que hacía falta en el campo francés del Bidasoa.

la responsabilidad del gobierno en tan extraordinarias circunstancias.

Todavía se combatió otra vez antes de que el invierno paralizase las operaciones de la guerra, lo mismo en aquella frontera que en todas las demás de la república francesa. El general Caro, queriendo anticiparse á la acción, que suponía inmediata, de los Franceses viendo cómo se extendían sus columnas por la izquierda del nuevo campo inmediato á Hendaye y las que, en dirección opuesta, venían de los cantones y puestos de la frontera por la parte de Saint-Jean-Pied-de-Port, les acometió en toda la línea cuando ya iban á romper su movimiento contra la española. Las avenidas de Biriatou fueron reciamente disputadas y con éxito por el marqués de la Romana, acosado de cerca y por fuerzas muy superiores en número, y La Croix des Bouquets fué teatro de un combate encarnizado, quedando, como Biriatou, en poder de los Españoles. En el Baztán, por fin, y en los Alduides fueron también escarmentados los enemigos, rechazándolos el general Filangieri hasta meterlos en su propio territorio, quemándoles algunos de sus depósitos de víveres y haciendo en su regimiento de Cambresis un destrozo enorme. La Croix des Bouquets.

Parece que ahí debía acabar la campaña de 1793, ventajosa para los Españoles, si no en el grado eminente de la del Rosellón, quedando dueños en uno y otro campo de una parte, siquier pequeña, del suelo francés y demostrando una superioridad incontestable, no en el número de las fuerzas respectivas, que ya hemos dicho era muy inferior al de las francesas, sino en la iniciativa de sus generales y en el valor y la constancia de unos soldados siempre prontos á presentarse los primeros para la lucha y á resistir todo género de fatigas é inclemencias. El invierno, sin embargo, de 1793 á 1794 fué sumamente templado en la frontera de Navarra y Guipúzcoa; y dando lugar esa circunstancia á que no cesaran del todo las Acción del 5 de Febrero.

hostilidades en ella, fué rara la semana en que no se interrumpiese la tranquilidad de los dos campos opuestos con escaramuzas más ó menos vivas, según el objeto y los fines que las provocaran. Los Franceses eran los que aparentemente se presentaban más pacíficos; pero era con el propósito de, extendiendo sus fortificaciones cuanto les fuese posible hasta el alcance de nuestra artillería, preparar para la campaña sucesiva una acción que, apartándose de todo lo antes ejecutado, facilitara con el aumento de fuerzas de que disponían y una unidad perfecta en toda la extensión de su línea, la entrada en España, pensamiento elaborado en el cerebro de Müller con el acuerdo unánime de sus generales divisionarios y de los representantes de la Convención.

No pasó desatendido ese pensamiento por la mente del general Caro; así es que, á fin de retardar su ejecución ya que no pudiera impedirla en su día, y á pesar del tiempo, impropio entonces para ese género de operaciones, rompió el 5 de Febrero de 1794 con tres columnas que salieron de la línea del Bidasoa por Vera, La Croix des Bouquets y Hendaye, invadiendo en un momento todas las posiciones de su frente. Si la división del general Urrutia, que arrancó de Vera, no hubiera encontrado los entorpecimientos que se le opusieron en los caminos que siguió y las montañas que hubo de ir ganando, la derrota de los Franceses hubiera sido completa viéndose obligados á retirarse á la derecha de La Nivelle. La Croix des Bouquets fué conquistada á la bayoneta por nuestras tropas que inmediatamente establecieron en ella una gran batería, con cuyo fuego metieron el mayor espanto en el campo des Sans-Culottes y pudieron proteger el ataque de la tercera columna que, con alguna mayor insistencia de su parte y la llegada oportuna de la de Urrutia, hubiera quizás cortado la retirada á las divisiones francesas establecidas sobre el Bidasoa, y apoderádose, por lo menos, de todo el sistema de fortificaciones

de Ciboure á la ermita de Santa Ana y de cuanto material habían acumulado allí los enemigos. Nada menos que de violenta erupción califican los historiadores franceses la acometida de las tropas españolas en aquel día. Y sin embargo, el plan de campaña á que estaba sometido el general Caro y la tardía llegada de Urrutia al campo de las operaciones impidieron sacar todo el resultado apetecible de *punta* tan brillante sobre el campo enemigo.

Terminan las operaciones en el Bidasoa.

Ya podía darse por terminada la campaña: los Franceses, si antes de la última acción se manifestaban sin ánimo de emprender operaciones que les hicieran dueños del terreno nacional, devastado en cerca de un año de correrías, incendios y saqueos por sus enemigos menos quizás que por ellos mismos, después de aquella jornada sólo pensaron en fortificarse más y más, en asegurar la comunicación de sus campamentos con Bayona y en instruir á los reclutas que les llegaban cada día en mayor número. En las proporciones de aquella lucha, en que ninguno de los contendientes debía aspirar á resultados grandiosos y sobre todo decisivos, atentos principalmente los Franceses á impedir la invasión de su país por las provincias septentrionales donde intentaban abrumarlos el Austria y la Prusia, primeros factores de la gran coalición de que se veían amenazados, y procurando los Españoles llamar la atención tan sólo en las márgenes del Bidasoa para que Ricardos superase los obstáculos que se le opusieran en su marcha por el Rosellón, era muy difícil y sería muy raro que se entablasen acciones de las que bastara una para influir en tal resultado como el término de la campaña.

El general Caro, en su primera acometida, había logrado dejar despejada de enemigos la zona española de la frontera que antes insultaban aunque no impunemente, y hacer que desalojasen una fortaleza, la de Hendaye, y campos y establecimientos tan importantes como los de Biria-

tou, Jolimont, Sarre y Urrugne, hasta La Nivelle, segunda línea militar defensiva de su territorio. Y tal respeto, ya que no espanto tratándose de soldados tan bizarros, supo infundir en las filas del ejército francés, después particularmente de la de Castel-Piñón, que, aun siendo más numerosos que los Españoles, los republicanos creyeron no poder continuar la campaña hasta que, reorganizados en un campo bien fortificado y al apoyo de una plaza de guerra, con refuerzos considerables que se les enviara del interior de Francia y estableciendo una disciplina muy distinta de la hasta entonces revelada, pudieran medirse con sus enemigos con algunas mayores probabilidades de éxito. Pero, no bastando aún eso, los Franceses apelaron á un sistema, si ofensivo, tan tímido y lento, que más parecía que marchaban contra las obras de una plaza en un sitio regular y metódico que contra un ejército que los esperaba en campo abierto para combatirlos con sus maniobras y su fuego, más que con eso, con las bayonetas y los sables que eran las armas que le habían servido siempre para vencerlos. Ya se hallaban reorganizados en número más que de sobra al compararlo con el de los Españoles; ya se iban acercando al Bidasoa á la zapa y cubriendo de artillería sus obras de aproche y los reductos que habrían de darles seguridad en sus futuras combinaciones tácticas; parecía llegado el momento de tomar la iniciativa de que esperaban la liberación del suelo patrio; y no sólo salían escarmentados en su empresa de apoderarse de Biriatou y de envolver todas las posiciones enemigas de la frontera, sino que faltó poco para que, envueltas las suyas, tuvieran, como sus compatriotas del Pirineo oriental al campo de la Unión y Perpiñán, volver ellos al campo de Bidart y á Bayona, tomando en tan seguros recintos sus cuarteles de invierno.

El fin y los resultados de aquella campaña, que hay historiadores franceses que ni siquiera mencionan, no necesitan por parte de los Españoles de panegíricos que pudie-

ran creerse apasionados: nos los dan hechos los sucesos mismos de ella, siempre ventajosos á nuestras armas, y el concepto que inspiraban al gobierno francés. ¿Á qué, si no, aquel incesante relevo de generales; el aumento á cada jornada de los representantes que enviaba la Convención para con sus exageraciones revolucionarias, sus bárbaros mandatos y arbitrariedades, reanimar el espíritu del ejército, ya que no por sus prendas de talento y experiencia militares?

Causa pena ver que hombres de la talla intelectual del general Foy se empeñen en desvirtuar el mérito de la campaña de 1793 en los dos extremos del Pirineo, suponiendo paralizado el valor de los soldados españoles por la letargía del gobierno de Madrid y á sus generales torpes y sin talento. «El favorito, dice el eximio historiador de la guerra de la Península, formaba los planes de campaña y se ejecutaban mal, ignorándose la guerra de montañas. Queriendo estar en todas partes, no se estaba en ninguna. La guerra ofensiva tenía el carácter de la defensa cuando, por el contrario, la defensa de los Franceses ofrecía el carácter de la guerra ofensiva.»

¿Cómo creer en hombre tan distinguido ignorancia tan supina de los sucesos de aquella contienda?

«Que apenas se hicieron ver entre los Españoles algunos generales de segundo órden»: y entonces ¿qué calificativo deberíamos aplicar á los diez que venció Ricardos, Dagobert entre ellos, y á los cinco que á tan maltraer tuvo durante un año D. Ventura Caro? Es verdad que no los cita, baste que sean Franceses; y hace bien, para que no caiga ese borrón sobre los nombres de quienes se dejaron vencer por soldados entumecidos y generales que ni la guerra de montañas comprendían, mucho menos las grandes operaciones de los republicanos, que para fortuna nuestra no quisieron, sin duda, emprender en aquélla. Y no hay que achacar las derrotas de los Franceses, como nosotros, ha-

ciendo justicia al ardimiento y demás cualidades de sus tropas, las atribuímos al desorden y al abatimiento que en ellas producían los excesos revolucionarios y la inepcia de sus jefes; porque otro francés de tanto talento como Foy en nuestro sentir, Carrión-Nisas, y con experiencia también sobrada de la guerra en España, dice de los soldados republicanos de aquella época que «jamás valieron más por sí mismos ni ofrecieron más inteligencia, mayor ímpetu, ni más recursos individuales de toda clase». No; así no se escribe la historia: de ese modo se la desfigura, sin que gane por ello el crédito del autor ni la causa que se trata de defender.

Nosotros no necesitamos de apasionamientos para poner de manifiesto la razón de las victorias de los Españoles en 1793. Una autoridad excepcional nos da testimonio, y ése *de visu*, del resultado de la campaña en los Pirineos occidentales y de los motivos que lo produjeron. El ciudadana B... los expone así: «Sintetizando los resultados de aquella campaña, vemos que las ventajas fueron para los Españoles: destruyeron el fuerte de Hendaye y quedaron dueños de todo el curso del Bidasoa. Las cimas de los montes se ven cubiertas de sus soldados y atrincheramientos, y ocupan cuantos puede haber favorables para una defensa obstinada. La causa de esta superioridad de los Españoles consiste naturalmente en el cuidado que han tenido de estar siempre dispuestos á combatir y siempre antes que los Franceses.»

Para Beaulac no estaban entumecidos; y, á no estarlo el soldado, algo debe contribuir el espíritu, la vigilancia y el conocimiento de sus generales.

Don Ventura Caro reunía, con efecto, esas condiciones militares que es en vano pretendan desconocer sus adversarios. Ni los malos tiempos ni, lo que es peor, la gota de que adolecía con harta frecuencia, le impidieron presentarse siempre en el campo de acción de sus tropas; y si no

pudo ofrecer el espectáculo de las grandes batallas que Ricardos en el otro extremo de la cordillera que nos separa de Francia, á lo diferente de su misión debe atribuirse y á las condiciones en que se hallaban sus enemigos, no á la falta de aptitud en él para resolver en el gabinete y en los campos de batalla los grandes problemas de la guerra.

No fué atendido en las esferas del gobierno, donde se hizo poco caso de sus servicios por el desvío, quizás, que se observaría en él hacia el hombre de cuya mano poderosa arrancaban todos los favores como todas las gracias y recompensas. Él, Godoy, elogia por igual en sus Memorias á todos los generales que tomaron parte en aquella campaña; pero ¡qué diferencia entre ellos para el repartimiento del premio en sus servicios! Mientras á Ricardos y á Castelfranco se otorgaban mercedes y remuneraciones no escasas, á don Ventura Caro se le pretería con tales caracteres de desaire que al fin producirían su alejamiento del ejército con gravísimas consecuencias para el servicio del Estado.

No tardó mucho en sentirlas nuestra patria.

La guerra en Aragón.

En Aragón ofrecieron las operaciones de la guerra muy distinta faz. Lo encumbrado y áspero de la cordillera pirenaica que separa aquel antiguo reino de la Francia y la falta de caminos que la crucen propios para la guerra en escala y por métodos regulares, causas todas que habían servido para la fijación del plan de campaña, lo fueron también para la división de los ejércitos, de los que el del Pirineo central se ceñiría á observar la frontera y servir de lazo de unión entre los otros dos que iban á operar más activamente.

El príncipe de Castelfranco

Obtuvo el mando de ese ejército el teniente general D. Pablo de Sangro y de Merode, un prócer napolitano que, educado para la carrera eclesiástica, quedó á la muerte de su padre en libertad de elegir la á que le llamaban sus inclinaciones, presentándose en Madrid á sentar plaza, á la edad ya de 24 años, en la compa-

ñía italiana de Guardias de Corps que mandaba su pariente y protector el príncipe de Riccia. Tan eficaz había sido aquella recomendación que, cinco meses después, D. Pablo Sangro era nombrado exento de aquel real cuerpo, empleo equivalente al de coronel de caballería. No carecía de condiciones militares; y, aplicándose al estudio del arte y deseando distinguirse, fué con el duque de Crillón á Menorca, donde lo consiguió, justificando con sus servicios la rápida carrera que hasta entonces había hecho y dando mayor brillo al título de príncipe de Castelfranco que por entonces heredó de su hermano mayor. Brigadier desde aquella fecha, obtuvo el empleo de mariscal de campo al terminar la triste jornada de Gibraltar. Inspector general, después, de caballería, relevó al general Ricardos en el consejo de la Guerra y, como otros y D. Ventura Caro, fué ascendido á teniente general al subir Carlos IV al trono.

El secreto de tantos ascensos, el del mando del regimiento de guardias walonas que se le confirió en 1791 y la gran cruz de Carlos III, que obtuvo casi al mismo tiempo, estaba, por más que hubiera prestado servicios meritorios en aquellas dos célebres ocasiones de Mahón y Gibraltar, estaba, repetimos, en el favor que había sabido ganarse con su sagacidad, verdaderamente napolitana, para con D. Manuel Godoy, «cuya robusta privanza, dice don Jacobo de la Pezuela en la biografía que dejó manuscrita de Castelfranco, había éste sabido adivinar primero que la mayor parte de los cortesanos en Madrid».

Ese mismo favor que muy luego demostró haber olvidado, como los más altos deberes que le imponían su nacimiento, su carrera y la acogida que había obtenido de los reyes de España, le valió en Febrero de 1793 el mando del ejército de Aragón en que le veremos confirmar el concepto, ya enunciado, de sus prendas militares que no ha de escatimarle nuestra imparcialidad histórica en tan solemne ocasión como la de la guerra de España con la República francesa.

Acción de la Venta de Broset.

Ya dijimos en los comienzos del capítulo anterior que uno de los primeros hechos con que se inició aquella guerra fué la invasión de los republicanos en el valle de Arán. Si escarmentados en un principio, á pesar de su número considerable, y contenidos en los valles del Noguera Ribagorzana y del Cinca, al intentar el descenso por ellos á Monzón y Barbastro, primero por los voluntarios y somatenes sublevados á la vista del enemigo y después por las tropas que Castelfranco envió hacia aquellas altas tierras, los Franceses de Arán pretendieron bajar por el otro lado á las comarcas tributarias del Segre, con el objeto, sin duda, de combinar sus movimientos y su acción con la de sus compatriotas en la Cerdaña. La vigorosa oposición que hallaron en los habitantes del Noguera Pallaresa y los demás valles contiguos con el apoyo natural que habrían de ofrecerles las tropas de Lérida, Balaguer y la Seo de Urgel, y aquella inacción militar que pusimos de manifiesto en el territorio comprendido entre Puigcerdá y Mont-Louis, hicieron inútiles los esfuerzos de los Franceses por aquella parte de Cataluña, dirigiéndolos, como de rechazo, á la de Aragón, que quizás por eso considerarían de más fácil y hasta probable resultado.

También expusimos lo exiguo de las fuerzas señaladas para el ejército que bien pudiéramos llamar del Centro, como se ha llamado en otros tiempos al de Aragón al destinársele al mismo teatro y al objetivo mismo que el de aquella guerra. Claro es que en esas condiciones y en la de lo inaccesible del terreno en que iba á operar, sería insuficiente tal número de soldados para la guarda de una línea, como la de aquella frontera, de 30 leguas de extensión, entre la de Cataluña y Navarra. Había, sin embargo, en la cordillera algunos pasos con caminos que, sin ser carreteros ni mucho menos fáciles, ofrecían acceso á nuestro territorio, y, entre ellos, el que estaba destinado á cubrir la plaza de Jaca en los orígenes del río Aragón y el que ce-

rraba el fuerte de Benasque en los del Esera, tributario del Cinca, ya recorridos en armas aunque con inmensas dificultades en la guerra de Sucesión y en las mil algaradas que desde tiempo inmemorial han servido para hostilizarse los fronterizos de uno y otro lado del Pirineo central. Los del valle de Tena, donde nace el Gállego, y los de Broto, donde el Ara, no ofrecen por su parte salida á la tierra más llana del alto Aragón, pues que antes encuentran el obstáculo de la sierra de Guara y el de la Peña de Oroel que no es fácil se atrevan á franquear lòs invasores en las condiciones en que se ha de suponer deben llegar á ellos. La proximidad, sin embargo, de la plaza de Jaca á la primera de esas comunicaciones que acabamos de citar, la del valle de Tena, aconsejaría á Castelfranco hacer de Sallent, punto inmediato á Francia, la base de una agresión sobre el territorio republicano que constituiría uno de los pocos accidentes algo notables de la campaña. Si nuestra zona fronteriza no convidaba á la invasión por parte de los Franceses, no siendo ni lo frondosa, poblada y fértil que la suya, alguna ventaja ofrecía y algún estímulo á nuestros compatriotas una entrada por la vertiente septentrional, encumbrados como andaban hacía ya tiempo por las áridas mesetas de la cordillera, vigilando antes de la guerra el contrabando político de los revolucionarios é impidiendo después sus algaradas y rebatos.

Así, el príncipe de Castelfranco, una vez desembarazada de nieves la cordillera, y no habría de verse suficientemente limpia de ella hasta muy entrada la primavera, trató de, no sólo impedir cualquiera agresión que pudieran acometer los Franceses, sino de anticiparse á los que la intentaran en el valle de Tena por donde era de esperar según las noticias que llegaban á su cuartel general de Jaca. Ya que no hallaba en las inmediaciones de la raya puntos convenientes en que fortificar la posición del destacamento español que debía defender aquella entrada por donde po-

dría envolverse la citada plaza, pensó en procurárselos dentro del territorio francés junto á un campamento que los enemigos tenían fortificado y bien guarnecido de tropa y artillería en derredor de la Venta de Broset, objeto dos meses antes de un ataque de los nuestros que, sin duda por no darle importancia, la habían incendiado. Y el 30 de Junio penetraba Castelfranco en Francia con cuatro columnas, dos de tropas ligeras que, yendo por los flancos, se extendieran á envolver la posición enemiga, y otras dos de tropas de línea, á cuya cabeza se pusieron él y el duque de Granada para ocupar los puertos de Aneu y Lorade á que veníamos haciendo alusión. Los miñones de Zaragoza y los voluntarios de Álcega, después de mil trabajos por lo escabroso y nevado de las cumbres que hubieron de recorrer, y eso de noche, llegaron á su destino; y, al oir el cañonazo que su general en jefe hizo disparar desde Lorade, acometieron tan bizarramente á los Franceses del campamento que, con la sola ayuda de algunas compañías de cazadores que se les envió, penetraron en él é hicieron rendirse ó huir á los bosques próximos y á Gavas á los defensores, cuya pérdida ascendió á la de más de 100 muertos ó heridos, sus dos jefes entre aquéllos, 44 prisioneros, 2 cañones y una bandera, con unas 2.000 cabezas de ganado que se trajeron á España. La nuestra fué insignificante ya que el brigadier D. Juan Carrafa que, mandando los cazadores, rodó por el monte, pudo luego reponerse de las heridas que se hizo.

Irrupciones de los Franceses desde Arán.

Si por aquel lado de la frontera desapareció todo peligro de una invasión en las altas tierras del Aragón y el Gállego, y aun cabía esperar no se interrumpiese en el Pirineo central la tranquilidad relativa de que en él se gozaba, reduciéndose la acción de nuestros fronterizos y soldados á fortificarse lo posible en los pasos más conocidos para interceptarlos, todavía hubo de combatirse en los últimos días de Septiembre y primeros

de Octubre, así como para celebrar la despedida de la campaña en aquellos lugares que muy luego volverían á cubrir las nieves [1]. Los Franceses continuaban ocupando el valle de Arán con las fuerzas respetables con que lo habían invadido; tenían próxima la división del centro situada hacia Pau y Toulouse, de la que podrían valerse en ocasión que creyeran conveniente; y sea para ayudar á sus camaradas de la Cerdaña como antes, sea para distraer á los nuestros del ejército de Aragón de toda otra empresa, salieron por uno y otro lado de la alta hoya en que nace el Garona para derramarse por las vertientes del Noguera catalán y el Cinca. El 18 de Septiembre bajaron de Arán á Esterri y Escaló unos 1.500 Franceses mandados por el general Sahouquet, cometiendo, como siempre, todo género de excesos con los habitantes de aquel valle y de Pallas. No es la catalana gente que se deje atropellar sin vengarse; así es que al toque de somatén muy pronto se vieron aquellas montañas coronadas de valientes que, regidos por sus concejos, jueces y curas, subieron hasta de pueblos bastante lejanos de entre los del Noguera Pallaresa y corregimiento de Talarn. Seis días duró el pelear, tan rudo, que los Franceses, victoriosos en un principio y decididos á seguir en sus desmanes por aquel extenso valle, hubieron de replegarse el tercero á Esterri, donde se habían establecido su general y su adjunto consabido, el representante de la Convención. Eso dió tiempo á que aumentase el número

1 Fué muy notable la participación que tomaron los Aragoneses en la defensa de su frontera. Sin contar con los que tan valientemente acabamos de ver peleando en la Venta de Broset y luego veremos en Arán, Bielsa y Benasque, los pasos del Pirineo estuvieron siempre guardados por los paisanos de las cercanías. Existe en nuestro poder un autógrafo de Fr. Joseph Traggia, hermano del que escribió *El Anti-Tomista en las Cortes*, en que se cuenta cómo su tío, el brigadier del mismo nombre y apellido, recibió del capitán general de Aragón el encargo de armar las gentes de su gobierno y corregimiento de las Cinco Villas en la raya de Francia, y que en 26 de Febrero de 1793 tenía prontos en ella 500 hombres que hicieron el particular servicio á que fueron llamados durante toda la guerra, sin que los republicanos lograran nunca penetrar en el país por la parte que aquellos patriotas custodiaban.

de los patriotas en proporciones alarmantes para los republicanos que, al tener por fin noticia de que se acercaban tropas de Lérida y la Seo con el brigadier Rodríguez de la Buria, se volvieron el 24 á Arán, no sin escarmiento notable y dejando bastantes muertos, heridos y prisioneros en manos de los montañeses, dignos sucesores de aquellos almogávares que tanto espanto habían inspirado en las remotísimas tierras del Oriente.

Á tal irrupción, tan fácilmente rechazada, sucedió muy luego la de los valles de Bielsa, Gistain y Benasque con más fuerzas ahora, aunque no creemos que con el grandioso objeto que le atribuye, sin determinarlo, el príncipe de Castelfranco. Al ruido de los movimientos que se iniciaban en Arán, el general en jefe español se trasladó de Jaca á Benasque y con tal oportunidad que, al llegar á esta villa, ya nuestros destacamentos de la frontera próxima andaban á las manos con los Franceses. ¿Era el pensamiento de éstos el de una invasión formal que pudiera extenderse hasta las importantes poblaciones del Cinca inferior, Graus, Benavarre, Barbastro y Monzón, por donde amenazar á la plaza de Lérida, ó el de una diversión que llamara hacia sí al ejército español para atacar otros puntos que hubiera de desguarnecer? No es fácil calcularlo; porque en el puerto de Bielsa no hizo más que presentarse el 3 de Octubre una columna francesa, sin penetrar en nuestro territorio que pronto puso en seguridad el brigadier Carrafa con unos 300 ó 400 hombres de tropas ligeras; en el de Plan cruzaba el mismo día la divisoria otra fuerza enemiga dividida en tres columnas y era rechazada por el teniente coronel D. Mateo Arriola con algunas compañías de su regimiento de Zaragoza; y sólo en el de Benasque aparecían el 6 los republicanos en número y con artillería que hicieran presumir un ataque capaz de comprometer la suerte de nuestras armas. El ataque no se reducía al de aquel paso, á cuya inmediación los Españoles habían esta-

blecido un campamento apoyado á retaguardia en Benasque y su castillo, sino que debían descender otras fuerzas desde los puertos de Arán, combinando sus movimientos de modo que todas lo hicieran simultáneamente por el frente y los flancos de las posiciones españolas. Pero Castelfranco, vigilante siempre y activo, había hecho explorar el terreno y dispuesto por todas partes celadas con que responder á los ataques que de todos lados también le amenazaban. El día 6 las descubiertas anunciaron la aproximación de unos 5.000 hombres que con una fuerte vanguardia se dirigían al hospital que de antiguo se halla establecido en la cumbre para auxilio de los viajantes en los tiempos crudos que allí reinan la mayor parte del año. Pronto se reforzó el campamento con tropas de Aragón, walones y voluntarios del país, de los que, más avanzados aún, andaban algunos tiroteándose ya con los Franceses. Éstos se detuvieron, dejando el ataque para otro día; y el 8, como muchos que eran, se fraccionaron en varias columnas que desde las alturas del puerto y de las de Arán, que tenían ocupadas, emprendieron la bajada al campamento que se habían propuesto asaltar. Pero sus maniobras por los flancos los llevaron á nuestras emboscadas que desde las rocas y malezas de la montaña los ofendían gravemente sin recibir de su parte daño alguno. Por cuidado que pusieron los Franceses en dominar aquel obstáculo reforzando sus columnas de las alas mientras plantaban una batería de cuatro piezas contra el frente del campamento, mayor lo puso Castelfranco en enviar tropas y tropas en auxilio de los combatientes y en contestar con su artillería á la del enemigo, y con tal éxito que después de cuatro horas de fuego y de todo género de esfuerzos, perfectamente inútiles, se decidieron á retirarse para no volver ya en todo aquel año á intentar nuevas irrupciones en la escala, al menos, en que habían acometido aquélla. Todo el campo de la acción estaba cubierto de tropas que, aun cuando

poco numerosas, se hallaban bien repartidas é hicieron un fuego siempre muy vivo, y los paisanos de los pueblos inmediatos acudían á todas partes, como al final del combate lo hizo el duque de Alburquerque con cerca de 3.000 que desde localidades más distantes corrían á ayudar á sus vecinos con sus personas, armas, municiones y víveres.

Fin de la campaña.

Aquel fué el último episodio importante de la campaña de 1793 en los Pirineos centrales: pronto vinieron las tormentas del otoño y las nieves á hacerlos intransitables, y las tropas de uno y otro ejército de los beligerantes hubieron de establecerse en cantones más cómodos, dejando en los pasos de la cordillera los destacamentos absolutamente necesarios para impedir las correrías de los fronterizos.

Cuantas observaciones pudiéramos hacer acerca de la campaña de 1793 en general, las hemos ofrecido al lector en sus dos más importantes jornadas, las del Rosellón y el Bidasoa, únicas á que suelen referirse los historiadores que se detienen, siempre poco y con injusticia marcada, en el estudio y descripción de la guerra, llamada en España de la República. Nosotros, los Españoles, no debemos dejarla pasar desatendida; porque la campaña de 1793 constituye una de las glorias más puras de la nación; y no ya con las narraciones de nuestros compatriotas, que pueden aparecer apasionadas, ni con nuestros propios argumentos, sino con los terminantes de los que en momentos en que no suele desfigurarse la verdad, sobre todo si resulta adversa, la confiesan paladinamente. Ya hemos presentado datos de escritores contemporáneos de aquellos sucesos revelando el vencimiento de sus compatriotas los Franceses, principalmente en las márgenes del Bidasoa y La Nivelle; las Memorias de Cavanyes y de otros de los actores de la campaña del Rosellón han hecho ver sus reveses en aquel extremo del Pirineo en una lucha de la que Barrère decía á la Convención días después: «Los castillos se abandonaron, y

nuestro ejército está deshecho y totalmente derrotado.»

Esto se decía á los Franceses en todos tonos por aquel tiempo, en que, por lo mismo que las armas republicanas se presentaban vencedoras en las fronteras donde más les importaría el triunfo, dejaban de ocultar los desastres que sufrían en la española. Jomini en su magistral obra del «Tratado de las operaciones militares» pone bien de manifiesto esos desastres y sus causas, todas favorables á las condiciones del ejército español; el mismo Thiers, y esto es muy de notar en historiador tan parcial, declara nuestra victoria en la nube gloriosa de las alcanzadas por la Revolución en aquel año; y no hay quien con alguna lealtad recuerde aquellos sucesos, que los desfigure hasta negar que los Españoles fueron los únicos á quienes la *gran nación* no logró arrojar de su suelo.

«He aquí pues, como con harta razón dice Godoy en sus Memorias, un año del todo favorable á nuestras armas, una campaña entera mantenida con honor y con gloria en el largo y enredado espacio de nuestra frontera, donde todas las ventajas quedaron por nosotros, preservado nuestro suelo en todas partes de las armas enemigas, y ocupado más ó menos por las nuestras el de Francia en las dos avenidas principales de los Pirineos.»

CAPÍTULO VI

TOLÓN

Estado de la Francia.—Alzamiento de Tolón.—Entrada de las escuadras aliadas.—El almirante Lángara.—Los aliados ocupan Tolón.—Defensa de Tolón.—Le petit Gibraltar.—La Masque.—Napoleón Buonaparte.—Preliminares del sitio.—Acción del 30 de Noviembre.—Sus consecuencias.—Ataque del reducto inglés de L'Eguillette.—El del fuerte de Farón.—Celebran consejo de guerra los aliados.—Se resuelve el abandono de Tolón.—Pánico en la ciudad.—El incendio del arsenal.—Las escuadras evacuan el puerto.

UANDO tenían lugar en la frontera española los sucesos militares que acabamos de describir en los capítulos anteriores, presentaba la Francia en sus provincias del Norte el espectáculo de otra lucha parecida, pero más formidable, con los ejércitos alemanes de la coalición, y en las del Mediodía y Occidente el de la mayor anarquía y la guerra civil. La República se encontraba sola en tan colosal contienda y para mayor desgracia con enemigos formidables dentro de su misma casa. Á su principal y más encarnizado adversario, el Austria, hemos visto que al poco tiempo de su rompimiento se habían unido, primero la Prusia y luego la Cerdeña; y cuando la cabeza de Luis XVI cayó rodando en el patíbulo, no ya España, cuyo soberano habría de vengar tamaño atentado, sino que Portugal también y por fin la Gran Bre-

taña comprenderían que ya no eran compatibles con sus instituciones y su decoro comercio alguno político ni aun la paz con la Convención, manchada de sangre tan generosa y crímenes tan horrendos. Y, sin embargo, todos estaban ciegos, según Thiers; el emperador de Austria, el reyezuelo de Cerdeña y el monarca español por su parentesco, y la Holanda, llevada de sus pasiones aristocráticas, se armaban contra la Francia, la aliada natural y protectora de algunas de esas naciones; la emperatriz Catalina *por la frívola utilidad,* añade el célebre historiador, *de adquirir algunas provincias,* la Polonia nada menos, y la Inglaterra, en cuyo solo provecho redundarían tamaños sacrificios, siendo la enemiga, también natural, de todas y su explotadora en la guerra como en la paz y en el comercio general del mundo.

Pero si todo eso creaba para la Francia una situación muy difícil de salvar con fortuna, ya que la de las armas es tan voluble, la sublevación de algunas de sus más importantes ciudades y, peor aún, la de una provincia, toda ella levantando pendones por la causa monárquica, la agravaba á un punto de que sólo un esfuerzo, hasta entonces improbable, lograría sacarla airosa. Mientras la guerra internacional ofrecía sus vaivenes en Bélgica y el Rhin, donde la defensa parecía imposible para la Francia; de tantos enemigos acosada, á los que habría de añadir los Ingleses que pronto iban á entrar en acción y los Holandeses que ya asomaban por el Norte de los Países Bajos, combatidos por ejércitos desnudos y hambrientos, mandados por generales como Dumouriez, en vísperas de abandonar la patria, y Custine, próximo á sucumbir en la guillotina, el Mediodía manifestaba su desvío á la causa republicana sublevándose en Marsella, Lyon, Burdeos y otras poblaciones considerables por su vecindario y riqueza, y La Vendée, en Occidente, organizaba ejércitos prontos á medirse con los de la Convención proclamando el res-

tablecimiento de la monarquía y del culto católico. El *Tribunal criminal extraordinario,* la *Junta de salvación pública* y el triunfo de Marat no podían dar otros resultados; ni la derrota de Neerwinden y la evacuación de la Bélgica, como los triunfos de los Españoles en la frontera pirenaica, dejarían de animar á los disidentes para sus proyectos de restauración en unos, y para mantener, en otros, sus rivalidades de localidad con París, sostenidas en la Convención por el partido, ya en riesgo, de los Girondinos.

Lyon, devorada por las facciones á que tanto calor daba su condición eminentemente industrial y mal avenida con las exageraciones que predominaban en París y la tiranía de su municipio, compuesto de lo más abyecto de la ciudad y regido por el sanguinario Chalier, se había alzado en Mayo de 1793 y se vió, aun protestando de su adhesión á los principios revolucionarios, obligada á resistir las imposiciones de la Convención que mandó contra ella un ejército de 60.000 hombres que acabaría por reducirla. Estériles resultaron los esfuerzos hechos por la mayor parte de los pueblos de la Provenza para socorrer á Lyon; el general Carteaux, enviado por Kellermann desde el ejército de los Alpes, dispersó las tropas que se dirigían á la ciudad sublevada y tras de ellas y con ellas penetró en Marsella, que volvió á sufrir todos los furores de los que ya no encontraban otra manera de gobierno que el del Terror.

Alzamiento de Tolón.

En estado semejante y alentada con el ejemplo que ofrecía todo aquel territorio meridional en que, aun habiéndose aceptado la Constitución de 1791, predominaban el espíritu religioso y el de la antigua monarquía francesa, los Toloneses habían rehusado también la obediencia á la Convención, manejada ya sin contrapeso alguno por Robespierre y sus feroces satélites. Érales ya al clero, á la nobleza y á la misma clase media insoportable el yugo que pretendían imponerles los jacobinos ó montañeses, que en Tolón no eran otros que los de la

clase más baja y tumultuosa del pueblo. Y no satisfechos los sublevados con su primer triunfo y temerosos de que las tropas de la Convención que operaban en la provincia sometiendo, según acabamos de decir, á los demás pueblos acordes en un todo con el alzamiento de Lyon y Marsella, pudieran dirigirse contra ellos para de nuevo sujetarlos, se decidieron á llamar en su auxilio á la escuadra inglesa que surcaba el mar frente á su magnífico puerto. Eso era tanto como divorciarse completamente de la Francia revolucionaria; y aun cuando quiso resistirlo el contraalmirante Saint-Julien, segundo jefe de la escuadra francesa allí surta, compuesta de 22 navíos, 8 fragatas y otros 25 barcos de menor porte, los Toloneses dispusieron los fuertes de tierra para hacer respetar su voluntad y, al saber la entrada de Carteaux en Marsella y el peligro que corrían, hicieron encender los hornos de las baterías de la rada, decididos á someter inmediatamente la flota ó á quemarla.

Saint-Julien tuvo que huir con algunos pocos de sus barcos, aunque para presentarse luego á los aliados que lo enviaron á Barcelona; pudieron Ingleses y Españoles penetrar en la bahía, y se proclamó en la ciudad á Luis XVII como legítimo heredero del trono de Francia [1].

1 Es tan interesante la narración que hizo de aquellos sucesos Gauthier de Brécy, testigo presencial de ellos, que creemos deberla comunicar á nuestros lectores. No somos de la opinión, por respetable que sea, de D. Modesto de la Fuente á quien, dice, no *le incumben los pormenores del sitio, ataques y reconquista de Tolón*, en que los Españoles tomaron parte tan principal, y los recordaremos en la escala que exige la presente historia. Otra cosa sería tanto como renunciar al relato de toda expedición más ó menos lejana de la madre patria, de que hay ejemplos honrosísimos para España, y nosotros creemos que todo lugar donde pelearon nuestros compatriotas ó impusieron sus leyes constituye uno digno de memoria y admiración en la historia del país.

He aquí el párrafo dedicado por Gauthier de Brécy á los últimos momentos del alzamiento de Tolón: «Entretanto, dice, los habitantes de Tolón eran presa de las angustias más crueles, del temor y la incertidumbre. Se acababa de saber que el ejército de Carteaux se veía á las puertas de Marsella y que el marsellés, mandado por M. de Villeneuve, andaba disperso y fugitivo. Por otro lado, la escuadra rebelde seguía resistiendo á las secciones y amenazaba atacar á la ciudad, teniendo Saint-Julien todo dispuesto para el combate. Los Tolone-

Al entablar el almirante Hood sus negociaciones con los Toloneses para la toma de posesión de aquella insigne ciudad y de su puerto y arsenal, la escuadra española al mando del teniente general D. Juan de Lángara, destinada á cruzar frente á las costas de España y Francia en apoyo del ejército de Ricardos, tuvo aviso, por un barco enviádole por Hood, de suceso tan trascendental para el éxito de aquella guerra, é inmediatamente se hizo á la vela á fin de aprovecharlo. Tanta fué su diligencia que, habiendo dejado la costa española la mañana del 27 de Agosto con 17 navíos, una fragata y un bergantín, se presentaba al día siguiente frente á Tolón, donde recibió una carta de la ciudad pintándole las tristes circunstancias en que se hallaba y la urgencia de su socorro [1].

Entrada de las escuadras aliadas.

Por aquello de que parece menos bochornoso atribuir las propias desgracias á los poderes más altos ó robustos, los Franceses, al recordar la de Tolón, suelen referirse á los Ingleses en cuanto á la entrega de su famoso puerto de

ses habían, á su vez, puesto en estado de defensa y aun de hostilidad las baterías de tierra, la Royale entre ellas, y la de la grosse Tour. Los hornillos de esas baterías estaban ya encendidos y su comandante no esperaba más que la señal convenida para disparar sobre la flota, anunciándose así una próxima lucha. Se temía que cualquier obstáculo imprevisto se opusiera á la ejecución de las promesas hechas por el almirante inglés; creyéndose, y no sin razón, que no se presentaría á tiempo de impedir las desgracias de un combate sangriento entre la ciudad y la escuadra francesa. En medio de estos temores se recibió la noticia de la toma de Marsella, y no hubo lugar á duda alguna en ese punto cuando se vieron llegar las reliquias del ejército de Villeneuve y el número considerable de ciudadanos de todas clases que venían pidiendo refugio y hospitalidad á los de Tolón.»

1 Parte de la escuadra española, á las órdenes del general D. Francisco Borja, había anteriormente prestado un gran servicio al rey de Cerdeña, recobrando para él, en Mayo de aquel año, la isla sarda de San Pedro, de que los Franceses se habían apoderado; y eso á pesar de que aquel soberano no había enviado á España los 8.000 infantes y 4.000 caballos á que le obligaba el convenio de Aranjuez de 14 de Junio de 1752. Los buques franceses que guardaban aquella isla y las próximas, fueron presa de los nuestros, y el 25 del mes citado capitulaban el castillo y los buques entregando toda su artillería y útiles de guerra, y siendo embarcados sus defensores y tripulantes como prisioneros de guerra.

la costa mediterránea; pero consta de una manera incontestable que el almirante Hood, no sólo avisó á Lángara de las intenciones de los Toloneses para que se le uniera inmediatamente, sino que no se permitió entrar en la rada antes de hacerlo la escuadra española. «Entraron, dice el parte de Lángara, las escuadras en el puerto á un mismo tiempo bordeando, precedidas de los dos comandantes generales y mezclados los navíos, pero en disposición de poder forzarlo; y á las once del día (del 29) no quedaba uno á la vela, sin que en tan difícil maniobra hubiere el menor descalabro.»

El almirante Lángara.

Era D. Juan Lángara uno de los generales más ilustres de la marina española, tan entendido en el arte naval como experto en la lucha con los elementos y los hombres. Vascongado de origen aunque nacido, según parece, en la Coruña, hacía 43 años que comenzara la carrera bajo la dirección de su sabio maestro D. Jorge Juan que, después de elegirle para el curso extraordinario de las matemáticas sublimes, le había enviado á París á completar su instrucción; con lo que, al practicar sus estudios en los mares, mereció muy pronto, como dice en su biografía el vicealmirante D. Francisco de Paula Pavía «el concepto de oficial sobresaliente, de quien se echaba mano en todas las ocasiones de importancia y sobre todo para las navegaciones difíciles». Pronto obtuvo, de consiguiente, mandos de buques y aun de escuadras con que recorrió los mares más apartados y peligrosos y tomó parte en combates que, si desgraciado alguno, como el del cabo de San Vicente, le sirvieron todos para revelar las altas dotes de inteligencia y de valor que lo encumbraron á los primeros puestos de la marina. Por eso en 1793 fué elegido para el mando de la escuadra que debía bloquear las costas francesas del Mediterráneo, teatro de la lucha que acabamos de describir, y con la que le vemos ahora aparecer en las aguas de Tolón.

Antes de penetrar en la rada había Lángara nombrado al jefe de escuadra D. Federico Gravina, para que con varios navíos protegiese el desembarco de unos 1.000 hombres que, á las órdenes de un capitán de navío, ocuparan los fuertes exteriores y la plaza en unión con los Ingleses. Entretanto, los dos almirantes harían desarmar los navíos franceses allí surtos; quedando así aquel magnífico establecimiento naval bajo la protección de las dos naciones aliadas y á la sombra de la bandera legítima de la Francia, que se hizo tremolar en todas partes. Los aliados ocupan Tolon.

Era además urgente poner la plaza de Tolón en estado de defensa, ya que el general Carteaux, vencedor de los Marselleses y de todas las agrupaciones realistas y federales que se habían levantado en la Provenza proclamando al soberano legítimo ó en són de protesta por los atropellos de la Convención, podía presentarse de un momento á otro y destruir de un solo golpe la obra toda de restauración emprendida por los Toloneses. Ya el día 30 fué necesario hacer una salida de la plaza con 500 hombres, 200 entre ellos de la marina inglesa, para dispersar una fuerza de los convencionales que se había adelantado á Ollioules, punto próximo que poco después serviría de cuartel general al ejército que se preparaba á emprender el sitio de la ciudad rebelde. Era, pues, urgente llevar á Tolón fuerzas terrestres que lo defendiesen; y las dos escuadras, española é inglesa, destacaron parte de sus buques á fin de poder conducir de Cataluña, Gibraltar, Génova y Nápoles tropas de las cuatro naciones que, representando á la coalición, se emplearan en asegurar aquel emporio para el soberano de la Francia que acababa allí de proclamarse. Y contribuyendo el general Ricardos con varios regimientos de infantería, sacados de su ejército á favor de las victorias que acababa de obtener, la guarnición de Gibraltar con 2.000 de sus soldados, y Cerdeña y Nápoles con los que

les permitían sus diversas atenciones de los Alpes y la costa, se formó en Tolón una fuerza de hasta 16.000 hombres que se dividieron bajo el mando de sus respectivos jefes las posiciones más convenientes para contrarrestar el ímpetu, primero, del ejército de Carteaux y después el de Dugommier que, con las eficacísimas inspiraciones del comandante de artillería Buonaparte, había de destruir la halagüeña esperanza de los Toloneses y sus aliados, la de asentar allí la piedra fundamental del gran monumento de la restauración en Francia [1].

Como los almirantes habrían de quedar en la rada con sus respectivas escuadras, se convino en que el general inglés O'Hara, que llegó al poco tiempo, se hiciera cargo del gobierno de la plaza. El general Gravina obtuvo el mando de las tropas españolas que, según iban llegando de la Península, eran dirigidas á los fuertes exteriores, quedando el menor número en alojamientos que por su desnudez, ya que ni camas sé pudieron proporcionar en ellos, produjeron un gran malestar en los alojados y no pocas enfermedades. Y como lo urgente del servicio á que habían sido llamadas aquellas tropas al embarcarse en España, no había permitido proveerlas de lo necesario para resistir la intemperie y las privaciones consiguientes al destino que se las diera en la defensa de una plaza cuya primera atención sería la de tener muy alejado al enemigo para resguardar la escuadra de sus fuegos, fueron no pocas las privaciones y miserias que hubieron de sufrir; haciéndose,

1 De las tropas españolas llegaron á encontrarse en Tolón batallones de los regimientos de Córdoba, Mallorca, Hibernia y Málaga, todos de línea, del suizo de Betschart, de los provinciales de Mallorca y de Chinchilla, algún batallón de marina y un fuerte destacamento de artillería.

Desde ahora podemos valernos para el estudio de tan interesante episodio de la Revolución francesa, de la obra monumental que, con el título de «Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III», empezó á ver la luz en 1858, siendo hoy la fuente más copiosa y fecunda en datos para la historia del ciclo de glorias militares que constituye el mayor motivo de orgullo de la Francia.

eso sí, más gloriosa con eso aquella excepcional campaña [1].

Las fortificaciones de la plaza estaban bastante descuidadas cuando fueron los aliados á ocuparlas, y hubo necesidad de hacer en ellas reparos importantes así como de ocupar en las cercanías las posiciones de mayor relieve y más ventajoso dominio sobre las de los futuros sitiadores, atrincherarlas y guarnecerlas de tropas y artillería. Los habitantes se mostraron desde el primer día agradecidos á la intervención militar de nuestros compatriotas, en quienes veían la generosidad y desapropio que les distingue en ocasiones, como aquélla, patrióticas á la vez que humanitarias. No así con los Ingleses, cuyo orgullo llegó á hacérseles insoportable; lo cual, unido á la idea de que aquellos insulares, siempre utilitarios, mejor que la cooperación á una causa justa y altamente política como la de la restauración monárquica en Francia, buscaban el absoluto dominio en los mares por la destrucción ó el acaparamiento de las escuadras de su secular enemiga y rival, produjo en el pueblo un disgusto notable y en las autoridades los rozamientos á que tantas y tan trascendentales causas habían de dar lugar. El almirante y los Sres. Elliot y O'Hara, comisarios plenipotenciarios del rey de la Gran Bretaña,

1 Tenemos á la mano la correspondencia que el distinguido coronel de artillería D. Vicente María de Maturana, autor de varias obras sumamente apreciables sobre el servicio del arma en que servía, sostuvo por aquel tiempo con el marqués de Iranda, á quien remitió un diario bastante circunstanciado del sitio de Tolón, el cual nos servirá, sobre todo, para rectificar las varias relaciones publicadas en Francia, las mismas *Gacetas de Madrid* y particularmente los despachos de Napoleón. Si en estos primeros se observa alguna mayor sinceridad de la que demostró en sus boletines cuando ya mandaba los ejércitos como general en jefe, cónsul ó emperador, ya se ve al joven comandante de artillería entregarse á aquellas fantásticas descripciones que revelaban el carácter, verdaderamente oriental, que acabó por caracterizarle.

En cuanto á la situación de los Españoles al desembarcar en aquella plaza, dice el Sr. Maturana en una de sus primeras cartas, la de 20 de Noviembre: «Los temporales son terribles y las tropas padecen mucho bajo las simples tiendas, pero sin comparación más los Españoles pues están casi desnudos, sin mantas ni capotes ni aun para las centinelas, hasta ahora que se van haciendo algunos para ellas, de modo que tenemos una pesada campaña de invierno.»

publicaron una declaración en que S. M. B., á vueltas de dar seguridades de su conformidad con las leyes que desde antiguo regían en Francia aunque con las modificaciones que se creyeran convenientes, se atribuía para sí solo la dirección de todos los asuntos, así administrativos como civiles y militares, de aquella ciudad y de cuantas pudieran sus naves y tropas arrebatar en adelante á los revolucionarios franceses. Esa era la política tradicional inglesa, y no era de extrañar por los que hubieran podido observarla en la historia principalmente de aquel siglo; así es que se creó en Tolón tal estado de desconfianza en unos, de celos y mortificadoras preocupaciones en otros, y de disgusto en cada uno y todos los aliados, no Ingleses, que pronto se traduciría en discordia y en el malogro, por fin, de una empresa que antes inspiraba las más halagüeñas esperanzas.

Defensa de Tolón.

Antes de que estuviesen reunidas todas aquellas tropas, pero antes también de que hubieran llegado las revolucionarias que acudían del ejército de los Alpes para formalizar el sitio que inmediatamente trataron de poner las de Carteaux, procedentes de Marsella, raro fué el día en que no tuviera lugar algún choque en las inmediaciones de Tolón. Ya hemos dicho que al siguiente del de su entrada había sido necesario rechazar una fuerza de los convencionales que se presentó en Ollioules; y, desde entonces, con objeto semejante y el de proteger la construcción de atrincheramientos ó fuertes en las posiciones inmediatas, hubo que trabar con los revolucionarios una lucha que no cesó hasta el abandono de aquella plaza y de su puerto. El 6 de Septiembre el teniente coronel Bret, con tropas de su regimiento de Hibernia y algunas de Mallorca, desalojó á las francesas de la altura de Santa Bárbara á que habían avanzado desde las del grande y pequeño Zervau; pero el 7 fué preciso abandonarla por falta de municiones y la presencia frente á Ollioures de toda la división Carteaux, cuyos progresos por el camino de Marse-

lla hubo que contener con una salida de fuerzas de todas naciones, dirigida hábilmente por el brigadier Izquierdo, al apoyo de otras de Gravina. Así se continuó escaramuceando hasta el 18, en que los enemigos descubrieron ya varias baterías para hostilizar á los buques ingleses y españoles acoderados á la costa, y el 20 en que, temerosos los almirantes de los estragos que pudiera sufrir la escuadra si no se ocupaba alguna posición desde la que se impidiera el alcance de la artillería sitiadora, construyeron un robusto atrincheramiento en L'Eguillette, el histórico *Petit Gibraltar* designado por Buonaparte como la llave de Tolón.

Le Petit Gibraltar.

Se conoce que ya había llamado la atención de los Franceses, porque el 21 atacaron aquella altura con fuerzas considerables divididas en tres columnas; pero atraídos con hábil astucia por nuestras avanzadas hasta el pie del atrincheramiento, bien provisto ya de artillería y municiones, obtuvieron tan terrible acogida que, sin la oscuridad del crepúsculo, lo próximo de un bosque al cual se retirarony el cansancio de los defensores, hubieran sido completamente destruídos. Si los Franceses continuaron levantando baterías á cuyo fuego contestaban nuestros navíos, las flotantes y bombardas, Gravina las levantaba también en los puntos más importantes para la defensa, armándolas con piezas de grueso calibre que no pocas veces desmontaron las del enemigo. En los días del 25 del referido mes de Septiembre al 1.º de Octubre la lucha se encendió más y más según llegaban refuerzos á uno y otro campo; logrando, empero, los aliados rechazar cuantos ataques y asaltos intentaron los Franceses sobre los fuertes de Farón, Pomets y la Masque.

El ataque de esta última posición constituye una de las glorias más puras de Gravina, á quien valió una corona de laurel que las secciones de Tolón le ofrecieron al pie del lecho á que fué llevado gravemente heri-

La Masque.

do, y el ascenso á teniente general de la armada que le otorgó su soberano. Se había perdido la posición de la Masque, que domina el fuerte de Farón; y siendo necesario recuperarla antes de que el enemigo la artillara, la atacó Gravina con 1.500 Españoles, Ingleses, Sardos y Napolitanos, ganando la altura hasta muy cerca del reducto en construcción que la coronaba. Le esperaban los Franceses en dos líneas avanzadas que los aliados arrollaron luego, echándolos por fin de la posición después de causarles muchas bajas; pero no sin experimentarlas y, entre ellas, la de Gravina que, herido en una pierna, quedó inutilizado por casi todo el tiempo restante del sitio, y las de varios oficiales extranjeros y el español D. Carlos O'Donnell, padre después de nuestro primer duque de Tetuán. «Recibid, decían á Gravina los comisarios de Tolón, este ramo de laurel, que siempre fué el premio de la victoria; este homenaje sencillo y modesto es muy propio de guerreros que más bien combaten por la humanidad que por la gloria: haced partícipes de él á los compañeros de vuestras armas, á aquellos generosos soldados dignos de pelear á las órdenes de un Xefe tan intrépido.»

Se conoce que Gravina se había mostrado tan temerario en el combate que, á renglón seguido, añadían aquellos señores: «Émulo de los héroes de la antigua Grecia; permitid en fin á unos hombres cuyo amor habéis adquirido tan justamente, os rueguen que moderéis vuestro ardor guerrero; y que conservéis para nosotros y para vuestros intrépidos soldados los preciosos días de su denodado Xefe. Aquiles, el invencible Aquiles no era invulnerable: no nos expongáis, pues, á que los sentimientos de alegría debidos á vuestro valor y á vuestras gloriosas victorias sean acibarados con lágrimas de dolor» [1].

1 Este es, en nuestro concepto, el lugar más propio para decir quién era el general Gravina.

Había nacido en Palermo de padres que, descendiendo de los reyes españo-

Á esa acción siguió la del día 8 del mismo Octubre, muy notable para nuestro propósito, pues que la circunstancia de haber clavado los Españoles tres cañones de á 24, uno de á 6 reforzado y dos morteros de á 14 en una batería enemiga, nos pone de manifiesto la presencia de Napoleón en el campo de los sitiadores. Porque en uno de sus primeros despachos, el dirigido al ministro de la Guerra en 14 de Noviembre, dice el entonces comandante de artillería que cuando llegó al frente de Tolón no había allí más que algunas piezas de campaña, 2 de á 24, 2 de á 16 y 2 morteros, y añade luego que al poco tiempo tenía 14 cañones, 4 morteros y cuanto pudiera necesitar para la construcción de varias baterías [1].

Napoleón Buonaparte.

Así es que para el tiempo á que nos vamos refiriendo se podía observar ya en el ejército francés una tendencia marcada á apoderarse del promontorio que, con el nombre de L'Eguillette, forma la parte occidental de la gran rada de Tolón y que, por lo mismo, andaban sin cesar fortificando los aliados con un reducto llamado de Balaguier, primer objetivo de los sitiadores, y luego con el que éstos denominaban el *Reducto inglés* conocido más tarde por *Fuerte Napoleón*. Que si el Emperador, cuya celebridad comenzaba entonces, había descubierto

Preliminares del sitio.

les de Sicilia, se naturalizaron en nuestra patria á principios del siglo último, después de haber sufrido hasta la miseria por no reconocer otros soberanos en su isla, por lo cual obtuvieron la grandeza de España en el título de duques de San Miguel. Á los 19 años, en el de 1775, sentó plaza de guardia marina en Cádiz, de donde el 77 salió para el Río de la Plata, en que hubo de prestar servicios importantes como después en los sitios de Mahón y Gibraltar, mandando en el último la flotante *San Cristóbal* que pereció en las llamas. Capitán de navío por su mérito en aquella fatal jornada y brigadier en 1789, ya le vimos conquistarse el empleo de jefe de escuadra en Orán, sin por eso desistir del estudio del arte naval lo mismo en Inglaterra que en los varios países que le consintió la paz recorrer, hasta que, sobreviniendo la guerra de que ahora se está tratando, volvió á España para tomar el mando del navío *San Hermenegildo*, con el que entró en Tolón á las órdenes de Lángara, su antiguo jefe.

1 El primero publicado en su «Correspondencia» es del 25 de Octubre; pero en él se hace mención de otro anterior que no ha parecido.

en aquel monte el secreto de la reconquista de Tolón, los marinos que ocupaban con sus naves la bahía, comprendieron también de su parte que, una vez dueños los enemigos de tan formidable posición, no podrían mantenerse en la suya y habrían de darse inmediatamente á la vela. Por eso al tiempo que los republicanos se empeñaban en adelantar sus obras de ataque contra las defensivas de Balaguier, los aliados establecían junto á éstas un pequeño campamento y daban al fuerte mencionado tal extensión y robustez para sus muros que llegaría á constituir la llave de Tolón, el *Petit Gibraltar* del comandante Buonaparte. Entre las resoluciones tomadas en un consejo de guerra, celebrado en Ollioules por el general Dugommier que acababa de llegar del ejército de los Alpes, la primera había sido precisamente la de «dirigir todos los ataques contra el reducto inglés y establecer en los sitios más favorables de la extremidad del promontorio de L'Eguillette baterías que obligasen á la escuadra á evacuar la rada, incendiándola si un viento contrario llegara á oponerse á su salida». Quedaba en segundo lugar el proyecto de batir el fuerte de Malbousquet y las alturas del cabo Brun, el de apoderarse de la montaña de Farón y el de bombardear la plaza; pero todo esto con el carácter de ataques falsos que sólo se harían efectivos si las circunstancias se mostraban completamente favorables á ellos. Desde el 12 de Noviembre no pasó día en que no se celebrara alguna función de guerra frente á los puntos más importantes del perímetro de Tolón, cuyas inmediaciones se cubrieron de fuertes, bien para la defensa de la plaza, bien para su ataque, levantando para dar mayor energía á éste los Franceses una gran línea de contravalación que alejase todo temor de que, aumentando la fuerza de los aliados, pudiera correr peligro el campo mismo de los sitiadores. Pero esto último que era, como lo más conveniente, lo probable en ocasión tan solemne para la monarquía en Francia y para el éxito de la coalición, no lo

era, como con razón podían temerlo sus enemigos. Porque las fuerzas aliadas, distribuídas en la plaza y sus fuertes y campamentos del exterior en una extensión de 12 kilómetros lo menos, consistían en 16.500 hombres de los que 7.000 eran Españoles, 5.000 Napolitanos, 2.000 Ingleses, 1.500 Sardos y 1.000 Franceses, guardias nacionales de la plaza.

Ese, precisamente, fué el error de las naciones coaligadas contra la República francesa en su campaña de las costas del Mediterráneo. Porque si en vez de los 16.500 hombres, y esto sin contar las bajas, siempre muchas en tales situaciones, que reunieron en Tolón, hubieran desembarcado 50 ó 60.000, no sólo habríase mantenido aquella importante plaza indemne y sin peligro alguno, sino que, fomentándose la sublevación de todas las provincias inmediatas en que, como en Lyon y la Vendée, ardía el fuego insurreccional contra los terroristas de París, la Francia monárquica encontrara allí un punto sólido de apoyo y la palanca con que habría derribado el entonces movedizo edificio de la Revolución, de tantas partes combatido. Las victorias de la Revolución francesa, más que á la característica furia de sus soldados, muchos de ellos noveles y no pocos acogidos á sus filas por el miedo, se deben á la falta de unión y conformidad en los que la combatían, á sus métodos militares tenidos falsamente por clásicos, y al poco entusiasmo y ninguna iniciativa que revelaron en toda la campaña.

El ejemplo más elocuente que de eso puede darse es el de la defensa de Tolón, donde las rivalidades de una con otra nación de entre las aliadas, fueron el motivo, quizás mayor, del fracaso de aquella empresa [1].

1 Escribía Maturana el 20 de Noviembre: «Lo peor de todo es que no se sabe quién manda, pues cada uno tira por su lado y esto, si sale bien, será porque absolutamente Dios lo quiera. Gravina se levantó ayer de la cama donde ha estado 50 días, pero tendrá para otros 30 sin salir de casa; va bien,

Al resolverse la salida, lo mismo que al realizarla, no se había contado con los comandantes de artillería y de ingenieros; y de ahí el que, al reconquistar los Franceses la batería de la Convención, no se hallara en ella un oficial español ó inglés de aquellas armas que inutilizase las piezas y destruyera la obra con tal preferencia y tanto esmero construída y artillada por Buonaparte para batir el fuerte de Malbousquet. Esa misma predilección le llevó uno de los primeros á la reconquista de aquella batería, y tan diligente anduvo en la reparación de las piezas que, á los pocos momentos, hacían éstas llover sobre los aliados un mar de proyectiles que aumentaron el desorden en que se acogían á la plaza [1]. Los Franceses, si flojos al comenzar la lucha, pelearon después hasta con encarnizamiento, con el ejemplo particularmente y el impulso que les dió su general Dugommier, de quien decía Buonaparte *se había batido con un valor verdaderamente republicano*, que se conoce era muy distinto del que desplegaron después los Murat, Lannes y Ney á las órdenes del emperador Napoleón.' [1]

Sus consecuencias.

Las pérdidas de unos y otros de los combatientes fueron considerables, mayores por supuesto las de los aliados, ascendiendo á la de 12 oficiales Ingleses muertos ó heridos, 10 Españoles y 6 Sardos ó Napolitanos con 100 de la clase de tropa y más de 200

salido del Gobernador Inglés O'Hara que en la salida de ayer, más que de General hizo las veces de Capitán de Miqueletes, pues le hicieron prisionero casi solo habiendo echado á correr delante sin ton ni sin són con las tropas más avanzadas y quedándose por allá aun después de haber mandado la retirada.»

1 Escribía Napoleón á Dupin, adjunto al Ministro de la Guerra: «Les canons de la Convention ont été sur le champ désencloués et assez à temps pour accroître la confusión de leur retraite.»

En estos primeros despachos se ve que, aun no siendo más que comandante ó teniente coronel de artillería, Napoleón los remitía directamente al Ministro ó á su adjunto, sin andarse en rodeos por el que aquí llamamos conducto de ordenanza, y sin que le detuviera la modestia para hacer valer mejor sus servicios. Bien se deja ver en esa correspondencia que el que la dictaba había nacido para mandar.

prisioneros ó extraviados. Pero más que el número de esas bajas impresionó á Toloneses y aliados la idea de que, según aumentaban los sitiadores de recursos, disminuían los de la plaza y, lo que era peor, iba también menguando el primer entusiasmo con la perturbación, sobre todo, que habían introducido en los habitantes y la mayor parte de las tropas el orgullo y el exclusivismo, harto sospechosos para todos, que ostentaban los Ingleses.

Con eso era muy fácil de comprender que se acercaba el momento de una crisis que no dejaría de ser funesta para Tolón y sus defensores, los que si pudieron, durante los primeros días de Diciembre, mantener sus posiciones, aunque siempre combatidas y aun bombardeadas por la artillería inmensamente superior de los enemigos, fué á fuerza de pérdidas, la de la esperanza, entre las más graves, del éxito de su empresa. ¿Cómo, en efecto, resistir la acción de 11 baterías que no cesaban de dirigir sus fuegos contra el fuerte de Malbousquet, su campamento y los reductos de L'Eguillette, sin por eso dejar de batir con otras varias las posiciones de la parte oriental de Farón y cabo Brun, tan esenciales también para la suerte de la defensa?

Ataque del reducto inglés de L'Eguillette.

Pero ya el 14 se había observado un grupo de generales y otros oficiales del Estado Mayor republicano que reconocían la posición del reducto que los Franceses llamaban *el pequeño Gibraltar* y los aliados *de Mulgrave*, por el nombre de uno de los jefes ingleses que quizás hubiera hecho observar la grande importancia que tendría en aquel punto un fuerte para la seguridad de la escuadra. Ese reconocimiento, sumamente minucioso pero sin que se interrumpiese el fuego, creciente cada día, de las baterías francesas, daba bien á conócer que, como antes hemos dicho, se acercaba el período más crítico de aquella campaña.

Parecía que la lluvia, que no cesaba de caer en los días 15 y 16, serviría para dilatar el momento del combate;

pero, aun siendo copiosísima en la madrugada del 17, los republicanos, desembocando de la Seyne, una aldea situada al pie del reducto, emprendieron su ataque por distintos puntos con la fuerza de unos 12.000 hombres dividida en varias columnas. Los Napolitanos, que se mantenían en un pequeño campamento á retaguardia de la posición, fueron los primeros en sufrir el empuje de una de aquellas columnas y también en entregarse á la fuga hasta la orilla del mar, donde se embarcaron. Españoles é Ingleses cubrían los puestos avanzados de la derecha y, aun cuando resistieron con valor el primer ataque, fuéles imposible sostenerse más ante la masa imponente de los enemigos, que los abrumaron primero con su fuego y después con sus cargas á la bayoneta. Sin embargo, donde el combate adquirió las mayores y más terroríficas proporciones fué en el asalto del reducto, cuando las divisiones francesas de los generales Labarre y Víctor, aunque equivocando las instrucciones que habían recibido, emprendieron el ataque con todas sus fuerzas. No bastaron á detenerlos las obras exteriores ni un alto espaldón que hallaron á su frente defendido por toda clase de fuegos directos y de flanco de fusilería y artillería. La mortandad se hizo horrorosa, necesitando los asaltantes cubrirse unos á otros y hasta los vivos con los muertos para llegar á aquel parapeto que acabaron por ganar con su mutua ayuda por las mismas cañoneras que parecían vomitar la muerte sobre las filas enemigas. Una vez dentro los más valientes, ágiles ó afortunados, el combate tomó el carácter personal, de cuerpo á cuerpo, en el que los Ingleses de la guarnición, favorecidos por el fuego de un recinto interior que no esperaban encontrar los Franceses, obligaron á éstos á retroceder por las mismas cañoneras por donde habían entrado. Igual suerte tuvo otro segundo asalto, hasta que, en el tercero, lograron los republicanos establecerse ya sólidamente dentro del espaldón. « Entretanto, dicen los autores de la tan conocida his-

toria de *Victoires et Conquêtes des Français de* 1789 *á* 1815, los gritos de victoria y desesperación, los desgarradores de los heridos, el estampido del rayo que retumba en aquel teatro de carnicería y que domina el fragor de las armas, la lluvia que cae á torrentes, la resistencia obstinadísima de los Ingleses ofreciéndose á la muerte, todo contribuye en los primeros instantes á introducir en las filas republicanas un desorden que el enemigo iba quizás á aprovechar para librarse por tercera vez, cuando nuevos asaltantes ocupan el lugar de los primeros, ya extenuados por el cansancio, y mantienen la ocupación del reducto. Caen en su poder todos los traveses, los artilleros ingleses son degollados sobre sus piezas y los soldados de la guarnición muertos ó dispersos. Todo esto sucedía en la oscuridad de la noche que, si era posible, aumentaba el horror de escena tan sangrienta.»

Ya no era posible sostener las demás posiciones de aquel famoso promontorio de L'Eguillette y, aun cuando el general Izquierdo, que mantenía algunas de nuestras tropas á retaguardia, las formó y con ayuda de otras que se sacaron de la escuadra llegó á intentar el recobro del reducto formándolas en dos columnas de ataque, pronto vió lo impracticable de su proyecto ante el número de los enemigos que se le oponían. Hubo, pues, de limitar su acción á la de mantenerse firme en una batería en que, ayudado por el fuego de los buques y cañoneras de la escuadra, logró sostenerse hasta la noche siguiente, protegiendo desde allí la retirada y el embarque de cuantas tropas no habían podido verificarlo hasta entonces.

El del fuerte de Farón.

No fué menos afortunado el general Lapoype en la zona oriental de Tolón, en que tenía el encargo de apoderarse de las posiciones fortificadas de los aliados, entre las que descollaba por su importancia la tantas veces citada de Farón. Una hora antes de amanecer el general francés había organizado los 8.000 hombres

de su mando en dos columnas, de las que si la primera fué vencida al escalar la montaña de Farón, erizada de caballos de frisa y de grandes rocas que los defensores hicieron rodar sobre los republicanos, la segunda, dirigida á los desfiladeros de Leidet, que nuestra tropa conocía con los nombres de la Masca y del Monje, pudo superar los débiles obstáculos que se le opusieron. El establecimiento, con todo, de una gran batería que plantaron los Franceses contra el reducto de Farón y, por encima de su fuego y del de las varias columnas con que se preparaban á atacarlo, la noticia del asalto del fuerte de L'Eguillette, obligaron á los Ingleses á abandonar aquella posición después de una muy ligera resistencia [1].

Celebran consejo de guerra los aliados.

La campaña estaba perdida; cuantos fuertes formaban el recinto exterior de la plaza, tardarían poco en ser ocupados por los sitiadores y ya no cabía abrigar esperanza alguna de salvación aun en los ánimos más optimistas de los Toloneses y de los aliados sus protectores. Un consejo de guerra celebrado la mañana del 17 en el alojamiento del almirante Hood por todos los generales de mar y tierra que había en Tolón, resolvió, después de oir también á los comandantes de artillería é ingenieros, Españoles é Ingleses, que se evacuase la posición de Balaguier, única que ya quedaba en L'Eguillette, y se abandonó antes de anochecer sin que los sitiadores se atrevieran á estorbarlo ni á perseguir á sus presidiarios, que así pudieron embarcarse sin contratiempo alguno. Á la mañana siguiente, la del 18, se retiraron también las guarniciones de los dos fuertes de San Antonio y de los de San Andrés, Pomets y los Molinos, dejando en Malbousquet y Mississi la orden de resistir todo el tiempo que fuera po-

1 «Gloria y lauro al valiente Mendinueta, dice Godoy en sus Memorias, que sostuvo hasta el fin, en San Antonio el Grande, el honor de nuestras armas en la terrible noche del 17 de Diciembre, rechazó al enemigo y él mismo dió refugio al comandante inglés que, sorprendido en la Masca, derrotado y fugitivo, fué á ampararse en aquel punto.»

sible para preservar la plaza de un ataque prematuro, ínterin sus jefes tomaban las providencias necesarias á fin de evacuarla sin peligro para las tropas ni las naves de la escuadra [1]. Porque en aquel consejo, en que los artilleros é ingenieros, retirados á deliberar, demostraron por escrito que ni podría conservarse la plaza una vez perdidos los fuertes de Farón y Balaguier ni establecer en la península de Cepet, que domina la entrada de la bahía, un puesto, si capaz de la defensa más vigorosa, inútil para el objeto con que se proyectaba fortificarlo, se resolvió también abandonar Tolón y su rada, avisando de este acuerdo á los habitantes que desearan emigrar á quienes se facilitarían transportes y víveres, meter en los barcos sin demora los enfermos y heridos, sacar los navíos franceses armados aún y destruir los demás, y poner por fin en franquía aquella misma noche la escuadra toda de los aliados, pues era de esperar que los Franceses no perderían un momento para establecer baterías en L'Eguillette con que incendiarla [2].

Se resuelve el abandono de Tolón.

Á fin de asegurar la ejecución de todas esas providencias, se guarnecieron los muros y las baterías del recinto con las tropas procedentes de los fuertes exteriores que, después de haber clavado la artillería que en ellos dejaban, se retiraron con la claridad de la luna y sin oposición de los Franceses que iban sucesivamente ocupando los puestos que ellas abandonaban. La población, á vista de todo eso, se puso en la mayor alarma, y el terror que se apoderó de cuantos temían la venganza de los sitiadores llegó á su

1 Ya puede comprenderse por estos datos oficiales é irrebatibles, que no es exacto lo manifestado por algunos escritores franceses de que la sola demostración de los generales Garnier y Mouret contra los fuertes que acabamos de citar, incluso el de Malbousquet, bastó para que los evacuasen los aliados.

2 Aquí aparecen los Ingleses animados de los mismos sentimientos de humanidad que los Españoles para con los habitantes de Tolón, á quienes amenazaba la guillotina que siempre conducían consigo los representantes de la Convención en sus expediciones. Cuanto dice Thiers de ignorar los Españoles y los Toloneses esas providencias, es una pura novela.

colmo al observar los preparativos que se hacían en la rada para el embarque de las tropas; siendo los Napolitanos los que con llevar sus equipajes y aun alguna de su tropa á los muelles, hicieron los primeros presumir lo inminente de la catástrofe que les amenazaba, aun antes de anunciarse el acuerdo del consejo en lo que á aquellos desgraciados se refería.

Pánico en la ciudad.

No es posible describir con todos sus detalles aquel infausto suceso, ni pintar la confusión espantable, ni las escenas de horror que presenciaron los aliados en los tristes momentos de su reembarque, con los colores sombríos que fueran de exigir en cuadro tan desgarrador. Como los momentos eran cortos y por demás apremiantes, no fué posible tener atracadas á los muelles todas las embarcaciones necesarias para el transporte de tanto infeliz á los grandes buques de la escuadra; y aumentándose por instantes el número de los que deseaban emigrar y á quienes detenía en la orilla la necesidad, además, del embarque de más de 4.000 enfermos y heridos que, como soldados del ejército, merecían una preferencia indisputable, el espectáculo de desolación y de espanto que ofrecía el muelle, el clamoreo de los que, hombres, mujeres y niños, creían ver á su espalda á los feroces sicarios de la Convención y oir sus imprecaciones y gritos de venganza, era capaz de conmover á los corazones más fríos de los que lo presenciaban. No bastaba para tranquilizar á aquellas gentes el conocimiento de que aún permanecía una gran parte de las tropas aliadas en las murallas de la plaza y en los fuertes de la Malgue, Cabo Brun y los Sablettes que los enemigos no se habían atrevido á atacar todavía, reduciendo su acción á observarlos, y llegó su terror al paroxismo al escuchar una descarga que hizo una parte de la fuerza napolitana al ir á embarcarse, motivada en el desorden producido en el pueblo por un francés borracho que arrebató su fusil á uno de los soldados que allí

iban. Todo el mundo creyó que los enemigos habían entrado en la ciudad; y no hubo ya medio de calmar los ánimos á pesar de haber nuestros jefes recurrido al hábil expediente de esparcir por las calles soldados de caballería que anunciasen á los habitantes el motivo de aquel alboroto, y al de que cuando se retiraban las tropas de la muralla formasen en las plazas principales, como en demostración de que no se corría aún el peligro inminente de que se creían amenazados [1].

El incendio del arsenal.

Habíase dado la orden de que toda la infantería se mantuviese hasta las siete de la noche en las murallas entre las dos únicas puertas de la plaza, las llamadas de Francia y de Italia. Otra orden, pero ya reservada y dirigida á los jefes de cuerpo, les prevenía que á las doce de la noche se emprendiera el embarque, principiándolo los Ingleses, á quienes seguirían los Sardos y por fin los Españoles, encargados de cubrir la retaguardia. Al mismo tiempo se habían dictado las instrucciones más terminantes para el incendio del arsenal y de cuantos buques franceses no pudieran ser sacados del puerto con los demás ingleses y españoles que iban á evacuarlo. Habíase preparado todo género de combustibles para llevar á cabo aquella operación, y varias lanchas cañoneras recorrían el puerto con camisas embreadas, barriles de brea, alquitrán y otros mixtos incendiarios y hasta un burlote inglés, bajo la dirección de oficiales de ambas naciones que irían comunicando el fuego por todas partes. Ya por la mañana una bomba, de las que los revolucionarios lanzaban desde el

1 La conducta de los Napolitanos no fué todo lo correcta que debía esperarse de ellos al lado de tropas tan sólidas como las inglesas y tan ardientes y valerosas como las españolas. «Á las once del día, dice Maturana, abandonaron y clavaron la artillería de la derecha de Puerta de Italia los artilleros napolitanos que la tenían á su cargo y fué preciso que los Españoles fueran á encargarse de ella; por fortuna la clavaron tan mal que se pudieron habilitar tres cañones, con los que en algún modo pudo quedar en defensa aquel flanco que podía sostener la retirada, en caso de hacerse, al abrigo de la ciudadela de la Malga.»

fuerte Malbousquet, había comunicado su fuego al arsenal; pero, creyendo prematuro el incendio, se logró apagarlo para que, aplicándolo á las diez de la noche, fuese simultáneo en aquel establecimiento y en toda la rada, al tiempo mismo en que las tropas emprendieran su embarque al apoyo del fuerte de la Malga en el extremo meridional del puerto.

La escena que desde aquella hora ofreció Tolón es una de las más extraordinarias que pueden registrarse en la historia, por lo imponente y conmovedora. No sólo muchos de sus historiadores, sino que el mismo almirante de la escuadra española la compararon con la que debió ofrecer Troya el día de su destrucción; y no es de extrañar cuando, remontando la memoria á aquella noche infausta en que el humo del incendio de tantos y tan magníficos barcos como se encerraban en la dársena de Tolón, oscureciendo la luz de la luna y el inmenso clamoreo de tanto sér desgraciado como ansiaba buscar en tierra extranjera la paz que iba á negarle la suya propia, dominado á intervalos por las detonaciones de los buques preñados de pólvora y mixtos, tenga presente todavía las elocuentes admirables descripciones de los clásicos sobre los últimos momentos de la tan desgraciada, como antes floreciente ciudad de Príamo [1].

Decía después la *Gaceta de Madrid*, copiándolo, sin duda, del parte de Lángara: «Entre las varias posiciones de nuestra esquadra en aquella noche, así para estar menos expuestos al fuego de los enemigos como para facilitar que atracaran muchos barcos del pais cargados de familias, tuvo mucho en que exercitarse la piedad, pues el corazon más inhumano y emperdernido debió á tal ocasion penetrarse de dolor; los padres preguntaban por sus hijos, los maridos por sus mugeres y todos por los suyos, muchos

1 Nunca, como al recordar la noche del 19 de Diciembre de 1793 en Tolón, puede exclamarse con Ovidio: *Haec facies Troiae cum caperetur erat.*

calados por haberse arrojado al agua para coger el barco que salía, en cuya operacion se ahogaron no pocos de ellos, dexando las mugeres recien paridas sus camas para substraerse de la cuchilla de los enemigos, formando todo el aspecto mas lastimoso que puede concebirse, sin que aun hubiese llegado el momento tremendo del incendio, pues era un asunto reservadísimo: ningun auxilio de quantos pudieron facilitarse faltó á estos infelices; á todos se les recibió á bordo de los buques, y en ellos han tenido el posible consuelo en desempeño de los derechos de la humanidad. Ver á Tolon fué ver á Troya.»

Y si esto, como dice Lángara, fué antes del incendio, ¿cuál no sería en los momentos en que los habitantes de la infeliz ciudad se vieran iluminados por la luz siniestra de aquel horno inconmensurable, á través de cuyas llamas se descubría, por un lado, la mano que las atizaba y, por el otro, la banda siniestra de los galeotes, que habiendo logrado abrir las puertas de sus prisiones, si tuvieron la abnegación de dedicarse á la patriótica tarea de apagar el incendio, también emplearon parte de aquel tiempo en atropellar á sus compatriotas de la ciudad y entregarse al saqueo de sus casas?

No hay nada comparable á la suerte que deparó el destino á Tolón que, víctima de su patriotismo y de su empeño monárquico, si en aquellos días sufrió los males que siempre acompañan á la ocupación extranjera, tuvieron al siguiente que experimentar los horrores que en ella ejercieron los sicarios de la Convención, aguijoneados por la venganza y el ansia de asentar sobre cimientos inundados de sangre el período del *Terror* comenzado recientemente.

Conducta humanitaria de los Españoles.

Es opinión general la de que los Ingleses se negaron á recibir en sus barcos á las familias francesas emigrantes de Tolón. Los mismos historiadores franceses se han complacido en hacer resaltar esa oposición inhumana de los marinos británicos; y los

Españoles les han hecho naturalmente coro para rodear de una aureola todavía más brillante la acción gloriosa, á la par que llena de generosidad, de los nuestros que, con efecto, no perdieron ocasión, ni momento para revelar su gratitud á los Toloneses que tantas simpatías les habían demostrado en la larga estancia que hicieron en su ciudad. La preferencia de que fueron objeto los Españoles, bien patente en el cuidado de sus heridos y en el trato que todos recibieron, pero más todavía, en la esquivez, el miedo y hasta la repugnancia que Tolón demostró á los Ingleses, merecían, con efecto, la incomparable y generosa conducta de nuestros compatriotas, que constituye una de las glorias más puras de la nación española. M. Thiers ha sido el que con más calor ha tratado de echar una mancha indeleble sobre la memoria de los Ingleses en aquella ocasión. «Ni una sola chalupa, dice en su obra de *La Revolución francesa*, se presentaba en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habían depositado su confianza en extranjeros, entregándoles el primer puerto de su patria. Sin embargo, el almirante Lángara, más humano, mandó echar al mar las lanchas y recibir en la escuadra española á todos los refugiados que cupiesen en ella. Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplo, ni á ser insensible á las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó después, aunque muy tarde, recibir á los Toloneses.»

Ya hemos visto que la resolución de amparar á los emigrantes toloneses fué tomada en el consejo de guerra por cuantos lo formaban, lo mismo Ingleses que Españoles. Si cupo á estos últimos la fortuna y la gloria de ser los más generosos en los momentos del embarque, no tendría poca parte en ella la circunstancia de ser los últimos que debían abandonar el puerto como sus tropas habían sido también las postreras en dejar la ciudad, cabiéndoles la honra de cubrir la retaguardia de cuantas habían consti-

tuído la guarnición de la plaza y defendídola de sus enemigos. Lo que sí es verdad, y no podrán negar los Ingleses más apasionados por su causa, es que manifestaron mayor empeño que en defender la de los Toloneses, en aprovechar ocasión tan favorable como la entrega de aquel magnífico apostadero á las armas aliadas, para destruir la escuadra francesa abrigada en él y reunir á sus naves las que pudieran serles útiles. Y la prueba de que ése debió ser su principal objeto es la de que, contra la opinión de los Toloneses y del gobierno español que deseaban se hiciera de aquella plaza la base de operaciones en el Mediodía de Francia para, levantando el espíritu realista allí predominante, quitar á la Revolución tan extenso é importante territorio, los Ingleses se resistieron siempre á tan útil pensamiento, limitando su accion al dominio de aquel puerto que tantas ventajas les ofrecía para los fines utilitarios que siempre han perseguido. Hay más todavía; los Franceses y los demás aliados proyectaban constituir en Tolón un gobierno que, si no regido por el antiguo Delfín, entonces Luis XVII, preso en el Temple bajo la férula del zapatero Simón, su implacable carcelero, fuese representado por el conde de Provenza, dispuesto á acudir inmediatamente al llamamiento que pudiera hacérsele. El almirante Hood se opuso siempre á tan prudente y útil propuesta, por más que siempre proclamara, como el gobierno de que dependía, la restauración de los Borbones en Francia. Y todo esto que en Tolón produjo el desvío de sus habitantes hacia los Ingleses y las recriminaciones de los demás aliados, fué indudablemente causa también de que en los momentos supremos del abandono de aquella ciudad, cuanto más anhelante se mostrara el general Hood en sacar del puerto los navíos franceses útiles y quemar los que pudieran estorbarle en su navegación, los emigrantes sufrieran las consecuencias de aquel despojo, mientras los Españoles sin tal codicia y con los propósitos generosos

que siempre los han distinguido en circunstancias dolorosas como aquélla, se entregaran á satisfacerlos y á acaparar, más que el fruto, la gloria de tal jornada.

Las escuadras evacuan el puerto.

Mientras las escuadras se dirigían á las islas Hyeres, para luego trasladarse la española á Mahón y Cartagena, entraban los republicanos en Tolón, de cuyos principales edificios se habían derribado los signos todos de la monarquía que antes ostentaban, lo cual, como la fuga de cuantos pudieran haberse comprometido por causa tan legítima, no impidió las ejecuciones más bárbaras, dictadas por los procónsules que acompañaban al ejército francés, en los infelices é inermes ancianos, mujeres y niños, parientes ó amigos de los que no habían logrado coger entre sus garras [1].

Á pesar de lucha tan prolongada como la que había producido el sitio de Tolón y á pesar del incendio de la última noche, no fué el daño material lo inmenso que debería suponerse. Los galeotes por un lado, los habitantes y, por fin, las tropas francesas al penetrar en la plaza, pudieron impedir parte de ese daño, y no todos los barcos del arsenal y de la pequeña rada fueron completamente destrozados, habiendo grandes almacenes y depósitos de material de la marina y aun de la pólvora que no sufrieron los efectos de las llamas. Escribía Napoleón al ciudadano Dupin: «Me bastará decirte que los Ingleses no se han llevado ninguna de nuestras piezas, encontrando nosotros en Tolón

1 La Junta de Salud pública hizo que la Convención decretase la demolición de la ciudad y que una comisión militar condenase á cuantos hubieran tenido parte en la entrega de aquel emporio marítimo. En el ejército sitiador se reveló, sin embargo, una noble oposición á las medidas sanguinarias que se esperaba tomarían los comisarios que iban en él. El general Dugommier dirigió á éstos un discurso elocuentísimo que concluía con estas palabras: «¿Y á quiénes vais á hacer morir?; á viejos, mujeres, niños, personas todas sin valor y sin energía que ni siquiera han tenido la intención de esgrimir las armas contra vosotros y que no son sino ilusos ó extraviados.» Ese discurso no hizo impresión alguna en los furiosos que lo escuchaban, más que malvados, cobardes, como instrumentos que eran de la tiranía más ciega.

la misma artillería que había antes de nuestra entrada. Es verdad que la han clavado, pero á la hora en que escribo ya no lo está más de la mitad. Lo que han hecho ha sido perfeccionar y aumentar las fortificaciones de la plaza; así es que Tolón está en el caso de defenderse mejor que nunca» [1].

Así acabó aquella famosa jornada naval, de la que eran de esperar resultados tan brillantes para la causa de la restauración monárquica en Francia. Con mayor armonía entre las naciones aliadas y con los habitantes de Tolón y de todo el Mediodía de Francia, con alguna más abnegación por parte del gobierno británico y haciendo, lo que era de esperar en ocasión tan solemne, un grande esfuerzo para que de Inglaterra, de España y del ejército sardo y napolitano que operaba en la frontera de los Alpes, llevando á Tolón, como antes hemos dicho, un ejército poderoso, Marsella hubiera vuelto á proclamar á Luis XVII, no hubiera llegado á rendirse Lyon y levantando en armas todo el Mediodía de la Francia hasta Burdeos, sublevada también contra la Convención, y dándose la mano con los ejércitos de la Vendée, por entonces victoriosos, la Revolución, circunscrita á las provincias centrales y á las del Norte y del Este, invadidas por sus enemigos más poderosos, hubiera quizás sucumbido; evitándose la dilatadísima serie de guerras que tuvieron asolada la Europa durante más de 20 años.

1 Napoleón entonces se dejaba llevar ya de la preocupación de que siempre adoleció á la par de todos sus compatriotas; y en el despacho arriba citado no escribe más que dos veces la palabra español, y eso para manifestar que unos buques de nuestra nación que entraron en el puerto ó se dirigían á él ignorando la salida de las escuadras aliadas, habían caído en poder de los Franceses que tenían la orden de permitir la entrada á cuantos lo intentasen, pero no tolerar su salida del puerto.

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS PARA LA NUEVA CAMPAÑA

España á principios de 1794.—Son llamados á Madrid los generales en jefe.—Sesiones del Consejo.—Escrito de Aranda.—Discurso de Godoy.—Altercado grave.—Destierro de Aranda.—La guerra era inevitable.—Proceso de Aranda.—Interrogatorio.—Su traslación á Granada.—Muerte de Ricardos.—Muerte de O'Reilly.—El conde de la Unión.—La Coalición.—Estado de Francia.—Marchan los generales españoles á sus puestos.

BSORTO el ánimo de nuestros gobernantes con los sucesos de la campaña de 1793, pocas y de muy pequeña importancia habían sido las resoluciones que tomaran en los demás ramos de la Administración pública. La guerra no había extendido sus estragos sino á contados lugares del suelo patrio, y ésos puede decirse que insignificantes; los intereses coloniales estaban completamente garantidos con haberse estrechado como nunca los lazos de nuestra alianza con Inglaterra, y la gloria adquirida en los Pirineos por la nación española, única vencedora en la gigantesca lucha de la Francia republicana con la Europa toda, producían esa quietud que, desgraciadamente, iba luego á traducirse en la indiferencia

que caracteriza á nuestros compatriotas, y entonces á todo país regido por iguales instituciones.

Porque si es exacto y sumamente honroso el arranque de los Españoles al saber la catástrofe del 21 de Enero en la antigua plaza de Luis XV, después de la Revolución, inspirándose en el espíritu, altamente conservador, de sus mayores, y dejándose llevar de los sentimientos monárquicos y religiosos que forman el fondo de nuestro carácter nacional, también es cierto que fueron luego aflojando en su empeño ó por no ver en riesgo sus hogares, razón la más potente de las explosiones patrióticas, ó por los espectáculos que ofrecían el gobierno de la nación, entregado á manos manifiestamente ineptas, y la corte, á ojos vistas también, corrompida como nunca se pudiera imaginar. Los donativos, con efecto, disminuían en proporciones alarmantes, si apareciendo todavía algunos en la *Gaceta*, no pocos de ellos de fecha atrasada y nunca suficientes para compensar los inmensos gastos de la guerra, y la prestación personal se había ya reducido á la forzosa de una quinta, considerándose que las circunstancias no provocaban, como en nuestra enemiga la República francesa, á los alistamientos generales, mejor dicho, al alzamiento en masa decretado por la Convención y que el *Terror* hacía efectivo, faltando así á nuestros ejércitos de la frontera el alimento necesariamente diario que exigían las bajas de toda índole que en ellos se experimentaban. En la capital de la monarquía se agitaba, por otro lado, la opinión, si casi unánime un año antes por la guerra, teniéndola por ineludible para la dignidad de España y el decoro de su soberano, dividida ahora y dudosa, creyendo en mucha parte satisfechos esos motivos, y preocupada en cuanto á las eventualidades de un futuro envuelto en nieblas y, de todos modos, augurando sacrificios acaso imposibles de resistir. Y como no se veía al gobierno arbitrar recursos bastantes para hacer frente á tantas y tan perentorias ne-

cesidades, torpe, como se mostraba, y sin la conciencia de sus deberes, ni á la corte variar en su manera de ser, perdiendo el tiempo preciso para dirigir con alguna probabilidad de acierto los asuntos de Estado más importantes y urgentes, en sus acostumbradas cacerías ó en las fiestas, unas alegres y otras tristes, consecuencia de lo numeroso de la familia real y de las etiquetas palaciegas, comenzaban á decaer los ánimos de su anterior entusiasmo, á desconfiar de sus propias fuerzas, á no reconocer en los gobernantes aquella previsión que había hecho la gloria de los Ensenada y Floridablanca, ni en el monarca mismo el carácter, los talentos, ni el celo y la actividad de Carlos III, muerto cuando tan necesarias se hacían aquellas sus cualidades más sobresalientes [1]. Es verdad que, como ya hemos dicho en capítulos anteriores, Floridablanca había dejado resueltos los problemas de mayor trascendencia para la agricultura y el comercio según las ideas y procedimientos de aquellos tiempos; y ni Aranda en los pocos meses de su ministerio, ni Alcudia en los que llevaba de gobernar, como los secretarios del Despacho, encargados especialmente de la Administración en sus diferentes ramos, hallaban nada que introducir de nuevo ni que modificar. Así es que sólo se atendía á los asuntos del ejército y, aun en ellos, era rara la variación que se introdujera respecto á sus organismos, limitándose á la creación de algún cuerpo, á que se agregaban los voluntarios ofrecidos por los pueblos ó la Grandeza; al aumento de compañías en los batallones de

1 Por entonces murió el infante D. Felipe, muy niño todavía, y nació don Francisco de Paula Antonio, que todos hemos visto llegar á edad bastante provecta. También hay historiador, aunque francés, que atribuye la indiferencia de los Españoles por aquellos días á sus conversaciones con los prisioneros franceses, á la lectura de los papeles de propaganda que con su introducción en el país habían dejado penetrar en él las nuevas ideas, haciéndose la opinión pública menos severa con los excesos de la Revolución y menos hostil con la Francia republicana.

Se nos figura que el *Terror* no era para enamorar á nadie y menos á los Españoles; la indiferencia venía de lo que pasaba dentro, no fuera de España.

línea y aun al de la fuerza en todos, sustituyendo las gratificaciones de criados con los *Trabantes* que tenían plaza de soldados. La organización de la compañía americana en el cuerpo de Guardias de Corps, una ligera reforma en las legiones de emigrados franceses de los Pirineos y Saint-Simón, el establecimiento de una escuela de equitación en Madrid, el cambio del paño blanco por el pardo en el uniforme de la infantería, y el de los bucles del peinado por las patillas y las alas de pichon; esto es cuanto le ocurrió á Godoy reformar en el tiempo intermedio de la primera á la segunda campaña de la guerra con la República francesa.

Son llamados á Madrid los generales en jefe.

Lo que más importaba, sin embargo, y lo más urgente, vistos los progresos hechos en la campaña de 1793 por los ejércitos franceses en sus fronteras, excepto la de los Pirineos, era fijar los planes á que hubiera de someterse la acción de los generales en jefe para la ya próxima de 1794. Á fin de determinar esos planes con todo género de datos y, oyendo las opiniones y consejos de mayor autoridad, darles la fuerza que siempre lleva consigo la experiencia de los sucesos pasados y mayormente cuando han sido recientes, se llamó á Madrid á Ricardos, Caro y Castelfranco para que asistiesen á las sesiones que iba á celebrar el Consejo de Estado bajo la presidencia del Rey. Discutidos y después acordados en principio los proyectos de la campaña por aquellos jefes con el ya capitán general duque de Alcudia, elevado á esta alta jerarquía el 23 de Mayo anterior, mucho antes de que pudiera temerse le precediera en ella alguno de los caudillos que tanta gloria estaban proporcionando á la patria, se verificó la sesión regia del Consejo el 14 de Marzo con asistencia de sus conspicuos miembros y, por supuesto, la del conde de Aranda, su decano.

Si desde antes de declararse la guerra existía en Madrid un partido que no la aprobaba, corto en número y recatado,

según las Memorias de Godoy, y compuesto especialmente de gente letrada, jóvenes abogados, profesores de ciencias y estudiantes, pero sin que les faltara el apoyo de personas notables entre las clases elevadas, ese partido creció y se hizo más atrevido al tener noticia de los triunfos alcanzados por la Francia sobre la, en concepto de todos formidable, coalición de las naciones del Norte. No es de extrañar que, al discurrir sobre las consecuencias de aquellas victorias, calculasen sus observadores que vendrían, días antes ó después, á extenderse hasta nuestras fronteras, ya que los armamentos de la República, si lentos en un principio y sucesivos, habían acabado por traducirse en uno solo, pero general y simultáneo, parando en una constitución militar, sola también, la de la *Nación armada,* como ahora se la llama. Ese partido de la paz tenía, pues, al pensarse en la futura campaña, muchos é influyentes secuaces; pero, á decir verdad, más que por terminar la lucha con la Francia revolucionaria, de cuyos excesos abominaban, apasionados por ver cuanto antes vencido por ellos y rechazado por la corte al presuntuoso y prepotente valido [1].

Continuaba dirigiéndolos el conde de Aranda, consecuente en sus ideas conciliadoras para con la Francia, fuese por sus tan arraigadas aficiones á los iniciadores de la Revolución, aquellos filósofos sus amigos, aun cuando muertos muchos y oscurecidos los demás por el humo sangriento del *Terror*, fuese por la terquedad que llegó á hacerse proverbial en él. Y como ahora se ofrecía nueva ocasión de mantener sus opiniones ante el Rey, que un año antes las había

1 «Tal ha sido, dice en sus Memorias, mi destino, que mis enemigos, bien quisiese yo la guerra cuando la guerra era precisa, bien quisiese la paz cuando la paz fué necesaria y se pudo hacer con honra, me han vulnerado de igual modo, sin temer contradecirse.»

Pero ¿es que Godoy no tenía en su conciencia el espejo donde pudieran reflejarse el origen de su favor, capaz de turbar la menos escrupulosa, su injustificada petulancia y el orgullo insoportable que no tenía otro fundamento que la abyección de cuantos le rodeaban?

desatendido, y en el Consejo de Estado, donde creería hallar algún apoyo por razón de presidirlo, las volvió á reproducir con mayor solemnidad, por consiguiente, y esperando una victoria decisiva sobre un rival que mal podía, además, comparársele en carrera, servicios ni respetabilidad [1].

Sesiones del Consejo.

Por más que en el Consejo se trató de plantear la cuestión militar y no la política, era muy difícil, si no imposible, que no se extraviara la discusión sobre ese punto en un cuerpo en que la mayoría de sus miembros de lo que menos debían entender era de las cosas de la guerra, sobre todo de sus procedimientos y planes de campaña. ¿Á qué entonces llevar al Consejo esa cuestión y á qué insistir tanto después Godoy en que cualquier proposición que se presentara fuera de ese tema sería improcedente y extemporánea? Y sucedió en el Consejo lo que no podía menos de acontecer, lo que la previsión más vulgar debía haber mucho antes adivinado; que surgió la magna cuestión de si aquella guerra era ó no impolítica y si convenía ó no proseguirla en los términos que hasta entonces según los resultados de la campaña anterior y la situación respectiva de las naciones que habían tomado parte en ella. Abrió el camino á la oposición, que Godoy parece haber sospechado, el conde de Aranda que, no asistiendo á algunas de las sesiones del Consejo por efecto de una caída, había enviado el 3 de Marzo un escrito en que explicaba sus ideas, escrito con cuya lectura se comenzó la discusión el día, ya citado, 14 de aquel mismo mes.

Escrito de Aranda.

Aranda declaraba injusta aquella guerra por no conceder á nación alguna derecho para mezclarse en los asuntos interiores de las demás comprometiendo la salud del Estado, por más que en aquel caso mediasen in-

1 Los consejeros presentes eran: el conde de Aranda, como decano, el duque de Alcudia, el de Almodóvar, el marqués de Astorga, el del Socorro y Caballero, el conde de Campo Alange, el de Colomera y el de Campomanes, y los Sres. Valdés, Flores, Gardoqui, Pacheco, Llaguno y Anduaga, que hacía oficio de Secretario.

tereses de familia sumamente respetables, pero que debían sacrificarse al bienestar de la patria, ley suprema, decía, ante la cual deben desaparecer los intereses todos y afecciones particulares. Era, además, impolítica, porque daba lugar á las represalias en igual sentido al que pretendía inclinarse la intervención española, cuando la conveniencia y la historia aconsejaban unirse cada vez más estrechamente á la Francia para evitar que la Inglaterra, enemiga en un principio de mezclarse en los asuntos de su rival secular, decidida después por el restablecimiento de la monarquía y dando subsidios importantes á los soberanos y príncipes de Alemania, armase escuadras numerosas y comprometiese más y más á España, con el intento, esto último sobre todo otro, de destruir el poder marítimo de las dos únicas naciones que, unidas, pudieran hacer sombra al suyo. La Inglaterra no iba á olvidar nuestra conducta para con ella en la América del Norte, y difícilmente se le presentaría ocasión más propicia para vengarse en las colonias que poseíamos en aquel continente, precisamente algunas muy próximas á las en que, como suyas, podría reunir fuerzas considerables.

Luego, además de injusta é impolítica, la guerra iba á resultar ruinosa para España, vulnerable, de un lado, en Europa por ser los Ingleses dueños de Gibraltar y tener, de otro, una gran base para sus operaciones militares en la Península desde Portugal, que podía también considerarse como una provincia de la Gran Bretaña. Todo eso sin contar con el estado lamentable en que se hallaba nuestra Hacienda sobrecargada de una deuda enorme, la ruina de las varias cajas creadas en favor del comercio y para restablecer el crédito que habían echado por tierra las guerras marítimas anteriores, y los gastos de la campaña pasada que, aun cuando no había exigido empréstitos, y en esto elogiaba la conducta del Gobierno, acabarían por dejar exhausto el Tesoro.

Añadía el Conde que iba decayendo no poco el espíritu público, el entusiasmo, verdaderamente extraordinario, que se había producido con las primeras causas de la guerra; que iban faltando los donativos que tan altos habían puesto el honor y la lealtad de España, y que escaseaban también los enganches voluntarios en nuestra juventud, desanimada, sin duda, con lo pequeño de los resultados de la última campaña que si había sido muy honrosa para las armas españolas, no lo fructífera ni decisiva que hacía esperar la extraordinaria manifestación del patriotismo de nuestros pueblos en los primeros días de la lucha.

Al abrirse la sesión del Consejo el 14 de Marzo tenía Godoy, por consiguiente, noticia del escrito del conde de Aranda y debería haberlo leído con el detenimiento y la atención que era de suponer tratándose de un trabajo cuyo autor y el objeto que lo provocaba bien merecían se hubiera hecho de él un estudio especial, aunque no fuese más que para refutarlo con el conocimiento y los datos precisos. Por el contrario, no hay ligereza al decir que Godoy casi desconocía el escrito de Aranda al proponer y conseguir su lectura en el Consejo, pues que consta por lo que dijo al abrirse la sesión y porque él mismo lo reconoce y confiesa en sus Memorias.

El discurso del Conde tenía que producir necesariamente efecto en los individuos del Consejo, y para desvanecerlo hubo de impugnarlo el duque de Alcudia, haciéndolo en los términos violentos que debían esperar los que supieran el desacuerdo en que se hallaba con el General y el concepto belicoso con que hasta entonces se producía siempre [1]. Dos son las versiones, extraoficiales, que se han publicado sobre

1 El conde de Aranda en su escrito de vindicación, poco posterior á aquel suceso, cuenta que, estando en la antecámara de la Reina con algunas personas de la corte, recayó la conversación sobre una promoción próxima de cardenales españoles que S. S. se proponía hacer; y como dijese que el asunto de los cardenales correspondía al ministro, el duque de Alcudia, que se halla-

aquella sesión regia sobre el discurso de Aranda y el con que le impugnó el duque de Alcudia.

Como es de presumir, las dos difieren esencialmente, como obra la una del abate Muriel, que tuvo á la vista y copió en parte un escrito de Aranda posterior á la sesión y á su destierro, y fruto, la segunda, de aquellas que antes hemos llamado lucubraciones ciceronianas de Godoy en sus últimos años. Porque al leer sus Memorias baste decir que son 17 las páginas que ocupa en ellas su discurso de contestación al del Conde; y si no fuera porque, así como se atribuye á otro la redacción de la voluminosa defensa de su conducta en el gobierno de España, debe también hacerse sospechosa la de esta parte, deberíamos incluir en el catálogo de nuestros primeros oradores al por tantos títulos célebre valido, ministro y puede decirse que dictador. Claro es que en ese discurso, á vueltas de establecer los principios de derecho público que deben regir en las naciones cultas y sobre que giraba su acción en el Ministerio de Estado de su cargo, como para dar á conocer que no le eran ajenas las grandes cuestiones cuya aplicación corresponde á los verdaderos hombres de Estado, ponía de manifiesto su deseo de la paz, por la que tanto había trabajado sin lograr, empero, realizar antes y abrigar ahora la bella esperanza de conseguirla. Procuró después demostrar que la guerra entonces era necesaria, lo cual equivalía á decir que era justa, pues que si las naciones tienen derecho á que ninguna otra se entrometa en sus asuntos interiores, tampoco ellas deben quebrantar ese principio, y la Francia había sido la primera en olvidarlo: eso sin contar la división profunda, la guerra civil que en su seno

Discurso de Godoy.

ba presente, le contestó: «Ya tendréis ocasión de conocer que en punto á cardenales soy hombre experto.» El Conde no debió comprender el doble sentido que tenían la palabra y la frase toda del Duque, tomándolas á broma y se satisfizo con decirle: «Como estáis acostumbrado á montar todos los días en el picadero caballos recelosos, debéis saber con efecto manejar bien el látigo.»

se había provocado, y que sólo á fuerza de sangre había conseguido sofocar en Lyon, Tolón y Marsella, pero no todavía en toda la extensión del litoral oceánico entre Burdeos y el Havre. Y como si tuviera presente en el momento en que dictaba aquellas páginas, puesto que antes no era posible, la incomparable oda de D. Juan Nicasio Gallego al *Dos de Mayo,* decía al recordar la muerte de Luis XVI y las exigencias de la Convención: «¿Qué Español pudo dudar en la elección y en la respuesta? ¡Guerra! fué el grito de la nación entera: ¡Guerra! fué también la voz de su monarca poderoso. Esta voz no fué un aullido de fanáticos; fué el *Santiago,* fué el *Cierra España,* fué el *¡Á ellos!* del honor castellano».

Siguió á esta explosión del sentimiento patrio una larga serie de imprecaciones contra los *vándalos, tiranos, monstruos* y no sabemos cuántos más epítetos dirigidos á los revolucionarios franceses, así como la profecía del próximo fin del gobierno sanguinario de la Francia, del 9 Thermidor, en una palabra, que él esperaba para restablecer la paz de las naciones y el equilibrio europeo. Pero la situación del día estorbaba el que España pidiera, tratara ni aun aceptase la paz con Francia, no creyendo hubiera un solo compatriota nuestro que se aviniese á poner su firma «al lado de un Collot d'Herbois, de un Couthon, de un Robespierre ó de un Saint Just» en un tratado que á ella condujese.

No podía, pues, acusarse á aquella guerra de injusta ni de impolítica; y en cuanto á los temores que abrigaba el conde de Aranda respecto á la Gran Bretaña, manifestó Godoy que ningún suceso posible hallaría desprevenido al Gobierno, el cual, no estando, como era de esperar, solo, nada tendría que temer, siendo de todos modos, si no seguro, probable por lo menos el éxito de aquella lucha; y que, si contra lo que era de esperar, no acababa pronto el poder de la Convención, en cuyo caso la paz estaba á la

puerta, deberían arrostrarse todos los riesgos de la guerra, que, aun cuando fuera desgraciada, «no por eso, concluyó diciendo, no por eso sucumbiremos ni la ley del enemigo será impuesta, porque la España guerrea por su rey, por sus aras, por sus hogares y su tierra nunca hollada impunemente por el extranjero».

Pero es el caso que el acta de aquella sesión, que Muriel vió y copió, nada dice del discurso de Godoy, sino que, por el contrario, consigna y aquí copiamos sus palabras: «Concluída la lectura, el duque de la Alcudia se volvió inmediatamente hacia el Rey, y le dijo: *Señor, este es un papel que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa y nombrar jueces que le condenen, así á él como á varias otras personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de V. M., lo cual es un escándalo. Es preciso tomar providencias rigurosas. Á los que somos ministros de V. M. nos toca celar mucho estas cosas y detener la propagación de las malas máximas que se van extendiendo.*»

Altercado grave.

Inútil es decir el efecto que estas palabras producirían en el ánimo de un hombre tan altivo y de carácter tan duro como el conde de Aranda. Por más que procuró dominarse y manifestar el respeto que le infundía la presencia del Rey, su contestación y los ademanes que hizo dirigiéndose á Alcudia fueron, si breve aquélla y convincente, amenazadores éstos hasta levantar la mano derecha con el puño cerrado en ademán de entablar un combate personal.

Entre las versiones tan opuestas de Muriel y el duque de Alcudia, las dos apasionadas, no es fácil fijar de un modo irrebatible la verdad de las frases, todas agresivas, que se dirigieron los protagonistas de aquella escena tan violenta y tan irrespetuosa, como representada á presencia del Rey. La de Muriel, sin embargo, ofrece caracteres que la dan grande autoridad y, entre ellos, la de estar no pocas veces conforme con la naturalmente estudiada después de

tantos años por el valido en su destierro, sino que también por estampar los incidentes producidos por la intervención de vários de los consejeros que los presenciaron y vieron de calmar á los contendientes en polémica tan enojosa y arrancar al Rey la orden de que se guardara una profunda reserva de ella y cesara el escándalo que S. M. parece presenciaba con semblante indiferente y el mutismo más absoluto. El conde de Aranda, al contestar á expresiones del Duque en que se le culpaba de ser partidario de la Revolución francesa, hizo presentes sus servicios á la corona, las heridas recibidas por defenderla, los cargos elevadísimos que había ejercido y su avanzada edad que le había permitido tranquilizar al reino en momentos muy críticos (aludiendo sin duda á la expulsión de los jesuítas y al motín de Squilache), ascender á capitán general de ejército y á la presidencia del Consejo de Castilla cuando su contrincante acababa de venir al mundo, lo que parece debiera inspirarle más comedimiento delante de S. M. y las personas respetables que allí se encontraban. El Duque contestó con estas palabras que la historia ha desmentido después: «Es verdad, dijo, que tengo 26 años no más; pero trabajo 14 horas cada día, cosa que nadie ha hecho; duermo 4, y fuera de las de comer no dejo de atender á cuanto ocurre.»

Sucedió á esa polémica personal la discusión sobre los procedimientos militares á que debiera atender la campaña futura; y á consecuencia de un discurso algún tanto difuso, según se dice, de Campomanes por falta de conocimientos militares, se entabló una nueva cuestión sobre si eran ó no accesibles los Pirineos Centrales para una invasión francesa, de donde, por haber tomado parte el Rey desmintiendo á Aranda, y animado con eso el de Alcudia, volvió el Consejo á escuchar y ver, no sin protesta por parte de sus vocales, las mismas recriminaciones y amenazas que momentos antes.

El Rey, por fin, se levantó; y dijera ó no al pasar junto á Aranda las palabras de desagrado que le atribuye Godoy, lo cierto es que dos horas después se presentaban en casa del Conde el secretario del Consejo y el gobernador de Aranjuez; aquél para recoger cuantos papeles hallara relativos al Consejo, al ministerio y á las embajadas que había desempeñado, y el gobernador, conde de Casa-Trejo, con la orden del ministro de la Guerra para que emprendiera la marcha, en un coche que se le puso á la puerta, en dirección á Jaén, punto que por lo pronto se le destinaba para su residencia.

Destierro de Aranda.

En los razonamientos ofrecidos al Consejo por el conde de Aranda oponiéndose á la continuación de la guerra, había varios muy fáciles de refutar, como en los datos que adujo muchos que contradecir. La situación respectiva de Francia y España; los resultados de la campaña anterior, más que en la frontera pirenaica, en las del Norte y Oriente de la novísima República, daban lugar á opiniones ciertamente muy contrarias, pero que en último término resultarían opuestas á la que con tanta tenacidad mantenía el conde de Aranda. Si en los Consejos de las naciones que en Italia y Alemania constituían la coalición pudo discutirse la conveniencia ó no de continuar la guerra, como celebrados en presencia de sus soberanos lograron sus acuerdos mantenerse, cual en España, secretos, é ignorados, por consiguiente, hasta mucho más adelante; pero en Inglaterra, donde la constitución, esencialmente parlamentaria, de sus poderes, tenía que hacer públicas las discusiones más graves, aun las referentes á la paz y la guerra, se puso á debate en la Cámara de los Pares, al discutir en Enero la contestación al discurso de la corona, la magna cuestión de si entraba en los intereses de la Gran Bretaña el proseguir una lucha que, de una manera ú otra, habría de afectarlos gravemente. Hubo oradores, como el conde de Guildford, el duque de Norfolk y otros varios,

La guerra era inevitable.

amigos del célebre Mr. Fox, y hasta alguno, como Stanhope, deudo próximo de Mr. Pitt, presidente del Ministerio, que abogaron por la paz bajo condiciones honrosas para la nación, pero siempre reconociendo á los Franceses el derecho de constituir el gobierno que mejor les pareciera. De esta base partían los razonamientos de la oposición, la misma que había servido al conde de Aranda para formular sus ideas conciliadoras en el Consejo de Estado, á cuya última sesión acabamos de referirnos; pero el Gobierno británico, que era precisamente el que más fruto había sacado y esperaba sacar de la guerra con la destrucción, sobre todo, del poder marítimo de la Francia, la defendía con calor. Fundaba su opinión en ese punto el secretario de Estado, lord Grenville, en la conducta misma de los Franceses, al señalar la Convención pena de muerte para cualquiera de sus miembros que se atreviese á proponer la paz si no se ejecutaban de antemano la evacuación, por parte de las naciones aliadas, de todo el territorio francés; el reconocimiento de la República, una é indivisible, y el de su independencia, fundada en la igualdad y la justicia. En la imposibilidad de acceder á pretensiones tales, formuladas en términos tan altaneros, mucho menos por parte de una potencia que ni había provocado la guerra, ni la hacía sino en un sentido esencialmente defensivo y en apoyo de los intereses más respetables, los de la religión, la monarquía y el honor nacional, la guerra era inevitable, en concepto del Gobierno inglés, y la continuaría con el mismo vigor con que la había empezado. Así se aprobó por 92 Pares contra 12, y en la Cámara de los Comunes por 277 votos contra 59, á pesar de un elocuentísimo discurso de Fox, á que, y esos números prueban que victoriosamente, contestó Mr. Pitt en nombre del Gobierno.

Ni era dable, con efecto, otra resolución cuando Francia no cesaba en sus desafueros revolucionarios dentro ni fuera de su territorio. El régimen del *Terror* no excluía á

nadie; la guillotina no se embotaba ni en las cabezas más ilustres ni en las del vulgo. Á la ejecución del Rey había seguido el 16 de Octubre del año anterior la de María Antonieta después de 14 meses de cárcel y de todo género de tormentos y vilipendios, ni tardaría en correr suerte igual, menos merecida, si cabe, Madame Isabel, la amable y benéfica princesa, sin otro motivo que el inextinguible cariño que profesaba á su hermano. Con Malesherbes, De Bailly, De Condorcet, Lavoisier, glorias científicas las más puras de la Francia, subían al cadalso las históricas de la más encumbrada nobleza, sin que por eso se librase el pueblo, en cuyo nombre se ejecutaban matanzas como las de Lyon y Nantes con formas de tan refinada como bárbara crueldad. Si la guillotina no podía dar abasto para satisfacer la sed hidrópica de sangre de los seides de la Convención, se recurría á los fusilamientos en masa; y cuando todavía no bastaba tan expedita ejecución, se echaba mano de los barcos que, cargados de víctimas, iban á sumergirse en el fondo del mar á la vista de las ciudades, á cuyo menor castigo se destinaba por vía de escarmiento aquel horrendo espectáculo. Á más de 30.000 asciende el número de los desgraciados que así sacrificó el *Terror* en Francia, siempre, por supuesto, invocando los verdugos los dulcísimos nombres de Libertad, Igualdad y Fraternidad, de que tanto se reiría luego el tirano que les deparó la Providencia para su castigo. Pero si eso sucedía en París y las provincias regidas por la Convención, en las invadidas por las armas republicanas eran tales las violencias llevadas á cabo, las muertes, incendios, exacciones y atropellos, aun considerándose los ejércitos franceses como el único refugio contra la anarquía y el desorden, que no era de esperar sentimiento ni arranque alguno de conciliación de parte de los pueblos así tratados, ni menos de la de los soberanos que debían ampararlos. Escribía el general Leval: «Mando el ejército al frente de Manhein, y conti-

nuamos devastando enteramente este rico país enemigo y transportando cuanto hallamos en 40 leguas á la redonda. Hemos enviado ya á Francia 10.000 carros de granos, hierro, cobre, plomo y varios millones en dinero; en suma, no dejamos á los enemigos sino los ojos para llorar.»

¿Cabía, de ese modo, acercarse á la República francesa y tratar con ella?

El conde de Aranda perseguía, de consiguiente, una vaga ilusión al solicitar la paz en momentos en que se hacía imposible, si principalmente por la altanería francesa y los actos de su gobierno, no poco también por el estado de los ánimos en España, cuya irritación, aun cuando no poco calmada con el corto fruto de nuestras victorias de la campaña anterior, se mantenía aún con fuerza suficiente para rechazar todo proyecto de concordia con los atropelladores de la monarquía y de la religión, los dos objetos privilegiados en el corazón de los Españoles. Pueblo, todo sentimiento y despreciando los cálculos del interés material, era de temer se rebelase contra ellos, é inspirándose, además, en el espíritu de arrogancia y de dignidad, quizás exagerado, que le caracterizan, llegara á comprometer con las manifestaciones de su siempre enérgica iniciativa á un Gobierno que así se separaba, y el primero, por desgracia, de la gran coalición que seguía manteniendo con ese mismo espíritu los principios que antes había proclamado. Era, repetimos, la del veterano general y diplomático, una aspiración en completo desacuerdo con la del país, y se necesitarían golpes muy contundentes para, con ellos y la certeza de su impotencia, avenirse á desechar las halagüeñas esperanzas que se había forjado al dar á conocer su patriotismo cual ningún otro pueblo de Europa lo había hecho hasta entonces. El Gobierno, pues, y el duque de Alcudia, que lo presidía, acertaron al proponer la continuación de la guerra, y Carlos IV, al aprobarla, no hizo sino confirmar los sentimien-

tos en que se inspiraba al comenzar una lucha en que iban aunadas sus afecciones de familia con las que no podrían menos de provocar su espíritu religioso y el amor á sus pueblos.

Proceso de Aranda.

Pero nunca hubo motivo para el tratamiento cruel que se dió al conde de Aranda. Se le debió contestar, como él decía en sus primeras réplicas á Godoy, exponiéndole los errores que contenía su discurso, ya políticos, ya militares, para que procurase dar sus razones ó retractarse de sus asertos cuando oyese otras más fundadas que las suyas; nunca, repetimos, con argumentos de violencia, con el destierro sobre todo y la formación de una causa que rechazaría la conciencia pública, bien penetrada de los grandes servicios que había prestado en su larguísima carrera aquel insigne repúblico.

Ya en Jaén y cuando se creía olvidado, dejándose llevar de su empeño casi monomaniaco de entregar al papel sus desahogos, pretendió escribir una Memoria que le sincerase de su conducta en el Consejo de Estado. Necesitaba, para conseguirlo, la presencia de papeles que había dejado en su casa de Madrid, un extracto sobre todo con el epígrafe de *Conducta,* especie de *vade mecum* donde tenía apuntados cronológicamente cuantos sucesos habían ocurrido durante su ministerio, referentes á las relaciones del Gobierno español con el de Francia. Debió Godoy adquirir alguna noticia del deseo manifestado por el Conde de que se le enviasen á Jaén aquellos documentos; y, á fin de impedirlo, hizo practicar en casa de Aranda un escrupuloso registro de todos ellos, secuestrándolos inmediatamente y metiendo presos en oscuro calabozo, así al mayordomo que los custodiaba como al que debía transportarlos á su legítimo dueño. El conde de Aranda comprendió, al tener noticia de aquel atropello, que, en vez de amansarse la furia de su perseguidor, aumentaba á punto de, no sin razón, deberse temer desafueros mayores para con su persona. Y

esperando encontrar en la corte la protección que creía merecer y la gratitud justísima debida á sus eminentes servicios, dirigió al Rey una representación en que, después de recordarle su lealtad y el interés que siempre le había guiado por el lustre de la Corona y de su augusto representante; después de ponerle de manifiesto el estado de sus relaciones con el duque de Alcudia y de recordarle que aún era el decano del Consejo de Estado, que él había logrado restaurar para el mejor servicio del Trono, le pedía la restitución á su gracia y, de todos modos, su juicio ante aquel mismo elevado cuerpo político. No satisfecho con ese acto de sumisión, todavía se extendió á implorar la protección de la Reina; y él que tanto la conocía y que tantas veces habría observado las irregularidades de su conducta, añadía en su escrito al Rey: «Tiene V. M. á su lado una soberana compañera de discreción y luces, que le asiste con su buen consejo. Como tuve proporción de observar en el tiempo de mi interinidad la mutua confianza con que ambas majestades se entendían y como creo que tienen igual propensión á hacer justicia á sus vasallos, pongo mi suerte en sus manos.» Era hasta donde podía llegar el respeto monárquico y la sumisión del conde de Aranda, infructuosa á todas luces para todo el que, conociendo las relaciones que mediaban entre la Reina y Godoy, tuviera una idea, siquier remota, del carácter apasionado de aquella soberana y la petulancia y altanería, aunque injustificadas, de su favorito. Así es que, en vez de obtener la gracia que solicitaba, no hizo con su representación sino provocar nuevos actos de arbitrariedad de su vengativo adversario en las discusiones del Consejo de Estado. En los primeros días de Agosto se presentó en Jaén D. Antonio Vargas Laguna, ministro del Consejo de las Órdenes, el que procedió inmediatamente á un interrogatorio tan torpe, aunque estuviese preparado por el valido, como injusto é indigno. Así, con efecto, pueden calificarse las

Interrogatorio.

preguntas del delegado ministerial; la de no haber el Conde hecho entrega de los papeles que tenía en Madrid, copias todos de originales de que no debió sacar traslado por escribientes, pues era tanto como publicarlos; la de hablar en su representación al Rey de adulaciones y condescendencias que podían inferirle ofensa en su dignidad; la de las consecuencias que hubiera podido tener su circular de 4 de Septiembre, en que manifestó que la guerra era justa y necesaria y de otras posteriores confirmando aquella opinión y el motivo de los preparativos militares hechos en su tiempo, cuando poco después había de desmentirla en su voto del 3 de Marzo; y cómo podía proponer alianza alguna con la Francia ni criticar después la constitución de nuestros ejércitos por estar compuestos en su mayoría de soldados nuevos y, por consiguiente, inexpertos. Nada más fácil que el contestar á tales cargos, si bien capciosos, bien fútiles también por cierto. No hay, pues, para qué recordar la manera victoriosa con que los rechazó Aranda. Solamente estamparemos en esta breve historia las contestaciones dadas por el Conde á las dos últimas preguntas. Á la primera de ellas, que terminaba acusándole de trabajar por los intereses de la Revolución, contestó el Conde: «Nadie en el mundo pensará con más pureza que yo en cuanto á máximas políticas y religiosas: *Un Dios, una fe, un rey, una ley*. No responderé otra cosa á esta pregunta.» Y á la que se refiere á las condiciones de nuestros soldados, respondió: «Atengámonos sobre esto á las resultas que tenga la guerra. Por ellas quedarán justificadas nuestras predicciones [1].»

1 Quizás haya quién acuse al autor de esta historia de aceptar con extremada candidez los asertos y las opiniones del abate Muriel y rebelarse contra los que estampa el Príncipe de la Paz en sus Memorias, quien llega hasta á negar el escrito del conde de Aranda, leído en el Consejo de Estado el 14 de Marzo de 1794. Pero ¿cómo no dar fe al acta de aquella sesión célebre entregada para su estudio á aquel distinguido historiador por el más insigne aún de la guerra de la Independencia, conde de Toreno, que la poseía? No cabe en eso discusión, ni tampoco sobre el relato de las persecuciones sufridas posteriormente

Su traslación á Granada.

Así como su representación al Rey provocó el interrogatorio á que acabamos de referirnos, ese mismo cuestionario, al parecer frívolo é ineficaz, contra la persona como para la Memoria del conde de Aranda, tuvo por consecuencia inmediata su traslación á Granada y su encierro en el morisco alcázar de la Alhambra que, como propiedad de la Casa Real, se hallaba entonces bajo la jurisdicción del ministro de Estado, esto es, del duque de Alcudia, el enemigo más encarnizado de aquel insigne general.

Dejémosle allí, que no tardará en llegar el día de su elogio, es decir, el de su muerte, hecho en la *Gaceta de Madrid* por los mismos que tanto le habían calumniado y perseguido.

Muerte de Ricardos.

La resolución tomada por el Rey á consecuencia del acuerdo del Consejo de Estado el 14 de Marzo, en que lo presidió, exigía, como resultado inmediato, los preparativos ya urgentes para emprender la campaña de aquel año de 1794. Por fatal coincidencia, triste augurio de las desgracias que iban á sobrevenir muy pronto á España, el día antes del de aquella célebre fecha falleció en Madrid el general Ricardos, el hombre más necesario al frente de nuestros ejércitos en la crisis que el pesimista conde de Aranda había pronosticado como muy próxima. «Ya puede la patria que serviste y honraste, decía D. Josef Martínez de Hervás en el Elogio que, un año después, leyó en la Sociedad de Amigos del País de esta Corte; ya puede presentar á la imitación de los que siguen la misma carrera, este modelo de una vida siempre útil y perdida en su defensa. Tú fuiste buen hijo, buen vasallo, buen ciuda-

por el conde de Aranda que, cualquiera que sepa leer, como vulgarmente se dice, *entre renglones*, las hallará confesadas en el escrito del valido. Hasta la acusación que se le dirige de haber provocado un auto de cargos contra Aranda, por el Santo Oficio, puede probarse con la separación del inquisidor general, Sr. Abad y la Sierra, por negarse á proceder de oficio contra el Conde.

dano, excelente amo, amigo heroyco, generoso con tus enemigos; igualmente capaz de sobresalir en el Ministerio y en el Senado, á la frente de una provincia, como á la de los Exércitos; magnánimo, incorruptible, y solo amable del bien y de la gloria» [1].

Era necesario, de consiguiente, nombrar un nuevo general en jefe para el ejército de Cataluña; y habiendo Ricardos, en sus últimos momentos, señalado para sucederle al general O'Reilly que, á la cualidad de ser su más íntimo amigo, reunía la de tenerle por uno de los más activos y expertos generales á pesar de su desgracia en la jornada de Argel, recibió éste la orden de ponerse inmediatamente en camino para la frontera de los Pirineos orientales. Acaso para fortuna suya, la muerte sorprendió también á O'Reilly el 23 de aquel mismo mes de Marzo en el Bonete, cuando ya se dirigía á Valencia; pues que los armamentos que los Franceses hacían en la frontera y su número inmensamente superior al de los Españoles, no auguraban para él ni para Ricardos los gloriosos resultados que éste había obtenido en la campaña anterior.

Muerte de O'Reilly.

Al saber el Rey la muerte de O'Reilly, creyó que el llamado en primer lugar á sucederle debía ser uno de los generales que habían hecho la guerra en el Rosellón, conocedor, así del terreno y de las fuerzas que estaba destinado á regir, como de las posiciones y medios también del enemigo que iba á tener enfrente; y estando

El conde de la Union.

1 Hay quien atribuya la muerte de Ricardos á la acción de un veneno; pero ¿quién podía en España tener interés en acto tan detestable? Su vida, ya lo hemos indicado, había sido un tanto borrascosa, pero en verdad abrigaba su alma muchas de las cualidades que le concede Martínez de Hervás y un atractivo, sobre todo, que le había hecho muchos amigos.

En cuanto á sus cualidades militares, ya se las van concediendo muchos de sus adversarios políticos y no pocos de los Franceses que han tenido ocasión de estudiar y aun de describir su campaña de 1793. No hace mucho que el eximio general Pierron pedía al autor de este escrito datos con que poder apreciar aquella guerra, manifestándole que abrigaba un alto concepto de los talentos del general Ricardos.

por aquellos días muy alto en la opinión pública el concepto del conde de la Unión por los rasgos de lealtad que le caracterizaban y el valor, la abnegación y el celo que había desplegado, le confirió, sin vacilar un momento, la dirección en jefe de aquel ejército.

Parece que el conde de la Unión resistió por tres veces el tomar el mando, comprendiendo las dificultades que iba á encontrar para ejercerlo, visto el estado de indisciplina en que se hallaban las tropas, después, sobre todo, de la marcha del general Ricardos, en que se había empeorado en proporciones notables, no por falta de energía del marqués de las Amarillas en su poco afortunada interinidad, sino por esa condición de flaqueza que impone á los ejércitos la ausencia de un jefe ya coronado por la victoria, á quien sólo así secundan activamente hasta los más subalternos. El Conde tenía comunicaciones del mismo Ricardos que le confirmaban sus propias ideas sobre el desorden que en varias circunstancias había dominado en el ejército, y aun de la negligencia y la inacción de algunos de sus jefes y oficiales; y si bien aquellas comunicaciones eran de fecha bastante atrasada, tenía el Gobierno alguna de Enero de 1794 en que el general Ricardos auguraba desastres para la campaña futura si no se hacía mejorar las condiciones materiales y morales en que se hallaba el ejército. Unión, repetimos, lo sabía todo y procuró eludir la responsabilidad que veía caer sobre él; pero el Rey insistió en su determinación de confiarle el mando; y como dice el P. Delbrel, «pasando por encima de todas las consideraciones personales, hubo de resignarse, y al notificar al soberano la aceptación del mando, le declaró que desde aquella fecha (25 de Abril de 1794) respondía de Cataluña.»

Pero además de un general de grandes condiciones, y luego veremos si las tenía el malogrado conde de la Unión, se hacían necesarios en aquella y en las demás fronteras

refuerzos considerables en tropas y en material, así como una administración inteligente que los hiciera fecundos y no estériles, como al fin resultaron. No bastaban los ya enumerados al principio de este capítulo, los que suponía la formación de los regimientos de Valencia, compuesto de los nuevos reclutas, y el de Borbón de los emigrados franceses; y aun haciéndose efectiva la quinta de 40.000 hombres que se había ordenado, apenas si serían bastantes para cubrir las bajas de la campaña anterior y eso con gentes que, inexpertas en el manejo de las armas, sólo servirían por el pronto para aumentar el desorden en las veteranas y el día de un revés para introducir el pánico en ellas. Parece imposible que el hombre que tenía en sus manos las comunicaciones á que acabamos de referirnos y, aun así, abrigaba las ideas belicosas que le hemos visto desarrollar en el Consejo de Estado, no procurara fortificarlas y acreditarlas con un esfuerzo general y grande que le proporcionase el triunfo, sinceramente ó no augurado por él en la célebre sesión del 14 de Marzo.

La Coalición.

Ni se distinguían por los horizontes políticos de aquel año síntomas en los de las fronteras orientales y septentrionales de Francia que ofrecieran confianza de un éxito que Godoy daba por seguro y decisivo. La Coalición se mostraba en la frontera del Norte de Francia tan dividida en cuanto á las operaciones y los consejos de los generales como á los intereses de las diferentes naciones que la formaban. Á la victoria de Nerwinden, que había dado por fruto el más importante la defección del general Dumouriez; á la conquista de Maguncia por los Prusianos y á la de Valenciennes por los Austriacos, que, con la sublevación de la Vendée, habían provocado el advenimiento de la era del *Terror* y la conscripción general de toda la juventud francesa desde la edad de 18 años á la de 25, había sucedido en el campo de los aliados una paralización que dejó sin fruto triunfos, al parecer tan decisivos para el

éxito de aquella guerra. Parece que después y con la retirada de los ejércitos franceses de los campamentos de Tamars y de César, se abría la Francia á la acción incontrarrestable de los ejércitos de la Coalición; pero reinaba en ellos, ó por mejor decir, en sus soberanos y, por consiguiente, en sus generales, la división, según acabamos de decir, de los intereses particulares por que cada uno de ellos se veía impulsado.

La Francia, según sus planes, debía desaparecer como nación unida y como muro de separación entre las que constituían la Europa septentrional de las del Mediodía. Cada uno de los coaligados quería para sí una parte de ella, la que política ó estratégicamente pudiera convenirle más; y en el concierto general que acompañaba al militar de su alianza, se había formado un mapa donde se reducía á la Francia al mismo miserable estado de fraccionamiento que caracterizaba el de la dividida é impotente península italiana [1]. El rey de Prusia, sin embargo, atento más que nunca al engrandecimiento de su corona por la parte de Polonia, la segunda parte de cuya repartición estaba entablada en los Gabinetes también de Austria y Rusia, se mostraba poco activo y aun flojo de voluntad en sus operaciones contra la Francia, á punto de hasta desistir de ellas para animar con su presencia y la de sus tropas la acción que se había propuesto en las orillas del Wartha. Afortunadamen-

1 Parece que en aquel mapa, sorprendido en un paquete de comunicaciones que se dirigió desde Tolón á Cartagena, se señalaban al Austria, la Alsacia, la Lorena y el Franco-Condado; á Prusia, Flandes y grandes zonas de territorio en los valles del Mosa y el Mosela; á Inglaterra la costa del Océano, desde España hasta Bélgica: á España algunas provincias del Mediodía de Francia, el Rosellón y la Navarra francesa por supuesto; y hasta el Piamonte tendría su parte en la frontera de los Alpes.

Así al menos lo consigna Barrère en sus Memorias.

¡Quimeras de proyectistas en sus optimismos políticos! ¡Como si fuera posible que, aun en circunstancias de tal excitación como aquéllas, fuera dable el pensar en la desaparición del único valladar robusto contra la invasión de las ideas y de la fuerza material del Norte!

te para la Coalición se resolvió ese punto interesantísimo á gusto de Federico Guillermo, firmándose el tratado de repartición por él tan deseado; y cediendo entonces á los ruegos y consejos del Emperador y de la Inglaterra, pudo el ejército reunido de los Alemanes forzar las líneas francesas de Wisemburgo, aunque sin los resultados que debían esperarse por no haber desaparecido del todo las causas de desconfianza que producían aquella circunspección, verdaderamente germánica, que al fin había de dar á la Francia la victoria más completa.

No tardaron, así, en sentirse los efectos de aquella división que se iba haciendo característica en los aliados. Los Ingleses y Austriacos tenían que levantar el sitio de Dunkerque, batidos en Hondschoote el 11 de Septiembre de 1793; el general Jourdan derrotaba, un mes después, á los Austriacos en Watignies, y con la cooperación del célebre Carnot, que entonces comenzó su gloriosa carrera militar, tan desatendida después por Napoleón, alzaba el bloqueo de Maubeuge; Lyon y poco más tarde Tolón caían en poder de los convencionales, y todos los enemigos de la Francia, no poco desanimados, se entregaban al descanso y á sus recíprocas recriminaciones en los cuarteles de invierno. Sólo en la frontera española y en La Vendée quedaban humilladas las armas francesas al terminar el año de 1793; pero, aun allí, podían preverse y aun se sentían síntomas de una reacción por parte de la Francia, que auguraban, con un triunfo decisivo, la liberación completa de su territorio y el fracaso de aquella alianza general de las potencias europeas, que poco antes amenazaba su existencia política y su influjo, por consiguiente, en el equilibrio de las naciones que tienen su asiento en este viejo continente.

Estado de Francia.

Y era que á la división y á la discordia, mejor dicho, que imperaba en las filas de los aliados, iba á oponerse lo que ellos no esperaban: la unión de las

voluntades en Francia, si impuesta, en no pequeña parte, por el miedo á aquel Gobierno feroz y sanguinario que parecía iba á aniquilarla, estimulada por el patriotismo que en todo pueblo viril excita la presencia del extranjero en su suelo.

Ejercía sus estragos el *Terror* con una violencia que parecía iba á acabar con las fuerzas todas de la Francia; á tal número se elevaba ya el de sus víctimas, y en tales proporciones destruía los intereses que parece debieran sostener los esfuerzos extraordinarios que desplegaba en la guerra. Allí no regía otro principio ni debía seguirse otro sistema que los del exterminio de cuantos no se dejaran llevar de aquel *delirium tremens* que embargaba el corazón y la inteligencia de los que, á fuerza de violencias y excesos horrendos, habían logrado sobreponerse á todos y regir arbitraria y despóticamente á la nación francesa, tan arrogante siempre. Y, sin embargo, esto, que parece pudiera sublevar los ánimos y elevar los caracteres de gentes que siempre han presumido de una independencia verdaderamente genial, provocando entre todas ellas el desorden, la indisciplina y la rebeldía, que debieran traducirse en una guerra civil por todas las provincias de la República, sólo produjo unos que podríamos llamar chispazos en las regiones occidental y meridional, en cuyos sucesos nos hemos ocupado anteriormente. El miedo, la prudencia si se quiere, había llevado á los más moderados ó indiferentes á las filas del ejército, único abrigo contra la crueldad de aquel Gobierno; y los que nada tenían que temer de él y la masa inmensa de los que no podían presenciar impasibles la profanación del suelo patrio, acudían también á las filas para rechazarla y vengarla.

No eran estos últimos los mejores adalides de la independencia de Francia; que todo el mundo sabe que, salvo raras excepciones, los famosos *voluntarios,* más que de utilidad, sirvieron de estorbo y ofrecieron graves dificultades

á los generales franceses en el mando de los ejércitos [1]. Pero la conscripción general á que antes nos hemos referido, esto es, la que también hemos llamado constitución armada de toda la Francia, produjo, no sólo un número de soldados nunca visto hasta entonces en tanta y tanta guerra como había asolado á la Europa central, sino el entusiasmo en ellos que les daba la mutua comunicación de todas sus clases, la comunidad de peligros y de la gloria, uno de los móviles más poderosos en la nacionalidad francesa, y el ansia, sobre todo, de mostrar que ni las divisiones intestinas, ni la acción más enérgica de cuantos enemigos pudieran combatirla, lograrían entibiar su impetuosa iniciativa y su furia característica.

Ofrecíanse, pues, en perspectiva para la campaña de 1794 ejércitos numerosos como nunca, y si adoleciendo de la indisciplina, entonces circunstancial por tantas y tan hondas causas de desmoralización, y aun con el grave defecto de haber de instruirse en el ejercicio de las armas á la vista y bajo la acción del enemigo, muchos al fin y en disposición de á la primera victoria constituirse en los más activos y hábiles de Europa, como preparándose para, años adelante, alardear del título, para nadie como para los Franceses halagüeño, de invencibles. Pronto los veremos abandonar su actitud defensiva de la campaña anterior, tomando la ofensiva en todas las fronteras, la que siempre ha formado el ideal y constituído la aspiración que mejor cuadra al soldado francés.

Marchan los generales españoles á sus puestos.

Tal era la situación de los beligerantes en aquella guerra durante los primeros meses de 1794, época en que, como hemos visto, se discutían en las esferas del Gobierno español la conveniencia ó no de continuar la guerra y los procedimientos que habrían de

1 El libro que Camille Rousset, conservador de los archivos históricos de la guerra, publicó en 1870 con el título de «Les Voluntaires, 1791-1794», contiene, no sólo la historia de aquellos batallones en que se desconocía comple-

seguir los generales encargados de hacerla en caso afirmativo. Ya con eso y con el ofrecimiento, no poco temerario en Godoy, de reforzar los ejércitos de la frontera pirenaica hasta equilibrarlos en número con los franceses, oferta no sostenida por el ministro de la Guerra conde de Campo-Alange, más sesudo y más experto que el nuevo capitán general, árbitro entonces de los destinos de España, salían de Madrid para sus respectivos destinos D. Ventura Caro, olvidado en las interminables listas de recompensas otorgadas por la campaña anterior, el que, después de Ricardos, había sido su primero y más glorioso actor, y el príncipe de Castelfranco, llevando pendiente de su cuello el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro, como premio á los servicios que, á su vez, había prestado, si no por sus deseos muy inferiores á los de su colega de los Pirineos occidentales, por la condición geográfica de la frontera cuya defensa se le había confiado.

tamente virtud alguna militar, disciplina, valor, patriotismo ni abnegación, sino el testimonio oficial de los generales que los mandaban y que les atribuyeron todos los reveses que habían sufrido, calificándolos de *enjambres de moscas, asesinos, cobardes y desobedientes.*

CAPÍTULO VIII

CAMPAÑA DE 1794 EN LOS PIRINEOS ORIENTALES

El ejército español.—El ejército francés.—El general Dugommier.—Operaciones en la Cerdaña.—Muerte de Dagobert.—El conde de la Unión.—Batalla del Boulou.—Retirada de los Españoles.—Pérdida de las plazas marítimas.—Invasión de Cataluña.—La línea española.—Nuevas operaciones en la Cerdaña.—Sitio de Bellegarde.—Intentos de socorro.—Rendición de la fortaleza.—Ataque de la línea.—Muerte de Dugommier.—Segundo ataque.—Muerte de Unión.—Nueva retirada de los Españoles.—Capitulación de Figueras.—Sitio de Rosas.

Ya hemos indicado la situación del ejército español al ausentarse su general Ricardos de la frontera de los Pirineos orientales en que había combatido con tanta gloria para nuestras armas, y cómo aquel estado, el moral principalmente, había ido todavía decayendo en la interinidad del marqués de las Amarillas que había sucedido en el mando al insigne caudillo, arrebatado á la patria en tan críticas y difíciles circunstancias. No se había descuidado el Marqués en fortificar las posiciones ocupadas por nuestras tropas al fin de la campaña anterior, completando las obras del Plá-del-Rey, de Saint-Luc y del Scingli, tantas veces citados, por ame-

nazar siempre desde ellos los Franceses nuestro frente del campo del Boulou. La ermita de Saint-Ferreol y los puestos inmediatos habían recibido también grandes y útiles reformas en sus fortificaciones para cubrir las avenidas del puente de Ceret en que se apoyaba la izquierda española, constantemente amenazada siempre desde las alturas de la cordillera de los Aspres que se distinguen á su frente. Por la derecha del Boulou se habían enlazado con un atrincheramiento continuo las posiciones conocidas con el nombre de *Trompettes*, altas y bajas, que, á su vez, se ligaban á la de Montesquiou por una serie de reductos que la hacían casi inabordable, cerrando de ese modo por uno y otro flanco los caminos por donde pudiera dirigirse un ataque general á la línea española. Faltaba, sin embargo, para completar aquel vasto sistema militar la fuerza necesaria, no ya para hacerlo inatacable, sino hasta para defenderlo medianamente. Las enfermedades, más aun que el fuego del enemigo, habían disminuído en proporciones aterradoras el número de nuestros soldados; y apenas si podían contarse para las atenciones de línea tan extensa más de 20.000 infantes, aun incluyendo entre ellos la división portuguesa, y menos de 4.000 caballos que habían tenido que trasladarse á Cataluña para pasar sin gran deterioro el invierno. Los 40.000 hombres prometidos por el duque de Alcudia para aquel ejército no parecían por ninguna parte en suficiente número para cubrir siquiera las bajas experimentadas hasta entonces, ni era fácil pareciesen si con una quinta de igual cifra, dada, como todas, á deficiencias considerables, habría de atenderse á los tres ejércitos destinados á la defensa del Pirineo.

La muerte de Ricardos y la inmediata de O'Reilly, si de fama equívoca desde la jornada de Argel en el concepto público, gozando de la más alta opinión en las filas del ejército por sus indudables condiciones militares, aumentaron, no hay para qué ocultarlo, los motivos de disgusto y

aun de desaliento en unas tropas que á todas las causas ya referidas tenían que añadir la de una administración que luego veremos no podía ser más detestable.

Amarillas, hombre de valor personal, pero sin el de la responsabilidad del mando, cuyo peso en aquella ocasión no era ciertamente para echado sobre interinidades, hubo de limitar sus operaciones á la de la defensa absoluta casi inerte, de los puestos de la línea, atacados todos los días por los Franceses, impacientes por dar comienzo al plan de campaña que sabían abrigaba su general en jefe para un momento ya próximo. No impidió eso al Marqués el, saliéndose el 15 de Abril de su costumbre que tanta arrogancia inspiraba á los enemigos, prepararles una emboscada en el Mas de la Paille, en la cual cayeron para desgracia suya y no pocas pérdidas en hombres y caballos. Ellos, como en desquite, atacaron nuestra posición del Palau en la derecha del ejército; y aunque al fin del combate se vieron obligados á retroceder, no fué sin ocasionarnos una grave desgracia, la del marqués de las Torres que corrió en ayuda de los atacados, y la mayor aún de la evacuación del campo de Villalongue, error en el marqués de las Amarillas que no podían disculpar el próximo fin de su interinidad ni el deseo de transmitir á su sucesor el mando del ejército más concentrado de lo que había estado bajo el suyo.

El ejército francés.

¡En cuán diferentes condiciones se encontraba ya el de los Franceses!

Á la desmoralización de aquel ejército, resultado de las condiciones de sus tropas, de las torpezas de los varios generales que lo habían mandado y de los reveses consiguientes á tales y tan graves causas, había sucedido su completa reorganización y el recobro de su disciplina y su moral por la tan eficaz como hábil conducta del general Dugommier, llamado desde Tolón al mando en los Pirineos orientales. Su herida en la jornada de la Batería de la Convención,

aquella en que, según Napoleón se había batido con un valor verdaderamente republicano, le había proporcionado se le perdonase su generoso comportamiento con O'Hara, de quien él á su vez había sido prisionero en las Antillas, su patria; y la reconquista de Tolón le daba ahora la suficiente impunidad para exponer sus ideas humanitarias ante los feroces procónsules que estaban satisfaciendo su furia revolucionaria en los habitantes de aquella infeliz ciudad. El general Dugommier, al ponerse á la cabeza del único ejército que, al decir de uno de sus compatriotas, «hacía cuatro meses no había logrado entrever la menor luz de esperanza y que sólo entre los demás quedaba enterrado bajo un montón de afrentas continuas, denunciadas oficialmente á toda la Francia», se dedicó con el mayor ahinco á reorganizarlo y á comunicarle el espíritu de las tropas de Tolón que fueron con él á los Pirineos. Había pensado y aun propuesto á la Convención, el dirigirse con todas las fuerzas con que acababa de lanzar al mar á los aliados, sobre Perpiñán y acometer á los Españoles momentos después de haber tomado sus cuarteles de invierno; pero no fué aprobado su plan, se fraccionó su ejército para reforzar con la mayor parte de sus tropas el de los Alpes y hubo de marchar con 10.500 hombres á los Pirineos, á cuyo pie se presentaba á mediados de Enero de 1794. Infatigable en su tarea de reorganización comenzando por lanzar del ejército más de 20 de los generales que hasta entonces habían tenido mando en él y una nube de oficiales, en su concepto inútiles, logró en poco tiempo reunir hasta 70.000 hombres divididos en las que él llamaba tres categorías, *la selecta*, de las compañías de granaderos y batallones de cazadores, *la línea*, y *la fuerza de inercia*, esto es, *la turba multa* de reclutas y voluntarios que, según él, volvían aún la cabeza al disparar su fusil. Organizó, además, la caballería, la artillería, los servicios administrativos y particularmente el de completar el armamento esta-

El general Dugommier.

bleciendo talleres de fabricación y recomposición en las fundiciones y fábricas más próximas y en todos los pueblos donde pudo hallar edificios, talleres y obreros que pudieran servir para tan preferente objeto. Y formando con las tropas dispuestas ya á pelear en campo abierto tres divisiones á cuyo frente puso á los después célebres generales Augereau, Perignon y Sauret y una reserva mandada por Víctor Perrin, tan conocido también por su constante acción en la guerra de la Independencia, avanzaba el 27 de Marzo á aquellas posiciones de Mas-Deu, Elne y Reart, donde meses antes habían sido tan rudamente escarmentados los hombres á quienes ahora había conseguido inspirar y comunicar su fuego patriótico y belicoso.

De esa línea en que estableció los campos de instrucción en que habrían de ejercitarse las fuerzas que él llamaba de *inercia*, hizo su base de operaciones el general Dugommier; y, cubriéndola á vanguardia con varios destacamentos ó grandes guardias que observasen las avenidas todas de la posición española, dirigió reconocimientos sobre nuestros puestos avanzados para tenerlos, por lo menos, en constante alarma. Escarmentado en Tresserres, por donde pretendía amenazar el Pla-del-Rey y Saint Luc, logró, sin embargo, ocupar la posición la Banyuls-les-Aspres que Amarillas le abandonó, por su empeño, según ya hemos dicho, de entregar á su sucesor el ejército lo más reconcentrado posible. Ya desde Banyuls, de que hizo su cuartel general Dugommier, rompieron los Franceses en aquel sistema de acometidas que si les costó el revés de la emboscada, ya referida también, del Mas de la Paille, les procuró su establecimiento en la margen del Tech y los medios de encubrir los proyectos, ya próximos á ejecutarse, de su experto caudillo.

Operaciones en la Cerdaña.

Tenían lugar entretanto los más graves sucesos en la Cerdaña, por donde deseaba también Dugommier llamar la atención de nuestros generales, á fin

siempre de verse más y más desembarazado en sus operaciones sobre el Boulou. Parece que el plan venía impuesto de París en conferencias celebradas entre Carnot y Dagobert que, habiendo escapado como por milagro de la guillotina, constantemente alzada sobre los generales vencidos, debía ahora ejecutarlo; pero, cierto esto ó no, Dugommier lo modificó, no proporcionando todos los medios que allí se habían creído necesarios para su más feliz éxito.

El general Dagobert, así, se presentaba el 1.º de Abril en Puigcerdá, donde encontraría su antigua división establecida en una línea de puestos perpendicular al curso del Segre y al camino de la Seo de Urgel, primer objetivo ahora de aquella su última campaña. Enterado de la situación de las tropas, reforzadas con algunos batallones que llevaba consigo desde Perpiñán, no tardó en romper la marcha, y el 8 de aquel mismo mes acometía las posiciones españolas de Montallá, La Llosa, y Lles que le fué abandonando el general conde de San Hilario, que consideró imposible resistirle más que en los fuertes de La Seo, donde se propuso concentrar todas sus fuerzas, muy inferiores en número y organización á las francesas. Allí y en las montañas próximas, apoyado en la posición de Organyá, en que se concentraban, como en los altos de la Sierra de Cadí, los voluntarios y somatenes del país, se estableció el antiguo conde de Saint-Hilaire para dar calor á la defensa de los fuertes, si eran acometidos, é impedir el avance de los Franceses sobre Lérida ó el flanqueo, más temible aún, de los caminos que por el Fluviá y el Ter pudieran conducirles á retaguardia de la línea española del Rosellón.

Eran, con efecto, muy difíciles de asaltar las posiciones de Castel-Ciutat y los pequeños fuertes ó castillos que con él forman la posición militar de La Seo, ya que la plaza quedó abierta, como si dijéramos, é indefensa después de los sitios que había sufrido en principios de aquel siglo y fines del anterior. Así es que Dagobert no encontró obs-

táculo que le detuviese en su marcha combinada con la del general Charlet, que había batido toda la orilla derecha del Segre, y se apoderó sin resistencia del puente de Bar, de la posición de Calvinya en el Balira, donde se reunieron los dos generales, y de la ciudad por fin, cabecera del célebre condado de Urgel. En ella, como en todas las poblaciones que caían en poder de los Franceses, ejercieron los soldados de Dagobert todo género de atropellos, sin excluir en ellos las casas más respetables y los templos, donde hasta las formas sagradas fueron objeto del mayor escarnio. La vista, sin embargo, de los fuertes que ofrecían un aspecto imponente y cuya aproximación impedía el cauce del Balira, la rotura de su puente por los Españoles, la falta de un tren de sitio y el carácter enérgico de la respuesta del general español á las intimaciones que le dirigió el francés, hicieron comprender á éste que resultaría ineficaz cualquier asalto ó golpe de mano que intentara sobre las fortalezas. Así es que, después de ensayar un movimiento envolvente desde Calvinya y por el camino de Organyá, en que sus tropas de vanguardia fueron rudamente escarmentadas á espaldas de Castel-Ciutat, que sin duda querían amenazar á su paso, el general Dagobert, acometido de una fiebre violenta que cogió en la marcha que acababa de hacer por montes y caminos cubiertos, en gran parte, de nieve, se decidió á retirarse con todas sus tropas á Belver y después á Puigcerdá, donde el 18 de aquel mismo mes de Abril lanzaba su último aliento después de redactar el parte de sus recientes operaciones, *canto de cisne*, según lo calificó Barrère al leerlo en la Convención.

Muerte de Dagobert.

Fracasado aquel último esfuerzo de su indómito valor, tantas veces puesto en la balanza de los combates, aunque no pocas infructuosamente cuando lo ejércitó, según ya hemos visto, contra los Españoles, justo es rendir un homenaje de consideración militar al egregio veterano de la guerra de Siete años, tan brillante y

soberbio en los campos de batalla, como tenaz y generoso al rechazar las imposiciones y los desatinados proyectos de los representantes de la Convención en los consejos de guerra celebrados ante ellos. Pero ya que en nuestra pluma aparecería ese homenaje demasiado humilde para tan gran figura como la militar del general Dagobert, vamos á transcribir un párrafo del despacho dirigido á sus colegas del comité de Salud pública por los representantes del pueblo en aquel ejército: «Su franqueza, les dicen, su valor heroico, su constancia, su firmeza en los momentos críticos y los talentos adquiridos en 40 años de servicios, le hacen sea llorado por todo el ejército que siempre había llevado á la victoria; y podemos decir con toda verdad que es además el único general muerto en un país que conquistó para la libertad, defendiéndola con su denuedo después de haber echado por tierra á los enemigos interiores y confundido la calumnia» [1].

La Convención decretó en su proceso verbal del 28 de Abril se hiciera mención honrosa de los servicios prestados á la República por el general Dagobert, recompensa bien pequeña, dictada quizás bajo la impresión que había causado en aquella Asamblea el espectáculo de un general que, en vez de defenderse en la *barra* de las delaciones de sus enemigos, atacó á éstos con tal audacia y franqueza, que logró confundirlos, arrancando de los convencionales disposiciones que restringieron la autoridad de sus comisarios en los ejércitos, con gran fruto para la República y para los hombres de honor y sus genuinos paladines en los campos de batalla.

Ese homenaje de la Convención recae, como de reflejo, sobre nuestros compatriotas del ejército de los Pirineos orientales que, á las manos, puede decirse, todos los días con Dagobert, lograron resistirle y vencerle en tantos y

1 *Gazette National ou le Moniteur Universel*, n.º 220 décadi 10 Floréal, l'an 2.º (mardi 29 Avril 1794, vieux style.)

tantos como los gloriosísimos de Mas-Deu, Perpiñán y Trouillas.

El conde de la Union.

Por aquellos días, ya lo hemos dicho, se encargó del mando en jefe de las tropas españolas el conde de la Unión. Teniente general moderno, como ascendido en la anterior campaña, habría de ser mirado con alguna prevención por sus pares en empleo más antiguos y por cuantos, aun cuando inferiores, atribuirían lo rápido de su carrera al favor de que gozaba en la corte [1]. Y aun cuando no dejó por su parte y modestamente, hay que reconocerlo, de librarse de la inmensa responsabilidad

1 Para la redacción de esta campaña en los Pirineos orientales contamos con dos trabajos históricos, de los que uno, á pesar de ser de la época, ha pasado generalmente desatendido, quizás por hallarse todavía inédito, y el otro es de fecha tan reciente que tardaría mucho en ser conocido sin ocasión como la presente para darle todo el valor que merece. El manuscrito, aunque sin firma, es trabajo, á no dudarlo, del general D. Tomás de Morla, Quartel Maestre ó, como ahora se dice, jefe de Estado Mayor de aquél ejército, llevado á ese cargo por el general Ricardos y habiéndolo ejercido hasta después de la muerte del conde de la Unión. El impreso se halla en la revista mensual que, con el título de «Études religieuses philosophiques, historiques et littéraires» publican en París los Padres de la Compañía de Jesús, y los cinco artículos que comprende se hallan en los tomos XLVII y XLVIII de la colección (de Junio á Diciembre de 1889), escritos por el P. I. Delbrel con el epígrafe de «L'Espagne et la Revolution française: Le comte de la Union.»

Los dos adolecen de parcialidad; siendo apasionadísimo el de Morla, no considerado, sin duda, lo que él creía merecer por el de la Unión, y no atendido, tampoco, en los consejos militares que pudo darle en tan larga y accidentada campaña; y obedeciendo el del P. Delbrel, al afecto que debían inspirarle sus estrechas relaciones con la familia de los duques de San Carlos, y á la inclinación, casi siempre irresistible, á que hace pronunciarse la vista de tantos y tantos documentos originales como los que ha podido consultar, más determinada aún al, por ellos, conocer y poder apreciar el carácter, si vehemente, por extremo caballeresco, y la severidad del célebre Conde en cuanto á sus principios religiosos.

Sin otros documentos, el historiador se vería perplejo en cuanto á la determinación de sus opiniones en muchos de los lances de la campaña: afortunadamente, comparando ésos con otros, así antiguos como modernos también, y aun de uno y otro partido de los beligerantes, se puede deducir la verdad y fundar cuantas consideraciones puedan provocar esa verdad y las desgracias del ejército español que proporcionaron á los Franceses su invasión, no sabemos por qué, inesperada en España, á los principios de aquella segunda parte de la guerra con la República.

que iba á echar sobre sí; y aun cuando se supiera eso en el ejército en que, por el pronto, tendría de su lado las clases de tropa que admiraban su celo extraordinario y su valor heroico, siempre halló en las superiores la frialdad, ya que no el desvío, de quienes se creerían ofendidos, si no en sus derechos, señalados en la ordenanza, sí en la consideración de sus servicios y de su mérito personal.

No tardó en echarse de menos la dirección del general Ricardos al iniciar su mando el nuevo general en jefe. Los movimientos que varios días antes emprendió Dugommier, no fueron comprendidos, ni mucho menos adivinados por los jefes españoles, si se exceptúa el general Morla, que en su citado escrito manifiesta habérselos advertido al conde de la Unión. Éste creyó siempre ver en los ataques de los Franceses sobre Ceret el objetivo preferente, si no único, de Dugommier, cuyo plan, en concepto del Conde, se dirigía á cortarle las comunicaciones con el alto Tech y con España por los puntos que habían servido para la invasión de Francia en la campaña anterior. Ese fué su primer error y el que le hizo establecer su cuartel general en Ceret, donde amenazado por fuerzas que él supuso mucho más numerosas, no sólo desatendió la derecha del ejército, contra la que se dirigían principalmente las miras del general francés, sino que llamó á sí fuerzas que le harían muy pronto falta en aquel lado de la línea general de los Españoles. Obcecado así, se empeñó en mantener su posición de Ceret y en asegurarla ocupando las montañas más culminantes de su frente, como las de Saint-Ferreol y Riorol, por donde temía bajasen los enemigos impunemente al puente de Reynes y Palalda, consiguiendo el fin que á él le preocupaba más. Con eso y con una serie de pequeñas acciones, con que los Franceses lograron entretenerle, dando, eso sí, lugar á que nuestras tropas y los generales marqués de las Amarillas y Mendinueta lucieran su valor, el conde de la Unión permaneció inmoble en Ceret, mientras en su dere-

cha, en todo el campo y las montañas que enseñorean la posición del Boulou, desplegaban los enemigos la inmensa mayoría de sus fuerzas, la enérgica actividad de sus jefes y la hábil iniciativa de su general. Unión no veía enemigos sino á su frente, donde el general Augereau le presentaba una cortina formada de pequeñas columnas acometiendo sin cesar los puestos españoles y amenazando caer sobre él en los puentes del Tech, decoración verdaderamente teatral que llegó á alucinarle por completo; y en su obcecación, ya lo hemos dicho, distrajo del campo del Boulou la división del príncipe de Montforte, nunca más necesaria allí que en aquellos momentos.

Bien lo comprendió el general Morla que, acabada la acción del 29 de Abril, aconsejó la retirada de todas las tropas que habían combatido en Riorol y en la Palmera con las de Augereau, calculando por el número de los Franceses y por el género de sus ataques que no era Ceret el objetivo á que se dirigían exclusivamente, y sólo sí á conseguir con una llamada falsa entretener al general en jefe español y distraerle de la defensa del Boulou [1]. Y con efecto, aquella misma noche del 29 ponían los Franceses en ejecución su proyecto de dominar, envolver y destruir todo el vasto sistema de puestos y fortificaciones que constituían el campo militar del Boulou, tan hábilmente elegido y preparado en la campaña anterior. El general Dugommier tenía al frente del Boulou

Batalla del Boulou.

1 Morla quería se intentase un ataque contra los Franceses desde el Boulou, con el cual destruiría los proyectos de Dugommier que él revela calcular por el siguiente párrafo de su ya mencionado escrito: «El Quartel Maestre, dice, le repuso (á Unión) que estaba muy distante de creer que el ataque de aquel día fuese verdadero, y menos el del anterior; sino entretenida ó llamada falsa, pues no había visto mucha gente.» El general se quedó con la tema de creer á Ceret objeto de los enemigos y retuvo en él todas las tropas que había convocado, cayendo así en la red, como después lo escribió Dugommier en una de las gacetas de Perpiñán.

En la relación de aquellos sucesos por Fervel, se descubren rasgos que demuestran que el distinguido historiador francés tenía noticia del escrito, por tantos Españoles ignorado, del general Morla.

sobre 30.000 hombres, sin contar con otros 8.000 voluntarios ó quintos destinados, dice uno de sus historiadores, *á añadir al conjunto de las disposiciones tomadas el prestigio imponente de la superioridad del número*, mientras que en la posición española, primero y principal objetivo de aquella empresa, no había, según confesión de esos mismos cronistas, más que 2.800 hombres que iban á habérselas con los mejores 17.000 soldados de la República destinados á asaltarla. Antes de la media noche, acabada de citar, el general Martín, á la cabeza de 3.000 cazadores con 1.000 caballos y varias piezas de artillería, se dirigió al alto de San Cristóbal, que domina todas las que entonces eran nuestras posiciones y con poco esfuerzo la carretera general por Bellegarde, ocupando la ermita antes de amanecer. Ni una sola atalaya, y mucho menos un destacamento que pudiera guardar puesto tan culminante y de tamaña importancia, hubo allí para señalar por lo menos la presencia del enemigo. Las demás divisiones y brigadas francesas se adelantaban, entretanto, al Tech y se establecían, sin resistencia alguna y aun sin ser vistas por nadie, al pie de las posiciones españolas, apoyadas en fuertes reservas, de las cuales la más numerosa formó junto á Banyuls-les-Aspres, donde se situó el general Dugommier.

Grande fué la sorpresa de los Españoles ante el espectáculo que en la mañana del 30 les ofreció el ejército francés, cuyas bayonetas veían brillar á la luz de un sol esplendoroso, rodeándolos con la amenaza de ir muy pronto á herirles por todas partes. No por eso llegaron á arredrarse; y aun cuando se vió á los Franceses descender de San Cristóbal en són de carga, avanzar los del Tech en tres grandes columnas y á su caballería maniobrando á fin de cubrir el movimiento de aquéllas y contener el de socorro que pudiera venir de la parte de Ceret, los Españoles de Montesquiou se prepararon á defenderse con el pertinaz

denuedo que les inspiraba su carácter nacional y el recuerdo de sus anteriores victorias.

El general Perignon, que dirigía en persona el ataque, fué el primero en romper el fuego, desplegando á la vez una nube de tiradores, á que inmediatamente seguían formados en columnas de ataque y con el apoyo de la artillería establecida en las mejores posiciones inmediatas, todos los granaderos del ejército. En Montesquiou mandaba el coronel D. Francisco Venegas, acreditadísimo ya en aquella guerra, en que había sido muy rara la acción donde no se hallase para lucir como muy pocos su valor sobresaliente y su experiencia y talentos militares. No tenía á sus órdenes más que 1.000 infantes, que el escaso número de sus camaradas del Boulou no podría reforzar ni, como muy luego se vió, prestarles socorro alguno, sino el de apoyar su retirada con disposiciones que, en vez de darles ánimo para la defensa, hubieran á otros provocado á abandonarla. Porque el príncipe de Montforte, enviado por Unión al saberse en Ceret el ataque del Boulou, no creyó deber pasar de la posición de la Trompeta, temiendo que cuantas tropas metiera en Montesquiou mayor sería la presa que harían los Franceses al conquistarlo, según era el número de los asaltantes y el número también y la disposición de las columnas que les protegían y ayudaban de todos lados.

Pero los defensores de Montesquiou tenían otro temple muy superior, y supieron además inspirarse en el espíritu levantado que les comunicaba su jefe. No hay para qué hacer el elogio de aquella defensa; nos lo da acabado y justo el comandante Fervel con este párrafo de su escrito: «Su valor, con todo (el de los defensores), hizo rostro á prueba tan ruda. Y es que brillaba también á su cabeza un noble ejemplo, viendo á su intrépido coronel acudir allí donde, con efecto, la muerte les arrebataba un jefe ó donde podría cebarse el peligro. Todos sus puestos iban

quedando mutilados, la mayor parte de sus oficiales mordían el polvo, y su sangre corría ya por dos anchas heridas; pero ni las torturas que desgarraban sus entrañas ni el espectáculo aterrador que le rodeaba lograron conmover aquel corazón heroico, y fué necesario que el indomable Español sintiera llegarle su última hora para que pensase en la retirada» [1].

Seis horas duró el asalto, en que, por el lado de los Franceses, tomaron parte soldados y voluntarios que habrían de ilustrar brillantemente la historia militar del primer imperio; pues sólo á las dos de la tarde acababa una acción que Perignon se resistió á proseguir en vista del cansancio de sus tropas. El bravo general, que ofrecía al representante Milhaud *hacerle en una hora penetrar en un puesto atacado veinte veces durante la última campaña, y en que veinte veces también habían sido rechazados sus compatriotas,* se satisfizo luego con un ligero tiroteo y, lo que prueba el respeto que aún les inspiraban los nuestros, con restablecer y reforzar los atrincheramientos de la obra acabada de conquistar.

¿Qué había hecho entretando el conde de la Unión? Con la noticia de los sucesos que habían tenido lugar en el Boulou durante las primeras horas de la mañana del 30, tan hábilmente preparados por Dugommier la noche anterior, en lugar de reunir todas las tropas que tenía á la mano y llevarlas inmediatamente al teatro de la acción para la defensa de aquel campo y la seguridad de la importantísima comunicación de Bellegarde, puesta tan en peligro por el general Martín desde las alturas de San Cristóbal, creyó hacer bastante con enviar la corta fuerza

1 Fervel supone que murió Venegas poco después de sacarle en brazos sus soldados de las trincheras de Montesquiou. No: sus heridas le obligaron á retirarse del servicio; pero volvió á él en 1801 para tomar parte en la campaña de Portugal y después en la guerra de la Independencia con mando en jefe de varios ejércitos, y hasta en la de América, donde obtuvo el título de «Marqués de la Reunión de Nueva España».

del príncipe de Montforte que, como hemos visto, sólo sirvió para ofrecer un abrigo á los valientes presidiarios de Montesquiou. Y considerándose necesitado de consejo, reunió en su alojamiento de Ceret á los generales que no estaban en aquellos momentos al frente de sus tropas y á su Quartel Maestre, que fué necesario llevar en brazos por impedirle el movimiento una fuerte coz que el día anterior le había dado un caballo en el campo de batalla. El general Morla se opuso á la determinación, que ya se había tomado antes de su llegada al consejo, de retirar el ejército al otro lado de la frontera, manifestando que era el partido más funesto que se podía tomar por hacerse imposibles en tales circunstancias el transporte de la artillería y del material todo del ejército, la marcha ordenada de las tropas ante un enemigo tan numeroso y engreído de su victoria, y el sostenimiento de las fortalezas situadas en la orilla del mar. Su opinión era la de que se reuniesen todas las fuerzas existentes en el alto Vallespir, que ocupaban los Portugueses, las que permanecían en Saint-Feucot y los puestos inmediatos de la izquierda del Tech, y unidas todas con las del cuartel general y en combinación con las destacadas para la defensa de Collioure y Port-Vendres, se formaría una masa suficientemente numerosa para, apoyándose en los fuertes no conquistados todavía por el enemigo, arrojarlo al llano, donde nuestra excelente caballería sabría dar buena cuenta de él. Lo más urgente, según él, era mantener la posición de la Trompeta para conservar libre la comunicación de Bellegarde, para lo cual hasta llegó, una vez retirado del consejo, á dirigir una súplica al Conde, á fin de que reforzase con tres ó cuatro batallones de los de Ceret aquella posición, en su concepto decisiva para crisis tan inminente [1].

En los momentos, sin embargo, en que se discutía la

1 Esta opinión de Morla fué apoyada por el general Forbes; y aun cuando no lo dice Morla en su escrito, ha venido á probarlo con el testimonio del

conducta más conveniente para poner á salvo las posiciones españolas del Boulou, habría sido muy difícil conseguirlo, porque el general Dugommier, una vez terminada la acción del 30, distribuyó todas las fuerzas que no habían tomado parte en ella con sus reservas y hasta las irregulares de que ya hicimos mención, puestas á distancia pero siempre en apoyo de las demás, y reforzó cuantos puntos supuso convenientes para al día inmediato caer sobre el resto del campo español y su comunicación con Bellegarde. Y eran tan numerosas las fuerzas de que disponía; habían ocupado ya tales posiciones, y su engreimiento se había elevado tanto con la victoria de aquel día, que, hecho el cálculo comparativo del número, la situación y la marcha necesaria de las nuestras, sería una temeridad el pensar que el consejo de Morla, fiel é inmediatamente seguido, hubiera alcanzado otro efecto, ese sí importantísimo, que el de recobrar el uso de la carretera general, puesto ya en peligro por la división Martín que, á la verdad, no hubiera podido resistir el empuje de los Españoles con fuerzas suficientes para, en circunstancia tan crítica, impedirles un paso, que significaba la salvación de todo el ejército y de su inmenso material de guerra.

Mas para todo eso, como para la suerte de la acción que se estaba riñendo en el Boulou, era indispensable la presencia en ella del general en jefe español, cuyo valor, tan justamente apreciado por las tropas de su mando, hubiera sido de gran peso en la balanza de los destinos de aquel día. No es esta una opinión nacida del alto concepto que al autor de este escrito pudieran merecer las virtudes so-

marqués de las Amarillas y algún otro, también fehaciente, el varias veces citado historiador de la legión portuguesa Claudio de Chaví.

El comandante Fervel, tomando en cuenta los consejos de Morla, dice que el partido por él propuesto era *extremo;* pero el único que pudiera ofrecer al ejército, que los Franceses envolvían, alguna esperanza de abrirse el solo camino por donde pudieran salvarse la caballería, los equipajes y cañones; la carretera de Bellegarde.

ciales y militares que atesoraba el conde de la Unión, es la de cuantos Españoles y Franceses se han ocupado en escribir la historia de aquella campaña, extrañando todos, pero sintiendo los primeros además, la falta del ejemplo que, á no dudar, habría dado el insigne general á las tropas que tanto le admiraban y querían [1].

Y sucedió que á la mañana siguiente, la del 1.º de Mayo, el conde del Puerto, duque después de San Carlos y sobrino carnal de Unión, aunque comprometido con tales lazos y más todavía con los de su brillante comportamiento anterior en aquella campaña y la de Tolón, no pudo resistir más de dos horas en la posición de las Señales, que ocupaba, ni Montforte en la Trompeta, dejando con eso á los Franceses dueños del campo y, lo que aun era peor, de la carretera general de España.

Retirada de los Españoles.

En esa situación y con la noticia de los acuerdos tomados en el consejo de guerra de Ceret, cuyo conocimiento conmovió, como es de suponer, el ánimo de las tropas que combatían en el Boulou, no había otro recurso que el de imponer orden á una retirada, indispensable ya en aquellas circunstancias. Cuantos proyectos y cálculos se han complacido en ofrecer á sus lectores algunos cronistas de tan tristes sucesos, suponiendo que hubiera podido darse el espectáculo de una reacción tan eficaz que destruyera cuantas esperanzas de victoria debían ya abrigar los Franceses, no son sino una pura quimera. Las cosas estaban ya tan adelantadas, y de tal manera se

1 El P. Delbrel no quiere tomar en cuenta la batalla del Boulou y hasta deja de suponer la retirada que siguió á ella como una humillación deshonrosa para el ejército español, aunque sí un desastre *por perderse la mayor parte*, dice, *de nuestras conquistas del año anterior*. «Pero atribuir, añade, aquel desastre al conde de la Union, sería echar sobre un hombre la responsabilidad de lo que fué consecuencia inevitable de una situación desesperada.» Pero, sin quitar del todo la razón al sabio jesuíta, pues que era de prever, y ya lo hemos hecho manifiesto, el resultado de aquella campaña, seguimos diciendo: «¿Por qué el conde de la Unión no estuvo, ni se hizo presente en el Boulou? No fué seguramente por falta de valor; pero sí de previsión militar.»

amontonaban los peligros sobre las tropas españolas, las del Boulou sobre todo, á quienes, entrada la mañana del 1.º de Mayo, no quedaba sino un solo camino de salvación, que era el de Ceret, que las conduciría al abrigo del grueso de las tropas de su general en jefe, tan desacordadamente reunidas en el alto Tech; tan era imposible resistir por más tiempo, que, repetimos, no cabía más que dar orden y dirección á la retirada, para salvar cuanto fuera dable del inmenso material que se había acumulado en la línea española. No era fácil, sin embargo, tamaña empresa al frente de un enemigo tan numeroso y emprendedor como el francés, anhelante, como es natural, de ver despejado su territorio después de más de un año de opresión de parte de adversarios tan favorecidos hasta entonces por la fortuna. Había que dirigir sobre la izquierda de la línea todas las tropas y material del Boulou; era necesario llamar las que ocupaban una gran parte del macizo de los *Aspres*, acosadas por las del general Augereau, incansable en sacar fruto de las operaciones, aunque secundarias, que se le habían encomendado, y pensar también en la suerte de la división portuguesa que, aunque fuera del alcance de la derecha francesa, tenía á su retaguardia y flanco izquierdo un terreno de muy difícil tránsito para sus tropas y principalmente para su material. Y aunque el conde de la Unión señaló hábilmente la posición de Maureillas, intermedia entre el Boulou y Ceret y en condiciones de no ser envuelta, para que se concentrasen en ella la mayor parte de las fuerzas del ejército y conservar la única comunicación que ya le quedaba que era la de Portell, no fué posible conseguir el orden y la tranquilidad que eran necesarias para una marcha desahogada y sin el peligro de convertirse en una completa derrota. Por diligentes que quisieron andar los generales que abandonaban el campamento del Boulou, y por más que Vives procuró evacuar el Pla-del-Rey y Saint-Luc, las posiciones todas que se

elevan en los Aspres sobre el flanco izquierdo, la proximidad de los Franceses á los primeros y las distancias que este general tenía que recorrer, produjeron uno de los descalabros más grandes que han sufrido los ejércitos al retirarse. La manera de los servicios del transporte de la artillería en aquellos tiempos, llevada por gentes desconocedoras de la disciplina militar, fué causa de la pérdida de una gran parte de su material, volada en el camino ó arrojada por sus conductores á los barrancos y precipicios más inmediatos. Las tropas no podían sustraerse á la confusión y al pánico así producidos; y detenidas á veces y teniendo otras que salvar tales obstáculos, siempre, por supuesto, en el desorden que éstos y sus circunstancias producen, impidieron la llegada de todas ellas á Maureillas en disposición de atravesarse en la marcha á sus enemigos y lograr contener su avance. Si no secciones enteras, por llevar á retaguardia á los enemigos, no dejó de, con el material, perderse alguna gente de la del Boulou que regía el marqués de las Amarillas; pero de las de Vives quedaron prisioneros más de 700 hombres; porque, aprovechando el camino que recorre la izquierda del Tech desde el Boulou al puente de Ceret, la caballería francesa logró cortarlos en su bajada de Pla-del-Rey. Las brigadas Mirabel y Guieux, seguidas de aquel enjambre de voluntarios, de los batallones *de inercia* que en tan poco tenía el general Dugommier, acudían de todas partes sobre los Españoles, como sucede siempre en tales ocasiones cuando se retiran las tropas ante enemigos que dos horas antes no eran capaces de arrostrar ni su aspecto siquiera [1].

El conde de la Unión, vacilante, y eso no tiene nada

1 Como tanto se ha escrito sobre batallones completos que allí fueron hechos prisioneros, no estará de más el decir que de los 836 que forman el total de nuestras bajas, 210 pertenecían á un regimiento de guardias, 245 al de Valencia, 112 al de Sevilla, 224 al de Burgos, 34 al provincial de Écija; 10 eran artilleros y un dragón de Almansa. Eso dice el oficio pasado desde Perpiñán por el general D. Joseph de Partearroyo, que quedó prisionero con ellos.

de extraño en tal situación, sobre el camino que debería tomar, se fijó con particularidad en el del Portell, creyendo podría así salvar el inmenso material de artillería que, aun cuando en desorden, iba amontonándose en la posición de Maureillas. Era Morla de distinto parecer, pensando en que lo estrecho del camino, aquel mismo desorden y el ahinco que ponían los enemigos en la persecución, impedirían sacar fruto alguno de tal proyecto, y opinaba por que se dirigiesen Tech arriba los equipajes y la artillería para que, al apoyo de la división portuguesa y del castillo de Les-Bains, pudieran inutilizarse las piezas de grueso calibre y salvarse sin grandes dificultades las de pequeño y el bagaje todo por San Lorenzo de Cerdá, por donde no era fácil fueran perseguidos los Portugueses que los escoltaran, ya que estaban en la extrema izquierda de la línea, imposible de envolver. Unión, sin embargo, dirigió todo al Portell; y aun cuando pidió consejo y hasta intentó tomar posiciones en la divisoria á fin de detener á los enemigos é ir salvando el material posible, no era fácil empresa la de mantener el ejército en tal estado de moral y de disciplina con que pudiera llevarse á cabo aquel prudente pensamiento. Ya se tomó alguna de esas posiciones; pero las tropas que las ocuparon y las que se dirigían á tomar otras hubieron de abandonar su propósito de defensa, confundiéndose en el inmenso torbellino que formaba el ejército en su ansia de salvar la frontera [1]. Con eso se perdió ya toda esperanza de salvar el material de guerra que había

1 Es rara la obra histórica que se refiere á aquellos sucesos que no eche de menos la previsión de ocupar los puntos de la cordillera más propios para proteger la retirada del ejército. Morla en su manuscrito demuestra que Unión tuvo ese mismo pensamiento y aun le interrogó sobre el modo de aplicarlo según un proyecto que, con el título de « Defensa del Rosellón », había el célebre artillero presentado á su general en jefe; pero también demuestra la dificultad de ponerlo en práctica en momentos tan apurados y demuestra también que, al querer hacer la prueba el conde de la Unión, las fuerzas que debían verificarlo se entregaron á la fuga tan pronto como vieron unas docenas de húsares franceses que se preparaban á acometerlas.

tomado el camino del Portell, quedando, en casi su totalidad, en manos de los enemigos. Sobre 120 fueron las piezas perdidas, y ni un solo bulto de los equipajes atravesó la frontera, cruzándola las tropas, como vulgarmente se dice, con lo puesto y sin parar hasta las cercanías de Figueras, punto de cita que se dieron todas ellas. Las portuguesas y las pocas españolas que con ellas maniobraban en el alto Vallespir lograron desentenderse del caos en que estaban envueltas las demás, saliendo de Francia por San Lorenzo de Cerdá, después de clavar la artilleria de grueso calibre de los Baños y posiciones inmediatas y con las de campaña, con todos sus equipajes, hospitales y enfermos leves para establecerse á los dos días en San Lorenzo de la Muga, de donde el 2 daba parte de haber efectuado su retirada sin contratiempo alguno el valiente y digno general Forbes [1]. Sólo algunos destacamentos de Porto y de Peniche, que con el general Noronha habían sido enviados á Maureillas, siguieron la suerte de los demás Españoles, no pudiendo eludir la desbandada general, á pesar de haber encontrado para apoyarlos el regimiento de Freire de Andrade que, como los demás, cruzó el Pirineo para acampar en el *glacis* de la fortaleza de San Fernando.

El desastre, que ya fué inmenso, hubiera sido completo é irreparable si á la habilidad y á la energía desplegada en la jornada del Boulou por Dugommier y sus tropas no hubieran sucedido una torpeza y una flojedad más que nunca inconcebibles en tan solemne y decisiva ocasión. Porque Augereau no se movió de sus posiciones de los Aspres sino cuando ya los Portugueses se habían puesto muy lejos de él y fuera de su alcance; Perignon se detuvo en Maureillas y, atúrdanse nuestros lectores, receloso de lo corto de la fuerza con que perseguía á los Españoles, se plantó frente al Portell y, por supuesto, en el revés septentrional

1 Con los Portugueses iban un batallón de Málaga, otro de Vallespir, 2 compañías de gastadores del general y una de contrabandistas indultados.

de la cordillera, para observar cómo la cruzaban sin intentar siquiera estorbarlo; y el mismo Dugommier, más que en seguir á Unión y, reuniendo las numerosísimas fuerzas de que disponía, meterse tras él en Cataluña, pensó en lo que creía su primer cometido, el de libertar el territorio francés de la presencia de sus invasores. Para él la permanencia de un solo español en el suelo de la República ofendía el sentimiento nacional hasta un punto que era preferible el sacrificio de una victoria á un espectáculo que por otra parte repugnaban los representantes de la Convención que iban con él en el ejército [1].

Tal, en efecto, fué la torpe incuria de Dugommier en aquella circunstancia, verdaderamente extraordinaria y tan fácil de escapar, que el conde de la Unión pudo hacer su retirada por el Portell, sin las graves pérdidas que eran de temer, reforzar la guarnición de Bellegarde hasta completarla para las necesidades del sitio que iba á sufrir, y establecer por fin fuerzas considerables en Espolla para la comunicación de las plazas francesas del litoral por el Coll-de-Bañuls, y en Peralada y Castellón para conservar la de Rosas y hasta atrincherar, mal ó bien pensada, la línea que

1 De tal manera llega á encender las iras de Fervel la falta cometida por el general Dugommier que le atribuye haber perdido la única ocasión que se le había presentado de perseguir á los Españoles, encerrarlos en Figueras ó empujarlos con sus bayonetas hasta el Fluviá y aun hasta Gerona, mientras que por el alto Ter la división de Cerdaña envolvería á los 12 ó 14.000 Españoles que quedaban sin artillería ni material, abatidos, consternados, exasperados contra su general en jefe y su gobierno. Y para concluir, añade con su arrogancia de costumbre: «Figueras estaba rebosando de fugitivos. Gerona sin defensa, la ardiente Barcelona y todo el litoral en fermentación. En medio de aquella población catalana, tan impresionable, tan dispuesta á sacudir un yugo que todavía soportaba con impaciencia, el yugo entonces tan imprudente de Castilla, las consecuencias de un gran éxito audazmente explotadas eran incalculables; podía uno atreverse á todo.»

Se conoce que Fervel creía ver á sus compatriotas dueños ya de la Península. Pasaría un año; obtendrían gran parte de las ventajas auguradas al principio de ese párrafo, y se detendrían en el Fluviá á poco más de dos leguas de Figueras y ocho de Francia, para ser allí vencidos ejecutivamente por nuestros compatriotas. Pero vaya V. á quitar de la ardiente imaginación de un Francés esos que ellos gráficamente llaman *Chateaux en Espagne*.

se abocase á la frontera francesa de uno y otro lado de la fortaleza de Bellegarde que acabamos de citar. El único contratiempo que experimentó, fué el de la pérdida de la fundición de San Lorenzo de la Muga que, conquistada por Augereau el 6 de Mayo, trató de recuperar el 19, aunque sin éxito, ya por haberse retardado con exceso, ya por no dirigir el ataque nuestros generales con la armonía y unidad de dirección que eran necesarias. Dugommier no pensaba en más empresa por el momento que la de recuperar á Collioure, Saint-Elme y Port-Vendres, á cuya rendición seguiría la de Bellegarde, con lo que el suelo sagrado de la patria quedaba limpio de la negra mancha que hasta él lo había cubierto y deshonrado. Así es que, no bien acabada la batalla del Boulou, ordenaba al general Labarre que con 1.500 caballos envolviese la posición de Argelés, que los nuestros habían ya evacuado, y que después se adelantara hasta ponerse á la vista de Collioure, seguido de Sauret y Chabert que, con fuerzas numerosas de todas armas, deberían apoyarle y, ocupando el Coll-de-Bañuls, interceptar el camino de Figueras, por donde calculaba se le escaparía, como sucedió, la caballería española acantonada al frente de aquellas plazas. El mismo Dugommier se puso á la pista de sus generales; y el 2 de Mayo acampaba ante ellas con 14.000 hombres, dispuesto á no perder un momento para atacarlas.

Morla había propuesto abandonarlas inmediatamente después de la batalla del Boulou y la retirada del ejército, comprendiendo la necesidad de contar con las tropas y artillería de su guarnición, inútiles de todo punto si se dejaban en unos fuertes que, incapaces de defensa, deberían ser volados antes de que cayeran en poder del enemigo [1].

1 Ya que no lograba de Unión ese acuerdo, insistió, sin fortuna también, en que se quitase el mando de aquellas fortalezas á Navarro, de quien decía que *era un general valiente, timorato, íntegro, justo, con otras mil virtudes; pero caprichudo, indócil é ignorante.*

Acorde con este pensamiento y manteniéndolo en una junta de generales celebrada en Figueras, Morla propuso también reconcentrar todo el ejército bajo los fuegos de la fortaleza de San Fernando, sin más destacamentos á vanguardia que los absolutamente necesarios para comunicar con Bellegarde y con las posiciones más importantes de los flancos. La opinión de los generales allí reunidos respecto á la defensa de Collioure, fué unánime al proponerse la voladura de aquella plaza; no así respecto á la concentración de las tropas tan á retaguardia de la frontera; pero el conde de la Unión no accedió á ninguna de aquellas proposiciones, manteniendo á Navarro en las plazas marítimas y estableciendo el ejército en la línea atrincherada que hemos dicho próxima al territorio francés.

Para entonces el general Dugommier apretaba más y más, por momentos, el sitio de Saint-Elme, llave de aquellas plazas y á cuya ocupación esperaba, con harto fundamento, seguiría la de Port-Vendres y Collioure. Y tal actividad empleó en la construcción de las primeras obras de sitio y en el establecimiento de las baterías, que pronto se vió sería imposible una resistencia afortunada. El primer elemento para obtenerla era el de la marina; y las fuerzas que la constituían en aquella costa estaban concentradas en el puerto de Rosas, más atentas, se conoce, á lo que sucedía en los Pirineos que en las aguas donde terminan [1]. Porque es lo cierto que la artillería que hubiera de servir á los Franceses para el armamento de las baterías de sitio gastaría, de ser transportada por tierra, un tiempo que hasta

1 La mayor parte de la escuadra del Mediterráneo se hallaba empleada en traer á la Península al príncipe D. Luis, hijo y heredero del infante duque de Parma. Componían el convoy hasta 9 navíos de línea con el de 112 cañones, *Reina Luisa*, que montaba el almirante Lángara, 4 fragatas y 2 bergantines. El viaje duró desde el 2 de Abril, en que salió la escuadra de Cartagena, hasta el 11 de Mayo en que regresó con S. A. al mismo puerto, reforzada con el *San Ildefonso*, navío que se le unió en Liorna con su capitán, el célebre don Antonio Escaño, regente del Reino después en los azarosos tiempos de la guerra de la Independencia.

habría hecho desistir de su empresa al general Dugommier, al menos por entonces. Pero el 5 de Mayo, por la noche, aparecía en las aguas de Collioure una escuadrilla francesa compuesta de 17 velas que, después de simular un ataque á la entrada de Port-Vendres, depositaban en la pequeña ensenada que llaman Anses-Pollies 12 piezas de á 24, 3 de á 12 y 8 morteros de diversos calibres. Y arrastrándolas, aunque con las más graves dificultades, y á brazo por supuesto, hasta el Puig de las Daines, donde Dugommier había establecido su cuartel general, pronto pudieron romper el fuego puestas en baterías sucesivas, en ayuda del que ya habían comenzado otras de menos calibre emplazadas en el Puig-Japone. Dirigíase el ataque al fuerte de Saint-Elme, llave, como hemos dicho, de todo el sistema de fortificaciones de aquel insigne promontorio, tan conocido desde que los Griegos aparecieron por nuestras costas. La fortaleza, diminuta pudiera decirse, consistía en una antigua torre rodeada de una estrella sin fosos, cubierta de una gran bóveda en cuya plataforma se habían establecido nueve piezas de á 12, 8 y 4 con tres morteros, teniendo una de hierro de á 16 en la casamata que producía esa misma cubierta hacia el exterior. El general Dugommier, optimista como buen francés, creía que la toma de aquel fuerte era asunto de 48 horas; pero, ya completamente desilusionado, hubo de recurrir al fuego no interrumpido de toda su artillería, á la que tuvo aún que agregar otras 5 piezas según le iban llegando de Perpiñán. La fortaleza continuaba defendiéndose á pesar de ese fuego y de los estragos que no podía menos de causarle siendo tan pequeña y endeble, y á pesar, sobre todo, de que, habiendo aparecido, por fin, parte de la escuadra española, limitó su acción á embarcar los objetos más preciosos de las gentes de la guarnición y á recoger á cuantos sacerdotes ó emigrados del resto de Francia quisieron trasladarse á nuestra península.

Desembarazado de tan grave peso, el general Navarro

se decidió á una gran salida que, por lo menos, le diera con sus resultados más tiempo y mayor desahogo para la capitulación, que bien observaba no podría retardarse ya mucho; y en la noche del 16 al 17 destacó de la guarnición tres divisiones que, tambor batiente, ya que no podía ocultarlas la luna que brillaba en todo su esplendor, marcharon sobre el Puig de las Daines, donde sorprendido y herido el general Dugommier estuvo para caer en sus manos, mientras los presidiarios de Saint-Elme asaltaban á su vez la batería de brecha, aunque desgraciadamente también sin resultado y dejando en el campo cerca de 150 muertos ó heridos y sobre 80 prisioneros. Á ese arranque de nuestros compatriotas y después de un consejo de guerra celebrado por Dugommier el 19 de Mayo, contestaron los Franceses con un ataque general á toda la línea de nuestras fortificaciones, el cual tuvo lugar el 22 á la caída de la tarde. El general Víctor marchó sobre el campo de la Justicia que domina la plaza de Collioure, mientras una de sus brigadas se dirigía á tomar el Puig-Oriol que, á su vez, lo domina también; el general Micas atacaba el espacio descubierto entre Collioure y Port-Vendres, al mismo tiempo que una fuerte columna se reunía detrás de la batería de brecha y el resto de las tropas francesas se preparaba á secundar aquel ataque general. No se arredraron por tal espectáculo, verdaderamente sorprendente, los Españoles, sino que respondieron con un fuego que no llegó á interrumpirse, apoyado por el terrible que lanzaba sobre los enemigos el fuerte de Saint-Elme que, ya que no podía hacer uso de sus piezas por estar reducido, según el parte de los representantes franceses, á un montón de ruinas, hacían rodar de lo alto bombas, granadas, fuegos artificiales, tantas materias incendiarias que hacían aparecer á Saint-Elme *como un volcán en erupción*. Los Franceses de la columna establecida junto á la batería de brecha, antes de que les llegara su tiempo de acometer, que era aquel en

que viesen vencedores á sus compatriotas del ataque general, se lanzaron á la escalada y asalto de Saint-Elme, donde obtuvieron, en vez del triunfo que esperaban, un escarmiento tan rudo que apenas pudieron salvar sus heridos y, entre ellos, al brutal y feroz representante Soubrany que, poco después, iría á sufrir, no la muerte gloriosa de los campos de batalla, sino la que entonces concedía la Convención en la plaza de Luis XVI.

Pero ni la salida de los Españoles la noche del 17 ni el ataque de los sitiadores la tarde del 22 hicieron cambiar la situación de unos y otros en aquella ya larga jornada del sitio de Collioure. Saint-Elme no podía continuar su admirable defensa; y, perdido aquel fuerte, los demás quedaban bajo el fuego dominante de la artillería de Dugommier, á la que no sería fácil contestase con eficacia la de las plazas de que podía aquél considerarse como el único baluarte. Así debió verlo el general Navarro que, habiendo rechazado hasta entonces las intimaciones que por tres veces le había dirigido Dugommier, comenzó á oir y estudiar la última del día 25, no de condiciones tan severas como las que antes querían imponérsele. Si en la forma continuaban siendo altaneras, y no era fácil lo evitase Dugommier que tenía á su lado á un Soubrany, ya lo hemos descrito con dos palabras, y á un Milhaud que, llegado á general, había de mandar aquellos dragones que, con los de Latour-Manbourg, dejaron 20 años después tan triste fama en España de rapaces y crueles, revelaban en su fondo una tendencia manifiesta á obtener, pronto sobre todo, un resultado que le dejase en libertad para acudir á otras atenciones de su mando. Concedía la salida de las tropas españolas, sin armas, eso sí, para su país canjeadas con igual fuerza de las francesas prisioneras nuestras, aunque eso, repetimos, en artículos de una capitulación que, por lo vejatorios, no quería Navarro suscribir.

El 26 de Mayo, sin embargo, fué necesario evacuar el

fuerte de Saint-Elme, inhabitable ya y mucho menos sostenible; y descubierto, así, Port-Vendres é incapaz de defensa, hubieron todas las tropas de concentrarse en Collioure en espera de ocasión para su embarque. Pero la escuadra no llegaba: si en aquel día, lo cual es dudoso, y en caso sería de noche ya, salieron de Rosas las naves españolas destinadas al embarque de los defensores de Collioure, un temporal las obligó á mantenerse lejos de la costa, y Navarro pudo creer que, de resistir más, los exponía á capitular en condiciones peores.

¿Á quién echar la culpa? ¿Á Gravina, á los elementos ó al general Navarro? No sería difícil demostrar que todos la tuvieron; porque Gravina debió salir antes y el viento no se hubiera opuesto quizás á su navegación, y porque Navarro, de esforzar un poco más su defensa, y á eso debía invitarle la proximidad de la escuadra, habría logrado un momento en que pudieran los buques acercársele y recogerlo con toda su tropa. Pero eso nos distraería demasiado en la narración, forzosamente sucinta, de aquellos sucesos en nuestro trabajo, y ya tenemos prisa de terminar la del sitio de Port-Vendres y Collioure.

La capitulación que el general Dugommier envió el 26 y Navarro firmó aquel mismo día, establecía en ocho artículos las condiciones ya expresadas de la salida de las tropas de la guarnición para España y el canje con otras francesas igualmente numerosas, obligándose unas y otras á no seguir tomando parte en aquella guerra. Uno de esos artículos, el V, era el más vejatorio para nuestra nación, puesto que obligaba, no sólo á declarar conspiradores, rebeldes y traidores á los Franceses acogidos á nuestra bandera, sino á entregarlos, además, á los republicanos, que era tanto como condenarlos á la guillotina. El general Navarro supo eludir hábilmente esa obligación que se le imponía estampando al pie del capítulo la para él honrosísima frase de *no se cree que haya alguno*, y embarcando, aun-

que con gran peligro para ellos por el estado del mar, á cuantos emigrados quedaban todavía en Collioure y principalmente, entre ellos, á los individuos todos de la legión auxiliar francesa, llamada de la Reina, que, por su entusiasmo monárquico y por la causa misma de su posición en Collioure, se habían distinguido en la defensa y aun brillado entre los más fogosos y valientes mantenedores de aquella posición.

Así es que, al presentarse la escuadra española en las aguas de Collioure, ya nuestros soldados atravesaban la frontera para penetrar en Cataluña y dirigirse á los puntos de la Península que se les señalaran. Pero aquella capitulación adolecía de un defecto capital, el de no haber sido aprobada por el general en jefe español, defecto que Dugommier había dejado inadvertido por el ansia, sin duda, que le devoraba de no demorar un momento la ocupación de aquellas plazas y poder inmediatamente dirigirse al teatro de las operaciones en campo abierto. En cambio aquella omisión, siempre tan grave, daba lugar á que el conde de la Unión eludiese los compromisos de tal convenio militar, tomados sin su anuencia, negándose á lo que también era capitalísimo en el general francés, á la restitución ó canje de los prisioneros franceses internados en Cataluña [1]. Lo cual produjo tales contestaciones entre los generales de uno y otro ejército y tal ruido en la Convención que acabó la República por declarar la guerra sin cuartel, á la que el conde de la Unión dijo respondería con una más generosa aún que la humana y caballeresca que hasta entonces había puesto en práctica durante su mando [2].

1 Morla al condenar el mantenimiento de aquellas plazas, decía después: «Y así se dió lugar á la torpe y vergonzosa capitulación de Collioure, sosteniendo á Navarro y no enviándole con su capitulación á Dugommier para que fuese responsable de ella.»

2 Esta determinación del Conde y su aprobación por el Rey, constan de una manera irrefutable en la correspondencia de Unión con el ministro de la Guerra, hoy conservada, con el cuidado que es de suponer, en el archivo de los duques de San Carlos.

Dos son los gravísimos errores que se cometieron de uno y otro lado por los generales beligerantes, el del sostenimiento de aquellas plazas por el Español y el de su ataque por el Francés. Porque si error es y gravísimo, repetimos, en Unión el de mantener unas fortalezas cuya pérdida era ya inevitable, privándose de la fuerza de 7.000 hombres que tanto podía influir en la defensa de la frontera española, no lo era menor en Dugommier el de paralizar durante un mes entero las operaciones á que estaba llamado después de una derrota tan ejecutiva y completa como la que el 1.º de Mayo había sufrido el ejército de sus enemigos. Su primer cuidado, y bien lo hace ver el historiador Fervel, debió ser el de no dar punto de descanso á sus enemigos, ya que se retiraban en un desorden que los haría incapaces de defenderse en otro punto que el de Figueras, y eso si no tenía lugar un pánico igual al que, meses después, produjo la vergonzosa rendición de la fortaleza inmediata de San Fernando. ¡Cuántos lances de alternativa fortuna, y regularmente hasta su muerte, se hubiese evitado el general Dugommier!

Pero cuando á principios de Junio se presentó en la frontera española, la plaza de Bellegarde estaba ya provista, aunque no todo lo necesario, de hombres, material y víveres que alargarían su defensa; mal que bien, había sido fortificada la extensa línea española para impedir á los Franceses su descenso al Ampurdán; y las fuerzas que Dugommier conducía, ya innecesarias en Collioure, no aparecían bastante numerosas para vencer y allanar tales obstáculos.

Invasión de Cataluña.

Se conoce, sin embargo, que allá en su barraca de las Daines y durante los ocios que le consintieran las operaciones del sitio de Collioure, había meditado, y no poco, sobre la manera de proseguir una campaña de la que esperaría obtener los más brillantes resultados, porque consta entre sus despachos oficiales uno del 23 Floreal, esto es, del 12 de Mayo, en que, después

de anunciar al Comité de Salud pública su entrada próxima en España, llegaba hasta contar con la anexión del Principado á Francia, el sueño dorado de Richelieu y de Luis XIV. «La bandera de la Fraternidad, le decía, marchará á la cabeza de nuestra vanguardia; la consigna será la de protección, y los catalanes, bien pronto afrancesados, me atrevo á predecirlo, facilitarán nuestros proyectos ulteriores sobre España.» Está visto que las ideas anteriormente enunciadas como de Fervel tenían su origen y su principal fundamento en las que no podemos llamar sino divagaciones del general Dugommier que, sin embargo, dejaba pasar los días y los meses sin llevarlas al campo de la realidad, comprometiendo, en lugar de favorecer, su propia causa.

Porque, sea por haberse recrudecido la herida que recibió en el sitio de Collioure, sea por no intervenir en las diferencias surgidas entre el general Augereau, caprichoso y violento, y Perignon, poco dado á alardes de autoridad, el primero se mantenía en San Lorenzo de la Muga fuera de toda comunicación y sin influencia sobre los destinos de la campaña, y el segundo permanecía inmóvil en derredor de Bellegarde, sin más iniciativa que la de apretar cada día más el bloqueo de aquella fortaleza y atento á la observación de los movimientos de los enemigos que tenía á su frente [1].

1 Después de la segunda acción, que hemos recordado, de San Lorenzo de la Muga, los soldados de Augereau respondían al club de los jacobinos de París que les querían enviar las primas que solía conceder como coronas murales en premio de su hazaña, que rechazaban: «ese vil metal de los esclavos, hecho para desvirtuar su oficio y que no pedían para ellos sino las fatigas, los peligros y la muerte... ¡La libertad, la igualdad, la patria! ¿Necesitaban más ellos para arrostrar los azares de las batallas? No, no tenían hambre sino de gloria y libertad». Con la de otro francés, tratando de esos mismos sucesos, daremos respuesta á ese alarde de patriotismo y de desinterés de los soldados de Augereau. «Algunos generales, dice el P. Delbrel, el noble Dugommier, sobre todo, hicieron esfuerzos laudables aunque insuficientes para dar á aquella invasión un carácter menos bárbaro, pero se vieron arrollados. Los santuarios fueron profanados, saqueados y devastados con un salvajismo de que las artes

Á ese nuevo error de Dugommier, puesto que á él como general en jefe debe atribuirse el alejamiento que mutuamente se procuraban sus tenientes en la frontera, hubo de añadir muy pronto otro mayor aún, el de, por sostener á Augereau en su situación aislada y sin objeto alguno militar importante sobre la línea española, comprometer, no sólo esa situación más y más, sino á la masa total de las tropas francesas que operaban en la Cerdaña, haciéndolas descender por los valles del Llobregat y del Ter para reforzar aquella división y, cuando menos, distraer al enemigo del pensamiento que en él debía calcular de atacarla y destruirla. Y para mejor conseguirlo, no bien llegó á la Junquera, del 6 al 7 de Junio, y después de dirigir una intimación al gobernador de Bellegarde, contestada por el marqués de Vallesantoro con la dignidad que hacían esperar sus anteriores servicios, rompió sobre la línea española en una acción que, por no ser muchas las tropas que tenía á la mano, han reducido sus encomiadores á las proporciones de sólo un reconocimiento. No era ciertamente una batalla lo que se intentaba ofrecer á los Españoles; pero sí probar sus fuerzas y aprovecharse, si era dable, de su descuido ó debilidad para arrebatarles sus posiciones más avanzadas.

La línea española.

El general Perignon utilizó la noche anterior para adelantarse con 5 ó 6.000 hombres hasta el Llobregat, dejando en el camino junto á Campmany, Biure y la orilla de aquel río, fuertes destacamentos de las dos armas que le diesen seguridad en su marcha. Y con unos 2.000 infantes y 300 caballos emprendió el ataque de los reductos esta-

y la civilización, tanto como la piedad, tienen derecho para pedir cuenta á la Revolución. Ni las propiedades, ni las personas obtuvieron mejor tratamiento. Los soldados de la Revolución fueron todavía más lejos: ultrajaron en los vencidos hasta la más augusta de las afecciones de familia, el amor respetuoso á los antepasados, atropellando con sus caballos los cementerios de las aldeas después de pariodar los ritos melancólicos á la par que consoladores de los funerales católicos.» ¡Así se pretendía atraerse las voluntades de los catalanes para su anexión á Francia!

blecidos en aquella parte de la línea española, el de la ermita del Roure, sobre todo, que estaban construyendo nuestros soldados. La resistencia en aquel punto fué muy débil; pero, al retirarse de él nuestra tropa, se encontró apoyada por las baterías de Pont-de-Molins que cubrieron de metralla la cabeza de la columna enemiga. No bastando eso y haciéndose urgente el recobro de aquella posición, un batallón de Hibernia, 100 granaderos reales y dragones de Numancia, á cuya cabeza se puso D. Juan de Hogán, mayor del primero de aquellos regimientos, rechazó á los más avanzados de los Franceses y fué en seguida á recuperar la ermita antes de que llegaran en su apoyo otros batallones que le mandó el conde de la Unión.

El general Courten, á su vez, rechazó á los Franceses que atacaban los reductos próximos, mientras una parte de nuestra caballería de la derecha se dirigió, remontando el Llobregat, á envolver la izquierda enemiga, donde campeaban los jinetes que Perignon había establecido con la brigada Point para asegurar su ataque sobre Roure. Mandábalos el general Labarre que, encendiéndose en coraje á la vista de los nuestros y con el ejemplo de temeridad que le daba el famoso representante Soubrany, se precipitó con ellos en lo más espeso de los escuadrones españoles. No costó mucho á éstos el destrozar la caballería de Labarre, el cual quedó muerto entre sus compañeros Raman y Guieux, heridos también, y, continuando en su alcance victorioso, derrotaron también á toda la brigada Point que se adelantaba en apoyo de los suyos. Suerte igual hubiera experimentado la que un francés llama intrépida falange de los granaderos del Gard, tan castigada, recordaremos, en la campaña anterior por los soldados de Ricardos, si el jefe que mandaba los jinetes de Algarbe y Pavía, destinados á envolver las fuerzas todas que estableció por aquella parte Perignon, no se hubiera obcecado con la idea de que el Llobregat era invadeable precisamente por donde ya lo

habían atravesado los infantes franceses, cesando en un ataque que hubiera costado al ejército francés una derrota de no corta importancia en aquellos momentos.

Aun así quedaron paralizadas las operaciones de los Franceses contra la línea española, reduciendo Dugommier sus aspiraciones á apretar el cerco de Bellegarde, al menos mientras se verificaba en las altas cuencas del Muga y del Ter la maniobra que ya hemos dicho se había propuesto ejecutar para envolver todo el campo español hasta por retaguardia de la plaza de Figueras. No tuvo ésta mejor suerte, aunque con un desarrollo mucho mayor de fuerzas y de tiempo dió lugar á peripecias militares que hacen grande honor á nuestros soldados y á los miqueletes y somatenes catalanes, dignas de una monografía que no puede obtener sitio en la presente historia.

El general Doppet, que había relevado á Dagobert en el mando de la Cerdaña, bajaba con una fuerza de 8.000 hombres, dividida en tres columnas, sobre Camprodón, donde encontró el 7 de Junio un destacamento que Augereau había dirigido el 6 á su encuentro desde San Lorenzo de la Muga. Pero, en vez de, hallándose concentrados en posición tan ventajosa hasta 12.000 combatientes con hombre tan emprendedor á su cabeza como el futuro duque de Castiglione, marchar decididamente sobre el flanco y la retaguardia del campo español, para realizar así la maniobra tan decantada de Dugommier, Doppet, después de asegurar su retirada á Francia por el Coll-des-Aires con un fuerte destacamento, se dirigió á Ripoll con el objeto de destruir la fábrica de armas allí establecida. Esa marcha, la resistencia de los miqueletes que en ella fué encontrando y la ninguna experiencia de Doppet en aquel género, ni en ningún otro de las operaciones militares, le hizo perder el tiempo preciso para ejecutar la que se le había encomendado y dió al conde de la Unión el necesario para hacerla fracasar.

El general Vives recibió, con efecto, la misión de castigar la torpeza de Doppet y, si le era posible, cortarle la retirada á Francia ó la Cerdaña, de donde también partiría una columa española que amenazase el regreso allí de los Franceses. Vives llegó el 16 de Junio á San Juan de las Abadesas con cinco batallones de línea y una nube de somatenes, batiendo allí á Charlet que, al tratar de ganar la frontera en el Coll-des-Aires, lo halló ocupado por los nuestros que le obligaron á buscar su salvación por otros puntos con pérdida de toda su artillería y sus bagajes. Dos días después del ya citado, Doppet, inmóvil hasta entonces en Ripoll, decidió retirarse también, haciéndolo por el mismo camino en que había sido derrotado su teniente por andar los nuestros en su persecución por las crestas del Pirineo. Así logró Doppet entrar de nuevo en Camprodón, pero sólo para permanecer algunas horas y repasar luego la frontera en estado tan lastimoso como el de Charlet, aunque favorecido por una diversión que Augereau hizo sobre Besalú para amenazar la línea que acababa de seguir Vives. Éste, herido en una de las primeras refriegas de aquella jornada, pero bien secundado después por los jefes que le acompañaban, volvió á la línea; habiendo desbaratado la gran maniobra, tan hábilmente ideada por Dugommier y con tal torpeza ejecutada por su antecesor en el mando.

«Así, dice con razón el comandante Fervel, terminó aquella triste expedición de Ripoll. Hábilmente dirigida hubiera sido una de las combinaciones más brillantes de la campaña, pero tal como Doppet la había ejecutado casi recordaba nuestros malos días de 1793, y hubiera puesto en duda la seguridad misma de nuestra propia frontera, en las montañas por lo menos, sin el notable desquite que íbamos á tomar en la Cerdaña.

Nuevas operaciones en la Cerdaña.

Y ciertamente que bien lo necesitaban los Franceses por aquella parte puesto que, al bajar Doppet á su desastrosa incursión, el comandante Peleuck que,

con tres batallones y cuatro piezas de artillería, había sido destinado á dispersar una concentración de somatenes en Castellar de Nuc y Pobla de Lillet, fué tan ejecutivamente rechazado que hubo de volver á reunirse al cuerpo de la expedición, perseguido hasta de las mujeres de aquella comarca, que siempre se han señalado por su ardimiento y energía. Ahora mandaba en la Cerdaña el coronel Porte con unos 3.000 Franceses establecidos junto á Belver, en una fortaleza, sobre todo, que había construído al derredor y en lo alto de una montaña cónica llamada el Montarrós, verdadero campo atrincherado que dominaba todo el valle del Segre, entre Puigcerdá y la Seo de Urgel. Allí, con efecto, rechazaron el ataque dirigido contra ellos por el general Cuesta con unos 3.000 veteranos y otros tantos somatenes, mientras por la izquierda del Segre se encaminaba con igual número de los últimos el general Rodríguez Buria sobre Puigcerdá. Dió, con todo, la coincidencia, efecto del retraso de las órdenes enviadas á Cuesta, de que, al atacar éste á Porte en Montarrós, ya recibía el francés refuerzos de Charlet, volviendo de su malaventurada derrota en San Juan de las Abadesas y el Coll-des-Aires, y de que, al asomar La Buria á Puigcerdá, entraba en aquella plaza el grueso de la división Doppet de regreso también de Camprodón. Con eso y con la resistencia opuesta junto á Belver á los nuestros, Cuesta se retiró á La Seo por Montellá y La Buria remontándose al alto valle de Llosa, pero no sin pérdidas de alguna importancia.

Resultaba de todo con desquite ó no en la Cerdaña, que había fracasado el plan de Dugommier y que la invasión de Cataluña, tan fácil al retirarse nuestro ejército del Boulou y Ceret y con tanta arrogancia y proyectos tan vastos puesta en noticia de la Convención, hallaba obstáculos que, no la ciencia de la guerra, sino los errores de los que la dirigían, iban haciendo por el pronto insuperables. Resultaba, además, que se habían así como desvirtuado

las eminentes cualidades del general francés al tener que ejercitarse en una lucha de invasión, esto es, en la que iba á ofrecerle un pueblo en quien podría muy luego observar que no predominaban las ideas separatistas y democráticas que él tan gratuitamente le atribuía. Por el contrario, y mientras que tanto error como iba acumulando en sus planes de invasión daba á las tropas españolas tiempo suficiente para reorganizarse y recibir refuerzos, siquier desproporcionados á sus necesidades de defensa, veía con asombro cómo el país entero que tenía á su frente se alzaba unánime para burlarle en sus cálculos políticos y vengar las brutales ofensas que, á pesar de sus buenas intenciones, inferían los soldados de la Francia á los objetos más venerados de los catalanes y á sus más caros intereses [1].

El ejército francés, por otra parte, era más numeroso que nunca en los Pirineos orientales, y rebosaban en él la disciplina, á que tanto contribuye la victoria, el entusiasmo por un jefe á quien suponía las cualidades más sobresalientes, y las esperanzas de una conquista que le valdría laureles y botín en proporciones para satisfacer á los más ambiciosos. Y si es verdad que experimentaba muchas bajas por efecto de las emanaciones palúdicas del bajo Ampurdán al comenzar los calores del verano, esa influencia azotaba lo mismo al ejército español y más aún, puesto que campaba en la zona más baja y más expuesta, de consiguiente, á su deletérea acción.

Hay que reconocer en medio de todo eso y aun contando con los talentos del general Dugommier y las excelencias del ejército que mandaba; hay que reconocer, volvemos á decir, una de dos causas, ó ambas á dos juntamente, que paralizaban su acción; esto es, la entrada de tan gran golpe de tropas francesas en el territorio español, el espec-

1 Escribía Dugommier al Comité: «Yo habría querido que se respetasen más los signos exteriores de un culto de que el pueblo catalán se muestra todavía idólatra.»

táculo de las nuestras reorganizándose tan pronto y fortificándose ante el enemigo y el que ofrecía el Principado de Cataluña alzándose por manera tan significativa para defender su independencia; ó la falta entre los invasores de alguno que, como el oficial de artillería de Tolón, inspirase á su jefe aquellas concepciones admirables que le valieron la inmortalidad. ¿Cómo con un Napoleón á su lado habría Dugommier permanecido inactivo durante cuatro meses en las cumbres del Pirineo? Ya quiso llevarse consigo á los orientales á su mentor de Tolón, pero su desgracia hizo que se considerase á éste más útil en los Alpes y el Apenino, dejando así en descubierto y en un especie de eclipse las cualidades de quien, desde la brillante inspiración de la batalla del Boulou, no hizo sino amontonar deficiencias en la retirada de los Españoles el 1.º de Mayo, el sitio de Collioure después, y ahora en su inacción injustificable al frente de nuestras líneas de Figueras.

Á tal punto llegó esa inacción, siempre disculpada con la necesidad de apoderarse de Bellegarde, que hasta dió motivo para que el conde de la Unión ejecutara un ataque sobre el campo francés con el fin, principalmente, de hacer levantar el sitio de aquella fortaleza. Á eso daban lugar la parsimonia, la falta de iniciativa en un general, que tanta había revelado en las operaciones anteriores. Y no se diga que los acontecimientos que por entonces se sucedían en París y los que muy pronto presenció la Convención fueran á paralizar, como se ha supuesto, la acción del general Dugommier, porque estaba eso bien de manifiesto desde antes del célebre 9 Thermidor que acabó con el tiránico poder de los *Terroristas* [1].

1 Por cierto que con esta ocasión M. Fervel se muestra partidario de Robespierre, el jefe indiscutible de ellos. Dice así en su libro sobre las campañas del Rosellón: ¿Qué causa, pues, impedía poner término á aquel triste estado de cosas y devolver al ejército enfermo y adormecido el vigor y la salud con la actividad de los campos de batalla? Una causa extraña y superior á los acontecimientos de aquella guerra; la misma que en aquel momento detenía á los

Lo que ostensiblemente paralizaba las operaciones del ejército francés era el empeño en su general de apoderarse de Bellegarde, así por recuperar aquel pedazo de la Francia, único que aún permanecía en poder de los Españoles, como por no dejar á sus espaldas una fortaleza enemiga que pudiera hacerle mucho daño el día de una desgracia, siquier inesperada, para sus armas. Bellegarde llevaba ya más de tres meses de un bloqueo riguroso y no era probable que resistiese por más tiempo, aun teniendo á la vista el ejército de quien hubiera, en caso, de recibir el socorro que esperase; y en su ocupación, una semana ó un mes más tarde, encontraría Dugommier tiempo y pretexto, si no motivo fundamental, para la curación completa de su herida, para el reposo de su ánimo, no poco abatido según sus compatriotas, y hasta, como ya hemos dicho creían algunos, para esperar los resultados de aquel 9 Thermidor que iba á cambiar la faz de la Revolución. Sitio de Bellegarde.

Pero el marqués de Vallesantoro no se daba, como vulgarmente se dice, á buenas, contestando á las repetidas y á veces amenazantes intimaciones de Dugommier con comedimiento siempre, pero siempre también con frases que indicaban una resolución tan enérgica como leal. El tiempo pasaba, sin embargo, y la guarnición de Bellegarde iba careciendo de víveres á pesar de la economía que su gobernador había introducido en el reparto diario de ellos, comprendiendo que después de logrado el primer socorro, de que hemos hecho mención, sería imposible otro nuevo,

catorce ejércitos de la República en todas sus fronteras, lo mismo en derredor de Valenciennes, de Condé, de Landrecies y del Quesnois que en derredor de Bellegarde, lo mismo en el Rhin y en las cumbres de los Alpes que en los Pirineos; y era que la mano qne hasta entonces había dado la vida y el impulso, aquella mano de hierro se había retirado; que se acercaba el 9 Thermidor. En espera de una crisis que iba á rechazar la ola revolucionaria, la guerra ofensiva vacilaba en todas partes, en los Pirineos principalmente, en aquellos montes lejanos que apenas habían atraído las miradas tan ávidas, sin embargo, del poder que sucumbía.»

cerradas como estaban por el ejército francés todas las comunicaciones con el español que campaba á su frente. El pan y la galleta se habían acabado, y la poca carne salada y el bacalao todavía existentes, más perjudicaban que aprovechaban á la salud de una tropa devorada por el escorbuto y las fiebres. Su situación se haría insostenible muy pronto; y la única esperanza que cabía ofrecer á gentes, á pesar de todo, resueltas á no rendirse sino en la mayor extremidad, era la de un combate en que el conde de la Unión lograra batir á los Franceses y abrirse paso hasta ellos.

Intentos de socorrerla.

Y no es que estuvieran olvidados los bravos defensores de Bellegarde de su general en jefe; no. Creyendo, sin embargo, que, aprovechado el error cometido por el Francés al conservar á Augereau en su posición aislada de San Lorenzo de la Muga, podría conseguir un éxito igual al de un ataque de frente, mucho más peligroso, resolvió acometerlo el 13 de Agosto con fuerzas, en su concepto suficientes, ya que la ocasión le brindaba á ello. Courten debía marchar desde Llers sobre Terradas, vanguardia de Augereau, que tenía su centro en San Lorenzo apoyando la izquierda en las formidables posiciones de la Magdalena y Nuestra Señora de la Salud; una fuerte columna iría por Llorona para envolver la línea enemiga por caminos y terreno sumamente difíciles, y otra, por fin, arrancando de Lladó, seguiría en apoyo de la de Llorona y con objeto casi igual pero en campo más restringido.

Los Franceses han querido dar á aquella acción la importancia de una gran batalla, engalanándola con ese nombre y describiéndola con detalles que verdaderamente no merece; hasta se trae á colación la de Castiglione para más glorificar al general feliz que fué su héroe. Pero lo que sucedió fué que Courten se hizo dueño de Terradas, y se proponía continuar el ataque sobre San Lorenzo, donde

reinaba ya la preocupación más seria, cuando, al ver que no llegaban al campo en que se habían citado las otras divisiones ó columnas, la de Llorona por haberse extraviado y la de Lladó por, en razón de esto, haber suspendido su marcha, creyó deber también detenerse en medio de su primer triunfo [1]. Animado con tal pausa el general Augereau, y no temiendo ya nada por sus flancos, acometió á su vez á Courten que, sin fuerzas suficientes para resistirle y con las instrucciones que le llevó Morla desde el cuartel general, situado en aquellos momentos en una altura entre Llers y Palau, hubo de retirarse con mucho orden, aunque no sin pérdidas graves en su tropa y oficialidad.

Lo que de su derecha, izquierda nuestra, han hecho los Franceses, y con mucha menos razón, de los sucesos que aquel mismo día tuvieron lugar en las posiciones del centro y en las orientales de la línea hasta la costa del Mediterráneo; han dado el carácter de un gran combate á lo que por parte de los Españoles no fué sino una llamada de atención al enemigo para que no se moviese en ayuda de Augereau. Pues qué, ¿no pudieron comprenderlo al ver la poca resistencia que nuestras tropas les oponían en Cantallops, tan distinta de la que el mismo Taranco, que emprendió aquel ataque, y el vizconde de Gand con la legión de la Reina, les ofrecieron al retirarse en Espolla? ¿Ó es que nuestra escuadrilla, al doblar el cabo de Creus, pensaba también en la reconquista de Collioure?

Rendición de la fortaleza.

Claro es que el combate de San Lorenzo de la Muga fué un fracaso para nuestras armas que, de obededer á plan más juicioso y menos complicado, mejor concentradas y dirigidas, pudieran haber obtenido un gran

1 Los Franceses dicen que las columnas españolas llegaron *con precisión notable* al punto de su cita; pero precisamente por ser ese aserto tan rotundo falso de toda falsedad, es por lo que se perdió aquella ocasión de castigar el aislamiento de Augereau en San Lorenzo de la Muga.

éxito; pero la prueba del temor que infundió en los enemigos por si se repetía en otras condiciones, fué que pocos días después Dugommier, que así cayó en la cuenta del error que había cometido, hizo á Augereau trasladarse á Darnius, muy próximo al centro de su posición, reuniendo también su izquierda, casi extraviada en los picos y puertos del Pirineo hasta el de Bañuls. El gobierno francés se mostraba tan disgustado de las dilaciones de Dugommier y de la esterilidad de tanto y tanto ataque como sus tropas reñían, pero siempre en las mismas posiciones de la frontera, que el general hubo de pensar en operaciones que le dieran el fruto tan apetecido por la Convención, el de las plazas fuertes que estaban á la vista, y de consiguiente, al alcance del ejército. Con esa concentración de los Franceses, Bellegarde quedó más estrechamente bloqueada, haciendo inútil el consejo de Morla de que, destruyendo la artillería y preparando la voladura de las fortificaciones, la guarnición evacuase la plaza, abriéndose paso por entre los enemigos con el apoyo de una parte de nuestras tropas que rompería el cordón de enemigos que tenía á su frente para recibir á sus compatriotas.

No ejecutado este plan, Bellegarde tuvo que rendirse después de 134 días de bloqueo, con 400 hombres de su presidio gravemente enfermos, devorados los demás por el hambre, y todos sin esperanza alguna de salvación después del infructuoso ataque de San Lorenzo y de la reunión en derredor suyo de todas las tropas del ejército francés. El marqués de Vallesantoro intentó una capitulación todo lo honrosa posible en el estado á que se veía reducido; pero Dugommier no podía concedérsela en obediencia al decreto de 11 de Agosto (24 Thermidor) en que la Convención disponía que *no se hiciesen prisioneros españoles, y que los sacerdotes y los nobles españoles fueran cogidos como rehenes en cuantos lugares ocupasen los ejércitos franceses de los Pirineos orientales y occidentales*. Á pesar de eso y acogida la guarnición de

Bellegarde *á la generosidad francesa*, según la frase de Dugommier en su contestación á Vallesantoro, el bravo general de la República hizo entender á los sitiados que nada tenían que temer por su vida, arrostrando él así la responsabilidad que le cupiera ante la Convención, apoyado, es cierto, por el nuevo representante Delbrel, que con su colega Vidal habían sustituído á Milhaud y Soubrany, el primero de los que, Delbrel, se disculpó con el peligro de que la guarnición de Bellegarde se resolviera á sepultarse en las ruinas de la fortaleza y corriese peligro la vida del sinnúmero de prisioneros franceses internados en España [1].

Tal importancia se dió en París á la reconquista de Bellegarde, que la Convención instituyó la *fiesta de las Victorias,* dando el nombre de *Sud-Libre* á aquella fortaleza, como había impuesto el de *Nord-Libre* á la de Condé, acabada de sacar del poder de los Austriacos. No se le dió tanta en Madrid, donde, sin rendir los honores debidos á la lealtad y abnegación de nuestros soldados y su ilustre general, se escribía al jefe del ejército español: «Tú has perdido una fortaleza, pero no la estimación pública» [2].

No tenía, con efecto, medios suficientes el conde de la Unión para hacer levantar el sitio de la única conquista que ya nos quedaba de la campaña anterior. Sus intentos de socorro no habían podido realizarse; y de haberse intentado discretamente, habrían sido tan ineficaces como el

1 En las Memorias del mariscal Víctor y en un párrafo que el P. Delbrel copia con la fruición que es de suponer por su parentesco con el representante del mismo apellido que se acaba de citar, se lee lo siguiente: «Delbrel no desmentía su título siendo el verdadero representante de un gran pueblo. La República no tenía partidario más celoso; pero creyendo él que para fundarla se necesitaban virtudes, no crímenes, y revelando en toda su conducta esa magnánima convicción... Puede juzgarse con qué satisfacción fué acogido por Dugommier; no tardando á unir á aquellos dos hombres, tan dignos el uno del otro, los sentimientos recíprocos más concentrados de afecto y adhesión.»

2 Carta de Godoy al conde de la Unión el 24 de Septiembre de aquel año de 1794.

de apoderarse después de la importantísima posición de Montroig que, aun conquistada el día 21 en el primer empuje de nuestros batallones, hubo de abandonarse inmediatamente por el desorden que tan fácil victoria introdujo en ellos entregándose con la más ciega confianza al merodeo de los lugares inmediatos [1].

Ataque de la línea.

Lo severo de las penas que el conde de la Unión impuso á los fugitivos, restableció en gran parte la disciplina y el buen espíritu de las tropas que en otro pequeño combate, dado diez días después, se batieron con singular denuedo é inspiraron alguna confianza para las operaciones sucesivas.

La concentración de los Franceses en derredor de Bellegarde aconsejaba la de los nuestros á fin de resistir el movimiento que era de esperar emprendiesen aquéllos, libres ya, con la ocupación de Bellegarde, para acometer la tantas veces anunciada invasión de Cataluña. El general Quartel Maestre proponía acercarse todo lo posible á los enemigos y, ocupando algunas de las posiciones avanzadas á la de Pont-de-Molins, fortificarse en ellas y guarnecerlas con fuerza que impidiera al enemigo hacer destacamento alguno en sus flancos por temor á verse cortado, y ence-

1 El conde de la Unión, después de hacer diezmar la fuerza que componía la columna de ataque pasando por las armas algunos de los que se supo habían arrojado su fusil en la fuga y obligando á los demás á desfilar ante las tropas con ruecas en las manos, publicó un bando por el que se imponían penas severísimas á todo el que perdiera su formación y, en el caso de ser batido el cuerpo en que servía, no se reuniera á él á la distancia del tiro de cañón del paraje donde lo fuese, lo mismo que al que abandonara su arma durante ó después del combate. Las bajas habían consistido en 22 muertos, 120 heridos, 24 contusos y 43 prisioneros ó extraviados.

El Conde ignoraba todavía la rendición de Bellegarde. Parece imposible estando el ejército español tan cerca de aquella fortaleza; pero esa misma circunstancia demuestra que las razones dadas por Dugommier para no ejecutar con nuestros prisioneros la sentencia dictada por la Convención, no bastaron para conceder á los de Bellegarde, ni á uno siquiera de ellos, el permiso que á tantos de los suyos había Ricardos otorgado en Junio del año anterior para trasladarse á Perpiñán á ver á sus allegados y proveerse de lo que considerasen más necesario en su nueva y triste situación.

rrarlo en el valle de la Junquera, donde al menor descuido suyo podría ser atacado y hasta puesto en derrota. Pero no satisfecho el Conde con la idea de abandonar el sinnúmero de posiciones que aún conservaba en las alas de su línea, siguió en ellas, añadiendo otras muchas baterías á las presupuestas en el plan acabado de enunciar y dejando así todas escasas de fuerza que, por otra parte, distraía del puesto donde más conveniente le era reunirla para una ocasión que ya no podía estar remota. Con decir que después del combate de Montroig existían en la línea española y en una extensión de más de diez horas de marcha 77 baterías con 220 piezas, se comprenderá la debilidad de esa línea y lo imposible de acometer desde ella una acción ofensiva bastante eficaz para romper la concentración, harto sólida, de los enemigos que se hallaban al frente [1].

Por el contrario, los Franceses eran los que estaban en disposición de emprenderla; y, con efecto, al amanecer del 17 de Noviembre asomaban su cabeza las columnas francesas ante nuestra línea.

Dos motivos, se dice, que provocaron el ataque de los Franceses en aquel día; resolución, por otro lado, muy natural dos meses después de la reconquista de Bellegarde. El primero era el de la falta absoluta de víveres que impedía á los Franceses permanecer por más tiempo en la inacción. El segundo era de naturaleza más rara, revelando tratos de que no se tenía noticia en España. El día

1 Esos son los números que Morla estampa en su manuscrito; que Fervel, al describir la línea española que tan detenidamente visitó años adelante, dice: «El resultado de aquellos inmensos é incesantes trabajos de seis meses, fueron 97 obras completas, reductos, baterías ó cortaduras, sin contar una multitud de otras más pequeñas y accesorias de flanqueo. Aquella pléyade de puestos fortificados abrazaba una zona que no tenía menos de cinco leguas de desarrollo con una profundidad de siete kilómetros en algunos puntos. Aún hacemos abstracción de los puestos lejanos que guardaban los pasos de las montañas entre el Muga y el Ter. Jamás se había hecho un abuso más gigantesco, ni más ridículo de la fortificación de campaña.»

Ya ve el lector que no eran infundadas las quejas de Morla en ese punto.

anterior había Dugommier recibido por el intermedio de un agente secreto que mantenía en el campo español, un ultimatum de nuestro Gobierno, asegurando su respeto á la forma de gobierno que adoptase la Francia, si ésta, en cambio, entregaba los dos hijos de Luis XVI, y al heredero algunas provincias limítrofes de España para gobernarlas como único soberano y rey.

Esa negociación diplomática venía de muy atrás entablada. El ministro que había logrado el destierro de Aranda por su oposición á la guerra, puesta de manifiesto en el Consejo de 14 de Marzo, y, llevando su rencor á un extremo inconcebible, sujetaba á hombre de tantos servicios á interrogatorios y reclusiones como las que le vimos sufrir en Jaen y la Alhambra de Granada, iba al mismo tiempo, en los mismos días de tamaños atropellos, á buscar la paz con Francia por los procedimientos más torpes y vergonzosos. Con la correspondencia del marqués de Iranda á la vista habíamos denunciado proyecto semejante, que principiaría á ponerse en ejecución en Junio de 1795 por el lado de los Pirineos occidentales, y el P. Delbrel, con la del conde de la Unión, ha venido ahora á revelar el en que tomó parte aquel malogrado general, aunque no aprobándolo, por el de los orientales.

Era éste, como se ve, muy anterior y había surgido en la mente de Godoy al comprender que no tardarían en realizarse las fatídicas predicciones de Aranda, las que le habían irritado tres meses antes hasta el punto de hacerle dictar providencias tan injustas y á con ellas comprometer la fama de bondadoso de que gozaba su soberano. No sabiendo cómo principiar las negociaciones de un tratado á que le inclinaban los reveses sufridos por nuestras armas en el Boulou y Collioure, ni á quién dirigirse para entablarlas con algún, aunque mediano, decoro para el Gobierno español, recurrió en busca de luz al general en jefe del ejército de Cataluña, por donde en aquellos días soplaba

con mayor violencia el viento de la mala fortuna para España. El conde de la Unión, aun desaprobando, según ya hemos dicho, paso tan aventurado y resistiéndose á ser su primer motor, accedió, por servir al ministro y complacer al amigo, á pedir á Dugommier una entrevista, en que pudiera leerle el despacho de Godoy aconsejando á la Convención se trasladase con todos sus partidarios á las Antillas francesas, donde podría establecer una república según la deseara, pero dejando el gobierno de la madre patria á su legítimo soberano.

El proyecto era para hacer reir al asceta más recogido en sus santas meditaciones; pero por fortuna no hubo lugar para que lo leyese Dugommier, que se negó á recibir á ningún parlamentario sino en presencia de sus generales y Estado Mayor. Aún se repitió el intento de conferenciar con Dugommier, siempre inútilmente sin embargo, y hubo de recurrirse á un M. Simonin, pagador de los Franceses que se hallaban prisioneros en España y que mantenía, por consiguiente, una correspondencia bastante seguida con aquel general [1].

Simonin, no atreviéndose á estampar en su primera carta á Dugommier la palabra *paz* que estaba prohibida por la Convención para con ninguna potencia cuyos soldados ocuparan un punto siquiera de la Francia, la sustituyó con un pequeño ramo de oliva, emblema perfectamente interpretado por el general que, habiéndolo recibido después de la capitulación de Bellegarde, tuvo medio para contestar que, una vez ejecutada la de Colliure, *no habría ya motivo para la guerra á muerte, pudiéndose además prestar oído á la elocuente alegoría que encerraba la carta.*

1 El pretexto para esa segunda expedición de nuestro parlamentario fué la respuesta á reclamaciones que había hecho Dugommier sobre el tratamiento, en su concepto riguroso, para con el geómetra Mechain, encargado de la medición de un arco de meridiano entre Dunkerque y Barcelona y al que Unión había mandado respetar, ofrecerle el concurso necesario para sus trabajos y aun dinero si lo necesitara.

Esto dió lugar á que Godoy enviara á Unión las proposiciones que hemos dicho provocaron en Dugommier la resolución de atacar el 17 la línea española; proposiciones que el valido esperaba producirían un tratado de paz, necesario ya, en su concepto, para conjurar los mismos peligros cuya sospecha acababa de condenar en Aranda, los de que Inglaterra pudiera aprovecharse de la guerra para destruir, á la vez que el de Francia, nuestro poder marítimo y colonial. Pero al ofrecerlas á la República, Godoy, desconocedor del vuelo y del carácter que las ideas revolucionarias habían dado á sus mandatarios, añadía á la torpeza que revelaban, una mala fe que era imposible se escapara á la penetración del más novel en los asuntos del gobierno y de la política. El pensamiento de Godoy era el de que, aceptadas aquellas proposiciones, cabía encender en Francia la guerra civil, procurar con ella el restablecimiento del trono para su legítimo representante y fortalecer los de los demás monarcas interesados en aquella contienda.

Esas proposiciones llegaron el 16 de Noviembre á manos del representante Delbrel, quien á la vez que las transmitió al Comité de Salud pública con una carta donde anunciaba su respuesta á los Españoles *con el cañón y la bayoneta*, las comunicó al general Dugommier que al día siguiente la haría, más que elocuente, práctica emprendiendo las operaciones con el vigor que vamos á ver desplegado inmediatamente por sus tropas.

Si el primero, pues, de los motivos expuestos obligaba á los Franceses á levantar el campo de las crestas del Pirineo para subsistir, el segundo, que acabamos de circunstanciar, les obligaba también á, rechazando aquellas proposiciones, batirse, como dice un historiador de su país, por el honor de la República.

El plan de Dugommier, muy meditado en tanto tiempo como había tenido para discurrirlo, era hábil, pues que se

dirigía á aprovecharse de la absurda extensión que había dado á la línea de los Españoles su general en jefe. Augereau, establecido, como ya hemos dicho, en Darnius, había efectuado aquella noche una marcha penosísima pero que le colocó mucho antes del amanecer del 17 sobre el flanco y, en puntos, á retaguardia de nuestra extrema izquierda. Remontando el Ricardell desde Darnius, había dado una inmensa vuelta para caer sobre el puente de San Sebastián, punto intermedio entre San Lorenzo de la Muga y la Fundición, situada entonces agua arriba de aquel pueblo. Inesperado su avance, las grandes guardias de los Españoles, sus avanzadas y hasta las pequeñas guarniciones de los reductos que cubrían el curso del Muga, fueron sorprendidas; y antes de que se disiparan las tinieblas de aquella noche, se hallaban envueltas también la posición de la Magdalena y la de Terradas, á pesar de la resistencia que opusieron los Españoles de Courten que, después de combatir con la energía en él de costumbre, hubo de retirarse privado de los auxilios que había pedido al conde de la Unión. Fueron considerables las pérdidas allí de nuestros compatriotas, tanto en la defensa de sus posiciones como en la retirada á Llers, donde Courten esperó la reunión de los cuerpos que habían combatido á sus órdenes [1].

1 Entre los que más sufrieron hay que contar los regimientos portugueses de Olivenza, 1.º y 2.º de Porto y el de Peniche, situados en la posición de Nuestra Señora de la Salud, la cual una vez tomada por el enemigo la de la Magdalena y, sobre todo, después de haberse aquél presentado en las alturas de Terradas, era de todo punto insostenible. El de Peniche, cuyo jefe, dejándose llevar de una resolución heroica, atacó á los Franceses de la Magdalena, hubo de abandonar la empresa con graves pérdidas; pero el que más sufrió fué el 1.º de Porto que, por ir al socorro de otro nuestro que mandaba el duque de Mahón, se encontró completamente rodeado por las masas francesas que acudían desde San Lorenzo á cortar á las españolas el camino de su retirada. No se arredraron por eso los Portugueses sino que, formando el cuadro, rompieron un fuego vivísimo sobre los enemigos; pero, acabándoseles los cartuchos, tuvieron que entregarse como prisioneros de guerra.

Decía Delbrel en su parte á la Convención: «... mais, fatigués sans doute de carnage, ils (los Franceses) ont accorde la vie á mille Espagnols ou Portugais qui ont posé les armes.»

El ataque contra nuestra izquierda resultó así decisivo, pues que la retirada de Courten dejaba el centro á descubierto de la acción que Augereau pudiera emprender sobre él en los momentos en que andábamos á las manos con el de los Franceses, regido por Dugommier en persona. Pero ni en esta parte de la línea, ni en la derecha tampoco, había el combate ofrecido los mismos resultados.

En este flanco, izquierdo de los Franceses, el general Sauret salió del campo de Santa Lucía á las dos de la madrugada dirigiéndose á amenazar con su vanguardia nuestra posición de Capmany, mientras el resto de sus fuerzas, tres brigadas, atacarían decididamente los reductos de Vilaortoli y Espolla. Al hacerlo, contaba con una reserva que Dugommier había situado en contacto con su centro, pero de la que sería el general en jefe quien dispusiera en los momentos más convenientes. En Vilaortoli rechazaron el ataque de los Franceses las tropas del general Bellvis, y en Espolla las de Taranco; y tan ejecutivamente, que pudo desprenderse de ellas la legión de la Reina que, con el vizconde de Gand á su cabeza, se adelantó sobre Cantallops y el campamento de Santa Lucía, de los que se hubiera apoderado si no la detuvieran avisos que en tal momento llegaron del cuartel general anunciando el revés sufrido por Courten en el ala izquierda.

Ese momento era también el en que Sauret, por aquel lado, y Augereau, por el opuesto de la línea francesa, recibían la orden de cesar en los movimientos y operaciones de que estaban encargados.

Muerte de Dugommier.

Algo, pues, de extraordinario pasaba en el centro, de donde habían partido aquellas órdenes tan incomprensibles para todos como inesperadas.

Con previsión envidiable y con la actividad que caracteriza á los Franceses cuando la nave de su fortuna surca el mar de los sucesos viento en popa, habían establecido en las posiciones de Montroig y la Montaña Negra diez

piezas, con que, al amanecer del 17, se pusieron á cañonear nuestras posiciones más avanzadas mientras sus columnas formaban en disposición de atacar á su apoyo con la mayor energía. La artillería española era, sin embargo, superior ó estaba mejor servida; ello es que la francesa, en vez de apagar sus fuegos, se vió impotente para conseguirlo y aun puede decirse que desarmada [1].

Tan hicieron blanco de la Montaña Negra nuestros artilleros, que no había pasado mucho tiempo desde que se rompió el fuego cuando pudieron observar que en aquella cumbre, de donde se esperaba la acción más enérgica y hasta decisiva para la suerte de la batalla, sucedía algo extraordinario que pudiera paralizarla. Y era, con efecto, que uno de los proyectiles de la artillería española había alcanzado nada menos que al general Dugommier que, para mejor atalayar el campo y dirigir con más acierto el ataque simultáneo de sus columnas en el centro y las alas de la línea, se había establecido en la eminencia fatal [2].

Por más que Delbrel, que se hallaba á su lado, se apresuró á desimpresionar á cuantos presenciaron también aquella catástrofe del horror que no podía menos de causarles con palabras de la mayor energía; y aun cuando, al comunicar la noticia al general Perignon confiriéndole al mismo tiempo el mando del ejército, los Franceses parecieron querer proseguir la jornada con el mismo empuje que hasta entonces, pronto hubieron de cesar en él, sobre todo al ser rechazados de los reductos de Capmany, contra los que también se dirigió aquella columna de reserva que di-

1 Fervel no se atreve á negarlo y dice: «Nuestras diez piezas trataron de contrabatir fuegos tan mortíferos; pero, aunque servidas con toda la actividad posible, no hicieron en aquella altura sino ofrecer á los artilleros enemigos nuevos puntos de mira.»

No lo hay más hábil para disfrazar sus reveses que el distinguido ingeniero, historiador de aquella guerra.

2 El representante Delbrel dice en su parte, ya citado, á la Convención, que la granada dió en la cabeza al general matándole en el momento. Fervel asegura que fué herido en el hombro derecho y el pecho.

jimos debía apoyar las maniobras de Sauret, á la que, como á todas, pasaron las órdenes, ya recordadas, de hacer alto.

Grandes habían sido las pérdidas de los Españoles, en su izquierda particularmente, y mucho debían preocuparles, aun cuando Morla no lo creyera así, las posiciones que había ocupado el general Augereau para el curso de aquella jornada, en la que, por el contrario, nuestras tropas habían salido vencedoras en la derecha y el centro; pero la muerte de Dugommier y su primer efecto, la cesación de la batalla, daban lugar á la esperanza de que acabara con resultados más brillantes aun y decisivos. ¡Augurio por extremo falaz como muy luego veremos!

La noticia de la muerte de Dugommier causó honda sensación en el ejército francés, aunque, afortunadamente para éste, le quedaban generales como Perignon, ya muy acreditado entre sus tropas, Augereau, que acabaría por ser el héroe de la campaña, y Víctor, que en aquel mismo día demostró, aun cuando obligado á retirarse delante de Espolla, condiciones excepcionales de energía. Tales eran las cualidades militares de Dugommier y su patriotismo, que justifican esa impresión, por más que no dejaran de oirse entre las tropas murmuraciones y quejas nada favorables para su reputación por la apatía de que parecía poseído en aquel período último de su vida.

Porque el prestigio del general Dugommier no se limitaba á la esfera de la autoridad militar, sino que extendíase también á la política, más que por su carácter de miembro de la Convención, por el conocimiento que todo el país tenía de los inmensos sacrificios que había hecho para acreditar su patriotismo de Francés y su entusiasmo por la República. Así es que, al leerse en la Convención el despacho en que Delbrel comunicaba la noticia de la muerte del insigne general, aquella Asamblea decretó que su nombre fuera inscrito en la columna elevada en el Pantheón á la memoria de los defensores de la patria y se propuso

recompensarle largamente en las personas de su familia.

Las relaciones españolas de la batalla del 17 de Noviembre adelantan los movimientos que los Franceses emprendieron después para, continuándola, obtener los resultados que el general Dugommier se había propuesto alcanzar; pero lo cierto es que en el campo de los Franceses pudo observarse una vacilación bien disculpable ante catástrofe como la que acababa de experimentarse en su campo. Si el representante Delbrel opinaba porque se prosiguiese combatiendo sin lapso alguno de tiempo en que los Españoles pudieran reponerse del descalabro que habían sufrido en su ala izquierda, Perignon pedía se le dejara hacerse presente al ejército en todas sus fracciones y reconocer en todas sus partes también el campo enemigo.

Segundo ataque.

No satisfecho con eso, para lo cual se había tomado el día 18, reunió el 19 en la Junquera un consejo de guerra en que, después de resolverse por unanimidad la marcha avanzando, se discutieron y aprobaron los detalles de la operación que, según lo acordado con Delbrel, debía emprenderse antes del amanecer del 20. En el campo español para nada aprovechó la paralización de los Franceses, dejando transcurrir tiempo tan precioso en conferencias, reconocimientos y proyectos que nada útil produjeron sino aumentar la discordia entre los generales y el disgusto y el desánimo en las tropas. Los acuerdos del consejo celebrado en la Junquera se traducían en preparativos que bien podían observarse desde nuestros reductos, cuyos comandantes tuvieron cuidado de anunciarlos á sus generales respectivos y éstos al en jefe y su Quartel Maestre; y á pesar de eso, al primer albor del día 20 asomaban los enemigos por todos los puntos de su línea sorprendiendo los de la nuestra como el rayo y el trueno al caminante en un cielo sereno y transparente. Con saber que á las diez de la mañana se habían perdido 18 baterías, las más avanzadas del centro desde la inmediata á la de Escaulas, ya en

poder de Augereau desde el 17, hasta Capmany, se comprenderá la rapidez de los Franceses en su acción, y lo que es más triste, la flojedad con que fueron defendidas. Pero todavía ondeaba la bandera española en el Roure, y hacia su fuerte se dirigió el conde de la Unión tan pronto como tuvo conocimiento de que se había roto el fuego en la línea. Con el deseo de llegar cuanto antes al campo de batalla se hizo seguir tan sólo de un ordenanza, regularmente del que solía llevarle el caballo, enviando, sin embargo, la orden de que le alcanzasen á los generales y jefes de su Estado Mayor; pero ninguno llegó al Roure, donde él se hallaba en los momentos en que los soldados de Augereau, al mando del general Bon, acababan de asaltar la fortaleza.

Muerte de Unión.

Varias son las versiones sobre lo que debió suceder en aquella posición al presentarse en ella el Conde; pero estudiándolas todas y comparándolas, ninguna hemos encontrado más ajustada á la exactitud de los hechos que constituyen el drama dolorosísimo allí representado que la de su Quartel Maestre, corroborada y, á no dudarlo, inspirándose en el relato de un testigo presencial, el oficial de ingenieros D. Miguel Sánchez Jaramas, que se halló en aquellos momentos al lado de su general en jefe. «El día siguiente, dice Morla en su manuscrito, teniendo avisos el general al amanecer que los enemigos atacaban el centro, montó á caballo acompañado de una sola ordenanza de carabineros reales y envió recado á todos los generales y Quartel Maestre para que le siguiesen en dirección al Roure, como el 17; pero cuando llegó estaban ya perdidas las baterías de su frente y costado y los enemigos subían por todas partes á este punto, guardado por poquísima tropa: el general mandó al conde de Mollina guardase el reducto de la derecha y que él defendería el de la izquierda: dispuso un movimiento para situar á su idea las tropas que puso en confuso desorden, pero luego se ordenaron. Los enemigos se aproximaban: cree oportuno hacer

una salida, se echa el general fuera del reducto y pide que le sigan: hácenlo como 30 hombres, y á pocos pasos ven entrar ya al enemigo en el reducto: retíranse todas las tropas en desorden é igualmente el general las sigue y recibe un balazo por la espalda, teniendo á su lado al ingeniero extraordinario D. Miguel Jaramas; apéase el general y cae al intante muerto. Jaramas y la ordenanza de carabineros acuden para atravesarle sobre su caballo, y no pueden porque los enemigos cargaron con la mayor velocidad, y dejan el cuerpo para salvar los suyos [1]. »

Muerte más gloriosa, más envidiable por consiguiente, no es posible ambicionar por un general, y sobre todo, cuando se halla en las circunstancias en que se vió el conde de la Unión el 20 de Noviembre de 1794. Más que los errores que pudiera cometer, lleváronle á ellas la fuerza de un destino que es de presumir habría del mismo modo inutilizado los esfuerzos del jefe más hábil y experto. La superioridad del ejército francés era evidente, así por el número de sus soldados como por el espíritu creado en ellos con las victorias ya alcanzadas y el estímulo de las que obtenían sus compañeros de armas en los demás teatros de la guerra. Sólo la paralización de las operaciones por efecto de los sitios de Collioure y Bellegarde, pero sobre todo por la apatía de Dugommier, «presa en sus últimos momentos, como dice Fervel, de esa agitación misteriosa que acaba á veces por apoderarse del hombre cuyos destinos van á cumplirse», podía mantener nuestras fuerzas en posiciones tan próximas á las del enemigo; y cualquiera, repetimos, que las hubiese mandado se habría visto vencido y roto. Eran necesarios rasgos extraordinarios de un genio sobresaliente, de los que aparecen pocos en escena durante las eternas luchas de la humanidad, para haber superado los obstáculos que opusieron al conde de la Unión tan fa-

1 Jaramas escribió en 26 de Septiembre de 1795 una larga nota en que relataba aquel suceso de manera no muy diferente de como lo acabamos de recordar·

tales circunstancias, desde que, á pesar de sus protestas, hubo de tomar el mando de aquel ejército.

Valiente hasta la temeridad y amigo de congraciarse con el soldado, apreciador de una virtud que para él es siempre la primera, se dejaba llevar, quizás con exceso, de esa inclinación, sin pensar en que todos los organismos exigen perfecto equilibrio en los elementos que les constituyen si han de funcionar según su naturaleza y objeto, el militar, entre los demás, movido por resortes de cuya mejor combinación dependen su fuerza y sus éxitos. Lo rápido de su carrera y más aun lo inesperado del mando que se le confió sucediendo en él á un Ricardos, cuya superioridad de talentos nadie se atrevía á desconocer, atrajeron á Unión el descontento de muchos y ¿por qué no decirlo? la envidia de varios de los generales que, de más antiguos que él, fueron á parar en ser sus subordinados. Acusáronle, como siempre sucede, jefes y oficiales de parcialidad en sus juicios y en el reparto de las recompensas y gracias que podía otorgar; y el desvío que observaba en los generales y las murmuraciones que oía en sus más inmediatos superiores; la desgracia sobre todo en las operaciones ejecutadas en aquella campaña, llegaron á influir en el espíritu de la tropa que dejó luego de admirarle como antes. No es posible, sin embargo, sustraerse al atractivo que ejerce el recuerdo de su lealtad inquebrantable, de su intrepidez, ni una sola vez desmentida, de su fin glorioso y de los sentimientos caballerescos de que tantas pruebas había dado en su vida, para rendir al conde de la Unión el justo homenaje de honor por virtudes militares y cívicas de tal y tan subido precio [1].

1 Es inútil detenerse en demostrar lo absurdo de la versión, no poco esparcida, de que la muerte del conde de la Unión se debiera á un acto de venganza, indigna del soldado español é inverosímil, pues ninguno de los 51 castigados por su indisculpable conducta del día 27 de Septiembre dejó de mostrarse el 1.º de Noviembre merecedor de recobrar el uniforme y la escarapela de que se les había privado y de volver á los cuerpos de que fueron expulsados.

Su desgracia fué lamentada en todo España y buena prueba de ello dieron las honras fúnebres que se celebraron en las principales iglesias, en las de Cataluña particularmente y del Perú, su patria, donde resonó además la voz de elocuentísimos oradores que ensalzaron hasta las nubes sus ya altos merecimientos. Perdióse el sepulcro que encerraba sus restos, devueltos por los Franceses, en las ruinas del convento de San Francisco de la capital del Principado, pero aún se conserva en España la memoria de *aquél,* según el P. Delbrel, *irreconciliable adversario de la Revolución, infatigable defensor de las tradiciones religiosas y sociales que no eran sólo las de su país, sino las de toda la Europa cristiana.*

Con la pérdida del Roure y la muerte del conde de la Unión quedó, no sólo roto, sino completamente destruído el centro de la línea española, acabando su defensa en los reductos de Pont-de-Molins, simultáneamente atacados por las columnas de Perignon y de Augereau que volaron á confluir allí para anonadar cuantos esfuerzos pudieran hacer nuestras tropas á las órdenes del marqués de las Amarillas. Inútil decir que una vez ocupada aquella posición, todas las inmediatas cayeron en poder de los Franceses, á pesar de haber encontrado en dos una resistencia que, en ocasión diferente, hubiera podido dar lugar á contener el avance victorioso de los enemigos. Con eso, la carretera y el terreno abierto que recorre quedaron libres para la acción de la caballería francesa, y nuestras tropas, ante tal peligro, tuvieron que buscar por caminos laterales el de su punto de cita, que eran la fortaleza de Figueras y sus posiciones más inmediatas. Tan precipitadamente y en tal desorden se hicieron aquellos movimientos, que los Franceses, en el ofensivo suyo, llegaron á introducir en el castillo de San Fernando algunos de los proyectiles de su artillería y, con ellos el germen del pánico que tan tristes frutos habría de producir pocas horas después.

En tanto que el general Morla, como Quartel-Maestre del ejército, daba disposiciones, así para impedir la aproximación de los Franceses estableciendo algunas tropas en las trincheras y reductos construídos al frente de la fortaleza, como para evitar también la retirada que ya se había pronunciado hacia el Fluviá y Gerona procurando reunir el ejército en el campo de Aviñonet, establecido en unas alturas á retaguardia pero próximas y en la izquierda todavía del Manol, se representaba en Figueras una escena, no nueva seguramente, pero sí ajena de ocasión tan extraordinaria. Al recibir el príncipe de Montforte, que ya se encontraba allí, al marqués de las Amarillas que se retiraba, se entabló la cuestión, gravísima en tales circunstancias, de quién de los dos había de suceder en el mando al conde de la Unión. El Príncipe, que era el teniente general más antiguo del ejército, lo rehusaba categóricamente, y Amarillas, que también se resistía á tomarlo, hubo de ceder á las apremiantes reclamaciones de Morla, que hasta llegó á amenazarle con llamar á Courten dejando á los dos en posición tan desairada. Amarillas tomó las providencias que creía más urgentes para resguardar una posición donde esperaba todavía hacerse fuerte al amparo del castillo, tenido hasta entonces por inexpugnable; y mientras se ejecutaban sus órdenes, reunió en consejo á todos los generales allí presentes.

Pero si triste y hasta vergonzosa resultaba la jornada de aquel día en el centro y la izquierda de la línea española, feliz y brillante aparecía en cambio en la derecha, donde el general Vives dió muestra elocuentísima de un mérito que le valió los mayores elogios de propios y extraños. «Aquella ala, con efecto, dice Fervel, no se había dejado arrollar, y el general que la mandaba, el valiente Vives, sostuvo hasta el fin, como el 12 floreal en el puente de Ceret, el honor de las armas españolas».

El general Sauret abandonó su campo antes de amanecer,

y ya de día asomaba en una línea interpolada con su artillería volante paralelamente á la española de Vilaortoli. Si en un principio buscó el ser acometido para mejor batir á sus adversarios fuera del amparo de sus reductos, luego, y dejándose arrastrar del entusiasmo de su tropa, se dedicó á desmontar una de nuestras más importantes baterías. Y lo lograra, con efecto, si Vives, al ver algunas de sus piezas por tierra, no hubiese tomado la resolución de ser él quien acometiera la empresa de apoderarse de las que con tal acierto había emplazado á su frente el enemigo. El vizconde de Gand recibió en consecuencia la orden de avanzar con su legión de la Reina y algunas de las tropas españolas, haciéndolo con tal bravura que, á corto rato, la batería francesa quedaba en su poder, y cuantos la guardaban ó sostenían eran echados á la bayoneta de su excelente posición. No cesó, con todo, la lucha en aquella parte que los Franceses disputaron con singular entereza, hasta que, viéndose arrollados definitivamente, tuvieron que apelar al auxilio de sus columnas de los flancos. Entonces se generalizó el combate, acudiendo Vives, con las fuerzas también de sus alas, á completar la victoria del centro, que hubiera sido decisiva si en lo más encarnizado de la pelea no llegaran al general español la noticia de lo que sucedía en el resto de la línea y la orden de retirarse. Y como esa noticia y esa orden coincidían con las naturalmente contradictorias dirigidas á Sauret por Perignon, la retirada de Vives se hizo más y más difícil, perseguido por los que acababa de vencer y flanqueado por los que en su marcha sobre Figueras se habían extendido á su flanco izquierdo hasta Vilarnadal y Massarach, pueblo, este último, que los nuestros hallaron ya ocupado.

En la ignorancia de lo que pasaba en el campo de Figueras, Vives procuró establecerse en la sierrezuela de Malaveyna, posición que le permitía amenazar el flanco de los Franceses, procurarse una retirada segura á su cuartel

general y, en caso de apuro, á la plaza de Rosas; pero al saber el resultado del consejo de guerra que dejamos á nuestros generales celebrando y observar que las brigadas Motte y Víctor, una vez reunidas en Espolla, trataban de envolverle por Garriguellas, al E. de Malaveyna, tuvo que dirigirse al Fluviá, enviando á Rosas su artillería, que no podría conducir consigo por lo malo de los caminos de aquella costa.

Larga fué la jornada, ya que duró un día completo de pelear y de marcha, no poco de ese tiempo de noche y por terrenos ásperos ó inundados; pero tampoco pudo ser más gloriosa, puesto que, al abandonar el campo de batalla donde tan ejecutivamente habían vencido á sus adversarios, las tropas españolas se retiraron sin dejarles una pieza de artillería ni pedazo alguno de su honor militar, tan hecho jirones en el resto de la línea. Loor, pues, eterno á esas tropas, al hábil y enérgico general Vives que las mandaba, y á sus tenientes Taranco, conde de Saint-Hilaire y vizconde de Gand, que con tal decisión le secundaron en sus sabias y afortunadas maniobras.

¿Qué había pasado, entretanto, en Figueras y sus inmediaciones?

Nueva retirada de los Españoles.

En el consejo que se celebraba en casa del Alcalde de aquella populosa villa, se planteó el arduo problema de lo que debía hacerse en tan críticas y terribles circunstancias como las en que se veía envuelto el ejército. Tres eran los acuerdos que se podían tomar; el de establecer el campo al pie del castillo de San Fernando en las posiciones de Aviñonet, Sierrablanca y Sierra Mitchana, donde, reorganizado el ejército y llamando á Vives, cabría presentar de nuevo batalla al enemigo; retirarse á Báscara, punto á cubierto de otro ataque por el curso del Fluviá, ya crecido en aquella estación; y, por fin, acogerse á la plaza de Gerona, evitando así el campamento de las tropas que acababan de perder todo el

material de tiendas y demás necesario para él. El general Morla hizo ver el pro y el contra de esos tres proyectos, por el último de los cuales se pronunció el consejo, á pesar de los escrúpulos que el valor y la delicadeza del marqués de las Amarillas opuso para una determinación en que creía quedar lastimado su honor como general en jefe, aunque interino, que era desde la muerte del conde de la Unión.

Aquella resolución era, sin embargo, la única ya posible; porque al terminar el consejo, los generales se hallaron puede decirse que solos en Figueras, pues que con la noticia de que los Franceses habían forzado las posiciones de Aviñonet y la Pedrera y la inmediatamente después recibida de que Courten, para evitar el ser cortado, se había puesto en retirada al Fluviá, no quedaron en la población sino algunos dispersos, atentos tan sólo á saquear las tiendas abandonadas por sus dueños.

Afortunadamente el general Izquierdo conservaba á sus órdenes unos 3.000 infantes y gran parte de la caballería en el camino de Gerona, con lo que el cuartel general, Amarillas el último, pudo verificar su retirada, cubierta por los carabineros reales y sin que los Franceses trataran de perturbarla. La plaza de San Fernando quedaba con una guarnición que, por lo excesiva, quiso disminuir el general en jefe, sin lograrlo, empero, por la resistencia que á ello opuso el gobernador, y con víveres y municiones más que sobrados para una defensa, todo lo dilatada que quisieran sus presidiarios ó, por mejor decir, su jefe.

Perignon temió comprometer el éxito de tan gran jornada lanzando sus tropas, extenuadas de cansancio, entre una plaza que consideraba, y con razón, muy fuerte y la derecha española que veía retirarse casi intacta y en buen orden.

Capitulación de Figueras.

La campaña podía considerarse completamente perdida; pero faltaba al ejército español presenciar el espectáculo de una gran vergüenza, el de la ren-

dición de una fortaleza, virgen, es verdad, todavía de todo ataque, pero que desde entonces mereció el nombre que le han dado sus enemigos de *La Belle Inutile* [1].

La guarnición, que debía ser de 3 á 4.000 hombres, estaba compuesta en aquel triste caso de más de 9.000, todos bien armados y, según acabamos de decir, con recursos de material y víveres para mucho tiempo. Era su gobernador el brigadier D. Andrés de Torres, que mandaba á la vez los dragones de Sagunto, jefe no sin crédito hasta entonces en el ejército por sus servicios, en Tolón especialmente, y recomendado por su celo y probidad en la administración de su regimiento. No había dado, pues, motivo para desconfiar de él y menos para separarle de aquel gobierno que, aun cuando interino, desempeñaba de tiempo atrás y con la suma ya de cuantos datos en recursos y personal fueran necesarios para la defensa de una fortaleza que, por otra parte, no exigía grandes conocimientos por lo robusto, ya que no muy bien entendido, de sus obras.

Á rendirse, pues, el gobernador de una plaza de tales condiciones, á los ocho días de avistarla el enemigo y ante las amenazas que éste pudiera dirigirle, de uso común en tales casos, algo más debió contribuir que el miedo personal y la falta absoluta de toda idea de honor que presupone una entrega que, con razón sobrada, calificaba de *indecorosa, vil é ignominiosamente criminal* el Real Decreto que confirmó la sentencia dictada por el consejo de guerra de generales celebrado en Barcelona. La idea del abandono en que quedaba la plaza con la retirada á Gerona de un ejército que se consideró desmoralizado y casi disuelto, impotente por mucho tiempo para volver al socorro del castillo, pero más aún una verdadera y eficacísima obsesión

1 Con razón dice á este propósito el hoy general Chaby en su excelente libro ya citado: «Por inconcebible maneira, e con a admiração, e o espanto e o pezar do exercito alliado, o castello de San Fernando de Figueras foi entregue aos francezes, no dia 27 pelas sete horas de manhã.»

en derredor de la autoridad responsable, ya conmovida por sus preocupaciones y predispuesta por lo tanto á todo género de debilidades, fueron, á no dudarlo, las causas de acto tan cobarde como el á que se dejó llevar el brigadier Torres. La opinión, con efecto, acusaba á los otros tres oficiales condenados á muerte con el gobernador, de haberle ganado á sus indignos propósitos, ayudados de otro que parece debió su salvación al favor de que gozaba en Madrid por sus pérfidos manejos.

Sea de ello lo que quiera, lo tristemente cierto y lamentable es que las enérgicas intimaciones de Perignon habían impuesto de tal manera al gobernador y á muchos de los más obligados á fortificar los principios de honor en que aquél debiera inspirarse, que después de cartas, todas vergonzosas, dirigidas á obtener dilatorias del jefe enemigo, y de conferencias para conseguir de sus subordinados se hiciesen solidarios de la responsabilidad que pesaba sobre él, capituló el brigadier Torres antes de que los Franceses pusieran una sola pieza en batería contra el castillo [1].

Bastante se hizo esperar el castigo, pues que no se mandó formar el consejo de guerra hasta 1796 ni se aprobaron las sentencias hasta 1799; y aun así, fueron conmutadas las

1 Fervel comete en ese punto un crasísimo error, el de suponer que el coronel, comandante de artilleria de la fortaleza, D. Marcos Keating, se negara á firmar la capitulación y rompiese en la pared de la sala en que se deliberaba la pluma que se le puso en la mano. Precisamente por no rechazarla, como cree y repite después el historiador francés, fué condenado á muerte con el gobernador, con otro artillero, D. José Allende y el ingeniero D. Vicente Ortuzar. El que se negó á firmar y arrojó la pluma contra el muro, en el que no hace mucho se veía la mancha de tinta de que iba impregnada, fué el también artillero, coronel D. Joaquín Mendoza, declarado por el consejo de guerra acreedor á las gracias del Rey. Tiempo adelante, sin embargo, y hallándose en el sitio de Gerona, fué destituído del mando que ejercía por el pueblo, que le consideraba partidario de los Franceses, necesitando pedir el puesto de mayor peligro para acreditar su patriotismo, y muriendo en la batería de Sarracinas, en la que, no como soldado cual él pidió, sino como jefe de aquella comprometida posición le había establecido el general Álvarez.

«¡Tan mutable, decimos en otra parte, es el pueblo en sus entusiasmos y sus iras!»

de muerte por las de destierro perpetuo y dulcificadas varias otras. Hasta se habló por entonces de socorros enviados á los delincuentes, y todo por el favor de que gozaba alguno de ellos en la corte; porque no es de creer mediaran circunstancias, como dice Marcillac, que pusieran á cubierto de la entrega de San Fernando á su mal aconsejado gobernador, á no ser que en aquella frontera hubiese como en la de los Pirineos occidentales algún emisario oficioso, cual Zamora, que, para hacer la paz, opinase por dejarse vencer.

Sitio de Rosas.

Para lavar mancha tan negra se hacía necesaria por parte de los Españoles una hazaña muy brillante y ruidosa; y se encargó de ejecutarla entonces mismo la heroica guarnición de la plaza de Rosas. No la esperaba el general Perignon; y confiando sin duda en la entrega de fortaleza de tan medianas condiciones á los pocos días de su ataque, se dedicó á él en vez de proseguir la victoria hasta las puertas de Gerona. Es verdad que no fué suya toda la culpa; porque desde el día siguiente al de la ocupación del castillo de Figueras y de aquella tan feraz comarca del Ampurdán, se declaró en el ejército francés tal epidemia de indisciplina, que es necesario el testimonio de hombre tan formal como el representante Delbrel para concederla la importancia que merece. Oigamos á tan autorizado testigo en su despacho al Comité de París: «El robo, dice, el incendio, las violaciones, el asesinato, los excesos todos, en fin, de la indisciplina más desenfrenada, están como á la orden del día. No se ve sino objetos robados; las tiendas, las casas particulares son invadidas, las cosas más preciosas devastadas, rotas ó destruídas. Almacenes soberbios de granos y forraje son presa de las llamas; y el incendio se comunica á calles enteras, cuya traza queda señalada tan sólo por las ruinas. Y tenemos la pena de no poder atribuir tales desgracias á simples accidentes, porque se lleva la rabia de la destrucción hasta

la de dar fuego á los olivos cargados de fruto abundante y próximo á recolectarse. La violación, ese proceder infame que nos asemeja al bruto, se pone aquí también en práctica; y los viejos son estrangulados en sus hogares si no revelan inmediatamente, para satisfacer la impaciencia y la rapacidad de los saqueadores, el sitio donde éstos suponen debe haber algo oculto... Sería tarea muy larga la de relatar los detalles de los centinelas atropellados, las patrullas insultadas y amenazadas. En fin, los generales han venido varias veces á confesarme que renunciarían al mando si hubiere de continuar tal estado de cosas» [1].

Y no había lugar á remediarlo: la voz de los representantes de la Convención fué desoída, elocuente y todo hasta hacerse conmovedora por lo noble y patriótica, y se llegó al extremo de que desertaran de las filas del ejército francés hasta 8 ó 9.000 hombres, hartos de botín ó temiendo el castigo de sus bárbaras fechorías.

Entretanto la división Sauret, perdida la esperanza de romper á las tropas de Vives que se retiraban á su presencia, sin abandonarle, según dijimos, ni una pieza ni un herido, tomó la dirección de Rosas á que vió también encaminarse á algunos de los Españoles custodiando la artillería que aquel general, nuestro compatriota, había tenido la previsión de enviar allí por lo escabroso de los caminos que aún iba á recorrer para incorporarse al cuartel general en la margen del Fluviá ó en Gerona. Sauret asomaba, así, al golfo de Rosas el día siguiente al de la batalla del 20 de Noviembre con las cuatro brigadas de su mando, y el 24 terminaba el cerco de la plaza y hasta rompía el fuego sobre ella con nueve obuses desde una posición avanzada de la Garriga para apoyar las intimaciones que había diri-

1 Ya lo hemos dicho: Ricardos «en vez de exigir las contribuciones de costumbre á los vencidos (el año anterior en el Rosellón) los aliviaba, por el contrario, en su desgracia, distribuyendo el pan gratis ó á vil precio á los pobres de aquel país.»

Es perfectamente inútil entrar ahora en comparaciones.

gido antes al gobernador. Éste las contestó en términos tan blandos como el de Figueras; pero habiendo tenido en medio de eso la prudencia de tomarse el tiempo de consultar al general en jefe, lo dió para que se le relevase por D. Domingo Izquierdo, á quien hemos visto en Tolón obteniendo los empleos de brigadier y mariscal de campo por sus eminentes servicios. Ya los tenía acreditados, aunque con grado inferior, en Gibraltar y Orán, en la campaña misma que estaba terminando, y á las órdenes de Courten se había hecho notar por su energía y actividad, cualidades que le valieron fuese elegido para una misión en que, revelándolas de nuevo, dejase bien puesto el honor de las armas españolas y vengara la vergüenza de Figueras.

Y, con efecto, pronto comprendieron los Franceses que para hacerse dueños de la plaza de Rosas necesitaban algo más que amenazar: que les sería preciso atacarla por procedimientos más ejecutivos y eficaces. Hasta cuatro fueron los ensayados, cada uno más violento que el anterior, según iban sus autores viendo que fracasaban ante la resistencia cada vez más tenaz y la actitud cada día más imponente de la que, no hacía mucho, consideraban, su general en feje el primero, una bicoca que se entregaría inmediatamente de embestida.

Consistían las fortificaciones de Rosas en un atrincheramiento que resguardaba de un rebato la población, apoyado hacia su extremo oriental en un reducto de campaña y en el opuesto por la llamada ciudadela, que es la que realmente les da el carácter y la importancia de una plaza de guerra, siquier de tercero ó cuarto orden. Esa obra, construída á mediados del siglo XVI por el ingeniero Pizano, tenía la forma de un pentágono abaluartado con muros bastante altos; foso, aunque no profundo, bien revestido, y uno como segundo, pero flaco, recinto, en sustitución de trabajos exteriores, que son los que exigen más sacrificios

al sitiador en el período de las brechas y los asaltos. Hacia el cabo Nafeo, esto es, por la parte septentrional que cierra el tan hermoso y celebrado golfo, se elevaba un pequeño fuerte, conocido por nosotros con el nombre de la Trinidad y por los Franceses con el de Botón de Rosas, desde el que se domina el fondeadero próximo de la bahía, situado en lugar eminente y en forma de estrella, pero capaz tan sólo de ocho ó nueve piezas de grueso calibre, mirando casi todas al mar, objetivo casi único de sus fuegos.

Si el terreno en que se halla construído Rosas no es favorable al sitiador en su parte occidental por pantanoso, y en la oriental por lo áspero y hasta abrupto, ofrece por la del Norte espacio suficiente y muy propio para los primeros trabajos de sitio; y por allí asomaron, según ya hemos indicado, los Franceses de Sauret con la esperanza de una inmediata victoria.

De los cuatro proyectos á que antes hemos aludido, el primero se dirigía á con un bombardeo sobre la Trinidad, la ciudadela y la escuadra, imponer á ésta para que se retirase y á los fuertes para que se rindiesen. Treinta y cuatro piezas rompieron el fuego al amanecer del 10 de Diciembre y á presencia de Perignon, pero á pesar de mantenerlo vivo y sin descanso cinco días, no consiguieron sino resultados insignificantes que, en vez de aterrar, alentaron más y más á la guarnición de Rosas. El segundo plan ofrecía un carácter polémico con mayor regularidad que el anterior: se comenzó la noche del 16 al 17 del mes acabado de citar, construyendo una dilatadísima paralela, apoyada en su extremo occidental por una de las baterías ya hechas, la de la playa en el camino de Castellón, y amenazando en el opuesto el reducto ó fortín del atrincheramiento que resguardaba el caserío de la villa. La eficacia de las baterías levantadas á su abrigo, si sirvió para destruir las obras interiores, ninguna á prueba, incluso un polvorín, fué nula contra las de la fortificación exterior y

menos para imponer á los defensores. La artillería dirigida contra la Trinidad fué la que logró abrir una brecha practicable en la tapia de mampostería que cerraba la gola, pero cuando los Franceses iban á asaltarla, hallaron completamente evacuado el fuerte, sin uno solo de sus defensores, que se habían dirigido á la ciudadela en los botes de la escuadra que los esperaban en la orilla del mar. El temporal de aguas que se desencadenó á mediados de Diciembre, inundando los cuarteles del sitiador, que hubo de retirarse á terreno más elevado y distante; las salidas de la guarnición de la ciudadela, aunque rechazadas, y el disgusto de los Franceses, que llegó al punto de resistir el trabajo en las trincheras, limitaron sus ventajas á la de la toma de la villa, sin adelantar nada para la de la fortaleza [1].

Esto llevó á los sitiadores á la ejecución el 13 de Enero de 1795 de otro plan, el tercero, que consistía en atacar el frente de la ciudadela que da á la población, estableciendo baterías de rebote á vanguardia de la paralela y la de brecha, al pie del Puig-Rom, donde se habían plantado las dirigidas contra la Trinidad, ya ociosas, y caminar al asalto del rediente de la cara amenazada por el foso del atrincheramiento, ya conquistado, de la villa. La nieve, primero, helada á poco de caer, causando la retirada de los Franceses de sus nuevas obras con multitud de bajas, y el deshielo después, inundando de nuevo el campo, produjeron el desistimiento de todo trabajo regular y metódico de los que recomienda el arte de sitiar las plazas y la resolución, tomada en consejo de guerra presidido por Perignon,

1 Se ha querido suponer á la guarnición de Rosas desanimada en ese segundo período del sitio y hasta lo ha asegurado un marino para encomiar la conducta de Gravina, á quien dice deberse la continuación de la defensa; pero los mismos Franceses se han encargado de vindicar la buena memoria de nuestra tropa. Fervel estampa en su obra esta frase: «Los valientes soldados de Izquierdo no desmayaban, y aun cuando en aquellos 40 días hubiesen perdido algo de su confianza, la hubieran recobrado al vernos abandonar nuestro segundo plan para hacer el ensayo del tercero.»

de volver al primer proyecto, ahora cuarto, el de bombardear la ciudadela hasta convertirla en ruinas, de las que se esperó saldría el gobernador á entregarla, libre ya de todo escrúpulo de honor militar.

La guarnición, con efecto, sufría de los temporales tanto como el sitiador, viéndose sin más abrigo ya contra el agua, la nieve y el frío, que las ruinas, casi convertidas en polvo, de sus antiguos alojamientos; siendo, sin embargo, lo que más la fatigaba el servicio de la vigilancia que exigía su situación, puede decirse que desesperada. Ni siquiera podían los defensores acercarse de noche á las hogueras para no servir de blanco á la artillería enemiga; y teniendo que vivir al día y de una escuadra que los temporales podrían alejar en momentos dados, y con tantos enfermos, según confiesa un francés cronista del sitio, como eran ellos, su situación se haría insostenible á poco que aumentara el sitiador sus esfuerzos.

Y así fué; porque la ruina de la fortaleza se completó muy pronto con el fuego nunca interrumpido de hasta 93 piezas de artillería, todas de grueso calibre, que, según lo dispuesto en el Consejo, *vomitaron sobre la indomable ciudadela la destrucción y la muerte*. Aún resistieron los sitiados aquel nuevo huracán de hierro dos días con sus noches, hasta la del 2 de Febrero, en que su gobernador y Gravina decidieron abandonar aquel montón informe de escombros, tan heroicamente defendido durante dos meses y medio.

He aquí la forma en que se verificó la evacuación. Gravina hizo formar tres líneas á vanguardia de sus navíos y buques mayores; la primera, de botes y lanchas, en la orilla para recoger la guarnición del fuerte; la segunda, de lanchones y jabeques mallorquines, más atrás; y la tercera, de bergantines y jabeques mayores, más cerca aún de la escuadra, á la que iría sucesivamente pasando la tropa. Sin una falsa alarma, promovida entre los últimos que se embarcaban, no hubiera quedado un español en tierra; pero,

de todos modos, sólo un corto destacamento resultó prisionero al penetrar los Franceses la mañana siguiente en la ciudadela.

Aquí podemos dar por terminada la campaña de 1794 en los Pirineos orientales. Fué no sólo perdida en ella nuestra conquista del año anterior en el Rosellón, que tanto honor hizo á las tropas españolas y especialmente á su general en jefe, sino que, por el contrario, se vió hollado el patrio suelo por un enemigo que, herido antes en su orgullo de raza y militar, extremó la victoria hasta deshonrarla con todo género de atropellos y violencias. Venció, es verdad, por efecto de lo numeroso de su ejército y la disciplina de sus jefes, contrapuesta á la discordia entre los nuestros, pero sin sacar todo el fruto que era de temer de su triunfo, deteniéndose al principio para reconquistar las plazas marítimas y la de Bellegarde en su propio territorio, y sin atreverse á avanzar al Fluviá, aun después de puesto tan inesperadamente en sus manos el importantísimo castillo de San Fernando de Figueras.

Ninguna base más sólida para proseguir las operaciones que la de aquella gran fortaleza, y, sin embargo, Perignon no se decidió á avanzar sin antes apoderarse también de Rosas, con lo que, en vez de completar, como debía, la derrota y desorganización de nuestro ejército, le dió tiempo para rehacerse en Gerona y sus inmediaciones. Porque el general Urrutia, llamado de la frontera de Navarra para mandar el ejército de Cataluña con O'Farril, por Quartel Maestre, y el marqués de la Romana para ponerse á la cabeza de una división, se adelantó inmediatamente después de su llegada á la línea del Fluviá, estableciendo su centro en San Esteban, la izquierda en Bañolas y la derecha en Garrigolas, con orden ambas alas de extender sus reconocimientos hasta Castellfollit por un lado, y La Escala y el mar por el otro. La vanguardia ocupó el Coll de Orriols, y tan sólidamente, que sus avanzadas se ade-

lantaban todos los días á combatir con las enemigas hasta Báscara y aún más allá del Fluviá, ya que, flaco el ejército francés con los destacamentos de divisiones enteras que iba mandando á reforzar el campo sitiador de Rosas, se había reconcentrado en derredor de Figueras. En ocasiones, tomó Urrutia la iniciativa para incomodar lo posible á los Franceses en su empresa de Rosas, ya enviando á Romana á insultar el cuerpo principal de Figueras, ya un grupo numeroso de miqueletes y somatenes que sorprendieron el parque de artillería que aquéllos tenían en Pla del Coto, junto al Pont de Molins, matando á algunos de los que lo guardaban y clavando varias de las piezas de que se componía.

Reservando, pues, nuestras más extensas observaciones para cuando hayamos dado á conocer la campaña de aquel año en todos sus teatros, vamos á dejar el de los Pirineos orientales y al ejército que allí la sustentaba con el recobro en Rosas del honor perdido en Figueras, y reorganizándose activamente para la del año siguiente.

CAPÍTULO IX

CAMPAÑA DE 1794 EN LOS PIRINEOS OCCIDENTALES

El ejército español.—El ejército francés.—Expedición de Caro á Valcarlos.—Su situación.—Combate del 23 de Junio —Dimisión de Caro.—El conde de Colomera.—Acción de Arquinzun.—Invasión del Baztán.—Pérdida de Fuenterrabía.—La de San Sebastián.—El representante Pinet.—El pueblo guipuzcoano.—Acción de Tolosa.—Operaciones de Moncey.—Invasión de Navarra.—Retirada general de los Franceses.—Fin de la campaña.—Consideraciones generales.

Por más que el general Caro conociese perfectamente las condiciones del ejército que había regido en la campaña anterior y del que sólo una corta ausencia le tuvo separado, la indispensable para las conferencias á que antes aludimos, celebradas en Madrid, aún tenía que detenerse á revistarlo, atender á su reorganización con nuevos recursos que pudiera allegar y á su establecimiento también en los puestos que creyese más convenientes según los distintos que hallara ocupando al enemigo. Habíansele prometido refuerzos suficientes para mantener con honra la futura campaña, de los que proporcionara la tan decantada quinta de 40.000 hombres, que parecían deberse multiplicar indefinidamente según iban ofreciéndose por el gobierno á los generales que mandaban en la frontera,

como sobrados casi para la misión, en unos ofensiva y en otros de mera defensa, que se les había encomendado. Llegaban efectivamente algunos á sus respectivos campos; pero lo hacían en fracciones tan diminutas y en tal estado respecto á su vestuario, armamento é instrucción, que bien se observaba no servirían para nada que pudiera asemejarse á una función de guerra. Esto no había de escaparse al talento y la experiencia de Caro; así es que desde el día de su llegada al ejército comenzó á reclamar del gobierno el cumplimiento de las ofertas que se le habían hecho, y de las autoridades de las provincias en que iba á operar el auxilio que él consideraba tenían obligación de prestarle en tan apremiantes y solemnes circunstancias.

El ministro de la Guerra, mejor dicho, Godoy, puesto que nada se hacía sin su consulta y asenso, no le proporcionaba ó no podía enviarle esos refuerzos, y las juntas forales de las Provincias Vascongadas se resistían á concederle más de los que ya habían puesto á su disposición.

El año anterior operaron en la frontera y en unión con el ejército, aunque alternativamente, tres tercios guipuzcoanos, á los que después se agregó un batallón de voluntarios de la misma provincia, que tuvo la fortuna de distinguirse en la acción del 5 de Febrero atacando la batería francesa de Tellatueta, frente á Irún, mandado por sus comandantes, los después tan célebres generales Areizaga y Mendizábal. Pero en la primavera de 1794 la desproporción de fuerzas entre los beligerantes obligaba á Caro á solicitar de Guipúzcoa y Vizcaya nuevos sacrificios, difíciles de hacer, en verdad, por pueblos tan escasos de vecindario y que, por otra parte, se consideraban por sus fueros exentos de las cargas y sobre todo de la forma en que se exigían á los demás de la monarquía española [1]. La nece-

1 Además de los tercios y del batallón de voluntarios que formaban un total de cerca de 6.00 hombres, y de la que pudiéramos llamar su reserva, compuesta de los naturales de Guipúzcoa, armados, al decir del Fuero, *padre por hijo*, se

sidad en aquel general, que ya andaba á las manos con los Franceses, y la prevención con que Godoy veía los fueros, atizada, según haremos luego observar, por agentes oficiosos que tenía en aquella frontera, produjeron los rozamientos que acabarían por abrir un abismo entre algunos de los prohombres de aquella tierra y el gobierno de Madrid, con descrédito lamentable para todos y deservicio de la nación.

Vizcaya envió alguna gente, solicitada también por Caro; pero las tres provincias reunidas nunca podrían mandar la que aquel general necesitaba si había de poner el ejército en disposición de hacer frente con éxito al francés que cubría la frontera. Todo cuanto logró juntar no pasaba de unos 20.000 hombres de todas armas, dispersos muchos en línea tan dilatada, por más que Caro procuró tener siempre á la mano y reconcentrada fuerza capaz de emprender ó de resistir una acción general de alguna importancia. El hombre que tenía y proclamaba por axioma el sabio y conocido de que *vale más poca fuerza bien disciplinada que mucha sin esta cualidad,* se encontró al comenzar la campaña de 1794 con muy poca para las atenciones que estaba llamado á cubrir, y ésa, en gran parte, mal armada y sin la instrucción apetecible.

De modo que todo el aumento que tuvo el ejército para la nueva campaña consistió en dos batallones que le fueron enviados de Aragón, organizados apenas, y más tarde el de algunos voluntarios navarros que mandó Colomera [1].

ordenó, sin atender á ese Fuero, diese la provincia 555 hombres como cupo de la quinta general. Pero lo que más disgustó á los Guipuzcoanos fué la orden para que algunos de los recién llegados del interior de la Península ingresaran en su batallón, mezclándose con los voluntarios que lo componían.

1 No los Españoles, á quienes puede considerarse interesados en que aparezca menor su fuerza, sino algunos de los Franceses convienen en la superioridad numérica de la suya en aquella campaña. Y si no, véase lo que dice Beaulac refiriéndose á un día poco posterior al en que nos estamos ocupando.

«El ejército español, de 30.000 hombres al principio de la guerra, había sido mal reclutado y no tenía en el mes de Thermidor (Julio) 20.000 combatientes efectivos, distribuídos en un espacio de cerca de 40 leguas. Las masas de aldeanos, mal armados, sin orden ni disciplina, no podían reemplazar el enor-

El ejército francés.

El ejército francés, por el contrario, había recibido considerables refuerzos. Además de los muchos *conscriptos* que le llegaban diariamente procedentes del armamento general y, según dijimos en el capítulo VII, se organizaban é instruían en los cuarteles próximos, se le incorporaron hasta 15 batallones enviados desde La Vendée, el alzamiento de cuya provincia parecía por entonces dominado. Puede sin exageración calcularse en 60.000 el número de los soldados de todas armas que iban á tomar parte en la futura y ya próxima invasión de España.

La acción del 5 de Febrero había puesto en alarma las posiciones francesas, y el general Frégeville, que mandaba las próximas á Irún, las proporcionó aumentos considerables en sus obras de fortificación, guarniciones y armamento, más que suficientes para su defensa; haciendo además ejercer en toda su línea una vigilancia que, por lo exquisita, contribuyó no poco á la tranquilidad que pudo observarse en el resto del invierno, impuesta también por la ausencia de Caro. Es verdad que la paz de los campamentos suele entrañar la lucha sorda, pero no poco violenta, de las ambiciones personales de quienes los ocupan; y en los Franceses del Bidasoa ó Bayona se recrudeció esa lucha entre los representantes del pueblo, los generales y jefes del ejército, los aduladores ó favoritos de unos y otros. Al comprender, sin embargo, por la aproximación de la primavera que se romperían muy pronto las hostilidades con los Españoles, se restableció la concordia, aunque después de haber vencido los emisarios de la Convención que, á vuelta de destituciones y relevos, dispusieron de los destinos

me vacío causado en las tropas de línea.» Y añade en seguida: «Esos aldeanos carecían, por otra parte, de valor, y á las primeras descargas se les veía huir espantados.»

Eso no es exacto, aun cuando, como de gente voluntaria, se podría decir de ella lo mismo que los generales de la Revolución escribían de sus voluntarios y de la *Réquisition, les carmagnoles,* como les llamaba Saint-Just. Los Vascongados españoles se batieron casi siempre como si fueran soldados veteranos.

superiores del ejército según su voluntad ó capricho. Así, entre otros, se vió destituído el general Dubouquet, á quien relevó Delalain, cuyo puesto ocupaba pocos días después el general Mauco.

También las posiciones del interior recibieron aumento en sus obras defensivas y guarniciones, y se formaron además nuevos campos como el de Menta, por ejemplo, dominando la aldea de Sare, y otros más, desde los cuales se proyectaba penetrar en nuestro país y destruir los principales establecimientos militares y fabriles que teníamos cerca de la frontera.

Expedición de Caro á Valcarlos.

Tal era la situación de los beligerantes cuando el general Caro volvió á tomar el mando del ejército, si sintiendo la falta de recursos para mantener la campaña, ofrecidos por Godoy, no por el ministro de la Guerra, más sincero y leal, resignándose á hacer todo género de esfuerzos antes de presentar la dimisión de su cargo, no pocas veces anunciada al favorito durante su estancia en la corte. Consecuente con su sistema de agresiones continuas sobre el territorio enemigo, quiso, no sólo escarmentar los rebatos que los Franceses verificaban sobre nuestros pueblos fronterizos, sino castigarlos rudamente con una acción enérgica que los contuviera por algún tiempo. Y combinándola con la del marqués de Saint-Simon, que con sus emigrados cubría á Eugui desde el límite meridional de los Alduides, apoyado en su flanco izquierdo por las fuerzas del Baztán, Caro, desde Burguete y Roncesvalles, se dirigió en los últimos días de Abril á Saint-Michel, posición muy próxima á Saint-Jean-Pied de Port, desde la que protegería todos los movimientos que el general Masdeu emprendiese sobre Arnegui y el conde de la Cañada Ibáñez, desde Orbaiceta, sobre la frontera que tenía delante.

La operación resultó como se la había propuesto Caro. Su objeto era hacer un gran escarmiento en un territorio

del que todos los días salían expediciones contra el nuestro para quemar ó arrasar las propiedades de mayor precio; y el conde de la Cañada entró muy adentro de Francia. Masdeu ocupó y después incendió los pueblos de Arnegui y Anderola, retirándose luego todos con su general en jefe, que los fué protegiendo de las reacciones de los republicanos en el mejor orden y con bajas insignificantes. No así el conde de Saint-Simon, que desembocando la noche del 26 en Alduides y después de arrollar los puestos franceses hasta los de Irameñaca y Arola, donde halló concentrada una gran fuerza enemiga de los por él batidos y de los fugitivos de Arnegui, hubo de retirarse, pero no sin que, cortado y flanqueado por el después general Harispe, tan popular entre los Vascos franceses, experimentase un número considerable de bajas en sus valientes legionarios [1].

Pasaron de 400 las casas y granjas quemadas, castigo rudo, pero justo, que restableció la calma en la frontera por algún tiempo; pues aun cuando un mes después quiso el general Mauco vengarlo en Irati, se volvieron sus tropas sin obtener otro resultado que el de haber sido rechazadas, con pérdida de sus ilusiones, con la más grave de mucha de su gente y la del jefe de la expedición Dupeyrous [2].

Su situación. Pero esa calma era, como si dijéramos, el momento de reposo y de preparación para la grande y decisi-

1 Ese número ascendió al de 80 próximamente, más el de 17 que, hechos prisioneros, fueron entregados pocos días después á la guillotina con que la Revolución premiaba á los que mantenían la causa de la monarquía, aun cuando fuera, no en los centros de conspiración, sino en los campos de batalla. Caro, por el contrario, puso en libertad á los muchos prisioneros que hizo en aquella expedición.

2 He aquí una prueba de cómo escriben los historiadores franceses al referirse á sus reveses. Dice Beaulac (los autores de «Victorias y Conquistas» se lo callan prudentemente) que los 1.500 expedicionarios de Irati llevaban dos piezas pequeñas; pero que careciendo de instrumentos para derribar las puertas de la desde antes famosa *maison crénelée* no pudieron forzarla. Entonces ¿para qué las piezas? Y debieron hacer uso de ellas, porque el techo comenzó á arder, aunque, según ellos, se apagó el incendio por haber cesado el viento que sin duda lo sostenía.

va jornada que se habían propuesto emprender los generales franceses en aquella frontera, estimulados por el éxito obtenido por sus camaradas de los Pirineos orientales.

La victoria sonreía con sus favores á la República en todas las fronteras, y sólo en la española se los negaba hasta entonces. Érale, de consiguiente, necesario y urgente hacer un esfuerzo para atraérselos, y no lo escasearía, enviando tropas y tropas de cuantas partes comprendiera poderlas sacar. El ejército, además, que allí peleaba, comprometido á no desmerecer del concepto de los demás, ardía en deseos de señalarse también, avergonzado de las repetidas intimaciones que la Convención dirigía á los generales, celosa de completar aquella serie de triunfos que en su sentir acabarían por dar á su gobierno la solidez que tan necesaria le era para ser reconocido y respetado por todas las potencias, enemigas ó neutrales hasta entonces. Bien observada la frontera, no podían escaparse á la penetración de Caro los síntomas precursores de una irrupción en el territorio español que él mandaba, irrupción que las tropas de su mando no se hallarían en estado de impedir por lo corto de su número principalmente. Ya en Madrid, lo hemos dicho varias veces, había hecho ver eso y solicitado refuerzos con toda premura y el mayor empeño, augurando, si no se le daban, un resultado funesto y ofreciendo su dimisión para no sentirlo y menos presenciarlo. Sólo á fuerza de promesas de esos refuerzos y de todo género de recursos para desvanecer sus temores, hechos por Godoy pero no confirmados, según ya dijimos, por Campo Alange, se había resignado á volver al ejército, en el cual pronto pudo convencerse de que las tales ofertas eran lazos que el favorito le tendía para vencer sus escrúpulos.

Una vez en la frontera y viéndose engañado, procuró sacar recursos del mismo país en que operaba, y se dirigió, también lo hemos dicho, á las diputaciones forales de las Provincias Vascongadas, exigiéndoles lo que consideraba

él como cumplimiento de los deberes que les imponían sus propias leyes en las excepcionales circunstancias en que se hallaban.

Si contáramos con mayor espacio que el propio de una historia general, podríamos con la correspondencia de Caro y la diputación de Guipúzcoa á la mano discutir y juzgar la conducta de aquella provincia que, sin los accidentes después que la afectaron, más por la de sus mandatarios que por la de sus naturales, podría muy bien defenderse, ya que por su exigua población y su pobreza estaba incapaz de resistir el huracán de que se veía amenazada y que iba á descargar muy pronto sobre ella. Tenía Guipúzcoa 6.000 hombres próximamente sobre las armas y las que pudiéramos llamar sus reservas, dispuestas á concentrarse en algunas de las poblaciones más importantes próximas á la frontera para el caso de que fuese invadido el país; había nombrado por jefe ó coronel de todas esas fuerzas, aunque no llegaron á ponerse á su frente, dos de sus más autorizados representantes, los marqueses de Valmediano y Santa Cruz; hizo preparativos además respecto á armamento y fortificaciones que revelaban la voluntad de defenderse; pero la prevención que abrigaba el general Caro respecto á aquellas provincias, el mantenimiento de cuyas exenciones tomaba por despego á la causa de la nación, y la que mostraba el gobierno, su primer ministro particularmente, que creía descargarse de la inmensa responsabilidad que el ejército y los generales debían hacer pesar sobre él con echarla sobre las autoridades forales, creó una tirantez de relaciones muy perjudicial entre todos. Y sucedió lo que á los conejos de la fábula, que, entre sí tocaba á unos ó á otros defender la frontera, la asaltaron los Franceses, que así pudieron aprovecharse de la flaqueza de fuerzas en que se hallaba el ejército y de la indeferencia con que los vieron llegar á las puertas de sus casas y fortalezas los malaconsejados prohombres de Guipúzcoa.

Caro, sin embargo, previendo la posición tristísima en que iba á encontrarse y sin dejar día en que no comunicara sus temores y quejas al gobierno, quiso hacer un esfuerzo, con el cual, si no alcanzaba á detener la invasión, que bien veía era inevitable, dejase á salvo su propio honor y el de las tropas, ejecutando antes un movimiento ofensivo, tan propio de su carácter enérgico y de las convicciones militares que abrigaba. Y el 23 de Junio atacó todos los puestos enemigos fronteros al Bidasoa, desde el campo de Vera hasta la desembocadura de aquel río en el mar. La empresa era á todas luces temeraria pero hábil. El general Escalante asaltó con fortuna la posición de Mandale y así pudo llegar hasta el Calvario de Urrugne; Romana tomó las del Diamante y Montvert, á pesar de la obstinadísima resistencia que le opusieron los Franceses que las ocupaban; y la Croix des Bouquets cayó en poder del coronel Comesfort, apoyado en su izquierda por el general Gil y algunas lanchas cañoneras. Los republicanos, sorprendidos al pronto por tan imprevisto asalto, no tenían sino tocar *al arma* para obtener inmediatamente una superioridad numérica incontrarrestable; y así, á las pocas horas de comenzado el combate, los Españoles pensaron en retirarse á su línea que, por lo mismo de haber avanzado tanto, se hallaba ya muy comprometida. La jornada resultó muy gloriosa para nuestras tropas que, vencedoras y sin recibir aún refuerzo alguno sus enemigos, se habrían vuelto á sus campamentos conseguido el objeto que su general en jefe se había propuesto de hacer un alarde de audacia que contuviera á los más impacientes de los republicanos en sus proyectos de una invasión inmediata en España. Con decir que del campo de los *Sans-Culottes* se sacó un refuerzo muy numeroso; que el general Frégeville tuvo que cuidarse personalmente de recoger y reorganizar los distintos destacamentos que huían de los Españoles, y que el mismo Muller acudió al campo de batalla al frente de 6 ú 8.000

Combate del 23 de Junio.

hombres sacados de la línea de posiciones que ocupaba de San Juan de Luz al Bidasoa, se comprenderá que el movimiento ofensivo de Caro surtió todo el efecto que podía haberse deseado.

Dimision de Caro.

Á ese combate debe atribuirse que, en vez de admitírsele la dimisión que tantas veces había enviado á Madrid, se le llamara de nuevo para convencerle de que la retirara; pero ni las reflexiones de Godoy ni los ruegos del Rey lograron hacerle desistir de una resolución de que, en su concepto, dependía su honra militar [1].

El conde de Colomera.

Fué nombrado para sustituirle en el mando del ejército D. Martín Álvarez de Sotomayor, conde de Colomera, virrey, según ya dijimos, de Navarra, veterano de las guerras de Italia y asistente á las de Rusia con Polonia y Suecia, brigadier en la de Portugal de 1762 y teniente general en el sitio de Gibraltar, cuyos trabajos ejecutó hasta la llegada de Crillón, honrado, en fin, por tan largos y meritorios servicios con la gran cruz de Carlos III, primera de las concedidas á los generales, la llave de gentilhombre y el condado de Colomera, del nombre de una fortaleza conquistada por su octavo abuelo en las guerras de Granada. Era persona de grandes conocimientos militares, adquiridos con el estudio concienzudo que había hecho en las campañas ya citadas y en la escuela del ejército prusiano, cuya táctica principió á implantar en el nuestro al advenimiento de Carlos III al trono español. Ni su avanzada edad, ya de más de 70 años, puesto que había

1 En Abril y como para desagraviarle del olvido en que se le tenía, le fué concedida la gran cruz de Carlos III, al mismo tiempo que se recompensaba con la banda de María Luisa la sublime abnegación de su esposa y compañera inseparable en las expediciones más arriesgadas de la campaña.

He aquí el concepto que de Caro expresa un escritor que se hallaba en el campo francés. «No se pueden atribuir, dice, á Caro los talentos de un gran capitán; pero lo que demuestra que tenía más medios, habilidad y energía que cuantos generales le sucedieron en el mando, es que desde que lo dejó no pudo descubrirse en las tropas el vigor que antes habían hecho ver en diversas circunstancias.»

nacido en 1723, ni las heridas que recibió en Italia, nunca completamente curadas, y los achaques inherentes á tantos trabajos como los que había pasado, le impidieron, al aceptar el mando que ahora se le confiaba, el demostrar las fuerzas que atesoran el patriotismo y el amor propio de quien tales sacrificios llevaba hechos por uno y otro de esos nobles sentimientos.

Acción de Arquinzun.

Era, sin embargo, más aún que temeraria la lucha que iba á mantener, aumentando por días su fuerza los Franceses con los batallones que les llegaban de la Vendée y el Norte, todos aguerridos y metiendo en sus filas á los reclutas que se les agregaban para en ellas comunicarles su disciplina y solidez. No había, pues, que esperar de Colomera el mejoramiento de la situación militar de sus tropas en aquella raya: así es que tras de algunos choques, como los de hasta entonces, de poca importancia y de puesto á puesto que habían tenido lugar entre Franceses y Españoles desde la llegada de aquel general al ejército, no tardó en hacerse sentir uno así como nuncio de los proyectos ya decisivos del enemigo al considerarse con fuerzas suficientes para la invasión de nuestro territorio. Era dueño de las posiciones que ofrecen los Alduides sobre el Baztán, los collados principalmente de Berderitz é Izpegui, conquistados en los primeros días de Junio, y del de Maya, desde el que, como de los otros, se desciende en poco tiempo á la hoya donde se forma el Bidasoa, cuyas aguas bañán allí Errazu, Arizcun y Elizondo, puntos los más importantes de ella. Pero había uno, el de Arquinzun, inmediato á Berderitz, que aún servía de lazo de unión entre las posiciones ya indicadas del Baztán y las de Eugui y Burguete en el ala derecha de la línea española, y á él se dirigieron los Franceses para cortarla y, al hacerlo, amenazar también el valle de Zubiri hasta las inmediaciones de Pamplona. Mandaba en Arquinzun el marqués de Saint-Simon con sólo 1.600 hombres de su legión y del

regimiento de Zamora, que mal podrían resistir á más de 5.000 con que los atacó el ya general Moncey en la mañana del 10 de Julio. Y hubieran caído todos en poder de los Franceses con su valeroso jefe, á quien salvaron sus soldados cuando herido gravemente se hallaban ya aquellos junto á él, sin la precipitación en el ataque del puesto español, que no dió tiempo á Latour-d'Auvergne para acabar el movimiento envolvente de que se le encargó á la cabeza de 20 compañías de granaderos con que se había unido el día anterior á Moncey.

Desde aquella jornada quedaron los Franceses dueños de bajar cuando quisieran al Baztán y coger de flanco todas las posiciones ocupadas por los Españoles en la derecha del Bidasoa. Tal era, sin embargo, la parsimonia de que tantas pruebas llevaban dadas los Franceses en aquella campaña, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, que aún tardaron varios días en emprender la que habría necesariamente de resultar acción decisiva para la suerte de las armas de ambas naciones contendientes.

Invasión del Baztán.

El 25 de Julio, con efecto, después de 16 días empleados en todo género de preparativos y en inculcar á sus tenientes la idea y los procedimientos más oportunos para la invasión de nuestro territorio, el general Muller pasó á ejecutar la gran maniobra combinada que habría de facilitársela. Disponía de más de 57.000 hombres de todas armas para combatir á unos 20.000, de los que sólo 8.000 de tropas del ejército regular; y le era, por consiguiente, dable dividirlos en varias columnas que, no sólo amenazasen, sino que acometiesen con fuerza, más que sobrada, los puestos y campos guarnecidos por los Españoles en línea tan extensa como la que debían defender. Una concentración rápida de nuestros compatriotas sobre el punto más importante ó más amenazado de la frontera, podría equilibrar las fuerzas y neutralizar la acción de los enemigos en él; pero ¿cuál sería ese punto y cómo arries-

garse á desguarnecer los demás en el resto de la línea, por donde Muller haría penetrar inmediatamente las otras columnas, todas abocadas á los pasos que así quedarían completamente abiertos? Aun de ese modo, hubiérase hecho necesaria una victoria muy decisiva, difícil en aquellas montañas, para que resultaran envueltas esas columnas y se vieran en la necesidad de pronunciarse en una nueva retirada que las imposibilitara por mucho tiempo para repetir con mejor éxito su proyectada invasión. Esos arranques y el hacerlos con fortuna tocan á un hombre de guerra de genio verdaderamente excepcional y en teatros y en condiciones muy diferentes del en que operaba y con que podía contar el conde de Colomera, si valiente y experto, anciano y sin esperanza de verse secundado por nadie en las esferas del gobierno ni de un pueblo, cansado ya de una lucha de más de un año, devastadora y estéril.

El terreno más peligroso para la defensa de aquellos lugares fronterizos es el de los Alduides que, formando un entrante encumbradísimo y muy pronunciado, flanquea por su parte oriental todo Valcarlos, y por la occidental, según acabamos de decir, las posiciones del valle del Baztán; esto es, la línea del Bidasoa en toda su longitud. Por los Alduides, pues, asomaron las columnas de Moncey que, después de apoderarse de los collados de Berderitz é Izpegui, que habían vuelto á ocupar los nuestros en aquel espacio de los 16 días de inacción de los Franceses, las lanzó, en combinación unas de otras, sobre Errazu y Arizcun, donde hallaron alguna resistencia, vencida luego, más que con la artillería que á fuerza de brazo lograron les acompañase, con la amenaza de la división Laborde que, apoderado de Maya, descendió al Bidasoa en apoyo de sus camaradas de Moncey. Los Españoles tuvieron que retirarse á Elizondo y de allí á Santisteban, aunque con gran dificultad porque, coronado por los republicanos el monte Atchiola, que domina todo el camino, tuvieron que abrirse el largo

y difícil paso, que así se les disputaba, con la artillería y la *impedimenta* que es de suponer después de un año de posesión de todo aquel territorio [1].

Sabido el suceso, el general Dessein, que mandaba la columna francesa del centro, atacó los reductos de Commisari y Santa Bárbara, de los que se hizo dueño después de una porfiada resistencia que le opusieron las fuerzas que en ellos había hasta que, abrumadas por el número de los enemigos y consumidas sus municiones, se entregaron, costando no poco á un oficial francés salvar la vida á Cagigal que, por lo rubio de sus cabellos y dulce de su fisonomía, fué tomado por uno de los legitimistas que combatían en nuestro campo [2]. Ya no era posible mantener las posiciones de Vera y de Biriatou que, como las de todo el valle de Lerín, fueron evacuadas, retirándose la mayor parte de los Españoles hacia Irún, y la menor por el camino que de Donamaría conduce á la meseta de Navarra, para, á lo menos, cubrir desde lo alto de la cordillera las avenidas en aquella parte de la plaza de Pamplona.

Aún tardó algunos días en proseguir el ejército invasor su marcha victoriosa para concertar sin duda el gran movimiento que proyectaba sobre San Marcial con la división Frégeville que debía atacar de frente aquel formidable campo, centro de las operaciones de los Españoles. Y el día 2 de Agosto, con efecto, aparecieron las tropas de Moncey y Laborde en el monte Aya á retaguardia y dominando á San Marcial, mientras Frégeville y Dessein, cruzando el Bidasoa por encima de Behovia, cogían á su vez de flanco

1 Los autores de «Victorias y Conquistas, etc.» dicen á propósito del paso del puente de Santisteban: «La legión real de los Pirineos se dejó despedazar (hacher) cerca del puente del Bidasoa, y no lo cruzó ella misma sino cuando toda la artillería y los bagajes del ejército se pusieron en seguridad al otro lado del río.» En esto como en casi todo lo concerniente á aquella jornada, esos historiadores no hacen sino copiar á Marcillac.

2 En esa obra se dice también que el oficial que salvó á Cagigal fué el mismo general Dessein, lo cual hace ó quiere hacerse suponer que entró en los reductos á la cabeza de los asaltantes.

la posición española. Imposible la resistencia ante fuerzas tan numerosas y tan hábilmente dirigidas; los Españoles no la intentaron siquiera y, desfilando por la carretera de Oyarzun, lograron evitar el que los Franceses de Aya les cortasen la retirada, estableciéndose por lo pronto en Hernani, de donde podrían atender al sostenimiento de la próxima plaza de San Sebastián. Ya intentaron los republicanos interrumpir la marcha de los Españoles bajando á Oyarzun, pero se lo impidió nuestra retaguardia que, á pesar de haberse volado á su paso con estrépito horrible y gran estrago un depósito de pólvora, los contuvo con una sangre fría que valió á los varios regimientos que la componían un escudo de honor que se aplicó á sus banderas. Tampoco pudo sostener Colomera la posición de Hernani: las masas francesas que se iban presentando á su frente aumentaban sin cesar, y la noticia de la rendición de Fuenterrabía le hizo retroceder á Tolosa, punto de bifurcación de la carretera general y la de Navarra, estratégico y de importancia por consiguiente, pero que luego tendría también que abandonar para cubrirse con el Deva, siquier humilde y vadeable por todas partes.

Pérdida de Fuenterrabía.

¿Qué había pasado en Fuenterrabía y qué sucedió tres días después, el 4 de Agosto, en San Sebastián para que se entregaran al enemigo sin resistencia alguna? Porque si es verdad que Fuenterrabía llevaba de bombardeo desde el 25 de Julio, en que comenzaron las operaciones de la invasión de los Franceses, hasta el 1.º del mes siguiente, en que Laborde cruzó el Bidasoa, ese bombardeo era desde la orilla opuesta, ineficaz, por lo tanto, para la conquista de punto tan fuerte, morada de un pueblo orgulloso, y con justicia, de tantas otras agresiones más rudas quizás y tremebundas.

Un escritor guipuzcoano, D. Nicolás Soraluce, celoso como nadie por sacar á salvo el honor de su país en aquella catástrofe, incansable también en la tarea de buscar ex-

pedientes para lograrlo, no consiguió, sin embargo, en su obra acerca de los *Fueros* de aquella provincia, ofrecer á sus lectores un cuadro que pudiera satisfacerles por completo. Con decir que la guarnición de Fuenterrabía era de 2.000 hombres de tropa, además de la gente armada del pueblo, cree el Sr. Soraluce que la culpa de la rendición no podía ser de otro que del gobernador militar. Pero es el caso que aquella fuerza no pasaba de 600 ú 800 soldados, y esos formando los depósitos de diversos regimientos que operaban en el territorio inmediato, que es tanto como decir que carecían de las condiciones más necesarias para pelear cual era necesario en tales circunstancias [1]. Cómo el conde de Colomera había de inutilizar así 2.000 hombres cuando tanta falta le hacían en el ejército de operaciones?

La de San Sebastian.

Respecto á la entrega de San Sebastián, el Sr. Soraluce aduce razonamientos del todo opuestos. Allí no había las fuerzas de línea necesarias; reduciéndose á tres batallones, muy mermados de fuerza y, aun así, uno de ellos todo de quintos, los que debían defender la plaza y su castillo. Hubo más, según aquel historiador: la gran mayoría del paisanaje armada del pueblo y sus inmediaciones se negó á encerrarse en la plaza, alejándose de ella á la próximación de los enemigos.

La responsabilidad de la rendición de aquellos puntos recae, pues, gravísima en el pueblo como en los jefes militares; y, sin relevar á éstos de ella, puede exigirse también á las autoridades locales que, olvidando la gran parte de gloria adquirida en ocasiones anteriores, manifestaron en ésta un desánimo y una falta de patriotismo, poco dignos de la raza vasca y de que se han aprovechado para reba-

1 Esas cifras están sacadas de obras francesas que no dejarían de hacer resaltar el número de los defensores de una plaza á que, para darle mayor importancia, llaman *La Pucelle*, no con exactitud, pues que había ya capitulado en 1521 y 1719, aunque después de larga resistencia y muchas bajas.

jarla los enemigos ó envidiosos de sus peculiares instituciones. Lo que hay de verdad es que, aun haciendo Guipúzcoa esfuerzos para sostener aquella guerra, superiores á los medios con que podía contar en su pobreza y falta de población, lo largo de la contienda, los estragos sufridos por los pueblos de la frontera, los de que tenían que resentirse el comercio y la industria, no escasos allí, y el espectáculo de las últimas derrotas de nuestro ejército esparcieron el pánico en el país y, sobre todo, en sus autoridades, á las que sirvieron de pretexto, para mejor disimularlo, los rozamientos que habían tenido por más de un año con el general en jefe y el gobierno supremo, al exigir el cumplimiento riguroso de sus antiguas y venerandas franquicias.

No se habían descuidado los Franceses en fomentar el disgusto de los Guipuzcoanos por medio de emisarios, con la introducción de libros y proclamas y hasta con la propaganda de los mismos prisioneros que hacían nuestras tropas, á punto de mediar ofertas de un estado de independencia que los republicanos se apresuraron á negar tan pronto como obtuvieron el triunfo que con ellas buscaban. Los diputados que, después de abandonar á San Sebastián para establecer sus juntas en Hernani y Tolosa, se trasladaron, por fin, á Guetaria, debieron mecerse en la esperanza de fundar un gobierno independiente de España y Francia, una pequeña Suiza que sirviera de valla de separación entre las dos naciones por aquella parte de su frontera y hasta fortificara los lazos de su unión tan estrechos durante casi todo aquel siglo. Y lo prueban, por más que otra cosa digan escritores que así creen dar muestras de su patriotismo de vascongados, documentos que nunca podrá desmentir una crítica rigurosa y concienzudamente histórica. Las relaciones entre la junta de Guetaria y los representantes de la Convención, Pinet y Cavaignac, son conocidas; y ante la elocuencia de los datos que suministran, no hay sino reconocer que la provincia de Guipúzcoa tenía entonces á su

cabeza gentes que no supieron corresponder á la confianza ni inspirarse en el espíritu de sus administrados, que muy luego veremos que se reveló todo lo digno y patriótico que debía esperarse [1]. Porque desde los primeros días de la ocupación francesa se ve al pueblo de San Sebastián sometido á una dictadura tan violenta, que hace suponer, para honra de los habitantes, la repugnancia que inmediatamente comenzaron á sentir hacia sus dominadores, con el rubor también de su debilidad, tan encendido como el de los soldados de la guarnición al rendir las armas en la explanada del frente de la plaza. En unos y otros cabía una de esas resoluciones que antes y después se han hecho frecuentes en nuestro país, la de sobreponerse á la autoridad para sacar á salvo el honor de la nación: el estado de los ánimos, sin embargo, tal como lo acabamos de poner de manifiesto en los Guipuzcoanos, y la disciplina en las tropas produjeron aquel bochorno, sólo comparable con el que tardó poco en mancillar nuestras glorias en la fortaleza de San Fernando de Figueras.

El representante Pinet.

En San Sebastián organizó Pinet una *Comisión municipal y de vigilancia,* compuesta de algunos Franceses y otros Españoles, cuyos nombres no queremos recordar, ya que no desdeñaron la tarea de administrar á sus convecinos bajo la inspiración ó la férula del feroz procónsul y aun de recibir la gratificación que por entonces se daba á los ediles de su categoría en Francia. No debió aceptarla de grado el pueblo; porque, así en las disposicio-

1 Entre los papeles de la llamada «colección de Vargas Ponce», existente en la biblioteca de la Academia de la Historia, se encuentra el oficio de 6 Fructidor (23 de Agosto) de aquel año de 1794, suscrito por los representantes arriba citados, en que rechazan la pretensión de los prohombres de Guetaria para que se constituya Guipúzcoa *en República separada y sin que los Franceses traten de mezclarse para nada en sus asuntos; pero, aun si, obligándose á defenderla.* Por el contrario, Pinet les exigía juraran formar parte de la Francia en el concepto de que, de no hacerlo á las 24 horas, sería tratada la provincia como país conquistado, cosa con que no necesitaba ciertamente amenazarla porque no otra hizo desde la entrada de sus compatriotas en San Sebastián.

nes de los representantes franceses como en las actas de la *Comisión* puede observarse esa tendencia repulsiva del pueblo á obedecer preceptos que seguramente no estaban conformes con los fueros, de cuyo goce tanto se cuidaban pocos días antes frente al gobierno español y sus delegados. Se dictaron órdenes para la compra y venta en los mercados, el cambio de géneros y de moneda; se procedió á multas, embargos y confiscaciones; prohibióse la emigración, no sólo á las provincias y ciudades no conquistadas todavía sino hasta los lugares inmediatos y las casas de campo; se hizo presos á varios notables, de los que algunos eran diputados, entregándolos á las severidades del general Dessein, gobernador de la plaza; se despidió de sus conventos á los frailes y monjas enviando á todos á Bayona en calidad de rehenes, sellando, además, las iglesias para inmediatamente después saquearlas de sus alhajas y ornamentos; se vedó el uso de las capas y capotes con pretexto de un pequeño motín provocado por tantas arbitrariedades; y, á vuelta de fusilar algunos de sus promovedores, se alzó en la plaza la guillotina, compañera inseparable de los famosos comisarios de la Convención [1].

El pueblo guipuzcoano.

En fin, Guipúzcoa paró en ser tratada como país conquistado, y los tristemente célebres junteros de Guetaria, sorprendidos un día en su antes sacratísimo asilo foral, fueron llevados también en rehenes por el delito de pedir 24 horas para decidirse á prestar el juramenso de hacer á su provincia parte de la *una é indivisible República francesa*.

Los voluntarios de los tercios que tan valientemente se habían portado en la frontera, se retiraron con las tropas del ejército, si bien muchos yéndose á sus caseríos á espe-

1 Cuáles no serían los atropellos cometidos por los Franceses en Guipúzcoa para que un historiador de su nación diga: «Por orden de aquel comisario (Pinet), columnas móviles, mandadas por hombres tan feroces como él, recorrieron el país en distintas direcciones, esparciendo por doquiera el terror y la desolación.»

rar mejores tiempos, con las armas escondidas cuando no se veían obligados á entregarlas en la requisa general practicada por los Franceses en las comarcas que llegaron á ocupar en los primeros meses de la invasión. Y no tardarían mucho en empuñarlas de nuevo, porque el 1.º de Septiembre los prohombres de Guipúzcoa que se habían negado á ofrecer al invasor actos de sumisión y no querían tampoco sumarse con los malaconsejados de Guetaria, se congregaban en Mondragón bajo la presidencia del Alcalde Señor de Cénica y Vitoria para protestar de la conducta de aquéllos, declarando «que su ánimo y el de los pueblos sus constituyentes era el de dar á S. M. en aquella crítica situación, y sin embargo de hallarse descubierto enteramente el país, sin fortificaciones y sin tropa, las pruebas más relevantes del amor y fidelidad que habían heredado de sus mayores». En pocos días se concertaron todos los pueblos comarcanos, eligieron nuevos diputados generales, pusiéronse en comunicación con los de Vizcaya y Álava para que les ayudasen en la empresa de defenderse, así como con los generales para que les enviaran armas y municiones, y fueron juntando la gente de los tercios, antes dispersa y de la que se presentó un gran número con muchos de sus jefes y oficiales, que luego se pusieron á las órdenes del comandante D. Ignacio Boutiller, que fué enviado desde el ejército.

Así pudo salvarse la honra del solar guipuzcoano, no poco mancillada por la flojedad antipatriótica de unos cuantos, en quienes no se sabe qué censurar más, si la falta de corazón ó la sobra de ambiciones, si la escasez de entendimiento ó el hartazgo de presunción, cualidades todas que suelen abrigarse en los que se ha dado en llamar notabilidades de campanario, no siempre acordes con el pensamiento y los intereses de los pueblos que administran.

Acción de Tolosa.

Las tropas francesas, entretanto, se adelantaban por el país ocupando el 9 de Agosto la villa de Tolosa que Colomera hubo de cederles para cubrir, por

un lado, el camino de Pamplona desde Lecumberri, y la cuenca del Deva, por otro, y cerrar la carretera general de Castilla por Vergara y Vitoria. No lo hizo, con todo, sin oponer á los Franceses una resistencia que, si no podía ser afortunada vista la inferioridad numérica de las tropas españolas, dió muestra de que no había decaído en ellas su proverbial valor. El regimiento de Farnesio, acosado por los republicanos en su retirada por el camino de Navarra, les dió tal carga que, metiéndolos en Tolosa, los fué largo rato acuchillando por las calles hasta que, dejándolas sembradas de cadáveres, creyó deber seguir el movimiento del resto del ejército en su ascensión á la cordillera pirenaica inmediata [1]. Es aquel uno de los hechos que mayor gloria han proporcionado al regimiento de Farnesio, de historia ya tan preclara, á cuyo coronel, después de encargarle diese, en nombre del Rey, las gracias á las compañías del primer escuadrón (lo cual prueba que sólo uno cargó) por su brillante comportamiento, se le previno que «á su tiempo experimentaría los efectos de la real benignidad por el señalado servicio que, á su ejemplo, hizo su regimiento».

Colomera hizo tomar á sus tropas las posiciones más convenientes en las comarcas que ya hemos indicado, defensivas en alto grado para la misión que le restaba desempeñar en aquella última parte de la campaña, perdida y sin esperanza alguna de recobro. Porque á la vez que el ejército de su mando menguaba por días en los reveses que

1 En «Victorias y Conquistas»... se confiesa así: «El regimiento de caballería de Farnesio, que formaba la retaguardia de los fugitivos, observando que los Franceses no eran muchos y andaban dispersos por el campo, vuelve caras de repente, cae sobre ellos y los carga con tal furia que los obliga á, por su parte, refugiarse en Tolosa. Aquella población volvió por segunda vez en aquella jornada á ser teatro de carnicería. Los dos partidos se batían con encarnizamiento en las calles y quizás se hubieran visto los Franceses precisados á evacuarlas si «Frégeville, advertido del peligro, no se hubiera apresurado á enviar en su socorro un regimiento de húsares. El aspecto de aquel refuerzo bastó para que retrocediesen los jinetes españoles que hicieron su retirada en buen orden y sin ser perseguidos.»

venía sufriendo desde que tuvo que evacuar la línea de la frontera, aumentaba el de los enemigos, no sólo por el desahogo que le permitía el levantamiento de los grandes campos establecidos entre el Bidasoa y La Nive en el año anterior, sino con los refuerzos que le llegaban de todas partes. Se le estaban incorporando hasta 15 batallones, llevados de las orillas del Rhin y algunos de la que un compatriota suyo llama *célebre guarnición de Maguncia;* de modo que podía contar con 66 de ellos, 8 escuadrones y la correspondiente artillería, y considerarse como el ejército más numeroso que hasta entonces se hubiese visto en los Pirineos occidentales.

Operaciones de Moncey.

Aun así, Moncey, que por aquellos días relevó en el mando en jefe á Muller, á quien se le había hecho insoportable la tiranía de Pinet y Cavaignac, pensó en una campaña de previsión, temiendo, sin duda que, reforzado á su vez el ejército español, pudiera sorprenderle en la vasta línea que habría de cubrir desde Roncesvalles y otras comarcas más orientales todavía, hasta Tolosa y la desembocadura del Deva en el Cantábrico [1].

Pero no eran de esa opinión los representantes que, ensoberbecidos del triunfo que acababan de obtener y esperando con los considerables refuerzos que recibían superar cuantos obstáculos pudiera ofrecerles la resistencia española, se lisonjeaban ya de someter la región toda vasca hasta la margen del Ebro. Moncey tuvo que ceder y, situando parte de sus fuerzas en Tolosa é Iciar, procuró quebrantar el ánimo de los vizcaínos con dirigir desde su línea incesantes ataques á Deva, Ondárroa, Berriatua, Ermua y Eíbar, poblaciones de las que incendió algunas, saqueándolas á la vez como cuantas iglesias y santuarios encontraron sus tropas en aquella expedición, incluso el tan celebrado de

1 Poco después que Muller abandonaron el ejército aquellos sus encarnizados émulos, por haber cumplido el tiempo señalado á sus poderes por la Convención. Los sustituyeron Delcher, Bandot y Garrau.

Loyola. Esas incursiones *romancescas*, cual las llama un historiador francés, no podían conducir á resultado alguno verdaderamente militar, á la sumisión, sobre todo, del país, sino, por el contrario, á sublevarlo por completo contra sus autores; y no tardó en verse toda la línea de posiciones desde el mar hasta la de Campanzar, sobre Mondragón y Vergara, cubierta de los voluntarios vizcaínos y guipuzcoanos que, ayudados por algunas fuerzas del ejército, impidieron para en adelante el paso del Deva y la ocupación, ni aun el dominio, de sus puentes.

Invasión de Navarra.

Contribuyó no poco á esa inacción de los Franceses en Guipúzcoa la pequeña campaña que Moncey se propuso emprender en Navarra con el empeño de enseñorearse de la parte alta de la meseta, desde la que se flanquea y domina todo el territorio vascongado, y de la plaza de Pamplona, objetivo el más importante de todo invasor por los Pirineos occidentales. Con haberse peleado tanto en la campaña anterior sobre las cumbres más elevadas de la frontera, con extenderse por todo Guipúzcoa después de conquistar las dos únicas plazas de guerra destinadas á impedir el acceso á la provincia, el territorio navarro permanecía libre poniendo en peligro la invasión francesa desde que el conde de Colomera, retirándose de Tolosa, concentraba las fuerzas de su mando en derredor de la capital del antiguo reino pirenaico. La frontera misma, no sólo continuaba guarnecida como antes, sino que, aumentada la fuerza de sus principales puestos y sus más fáciles avenidas con las tropas que dijimos se habían retirado del Baztán hacia Donamaría, era una amenaza constante á los invasores sobre los puntos por donde habían verificado su entrada en España, su retaguardia, de consiguiente, y las comunicaciones que seguían. Y si en los Españoles era un error el mantenerse en una frontera ya rota y rebasada por la línea de invasión más importante, no era menor el de los Franceses al exponerse á que, aumentado,

como debía esperarse, el ejército enemigo, pudiera caer sobre sus establecimientos de Guipúzcoa y castigar rudamente su no bien asegurada conquista.

Moncey, por lo tanto, decidió una nueva invasión que, partiendo casi de los mismos lugares de donde había arrancado la de Guipúzcoa, despejase de enemigos la frontera navarra, le hiciera dueño de las fábricas militares junto á ella establecidas y pudiera encaminarle á su objetivo predilecto, la plaza de Pamplona. Para eso y siguiendo un plan detenidamente meditado, dirigió desde Elizondo al general Laborde sobre el puerto de Velate y Lanz, donde el 17 de Octubre se le reunía otra fuerte columna procedente de Santesteban que había cruzado la cordillera por Donamaría. El total de aquellas fuerzas, de más de 12.000 hombres, envolvía en su movimiento las posiciones de Eugui, Burguete y Roncesvalles, que fueron evacuadas por el general Filangieri para concentrarse á vanguardia de Pamplona. Al mismo tiempo otra nueva columna á las órdenes del general Marbot, la cual se había divido en tres al pasar la frontera, se dirigió por su izquierda sobre Ochagavia y por su derecha sobre la fundición de Orbaiceta, echando por delante á las tropas españolas que defendieron aquellos puestos con tenacidad pero que, como las de Filangieri, hubieron de tomar la dirección de la capital de Navarra, no sin que en su marcha retrógrada rechazaran alguna vez á los Franceses escarmentándolos duramente en sus continuos ataques.

Por este movimiento general de los Franceses, tan feliz como enérgico y hábil, toda la línea española de la frontera navarra se trasladó á una nueva entre Aoiz y Pamplona, que, continuando por Irurzun y Lecumberri, cubría aquella plaza y cuantas avenidas pudieran dirigir á los enemigos hacia ella. Pero en aquella combinación del general Moncey y para que no se dudase de su objeto, otra columna, mandada por el coronel Leferron, salió, anticipán-

dose á las demás, de Andoaín y, por Leiza y Gorriti, acometía el 16 de Octubre el puesto de Lecumberri que los Españoles evacuaron también á la vista de aquellas fuerzas y de otras que por Goizueta ganaban los Pirineos en su ayuda.

Por más que Moncey instara repetidamente porque, cesando en las operaciones ofensivas, se procurase al ejército el descanso que tanto necesitaba y la seguridad de sus cantones, venció de nuevo la tenacidad de los representantes, halagados con la esperanza de tomar á Pamplona y sentar luego sus reales en la orilla del Ebro. Tuvo, pues, el general que someterse y avanzar al frente de Pamplona cuando el duque de Osuna, á quien se habían unido todos los destacamentos de la frontera, felizmente escapados de las garras de los Franceses y burlando sus combinaciones, se dirigía desde Aoiz al cuartel general, establecido por Colomera en los muros de aquella plaza. Varios fueron los ataques con que los Franceses procuraron acercarse á ella; pero lo mismo los de Iroz y Zabaldica, el 15 de Noviembre, que los de Ilzos y los Berrios, el 24, y aun otros dirigidos contra Olave y Sorauren en los días sucesivos, les dieron por único resultado la convicción de que, en vez de la conquista de Pamplona y la derrota de nuestro ejército, verían muy pronto la del suyo si no se acogían á territorios sólidamente ocupados y en que pudieran rehacerse de las pérdidas que llevaban ya experimentadas.

Esa nueva invasión de los Franceses resultó, así, más aparatosa que útil; porque, después de todo, vió el general Moncey que, careciendo de medios suficientes para emprender el sitio de Pamplona, no obtenía otros resultados que el incendio de algunos pueblos y el convencimiento de que no podría por entonces mantenerse en un país, todo él sublevado y que no tardaría en reivindicar su independencia. Un historiador francés, recordando que el rey Francisco I, duque de Valois, en 1512, vió destruído su ejército en aquellos mismos sitios y por iguales causas, dice así:

«Por todos lados se dejaba sentir la necesidad de abandonar tan ásperas posiciones. Los caminos se hacían de día en día más impractibles, hallábanse los transportes destruídos y los soldados, extenuados por la falta frecuente de alimento y por las aguas corrosivas de las montañas, desnudos y miserables, iban en montón á parar á los hospitales.»

¿Se quiere una prueba mayor de la impotencia de los Franceses en su invasión de España y de cuán cara les hubiera salido de haber el gobierno español mirado con la atención que cumplía á sus deberes la defensa de nuestro territorio?

Retirada general de los Franceses.

Desde aquel momento y á pesar de una victoria obtenida por el general Frégeville que, desde Tolosa y en combinación con otras columnas que habían partido de Iciar y Guetaria, arrojó á los Españoles y al marqués de Rubí, que los mandaba, de Vergara y Azpeitia, Moncey dispuso una retirada general que, con el pretexto de los cuarteles de invierno, le pusiera en el de 1794 á 95 á cubierto de cualquier ataque que pudieran emprender las tropas del ejército español en Navarra y los voluntarios vizcaínos desde el Deva, guarnecido, según ya hemos dicho, fuertemente desde el mar á la villa de Mondragón, centro en aquellos días de la sublevación vascongada contra los Franceses.

El 29 de Noviembre y autorizado por la junta de Salvación que, al fin llegó á comprender la fuerza de las razones que no habían querido escuchar sus representantes en el ejército, emprendió éste su movimiento de retirada, estableciéndose las tropas del general Frégeville en Tolosa, con un gran campo atrincherado junto á San Sebastián; las de Marbot en Lesaca; las de Laborde en Elizondo y las de Mauco, por fin, en San Juan de Pie de Puerto y los Alduides [1]. Los Españoles no hicieron sino seguir el mo-

1 El campo de San Sebastián arrancaba por su derecha de la Concha y se apoyaba á la izquierda en el Urumea, extendiéndose por Lugariz, Fagola y

vimiento de los republicanos, estableciéndose en una línea paralela desde las posiciones de Orbaiceta y Eugui, que volvieron á ocupar en su ala derecha, las cumbres del Pirineo en Velate, Gorriti y Lecumberri, á la vista del Bidasoa y el Urumea, donde campaban sus enemigos resguardados con las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, y la serie de montañas que dominan el Oria en la izquierda, cubiertas por las fuerzas vascongadas de las tres provincias, disputándose la gloria de contribuir, todas á la par, al mantenimiento ó salvaguardia de sus propios territorios.

Así acabó en los Pirineos occidentales la campaña de 1794, si victoriosamente, como en los orientales, para los Franceses, con dificultades que no les permitieron sacar de ella todo el fruto que esperaban y era de temer de sus primeros triunfos en las márgenes del Bidasoa. Y no es que dejasen de procurárselo, pues habían concentrado en los dos extremos de la cordillera fronteriza de ambas naciones cuantos medios pudieran necesitar, abandonando el Pirineo central á su propia defensa, esto es, á la tranquilidad que le prometían la aspereza de sus montañas y la situación de nuestro ejército, solicitado de los de sus flancos de Cataluña y Navarra en las circunstancias en que se veían, harto más difíciles que las en que él se hallaba. Porque si los Franceses intentaron alguna irrupción en el territorio español, sólo había sido desde su abrigo predilecto de Arán, y sólo también por vía de diversión hacia el Urgel para ayudar á sus compatrio-

Fin de la campaña.

Mari-gómez-egui, junto al que pasa la carretera de Hernani, separando este caserío de Puyo, al que seguía la línea fortificada para encerrar el manantial de agua de que se surtía la ciudad. Se comenzaron á atrincherar también los altos de Oriamendi y Montevideo, que dominan todos los caminos allí existentes, y se aumentaron las obras del castillo de Hernani y puntos inmediatos para cortar completamente con sus fuegos la comunicación de Urnieta y Astigarraga, la principal, la única entonces de España con Francia.

¡Cuantas veces, paseando por esos sitios, hemos podido observar restos y traza de esas fortificaciones, no pocas de ellas, asiento de las que después han exigido las guerras civiles á que sirvieron de teatro aquellas provincias!

tas en la jornada, tan detenidamente descrita en el anterior capítulo, sobre la capital de aquella interesante comarca del alto Segre. Es evidente el vencimiento de nuestros compatriotas en aquel año, innegable desde que fué invadida la frontera y asegurada la conquista de una gran parte de la provincia de Guipúzcoa con la ocupación de las dos solas plazas que debieran servir para su defensa; pero todavía daba lugar, tal y tan trascendental como fué, á comparaciones con los de la coalición en las márgenes del Rhin, en que no llevarían la parte peor nuestras armas. Porque, con toda la fuerza de ejército tan poderoso como reunieron los Franceses frente á la línea española del Bidasoa y con todo el aparato de una invasión, cuyos primeros trances fueron nada menos que la que pudiéramos llamar la gran batalla del Baztán y San Marcial y la rendición de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, la impotencia de los invasores púsose de manifiesto en su detención ante la corriente humilde del Deva y su fracaso en el intento de apoderarse de Pamplona, induciéndolos, ó mejor dicho, obligándoles á retirarse en busca de abrigo y en espera de nuevos refuerzos para su enflaquecido y no poco desmoralizado ejército. Eso que el conde de Colomera no supo quizás aprovecharse de estos accidentes, del de Navarra particularmente, porque, como dice la historia más encomiástica de las guerras de los Franceses de 1789 á 1815, si aquel general «hubiera sabido reunir sus fuerzas en aquel punto (junto á Pamplona), hubiérale sido fácil obligar á sus enemigos á evacuar el valle del Baztán, y á consecuencia de esa maniobra, que le hiciera dueño de Vera y de Irún, habría cortado las tropas francesas que operaban hacia Vizcaya y Tolosa, comprometiendo singularmente su seguridad». Y añade á renglón seguido: «Los mismos Franceses reconocían más y más todas las desventajas de su posición.»

El sistema militar de Caro fué excelente mientras no

existiera la desproporción de fuerzas que después se observó entre los dos ejércitos; todavía se puso de manifiesto en la última acción dirigida por él, á fin de contener al enemigo en sus propósitos, ya transparentes, de tomar la ofensiva; pero cuando ya pudo verse que la invasión era inmediata y que no sería fácil contrarrestarla, el nuevo general en jefe debió acudir con toda preferencia al mantenimiento de las plazas de guerra que, de no entregarse, hubieran servido para la defensa del territorio en que asientan y para la reorganización de las tropas batidas en el Baztán y San Marcial. Es verdad que el país, por las razones que largamente hemos expuesto, no parecía inclinado á oponerse á la irrupción francesa; pero si se hubiera visto protegido por el ejército y á cubierto de ella por las plazas, cuyos gobernadores, apoyados en un fuerte presidio, se impusieran por su autoridad y carácter, los débiles se habrían reanimado, los descontentos sometido, y todos, vueltos á ideas más patrióticas, hubieran hecho otra vez más los sacrificios de otros tiempos. Un ejército no desmoralizado todavía y un pueblo protegido, además, por las montañas, casi inaccesibles en la guerra, que cubren la totalidad de la provincia de Guipúzcoa, sobraban en tal ocasión para detener la marcha de los Franceses, como habían sobrado en las dos invasiones de 1638 y 1719, para que ni Condé ni Berwick pasaran del campo de Fuenterrabía y de San Sebastián, dando lugar á una victoria en la primera de aquellas memorables jornadas y á la paralización de las operaciones en la segunda.

De todos modos, la campaña de 1794 en los Pirineos occidentales no pudo satisfacer á los Franceses, que esperaban de ella resultados muy otros y decisivos para la terminación de aquella guerra.

Consideraciones generales.

La campaña en su conjunto, y refiriéndonos ya á los dos extremos de la frontera, puesto que no hay para qué tomar en cuenta la región central, dió los

resultados que eran de esperar, vista la inferioridad de fuerzas por parte de los Españoles y, más aún, la muerte ó la ausencia de los generales que tanta gloria habían proporcionado á sus armas el año anterior de 1793. En los Pirineos orientales la estrella de España se había eclipsado al desaparecer Ricardos, como si quisiera vestir el luto de tan grande hombre; y, revés tras revés, todos fueron creciendo, según se sucedían, hasta parar en una desgracia completa por la discordia entre los generales que, antes sumisos, reconociendo la supremacía de aquél, se rebelaron contra el conde de la Unión, á quien negaban genio, servicios y respetabilidad [1]. Y, sin embargo, ¿quién hubiera sido el Josué que presumiese de parar aquella estrella á la altura en que la dejó el vencedor de Truillas, para que continuara luciendo brillante y favorable sobre el horizonte español?

Bien pudo observarse cuando, muerto Unión, hubo de pasar el mando del ejército á los que llevaban su representación por sus empleos, antigüedad y prestigio. Ni aceptarlo quisieron para poner remedio á un estado como el que ofrecían nuestras tropas en derredor de Figueras, donde, al abrigo de plaza tan formidable, cabía reorganizarlas aún y ofrecer al enemigo el doble obstáculo de un campo atrincherado, con sus comunicaciones á retaguardia completamente libres, y la seguridad de refuerzo tan importante como el de la división Vives, vencedora de los enemigos que tenía á su frente, y retirándose con un orden y en una actitud que formarán para siempre la gloria de tan valientes soldados y de su hábil general.

El país, por otra parte, no adolecía del desánimo, el cansancio y el deseo de terminar cuanto antes la guerra que, como á las tropas, le atribuye el P. Delbrel, tantas

1 «On eût dit, exclama Rosseeuw, que Ricardos avait emporté avec lui la fortune des armes espagnoles.»

veces citado en esta obra [1]. No: el mismo padre jesuíta nos recuerda rasgos de patriotismo hasta en seres los más abyectos de la sociedad española, que revelan que los hechos de despego hacia la causa monárquica, una entonces con la nacional, eran los excepcionales, no la regla general como él quiere suponer. Pero en Cataluña, además, no se inspiraba nadie sino en el sentimiento de la patria y en el de la indignación que causaban los atropellos cometidos por los Franceses en el Ampurdán, y las ofensas que inferían á su espíritu religioso y al de la independencia de sus hogares y conciencias. «La proximidad del peligro, dice D. Víctor Balaguer en su *Historia de Cataluña,* había puesto en alarma á todo el Principado que, como por encanto, se levantó en masa para oponerse á los Franceses, formándose en todas las cabezas de partido juntas de armamento y defensa. Los corregimientos de Barcelona, Villafranca, Lérida, Tortosa, Cervera, Tarragona, Manresa, Vich, Gerona y Mataró, se pusieron en armas y organizaron sus somatenes, que fueron á ponerse bajo las órdenes del general Urrutia.» Y no era necesario el testimonio del ilustre académico para comprender el estado de los ánimos en aquella provincia durante la guerra de la República, porque los mismos Franceses lo han reconocido, y recuerdan en la campaña de 1795 aquellos *soumatens* que, con sus

1 He aquí cómo pinta el estado de la nación en aquellos días: «España, dice, veía entonces á su cabeza un rey holgazán *(fainéant)*, una reina de traeres por lo menos muy ligeros y un ministro tan incapaz como inmoral. Se comprende, pues, que se cansara de defenderlos, y que al enemigo que venía á derrotarlos le considerase como un libertador. Se decía por Madrid en voz alta, si hemos de creer el parte de Zinoviev, embajador entonces de Rusia en aquella capital: *Ya es tiempo de que los Franceses vengan y echen de aquí á esos señores que no saben gobernarnos. No tienen que hacer sino venir y los recibiremos con alegría.*» Un poco fuerte, exagerado, es esto, como lo es el que las clases más elevadas de nuestra sociedad hicieran gala de vestir aquellas *camisoles* que llamaban *á la guillotine*, cintas de un rojo de sangre muy subido y corbatas con los colores revolucionarios, tan en boga entonces en París y toda Francia. Algo de eso debió verse como luego indicaremos; pero no en las proporciones y con el escándalo que aquí se supone.

curas á la cabeza y cantando las letanías, no los dejaban un momento en paz, hostilizándolos de día y de noche por cuantos lados de su línea ó acantonamiento hallaban vulnerables.

Dependía, pues, de la habilidad de nuestros generales el aprovechar elementos de tal valer en favor de la causa nacional, y es seguro que, no decimos el conde de la Unión, que se aferró á una línea muy fácil de flanquear y hasta de envolver pretendiendo hacer levantar el sitio de Bellegarde á través de un ejército mucho más numeroso que el suyo, sino su sucesor tenía en Figueras un campo formidable, al que hubiera tenido que llamar el enemigo todas sus tropas y dejar libre la plaza de Rosas, por donde se habrían podido envolver sus comunicaciones con Francia [1].

Á pesar de todo eso, los Franceses no se atrevieron á internarse en Cataluña, dejando así perderse el fruto que no podían menos de producirles la jornada del 20 de Noviembre y la conquista inesperada del castillo de Figueras, que les brindaba con nuevos y aun más decisivos triunfos, tales como los esperaban y los habían ofrecido á su gobierno desde las crestas del Pirineo. Por el contrario, no supieron cruzar victoriosos la corriente humilde del Fluviá, de donde al fin serían rechazados, para luego celebrar en Figueras una paz que, á su sentir, sólo debiera firmarse ante los muros de Barcelona ó quizás en Aragón.

Resultados no muy diferentes fueron, según ya hemos dicho, los obtenidos por los republicanos en los Pirineos occidentales. También allí faltó la dirección hábil que era

1 Maquiavelo en sus *décadas de Tito-Livio* dice: «Cuando viene á asaltaros un enemigo con fuerzas muy superiores en un terreno rodeado de montañas ¿debe ó no disputársele el paso? Es necesario hacerlo cuando no exista más que un solo tránsito en que podáis reunir y mantener fácilmente vuestras fuerzas: en caso distinto vale más salirle al encuentro ó esperarle en el interior del país. Así lo hicieron los Romanos dos veces á Aníbal: la primera dejándole pasar los Alpes, y la segunda permitiéndole el paso del Apenino.»

necesaria desde que D. Ventura Caro hubo de abandonar el mando del ejército español. Es innegable que la iniciativa de aquel general ilustre contenía á los Franceses en sus propósitos, ya de muy otras meditados, de invadir el territorio vasco-navarro: sus frecuentes agresiones al de la República, repetidas con singular insistencia y con una energía que debía llenarles de admiración, les retenía en su línea y los campamentos en que se apoyaba. Se disponían á verificar la gran combinación que les condujo al Baztán y San Marcial, y la expedición á Valcarlos y el ataque del 23 de Junio sobre Urrugne, sorprendiéndoles sin duda, paralizaba su acción por más de un mes, hasta asegurarse de la grandeza de sus medios y la pequeñez de los nuestros. La habilidad fué, por otra parte, á coincidir con aquella superioridad numérica y, lo que aun les favoreció más, con la presencia enfrente de un general que, lleno de valor, de experiencia y patriotismo, carecía, sin embargo, de los talentos militares de su antecesor. Las maniobras de Muller ó, por decir mejor, del general Moncey, obtuvieron el éxito que merecían ciertamente, decisivo para la invasión que, así, se vió coronada con una conquista tan inesperada como la de Figueras, la de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, y la que pudiéramos llamar correría feliz por casi todo Guipúzcoa, hasta las márgenes del Deva.

Pero allí, como en Navarra, sucedió lo que tan gráficamente explica Rosseeuw Saint-Hilaire: «que la Península ha sido siempre un cepo que se cierra sobre cuantos se aventuran á entrar en ella, y desde la de Roncesvalles hasta nuestros días, rara vez ha ofrecido fortuna á la invasión extranjera». Á la prudencia de Moncey y á la de la Junta de Salud pública, que dió oídos á sus insistentes reclamaciones contra la jactancia de los representantes de la Convención, debió la Francia el que sus ejércitos no sufrieran el bochorno de repasar del todo la frontera en

aquella misma campaña. «Se acercaba el invierno, añade el insigne historiador, algo más imparcial que Thiers y otros como éste, deslumbrados con las glorias de los soldados sus compatriotas, y el general francés (Moncey), á despecho de todos sus éxitos, obró prudentemente al dirigirse á tomar sus cuarteles de invierno á las puertas de la Francia, en San Juan de Pie de Puerto y el valle del Baztán.»

Esas frases de un historiador francés y de tal autoridad, nos ahorran todo género de observaciones y comentarios sobre la campaña de 1794. Si en el Norte habían conseguido los Franceses abrirse, como dice Thiers, el camino de las conquistas, obteniendo la Bélgica, la Holanda, el país comprendido entre el Mosa y el Rhin, el Palatinado y la línea de los Alpes mayores, en España, decimos nosotros, aun conquistadas Figueras, Rosas, Fuenterrabía y San Sebastián, sus ejércitos acababan por tomar posiciones de un carácter puramente defensivo y cerca de su frontera.

CAPÍTULO X

CAMPAÑA DE 1795

España en 1795.—Conspiraciones republicanas.—Aspiración á la paz.—El ejército y los voluntarios.—Operaciones en Cataluña.—En el alto Segre.—En el Fluviá.—Plan de Perignon.—El de la Convención.—Ataque de Sistella.—Acción del 6 de Mayo.—El general Urrutia.—Acción de Pontos.—El general Schérer.—Batalla del Fluviá.—Puigcerdá y Bellver.—En el país vasco-navarro.—Misión del marqués de Iranda.—Pasan los Franceses el Deva.—Acción de Irurzun.—Siguen las conferencias de Iranda.—Invasión en Álava y Vizcaya.—El consejero Zamora.—Acción de Ollaregui.—La de Miranda.—Tratado de Basilea.—Sus consecuencias.—Observaciones.

NTES de engolfarnos aún más en el Océano de tristezas que nos ha tocado en suerte recordar á los lectores de la presente historia, cúmplenos poner término al relato de la guerra que por espacio de tres años afligió á la nación española, noblemente empeñada en mantener incólumes la religión, el trono y su propia dignidad, amenazados ó heridos por la Revolución, el mayor enemigo que hasta entonces se hubiera presentado á combatir sentimientos é intereses tan caros á nuestros pueblos.

Habíase entibiado no poco el primer entusiasmo; sucediendo á la indignación que produjeran los atropellos cometidos con el soberano de la Francia y el establecimiento

de gobierno tan repulsivo como el de la República, la frialdad causada por el espectáculo que ofrecía la corte, la incuria de sus ministros y la esterilidad de los sacrificios hechos por la nación en las campañas precedentes. Pero, aun pudiéndose observar ese olvido del antiguo fervor por causa, en el concepto público, tan sagrada, el patriotismo ejercía aún su natural influjo en los ánimos, con la justa aspiración de que saliesen sin mancha el honor de pueblo, como el español, tan celoso de él y el de su ejército, sobre todo, comprometido en lucha tan porfiada y generosa. Á los reveses del verano pasado había sucedido una actitud bien enérgica por parte de nuestras tropas, puesta de manifiesto elocuentemente en los últimos sucesos de la campaña, al paralizar la acción, poco antes arrebatadora, de las francesas, lo mismo en una que en otra frontera, oriental y occidental; y veíaselas dispuestas á disputar reciamente el laurel de la nueva jornada á poco que las ayudasen la previsión y la energía de su gobierno.

Desgraciadamente no correspondía éste á tales esfuerzos ni á las necesidades de un estado militar y político, cuyos peligros á nadie que no fuese un Godoy podían ocultarse. Porque la campaña de 1794 en el Rhin y los Alpes, dando á los Franceses una superioridad incontestable sobre los coligados de aquellas partes, iba á permitirles reforzarse en nuestra frontera, donde tenían un interés particular en vencer, por haberse hecho ya manifiesto en alguno de los gobiernos del Norte el deseo de dar fin á guerra tan larga y devastadora. Habíase la discordia abierto paso en las filas de la Coalición aun antes de verse ahogado el *Terror* en la guillotina; dirigiendo sus miras la Rusia á terminar la conquista de Polonia, desengañada el Austria de poder sustentar la ocupación y dominio de los Países Bajos, y preparándose la Prusia, aunque recatadamente, á tratar con la Francia por sí sola y sin consideración á los lazos que la unían á las demás potencias para aquella contienda.

Sólo entre ellas se manifestaba consecuente la Gran Bretaña, buscando con el mayor empeño el mantenerlas unidas y el suscitar nuevos enemigos al secular suyo; pero ni le sería fácil conseguir aquel objeto ni menos el de aumentar su fuerza con otros elementos que los que ya observaba se iban haciendo cada día más insubsistentes y flacos. Pitt, el adversario más encarnizado de la Francia, era, aun así, el que más odiaban los emigrados por negarse á reconocer como Regente al primero de sus príncipes durante la cautividad del heredero del trono, rey ya proclamado por ellos, para no pasar por quererse inmiscuir en los negocios interiores de la República. Á tal punto habían hecho retroceder las cosas los triunfos de los revolucionarios, que ya participaban de esas ideas de no intervención el Austria y la Prusia, previendo los obstáculos que habrían de hallar para la paz de persistir en la guerra hasta la destrucción completa del gobierno que se había dado la Francia. Y si antes del 9 Thermidor sucedía eso, haciendo presentir el desquiciamiento de una alianza de cuya unión y consistencia era de esperar únicamente el éxito, ¿qué sería al aparecer en Francia un gobierno reparador y con ínfulas de, al vengar los atropellos del anterior, satisfacer las aspiraciones justas de la nación restableciendo la tranquilidad sin menoscabo de su gloria y del fruto de sus precedentes victorias? En sola España cifraban sus esperanzas los emigrados, los príncipes particularmente que mantenían en Madrid al duque de Habré como vehículo de sus pretensiones, escritas ó verbales, para con el valido de Carlos IV, el monarca á quien consideraban como el pariente más fiel y más sincero amigo del suyo.

Conspiraciones republicanas.

Pero se equivocaban en sus cálculos sobre España como en los que habían hecho sobre la eficacia de las conspiraciones contra la Convención en el seno de la Francia, y como en los resultados que pudiera dar la guerra en la Vendée y en Bretaña. Ni Carlos IV

conservaba los odios y rencores que había producido en él la catástrofe de Luis XVI, ni Godoy se hacía ilusiones respecto á una restauración inmediata de la monarquía en Francia y menos sobre aquel espíritu que con tan rara unanimidad pusieron los Españoles de manifiesto al declararse la guerra. El patriotismo, como antes hemos dicho, y las honrosas aspiraciones de nuestro ejército lograrían contener á los que, seducidos por el mentido halago de las doctrinas imperantes al otro lado de los Pirineos, abrigasen los que D. Antonio Alcalá Galiano llama «locos proyectos que el miedo figuraba temibles». Pero es lo cierto que los había, si bien pocos, que, no sólo aceptaban esas ideas, sino que se proponían además llevarlas á la práctica.

En Madrid mismo había hecho sus víctimas el proselitismo francés y se conspiraba para plantear en España reformas que algunos ilusos creían poderse hacer aceptables á la nación. Un tal Picornel, asociado con otros, como él, descontentos de su suerte mejor que de la de sus compatriotas y del país en general, no satisfecho con el efecto de sus predicaciones secretas y el de varios papeles, clandestinos también, que, con el título de *Manifiesto* é *Instrucción*, inducían al pueblo á establecer una república semejante á la francesa, se hizo de armas y municiones con que sustentar é imponer su temeraria pretensión. Se empezaría, como siempre después en España, por crear una junta que, legislando y estableciendo reglas para el nuevo sistema político que se pretendía fundar, las ejecutara también con la fuerza del pueblo reunido y armado revolucionariamente, esto es, á la manera del de París que en todo se tomaba por modelo.

Aquella conspiración fué descubierta; pero sus cabezas, en número de 6, condenados á la pena de horca por el tribunal constituído para la sustanciación del proceso que se les formó, fueron inmediatamente indultados y proscritos á varios puntos de América, fugándose luego de la Guaira

Picornel para proseguir desde las islas próximas sus trabajos de sedición contra el monarca español y su gobierno [1].

No fué sólo en Madrid donde se mostraron síntomas del contagio político que iba extendiéndose por toda Europa y cuya acción favorecía la guerra misma que parece debiera sofocarlo. En no pocas localidades, las de mayor población como es de suponer, el gobierno llegó á descubrir complots dirigidos á proclamar la república; en unas, federativa, compuesta de las que se fundaran en cada uno de los antiguos reinos que componían la corona de España, y, en otras, la unitaria con el nombre de *Ibera* ó *Iberiana*. Los que mantenían relaciones con los propagandistas franceses daban la preferencia á la federativa que, para nuestros vecinos, representaba un estado de discordias, debilidad y fraccionamiento, muy favorable á sus intereses y miras ambiciosas; los menos atolondrados estaban por la unitaria, y eso siguiendo el ejemplo de la *una é indivisible* de los que les aconsejaban lo contrario. Hasta frailes y clérigos se reunían, en conventos algunos, con los conspiradores; y hubo provincia, como la de Burgos, en que, imitando á los extraviados junteros de Guetaria, se habían propuesto felicitar á los Franceses cuando, como ya esperaban, pasasen el Ebro para dirigirse á la capital de la monarquía. El sexo mismo que debiera estar más apartado de todo género de manifestaciones políticas, tan comprometedoras para los hombres encargados por sus alianzas de velar sobre su con-

1 He aquí lo que dice Muriel sobre las gestiones de Picornel en América y su paradero hasta 1870: «Hallándose en la isla de Santo Domingo, hizo distribuir en el año de 1798 un escrito incendiario titulado *Derechos del hombre y del ciudadano,* con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido á los Americanos. Sonaba impreso en Madrid en la *Imprenta de la Verdad;* iban unidas dos canciones *carmañolas*.

»Posteriormente pasó á Nueva York, de donde salió para Nantes. El príncipe Masserano, embajador del rey en París, solicitó en 1807 del gobierno imperial que se hiciesen pesquisas para descubrir el paradero del Picornel, arrestado que fuese, quedase á disposición del rey de España, conforme á lo acordado por el art. XV del tratado de alianza sobre extradiciones. Picornel no pudo ser habido.»

ducta, se manifestó en las esferas más aristocráticas partidario de las nuevas doctrinas, alardeando de ellas, si no con el escándalo que hacen suponer las declaraciones del embajador de Rusia, antes recordadas, «con la imprudente manía, como dice Galiano, en personas de esta clase, á quienes suelen mover á estas ideas odio á la parcialidad dominante, y el prurito de ostentar su superioridad en su oposición al modo de pensar de la plebe» [1].

Era, sin embargo, tan pequeño el número de los que en Madrid y las provincias pasaban por prosélitos de aquella facción, que el Rey no vaciló en, siguiendo las inspiraciones de su corazón, interrumpir el curso de algunos de los procesos ya incoados como había conmutado la pena impuesta á Picornel y sus cómplices.

Aspiración á la paz.

Hay, con todo, que reconocer en eso alguna de las dificultades que se ofrecían al gobierno español para manifestarse con los príncipes franceses emigrados lo entusiasta y decidido que se le había visto en los comienzos de la Revolución y principalmente al proclamarse la República. Pero una, y de las mayores, era también la del estado de nuestra Hacienda, precario hasta haberse hecho lamentable y harto peligroso para el crédito público y la prosecución de la guerra. Eran ya crecidos los empréstitos hechos; y aun cuando alguno, el decretado en 10 de Diciembre del año último de 1794, parecía dirigido al pago por completo de los créditos de tiempo de Felipe V y Fernando VI, á que nos referimos al principio de esta obra, de los que sólo se había satisfecho la poco considerable suma de 26.000.000 de reales, bien se veía que era la guerra y no la honra financiera la que estimulaba á préstamos que iban á comprometer por mucho tiempo los productos más sanos de nuestras rentas [2]. El uso del papel

1 Algún ejemplo de eso hemos visto recientemente; pero es extraño que se consintiera entonces.

2 El arriba citado de 10 de Diciembre tendría por hipoteca la renta del tabaco.

sellado se hizo, además, extensivo á todos los tribunales y juzgados eclesiásticos, inclusos los de la Inquisición, excluídos antes; se suprimieron muchos empleos que no se creían precisos y la Secretaría de la Superintendencia general de Hacienda que se unió á la de Estado; se aumentó en proporciones considerables, 30.000.000 de pesos, la emisión de vales reales que afortunadamente no habían experimentado todavía depreciación importante, y se exigió al clero de la Península, previo el beneplácito del Papa, la cantidad de 36.000.000 de reales, pagaderos en Abril y Septiembre de 1795, y otros 30 al de Indias. Con eso, los donativos ú *ofertas* particulares que aún continuaban, aunque en disminución alarmante, y las remesas de América, una de las cuales, la llegada el 19 de Abril á Cádiz en el navío *Europa*, consistía en cerca de 3.000.000 de pesos, se trataba de sólo ir conllevando los gastos de la campaña, apenas interrumpida al comenzar el año.

Todos estos sacrificios tenían que traducirse en deseos de que cesara una lucha tan onerosa como sangrienta; y si en Noviembre anterior se vió á la corte inclinada á una paz que, propuesta por el conde de Aranda había producido su desgracia y tanta y tanta alharaca de indignación patriótica, nada de extraño que se anhelase ahora y, como luego diremos, se buscaran hombres que, aun cuando sin el influjo de Unión para hacerla acepta á los generales republicanos, fuesen planteando los jalones para llegar á ella con algunas más probabilidades de éxito.

Pero ¿qué hizo el Gobierno español para que esos deseos fueran al menos apoyados en la fuerza de las armas, que es la que mejor puede disimularlos cuando no imponerlos?

El ejército y los voluntarios.

Los refuerzos enviados á los ejércitos fueron de escasa importancia, dada la que habría de tener una campaña que, por cuantos antecedentes se conocían, iba á ser la última y decisiva de la guerra. Los triunfos de la Francia; su aspiración á consolidar el gobierno de la Re-

pública con una paz gloriosa; el cansancio de los aliados, hecho manifiesto entre los del Norte por sus discordias y las ambiciones de algunos de los soberanos de entre ellos, y la sospecha, ya que no el conocimiento, de los pasos dados por Godoy en su busca, movido por la opinión generalizada ya en el país, hacían esperar muy pronto la ocasión de, por uno ú otro medio, obtenerla más ó menos favorable, honrosa por supuesto y no mendigada. Pocas fueron las variaciones introducidas en la organización de los ejércitos, y redujéronse sus aumentos al de algún cuerpo formado con los voluntarios que, aun cuando en corto número, seguían presentándose aún á los generales para el tiempo de la guerra. No así en la de las fuerzas populares en los dos extremos de la frontera, en Cataluña y el país vasco-navarro.

Ya hemos recordado el efecto que produjo en el Principado la invasión francesa: autoridades y pueblos rivalizaron en la manifestación de la ira patriótica que en ellos provocó, y el enemigo tuvo siempre en derredor suyo un enjambre de miqueletes y somatenes que, desprendiéndose de las montañas vecinas, le acosaba sin cesar y perseguía en sus marchas y acantonamientos. Su número crecía por momentos llegando de todos los puntos, aun los más lejanos del teatro de la guerra; y el general Urrutia, según veremos muy pronto, aprovechó la acción que le prestaban como la del auxiliar más influyente en sus operaciones militares. La cifra fué superior en las Provincias Vascongadas y Navarra, alzándose los naturales, más que por propia voluntad, por la de sus magistrados y diputaciones según la obligación y las costumbres establecidas en sus respectivos códigos forales; y sin circunstancias y órdenes que tuvieron su origen ó emanaron de causas y esferas ajenas á la voluntad, bien manifiesta, de aquellos pueblos y del patriotismo que ni un solo día dejaron de demostrar, estamos seguros de que los resultados hubieran sido muy otros de los que allí se vieron y lamentaron. Los navarros fueron

para el ejército concentrado en su tierra por el príncipe de Castelfranco, su capitán general, el primer elemento para espiar y contener los movimientos de los Franceses en sus cantones de aquel invierno, inmediatos á la frontera á que se habían retirado; los guipuzcoanos decretaron y llevaron á efecto la reorganización de sus fuerzas dispersas de la campaña anterior, restablecidas y aumentadas por las juntas de Salinas, que presidió en Enero de 1795 el delegado regio, consejero de Castilla, D. Miguel de Mendinueta; y Vizcaya, continuando sus esfuerzos del otoño anterior, reunió en todo el señorío, pero, sobre todo en la margen izquierda del Deva, un ejército, si no poderoso por su disciplina, fuerte por su número y el patriotismo de sus soldados y oficiales [1].

Estos elementos en ambas fronteras y esos motivos produjeron la inauguración afortunada de la campaña de 1795, gloriosa para las armas españolas y presagiando un término militarmente feliz en uno de sus teatros y capaz, en el otro, de inspirar al enemigo los sentimientos pacíficos que al fin prevalecieron en los consejos de su gobierno.

Operaciones en Cataluña.

En Cataluña, donde puede decirse que, apartándose de la costumbre de aquellos tiempos, los rigores del invierno no habían hecho cesar las operaciones de la guerra así durante el sitio de Rosas como al quedar el ejército francés libre para seguir su marcha victoriosa al interior del país, las tropas españolas, auxiliadas por las fuerzas, siquier irregulares, que se levantaron allí para estorbarla por lo menos, lograron impedirla y, lo que es más,

1 Tenemos á la vista un plan de dotación de artillería de campaña para 16.000 hombres, que hizo formar en Abril de 1795 el príncipe de Castelfranco, el cual demuestra, y eso con su sola enunciación, que no pasaría de esa cifra el total de las fuerzas regulares de que pudiera disponer para aquella campaña. Claro es que no deben comprenderse los voluntarios de aquellas provincias, puesto que en ese plan se refiere su autor, el artillero D. Jerónimo de Torija, á la fuerza de 12 batallones de infantería de línea, á 500 hombres cada uno; 8 de tropas ligeras, á 1.000, y además 1.000 caballos y los artilleros necesari s para el servicio del tren propuesto.

para todo el tiempo de aquella memorable lucha. El general Perignon, presente en Rosas al ser evacuada aquella plaza por los Españoles, estableció su línea frente al Fluviá; situando al general Sauret sobre su izquierda en Rimors, á Beaufort, con su división del centro, entre Fortianell y la carretera, y á Augereau á la derecha observando el curso de aquel río y cubriendo el campo de Aviñonet. La reserva continuó en Llers y la brigada Víctor quedó guardando la comunicación de la costa entre Collioure y Rosas, la parte, sobre todo, comprendida de aquella primera plaza al puertecillo de la Selva del Mar, á que acudían los barcos costeros franceses que no se aventuraban á doblar el cabo de Creus. Sus fuerzas habían disminuído considerablemente, más que por efecto de las enfermedades, por las deserciones de que ya dimos cuenta en el capítulo VIII; pero, aun así, eran superiores en número á las españolas establecidas en la otra margen del Fluviá, ayudadas, es verdad, por la sublevación del país que, para desmentir la opinión de que las ideas francesas, como sus secuaces, iban obteniendo un buen recibimiento en España, dice un escritor de aquella nación, *tomaba proporciones formidables* [1].

En el alto Segre.

Perignon, sin embargo, para más facilitar sus operaciones en el Fluviá, se propuso llamar la atención de los Españoles hacia el alto Segre, suponiendo que, amenazada la Seo de Urgel, acudirían con parte de sus fuerzas en auxilio de aquella plaza. Y haciendo dividir la fuerza que conservaba en la Cerdaña en cinco columnas, las dirigió sobre Aristot, en la derecha del río, y Estaña, Bexac y el puente de Bar, tantas veces citado como teatro de diferentes y encarnizados combates en aquella guerra.

1 «Todo el triángulo comprendido entre Camprodón, el coll de Bassagoda y Olot, dice Fervel, hormigueaba de insurgentes, y para enlazar con su ejército á sus numerosos y entusiastas partidarios, el general Urrutia estableció el campo de Bañolas con un puesto avanzado en Besalú.»

Si en un principio pareció favorecer á los Franceses la fortuna, pudiendo cruzar el Segre los que atacaron el puente de Bar y Aristot, el revés que sufrieron en Bexac, de donde, después de un combate de más de dos horas, se retiraron rotos y con graves pérdidas, obligó á las cinco columnas á abrigarse de nuevo en sus posiciones anteriores de la Cerdaña para no volver á intentar expedición alguna hacia las nuestras.

En el Fluviá.

Tan escarmentado quedó Perignon de su iniciativa por la extrema derecha, proyectada para, si la coronaba la suerte, caer con aquellas fuerzas sobre Camprodón y Olot, que en adelante redujo su pensamiento al de forzar directamente nuestra línea del Fluviá, imaginándose que, una vez rota, le conduciría de seguida á Gerona y de allí al fondo de Cataluña y su capital; tan disperso retrocedería nuestro ejército y tan escarmentado quedaría de sus esfuerzos el país todo circunvecino, puesto en armas por aquellos días. Pero no salió mejor parado allí el general francés que sus tenientes de la Cerdaña. Sus operaciones comenzaron el 28 de Febrero haciendo maniobrar varios destacamentos de caballería sobre su izquierda, á fin de distraer al general Urrutia, que así supondría que iba á ser atacado por aquel flanco cuando iba á serlo seriamente por el opuesto. Pero no logró engañar al general español que, adivinando los proyectos de su adversario, mantuvo reconcentrada una gran parte de sus fuerzas frente á los puntos que, con efecto, iban á ser atacados. Y cuando desembocó sobre Besalú una columna francesa de 5.000 infantes y 300 caballos á las órdenes del general Charlet, y cruzaba el Fluviá otra de 4.000 de aquella primera arma con algunos centenares, también de jinetes, por un vado agua abajo de Báscara, ambas encontraron, cuando más triunfantes se creían, otras de Españoles que las rechazasen. Atravesado el Fluviá por la segunda de las columnas enemigas, extendióse ésta por sus alas esperando así envolver

los poco numerosos cuerpos de Españoles que creía tener al frente; pero Urrutia, que ya hemos dicho adivinó los proyectos de Perignon, lanzó sobre ella una fuerza tan numerosa que, sacando á los Franceses de su error, los obligó á retirarse, y tan precipitadamente, que muchos de ellos se ahogaron en el río á la vista misma de su general en jefe por, en su aturdimiento, no encontrar el paso de que poco antes se habían aprovechado. La división Augereau cruzó el Fluviá por Besalú según se le había mandado, y avanzando hacia Bañolas, su principal objetivo, se encontró junto al pueblo de Seriñá con otra columna española, dirigida por el general O'Farril, jefe de Estado Mayor, según ya dijimos, de Urrutia y tan hábil ó más que él, quien, al observar el superior número de los Franceses y lo fuerte de las posiciones que había tomado, al verle, el general Charlet, maniobró felizmente hasta atraerlo á terreno propio, donde con los refuerzos que le llegaron inmediatamente y los movimientos de su caballería, dirigidos sobre el flanco izquierdo de los Franceses, hubieron éstos de retirarse después de un combate, si corto, bastante mortífero para llevarlos precipitadamente hasta Besalú que con ellos abandonó también el general Augereau, jefe de aquella expedición.

Los comienzos, pues, de aquella campaña en los Pirineos orientales, no podían ser más felices para las armas españolas, que así obtuvieron un plazo de un mes de descanso para en él fortificar más y más su campamento de Orriols, posición desde la cual podrían arrostrar con fortuna, como lo hicieron, cuantos ataques intentaran de nuevo sus enemigos.

Ya tenía el general Perignon un adversario que le detuviese en aquella marcha victoriosa que él y su antecesor Dugommier se habían imaginado hasta los confines opuestos de Cataluña, adivinándole ahora sus pensamientos sobre Gerona y comprendiendo así la inacción del general Sau-

ret en su extrema derecha, sus alardes por aquel flanco también para atraerle hacia él y las acometidas por Báscara y Besalú, que en vano quieren los historiadores franceses disfrazar con el nombre humilde de simples reconocimientos. Entonces, y para prevenir sin duda esas erróneas opiniones, fué cuando el general Perignon concibió el plan de campaña que, al parecer, no había tenido tiempo de forjar hasta entonces.

Plan de Perignon.

Podía contar para ejecutarlo, con la fuerza efectiva (esto es, la confesada por los mismos Franceses), de 50.000 bayonetas, 4.000 caballos y seis baterías de artillería de campaña, sin las guarniciones, por supuesto, de los puntos fuertes de su retaguardia y las columnas volantes destinadas á mantener sujeto el país ya sometido, proveer al abastecimiento del ejército y á la seguridad de sus comunicaciones en la frontera. Pero veamos cuál era ese plan; y para que no se nos tenga por exagerados en nuestras apreciaciones futuras sobre aquella campaña y para hacer al mismo tiempo resaltar el mérito de las tropas españolas y sus generales en ella, vamos, siquier cansemos la atención del lector, á trasladarle la descripción que de ese proyecto hace el historiador más distinguido de los que lo han hecho conocer, el ingeniero Napoleón Fervel. «De la Cerdaña, dice, debían partir 11.000 hombres: 6.000 que irían á sitiar la Seo de Urgel y 5.000 que penetrarían en el valle del Ter. Estos últimos irían por Rivas y Camprodón á reunirse hacia las fuentes del Manol con un destacamento de la misma fuerza, lanzado de su parte por la división Augereau. Estos 10.000 hombres, después de haber acabado de disipar la sublevación de las montañas insurreccionadas en la proximidad de nuestra frontera, se apoderarían de Castell-Fullit y de Olot, desde donde, ocupando á Ripoll, bajarían el Ter hasta Vich en el centro de una pequeña llanura, cuya ocupación es preliminar indispensable del sitio de Gerona.»

« En la otra extremidad de nuestra línea, la división Sauret, elevada á la fuerza de 12.000 hombres, tomaría el camino de La Bisbal y se desplegaría desde el Ter hasta San Feliú de Guixols, cortando así las comunicaciones entre la costa y la plaza amenazada. »

« Al mismo tiempo 22.000 infantes y 2.000 caballos (la otra mitad de nuestra caballería iba dividida en las alas), en total 24.000 combatientes, forzarían el centro del ejército español, arrojarían sus restos sobre el Ter y, dejando 4.000 hombres para guardar las crestas de la cuenca del Fluviá, correrían á embestir la plaza de Gerona, cuyo sitio comenzaría desde el momento en que se supiese que nuestros flancos estaban bien asegurados por el éxito de las operaciones de derecha é izquierda. »

« Encerrado en Gerona, Urrutia depondría las armas ó se haría aplastar buscando el modo de abrirse paso. »

« Entonces se arrasarían las plazas conquistadas desde la Seo de Urgel á Gerona, incluso estas dos; todo el ejército republicano se concentraría al pie de esta fortaleza desmantelada; se dejarían allí y para guardar las comunicaciones 10.000 hombres, y 40.000 marcharían por Hostalrich á Barcelona. »

« Restaba aún apoderarse de esta gran plaza. *Pero cuanto más inmensa y opulenta fuese, menos dificultades ofrecía el hacerse dueño de ella. Amenazándola con un bombardeo, podría lograrse el evitar la apertura de la trinchera; y esa amenaza, agitando á los ricos y espantando á los tímidos, habría necesariamente de abreviar la duración del sitio* » [1].

« Conquistada Barcelona y sometidas las montañas, Cataluña era nuestra. »

Pero al mismo tiempo que Perignon forjaba estos proyectos, la Junta de Salvación pública dictaba en París los

1 Se conoce que las frases subrayadas pertenecen al original del plan de campaña escrito por Perignon según las hace resaltar el comandante Fervel con el signo de estas que acabamos de copiar.

suyos; y como de opiniones tan encontradas habría de resultar un choque y por consiguiente una víctima, Perignon fué relevado del mando interino que hasta entonces había ejercido por el general Schérer que desde el ejército de Italia se trasladó á Cataluña á ejecutar el plan novísimo de la Convención.

El de la Convención.

Ese plan consistía en que el ejército de los Pirineos orientales limitara su acción á la de ataques de frente que retuviesen en el Fluviá á los Españoles, defensores de Cataluña, mientras que en los occidentales se tomaría una ofensiva tan enérgica que se consideraba decisiva para el éxito de la guerra.

Es el caso, sin embargo, que, necesitando mucho tiempo el general Schérer para incorporarse al ejército, y tardó nada menos que tres meses en hacerlo, Perignon, ateniéndose á las instrucciones de París que prescribían la acción defensiva en aquella frontera, permaneció inmóvil en sus cantones, limitándose á rechazar los ataques de los somatenes por la parte de la montaña. Eso sirvió, como es de suponer, al general Urrutia para fortificarse más en sus posiciones y hasta adelantarse á otras que le facilitaran la defensa de la línea del Fluviá en las márgenes mismas de aquel río. Así es que, manteniendo al marqués de la Romana en la posición del Orriols con 6.000 infantes y 1.000 caballos, hizo ocupar la villa de Báscara con 500 miqueletes y tres piezas de artillería. Por la derecha, el general Iturrigaray, con cerca de 3.000 infantes y gran golpe también de caballería, se estableció en la orilla del Fluviá frente á Torroella y haciéndolo á la división Sauret que, como hemos dicho, constituía la extrema izquierda del ejército francés. En el ala opuesta, la izquierda española, la división Vives avanzó de Bañolas á Vilert con el fin, además, de cubrir el puente de Esponella y evitar una nueva irrupción como la del general Augereau, felizmente escarmentada el 1.º de Mayo. La división Cuesta, situada

en San Esteban á espaldas de Orriols, serviría de reserva á aquellas fuerzas, formando algunas otras una como segunda línea hacia Cerviá, donde se hallaba el cuartel general del ejército.

Los miqueletes y somatenes, entretanto, no descansaban un punto en la tarea, peculiar suya, de atacar los cantones y destacamentos franceses que consideraban má fáciles de ser sorprendidos y asaltados. Un cura de aldea del nombre de Salgueda y el canónigo Cuffí se metieron por la montaña á sorprender, como antes D. Francisco Pineda, el parque situado en Pla-del-Coto, las avanzadas enemigas y aún el campo de Coral, establecido en la frontera por encima de Camprodón y Rocabruna; y aun cuando estos asaltos no podían influir en el resultado de la campaña, servían para evitar el que se había propuesto Perignon de, dominando la divisoria entre el Segre y los ríos que bañan el Ampurdán, descender sobre la izquierda del ejército español establecido allí, amenazándole hasta con envolverlo y obligarle á retirarse á Barcelona [1]. Así debía comprenderlo el general Urrutia cuando, estimulando el alzamiento de los somatenes y organizándolos en lo posible, les señaló en la montaña, hacia las fuentes del Manol, Llorona, Basagoda y el país próximo á Bañolas, como puntos favorables para que, desde ellos, atacaran de continuo á la izquierda francesa en cuantas ocasiones pudieran hábilmente aprovechar. En oposición á esas fuerzas populares de los Españoles, Perignon concentró en lugares propios para resistirlas una de 2.000 hombres que, á

(1) En «Victorias y Conquistas, etc.,» se dice: «Aquellos cuerpos francos inquietaban y tenían en continuo movimiento á los Franceses. Era, por decirlo así, imposible el alcanzarlos por la facilidad que tenían de disolverse y dispersarse á la vista del peligro. Augereau se vió obligado á tomar las precauciones más severas para poner sus avanzadas al abrigo de los asaltos de aquellos aldeanos regimentados. Sus excursiones se extendían con frecuencia hasta la Cerdaña; y aquella lucha de partidarios en que cada guerrero trataba de sorprender y matar á su enemigo (son homme), no fué siempre ventajosa para las tropas francesas.»

las órdenes del general Guillaume, evitara sus temerarias acometidas. La fuerza mayor campó junto á Sistella, al abrigo del campo, no lejano, de Figueras; pero á fin de inutilizar su acción y dejar libre y expedita la de los somatenes, el general Urrutia hizo el 5 de Mayo apoyarla con fuerzas de su izquierda que mandaba Vives y cruzar al mismo tiempo el Fluviá á tres columnas por el centro y los flancos de su línea, esto es, por Báscara, San Pedro Pescador y Esponella. No era fácil comprender la razón de estas últimas maniobras, pero la presencia de la columna de Vives con fuerza compuesta de número tan considerable de voluntarios catalanes que desde Llorona iban ganando los montes para envolver la posición de Sistella, hizo comprender á los Franceses que ésta y no otra era el objetivo de aquellas tan excéntricas operaciones de sus enemigos, calificadas y con razón por Urrutia en su parte de falso ataque de nuestro centro en ayuda de los somatenes. Ese conocimiento y la rapidez con que acudió Auguereau en socorro de Guillaume, hizo que Vives, después de incendiado el campo de Sistella, tuviera que retirarse, pero no sin amparar á los miqueletes y somatenes que, llevados de su ardor, se habían adelantado hasta cerca de Aviñonet, recogiéndolos, al retroceder, en sus filas y las de Romana, que repasaron el Fluviá como después O'Farril por los mismos sitios en que lo habían cruzado antes.

Ataque de Sistella.

El asalto de Sistella tenía naturalmente que provocar una reacción ofensiva del campo de los Franceses; y al día siguiente, el 6 de Mayo, el general Perignon verificó un ataque al que sus compatriotas han querido dar el carácter de reconocimiento y que resultó general, aunque sin enlace ni conjunto en las fuerzas que lo verificaron y sin resultado, por consiguiente, beneficioso para sus armas. El general en jefe francés pasó el Fluviá por Báscara con poca resistencia por parte de los catalanes

Acción del 6 de Mayo.

que ocupaban aquella población; pero, dejándose llevar los suyos del ímpetu que les es característico, fueron, por perseguir á los que se retiraban de Báscara, á caer en el centro de una maniobra que, arrancando del Coll-de-Orriols, fué empujándolos de frente y por sus flancos hasta ponerlos en el mayor peligro entre fuerzas muy numerosas y el Fluviá, el cual pudieron repasar, aunque con poco orden, gracias á la artillería que su general estableció en la orilla izquierda para proteger su retirada. Entretanto el general Augereau se había presentado frente al puente de Esponella, pero contentándose, al ver desplegarse en la orilla opuesta los batallones de Vives, con un cañoneo sin resultado alguno notable. Cuatro horas llevaba de duración el fuego cuando, arrastrado uno de los generales franceses por el movimiento retrógrado de Perignon, trató también de retirarse por Espinavesa, donde la caballería española le obligó á detenerse hasta que Romana y Vives, cruzando el Fluviá por Vilert y Esponella, pudieron acometerle poniéndole en un peligro de que sólo su audacia y la abnegación de sus tropas pudieron sacarle. El general Augereau volvió, pues, á sus posiciones anteriores de la mañana. Otro tanto, poco más ó menos, había sucedido en la izquierda francesa, en que, anticipándose nuestros húsares á pasar el Fluviá por un lado y otro de San Pedro Pescador, donde lo habían cruzado los Franceses, tuvieron éstos que repasarlo precipitadamente para no verse envueltos; estableciéndose en Vilamacolum, de donde, á pesar de su fuerza considerable de más de 2.000 infantes, tuvieron que alejarse para huir del desastre con que les amenazaban las tropas de nuestra derecha que corrieron en ayuda de los húsares.

Aquel combate, calificado, repetimos, por Perignon y sus compatriotas de sólo un simple reconocimiento, fué, si no decisivo en sus resultados, bastante eficaz para dar á conocer á Españoles y Franceses que habían cambiado completamente las condiciones de sus ejércitos respectivos; que

los Franceses no se manifestaban lo entusiastas y emprendedores de la anterior campaña y que se había verificado en el espíritu de los Españoles una reacción que les haría muy pronto volver á ser lo que dos años antes, cuando con su valor y su disciplina llegaron á hacerse dueños del Rosellón. Es verdad que había contribuído mucho á aquel cambio el de la mayor parte de los generales que los mandaban; contraponiendo ahora los nuevos á la discordia y á las rivalidades de los que de tan mala gana obedecían al conde de la Unión, tal armonía entre ellos y tal sumisión á las órdenes de su jefe, que habrían necesariamente de facilitarle el mando y contribuir á su gloria.

El general Urrutia.

Así, el general Urrutia, que ya había sobresalido en el mando de una división en la campaña anterior de los Pirineos occidentales, logró en el del ejército de Cataluña elevarse hasta una reputación sólo inferior á la de sus jefes en aquella guerra, Ricardos y Caro. Nacido en el solar vizcaíno de sus mayores, abrazó de muy joven la carrera militar, haciendo sus estudios en Barcelona con el nunca bastante celebrado D. Pedro Lucuce, maestro de toda aquella generación que tanto brilló en las guerras del siglo último en Italia, África y América. Sus conocimientos le llevaron al continente de esta última parte del mundo, dando en Nueva España muestras elocuentes de su valer en los muchos planos y mapas que levantó formando parte de la comisión que allí dirigieron los generales Villalba y marqués de Rubí. Estaba hecha su reputación científica, que recibió nuevo brillo con sus trabajos geográficos en Canarias y el profesorado en las academias de Ávila y el Puerto de Santa María, consiguiendo hacerse la militar de las operaciones prácticas de la guerra en el sitio de Gibraltar á las órdenes del general D. Martín Álvarez de Sotomayor, donde recibió con una herida grave su bautismo de sangre. En Mahón después, y otra vez en el odiado peñón del estrecho hercúleo, peleó de nuevo contra

los Ingleses en las flotantes de tan triste celebridad, hasta que, hecha la paz y continuando sus trabajos científicos que le acarrearon la amistad de Floridablanca, fué destinado á estudiar en el extranjero los sistemas de fortificación que las naciones más adelantadas de Europa habían establecido para su defensa.

Entonces fué cuando asistió á las operaciones de los Rusos en su campaña de Crimea contra los Turcos, atrayéndose la benevolencia del general Príncipe de Potemkin y la amistad de Souvaroff y Kuttussoff, tan célebres después. Sus consejos para el sitio de la plaza de Therman y la bravura que puso de manifiesto en el asalto de la brecha le valieron los plácemes del ejército ruso, las recomendaciones de los generales y una condecoración y una espada de honor, acompañadas de una carta autógrafa de la emperatriz Catalina, que elevaron la fama de Urrutia en aquel país y particularmente en España, adonde le hicieron regresar las dolencias adquiridas en aquella guerra. Gobernador después de Ceuta, de mariscal de campo ya, empleo que obtuvo por los combates que riñó con los Moros, fué quien puso aquella plaza en el estado de defensa que ostentaba últimamente, mandándola hasta que, en 1793 y solicitado á un tiempo por los generales Ricardos y Caro, hizo las campañas en que le hemos visto sucesivamente distinguirse en los Pirineos orientales primero, y en los occidentales luego, alcanzando por sus servicios en Navarra y su anterior brillante comportamiento al frente de Perpinán, la alta jerarquía de teniente general. Tenía fortuna y, al revés de lo que sucedió al conde de la Unión en Francia, al desempeñar, aunque interinamente, el mando en jefe del ejército de Guipúzcoa y Navarra que, sin consideración á la mucha mayor antigüedad de varios otros, le confió el general Caro, no se produjo una sola queja ni la más insignificante murmuración.

Tales eran el prestigio y la autoridad que se había con-

quistado Urrrutia entre sus compañeros y con que ahora iba á mandar el ejército de Cataluña.

No podía el general Perignon conformarse con el papel que estaba representando, y ya que se veía escarmentado en sus arranques ofensivos contra las posiciones españolas de la derecha del Fluviá y temeroso de que Urrutia tomara á su vez una iniciativa que lo dejase completamente desairado en los días, ya pocos, que le restaban de mando, quiso presentar á Schérer el campo francés, si no dominando, al menos dueño de acometer ventajosamente al español que tenía delante. Y aun cuando fuera tenido por mero imitador de su adversario, se propuso hacer de la posición de Pontos un campo semejante al de los Españoles en el Coll-de-Orriols, á fin de que, atraídos á él, recibieran igual escarmiento que el que acababan sus tropas de experimentar el 6 de Mayo. Para mejor conseguirlo hizo que Augereau ocupase á Pontos y con el centro del ejército se adelantó al frente de Báscara, dirigiendo la división Sauret sobre los pasos del Fluviá en su extrema izquierda. Consiguió con eso atraerse efectivamente á los Españoles hacia la posición que acababa de elegir como reducto inabordable y apoyo en lo sucesivo de todas sus operaciones sobre el Fluviá; pero nuestros compatriotas verificaron el paso del río tan hábil y oportunamente que, al poco tiempo, el centro francés, flanqueado desde el momento del paso, tuvo que retirarse á retaguardia de Pontos, resultando su ejército cortado en dos grandes masas que, acosadas por las nuestras y sobre todo por la caballería y la artillería á caballo que las iban flanqueando, tuvieron que desplegar inauditos esfuerzos por sí y con todas sus reservas para no ser completamente desbaratadas. La división Sauret, acosada también por nuestra derecha, había ya retrocedido antes de verificarse el gran choque á que acabamos de referirnos en el centro, y á eso del medio día lo hacía el mismo Augereau, dejando burla-

Acción de Pontos.

dos los proyectos de su general en jefe, con tanto calor y con tan generosa ambición ideados en las postrimerías de su mando [1].

El general Schérer.

Dos días después de aquella acción llegó el general Schérer al campo francés y se encargaba del mando el último de Mayo de 1795. No quedaría ciertamente satisfecho del estado de las operaciones en el Fluviá al tener conocimiento de los reveses sufridos desde el principio de la campaña, y menos del en que pudo observar al ejército en la revista que le pasó inmediatamente, sabiendo la miseria y el hambre que padecía, la deserción y la indisciplina á que de nuevo se iba entregando. Pero todo general al inaugurar sus funciones se apresura á forjar planes de campaña; y Schérer, aun siendo el décimocuarto de los que mandaron en jefe aquel ejército, propuso también el suyo, que era tan fantástico y temerario como los de Dugommier y Perignon. Su primer pensamiento, y ése era prudente, se dirigía á cruzar el Ampurdán desde Rimors á Alfa y la línea del Manol con un gran atrincheramiento que cubriese á Figueras y el campo de Aviñonet, con cuyos fuertes, bien guarnecidos como las plazas antes españolas y las francesas de la frontera, creía poder operar á su frente sin preocupación alguna por la seguridad del ejército y de sus comunicaciones. El resto de las tropas y las que le vinieran de refuerzo, pedidas con la mayor instancia á la Convención, organizaría cuatro divisiones activas; una, destinada á la Cerdaña y las otras tres

(1) También se dice que provocó aquel combate el intentado el día antes por la escuadra de Gravina que, al oir la explosión de un almacén de pólvora en la ciudadela de Rosas y saber que había producido una inmensa brecha en la cara y el flanco izquierdo del baluarte de San Andrés que mira á la población, quiso aprovechar tan feliz coyuntura para entrar en la bahía y, si no apoderarse de la plaza, hacerlo de algunos de los buques franceses surtos en ella. El combate duró largo rato, cambiándose un fuego muy vivo entre nuestras cañoneras y las baterías francesas de tierra, desde las que y principalmente del fuerte de la Trinidad se disparó á bala roja que, por fortuna, no llegó á hacer el efecto que buscaban los enemigos, defensores entonces de la plaza española.

á combatir á los Españoles en el Fluviá, aunque por el pronto y mientras llegaban los refuerzos solicitados, se mantendrían entre Figueras y Sistella para evitar el aire pestilencial de los terrenos bajos que diezmaba sus tropas, respetando, al parecer, la salud envidiable de las nuestras [1]. La división de Cerdaña bajaría á Ripoll y Olot, dispersando, por supuesto, cuantas bandas de catalanes trataran de oponérsele, en apoyo de la derecha de las dos divisiones del centro que, desembocando por Besalú y Báscara, se apoderarían del campo de Bañolas para avanzar sobre Gerona, donde se reunirían las tres. Entretanto, la otra división con 3.000 caballos seguiría la carretera general, batiendo á los Españoles en el Coll-de-Orriols y obligándolos á retirarse nada menos que hasta las montañas de Aragón. Entonces el general Schérer avanzaría á Gerona y, tomada aquella plaza, continuaría su marcha á la capital del Principado, que de seguro se rendiría también ante el temor del bombardeo.

Pero el general Schérer contaba para eso con los refuerzos que había pedido, 25.000 infantes, 2.000 caballos, el complemento de 4 baterías ligeras y 40 piezas de sitio; y la Junta de Salvación pública le contestó: «Que había renunciado á tan vastos proyectos en aquella frontera; que si él, con los medios de que disponía entonces se encontraba seguro de batir á los Españoles é imponerles la paz, quedaba autorizado á acometer la empresa, y que sólo se le prescribía una cosa, la de no dejar nada al azar.»

Batalla del Fluviá.

Esto era condenarle á la inacción á que Schérer, como era de esperar, se resistía; y con el pretexto, ó con el motivo, que no queremos ahondar tanto, del hambre que experimentaban sus soldados y el deseo ó

1 Luego haremos notar el empeño manifestado en todas sus relaciones por los historiadores franceses de atribuir la pérdida de sus campañas en nuestro país á esa calamidad infecciosa que parece privativa de los soldados franceses en ella.

la necesidad de apoderarse de las abundantes mieses que veían madurar en la orilla derecha del bajo Fluviá, se decidió á valerse de la autorización que, en último término, le daba el famoso *Comité* de París.

De ahí resultó la llamada batalla del Fluviá, última de la campaña y tan victoriosa por parte de los Españoles que, sin la paz de Basilea, hubieran penetrado de nuevo en Francia haciendo recordar los buenos y gloriosos días de 1793. Por supuesto que, al decir de los Franceses, aquella jornada no merece tampoco otro nombre que el de un forraje en el pequeño Ampurdán; mas, para eso, salieron de su campo el 14 de Junio cuatro columnas que por la noche ocupaban toda la orilla izquierda del Fluviá, desmintiendo así el carácter harto humilde con que se quiso después disfrazar la derrota. La izquierda francesa se extendió entre la aldea de San Pedro Pescador, inmediata al mar, y Torroellá, Santo Tomás y San Miguel, en cuyas alturas se apoyaba la segunda columna con una fuerte reserva formada en tres líneas. En el centro, ocuparon las otras dos columnas la posición de Pontos y las alturas inmediatas á Espinavesa con Augereau á la espalda y el resto de su división.

Los Españoles, como era de suponer, creyeron que se trataba de un ataque general á su línea y pusieron el ejército en movimiento, desplegándolo en las posiciones más ventajosas de la orilla derecha del Fluviá en espera del ataque de los Franceses. Pero, al observar su inmovilidad y después de un reconocimiento en los dos extremos de la línea, decidió el general Urrutia atacar la francesa, esperando que el buen espíritu de sus tropas, de tiempo atrás manifiesto, y el entusiasmo con que las veía marchar le darían una completa victoria.

El general Vives cruzó el Fluviá por Besalú y puntos inmediatos y marchó al enemigo, que se había situado en el Puig de las Forcas, con sus descubiertas y cazadores al

frente; pero, al reconocer éstos el terreno, comprendió que se le disponía una emboscada por parte de los Franceses que se ocultaban en un bosque inmediato, por lo que, manteniendo el fuego sobre ellos, se preparó á ayudar el ataque que veía ejecutarse por nuestro centro contra el del enemigo. En nuestra derecha el combate ofreció más peripecias, reñido, como anduvo, durante muchas horas entre el general Iturrigaray, que mandaba aquella ala, y Rougé y Ranel, puestos á la cabeza de las primeras columnas francesas destinadas á hacer el tan cacareado forraje [1]. La caballería de uno y otro bando se cargó alternativamente con fortuna varia hasta que, en último lance, el refuerzo mandado á la nuestra, decidió su victoria. Los pasos del Fluviá por Armentera, Valveralla, Vilarroban y San Miguel, defendidos por la artillería de Iturrigaray, sirvieron para el de los diferentes destacamentos que tomaron parte en aquel combate que, á semejanza de el del ala izquierda, quedó así como paralizado, en expectación del central en que se iba á decidir la suerte de la batalla.

El general Urrutia, observando la inmovilidad del centro francés, comprendió lo de que se trataba, que no era, según ya hemos indicado, sino el esperar la acción de las divisiones francesas en sus dos flancos para sacar el fruto de la suya en un gran ataque sobre Báscara y el Coll-de-Orriols, aquel ataque cuyo éxito iría á abrirles de par en par las puertas de Gerona y Barcelona. Y á fin de neutra-

1 Los autores de *Victorias* y *Conquistas*, que no se dirá sean sospechosos de falta de patriotismo, dicen al principiar la relación de esta batalla: «El 13 de Julio la gran división del ejército de los Pirineos orientales y la que mandaba el general Augereau en los alrededores de Figueras, se pusieron simultáneamente en movimiento, *avanzando de concierto para atacar á los Españoles en todas sus posiciones*,» Y añaden poco después: «La intención de Schérer era siempre (toujours) la de envolver las dos alas enemigas y maniobrar en seguida hasta forzar *la posición central de los Españoles establecida en el Coll-de-Orriols*.» ¿Á qué nos viene entonces el Sr. Fervel proclamando como único pensamiento de Schérer el de un forraje en el bajo Fluviá? Es verdad que la relación de aquella jornada por el distinguido ingeniero es una pura novela.

lizar esa acción, el general Urrutia hizo avanzar sus columnas del centro sobre las posiciones enemigas de Pontos y Armadas, tan de mañana ocupadas por el grueso del ejército francés. Los generales Arias y Romana se dirigieron al castillo de Pontos que, aun cuando atacado por el primero hacia la parte más accesible que era la de su frente al Fluviá, lo asaltó el segundo y lo tomó á favor de un hábil movimiento envolvente por donde el monte, en que está situado, aparece más áspero y abrupto. El general Cuesta atacó la altura de Armadas, dividiendo su columna en otras dos, la primera de las cuales marchó por la carretera para separar las dos posiciones francesas, y la otra, acompañada de la caballería, fué oblicuando por su derecha para envolver, como Romana la de Pontos, la altura de Armadas que, del mismo modo, hubo de ser evacuada por los Franceses que, acuchillados después por nuestros jinetes, fueron acogiéndose á su línea del Manol.

Tan completa fué la victoria, que el general Urrutia se detuvo al frente del campo de Aviñonet un espacio de tiempo bastante considerable para dar algún descanso á sus tropas, retrocediendo luego á sus posiciones del Fluviá, de las que el corto número de sus fuerzas y el mal estado del territorio que acababa de conquistar en tan gloriosa jornada no le permitían por entonces separarse.

Pero ante aquel movimiento de retroceso, ocúrresele al general Augereau una reacción ofensiva que quite á los Españoles las ventajas y el honor de la batalla; y, reuniendo todas las tropas disponibles de aquel campo y combinando su marcha con la de los cuerpos que aún se mantenían en las alas de la línea primitiva de batalla, acomete la empresa de tomar su desquite á última hora derrotando á nuestras columnas centrales que volvían al Fluviá. Afortunadamente se retiraban éstas por escalones y en el mejor orden, sin esparcirse, como suele acontecer en tales casos para el merodeo, y tratando tan sólo de recoger las piezas de arti-

llería que el enemigo había abandonado en su fuga. Así es que recibieron á los Franceses en las mismas posiciones de Pontos y Armadas recientemente vencidas; y aun cuando los Franceses trataron de cortar la nueva línea española separando la fuerza de Cuesta del cuerpo de batalla, este general, cargándolos con el mayor ímpetu, burló su proyecto. « La Cuesta, dice el francés Marcillac, les hizo cargar (á los Franceses) en su movimiento con impetuosidad y les forzó á reunirse con las tropas que marchaban en columnas por su frente, y que ya atacaban las alturas de Armadas; pero una diversión ejecutada felizmente por Don Francisco Taranco, que con una columna pasó sobre la izquierda de los enemigos, á los cuales había primeramente ocultado su marcha, les derrotó por segunda vez en aquella jornada. »

Los Franceses escritores de aquella campaña quieren decir que el fin que los generales sus compatriotas se habían propuesto aquel día lo consiguieron arrojando á los Españoles á su campamento de Orriols y haciendo su forraje, el único objeto que, según ellos, llevaban en aquel combate. Pero ese mismo emigrado que acaba de proporcionarnos el detalle interesantísimo de la acción de Cuesta y Taranco junto á Armadas, continúa así su relato, completamente de acuerdo con el del general Urrutia y los de nuestros cronistas: « Arias y La Romana también habían sido atacados en la posición de Pontos, pero después de haber rechazado á los que los atacaban, los habían perseguido vivamente. Al caer la noche los Franceses iban enteramente en retirada, y los Españoles volvieron á entrar en su línea [1]. »

Las pérdidas de uno y otro ejército fueron importantes, habida consideración á lo que solían ser en aquella guerra,

(1) Citamos como autoridad al Sr. Marcillac porque debe tenerla y mucha cuando los autores de *Victorias* y *Conquistas* no hacen sino copiar su narración de aquella guerra, excepción hecha, por supuesto, de aquéllos párrafos en que pueda quedar nublada, siquier ligeramente, la gloria de las armas francesas, que es necesario dejar siempre airosas.

casi toda de posiciones. Los Franceses dijeron que las suyas habían sido de 85 muertos y 297 heridos, las nuestras de 1.000 de los primeros y 1.200 de los segundos. El general Urrutia decía en su parte que había tenido 99 muertos, 317 heridos y 67 contusos, siendo la pérdida de los enemigos de 2.500 á 3.000 hombres. Fervel dice que después de todo 12.000 de aquellos incomparables soldados de la Francia republicana que Napoleón después tenía por los mejores de su ejército de Italia, habían hecho retroceder á 25.000 Españoles, y Urrutia por su lado aseguraba que la mayor ventaja obtenida en aquella acción era « la confianza que había dado aquella victoria al ejército que tenía la honra de mandar. »

¿Á cuál dar fe de estas tan encontradas versiones? Pues á las españolas; porque, examinando las francesas de mayor autoridad, hallamos, por un lado, la confesión de Schérer en su parte de que media etapa más al frente hubiera hecho morir de hambre al ejército de su mando y que no se podía contar con subsistencias entre el Fluviá y el Ter cuando la vista de las abundantes mieses, ya maduras en aquel territorio, fué para él, y después para su panegirista Fervel, el móvil principal de su ataque el 14 de Junio [1].

No acabaríamos de hacer patentes las muestras infinitas que dió el ejército francés del estado de miseria, de aban-

1 El general Chaby dice: « Á los primeros crepúsculos de la noche, iban los Franceses en completa retirada, y los Españoles alegres y ufanos entraban en su línea. »

Y por cierto que con la buena fe que caracteriza todos sus escritos, añade: « Á los regimientos portugueses, como á varios cuerpos españoles, no les cupo tomar parte en los peligros de aquéllos combates, pero no por eso dejó de tocarles en mucha las fatigas de las marchas y contramarchas, en las cuales, según el pensamiento del general en jefe, ocuparon, como en reserva, diferentes puntos, volviendo á sus campamentos hacia las ocho de la noche, animados del buen espíritu y lastimándose de no haberles tocado la honra de probar sus armas contra el enemigo. »

De modo que á Urrutia le sobraron fuerzas para vencer á los Franceses en aquella jornada.

dono y de indisciplina en que se hallaba por aquellos días, confesadas á cada paso por sus historiadores para disculpar, sin duda, el vencimiento que no podían negar, y eso cuando los triunfos alcanzados por sus armas en las demás fronteras de la República le permitían enviar refuerzos y sus generales más experimentados al ejército de los Pirineos orientales.

Puigcerdá y Bellver.

Pero ¿se quieren más pruebas del vencimiento de los Franceses en aquella campaña? Pues vamos á dar una concluyente. Á los pocos días de la batalla del Fluviá, Urrutia destacaba de su campo la división Cuesta, destinada á arrojar definitivamente á los Franceses de la Cerdaña española, conquistando las fortalezas de Puigcerdá y Bellver en que se mantenían con la amenaza constante de volver sobre la Seo de Urgel. ¿Es que hubiera podido aquel general desprenderse de fuerza tan considerable sin la seguridad de que no sería atacado de nuevo en sus posiciones? En cambio el general Charlet, que veía iba á escapársele de su dominación un territorio tan influyente en las operaciones ofensivas sobre la capital del Principado, pedía con la mayor instancia socorros á Schérer, que le contestaba no le era posible enviarle un solo hombre, satisfaciéndose con transmitir las súplicas de su teniente de la Cerdaña á la Convención, que ni el trabajo quiso tomarse de contestarle.

Así es que, al presentarse Cuesta en la cuenca del alto Segre, Charlet se apresuró á llamar á todos sus destacamentos en derredor de Puigcerdá, dejando al general Martín en Bellver la misión de conservar aquel punto, tan interesante ó más que el que ocupaba él mismo. La Cuesta se presenta al frente de Puigcerdá sobre las cinco de la mañana del 25 de Julio, y pocas horas después se apodera del campamento establecido en las afueras de la plaza, mientras los miqueletes y somatenes van interceptando los destacamentos que volvían á ella, no todos avisados por haber

caído en manos de los Españoles el ayudante expedido para comunicarles las órdenes de Charlet. Á las nueve se envía á la plaza la intimación de rendirse, á lo que Charlet se negó valientemente después de un consejo de guerra celebrado con sus oficiales y con las protestas más vivas de la guarnición, dispuesta á *batirse hasta la última extremidad;* á las once los Españoles se apoderan del hospital, donde es herido Charlet, sustituyéndole el general Despinoy que intenta, aunque sin fruto, recobrarlo; y ya se andaba tratando de la capitulación de la plaza, cuando Charlet y Despinoy, herido también, supieron que se había verificado el asalto, tan pronto ejecutado como dispuesto por Cuesta.

Á la conquista de Puigcerdá sucedió inmediatamente la de Bellver, cuyo gobernador, el general Martín, según ya hemos dicho, capitulaba el 27, constituyéndose con toda la guarnición prisionero de guerra. La Cerdaña quedó, por consiguiente, en poder de los Españoles, sus legítimos dueños, que así pudieron entregarse á su antiguo y favorito proyecto de buscar por aquel camino el de una nueva invasión en Francia, pensada ya por Urrutia desde el día siguiente al de su victoria en el Fluviá.

En el país vasco-navarro.

No nos sonreía del mismo modo la fortuna en los Pirineos occidentales. Y no es que al principio de la campaña se nos mostrara hosca; porque, sea que los Franceses se hallaran bajo la impresión que les causó la retirada general de su ejército á los puestos de la frontera, sea que habían dejado pocas fuerzas al frente de los nuestros, lo cierto es que sus primeros ataques fueron constante y ejecutivamente rechazados. Hay que observar una circunstancia que, con efecto, debió paralizar la acción generalmente enérgica del general Moncey, la de la epidemia que se desarrolló en su ejército durante casi todo el invierno, quedando sin medios en su concepto para emprender la nueva campaña hasta bien entrado el mes de Marzo de 1795.

Entretanto, Guipúzcoa había sufrido todas las calamidades consiguientes á la invasión, víctima de un descontento impropio del patriotismo de sus habitantes y de los errores, más que crasos, de los mal llamados prohombres que se atribuían los poderes y dirección política y hasta militar de la provincia. Se ha dicho que los Franceses habían guardado todo género de miramientos (ménagemens) para con los moradores de aquel país; pero ahí están las actas del ayuntamiento de San Sebastián que, aun siendo formado de republicanos y afrancesados, porque los que no lo eran huyeron de la ciudad, demostró en ellas los atropellos que allí se cometieron para provecho y comodidad de la guarnición y de las tropas establecidas en el campo inmediato y de las del ejército de operaciones. Ya lo hemos dicho en el capítulo anterior y no sabemos que pudiera hacerse mayor violencia á las creencias, sentimientos é intereses de un pueblo que la impuesta al guipuzcoano en aquellos tristes días, empezando por levantar la guillotina en una de las plazas de su primera población para así obtener cuanto creyese necesario y desearan sus conquistadores. El terror que éstos imponían con tales procedimientos les proporcionó la tranquilidad de que gozaban en la parte del país ocupada por sus armas, logrando así un desembarazo como no deberían esperar en comarcas distintas para su acción militar. Esta era una ventaja inapreciable de que trece años después no disfrutarían y de que su general en jefe daba más adelante testimonio irrefutable, ventaja que, además del terror, les permitió aprovechar la incuria de la junta de Guetaria, tan sospechosa para ellos como desleal para con el gobierno español. No así el pueblo que, como tenemos consignado también, pronto comenzó á, con el desengaño sufrido, sublevarse contra los Franceses, combatiéndolos solo en sus montañas ó en unión de los alaveses y vizcaínos en el Deva.

Estos últimos son los que más decididos se manifestaron

acudiendo á la palestra en mayor número y con organización algo más determinada que la que era de esperar de un pueblo que destina toda su acción y la ejercita en el laboreo de sus campos, en la industria y el comercio, alejado, como suele estar, por sus fueros del servicio de las armas.

Habíanse alistado desde Octubre de 1792 en previsión de los sucesos de París y procurádose fondos con que atender al equipo y armamento necesarios, haciéndose de ellos, ya que no era posible en España, hasta en Suecia y Dinamarca. No fué preciso su concurso sino en 1794, al temerse la invasión que luego se verificó; pero, una vez realizada, formaron tres tercios de 8.000 hombres cada uno, de los que el primero, que debía marchar á Tolosa, no lo hizo por haber Colomera decidido no mantener aquella posición. Se situaron, pues, en la línea fronteriza de su provincia, ocupando los 12.000 hombres que al fin de la campaña de 1794 tenían organizados y armados las posiciones que descuellan entre Ondárroa, Marquina, Hermua y Campanzar, la primera de estas poblaciones en la orilla del mar, y la última frente á Vergara y dominando la carretera general de Francia.

Con esa gente, la poca que acudió de Álava, la guipuzcoana rehecha después de la retirada general del Bidasoa y alguna tropa que aún permaneció en las orillas del Deva y sus puentes, se riñeron aquel invierno varias acciones en que con rara excepción salieron siempre mal parados los Franceses. Fueron las más notables las del puente de Sasiola, el alto de Azcárate, disputado sin cesar por su posición en el camino de Azcoitia á Eíbar, y sobre todo las que cubrieron de sangre el encumbrado Musquirichu que domina por allí toda la divisoria entre el Deva y el Urola, y alguna en Madariaga y otros puntos que el enemigo observaba desde Tolosa, Azpeitia é Iciar, atento á aprovechar una ocasión favorable para dispersar aquellas que conside-

raba bandas de paisanos que al primer tiro se volverían á sus casas [1].

En uno de esos ataques, el de 27 de Febrero en Azcárate, el capitán Zuaznabar, de voluntarios de Guipúzcoa, derrotó un grueso destacamento francés, obligándole á guarecerse en su cantón fortificado de Azcoitia; adonde más tarde, en Abril, se acogía otro más fuerte aún, perseguido por el cura de Lezama hasta las mismas tapias; y muchos otros, como Areizaga, Aranguren, Lersundi y Araguistain, reivindicaban para Guipúzcoa el honor militar manchado en Fuenterrabía, San Sebastián, y todavía más en Guetaria.

Estas pequeñas victorias, que los historiadores republicanos no se atreven á negar, entusiasmaban á los vascongados que llegaron á creerse ya invencibles en sus posiciones del Deva, apoyados en lo alto de la divisoria con el Ibaizábal por el núcleo de vizcaínos engrosándose al compás del peligro que les amenazaba. Pero el ejército francés, repuesto de los estragos que en él habían hecho la miseria y la peste aquel invierno, iba dirigiendo los cuerpos de la frontera y los que le llegaban de las demás de la República hacia sus puestos avanzados frente á los nuestros. Los que aquél ocupaba en Iciar, Azpeitia y el Pirineo navarro se cubrieron de tropas que, si hostilizadas sin cesar, se hicieron en Mayo imponentes y amenazaban para un día ú otro, el menos pensado, con la irrupción de Vizcaya y Álava.

Misión del marqués de Iranda.

Entonces, con todo, principió á esparcirse por el campo francés el rumor de negociaciones que, como las emprendidas el año anterior en Cataluña por el vehículo del conde de la Unión, quedaron des-

1 ¿Son estos, decía el Convencional que acompañaba al ejército francés, los paisanos á quienes queríais atacar con 300 hombres?» Y Castelfranco escribía el 5 de Mayo al Señorío: «Contribuiré con mucha complacencia á que lleguen á noticia de S. M. y del público todos los buenos servicios que han hecho (los vascongados) y en adelante hicieren, pues deseo animar su espíritu por todos los medios posibles sin omitir la justa satisfacción de sus trabajos, que es la del honor á que se hace acreedor el que pelea con bizarría por una causa que tiene tantos estímulos.»

pués en la mayor reserva y envueltas en el más hondo misterio. El duque de Alcudia, que tanto cuidó de ocultarlas al emprenderlas y luego las tuvo secretas hasta sólo hacer mención somera de ellas en sus Memorias, donde podía haberlas justificado, encomendó tan delicada misión al marqués de Iranda que, sobre su fama de persona de talento, tenía la circunstancia de poseer gran caudal y muchas propiedades en la frontera francesa, particularmente en Hendaye, su residencia habitual en un palacio que todavía lleva su nombre. En que los Franceses deseaban la paz, no cabe duda alguna y Godoy puede vanagloriarse de ello, no por el temor que debiera España infundirles con sus ejércitos, sino porque la paz, ya lo hemos indicado, representaba para ellos el reconocimiento de su gobierno y con él la victoria que habían obtenido contra la Europa entera coaligada. Pero las primeras gestiones, las de Unión, otras aún más recientes en Cataluña y las de Iranda, partieron del gobierno español, por más que se esperase no serían mal recibidas si no se las acompañaba de exigencias como las con tanta indignación rechazadas por el general Dugommier.

Lo hemos dicho tratando de «La misión del marqués de Iranda» en otra parte [1]: «El que se avanzasen proposiciones de avenencia por el general Urrutia en Cataluña es una muestra, y elocuente, de que el gobierno español deseaba la paz, no hay para qué negarlo; mas las repulsas de Perignon, que podía muy bien ignorar los proyectos del Francés, fueron desaprobadas en París, y confrontadas las fechas prueban que ya se habían hecho por los republicanos manifestaciones que daban á conocer sus deseos de concordia con España. Las cartas de Bourgoing, último ministro de Francia en Madrid, eco razonado de las que Tallien, influído por su patriotismo ó por su célebre mujer, antes señorita de Cabarrús, escribía demostrando su

1 Nieblas de la historia patria

gran deseo y hasta su premura por la paz, prueban que hacía mucho tiempo se trabajaba para alcanzarla en las regiones oficiales y extraoficiales de la República.»

«Y nada tiene esto de extraño ni menos de admirable. La aspiración más elevada que podían abrigar los hombres de la revolución era la de su reconocimiento por el pariente más próximo del infortunado Luis XVI. El ejemplo de un Borbón dando al olvido los hechos abominables que le habían arrastrado á la lucha, del que había alzado en armas á la nación entera, indignada, lo mismo que por aquellos atropellos, por los ultrajes inferidos á las creencias y á los intereses morales de mayor respetabilidad para ella, era para halagar el orgullo y satisfacer la ambición de gloria de los má fieros enemigos del trono y de la religión.»

Y luego se añade: «Que en España se deseaba tambien la paz, no hay para qué dudarlo. Se había desvanecido la esperanza de vengar la muerte de Luis XVI, de donde había arrancado el impulso general de la opinión pública en 1793; las armas, victoriosas aquel año en las dos fronteras, se habían visto obligadas á acogerse al suelo patrio, con gloria todavía en el año siguiente, pero sin fortuna; el de 1795 ofrecía el espectáculo de las provincias limítrofes invadidas y las plazas más importantes de ellas ocupadas también, y ofrecía además el temor de que no cesase hasta el interior de la Península la marcha arrebatada de los enemigos, más numerosos cada día y reforzados más y más por el espíritu que en ellos creaban sus recientes victorias en el Norte. Los consejos, que al momento se hicieron públicos, del conde de Aranda, despreciados en el primer hervor de la opinión, fueron con eso haciéndose lugar en los ánimos, y eran muy pocos los Españoles que no los tuviesen ya por sanos y prudentes. No tiene, de consiguiente, nada de particular que se lo hubiesen también hecho en el Palacio Real, ocupado por quien tan rectas intenciones abrigaba, y que el mismo Godoy, tan batallador al principio y causando la

desgracia del de Aranda con sus ambiciones de gloria militar, buscase en la paz el medro que antes esperaba en la guerra [1].

Á Iranda se le acogió en el campo francés con todo género de consideraciones, y el 12 de Junio celebraba una conferencia con el general Moncey y el representante Meillan, en que, tratando todos de disfrazar sus intenciones, las dejaron perfectamente traslucir á sus respectivos interlocutores; pacíficas en todos también como preconcebidas y puede decirse que aprobadas ya. Para mejor disimularlas, los delegados franceses, como el español, quedaron en consultar á sus Gobiernos; pidiendo Iranda al suyo le enviara las instrucciones con nueva fecha para no quedar á descubierto en las futuras conferencias respecto á su rectitud y á la dignidad de la corte de Madrid.

No por eso cesaron las operaciones de la guerra; y en aquellos mismos días, los del 17 y 24 de Junio, era disputada la posición de Musquirichu con el mayor encarnizamiento. En el segundo, el general barón de Triest rechazó á los Franceses que, á favor de una densa niebla, trataron de apoderarse del monte, al tiempo que en otros puntos, como Ondárroa y Madariaga, el brigadier Eguía y Mendizábal los escarmentaron también, haciéndoles volver á sus cantones.

1 Véase lo que Godoy escribía al consejero Zamora, de quien luego trataremos, el 9 de Abril, antes, por consiguiente, de haberse conferido su misión al marqués de Iranda. «La paz con los Franceses, le decía, parece el único remedio que subsanará nuestros males, pero ignoramos cuál será la paz que podremos conseguir: el primer artículo del tratado deberá ser reconocer á la República, ¿pero quién nos puede asegurar que la República existirá? Vencido este paso y sacrificada la autoridad del rey para conservar las vidas de sus vasallos, entramos en otro paso no menos duro y es, qué responderemos á las Cortes que se quejen de nuestra mala conducta y dirijan sus armas contra nosotros. Pudiéramos rebatirles uniendo las nuestras con las de los Franceses; pero ¿quién nos asegura de su constancia? ¿Y el ejército que obrase á la par con ellos, sería tan fiel á su rey que no violase sus leyes con la perversión de máximas? Y suponiendo que fuésemos victoriosos en la alianza, ¿quién fiaría luego en ese ejército que había sido compañero del de los Regicidas?»

Pasan los Franceses el Deva.

Pero aumentando su fuerza por días y acaso para imponer condiciones más ventajosas en la negociación comenzada con Iranda para la paz, el general Moncey proyectó un ataque á la línea española para el día 28, en que, rota por cualquiera de los puntos sobre los que se intentaba, colocase al ejército de su mando en la izquierda del Deva y en disposición de invadir las provincias de Álava y Vizcaya. El general D. José Simón de Crespo, segundo de Castelfranco, que mandaba en aquel territorio, adivinó el proyecto de Moncey y se preparó á resistir sus ataques estableciendo más fuerzas en Villarreal, Elósua y Musquirichu, adonde supuso se dirigían principalmente; pero, contra lo que él esperaba, los Franceses, simulando, es verdad, el avance sobre aquellos puntos y aun haciéndose dueños de Madariaga, atacaron con el mayor golpe de sus fuerzas la posición de Sasiola, envolviéndola con las que vadearon el Deva agua arriba y agua abajo del tan disputado puente. De allí se extendieron inmediatamente á Berriatúa, Marquina y Motrico; teniendo así Crespo que recoger las tropas de todos los puntos ocupados en la derecha del Deva, y él desde Villarreal y Zumárraga retirarse por el alto de Descarga á Vergara y, por fin, á Mondragón, combatiendo á veces y escarmentando algunas á sus impetuosos perseguidores.

Los Españoles habían combatido bizarramente en aquella jornada, lo mismo que los destacamentos de tropas de línea que Crespo mantenía en cada puesto, los Vascongados, mucho más numerosos, y á que servían aquéllos de núcleo para comunicarles en lo posible su organización y espíritu militar; pero los Franceses, con muchas fuerzas y maniobrando más reunidos y siguiendo un plan bien meditado en combinación unas con otras se hicieron irresistibles.

No hay sino acordarse de la respuesta dada al general Schérer por la Convención para comprender las proporcio-

nes que ésta se había propuesto dar á la guerra en los Pirineos occidentales y los refuerzos y medios que enviaría al ejército, ya que tanto los escatimaba al que combatía en el otro extremo de la frontera.

Acción de Irurzun.

Ya hemos indicado que el movimiento emprendido por los Franceses era general, extendiéndose, por lo tanto, á Navarra, donde por los mismos días acometieron el cortar la línea española que se apoyaba por su izquierda en las posiciones guipuzcoanas inmediatas á Villarreal y Zumárraga y por su derecha en la plaza de Pamplona.

El punto central, notablemente adelantado y vigilando los cantones franceses y sus comunicaciones, era Lecumberri, y á él se dirigieron en combinación cuatro columnas que, saliendo de Tolosa, Hernani y Santesteban, atacaron y se propusieron envolver la posición española, cuyos defensores se retiraron previamente á Irurzun, centro también de la segunda línea, ya de antemano establecida.

Trataron los Franceses de forzarla y de envolverla también, dividiendo su fuerza en las mismas cuatro columnas, obligadas antes á marchar reunidas hasta Latasa, á fin de pasar el famoso desfiladero de Las Dos Hermanas. Nuestros compatriotas hubieron, lo mismo que antes, de abandonar su nueva posición, no sin pelear la caballería con los invasores durante largo rato, hasta que, acometida por los infantes franceses que llevaban á la cabeza á Harispe con sus Vascos y después de herido el general Horcasitas, se replegó al cuerpo principal de los suyos. Aún proseguían los republicanos su ataque cuando la columna de granaderos provinciales de Castilla la Vieja se lanzó bayoneta calada sobre ellos, dispersándolos hasta que, reforzados con todas las tropas que apoyaban su movivimiento, volvieron á la carga que los generales Escalante y Filangieri rechazaron valientemente hasta obligar á los

que la daban á refugiarse en su recién conquistado Irurzun y aldeas y posiciones inmediatas [1].

Uno de los caracteres más notables de aquella campaña y en general de toda la guerra, fué el de las interrupciones que sufrían sus movimientos después de uno que parecía hubiera de ser decisivo si se continuara con el ímpetu con que se había iniciado; y después del paso del Deva el 28 de Junio y de la ocupación de Irurzun el 6 de Julio, las operaciones de los Franceses, cuando puede decirse que estaban sus soldados á la vista de Vitoria y Pamplona, sufrieron una interrupción de varios días.

Siguen las conferencias de Iranda.

No bastó, con todo, para que las gestiones del marqués de Iranda pudieran tener una solución, satisfactoria ó no. Porque la Convención, esperándola mejor de las operaciones de su ejército, no se apresuraba á enviar su delegado con poderes suficientes para arreglar un tratado de paz, ni Godoy, que sólo deseaba por el pronto la suspensión de hostilidades en aquella frontera por tener principalmente encomendadas las negociaciones diplomáticas á D. Domingo Iriarte en Basilea, se apresuraba á enviar á Iranda las nuevas instrucciones que éste le había pedido desde Hernani el 14 de Junio. Y como los deseos de Godoy eran lo que menos querrían satisfacer los republicanos que esperaban de sus triunfos mejores condiciones que las que pudieran obtener por los procedimientos de la diplomacia, el papel de Iranda se hacía cada vez más desairado y más difícil de representar. Los mismos Franceses debieron reconocerlo así; porque, ya sea por no hacerlo hasta bochornoso ó por contemporizar con el gobierno español mientras se acordaba la paz en Suiza, la comisión ejecutiva de la Convención envió á la frontera, como delegado plenipotenciario suyo,

1 Beaulac disfraza esta derrota con una palabra, gráfica en los escritores franceses para casos semejantes. «Harispe rentra dans Aizcorbe.» Por supuesto que sus bajas fueron insignificantes.

al general Serván, ministro de la Guerra, como recordarán nuestros lectores, que había sido de la República. El marqués de Iranda, aunque privado de las últimas instrucciones de Godoy y sin la autorización que había creído necesaria, quiso entablar nuevas conferencias, las para que se creía haber sido destinado, con el que él llama en sus cartas y despachos el caballero Serván, que no quiso pasar de Bayona por no comprometerse, sin duda, en pasos que pudieran inspirar á nuestros delegados y gobierno demasiada confianza. La conferencia, con eso, celebrada el 30 de Julio, en que Iranda ofreció á Serván proposiciones que le hacen mucho honor por el patriotismo que revelan, controvertidas por su interlocutor con más cortesía que intención de que se hicieran inmediatamente efectivas, no podía conducir á nada práctico, ya que el plenipotenciario francés sabía que se estaban discutiendo iguales ó semejantes en Basilea, donde ya se habrían quizás fijado, como, con efecto, había sucedido el 22 de aquel mismo mes, es decir, ocho días antes de tener lugar la visita á que nos estamos refiriendo.

Con estos antecedentes fácil es de comprender que Serván no accedería á lo que principalmente deseaba Godoy y con celo tan laudable pretendía alcanzar Iranda, á la celebración de un armisticio que detuviera á las tropas francesas en su marcha invasora sobre Vitoria y sobre Miranda después, cuya sola noticia habría de alarmar á los Españoles del centro de la Península y exigir después mayores sacrificios para contenerla, ó en último término, estorbarla. Serván debió compadecerse de la situación de Iranda cuando después de discutir largamente sobre unas condiciones que ciertamente no llevaban á la paz, tan deseada por ambas partes beligerantes, se resistía á la única ya necesaria y urgente para España, la de la suspensión de hostilidades. No quería negar la conveniencia, hasta llegaba á condenar la guerra y ofrecía trasladarse al tea-

tro de las operaciones, cuya paralización decía, sin embargo, depender tan sólo del gobierno supremo de Francia; pero todo, repetimos, por pura cortesía y para ganar tiempo [1].

Y, mientras, el general Moncey procuraba con sus operaciones ayudar á los propósitos tan hábilmente encubiertos por su colega Serván para desorientar á Iranda.

Invasión en Álava y Vizcaya.

Situado el general Crespo en Salinas de Leniz para apoyar su nueva línea de Elgueta á las alturas de San Antonio, dispuesta para impedir la marcha de los Franceses sobre Vitoria, parece que debía tenerlo asegurada cuando la pérdida de Irurzun, cortándole su comunicación y su enlace con las tropas de Navarra, le obligó á, después de disputar al enemigo las posiciones avanzadas de la capital de Álava, dirigirse á Bilbao, creyendo así distraerle de su avance sobre el Ebro. Y, con efecto, el 17 de Julio se hallaba en Bilbao; pero no para enardecer la defensa de Vizcaya según pedía la Diputación que le ofreció hombres, raciones y dinero para continuarla, sino para trasladarse á Pancorvo á oponer nueva resistencia á los Franceses en aquel formidable desfiladero.

Pero es que se había expedido en Madrid una Real orden, la de 9 de aquel mes de Julio, en que, á vueltas de agradecer los servicios del Señorío y de prometerle todos los refuerzos posibles para su conservación y defensa, se le prevenía que «si la desgracia llegase á poner las armas de los enemigos en el país, *capitularan los pueblos por medio de sus cabezas*», retirándose la Diputación á medida que lo hiciese el ejército y sin abatirse su nobleza con

1 En el apéndice núm. 4 haremos preceder al tratado de Basilea, la conferencia de Iranda con Serván, no sólo para que se observe cuán distintos eran los puntos de vista de los negociadores de España y Suiza, sino que también para que se forme juicio, si aun es necesario, de la conducta torpe y doble del que, aun así, ostentaba poco tiempo después el pomposo título de Príncipe de la Paz.

adversidades momentáneas de restablecimiento no distante y á cuyo objeto se dirigían todos los cuidados del Rey.

«He aquí, se ha dicho en otra parte, el lenguaje mismo de Godoy á los gobernadores de San Sebastián y Pancorvo para que entregasen aquellas plazas en 1808.»

El consejero Zamora.

Y es que se hallaba en el cuartel general del ejército aquel Sr. Zamora, de quien hicimos mención como agente oficioso de Godoy en el de los Pirineos orientales y auditor general ahora, ó mejor dicho, emisario á la manera de los de la Convención en el de los occidentales; aún más, espía del valido para con los generales descontentos de él en el ejército, que ya eran muchos. Con decir que dudaba de la conveniencia de vencer á los Franceses, no fuera, escribía en uno de sus despachos, á hacerse más difícil la paz con la herida que recibiesen en su amor propio, está calificado el hombre [1].

El valor y el patriotismo de Zamora iban dirigidos, mejor que á combatir á los Franceses, contra los Vascongados y sus instituciones, que odiaba con todo su corazón. Así es que su correspondencia respira ese rencor y la aspiración de desplegarlo con toda la fuerza posible en ocasión, en concepto suyo, tan oportuna. No era, por suerte, ésa la opinión de Godoy que, sin obedecer á la ojeriza de Zamora y escuchando la defensa que de aquellas provincias le hizo Iranda en una larga y fundada comunicación y más acaso la voz de su propia conciencia, no intentó siquiera

1 La correspondencia de Zamora con Godoy es de lo más peregrino que pueda leerse. Poco deberían importarnos las opiniones del D. Bernardo; pero entre las cartas del favorito se hallan algunas que revelan la torpeza y la falta de buena fe de que tantas pruebas dió en el tiempo de su gobierno. He aquí lo que decía en la ya citada de 9 de Abril de aquel año á su famoso delegado. «Cultívese por parte de V. S. y por la de Sangro la amistad del general enemigo y de sus agentes, pidiéndoles ampliaciones sobre las ideas de paz; pero le advierto que en esta indecisión se tenga la mayor vigilancia sobre las operaciones militares y que se haga uso de nuestra misma imposibilidad, no atacando sino en el caso de esperar buen suceso, procurando hacerles creer que nuestra quietud depende de la esperanza de ser sus buenos amigos.»

tomar providencia contra ellas [1]. Él mismo había dictado su desarme; un conflicto ahora, sólo aprovecharía á la Francia y se decidió por atribuir la derrota sufrida en aquella campaña al ejército, aunque sin razón alguna que justificase sus impremeditadas iras.

Por el contrario, nuestras tropas demostraron en aquellos días cuán aventurados eran los juicios que el valido hacía de su patriótica abnegación. Si resultaban vencidas, nó se debía á falta de valor en ninguna de sus clases, sino que, aumentado el número de sus enemigos en proporciones que bien hace comprender el pensamiento de la Convención al dedicar todos sus esfuerzos á vencer en los Pirineos occidentales, se hacía imposible la resistencia de los Españoles, desatendidos de su gobierno. Pero en aquella última parte de la campaña fué precisamente en la que nuestros soldados demostraron con mayor elocuencia hasta dónde llegan sus condiciones militares, aun en medio de la desgracia, por abrumadora que sea como entonces.

Acción de Ollaregui.

Los Franceses necesitaban después de la jornada de Irurzun, además de romper la comunicación de las dos alas del ejército español, abrirse paso á la plaza de Pamplona, para cuyo sitio hacían sus preparativos en Bayona varios oficiales de ingenieros con el después tan célebre Marescot á su frente. El general Willot había salido el 13 con una fuerte columna en dirección de Vitoria por la Burunda, que fué sometiendo con todos sus pueblos, Villanue-

1 En carta de 10 de Agosto le decía Zamora: «Si á esta paz siguiese la unión de las provincias vascongadas al resto de la nación, sin las trabas forales que las separan y hacen casi un miembro muerto del reino, habría V. E. hecho una de aquellas grandes obras que no hemos visto desde el Cardenal Cisneros ó el gran Felipe V.» Y continuaba enumerando las ventajas de tal providencia.

Godoy contestó después: «Descuide V. S., mi querido Zamora; creo que quien tiene el derecho impondrá la ley, aunque se resistan á ella. Estas cosas son graves y del momento, perderíamos más si nos diésemos por entendidos. Conviene que se continúe esta expedición.»

va, Alsasua y Salvatierra, los principales de ellos, reuniéndose en aquella capital con Dessein, que la había ocupado el 15. Digonnet, que quedó en Irurzun para encaminarse á Pamplona, emprendió la jornada el 20, comenzándola y terminándola á la vez con el ataque de la posición de Ollaregui, que tenían ocupada una compañía de Úbeda y algunos voluntarios navarros. No era difícil la empresa contando el general francés con dos batallones de granaderos y cazadores á la mano y la fuerza toda de su brigada con otras más de reserva. El collado de Ollaregui fué, así, conquistado en poco tiempo, aunque con muchas bajas; pero, al descender del otro lado, los republicanos se hallaron con los dos primeros batallones del regimiento de África que acudían en auxilio de sus compatriotas. La arremetida fué terrible; y he aquí cómo la describe la historia de aquel cuerpo que aún no hacía un año salvó á su coronel, duque después de Bailén, en el Calvario de Urrugne por esfuerzos tan extraños como heroicos. «Tenían los Franceses, dice, grande superioridad numérica, y el sentimiento de ella, unido al del ascendiente que habían obtenido ya sobre nuestras tropas, les hizo redoblar sus esfuerzos con aquel impulso de ira que convierte el valor en temeridad. África, inquebrantable como una columna de diamante, resistía á pie firme las furiosas embestidas del enemigo y contestaba con un fuego regular y mortífero al terrible que contra él fulminaban los republicanos. En lo más encendido del combate cae atravesado de dos balazos el nuevo coronel de África, D. Agustín Goyeneta, y queda también herido el teniente coronel D. José González Acuña. Estas desgracias no arredran al veterano regimiento. Nuevos y abundantes refuerzos llegan á nutrir las filas francesas, y África se halla envuelto en doble círculo de fuego y de bayonetas. Pero semejante á un león acorralado que siente aumentar sus fuerzas á medida que se acercan los cazadores, así el antiguo tercio de Sicilia cobra bríos en propor-

ción de la magnitud y perentoriedad del peligro. El heroico Goyeneta, haciéndose superior á sus dolores, se levanta del suelo, y colocándose á la cabeza del regimiento, se lanza á la bayoneta sobre el enemigo. La matanza fué espantosa, y por un instante vacilaron las compactas columnas francesas; pero la fortuna, enemiga en este trance del valor, hizo que una tercera bala alcanzase á Goyeneta y le derribase en tierra moribundo. El teniente coronel cayó en poder del enemigo, y el mayor de África experimentó la misma infausta suerte. Podía creerse que este cuerpo había agotado todos los recursos, no sólo de la intrepidez, sí que también de la desesperación, y que sin jefes ya, y circundado por los enemigos, acabaría por sucumbir bajo su destino fatal. Sin embargo, no fué así; en las grandes ocasiones brillan los hombres extraordinarios, y el denonado Goyeneta tuvo un digno imitador en el capitán D. Juan Aguirre. Este valiente oficial toma el mando del regimiento, reanima á sus soldados con breves y elocuentes frases, y los lleva otra vez sobre las bayonetas republicanas. Mas habiéndose adelantado este jefe para dar el primer ejemplo en el peligro, se vió repentinamente rodeado por tres granaderos franceses. Aquel hombre, dotado de un alma impasible y de un brazo hercúleo, conserva su serenidad en este peligro extremo: aséstale un bayonetazo en los riñones uno de los granaderos franceses, pero Aguirre le contesta con un sablazo que le tiende bañado en su sangre; redoblaron entonces su ira los otros granaderos, pero el valiente español, esgrimiendo su formidable arma, hirió á los dos y les obligó á huir de una muerte casi infalible.»

«Tales y tan épicas hazañas no bastaron sin embargo á contrabalancear el número siempre en incremento de los republicanos. África, precisado á retirarse, abrió á bayonetazos una ancha brecha en las filas enemigas, y pronunció su movimiento vía de Izarve. Cargáronle en la retirada los Franceses con ímpetu indecible, pero el veterano cuerpo,

fiel sucesor de aquella infantería española que derrotada en Ravena, eclipsó con su conducta las glorias de los vencedores, siguió retrogradando y defendiéndose hasta tocar el mencionado pueblo de Izarve. Acudieron á este punto otros cuatro batallones españoles; pero África, sintiendo este inesperado auxilio, no quiso ceder á nadie el lauro de la victoria; recobra súbitamente la ofensiva, y abalanzándose contra los agresores, los fuerza á replegarse sobre las primeras cumbres que habían conquistado en aquel tremendo día. El ejército entero hizo justicia al brillante comportamiento de África, y pasó como válida y fundada la opinión de que sólo la resistencia de este cuerpo pudo salvar muchas importantes líneas.»

La de Miranda.

En la situación en que quedaron los dos campos de Navarra aquella noche, en esa permanecieron en adelante, demostrando así los Franceses el efecto que había producido en el suyo la conducta de nuestras tropas. Y lo que allí, poco más ó menos, y el mismo día sucedió en Miranda, por cuyo puente pasó el Ebro la brigada Miollis, que fué rechazada en la tarde por varios destacamentos de tropas, un escuadrón de Guardias de Corps y algunos grupos de Burgaleses y Riojanos, hasta hacérselo repasar con bastantes bajas y, entre ellas, la de Mauras, jefe de la media brigada de los cazadores de las Montañas que tanto se había distinguido en aquella guerra. Había llegado el general Crespo de su expedición á Bilbao y con tal oportunidad que podía considerarse con eso cerrado á las tropas francesas aquel paso importantísimo para su invasión en Castilla.

Tratado de Basilea.

En las mismas horas del 22 de Julio en que se reñían estos combates firmaban en Basilea D. Domingo Iriarte y M. Barthelemy el tratado que iba á poner término á la guerra que por tres años había hecho teatro de sus estragos las comarcas más bellas de la frontera pirenaica. Ratificado el 1.º de Agosto por la Convención y por

el rey de España el 4, llegó el 5 la noticia al ejército francés, cuyos generales y representantes se apresuraron á comunicarla á nuestras autoridades, celebrándose con la mayor efusión, al parecer, en los dos campos.

En ese tratado, además de declararse la paz, amistad y buena inteligencia entre el rey de España y la República, se estipulaba que ésta devolvería todas sus conquistas, hechas durante la guerra, evacuándolas sus tropas en los quince días siguientes al canje de las ratificaciones. En cambio el Rey cedía y abandonaba en toda su propiedad á la Francia la parte española de la isla de Santo Domingo, cuya guarnición la entregaría á las tropas que la República enviara á ocuparla. Los prisioneros de ambas partes, y se incluía en ellos á los Portugueses, así del ejército como de las armadas respectivas, se devolverían sin consideración á número ni calidad, y se aceptaba la mediación del rey católico, así para con la reina de Portugal y los reyes de Nápoles, Cerdeña é infante duque de Parma y los demás Estados de Italia para el restablecimiento de la paz, como para con las demás potencias beligerantes que quisieran entrar en negociaciones con el gobierno francés.

Á esas estipulaciones, que son las más importantes del tratado, se añadieron otras secretas por las que España se comprometía á permitir á la República la extracción de España durante seis años de yeguas y caballos padres de Andalucía y ganado lanar en número, éste de 1.000 ovejas y 200 carneros por año [1].

Ese convenio produjo en toda Europa honda sensación, aun siendo precedido del de 5 de Abril, también celebrado en Basilea, en que el rey de Prusia cesó de formar parte de la Coalición, dando fin á la guerra, con tanto ardor iniciada contra los Franceses en las márgenes del Rhin. No hay para qué decir la que causó en Austria, cuyo soberano, con el de España, se creía más interesado en la continua-

1 Véase en el apéndice, ya citado, núm. 4 el tratado íntegro.

ción de una lucha emprendida por causas, entre las que eran las más influyentes la del parentesco que los unía con la familia destronada y tan cruelmente tratada por la Revolución, la pérdida, que era de presumir, de los Países Bajos, y la ambición manifiesta del gobierno republicano de llevar sus límites al Rhin por la parte de Alemania. Pero donde la paz de España hizo mayor impresión fué en Inglaterra que, como invulnerable en sus estados de Europa, ni podía consentir la anexión de Bélgica y Holanda á la República francesa, ni avenirse á hacer cesar unas hostilidades de que esperaba el dominio incontestable del mar en todas las regiones del globo. El desastre de Quiveron, por otra parte, desacreditándola ante los partidarios de la monarquía legítima, tan horriblemente maltratados en aquella jornada y clamando contra Pitt, obligaba á éste á redoblar sus esfuerzos y mantener el espíritu del Gobierno austriaco facilitándole, como lo hizo, subsidios considerables con que continuar la guerra.

Francia era la más beneficiada con el tratado de Basilea, de cuyas ventajas era la menor la de la adquisición de Santo Domingo. El reconocimiento de la República por la nación que pasaba por más monárquica, añadido al de la Prusia, daba á la Convención, no sólo el carácter de un Gobierno nacional respetado y digno, sino que glorioso también, ya que lo debía principalmente á su triunfo sobre la Europa entera sublevada contra él. Nada, pues, más fácil de comprender que su aspiración á la paz y nada menos de extrañar que los avances hechos por medio de Bourgoing á fin de obtenerla, rechazando, sin embargo, imposiciones como las que Godoy le había dirigido en alguna ocasión que ya hemos recordado. En Francia, de consiguiente, es donde obtuvo más aplausos el tratado de Basilea [1].

1 En la sesión celebrada por la Convención nacional el 11 Thermidor (29 de Julio), al dar noticia de la paz el C. Treilhard, dice el acta: «Elévanse aplausos por todas partes; la voz del orador se cubre con los gritos de *viva la repú-*

El pueblo que lo recibiría con sentimientos más diversos era el español, influído siempre por tantas opiniones como individuos se detuvieran á examinarlo. Ha pasado cerca de un siglo de cuando la publicación de aquel convenio debió halagar ó herir las fibras del patriotismo español y todavía, al recordarse, suscita las polémicas más vivas.

Un historiador que en España goza de favor, más ó menos merecido y que no queremos ahora calificar, en la opinión pública, D. Modesto Lafuente, dice al emitir su juicio en ese punto: «Ciertamente ninguna potencia de las que en aquel tiempo, antes ó después de este ajuste, concertaron paces con la República francesa, lograron hacerlo con menos sacrificio y con condiciones menos gravosas que España; porque sacrificio no podía llamarse la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo, que estaba siendo una carga para la nación, y de hecho se podía ya considerar como abandonada por los principales colonos; y esto á cambio de la evacuación completa del territorio de la Península, con la devolución hasta de los cañones y pertrechos de guerra que existían en las plazas que habían de restituirse, al tiempo de firmarse el tratado. No hallamos por lo mismo la razón en que pudieron fundarse los que calificaron esta paz de *vergonzosa* para España. No la consideran así los historiadores franceses de más nota.»

Esto último no tiene nada de extraño; pero allá va la opinión de un hombre de Estado de nuestro país, el marqués de Miraflores, que cuatro años después, en 1862, de-

blica. El entusiasmo se prolonga y los aplausos se repiten muchas veces.» En la sesión del 14, en que se debía ratificar el tratado, Vallée presentó una proposición para que España devolviese los buques de guerra cogidos en Tolón y que guardara todavía en su poder, proposición que fué acogida con murmullos violentos que interrumpían al orador; y la de Delacroix para que se fijasen los límites de ambas naciones en la divisoria de aguas de las vertientes respectivas, combatida por Cambacéres, provocó la votación del convenio que «fué adoptado por unanimidad, dice el *Moniteur*, y entre los más vivos aplausos y gritos repetidos de *viva la república*». Bien decidida estaba la opinión.

cía lo siguiente en su «Breve Reseña de los hechos acaecidos en España durante la gobernación de los reyes de la Casa de Austria y de Borbón hasta la muerte del señor Don Fernando VII»... el resultado (de la guerra) fué bien funesto á España, porque después de tres años y medio de inmensos sacrificios de sangre y dinero, los Franceses arrojaron nuestras tropas de su territorio, ocuparon parte de las Provincias Vascongadas en 1795, entraron por Cataluña y tomaron la importante plaza de Figueras, que conservaron hasta el año siguiente de 1796, que nos la devolvieron por la vergonzosa paz que se concluyó con condiciones aún mucho más humillantes, cuales fueron, además de la cesión que España hizo de la parte española de la isla de Santo Domingo, la de que había de entregar también á la Francia 28.000.000 de pesos fuertes y darla 16.000 hombres de infantería y 6.000 de caballería, y además 15 navíos de línea con la tripulación correspondiente, siempre que Francia tuviese guerra con cualquiera otra potencia» [1].

Si transcurrido tan largo espacio de tiempo asoman todavía por los horizontes de la historia, que debieran ser reflejo fiel de la más serena imparcialidad, esos destellos de la pasión política y hasta personal, ¿qué no sería entonces, cuando, como ya hemos dicho, el encumbramiento de Godoy, la visible conducta de sus ciegos protectores, las desgracias ocasionadas por la guerra y el desencanto, hecho casi general, por el fracaso de aquellas aspiraciones, más generales aún, al restablecimiento del trono de Francia, á la mayor exaltación de la Iglesia y á la gloria que acarrearía á España intervención tan generosa, pusieran de manifiesto á nuestros compatriotrs la inutilidad de sus esfuerzos, la flaqueza de sus medios, la decadencia, en fin, de nación

1 Aquí se observan algunas inexactitudes; pero, entre ellas, la más grave es la de haber confundido en uno los tratados de Basilea y de San Ildefonso celebrado, este último, más de un año después, el 18 de Agosto de 1796, en que, aun cuando no las mismas, se acordaron las condiciones verdaderamente onerosas para España á que se refiere el marqués de Miraflores.

tan poderosa pocos años antes? Sin embargo, la opinión general acogió con regocijo la noticia de la paz, teniendo por baladí la cesión de Santo Domingo y saboreando con gusto el beneficio de ver luego á los enemigos fuera del suelo patrio y la cesación de los sacrificios que imponía guerra tan larga y, sobre todo, amenazando con tomar por teatro el corazón de la monarquía. No se le escatimaron, pues, á Godoy los plácemes y las lisonjas, tan bajas algunas, como las que le dirigían, desde el ejército, su confidente y amigo Zamora, y en la corte cuantos bebían en la copiosísima fuente de sus favores [1].

Sus consecuencias.

De las consecuencias del tratado de Basilea, que fueron varias y algunas muy trascendentales, la más inmediata y que, á lo visto, urgía ya, fué la elevación de Godoy al rango y título de Príncipe de la Paz, con que desde entonces ha sido conocido en el mundo y en la historia, á la que acompañó en la *Gaceta* una lista de gracias y mercedes que comprendía cuatro consejeros de Estado, uno con honores y sueldo de tal, que era la de Iriarte, y tres con los honores tan sólo; una de grande de España y tres con honores; un Toisón de Oro; siete grandes cruces de Carlos III y 28 cruces supernumerarias; 10 bandas de María Luisa, 36 llaves de gentilhombre de todas clases y una mayordomía de semana. Esto era en cuanto al estado civil y cargos palatinos; que para el ejército se nombraron tres capitanes generales, Campo de Alange, Castelfranco y Urrutia (cayó en olvido ó, por mejor decir, en desgracia, D. Ventura Caro [2]); 26 tenientes generales, 46 mariscales

1 Le escribía Zamora que un general francés que entró en Pamplona, había declarado ser el ministro español merecedor de que se le levantase una estatua por la conclusión de la paz; y contestaba Godoy: «Veo cuanto V. S. me dice y quedo lleno de satisfacción al ver que mi concepto está más arraigado en Francia que en España, y esto es lo que necesito, porque aquí mandaré en fuerza de la ley y allí seré obedecido por confianza y amistad.»

2 Y estuvo para caer Castelfranco por haber pedido á Caro volviese á mandar el ejército de los Pirineos occidentales, con lo cual disgustó sobremanera al favorito.

de campo, 79 brigadieres y, como ahora se dice, *la mar* de coroneles y demás clases de jefes y oficiales de todas armas. Para la armada hubo su parte proporcional, siendo promovidos al empleo de tenientes generales 10 jefes de escuadra; á éste 12 brigadieres y al de brigadier 25 capitanes de navío.

Tal promoción, nunca vista, sin contar, aún así, con las no escasas hechas durante la guerra y las que todavía fueron después publicando las *Gacetas* sucesivas para obviar olvidos ó atraerse nuevas voluntades, debió obedecer en gran parte al empeño de formar, con el reconocimiento de los agraciados, un partido numeroso favorable al flamante Príncipe, ó al de que, así, no se extrañara una merced, como la que á él se otorgaba, desconocida en país en que sólo se reconocía tal título en el heredero de la corona. Algo tocó á los pueblos, aliviándolos de cargas que había impuesto la guerra y que, por desgracia, pronto volverían á caer sobre ellos. Nadie puede, en justicia, negar las intenciones de Godoy que, después de todo, no debían ser otras que las de hacer olvidar su origen y extraordinarios medros con una administración benéfica y prudente; pero negábale la fortuna los medios de conseguir objeto tan laudable, preparándole, en cambio de tantas satisfacciones de su ciega fantasía y locas ambiciones, las amarguras que habrían de extender su fatal influjo hasta los más severos juicios de la opinión y, después, de la Historia.

Todavía buscó por el camino de la clemencia el borrar la memoria de actos verdaderamente tiránicos á que se había entregado dejándose llevar del odio que en su corazón crearon la independencia de carácter, la rectitud y el talento de quienes él tomaba por enemigos personales y pretendía hacerlos pasar como del Rey. El destierro en que yacía el conde de Aranda, era para despertar en el más orgulloso ministro remordimientos que le devolvieran la serenidad de espíritu que debe cernerse siempre sobre las altas

esferas del gobierno; y aun cuando Godoy pugnaba y ha seguido después pugnando por establecer diferencias entre la situación comparada de 1794 y 1795, no cabe duda en que no se pudo eximir de atemperarse á los mismos razonamientos y seguir los consejos dados por el ilustre veterano en el Consejo de Estado y á presencia del soberano. Aun así y procurando hacer olvidar conducta tan arbitraria, Godoy logró arrancar del Consejo la declaración de que *el Conde no había satisfecho á los cargos* que se le dirigieron, dejando así y aunque sin otra sentencia, comprometidos intereses tan altos como el de la justicia, el de la dignidad real y el del propio honor de tribunal tan respetable, puesto con ocasión como aquélla á los pies del prepotente valido. De ese modo se permitió al de Aranda trasladarse á sus estados de Epila, en Aragón, donde moría el 9 de Enero de 1798, llorado de aquellos leales moradores, á quienes llenó de beneficios hasta sus últimos momentos.

Para entonces guardó el Gobierno los elogios que merecía el Conde, estampándolos, como era costumbre de aquellos tiempos, en la *Gaceta*, pero sin la enumeración completa de los muchísimos y eminentes servicios que había prestado á la patria en su dilatada carrera militar y política. «¡Contraste singular por cierto!», dice el Sr. Muriel en su Historia manuscrita de Carlos IV.» El político hábil que previó los males de la patria; el consejero fiel que propuso al Rey evitarlos, el que juzgaba conveniente que cesase la guerra contra la República francesa; el que solamente por haber dado este consejo fué tratado de mal vasallo al cabo de la más brillante carrera de servicios que hubiese hecho ningún otro español de su tiempo, sale de su prisión y se encamina con ánimo sereno hacia el retiro de sus estados á pasar en ellos los últimos días de su larga y gloriosa vida, lejos de la corte de que fué ornamento y del soberano á quien sirvió siempre con lealtad y buen celo! ¡Y en ese mismo tiempo el joven valido, que le ultrajó en público

Consejo sin respeto á sus canas y sin consideración á sus servicios, tan sólo porque fué de dictamen contrario al suyo, el que castigaba como desacato al trono proponer que se hiciese la paz con Francia en tiempo todavía oportuno, la firma presuroso después de graves descalabros, á precio de una alianza funesta, y toma envanecido el título fastuoso de Príncipe de la Paz, cual si esta denominación hubiese de recordar en los siglos venideros venturas ó glorias de la monarquía española!» [1]

De las demás consecuencias del tratado de Basilea, de las que hemos calificado de muy trascendentales, no cabe tratar en este capítulo, ya que han de sentirse en tiempos posteriores y en circunstancias en que se dejarán sentir con toda su fuerza. No terminaremos, sin embargo, antes de dar nuestra humilde opinión sobre las operaciones en general de una guerra que ha sido motivo de tan encontrados conceptos militares y objeto de polémicas políticas las más ardientes.

Observaciones. Que la lucha se hizo inevitable, creemos haberlo probado hasta la saciedad, vistos los excesos de los revolucionarios franceses, sobre todo, el nunca bastante vituperado de la ejecución de Luis XVI, y tomando en cuenta la situación y circunstancias de nuestro soberano y las ideas y manera de ser del pueblo español. No era, de consiguiente, posible dejar desatendidos intereses como los atropellados en Francia que, de otra parte, se habían resuelto á defender las naciones más poderosas de Europa, algunas no tan comprometidas como la nuestra á reivindicarlos y, cuando no, á vengarlos. ¿Debió en 1794 seguirse

1 El señor Morel Fatio en una obra que aún no ha terminado sobre nuestros próceres del siglo último, ha hecho de la gran figura del conde de Aranda una como sólo la han podido pintar los enemigos de nuestro insigne compatriota ó las *précieuses;* cuya sociedad no tuvo éste la precaución de evitar en la corrompida corte de Francia cuando representaba á nuestro soberano en ella. No se trata así á hombres que, si podían pecar de galantes, encanecieron en los campos más gloriosos de las guerras de su siglo.

el consejo de Aranda y pedir el restablecimiento de la paz? También hemos dicho que ese consejo, con ser tan digno de estudio y de respeto, era prematuro, así por el estado de la opinión pública, excitada con los triunfos de la campaña anterior como por la mancha que hubiera caído sobre España y su soberano al ser los primeros en reconocer la República y hechos de que todavía abominaba el mundo entero culto y el monárquico sobre todo. Que hubo después apresuramiento en suscribir á una paz hasta el año anterior tan repugnada, no lo negaremos, aun cuando hayamos de confesar el cansancio en nuestro pueblo de una lucha de que veía no iba á sacar ya fruto alguno.

Nuestra opinión en este punto se funda, más que en razones políticas, cuya fuerza se iba ya desconociendo y dejando á un lado, en las militares, en las que nos suministra la guerra misma y su estado en los momentos en que se la hizo terminar.

Porque siempre sostendremos que fué gloriosa para el ejército español. Dió comienzo, cual se ha visto, con una felicidad que sorprendió á nuestros enemigos y nunca esperarían nuestros aliados, tan decisivos fueron los triunfos de las tropas españolas en ambas fronteras, según el papel que estaban destinadas á representar en cada una de ellas. El soldado apareció á la altura de sus generales y éstos demostraron que no se había perdido del todo la escuela en que recibieron su educación los incomparables caudillos del siglo XVI y los que, si no émulos suyos porque no era posible, habían mantenido el honor de las armas españolas en la primera mitad del que ellos ilustraban en sus postreros años. Cuando faltaron Ricardos y Caro, vinieron, es verdad, los reveses á hacer más patente el mérito de generales tan insignes; y nuestro país fué invadido por las huestes enemigas, introduciéndose entonces en él á favor también de la desconfianza en sus propias fuerzas y las debilidades y torpezas que observaba en el Gobierno, los des-

fallecimientos y las dudas hasta en los principios fundamentales de un patriotismo que la propaganda revolucionaria había logrado introducir con sus soldados y sus doctrinas.

Pero, al arreciar más y más el peligro y al conocerlo de cerca, soldados y ciudadanos se acuerdan de que son españoles descendientes de los que, sin medirlo nunca, habían ofrecido al mundo el espectáculo admirable de un pueblo resistiendo por años y centurias, no ya á los ejércitos que tenían delante, devorados por la indisciplina á que convidaba el desorden existente en Francia, sino á los mejor organizados del Pueblo-Rey, á las multitudes septentrionales y africanas y, lo que es más, á sus propias discordias, única fuerza que había logrado avasallarlos. Y el ejército de Cataluña, secundado por el pueblo, puede decirse que brotando de sus inexpugnables montañas, y con un general que él mismo se hace, según el proverbio de sus campamentos, ó por quien se deja hacer, vuelve á ser lo que en su primera y feliz campaña, venciendo sin interrupción á los enemigos y amenazándolos con invadir de nuevo su territorio. No tan afortunado el de las regiones occidentales del Pirineo, hace ver, sin embargo, que no ha muerto en él ni ha hecho más que entibiarse el antiguo ardor; con lo que el enemigo comprende que serán en adelante inútiles cuantos esfuerzos despliegue para obtener una victoria completa. Y si esto no llega á creerse, léase lo que dice un escritor francés, testigo de toda excepción de aquella campaña, el ciudadano Beaulac, que se jacta de ofrecer una relación histórica que no se parece, como no debe parecerse ninguna, al lecho de Busiris que entregaba al hierro á quien excediese de su longitud, ni al calzado de Theramene, que venía bien á todos los pies. Nuestra situación en los Pirineos orientales comenzaba á presentarse como muy crítica; y si la brillantez de la última campaña en Occidente echaba sobre nuestro platillo un peso favorable en la balanza militar, no es difícil de creer que muy pocos ins-

tantes podrían hacerlo desaparecer. Es verdad que las marchas audaces de nuestras tropas habían desconcertado al enemigo; pero también lo es que, una vez reconcentrado, podría sacar mucho fruto de las probabilidades de éxito que le ofreciera la continuación de movimientos peligrosos por su valentía misma, para cerrar el camino de la retirada á un ejército que apenas le igualaba en número y cuyos cuerpos, separados á grandes distancias, no se prestaban el mutuo apoyo necesario. Con un ejército de 25.000 hombres, sin caballos, sin subsistencia, ¿habríamos pensado formalmente en apoderarnos de Pamplona? Es probable que el valor de nuestras tropas y la habilidad de nuestros generales habrían consolidado con tan brillante esfuerzo nuestra situación en España; pero, ¿cómo calcular milagros, ni cómo la confianza más ciega puede defenderse de cualquier presentimiento contrario, haciendo frente á los obstáculos que se oponían á tal empresa? Aun suponiendo que hubiéramos logrado procurarnos las subsistencias y los transportes de que estábamos desprovistos en los poco fértiles campos que rodean á Pamplona, ó en Vizcaya y Álava que tendríamos que evacuar, ¿es probable, cualquiera que sea la inercia que se atribuye á los Españoles, es probable que con un ejército poco inferior al nuestro y pudiendo reforzarse á cada instante, fueran á dejar libre la llegada desde Bayona de los convoyes de artillería y de las municiones necesarias para un sitio tan importante? ¿Ó es que la protección que habría de darse á esos convoyes no iba á hacer precisas de nuestra parte desmembramientos frecuentes y capaces de echarlo todo á perder? Añadamos á eso que el cansancio y la pusilanimidad que, á consecuencia del 9 Thermidor, se habían insinuado en todas las esferas del Gobierno, no nos prometían en mucho tiempo otros recursos militares que los que habíamos sabido conservar. Los éxitos, pues, de la última campaña se hubieran reducido probablemente á una incursión brillante y sin fruto; y muy lue-

go, echados á nuestras primeras posiciones, habríamos visto á los conquistadores de Italia y á los pacificadores de la Vendée gastar su denuedo en la defensa de los puestos ignorados de Iziar ó Donamaría.

¿Hay nada más elocuente que esos renglones, bien tristes, eso sí, para la arrogancia francesa, cuando se tratan de examinar concienzudamente los resultados de la guerra de la República en España? Ni estábamos preparados para hacerla, ni nuestro Gobierno desplegó los esfuerzos que exigía lucha tan ruda; y, sin embargo, quedó bien puesto el honor de las armas españolas y la Convención se apresuró á aceptar, si no á proponer, una paz de que el único fruto, eso sí bien deseado á lo visto, sería arrancar á la coalición uno de los que, sin duda, consideraba como sus más robustos brazos.

FIN DEL TOMO I

APÉNDICES

NÚMERO 1.º

El autógrafo de Jovellanos acerca del conde de Campomanes, en forma de apuntes escritos á vuelapluma, comprende cuatro pliegos sueltos y un volante redactados en épocas distintas. La cuartilla que se refiere á los primeros años del célebre jurisconsulto es quizás la últimamente escrita, según puede presumirse por el carácter de la letra y mejor aún por insertarse en ella datos sobre la vida del conde de Cabarrús con la narración de sucesos posteriores á lo que supone la que ahora vamos á publicar.

Por eso, cuando en el autógrafo no consten las fechas de su redacción, seguiremos el orden que nos dicten las de los acontecimientos que se lo inspiraron al autor.

« Campomanes, dice Jovellanos en la cuartilla ya citada, iba á estudiar las prim.as letras á Santianes de Tuña, pasó desp.s á Santillana con su tío D. P.º Var.as de Sorriba, can.º dign.d de aq.a colg.a y hombre allí estimado p.r su instruc.n y capacidad, q.e cuido de su educac.n. Estudio la filosofía con los Dominicos de... »

« Salio de su lugar á los 7 1/2 a.s y no volvio á el sino una vez p.r tres dias. »

« Murio su tio á los 77 a.s de una hydropesía de humores, aunque hàbia sido spre. un hombre enjuto. »

« †. Del conde de Campomanes. 10—N.re de 1782. Vino á Madrid y entró de Pasante con el Lic.do D.n Ju.º de Amaya, abog.do q.e había sido de la Aud.a de Sev.a y suxeto de buena erudic.n y escogida literatura. Allí tomo Camp.s el

buen gusto de sus estudios. Un día concurrieron en junta Amaya, D.n Mig.l Cirel, abog.o Aragones, y otros, á tratar sobre un punto de fideicomisos, en q.e Cirel era sobresaliente. Trató este con poco aprecio á los demas, y despreció su dictamen: pero Campomanes, lo sostuvo con tan buenas razones, q.n atraxo á sí al Aragones. Manifestole este que le tomaria por pasante. Camp.s dijo q.e no podia abandonar á su Mtro. p.o le ofrecio continuar su estudio p.r la tarde, y alli penetro todos los secretos de la Jurisprud.a de Aragon. A poco tiempo escribia los papeles en derecho de más cuidado p.a Amaya, y Cirel, q.e eran los dos oraculos de Madrid. Puso luego su estudio, y aunque no admitio en el á ning.n litigante de los q.e eran de sus Maestros, era tal su reputac.n q.e en el primer año de abogacia, gano 52 ℄ r.s cobrando unos derechos moderados, no instando á los malos pagadores (q.e eran muchos) y no llevando derechos á los amigos, y pobres. Cobro luego la prim.a reputac.n y fue tan diestro en la defensa de sus causas q.e vencia en ellas, en compet.a de los mas celebres profesores, quales eran, D.n Man.l de Roda, Riambau, y sus Maestros. A estos los socorrio muchas veces en sus ultimos años q.do no pudiendo ya travajar estaban casi reducidos á mendigar. El Periplo de Hannon le dio mucha reputac.n. Un exemplar q.e paso á manos de ntro. Rey, q.e entonces estaba en Napoles, estendio alla su fama, p.r q.e lo dio á leer á Mazzochi, q.e hizo de la obra altos elogios. D.n Alf.o Clem.te dio al Rey buenos informes del autor. En Esp.a no era menor su reputac.n. El marq.s del Campo del Villa, quiso hacerle Alc.de de Corte honorario, y se estendio este decreto en 1758, p.o ya flaqueaba la raz.n del Rey Fernan.do q.e al tpo. de firmar, empezó á echar rubricas sobre el decreto y no pudo correr. Durante la ineptitud de este principe fue Campomanes el Consultor de Wal p.a los arduos y delicados negocios de aquel tpo. Wal le conoció por una casualidad. El oficial de covachuela Chindolza, le oyo una

tarde á Camp.ª en la celda de su am.º Sarm.to. Desde luego formo de el una alta idea. Dijoselo á Wal, añadiendo q.e p.a arreglar el ramo de Correos era menester hacer á este asesor, y separar á Hermosilla q.e era un Ladron. Llamo Wal á Campomanes, y desde entonces le honro con su confianza, le dio la asesoria, y los mas delicados encargos. El Duque de Alva queria poner p.r asesor á D. N. Castejon, p.º Wal estuvo p.r Campomanes. Tuvo despues Campomanes toda la confianza del Duque de Alva, q.e le consultabá todos los negocios. En cierta ocasion le confio q.e habia leido en el celebre libro de Spinosa intitulado el (hay un claro) y q.e en uno de sus viages habia consultado con los filosofos F. A. de Voltaire, y J. J. Rousseau, sobre la inteligencia de su doctrina, pero q.e confesaba de buena fee, q.e ni entendía á Espinosa por si solo, ni las explicaciones de aquellos literatos le habían dado luz alg.a. Campomanes no habia leido la obra, diosela el Duque, leiola, meditola, y hizo al Duque una exposicion de su doctrina q.e le dejo lleno de asombro: p.º mucho mas el analisis exacto, y el juicio critico q.e hizo de todas las proposiciones, cosa q.e que le dio p.a con aquel personage el credito de ser el mas profundo filosofo de su siglo.»

La última cuartilla es como sigue: «Campomanes.—El llamado Duque de Braganza (oy Lafoens) leyo en Viena el Juicio imparcial al Principe de Kaunitz, volviendole al Frances en el acto mismo de la lectura. Kaunitz hizo de esta obra los mayores elogios. Asi lo dijo el mismo Duque de Lafoens á su paso p.r Madrid, q.do se retiraba á Lisboa.»

«El emperador luego que murio su Madre pidio á su embajador en España q.e le enviase un tanto de todas las providencias q.e el gobierno habia dado en el pres.te Reinado, relativo á la conservación de las regalias de su M., puntos de jurisdic.n y disciplina ccc.ca ect.»

«En el tpo. del Ministerio del Duque de Aiguillon en

el último Reinado, se iba á renovar en Francia la regalia del *exequatur,* y á la lectura del Juicio imparcial se suspendieron las provid.as ya meditadas p.a aquel obgeto. »

El volante dice: « Jueves 7 de Julio de 1762, empezo el S.r Campomanes el exercicio de la Fiscalia, hablando de repente en el recurso de fuerza q.e hacia con las provid.s el Vic.o Juez ecc.co de Madrid, y acabó hablando en otra fuerza q.e hacia el Visitador ecc.co de Madrid el viernes 9 de Mayo de 1783. Tomo posesiòn de la plaza del Cons.o y Camara el lunes 12 de Mayo sig.te y del Gov.o interino del Cons.o en 4 de Nov.re del mismo. »

NUMERO 2.º

Nota de los buques que el rey Carlos IV mandó armar para la escuadra que había de oponerse á la Inglaterra, inclusos los de la de evoluciones, que son los señalados con la letra E.

DEPARTAMENTO DE CÁDIZ

NAVÍOS	Portes.
Conde de Regla	141
San Carlos	94
Rayo	80
Astuto	64
San Ramón	64
Castilla	64
San Pedro Alcántara	64

FRAGATAS	Portes.
E. Santa Bárbara	34
E. Santa Dorotea	34
Mercedes	34

BERGANTINES	Portes.
E. Vivo	14
E. Ardilla	14

DEPARTAMENTO DEL FERROL

NAVÍOS	Portes.
Salvador	114
San Rafael	80
Serio	74
Oriente	74
Arrogante	74
San Justo	74
San Gabriel	74
San Telmo	74
E. Europa	74
San Leandro	64

FRAGATAS	Portes.
E. Juno	34
Palas	34
E. Santa Teresa	34
Santa Catalina	34

DEPARTAMENTO DE CARTAGENA

NAVÍOS	Portes.
E. San Pablo	74
Ángel de la Guarda	74
San Francisco de Asís	74
San Ildefonso	74
Firme	74
Atlante	74
Glorioso (sustituído por el Terrible)	74
Guerrero	74
E. San Fulgencio	64

FRAGATAS	Portes.
Santa Florentina	34
E. Perla	34
E. Mahonesa	34
Soledad	34

BALANDRAS	Portes.
E. Tártaro.	43

He aquí las comunicaciones con que terminó este negocio:

DECLARACIÓN DEL GOBIERNO ESPAÑOL

« Habiéndose quejado S. M. Británica del secuestro de ciertos buques pertenecientes á sus vasallos, hecho en el puerto Nootka, situado en la costa NO. de América, por un oficial que está al servicio del rey, el infrascrito consejero y primer secretario de Estado de S. M., previa la autorizacion correspondiente, declara á nombre de S. M. y de su orden, que está pronto á dar satisfaccion á S. M. Británica por la injuria de que ha formado queja, persuadido el rey de que la Majestad Británica se conduciría del mismo modo si se hallase en iguales circunstancias. Además, ofrece S. M. hacer entregar todos los buques ingleses apresados en Nootka, y resarcir á los interesados en estos navíos las pérdidas que se les hayan ocasionado, inmediatamente despues que se haya podido saber á lo que ascienden. Entiéndase que no podrá excluir ni impedir de manera alguna la última disposicion acerca del derecho que S. M. pueda pretender gozar de formar un establecimiento en el puerto de Nootka. Y para que conste firmo esta declaración, sellada con el sello de mis armas. Madrid 24 de Julio de 1790.—*Floridablanca.*»

CONTRADECLARACIÓN

« Habiendo declarado S. M. el Rey Católico que está pronto á dar satisfaccion de la injuria hecha al rey Britá-

nico por la captura de ciertos buques pertenecientes á los vasallos de S. M. en el puerto de Nootka, y habiendo firmado el señor conde de Floridablanca á nombre de Su Majestad Católica y de su orden una declaración al intento... el infrascrito embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Rey Católico, previa autorización particular y expresa de su corte, acepta la declaracion expresada y asegura que S. M. B. tendrá dicha declaracion y el cumplimiento de las promesas que comprende por satisfaccion plena y entera de la injuria de que S. M. se ha quejado. El infrascrito declara al mismo tiempo quedar bien entendido que ni la declaracion firmada por el señor conde de Floridablanca, ni la aceptacion que el infrascrito acaba de hacer á nombre del rey no debe derogar ni perjudicar en ninguna manera al derecho que S. M. podrá pretender tener á cualquier establecimiento que se haya formado, ó se quisiere formar en adelante en el expresado puerto de Nootka. Y para que conste firmo esta contradeclaracion en Madrid á 24 de Julio de 1790.—*A. Fitcherbert.*»

Á consecuencia de estas declaraciones, el 28 de Octubre firmaron ambos ministros en Madrid un convenio de ocho artículos, con que se puso fin á la disputa entre las dos cortes.

NÚMERO 3.°

DECLARACIÓN DE GUERRA Á LA REPÚBLICA FRANCESA

(23 DE MARZO DE 1793)

PROCLAMA

Entre los principales objetos á que hé atendido desde mi exaltacion al Trono, he mirado como sumamente importante el de procurar mantener por mi parte la tranquilidad de Europa, en lo qual, contribuyendo al bien general de la humanidad, he dado una prueba particular á mis fieles y amables vasallos de la paternal vigilancia con que me empleo constantemente en todo lo que puede contribuir á la felicidad que tanto les deseo, y á que los hace tan acreedores su acendrada lealtad, no menos que su caracter noble y generoso. Es tan notoria la moderacion con que he procedido respecto á la Francia desde el punto en que se manifestaron en ella los principios de desorden, de impiedad y de anarquia que han sido causa de las turbulencias que están agitando y aniquilando á aquellos habitantes, que seria superfluo el probarlo. Bastará, pues, ceñirme á lo ocurrido en estos últimos meses, sin hacer mencion de los horrendos y multiplicados acaecimientos que deseo apartar de mi imaginacion yde la de mis amados vasallos, aunque indicaré el más atroz de ellos por ser indispensable.

Mis principales miras se reducian á descubrir si seria dable reducir á los Franceses á un partido racional, que detuviese su desmesurada ambicion, evitando una guerra

general en Europa, y á procurar conseguir, á lo menos, la libertad del Rey Christianisimo Luis XVI y de su augusta Familia, presos en una torre y expuestos diariamente á los mayores insultos y peligros. Para conseguir estos fines tan útiles á la quietud universal, tan conformes á las leyes de humanidad, tan correspondientes á las obligaciones que imponen los vínculos de la sangre y tan debido al mantenimiento del lustre de la corona, cedí á las reiteradas instancias del Ministerio Francés, haciendo extender dos Notas en que se estipulaba la neutralidad y el retiro recíproco de tropas. Quando parecia consiguiente á lo que se habia tratado, las admitiesen ambas, mandaron la de retiro de tropas, proponiendo dexar parte de las suyas en las cercanias de Bayona, con el especioso pretexto de temer alguna invasion de los Ingleses; pero en realidad, para sacar el partido que les conviniese, manteniéndose en un estado terrible y dispendioso para nosotros por la necesidad en que quedaríamos de dexar iguales fuerzas en nuestras fronteras, si no queríamos exponernos á una sorpresa de gentes indisciplinadas y desobedientes. Tampoco se descuidaron en hablar repetida y afectadamente (en la misma Nota) en nombre de la República Francesa: y en esto llevaban el fin de que la reconociesemos con el hecho mismo de admitir aquel documento.

Habia mandado Yo que al presentar en Paris las Notas extendidas aqui, se hiciesen los más eficaces oficios en favor dal Rey Luis XVI y de su desgraciada Familia; y sino mandé fuese condicion precisa de la neutralidad y desarme el mejorar la suerte de aquellos Príncipes, fué temiendo empeorar así la causa de cuyo feliz éxito tomaba tan vivo y tan debido interés. Pero estaba convencido de que, sin una completa mala fé del Ministerio de Francia, no podia este dexar que recomendación é interpretación tan fuerte, hecha al mismo tiempo de entregar las Notas tenia con ellas una conexion tácita, tan íntima, que había de conocer

no era dable determinar lo uno si se prescindia de lo otro, y que el no expresarlo era puro efecto de delicadeza y de miramiento, para que haciendolo así valer el Ministerio Francés, con los partidos en que estaba y está dividida la Francia, tuviese mas facilidad de efectuar el bien á que debíamos creer se hallaba propicio. Su mala fé se manifestó desde luego, pues al paso que se desentendia de la recomendación é interpretación de un soberano que está á la frente de una Nación grande y generosa, instaba para que se admitiesen las Notas alteradas, acompañando cada instancia con amagos de que, si no se admitian, se retiraria de aqui la persona encargada de tratar sus negocios.

Mientras continuaban estas instancias, mezcladas con amenazas, estaban cometiendo el cruel é inaudito asesinato de su Soberano; y quando mi corazón y el de todos los Españoles se hallaban oprimidos, horrorizados é indignados de tan atroz delito, aun intentaban continuar sus negociaciones, no ya, seguramente, creyendo probable fuesen admitidas, sino para ultrajar mi honor y el de mis vasallos; pues bien conocian que cada instancia en tales circunstancias era una especie de ironia y una mofa, á que no podia darse oidos sin faltar á la dignidad y al decoro. Pidió pasaportes el Encargado de sus negocios: dieronsele. Al mismo tiempo estaba apresando un buque Frances á otro Español en las costas de Cataluña; por lo qual mandó el Comandante General la represalia: y casi contemporaneamente llegaron noticias de que hacían otras presas, y de que en Marsella y demas puertos de Francia detenían y embargaban nuestras embarcaciones.

Finalmente, el dia 7 del corriente nos declararon la guerra, que ya nos estaban haciendo (aunque sin haberla publicado) por lo menos desde el 26 de Febrero, pues esta es la fecha de la patente de corso contra nuestras naves de guerra y comercio, y de los demas papeles que se hallaron en poder del corsario Frances el Zorro, Capitan Juan

Bautista Lalanne, quando le apresó nuestro bergantin el *Ligero,* al mando del Teniente de Navio D. Juan de Dios Copete, con un buque Español cargado de pólvora que se llevaba.

En consecuencia de tal conducta, y de las hostilidades empezadas por parte de la Francia, aun antes de declararnos la guerra, he expedido todas las órdenes convenientes á fin de detener, rechazar ó acometer al enemigo por mar ó por tierra, segun las ocasiones se presenten: y he resuelto y mando que desde luego se publique en esta Corte la guerra contra la Francia, sus posesiones y habitantes, y que se comuniquen á todas las partes de mis dominios las providencias que corresponden y conduzcan á la defensa de ellos y de mis vasallos, y á la ofensa del enemigo. Tendrase entendido, y executarase así en el Consejo de Guerra en la parte que le toca.—En Aranjuez á 23 de Marzo de 1793.—Señalado de la Real mano.—Á. D. Pedro Varela y Ulloa.

El miércoles 27 del corriente se hizo la publicación de la guerra en esta Corte, según la fórmula establecida.

NÚMERO 4.º

CONFERENCIA DE IRANDA CON SERVÁN Y TRATADO DE BASILEA

«Excmo. Sr.: Di parte á V. E. en mi oficio núm. 24, de 26 del pasado, de la venida del caballero Serván, ministro plenipotenciario del *Comité de Salut Public* de París y de la carta que le escribí para cumplimentarle y saber en qué paraje podríamos entablar nuestras conferencias.»

«El día siguiente, 27, me escribió poco más ó menos en los mismos términos; pero antes de recibir mi carta, y viendo que en contestación á ésta no se explicaba sobre el paraje de las conferencias, como se lo había pedido, inferí de su silencio que no se quería mover de Bayona, y me transferí aquí el 29 á la noche; en la misma le hice una visita muy corta, le manifesté mis poderes; esto es, la firma del Rey nuestro Señor, para que me reconociese por el sujeto destinado por S. M. para tratar de la paz, y me retiré á mi posada.»

«El 30 me pagó la visita y me enseñó igualmente sus poderes; contentándome con reconocer las firmas del *Comité de Salut Public.*»

«Me habló inmediatamente del asunto que nos reunía, pero le advertí que no podía entrar en conferencia formal y de oficio, sin que antes me aclarase ó me manifestase su modo de pensar sobre un punto que me parecía de la mayor importancia. Nos sentamos, y le declaré que si pensaba permitir la continuación de las hostilidades ó tenía ins-

trucciones para pedir el menor desmembramiento de los dominios de S. M. en la Península, me sería imposible entablar la negociación, y le expuse una infinidad de razones que no refiero porque no pueden ocultarse á la penetración de V. E.»

«Esta declaración mía procedía de que me constaba por varios avisos y conversaciones que he tenido desde que estoy en Hernani, como ya lo tengo expuesto á V. E. en mis oficios anteriores, que la adquisición de las tres provincias era el gran proyecto, tanto de los representantes como de los generales que se hallan en esta frontera, y me confirmé más en esta idea cuando me apercibí que vacilaba bastante en sus contestaciones; pero fueron tantas las razones que le alegué, que me pareció haberle convencido que las Provincias de ninguna manera podían convenir á la Francia, si pensaba, como no lo dudaba, en una alianza cordial y perpetua con nosotros, y que las mismas Provincias quedarían arruinadas desde el mismo punto que se separasen del dominio de S. M.»

«Viendo que era preciso renunciar á esta pretensión, me propuso de compensarla con la cesión de Puerto Rico, Santo Domingo y la Luisiana, alegándome que eran posesiones que, lejos de sernos útiles, nos empeñaban en crecidos gastos, y que ya se habían dado por Iriarte algunas esperanzas al ministro Barthélemy en Basilea. Le respondí que no me hallaba con ninguna facultad para estas cesiones, y que lo único que podía hacer era informar á mi corte de sus pretensiones, y que me las pusiese por escrito, bien que me parecía imposible que el Rey se quisiese desprender de Puerto Rico y Santo Domingo.»

«En cuanto á la continuación de las hostilidades, me confesó ingenuamente que, lejos de aprobarlas, las consideraba como inútiles y perjudiciales á nuestro intento, que el Comité no tenía facultades para suspenderlas, y que por lo mismo no podían residir en él respecto de que había un

decreto de la Convención (según él muy impolítico é inconsiderado) para que nunca hubiese suspensión de armas aun cuando se tratase de paz, que manifestaría al Comité los inconvenientes de este decreto, y que lo más que podía hacer para complacerme sobre este particular era ir un día de estos al ejército, como inspector general que es, y hacer entender al general en jefe Moncey cuánto perjudicaban las hostilidades á nuestra negociación y cuánto convendría que procurase suspenderlas, mientras no estuviese provocado.

Añadió que estaba muy distante de poner dificultades á nuestra reunión, y que haría todo cuanto pudiese por sí y por sus amigos para que se verificase cuanto antes.»

«Al día siguiente, 30, muy temprano envió los papeles siguientes, que incluyo á V. E.:»

«1. Copia de la carta que escribe al *Comité de Salut Public*, dándole cuenta de nuestra primera conversación.

Otra de las proposiciones hechas en Basilea por Iriarte á Barthélemy.

Otra de dos artículos que parecían haberse acordado entre aquellos negociadores; advirtiéndome que estas dos notas se las habían dado en el *Comité de Salut Public*.»

«Inmediatamente que los recibí, los examiné con todo cuidado, y le contesté con la adjunta nota, número (no lo pone) en la que le hago ver:

1.º... La ninguna verosimilitud de lo que puede haberse negociado en Basilea.

2.º... Que en los papeles nada consta de las pretendidas cesiones en América, como me lo había dado á entender en la conferencia de anteayer.

3.º... Las grandes dificultades que hallaba en los tratados para que nuestra corte pudiese ceder la parte que nos queda en la isla de Santo Domingo y la oferta que le hago de escribir para que la Luisiana vuelva al poder de la Francia.

4.º... La ruina que resultaría á las Provincias libres si se separasen del dominio del Rey.

5.º... Que la tregua que propone de publicar y de tener secreto el tratado de paz después de firmado y ratificado puede ser un medio para que la España pueda empeñar á la Inglaterra á hacer la paz con la Francia, que esta negociación sería larga é incierta en sus resultas, que la España en este caso no disfrutaría de las ventajas del tratado que hubiese firmado, que se vería precisada de quedar siempre armada como lo está ahora, y que convendría que las tropas francesas tomasen entretanto sus cuarteles en las cercanías de San Sebastián y de Figueras.

6.º... Que si se malograse la mediación del Rey con la Inglaterra para la paz, la España quedaba expuesta á los mayores peligros con una nueva guerra marítima, si la Francia no se empeñase en la forma más solemne á verificar un desembarco en Inglaterra como el único medio de contenerla.

7.º... Que todos estos puntos eran muy delicados é importantes, y que, conviniendo no perder instante en discusiones inútiles, pasaba también á sus manos extractos simples de los artículos públicos y secretos de la paz proyectada, de que también incluyo copias, pidiéndole que los examinase y los encaminase con su correo al *Comité de Salut Public.*»

«En respuesta de esta nota me presentó el caballero Serván la contestación núm. 7, y vino en persona á entregarla;

1.º... Confiesa que en las notas de Basilea no se ha tratado de las diferentes pretensiones que la Francia quiere hacer á la corte de España.

2.º... Que no ha manifestado el tratado propuesto por Iriarte, sino para probar su insuficiencia.

3.º... Que le parece excusado de enviar por ahora al *Comité de Salut Public*, tanto los proyectos de paz como mis

notas hasta saber cuáles son las intenciones del Rey sobre la retrocesión de la Luisiana en cambio de los países conquistados en Europa, y de los gastos hechos en 1790 por la Francia para asegurar la paz entre España é Inglaterra, y sobre el cambio amigable de Santo Domingo por la isla de Tabago.

4.°... Que la cesión de la isla de Santo Domingo no se opone al tratado de Utrech, y que si en todo hemos de proceder con la dependencia de la Inglaterra, nunca podremos acordarnos.

5.°... Que en el punto de la situación de las tropas francesas, mientras durase la tregua que se propone, sería preciso añadir un artículo en el tratado y comunicarlo respectivamente á nuestras cortes, pero que nada se puede adelantar en este particular ni en los demás, hasta que yo esté autorizado para la retrocesión de la Luisiana y el cambio de Santo Domingo.

6.°... Que la idea de la tregua sería únicamente para ocultar por ahora nuestra paz á la Inglaterra, y que entretanto podríamos disfrutar de sus ventajas.»

«Pasa después á hacerme sus observaciones, como se lo había pedido á fin de ganar tiempo, sobre los artículos públicos y secretos, y son los siguientes:

ARTÍCULOS PÚBLICOS

Art. 9.°... que trata de la restitución de los bienes secuestrados, pide aclaraciones. En esto no puede haber dificultades.

Art. 11... sobre la hija del difunto rey Luis XVI, que nada se puede responder sin saber la contestación del Emperador, á quien la han ofrecido ya.

Art. 12... relativo á los condes de Provenza y de Artois y Real familia, le parece inadmisible.

Art. 13... tocante á las Cortes de Italia, la Francia aceptará la mediación del Rey en los mismos términos que ha aceptado la de Rusia para los príncipes de Alemania.

Art. 15... sobre la garantía de los Estados respectivos, exige alguna ligera mudanza, con el motivo de desearse una determinación más prudente en los límites de Europa y de la retrocesión y cambio propuestos de las dos colonias.

Art. 16... de los eclesiásticos y particulares emigrados de cualquier estado que sean inadmisible.

Art. 18... sobre la confirmación de los privilegios de los países conquistados, pide alguna interpretación, y no es de extrañar, porque todos los artículos que se le han propuesto no son más que iniciativas, y se deberán extender, como ya se le ha dicho.»

ARTÍCULOS SECRETOS

Art. 1.º... sobre cesión de hostilidades, reconoce la justicia de mis reclamaciones, repite que ni en él ni en el Comité residen facultades mediante el citado decreto de la Convención, y que escribirá nuevamente á su gobierno.

Artículos 3.º, 4.º y 5.º... sobre la política que debemos seguir con la Inglaterra después de nuestra alianza, expone que necesitan mucha meditación por no aventurarnos á una guerra intempestiva con la Inglaterra, y declara que un desembarco le parece imposible.

Art. 14... sobre las ventajas del comercio á favor de los franceses, y sobre el 15 que habla de los bienes secuestrados, desea mayores explicaciones. En esto no hay dificultad, porque, como se ha dicho en otra parte, todos los artículos propuestos en los dos tratados no son más que iniciativas que se extenderán y aclararán en términos más ó

menos favorables, según nos traten en los puntos principales.»

«Resumiendo nuestras conversaciones y escritos, lo que resulta es:

1.°... Que del tratado público, el art. 11 queda indeciso, pero se conseguirá, si el Emperador no admite la oferta que se le ha hecho, y que los 12 y 16 que tratan de la preferencia de la Religión católica, de la Real familia y de los eclesiásticos y particulares emigrados son inadmisibles.

2.°... Que los artículos 3.°, 4.° y 5.° del tratado secreto relativos á nuestra política con la Inglaterra se pueden mirar como inútiles en las circunstancias actuales, respecto de que confiesa ingenuamente la imposibilidad del desembarco, que era el único medio de obligarla á llamar todas sus fuerzas, á fin de no pensar más que en su propia defensa, cuya imposibilidad consiste, no en la falta de soldados, sino en la inferioridad y estado deplorable en que se halla su marina.

3.°... Que hace el mayor empeño, como lo he notado en sus conversaciones, en conseguir la cesión de la Luisiana y de la parte española de Santo Domingo, sin embargo de las dificultades que le he explicado con el tratado de Utrech y la inutilidad de la isla de Tabago que nos ofrece.»

«Ese es, Excmo. Señor, el resultado de cuanto hemos tratado hasta ahora; pero me es bien difícil formar juicio recto de qué más puede convenir al mejor servicio de Su Majestad, porque no tengo la menor noticia de lo que ha ocurrido en Basilea ni de la consistencia de nuestro ejército y marina. Sólo me ceñiré á exponer á V. E. que, haciendo la paz secretamente, la tregua proyectada proporciona á S. M. un medio justo y decoroso de separarse del empeño contraído con la Inglaterra, y de ofrecerla su mediación para reconciliarse con la Francia, y nos asegura á

lo menos la posesión íntegra de la Península, la tranquilidad interior y la cesión de tantas calamidades que experimentan todos los vasallos. Bien conozco que convenía pedir que las tropas francesas se retirasen enteramente dentro de sus límites, pero en este caso deberían evacuar inmediatamente las plazas que ocupan, y la Inglaterra creería que hemos ajustado la paz y no la tregua.»

«Las cesiones que nos piden son, á la verdad, cortos sacrificios, siendo bien notorio que aquellas dos colonias nos cuestan anualmente mucho dinero; pero es duro vernos despojados con violencia, y no deja de padecer mucho el amor propio.»

«No se me ofrece por hoy otra cosa que comunicar á V. E., y acabo suplicándole se sirva tomar en consideración todos los puntos que se tratan en ella y comunicarme con la brevedad posible las órdenes de S. M., en la segura inteligencia de que me esmeraré en su puntual cumplimiento en cuanto alcancen todas mis facultades.»

El día en que Iranda, con la carta que acabamos de transcribir, daba una prueba más, verdaderamente innecesaria, de su celo por el servicio público, se ratificaba en París el tratado en que diez días antes habían convenido Iriarte y Barthélemy.

Dos más tarde, esto es, varios antes de que esa misma carta llegara á Madrid, le comunicaba Godoy la nueva de tal acontecimiento, autorizándole para volver á la corte, *á menos de que su presencia en Guipúzcoa pudiera proporcionar alguna utilidad al servicio del rey*.

¿Puede darse sarcasmo más sangriento?

La omnipotencia del valido, después de ejercitarse en la paciencia de un hombre en cuya honradez no cabía la sospecha de política tan torcida, porque su talento se lo haría ver como falsa é infructuosa, se deleitaba en la humillación de ese mismo prócer ante el país y ante los representantes y los generales republicanos.

Porque á éstos sí que puede asegurarse que no alcanzaron las artes del ministro y favorito.

Con las suyas y con el vigor de su conducta militar demostraron que ni estaban, como Iranda, engañados por su propio Gobierno, ni lo serían por quien sin autoridad sobre ellos usaba de la buena fe de su delegado para atraerlos á sus fines.

Cualquiera que medite un poco sobre la comunicación del marqués de Iranda, tan luminosa que hace superflua toda explanación y exime de todo comentario, comprenderá que la misión de Serván, según antes hemos indicado, era la de, sin faltar á la cortesía, entretener al negociador español en cuanto á la celebración de la paz, pues que se hallaba muy adelantada en otra parte, y hacer á la par ineficaces las gestiones del Gobierno español respecto á un armisticio que, dada la fuerza del ejército republicano y la marcha favorable de la campaña, no podía ser sino perjudicial para la República.

Entonces, pero sólo entonces, debió caérsele al marqués de los ojos la venda que sobre ellos sostenían su patriotismo y su confianza en la lealtad de un Gobierno que creería más formal, revelándolo en su digna y lacónica contestación de 9 de Agosto.

«En consecuencia, dice, me valdré del permiso que me da V. E. luego que me lo permita mi salud, pues habiendo cesado el motivo de mi viaje, no alcanzo en qué pudiera emplearme V. E., en cuyas manos están los principales negocios de la monarquía. Lo debe conocer mejor que yo, y puede disponer de mi buena voluntad como mejor le pareciere.»

TRATADO DE BASILEA

«D. Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de

Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Aljeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y Tierra-firme del mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán; Conde de Abspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina, etc.

Á los de mi Consejo, Presidente y oidores de mis audiencias y cancillerías, alcaldes, alguaciles de mi casa y Corte, y á todos los corregidores, asistentes, intendentes, gobernadores, alcaides mayores y ordinarios, y otros cualesquiera jueces y justicias, así de realengo como de señorío, tanto los que ahora son como los que sean de aquí en adelante, y otras personas de qualquier estado, dignidad ó preeminencia que sea de todas las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos y señoríos, sabed: Que en Real Decreto dirigido á mi Consejo en 3 de Setiembre próximo, le participé haber juzgado conveniente, al bien de mis vasallos, procurarles la paz con la Nación francesa.

En su consecuencia, y en virtud de lo escrito á mi Consejo en Real órden de igual fecha, dispuse la publicacion en Madrid, lo que se realizó con la solemnidad acostumbrado en el dia 5 de dicho mes; y en 8 del mismo, remitió por mi órden al Consejo el Príncipe de la Paz, mi primer Secretario de Estado, ejemplares del tratado de la referida paz hecha con Francia, la cual es al siguiente tenor: El Rey nuestro Señor, que hasta ahora ha sostenido una guerra la más cruel y dispendiosa, para procurar la paz á sus vasallos, tiene la satisfaccion de haberla conseguido tal como les conviene, bajo las precisas condiciones dictadas por S. M. á su Plenipotenciario, despues del mas serio exámen, cuya publicacion ordené á fin de que llegue á noticia de todos mis vasallos para su mayor consuelo.

«S. M. católica y la república francesa, animados igual-

mente del deseo de que cesen las calamidades de la guerra que los divide; convencidos íntimamente de que existen entre las dos naciones intereses respectivos que piden se restablezca la amistad y buena inteligencia, y queriendo por medio de una paz sólida y durable se renueve la buena harmonía que tanto tiempo ha sido basa de la correspondencia de ambos paises, han encargado esta importante negociacion, es á saber:

S. M. católica, á su ministro plenipotenciario y enviado extraordinario cerca del rey y la república de Polonia, Don Domingo de Iriarte, Caballero de la real órden de Carlos III; y la república francesa, al ciudadano Francisco Barthélemy, su embajador en Suiza; los cuales, despues de haber cambiado sus plenos poderes, han estipulado los artículos siguientes:

1.° Habrá paz, amistad y buena inteligencia entre el rey de España y la república francesa.

2.° En consecuencia cesarán todas las hostilidades entre las dos potencias contratantes, contando desde el cambio de las ratificaciones del presente tratado, y desde la misma época no podrá suministrar una contra otra, en cualquier calidad ó á cualquier título que sea, socorro ni auxilio alguno de hombres, caballos, víveres, dinero, municiones de guerra, navíos ni otra cosa.

3.° Ninguna de las partes contratantes podrá conceder paso por su territorio á tropas enemigas de la otra.

4.° La república francesa restituye al rey de España todas las conquistas que ha hecho en sus estados durante la guerra actual. Las plazas y paises conquistados, se evacuarán por las tropas francesas en los quince días siguientes al cambio de las ratificaciones del presente tratado.

5.° Las plazas fuertes citadas en el artículo antecedente se restituirán á España con *los cañones, municiones de guerra y enseres del servicio de aquellas plazas, que existan al momento de firmarse* este tratado.

6.° Las contribuciones, entregas, provisiones ó cualquiera estipulacion de este género que se hubiese pactado durante la guerra, cesarán quince dias despues de firmarse este tratado. Todos los caidos ó atrasos que se deban en aquella época, como tambien los billetes dados ó las promesas hechas en cuanto á esto, serán de ningun valor. Lo que se haya tomado ó percibido despues de dicha época, se devolverá gratuitamente ó se pagará en dinero contante.

7.° Se nombrarán inmediatamente, por ambas partes, comisarios que entablen un tratado de límites entre las dos potencias. Tomarán éstos en cuanto sea posible, por basa de él, respecto á los terrenos contenciosos antes de la guerra actual, la cima de las montañas que forman las vertientes de las aguas de España y Francia.

8.° Ninguna de las potencias contratantes podrá, un mes despues del cambio de las ratificaciones del presente tratado, mantener en sus respectivas fronteras mas que el número de tropas que se costumbraba tener en ellas antes de la guerra actual.

9.° En cambio de la restitucion de que se trata en el artículo 4.°, el rey de España, por sí y sus sucesores, cede y abandona en toda propiedad á la república francesa toda la parte española de la isla de Santo Domingo en las Antillas.

Un mes despues de saberse en aquella isla la ratificacion del presente tratado, las tropas españolas estarán prontas á evacuar las plazas, puertos y establecimientos que allí ocupan, para entregarlos á las tropas francesas cuando se presenten á tomar posesión de ella.

Las plazas, puertos y establecimientos referidos, se darán á la república francesa con los cañones, municiones de guerra y efectos necesarios á su defensa que existan en ellos cuando tengan noticia de este tratado en Santo Domingo.

Los habitantes de la parte española de Santo Domingo, que por sus intereses ú otros motivos prefieran transferirse

con sus bienes á las posesiones de S. M. católica, podrán hacerlo en el espacio de un año, contado desde la fecha de este tratado.

Los generales y comandantes respectivos de las dos naciones se pondrán de acuerdo en cuanto á las medidas que se hayan de tomar para la ejecucion del presente artículo.

10. Se restituirán respectivamente á los individuos de las dos naciones los efectos, rentas y bienes de cualquier género que se hayan detenido, tomado ó confiscado á causa de la guerra que ha existido entre S. M. católica y la república francesa, y se administrará tambien pronta justicia por lo que mira á todos los créditos particulares que dichos individuos puedan tener en los Estados de las dos potencias contratantes.

11. Todas las comunicaciones y correspondencias comerciales, se restablecerán entre España y Francia en el pie en que estaban antes de la presente guerra hasta que se haga un nuevo tratado de comercio.

Podrán todos los negociantes españoles volver á tomar y pasar á Francia sus establecimientos de comercio, y formar otros nuevos, segun les convenga, sometiéndose como cualquier individuo á las leyes y usos del pais.

Los negociantes franceses gozarán de la misma facultad en España, bajo las propias condiciones.

12. Todos los prisioneros hechos respectivamente desde el principio de la guerra, sin consideracion á la diferencia de número y de grados, comprendidos los marinos ó marineros tomados en navíos españoles y franceses, ó en otros de cualquiera nacion, como tambien todos los que se hayan detenido por ambas partes con motivo de la guerra, se restituirán en el término de dos meses á más tardar, despues del cambio de las ratificaciones del presente tratado, sin pretension alguna de una y otra parte, pero pagando las deudas particulares que puedan haber contraido durante su cautiverio. Se procederá del mismo modo por lo

que mira á los enfermos y heridos, despues de su curacion.

Desde luego se nombrarán Comisarios por ambas partes para el cumplimiento de este artículo.

13. Los prisioneros portugueses que forman parte de las tropas de Portugal y que han servido en los ejércitos y marina de S. M. católica, serán igualmente comprendidos en el dicho cange.

Se observará la recíproca con los franceses apresados por las tropas portuguesas de que se trata.

14. La misma paz, amistad y buena inteligencia, estipulada en el presente tratado entre el rey de España y la Francia, reinarán entre el rey de España y la república de las provincias unidas, aliadas de la francesa.

15. La República francesa, queriendo dar un testimonio de amistad á S. M. católica, acepta su mediacion en favor de la reina de Portugal, de los reyes de Nápoles y Cerdeña, del infante duque de Parma y los demás estados de Italia, para que se restablezca la paz entre la república francesa y cada uno de aquellos príncipes y estados.

16. Conociendo la República francesa el interes que toma S. M. católica en la pacificacion general de la Europa, admitirá igualmente sus buenos oficios en favor de las demas potencias beligerantes que se dirijan á él para entrar en negociacion con el gobierno francés.

17. El presente tratado no tendrá efecto hasta que las partes contratantes le hayan ratificado, y las ratificaciones se cambiarán en el término de un mes, ó antes si es posible, contando desde este dia.

En fé de lo cual nosotros los infrascriptos plenipotenciarios de S. M. católica y de la república francesa hemos firmado en virtud de nuestros plenos poderes el presente tratado de paz y de amistad, y le hemos puesto nuestros sellos respectivos.

Hecho en Basilea en 22 de julio de 1795, 4 de termidor,

año tercero de la república francesa. (L. S.) Domingo de Iriarte. (L. S.) Francisco Barthélemy.»

Aparte de este tratado, se firmó otro, compuesto de tres artículos secretos, que produjo general descontento, pues por él se autorizaba á la República francesa para extraer de España, durante seis años, yeguas y caballos padres de Andalucía; ganado lanar, en número de 1.000 ovejas y 200 carneros por año.

Habiéndose manifestado en las Provincias Vascongadas bastantes adictos á la causa de la República durante la campaña de que fué teatro aquella parte de España, exigió Francia no se persiguiese á nadie por sus ideas políticas ni por su conducta en los años anteriores, cuyos deseos se comprometió á satisfacer nuestro Gobierno.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

MINISTERIO DEL CONDE DE FLORIDABLANCA (1788-1792)

Páginas.

Exaltación de Carlos IV al trono.—Prendas de Carlos III y su legado.—Las de Carlos IV.—Preludios de la Revolución francesa.—Continuación de Floridablanca en el gobierno.—Primeras providencias. Buen efecto que producen.—Expediciones marítimas.—La proclamación.—Convocatoria de Cortes.—Anulación del auto acordado de Felipe V.—Por qué se mantuvo secreta.—Progresos de la revolución en Francia.—La Asamblea nacional.—El gobierno y las Cortes en España.—Floridablanca.—Excesos de los revolucionarios y fin de la Asamblea.—La Alianza de España y Francia.—Lo de la bahía de Nootka.—Orán y Ceuta.—El atentado contra Floridablanca.—Se acentúa su política de intervención en Francia.—Misión de M. de Bourgoing en Madrid.—Caída de Floridablanca.—Causas á que se atribuyó.—Su elogio..... 3

CAPÍTULO II

MINISTERIO DEL CONDE DE ARANDA

El general conde de Aranda.—Su conducta política en el gobierno.—Muerte de los soberanos de Austria y Suecia. -Reconocimiento de Bourgoing.—Equivocaciones de Aranda.—Nuevos sucesos en Francia.—Resolución de Aranda.—Consulta al Consejo.—Su acuerdo.—Preparativos militares.—Plan de campaña.—Exigencias de la Convención.—Caída de Aranda.—Observaciones sobre su administración..... 93

CAPÍTULO III

GODOY Y SU ESTRENO EN LA POLÍTICA

Páginas.

Godoy.—María Luisa.—Concepto de Godoy sobre la situación de España.—Dirección que da á la política.—Proceso de Luis XVI.—Proyecto de mediación para salvarle.—Lo rechaza la Convención.—Moción al gobierno inglés.—Se apela al soborno de los Convencionales.—Defensa del Rey.— La sentencia y su ejecución.—Situación difícil del Gobierno español.—Conferencia de Godoy con Burgoing.—Deliberación sobre la guerra.—Se opone á ella el conde de Aranda.—La decide el Rey.—Su declaración.—Preparativos para hacerla..... 123

CAPÍTULO IV

CAMPAÑA DE 1793 EN LOS PIRINEOS ORIENTALES

Situación militar de España al declararse la guerra.—Plan de Godoy.—Plan acordado.—Agresiones de los Franceses.—El general Ricardos.—Invade el Rosellón.—Combates de Saint-Laurent, Arles y Ceret.—Batalla de Mas-Deu.—Prudencia de Ricardos.—Toma de Bellegarde.—Operaciones delante de Perpiñán.—Paso del Tet y reveses de Peyrestortes y Vernet—Batalla de Trouillas.—Campo del Boulou.—Operaciones en la Cerdaña.—Ataques á Montesquiou y la Batería de la Sangre.—Expedición de los Franceses á Rosas.—Llegada de la división portuguesa.—Combates del puente de Ceret.—De Saint-Ferreol.—De Villalonga.—Del Coll de Banyuls.—Toma de Port-Vendres, Saint-Elme y Collioure.—Retirada de los Franceses.—Fin de la campaña.—Resumen y observaciones..... 155

CAPÍTULO V

CAMPAÑA DE 1793 EN LOS PIRINEOS OCCIDENTALES Y DEL CENTRO

Don Ventura Caro.—Misión del ejército.—Primer ataque.—Toma del campo de Sarre.—Retirada del ejército francés.—Castel-Piñón y su conquista.—Ataque general á la línea española.—Nuevo sistema de ataque.—Defensa de Biriatu.—El campo des Sans-Culottes.—La Croix-des-Bouquets.—Acción del 5 de Febrero.—Terminan las ope-

Páginas.

raciones en el Bidasoa.—La guerra en Aragón.—El príncipe de Castelfranco.—Acción de la Venta de Braset.—Irrupciones de los Franceses desde Arán.—Fin de la campaña..... 221

CAPÍTULO VI

TOLÓN

Estado de la Francia.—Alzamiento de Tolón —Entrada de las escuadras aliadas.—El almirante Lángara.—Los aliados ocupan Tolón.—Defensa de Tolón.—Le petit Gibraltar.—La Masque.—Napoleón Buonaparte.—Preliminares del sitio.—Acción del 30 de Noviembre.—Sus consecuencias.—Ataque del reducto inglés de L'Eguillette.—El del fuerte de Farón.—Celebran consejo de guerra los aliados.—Se resuelve el abandono de Tolón.—Pánico en la ciudad.—El incendio del arsenal.—Las escuadras evacuan el puerto..... 259

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS PARA LA NUEVA CAMPAÑA

España á principios de 1794.—Son llamados á Madrid los generales en jefe.—Sesiones del Consejo.—Escrito de Aranda.—Discurso de Codoy.—Altercado grave.—Destierro de Aranda.—La guerra era inevitable.—Proceso de Aranda.—Interrogatorio.—Su traslación á Granada.—Muerte de Ricardos.—Muerte de O'Reilly.—El conde de la Unión.—La Coalición.—Estado de Francia.—Marchan los generales españoles á sus puestos... 291

CAPÍTULO VIII

CAMPAÑA DE 1794 EN LOS PIRINEOS ORIENTALES

El ejército español.—El ejército francés.—El general Dugommier.—Operaciones en la Cerdaña.—Muerte de Dagobert.—El conde de la Unión.—Batalla del Boulou.—Retirada de los Españoles.—Pérdida de las plazas marítimas.—Invasión de Cataluña.—La línea española.—Nuevas operacion s en la Cerdaña.—Sitio de Bellegarde.—Intentos de socorro.—Rendición de la fortaleza.—Ataque de la línea.—Muerte de Dugommier.—Segundo ataque.—Muerte de Unión.—Nueva retirada de los Españoles.—Capitulación de Figueras.—Sitio de Rosas..... 319

CAPÍTULO IX

CAMPAÑA DE 1794 EN LOS PIRINEOS OCCIDENTALES

Páginas.

El ejército español.—El ejército francés.—Expedición de Caro á Valcarlos.—Su situación.—Combate del 23 de Junio.—Dimisión de Caro.—El conde de Colomera.—Acción de Arquinzun.—Invasión del Baztán.—Pérdida de Fuenterrabía.—La de San Sebastián.—El representante Pinet.—El pueblo guipuzcoano.—Acción de Tolosa.—Operaciones de Moncey.—Invasión de Navarra.—Retirada general de los Franceses.—Fin de la campaña.—Consideraciones generales..... 391

CAPÍTULO X

CAMPAÑA DE 1795

España en 1795.—Conspiraciones republicanas.—Aspiración á la paz.—El ejército y los voluntarios.—Operaciones en Cataluña.—En el alto Segre.—En el Fluviá.—Plan de Perignon.—El de la Convención.—Ataque de Sistella.—Acción del 6 de Mayo.—El general Urrutia.—Acción de Pontos.—El general Schérer.—Batalla del Fluviá.—Puigcerdá y Bellver.—En el país vasco-navarro.—Misión del marqués de Iranda.—Pasan los Franceses el Deva.—Acción de Irurzun.—Siguen las conferencias de Iranda.—Invasión en Álava y Vizcaya.—El consejero Zamora.—Acción de Ollaregui.—La de Miranda.—Tratado de Basilea.—Sus consecuencias.—Observaciones..... 425

APÉNDICES

Número 1.º..... 485
» 2.º..... 489
» 3.º Declaración de guerra á la República francesa (23 de Marzo de 1793)..... 493
» 4.º Conferencia de Iranda con Servan y Tratado de Basilea... 497

HISTORIA DE CARLOS IV

COLOCACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES

	Páginas.
Carlos IV	8
Jura del Príncipe de Asturias	30
Campomanes	33
María Luisa	126
Coche de ídem	128
Godoy	142
General Ricardos	167
General Caro y su esposa	222
Conde de la Unión	312
General Urrutia	443
Marqués de Iranda	459
Don Domingo de Iriarte	470